

VIDA

DE LA



VIRGEN MARIA

VIDA  
DE LA  
VIRGEN

36

1

BT605  
F83  
c.1

762137



EX LIBRIS

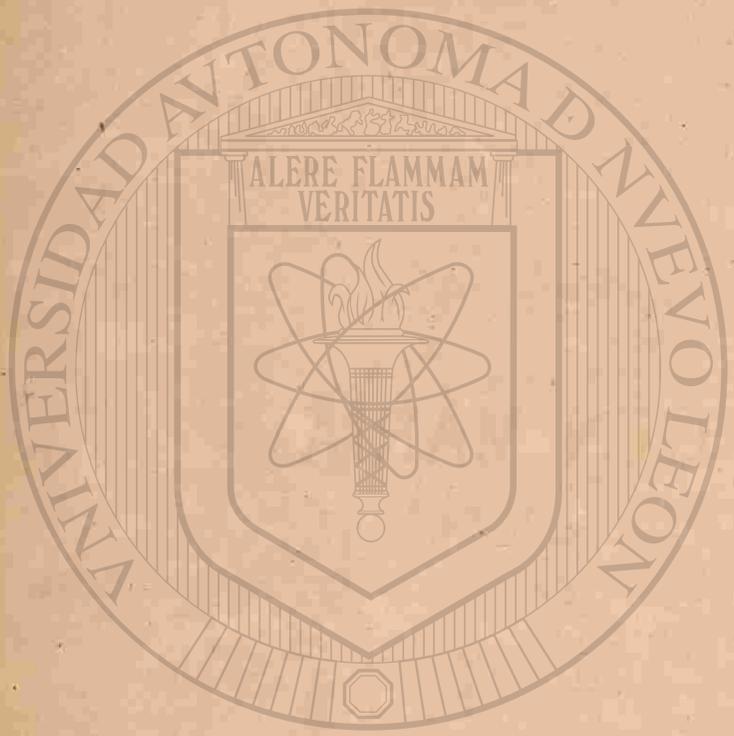
VERDE TELLEZ



1080023756



EX



VIDA

DE LA

VÍRGEN MARÍA

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EX



U A N L

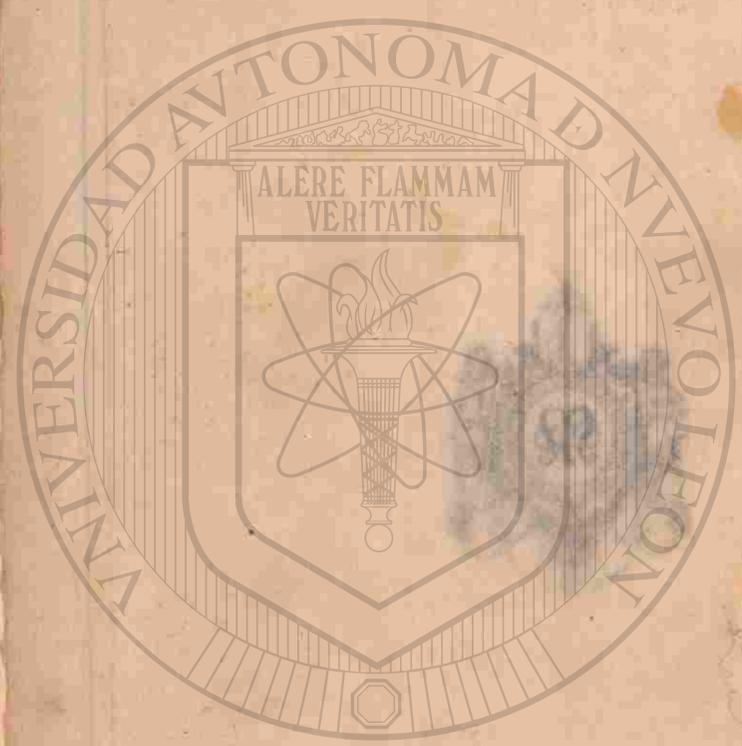
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EX



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



La Llave, 1880

M. Pujol, 1877

VIDA  
DE LA  
VIRGEN MARIA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

FOR

D. VICENTE DE LA FUENTE

ARTICULO Y CATEDRATICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID, ACADEMICO DE NUMERO EN LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA

Y DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

CON PERMISO DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Teller



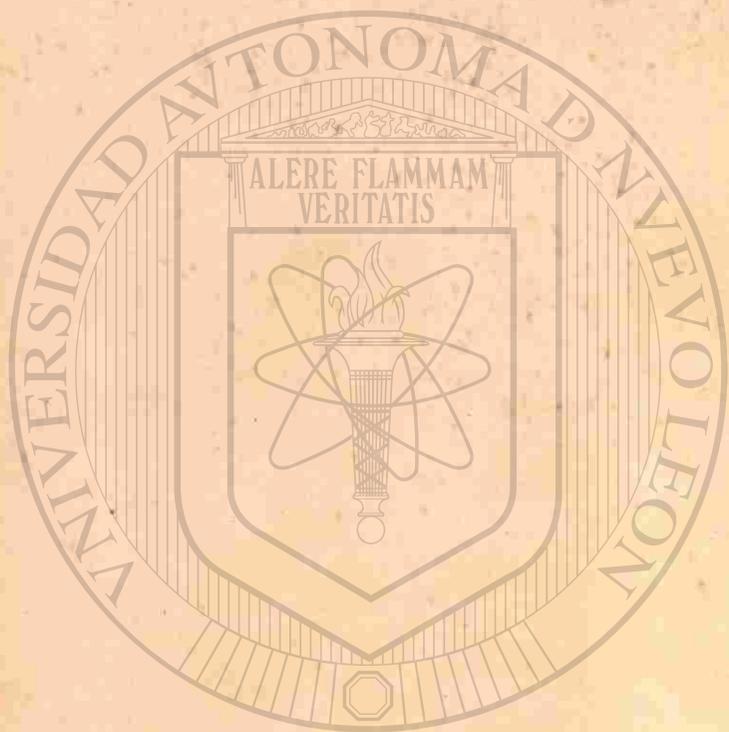
Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

62137

BARCELONA  
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE CASANOVA, NÚMERO 8

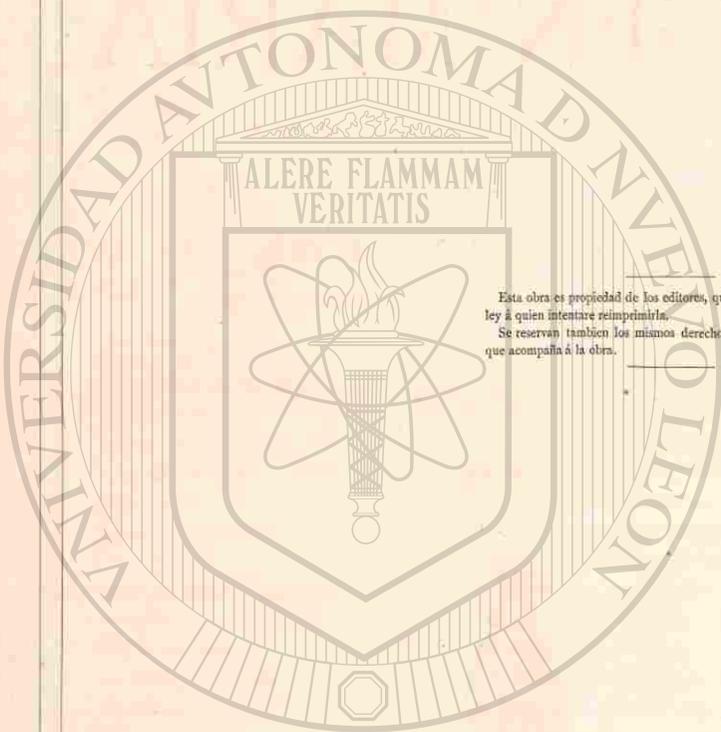
1877



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B7605  
E83



Esta obra es propiedad de los editores, quienes perseguirán ante la ley a quien intentare reimprimirla. Se reservan también los mismos derechos respecto a la ilustración que acompaña a la obra.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## PREFACIO

*La vida de la Virgen María, Madre inmaculada de Jesús, ha sido escrita por tantas, tan doctas y elegantes plumas, que raya casi en temeridad el emprender la ardua tarea de escribir otra con alguna originalidad ó condiciones ventajosas. Hacer nuevas investigaciones históricas sería inútil; emitir alguna idea nueva ó antes no dicha, casi imposible; aun el decir con novedad lo ya dicho sería no poco difícil, y con todo, esperamos vencer esta dificultad, al menos en la forma, puramente nueva y española de este libro, y por el vasto plan que nos proponemos desenvolver en su contenido.*

*Ya en el siglo XVII escribió una vida de la Virgen María cierta religiosa franciscana, llamada Sor María de Jesús, á la que por su patria y residencia apellidamos comunmente la Venerable Madre de Agreda. MÍSTICA CIUDAD DE DIOS intituló á su libro, en el que describió minuciosamente, y no sin superiores luces, hasta los menores rasgos y pormenores de la vida de la Virgen María, con nuevos detalles é ignorados pormenores, que desde entonces fueron objeto de grandes encomios y á la vez de graves impugnaciones.*

*Aquel libro, que hizo las delicias de nuestros padres, llegó hasta nosotros con casi general aceptación, aunque no tuvo tanta en países extranjeros. Hoy día otros libros, nuevos, en su mayor parte extranjeros, y mas bien que libros, voluminosas obras, han sustituido aquella lectura mística con narraciones mas amenas, al gusto del día, y mas conformes al sabor de nuestras ideas.*

*Bajo otra forma pintoresca y descriptiva, á propósito para atraer á las personas que, por su edad ó sexo no pueden hacer estudios críticos y áridos, dió el Abate Orsini su HISTORIA DE MARÍA MADRE DE DIOS: de este libro tenemos en España dos ediciones, que son leídas con placer y fruto.*

*Casi al mismo tiempo (1855) el célebre crítico y filósofo Augusto Nicolás escribía su magnífica y grandiosa obra acerca de la Virgen María en su triple concepto de el PLAN DIVINO, MARÍA SEGUN EL EVANGELIO y MARÍA EN LA IGLESIA. Esta trilogía Mariana profética, evangélica é histórica, se extendió al punto por todo el orbe católico con la general aceptación que da á todas las obras de su Autor la gran reputación de saber y virtud de que justamente goza. Entre tanto Mr. Rohault de Fleury completaba y publicaba poco despues su curiosa iconografía de la Madre del Salvador, dando noticias arqueológicas*

008727

acercas de las efigies mas antiguas que le dedicó la constante devocion de los cristianos desde los primeros tiempos. En este mismo año (1877) acaba de publicar el canónigo de Poitiers, Mr. Maynard, otra VIDA DE LA SANTA VIRGEN, mas notable por su amenidad y lujo de la edicion, que por la severidad de criterio.

No dejó España de asociarse á este piadoso movimiento. En 1859 publicó en Barcelona el Pbro. D. Emilio Moreno Cebada su HISTORIA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, en un elegante tomo de mas de 450 páginas, reuniendo á la erudicion un buen plan y buen estilo. Poco despues el piadoso obispo de la Habana D. Fray Jacinto María Martínez y Saez, publicaba en Madrid, el año 1868, en tres tomos en cuarto, otra trilogia de María en que, bajo el aspecto ascético, emulaba el plan filosófico de Augusto Nicolás, considerándola en sus relaciones con DIOS, con los ANGELES y con los HOMBRES; trazando así la vida y las glorias de María, segun expresa su mismo epigrafe.

¿Cómo pues aventurarse á escribir en asunto tratado ya por tantos y tan egregios varones, sin riesgo de fracasar en la nueva empresa al intentar, no superarlos, sino solamente alcanzarlos? Mas los adelantos de unos suelen facilitar los de otros, y esto acontece á veces en el mundo moral y literario, como en el industrial y físico. Así que nuestro plan se reduce á recoger lo mejor de todos ellos, no limitándonos á un solo género, sino abrazándolos todos, el crítico, el poético, el filosófico y el ascético.

Reunir en una obra todo lo mejor y mas selecto que acerca de la Virgen María nos han legado los escritores antiguos españoles y los filósofos y críticos extranjeros modernos; consignar los principales pasajes que sobre la biografía de la Virgen escribieran los Padres españoles, desde San Ildefonso, hasta nuestros grandes clásicos y ascéticos, Leon, Granada, Santa Teresa de Jesus y la venerable María de Agreda; condensar todas estas noticias documentadas y depuradas con piadoso y elevado criterio, de modo que el crítico suspicaz, y el arqueólogo afanoso nada tengan que objetarles; formar una panoplia donde el católico halle reunidas las pruebas con que ha de responder á la malevolencia protestante y á los sarcasmos del escepticismo racionalista; reunir á la solidez de las razones las bellezas de la poesia cristiana, la amenidad de la narracion; exornar todo el texto con buenas láminas y costosos cromos ejecutados por artistas distinguidos, tal es nuestro plan, que se sintetiza en el pensamiento de un homenaje completo de lo mejor que en España se ha dicho y hecho por españoles, y tambien por modernos y eminentes sabios extranjeros, en obsequio de María. Si lo que se dice no es nuevo en su esencia, lo será al menos en su forma, ofreciendo su conjunto un precioso ramillete de la devocion española á la Madre de Jesus, bajo cuyo amparo ponemos este libro para su mejor éxito y logro de nuestros deseos.



## CAPITULO PRIMERO

### EL CASTIGO Y EL CONSUELO

*Ella aplastará tu cabeza. (Génesis, cap. 3.)*

A la puerta del Eden quedaba un querubin, empuñando rutilante y flamígera espada, para impedir que volviese el primer hombre al verjel ameno y frondoso, donde poco tiempo antes habia sido instalado en todo el vigor de su primitiva inocencia. Breves habian sido los años, quizá meses, de felicidad: ¡cuán largos y pesados iban á ser los siglos de la desgracia suya y de su posteridad, para siempre decaída de tan bello y lisongero estado!

Cerca de allí un hombre y una mujer de bellísimas formas, pues sus contornos habia delineado el Hacedor supremo, lloraban sin consuelo el bien tan livianamente perdido y la pena tan justamente merecida. Con ávidos ojos miraban aquellos jardines que su planta no volveria á pisar jamás y donde habian corrido breves

acerca de las efigies mas antiguas que le dedicó la constante devocion de los cristianos desde los primeros tiempos. En este mismo año (1877) acaba de publicar el canónigo de Poitiers, Mr. Maynard, otra VIDA DE LA SANTA VIRGEN, mas notable por su amenidad y lujo de la edicion, que por la severidad de criterio.

No dejó España de asociarse á este piadoso movimiento. En 1859 publicó en Barcelona el Pbro. D. Emilio Moreno Cebada su HISTORIA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, en un elegante tomo de mas de 450 páginas, reuniendo á la erudicion un buen plan y buen estilo. Poco despues el piadoso obispo de la Habana D. Fray Jacinto María Martínez y Saez, publicaba en Madrid, el año 1868, en tres tomos en cuarto, otra trilogia de María en que, bajo el aspecto ascético, emulaba el plan filosófico de Augusto Nicolás, considerándola en sus relaciones con DIOS, con los ANGELES y con los HOMBRES; trazando así la vida y las glorias de María, segun expresa su mismo epigrafe.

¿Cómo pues aventurarse á escribir en asunto tratado ya por tantos y tan egregios varones, sin riesgo de fracasar en la nueva empresa al intentar, no superarlos, sino solamente alcanzarlos? Mas los adelantos de unos suelen facilitar los de otros, y esto acontece á veces en el mundo moral y literario, como en el industrial y físico. Así que nuestro plan se reduce á recoger lo mejor de todos ellos, no limitándonos á un solo género, sino abrazándolos todos, el crítico, el poético, el filosófico y el ascético.

Reunir en una obra todo lo mejor y mas selecto que acerca de la Virgen María nos han legado los escritores antiguos españoles y los filósofos y críticos extranjeros modernos; consignar los principales pasajes que sobre la biografía de la Virgen escribieran los Padres españoles, desde San Ildefonso, hasta nuestros grandes clásicos y ascéticos, Leon, Granada, Santa Teresa de Jesus y la venerable María de Agreda; condensar todas estas noticias documentadas y depuradas con piadoso y elevado criterio, de modo que el crítico suspicaz, y el arqueólogo afanoso nada tengan que objetarles; formar una panoplia donde el católico halle reunidas las pruebas con que ha de responder á la malevolencia protestante y á los sarcasmos del escepticismo racionalista; reunir á la solidez de las razones las bellezas de la poesia cristiana, la amenidad de la narracion; exornar todo el texto con buenas láminas y costosos cromos ejecutados por artistas distinguidos, tal es nuestro plan, que se sintetiza en el pensamiento de un homenaje completo de lo mejor que en España se ha dicho y hecho por españoles, y tambien por modernos y eminentes sabios extranjeros, en obsequio de María. Si lo que se dice no es nuevo en su esencia, lo será al menos en su forma, ofreciendo su conjunto un precioso ramillete de la devocion española á la Madre de Jesus, bajo cuyo amparo ponemos este libro para su mejor éxito y logro de nuestros deseos.



## CAPITULO PRIMERO

### EL CASTIGO Y EL CONSUELO

*Ella aplastará tu cabeza. (Génesis, cap. 3.)*

A la puerta del Eden quedaba un querubin, empuñando rutilante y flamígera espada, para impedir que volviese el primer hombre al verjel ameno y frondoso, donde poco tiempo antes habia sido instalado en todo el vigor de su primitiva inocencia. Breves habian sido los años, quizá meses, de felicidad: ¡cuán largos y pesados iban á ser los siglos de la desgracia suya y de su posteridad, para siempre decaída de tan bello y lisongero estado!

Cerca de allí un hombre y una mujer de bellísimas formas, pues sus contornos habia delineado el Hacedor supremo, lloraban sin consuelo el bien tan livianamente perdido y la pena tan justamente merecida. Con ávidos ojos miraban aquellos jardines que su planta no volveria á pisar jamás y donde habian corrido breves

y placenteros los albores de su vida. Los cuatro caudalosos ríos, que saliendo del centro de aquel eden en contrapuestas direcciones se deslizaban tranquilos por la llanura feraz, llevaban á remotos climas la fertilidad y la lozanía de una vegetacion primitiva y gigantesca. Allí quedaba el árbol de la vida, perdido ya para el hombre y su descendencia, condenados á las angustias de la vejez y al trance amargo de la muerte. Como el zumbido del trueno que se aleja en alas de la tempestad retumbaban en sus oídos las palabras fatídicas y terribles de su Criador, el cual, tomando forma humana, conversaba con ellos familiarmente antes de su pecado, que acababa de castigar airado y justiciero, pero no sañudo.

— «Porque oíste la voz de tu mujer, había dicho al primer hombre, y comiste del árbol del cual te había vedado que comieras, maldita será la tierra que trabajes, pues con penoso afán comerás los frutos que te produzca, regados con el sudor de tu rostro, y esa misma tierra, que antes prodigaba para tí opimos y espontáneos frutos, ahora te dará espinas y abrojos; y despues de una vida azarosa y dolorida volverá tu cuerpo inerte á esa misma tierra de donde procedes y de la que formé tu sér material; pues que polvo eres á pesar de tu orgullo, y en polvo te has de volver.» Y ya la misma tierra árida que le rodeaba parecía sentir la maldición pronto cumplida y el peso de la palabra omnipotente, marchitas las yerbas poco antes lozanas, y junto al pié del hombre dolorido brotaban plantas parásitas, y entre ellas el punzante abrojo y la ortiga hipócrita. Las fieras, antes mansas y dóciles á su voz, se alejaban de él recelosas unas y amenazadoras otras.

¡Qué cúmulo de pensamientos tristes no se agolparia á la mente de Adán, mucho mas sabio y discreto que lo habían de ser sus descendientes, pues á él le había infundido Dios conocimientos científicos de que carecemos nosotros! ¡Qué negra melancolía al ver lo que le quedaba, comparado con lo que había perdido, lo que tenía delante con lo que dejaba detrás! Y la vista del único sér que podia consolarle, objeto antes de amor acendrado y del mas tierno cariño, recordaba el delito y el castigo, y ahondaba la herida que produjeron estos. Se le había dado para solaz y dulce compañía y de este consuelo había surgido el desconsuelo. ¡Cómo había de consolar ahora la que tanto necesitaba ser consolada; y cuando alejada de su consorte, vuelta la espalda y tarde arrepentida, lloraba amargamente su alucinacion pasajera y frívola ligereza! Seducida por el genio del mal, había seducido á su vez á quien debiera reprenderla y corregirla, que el amor ciega fácilmente y pone al superior por bajo del súbdito con fascinacion peligrosa. Ahora llevaba por su parte maldición especial que había de experimentar al dar á luz el fruto de sus amores.

Si al menos al pecado y á su halagüeño y pasajero atractivo hubieran sucedido pronto el arrepentimiento trémulo, la humildad, santa madre de virtudes, hubiera quizá venido á cerrar la llaga abierta por la soberbia altanera.... Pero ¡ay! el hombre en su orgullo insensato había añadido á la rebelion y al pecado la protervia y la obstinacion insolente, y al responder á Dios con altivez, le había echado en cara su favor cual si fuera un agravio,

llegando casi al extremo de vituperarle por lo mismo, por lo que debiera bendecirle.— «La mujer, que Tú me diste por compañera, me engañó. Si me hubieses dejado en mi primitivo aislamiento, sin compañía, sin amor, sin grato solaz, no hubiera tenido un tropiezo en eso mismo que, Tú omnisciente, me regalabas como un favor.» La criatura se volvía ya contra su Criador, escúpale al rostro sus favores. Tras la frivolidad la soberbia, luego la rebelion y la protervia, por fin, la ingratitud procaz é insolente; todo eso iba contenido en la frase altanera:— «La mujer que Tú me diste por compañera, me engañó.» Y en cambio Dios, nuevamente ofendido por la ingratitud de tan atrevida respuesta, no cierra la puerta al arrepentimiento que vendrá mas tarde, ni abrirá la senda de la desesperacion; y antes de castigar á la mujer con la especial pena del doloroso parto y la forzosa sumision al marido, á quien alucinó abusando de su amor, maldice al instrumento que tomó Satanás para su maldad hablando por boca de la serpiente, condenada ésta á ser reptil inmundo, nocivo y repugnante.— «Maldita eres entre todos los animales; sobre tu pecho arrastrarás y tierra has de comer mientras vivieres. Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu descendencia y la suya. Ella quebrantará tu cabeza y tú acecharás á su calcañal (1).» Caen al punto las matizadas aletas que adornaban á la serpiente y le permitian alzarse erguida y voladora, agradable y bella en sus variados colores, y se arrastra hedionda y repugnante, absorbiendo con rabia el polvo por entre el cual se desliza, chupando el jugo de venenosas plantas ó convirtiendo en ponzoña el aroma y la sávia que de ellas toma para inocularla mortífera con su dañino diente. El hombre al verla siente el impulso de aplastarla con su pié ó partirla con su báculo, repugnancia instintiva hija de la enemistad que Dios puso contra ella. Pero ¿dónde está esa mujer que ha de aplastar la cabeza de la serpiente?

*¡Ella aplastará tu cabeza!*

¡Ah! no será una mujer cualquiera la que Dios anuncia con estas enfáticas palabras, la que es objeto digno de la primera profecía del Eterno. Aquel para quien todo es *Ahora*, para quien no hay revelaciones ni profecías, pasado ni futuro, porque todo existe en el *Ahora* de su eternidad, alza la punta del porvenir sombrío y misterioso, á fin de mitigar el dolor del primer hombre, del infeliz Adán desconsolado.

Un día llegará en que todos los millones de católicos, de verdaderos cristianos que poblarán la tierra, verdaderos hijos de Dios, conocerán el nombre de esa mujer, le erigirán templos, pondrán su efigie en ricos altares de las materias mas preciosas y en sus habitaciones mas modestas, y la representarán á porfía los artistas con faz honesta y pudorosa, cruzadas sobre el pecho sus delicadas manos, puesto el pié sobre el azulado globo que ciñe una serpiente con repugnante lazo, la serpiente maldita sobre cuya cabeza apoya su pié diminuto la tierna doncella, la mujer anunciada por Dios al consolar al desgraciado

(1) *Ipsa conteret caput tuum.* (Génesis, cap. 3, vers. 15.) Véase al final del libro el apéndice sobre estas palabras del Génesis que constituyen una de las controversias entre los católicos y los protestantes.

Adán en medio de su desolacion y dolor profundo. Ante esa doncella, que aplasta al genio del mal y su cabeza mortífera, vendrán á postrarse las víctimas del dolor y del infortunio, y tambien los que esperan impetrar misericordia reconociendo sus yerros y extravíos. Acudirán la madre cariñosa buscando proteccion para los hijos que parió con dolor, segun la maldicion, y la viuda que perdió á su esposo, y el que perdió su honor, al verse burlado por el mundo y una sociedad inhumana y descreida, y la esposa ultrajada, y el pobre desvalido, y el enfermo, y el que ha de arrostrar los furores del mar y los azares de la guerra, cerrando los ojos ante el trance de oscura y sangrienta muerte.

Mas no acudirá, no, ante sus innumerables altares el cristiano indigno de este nombre, el amigo de la serpiente maldita, que la acata como hijo al padre (1). Este negará que sea la Virgen Madre de Dios la que haya aplastado y haya de aplastar siempre la cabeza de aquella y torcerá el sentido de las palabras que dijo Dios en aquella profecía, primeras palabras de consuelo para quien apenas podia tenerlo. Y en esas palabras misteriosas y altamente consoladoras iban la primera esperanza de perdon, la redencion del linaje humano, la fundacion de la Iglesia, que de entonces data, el anuncio de una mujer admirable de donde habia de proceder el mayor honor para toda la humanidad al expiar la culpa de esta, obligando á exclamar á uno de los mayores santos de la Iglesia, y ésta hace suyas en ocasion solemne: «Feliz culpa que mereció tal redentor (2).»

Dios no dice entonces el nombre de esa mujer incomparable. En su dia lo anunciará por medio de un Ángel á esa mujer que Ella misma dudará de la exactitud del anuncio y de la veracidad del celestial mensajero, y su nombre, no conocido de nuestros primeros padres, será reconocido de todos, que la apellidarán

## MARIA

La noticia de su vida sencilla y en gran parte oculta, vida admirable, y su culto continuo, sobre todo en España, es el objeto de este libro. Despues de la vida de Jesus no hay asunto mas grandioso para el escritor cristiano que la vida de su Madre inmaculada, consuelo de la humanidad en todas sus aflicciones, pues se anunció al primer hombre, como primer consuelo, en el primer dolor por la primera culpa.

¡Ella me otorgue escribirla como Ella lo merece!

(1) *Vos ex patre diabolo estis.*

(2) *Oh felix culpa qua talem ac tantum meruit habere redemptorem!* (Palabras que acepta la Iglesia y canta el Diacono en la Angelica el dia de Sábado Santo.) Y San Agustin añade (sermon 8.º de *Verbis Apostoli*): «Si el hombre no hubiese perecido, tampoco el Hijo del hombre hubiera venido.»



## CAPITULO II

MARÍA LA PROFETISA, HERMANA DE MOISÉS Y AARON, PRECURSORA DE LA MADRE DE JESUS

*Maria la Profetisa, hermana de Aaron, tomó en sus manos un timpano. (Exodo, cap. 15, v. 20.)*



El nombre de María va unido al de la emancipacion del pueblo Hebreo y de la redencion de su cautiverio en Egipto, como va unido el de la Madre de Jesus al de la redencion del linaje humano; pero ¡qué diferencia tan grande entre aquella Profetisa hermana de Moisés y la Santa Madre del Salvador! Parece que la Providencia pone el nombre mismo á la una y á la otra como por contraste para hacer resaltar las grandes cualidades de esta, habiendo de María la hermana de Moisés á María la Madre de Jesus la distancia enorme que hay de la Ley antigua á la del Evangelio.

Expulsados del Paraíso los primeros padres, extinguida casi por completo su descendencia sin salvarse del diluvio sino una familia de ocho personas, habia ofrecido Dios al Patriarca Abraham multiplicar su descendencia. Á Jacob, nieto de Abraham, ofreció que de su estirpe saldria el Redentor del linaje humano, ofrecido á nuestros primeros padres para reparar su culpa. Y con todo, Jacob en los últimos años de su vida, habia llevado su familia á Egipto, donde vivian sus descendientes cautivos y con esperanza escasa de salir de su abyeccion y estado servil. ¿Cómo habia de salir el Redentor del linaje humano de entre unos míseros esclavos, que vivian allí en la condicion misma en que están ahora los fellahs en aquella tierra, entonces tan culta, ahora tan degenerada?

Dios omnipotente, para quien no hay pasado ni futuro, no podia olvidar su palabra ni dejar sin cumplimiento lo ofrecido. De un pastor fugitivo y balbuciente, llamado Moisés, hizo un héroe, un sabio y un caudillo poderoso en obras y palabras. Llamó su atencion sobre una zarza que ardiendo no se quemaba. En aquella zarza misteriosa la Iglesia ha visto un emblema de la pureza virginal de la Santa Madre del Salvador (1).

Despues de larga porfía y grandes prodigios, el Rey de Egipto se ve precisado á per-

(1) *Rubum quem viderat incombustum Moyses conservatum agnovimus tuam laudabilem virginitatem.* (Antifona 3.ª de laudes en el oficio parvo de la Virgen que se reza de Navidad á la Purificacion.)

mitir que los hijos de Jacob se reúnan á fin de marchar al desierto por tres días, para adorar allí, en medio del recogimiento y de la soledad, á Dios uno y trino á quien ellos ya conocían, el cual, hablando á Moisés desde la zarza, se definía á Sí mismo diciendo: Yo soy el que soy. Yo soy el único ser absoluto, la verdadera realidad: lo que existe por Mí existe, el día en que yo lo dejara dejaría también de ser y de existir. Y á la verdad bien se necesitaba un milagro y una serie de milagros para alentar á un pastor de Madián á pedir á Faraon ¡á todo un Faraon! la emancipación de sus fellahs, y á este para que la otorgara. Pero la mano de Dios se dejó sentir pesadamente sobre el Egipto, principiando por la casa de Faraon, y este hubo de otorgar á despecho suyo el permiso para salir del país que fecunda el Nilo. Arrepentido de esta concesión trató tarde ya de revocarla, y marchó al alcance de los fugitivos al frente de formidable y abastecido ejército. El prodigio que sucedió entonces lo sabemos todos: ¿quién no lo escuchó desde su niñez?

Los fugitivos pasaron el mar Rojo por medio de las ondas levantadas cual murallas de cristal, las cuales se desplomaron sobre los egipcios al entrar en aquel cauce con sus carros y formidables aprestos. La raza de Jacob fué libre desde aquel momento. No era nación, ni pueblo, ni siquiera tribu: informe aglomeración de familias, sin hábitos de libertad, independencia, ni gobierno, iba á tener patria, nación, ley, culto, literatura, y todo lo que constituye un estado; y todo ello pronto, peculiar, original y prodigioso. Moisés abarcó de una mirada este porvenir: Dios estaba con él.

Al volver de su éxtasis á vista de los cadáveres que vomitaba el mar y de los despojos que cubrían la playa y recogían los Israelitas, apenas vueltos de su estupor, entonó un cántico de acción de gracias, monumento de la poesía épica, la cual había de ser un género especial en la literatura de aquel pueblo, que comenzaba á serlo, cuyo Jefe era el mismo Dios y que constituía en este concepto una verdadera y única *Teocracia* del mundo, á diferencia de las otras que solo han sido *Hierocracias* (*gobiernos sacerdotales*).

«Cantemos al Señor que gloriosamente se enaltecíó, al caballo y caballero lanzó al mar.

»El Señor es mi fortaleza y también mi alabanza; de Él nos vino la salvación. Éste es mi Dios, por eso le glorificaré. Él es Dios de mis padres, por eso le ensalzaré.

»Avanzó el Señor como guerrero que entra en la pelea: su nombre es el *Omnipotente*.

»Las carrozas de Faraon y todo su ejército sepultó en el mar: sus jefes escogidos quedaron sumergidos en el mar Rojo.

»Dijo el enemigo:—Voy á perseguirlos y cogerlos, repartiré sus despojos, satisfaceré mi deseo, y en desenvainando mi espada los pasaré á su filo.

»Pero volvió á soplar su hálito y el mar se los tragó: cual plomo cayeron en aguas que los arrastraron en sus corrientes impetuosas.

»¿Quién de los fuertes se parece á Ti, Señor, quién como Tú magnífico en santidad, tan terrible como loable y hacedor de maravillas.»

Entonces María, la hermana de Moisés y Aaron, que era Profetisa y como tal favorecida

del Señor, tomó un tímpano (1), como poeta al empuñar su plectro, y poniéndose al frente de todas las mujeres, que llevaban tímpanos y otros instrumentos músicos, entonó con ellas á coro y como estribillo la primera exclamación cantada por su hermano.

«¡Cantemos al Señor que gloriosamente se enaltecíó; al caballo y caballero lanzó al mar!»

Y continuando Moisés en su entusiasmo épico añadía:

«Tragólos el abismo: á su fondo bajaron como una piedra.

»Tu diestra, Señor, se ensalzó en su fortaleza: tu diestra, Señor, postró al enemigo.

»Al soplo de tu furor apretáronse las aguas: detúvose la onda en su flujo y se concentraron aquellas en los abismos del mar.»

Y el coro de María y las mujeres israelitas respondía: «¡Cantemos al Señor que gloriosamente se enaltecíó: caballo y caballero lanzó al mar!»

Y con todo, para el católico hay mas belleza, mas pureza, mucha mas poesía en otro mas sencillo cántico de María la Santa Madre de Jesus. El cántico de Moisés embriaga como el aroma del lirio en habitación cerrada; arrebatada, hace latir el pecho. El cántico de María es como el suave perfume del jazmín en medio de un verjel: apenas se percibe, se desea respirarlo mas: no excita, sino que mas bien calma. Por eso la Iglesia, que mas bien propende á la calma dulce y tranquila que á las emociones fuertes y á los sacudimientos briosos, repite todos los días el cántico de María y apenas entona alguna vez el de Moisés, aunque lo aprecia mucho.

Pero ¡cuán pocos católicos comprenden el cántico de la santa Humildad, de esa virtud que no alcanzaron á conocer los paganos, que apenas luce en los Israelitas y que por desgracia olvidan muchos de esos cristianos, que solo tienen la corteza del catolicismo! Conocióla, sí, Moisés (2), pero no la hallaron sus hermanos. En vano había sublimado al sacerdocio supremo á su hermano Aaron, condecorándole con riquísimos y vistosos ornamentos pontificales. El gran sacerdote abrigaba envidia de su hermano: María la Profetisa tenía también celos de la mujer de Moisés, y hablaba contra ella. Los favores de Dios tomaban como cosa suya diciendo:—¿Acaso habla Dios solamente por medio de Moisés? ¿pues qué, no habla también con nosotros?

El mismo Dios reprendió la temeridad de los orgullosos hermanos. María quedó herida de lepra. Aaron intercedió por ella y fué preciso echarla del campamento, para que durante siete días expiara su pecado (3). ¡Qué diferente es la Profetisa María de aquella que llevando á Dios en su seno, en vez de engeirse exclama en su *Magnificat*:—«Las generaciones venideras me llamarán bienaventurada, pero esto no es por Mí, sino porque el Señor se dignó de fijar sus ojos en la humildad de su sierva.»

(1) *Sumpsit ergo Maria Propheta, soror Aaron, tympanum in manu sua.* (Exodo, cap. 15, vers. 20.)

(2) *Erat enim Moyses vir mitissimus super omnes homines.* (Numerorum, cap. xii.)

(3) Libro de los Números, cap. xii.

### CAPITULO III

NOBLEZA DE LA FAMILIA DE MARÍA: SU DESCENDENCIA DE DAVID

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

*Brotó la raíz de Jessé*

**Q**UICUNQUE de nobleza tiene la Virgen María. La sangre que corre por sus venas era de Real estirpe, y no como quiera, sino de uno de los monarcas mas poderosos é ilustres de que nos hace mencion la Historia de la antigüedad, David, hijo de un campesino llamado Isai, ó por otra pronunciacion Jessé, avecindado en Belén.

Cansados los Israelitas de los jueces que desde Moisés regian los destinos de su pueblo, no siempre bien, eligieron por su primer Rey á Saul. Ensoberbecido este con su grandeza desobedeció al Señor, y la corona pasó á las sienes de David, último de los hijos de Jessé, que no podía conjeturar ni aun remotamente los altos destinos que Dios le deparaba, cuando no era sino un pobre pastorecillo.

Páganse mucho los hombres de estos asuntos de linaje, nobleza y genealogías, que de nada sirven á los ojos de Dios, ante el cual valen mucho las virtudes, nada el nacimiento ni las grandezas del mundo (1). En la humildad fundaba la Virgen María todo su mérito, y así lo expresa en su magnífico cántico, en el cual concluye diciendo que en ella se cumplen las promesas hechas á sus Padres y ascendientes Abraham y su linaje (2).

Con todo no debe olvidarse que dos de los sagrados Evangelistas, San Mateo y San Lucas, nos han dejado trazada la genealogía de Jesus, pero ambos por la línea de San José, ninguno por la de María. Mas siendo esta parienta de San José y en grado muy próximo, la genealogía viene á ser la misma, pues así el uno como la otra descienden de David por Zorobabel, de donde salen las dos distintas líneas que trazan los Evangelistas.

Prefieren generalmente los escriturarios la genealogía de San Lucas, que es la ascendiente, y va de Jesus hasta Adán. La de San Mateo es descendente, de Abraham á David, de este á Zorobabel y de este á San José por otra línea hasta parar en el padre natural. En

(1) Estando en el convento de Toledo, dice Santa Teresa de Jesus, y aconsejándome algunos que no diese el enterramiento de él á quien no fuese caballero, díjome el Señor:— Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. » Relacion 3.ª de Santa Teresa de Jesus, pág. 151, t. 1.ª en la edición de Rivadeneira.

(2) *Sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in sacula.*

la de San Lucas aparecen como descendientes de Zorobabel, Resa, Joana, Judá, José, Semí, Matathías, Mathat, Nagge, Hesli, Nahum, Amoz, Matathías II, Joseph, Janne, Mielchi, Levi, Mathat y Heli, á quien se cree padre legal de San José, y mas conocido en tal concepto.

En Matathías II ponen algunos escritores el entronque legal de la familia de San José con la de su parienta la Virgen. Quizá por eso San Lucas, principal narrador de las cosas de María, la siguió con preferencia á la línea del padre natural de San José, que presenta San Mateo, y que aparece mas condensada, pues solamente cita nueve nombres, que suponen una gran longevidad en tantos siglos, mientras que la de San Lucas, al parecer mas completa, presenta diez y nueve.

Jesus es hijo de David, no solo putativa sino naturalmente y por su Madre. Si María no hubiese sido descendiente de David, siendo San José solamente padre putativo, Jesus sería descendiente de David, no real sino putativamente. Y con todo, al anunciar el Ángel á María la encarnación del Verbo Humanado, dice que Dios le dará la silla ó trono de David su padre, y que reinará eternamente en casa de Jacob. La Iglesia lo confirma así mismo y canta entre los loores de María:— Ya brotó la estirpe de Jessé, luce ya la estrella de Jacob (1).

(1) *Germinavit radix Jesse: orta est stella ex Jacob: Virgo peperit Salvatorem.* Antífona 4.ª de Laudes en el oficio parvo de la Virgen desde Navidad á la Purificación.



®

## CAPITULO IV

EL LIRIO DE LOS VALLES.—CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA SEGUN LA MENTE DE LA SABIDURÍA ETERNA.—DESCRIPCION PROFÉTICA DE LA VÍRGEN MARÍA POR EL REY SALOMON.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

*Yo soy la flor del campo y lirio de los vallecitos*

**Y**o soy la flor de los campos, que nace espontáneamente, sin el auxilio del hombre, sin que este haya tocado mi simiente, preparado el terreno, ni cavado la tierra donde he de nacer. No necesité de su auxilio contra los hielos al nacer, contra los vientos cuando hube de erguirme sobre mi tallo. El sol, el Sol de Justicia, dió color en las entrañas de la tierra á mi simiente escondida, envió desde el cielo rocío fecundo: las auras divinas de la gracia orearon mi corola sin dejar posar en ella nocivos insectos, ni tuve necesidad de que el jardinero viniese á podar hojas secas ni excesivas, porque en mi lozanía jamás hubo liviandad ni superfluidad.

*Yo soy el lirio de los valles amenos y escondidos*, donde esparzo mi fragancia, que embalsama las sombrías enramadas y sube hasta lo alto de las místicas colinas. La planta del hombre no profanó estos contornos, que recuerdan la pureza primitiva del Eden. Pasó el viajero por la cima de la montaña, admiró el verdor de estos contornos y lo risueño del paisaje donde yo crecía: pero iba de prisa agitado por las cuitas del mundo, suspiró y pasó de largo diciendo en su interior:—De buena gana viviría en ese valle tranquilo y retirado y haría mi morada en medio de ese ignorado verjel, cuyos gratos y sencillos aromas perfuman este ambiente.

Y despues de poner Salomon en boca de la Esposa de los cantares esas palabras impregnadas de sencillez y mística suavidad: «*Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles* (1)», que la Iglesia aplica con oportunísimo sentido y bella congruencia á la Madre del Salvador en una de sus principales festividades, pone á continuacion en boca de la Sabiduría Eterna estas otras como aceptacion y complemento de esa idea, y respuesta á esa frase:—«Como el lirio entre espinas así es mi amada entre las doncellas (2)».

(1) *Ego flos campi et lilium convallium. (Canticum canticorum. Cap. 2.º, vers. 1.º)*

(2) La Iglesia Santa aplica á la Santísima Virgen esta idea típica del lirio precisamente en la primera antífona de las primeras vísperas en la fiesta de la Purísima Concepcion. *Sicut lilium inter spinas sic amica mea inter filios Ada.* Esta última palabra la añade la Iglesia para aclarar mas el sentido.

A esta declaracion responde su amor proféticamente en justa correspondencia en la expansion del eterno cariño:— Coronadme de flores, rodeadme de manzanas porque desfallezco de amor (1). Su mano izquierda posará sobre mi cabeza y así su diestra me abrazará; esta mostrará su cariño, aquella su proteccion.... Porque mi amado es para mí y yo soy para Él, para Él que se apacienta entre lirios y azucenas, entre los lirios bellos que simbolizan la pureza y cuyo ejemplo y enseñanza práctica es como una fragancia que se deja sentir en los campos místicos de la Iglesia por todos aquellos que de cerca la admiran (2).

La Iglesia Santa ve levantarse esta figura radiante y purísima, que á la voz del Eterno brota de la tierra, sedienta por la maldicion consiguiente al pecado, y al verla tan bella y sin mancilla, exclama en su extático entusiasmo:—«¿Quién es aquea que avanza como la aurora saliente, hermosa como la luna, brillante como el sol, respetable como un ejército en orden de batalla?»

Á esta pregunta responde ella misma en otro paraje de un libro coetáneo: «Yo salí de la boca del Altísimo y soy la primogénita ó sea la principal entre todas las criaturas.... Criada fui desde el principio antes de que comenzaran los siglos á recorrer los períodos del tiempo, y viviré tambien todos los siglos venideros y llené así mi altísimo ministerio ante Él y en su eterna y santa morada.»

«Así fui tambien establecida con firmeza en Sion y descansé en la ciudad ya santificada de antemano y mi poderío fué reconocido en Jerusalem: quedé domiciliada y con arraigo en aquel pueblo tan honrado y tuve parte en la herencia de Dios mi Señor y me detuve en la plenitud de los Santos....» Elevada me ví como un cedro excelso del Libano y como ciprés en el monte Sion; ensalzada quedé como la mas alta palmera de Gades y como rosal plantado en las llanuras de Jericó, como rica y sabrosa oliva en los campos y como plátano plantado en las plazas cerca de las corrientes de las aguas, esparcí mis aromas á lo lejos como el cinamomo y el bálsamo aromático, y aromas aun mas suaves como los que pudiera dar la mirra escogida.

Grandiosas son estas frases que la Iglesia Santa aplica justamente á la Concepcion inmaculada de María, tomándolas del libro de Jesus, hijo de Sirach, que va casi adherido al de los Cantares de Salomon (3). Si en aquellos se echa de ver su belleza pura y sin mancilla, en estos otros se describe su majestad serena y radiante; asimilándola á lo mas bello que producía la naturaleza en Palestina y los países adyacentes.

(1) *Fucile me floribus, stipate me malis quia amore languo.* Capitulo 2.º de los Cantares, vs. 5 y 6. El Interano Ciprian de Valera, cuya tosca version quieren haver pasar los protestantes y los indiferentistas como un trabajo concienzudo y esmerado, traduce groseramente: *Sustentadme con frascos de vino, corroboradme con manzanas.*

(2) El buen ejemplo se ha comparado siempre á la fragancia y el escándalo al hedor. La ley recopilada dice que los provisosores serán de *buen olor* (buena fama) de *vida y costumbres.*

(3) El libro titulado *Eclesiastes*. Las palabras citadas se refieren á la sabiduría eterna é increada. *Ego ex ore Altissimi prodivi....* pero la Iglesia las lee tambien en la Epístola de la misa de la Inmaculada Concepcion.

Las otras: *In omnibus requiem quaesivi....* son las lecciones que se leen en el oficio parvo de la Virgen.

## CAPITULO V

LA SEÑAL DE ISAÍAS.—VIRGEN Y MADRE

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

*He aquí que la Virgen concibió y parió.  
(Isaías, cap. VII, vers. 14.)*

**D**AVID había ensanchado las fronteras de su reino y afianzado la independencia de la nación Israelita, haciéndose formidable á todos los pueblos circunvecinos, que á veces habían subyugado á ésta invadiendo su territorio, cuando se mostraban ingratos con Dios los descendientes de Jacob, á quienes había sacado de Egipto y dado un país fructífero y ameno para que se establecieran en él. Muerto David, su hijo Salomon, Rey pacífico cuanto su padre fuera guerrero y hazañoso, protegió las letras y las cultivó por sí mismo; fomentó los intereses materiales del país, dió vida á las artes poco adelantadas entre su gente, hizo un templo grandioso, quizá el mayor y más rico que se dedicó al culto de la Divinidad, construyó magníficos palacios con todo el lujo oriental, envió sus escuadras á explorar lejanos mares, aportando en ellas las riquezas de otros países y los adelantos de la industria.

Mas á pesar de ser Salomon un rey tan sábio y favorecido de Dios, la demasia con que quiso abusar de los placeres, y el desarrollo de los intereses materiales en proporciones enormes, no cuidando de fomentar al igual los intereses morales, trajeron consigo, como siempre sucede en tales casos, la molieie, el enervamiento, el orgullo, el olvido de Dios y de sus mandamientos, y la falsa civilización, que encubre con los primores de un lujo refinado la corrupción de las costumbres, la afeminación, la impiedad y el descreimiento no solamente en Religion y en política, sino en el mismo trato social, y todo con una dulzura aparente y suavidad amañada, que en realidad son egoismo y cobardía. En tales situaciones falsas y de bienestar aparente la disolución política viene en pos de la corrupción social, como viene la descomposición en los cadáveres, aunque estén ricamente ataviados: la ambición y la envidia levantan en breve la cabeza, se quiere medrar á toda costa pero sin trabajar mucho, tener mando para cohechar, cohechar para hacer dinero, y hacer dinero para gozar y satisfacer la sensualidad, el amor propio, quizá los resentimientos de la vanidad ofendida. Y entonces los discolos y los osados logran sobreponerse á los hombres

de bien, que suelen ser débiles, y á los sábios, que suelen ser tímidos y á veces aduladores. Tal era la situación del pueblo Israelita á la muerte de Salomon. ¡Triste conclusion de tan feliz reinado!

Tribu y media, de las doce en que estaba dividida la nación Israelita, se quedaron reconociendo la autoridad de Roboam el Rey legítimo, pero tirano, hijo de Salomon, mal aconsejado por jóvenes violentos y petulantes. Las otras diez y media siguieron á un intruso, llamado Jeroboam, que se había sublevado antes contra Salomon. Estalló la guerra civil con todos sus horrores, castigo providencial de los pueblos desmoralizados y en que la Religion solo tiene las apariencias del culto sin la realidad de la devoción. Los disidentes, no contentos con alzar trono contra trono y capital contra capital, alzaron tambien templo contra templo, altar contra altar y una Religion falsa, hechiza y puramente al capricho humano contra la Ley de Dios, la Religion verdadera y revelada, destruyendo así con este dualismo impío la gran obra de Moisés el legislador, Josué el conquistador, David el estadista y afianzador de la independencia y Salomon el artista y sábio. La unidad religiosa y la política acabaron á la vez. Mas adelante los aunó la desgracia, y pasando sobre ellos su nivel uno y otro conquistador los unieron pisándolos, destino que reserva la Providencia á los discolos altaneros, y á los países enervados y corrompidos.

Abías hijo de Roboam, fué tan impío y fátuo como su padre. Asa y Josafat fueron piadosos. Acercábase el tiempo en que debían ser destruidos unos y otros, Judíos é Israelitas, ortodoxos y cismáticos, legitimistas y revolucionarios, tan malos unos como otros. Reinaba en la Judea como Rey legítimo Acáz (Achaz) monarca impío, hijo de Joatan, cuando Dios envió los últimos Profetas mayores, que á todas horas y en todos tonos, con signos y alegorías, con vigorosas y amenazadoras palabras, en trístisimas endechas, en planideros salmos anunciaron á los monarcas descarriados y protervos su próxima ruina, y á los súbditos idólatras y corrompidos por la molieie y la sensualidad, los males grandes con que Dios iba á castigar su infidelidad, privándoles de Religion y patria, de libertad, de intereses y de cuanto puede apreciar el que ha vivido en sociedad independiente y de pronto se ve reducido á marchar cautivo sometido á vegetar en tierra extraña.

Entre los Profetas que dirigían sus fatídicos avisos á estos Reyes descreídos sobresalía uno llamado Isaías ó Jesayas, de carácter fuerte, elevado y vehemente, criado en Jerusalem, conocedor de sus cosas y costumbres, y opuesto á la tortuosa política de Ozías, Joatan y Acáz, en cuyos tiempos le tocó por disposición divina dirigir fuertes recriminaciones á estos monarcas y duras increpaciones á su pueblo, que no era mejor que ellos, y antes bien tenia el Rey y el gobierno que por su corrupción merecía. Al condenarle Dios á duro castigo queria hacer preceder á este de la amonestación dirigida un día y otro día. Mandóle Dios en uno de ellos que saliese al encuentro del Rey Acáz al pié del acueducto que surtía el estanque ó piscina de arriba. Encontró en efecto al monarca muy preocupado por el éxito de la guerra que le amagaba, pues Rasin, Rey de Asiria, amenazaba á su pequeño terri-

torio, habiendo unido á su numeroso ejército el de los cismáticos de Samaria, que venian á combatirle. Receloso Acáz no se atreve á creer lo que tanto desea. El escepticismo del monarca contrasta con la fe viva y ardiente del Profeta. Este cree en Dios; el Rey es hombre de mundo.

—«¡Pide á Dios una señal, exclama el Profeta: pídele un milagro por via de muestra y pídelo donde y como quieras, en lo profundo del infierno, ó bien en lo alto del cielo!

—No lo pediré, responde Acáz: no quiero tentar al Señor.

—Oye pues, descendiente de David: el Señor quiere darte una señal y es la siguiente: Hé aquí que *la doncella* (1) concebirá sin detrimento de su virginidad y parirá un hijo y este se llamará *Emmanuel*.»

No puede estar mas clara la profecía de la virginidad de la Madre del Mesías ó Salvador.

Salomon habia cantado y predicho la Concepcion Inmaculada: ahora Isaías predice en ocasion solemne su santa virginidad. El valor de esta era poco comprendido, ó mejor dicho incomprendible para los Israelitas, sensuales como todos los pobladores del Oriente. Ni los Patriarcas en sus tiendas, ni los Jueces en sus rústicas moradas, ni los monarcas mas piadosos en medio de sus grandes alcázares habian brillado por la continencia. Los patriarcas practicaban la poligamia, como todavía la practican los pobladores de aquellas regiones. Moisés era casado; el gran sacerdote Heli tenia hijos y por cierto nada buenos. David tan fiel al Señor, ni se contentó con una mujer, ni respetó siempre la ajena. Salomon lleva su poligamia hasta el extremo de comprometer su corona y su bienandanza. El mismo Isaías se casa y no ventajosamente. ¿Cómo un pueblo cuyos jefes no apreciaban la continencia, habia de estimar la santa virginidad, que antes miraba con tedio, pues incapacitaba para tener de su estirpe al Mesías prometido? Por tanto la señal que ofrecia Isaías era de una cosa no solo rara sino inaudita y desusada, y que no era fácil se ocurriese á un Israelita: tal era el suceso, nunca visto antes ni despues, de ser madre una doncella, sin pérdida de su virginidad ni relacion con persona de otro sexo.

Esta persona es la Virgen María.

El Profeta ve el nacimiento de Jesus como si lo estuviera presenciando y exclama con santo entusiasmo: «Ya nos ha nacido el niño; ya tenemos al hijo de la Virgen: en su hombro descansa el Principado y su nombre será el Admirable, el Consejero, el Dios fuerte Padre del siglo venidero, el Príncipe de Paz. Su imperio se aumentará considerablemente y la paz que él proporcione será paz duradera. Sentarse ha sobre el solio de David y sobre su Reino para que lo afirme y fortifique en juicio y en justicia.»

(1) *Ecce virgo concipiet et pariet filium....* (Isaías, cap. VII, vers. 14.)

Augusto Nicolás insiste en que debe traducirse *la doncella* y no una *doncella* por ser lo primero muy expresivo y alusivo á cosa sabida. El protestante Valera traduce así: «Hé aquí que *la virgen* concebirá.»

Los judíos por su parte quitan igualmente fuerza á la palabra *juíma*, *doncella*, dándole significaciones diversas, pero inadmisibles. Á la verdad que si no significaba la palabra de Isaías una *doncella*, que no dejaria de serlo á pesar de su concepcion y parto, era una necedad lo que ofrecia, pues todos los dias se casan doncellas que pierden su virginidad al concebir.

Arrebatado el Profeta de su estro, poético y profético á la vez, se lanza á los espacios etéreos é insondables del porvenir, penetra con la mirada de su fantasía en la inmensidad del vacío como si ya existiera y estuviese viendo lo que todavía no hay en él, y en alas de su imaginacion calenturienta, y con un lirismo que envidiaría Píndaro vuela hácia el ideal remoto de la Humanidad terrestre, penetrando por regiones sin luz donde no han llegado los poetas, tinieblas donde pretenden ver algo los filósofos ciegos, que, al profundizar en ellas, solo hallan carbon y lodo que luego nos quieren vender por agua y luz.

«Brotará una vara de la raíz troncal de Jesé, el padre del Rey David, y saldrá un vástago de su tronco y sobre él reposará el espíritu del Señor.»

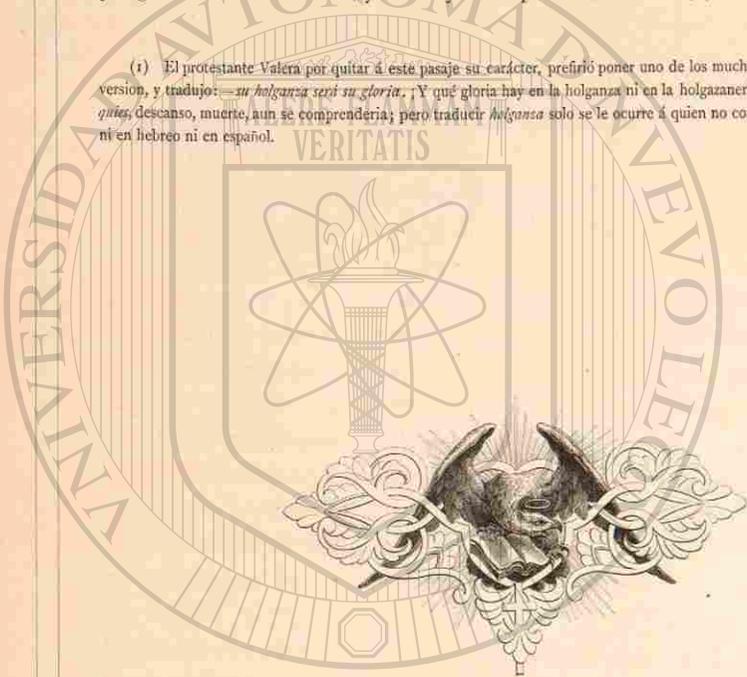
Entonces llegarán los dias de verdadera libertad é igualdad. El buey y el leon comerán paja y heno: no se alimentará un hombre á expensas del sudor de otro: desaparecerán las clases privilegiadas, figuradas por el leon, y con ellas los privilegios, las exenciones, las castas y las razas aristocráticas, que fundan su nobleza en la fuerza y el privilegio: desaparecerán los ejércitos y la preponderancia militar. Todos vivirán de su trabajo y del producto de este, quedando solo hombres laboriosos, simbolizados por el buey, animal utilísimo y frugal que no come carne ni vierte sangre, que solo se defiende cuando se le provoca. Perderán el tigre y el leopardo su fiera y un niño inocente podrá amedrentarlos y castigarlos. La justicia simbolizada por el niño inocente, sin malicia, sin cábalas ni recores, hará respetar su vara recta, sin pasion bastarda que la tuerza. El niño meterá su mano en el agujero de la víbora y la sacará ileso y sin picadura: esto es, que el hombre honrado y probo podrá negociar sobre su palabra sin fórmulas irritantes y precauciones odiosas á que obliga la perfidia de la falsa civilizacion, y no habrá inconveniente en entrar en relaciones que hoy son sumamente peligrosas y vejatorias, porque apenas se puede entrar en transacciones sin salir mordido y vejado por hombres malignos que todo lo envenenan, especie de víboras sociales. Así que Isaías no hace consistir la felicidad y el porvenir de la humanidad en los adelantos de la industria, en el espíritu de asociacion, en los equilibrios de la economía y de la ciencia política, en la quimérica nivelacion de fortunas, en el engrandecimiento del pueblo que cuando se engrandece deja de ser pueblo, ni en los beneficios decantados de la Filosofía, que solo sirve para disputar y destruir, afirmando unos lo que niegan otros, presentando hoy teorías que se exhiben cual descubrimientos de placeres de oro, y que al dia siguiente nadie las admite por no ser sino vil metal de groseros sofismas, ó aberraciones de la fantasía.

El cumplimiento ó realizacion de este grandioso cuanto sencillo programa de la felicidad humana, parcial y menguada, como no puede menos de serlo en este oscuro planeta que se llama la Tierra, lo ve y describe el Profeta en el advenimiento de la ley evangélica, predicada y explicada por ese hijo de una Virgen, y era lo que se llamaba y llama el *Reino de Dios sobre la tierra*, precursor de un reinado de paz y ventura sempiterna.

Cuando llegue ese dia de paz general y queden cumplidas las ofertas hechas por Dios

al primer hombre, la raíz de Jesé, la descendencia de David, puesta para señal y divisa de los pueblos benditos, será objeto de veneracion en ellos, y hasta su mismo sepulcro será glorioso. *Et erit sepulchrum Ejus gloriosum!* ¡Y cuánta gloria tiene el Santo Sepulcro de Cristo en la ciudad santa, que presencié su dolorosa agonía y triste fin! Allá acuden los peregrinos de toda la tierra; y los Reyes compiten en honrarlo (1).

(1) El protestante Valera por quitar á este pasaje su carácter, prefirió poner uno de los muchos desatinos de su bastarda version, y tradujo: — *su holganza será su gloria.* ¡Y qué gloria hay en la holganza ni en la holgazanería! Si hubiera traducido *requies*, descanso, muerte, aun se comprendería; pero traducir *holganza* solo se le ocurre á quien no conoce la fuerza de la palabra ni en hebreo ni en español.



## CAPITULO VI

PROFECÍA DE MICHEAS.—DESIGNACION DEL SITIO DONDE LA VIRGEN HABIA DE DAR  
Á LUZ Á SU HIJO

*Pequeña eres tú, Bethléhem (Belen), la de Efraim....*

**Q**TRO Profeta menor que Isaías, y casi compendiador suyo, viene á comunicar datos muy precisos, si no acerca de la virginidad de María, anunciada por aquel, al menos acerca del paraje donde la doncella anunciada por Isaías sería Madre y Madre de Dios, sin dejar de ser Virgen inmaculada y pura. Micheas (Micheas) contemporáneo de Isaías es compendiador y como expositor de este, á la manera que San Marcos es compendiador del Evangelio de San Mateo. Profetiza como Isaías en los reinados de Joatan y Acáz, y alcanza á los tiempos de Ezequías. Principia dirigiendo su voz al universo y á todos sus pobladores diciéndoles:—«El Señor va á salir del lugar santo donde está y pisará lo mas encumbrado de la tierra (1)».

Anuncia la vuelta de los Israelitas á su país despues de sufrir la expatriacion y el merecido cautiverio, y predice la predicacion del Evangelio, cual si la estuviera viendo, la fundacion de la Iglesia cristiana en Jerusalem y parte del bello ideal del Reinado de Dios sobre la tierra. «Venid, venid, vamos á subir al monte del Señor y á la morada del Dios de Jacob y recorreremos sus sendas, porque de Sion saldrá la Ley y la palabra de Dios vendrá de Jerusalem.»

Sin remontar su vuelo tanto como Isaías alcanza á ver el bello ideal de la paz en el cristianismo, de esa paz que ¡por desgracia! no comprende la mayoría de los cristianos y aun de los católicos, que quieren hallarla por extraviadas y contrarias sendas, ora de torpes condescendencias, ora de violencia brutal y de feroces imposiciones, que aplastan el cuerpo, pero no convencen ni enderezan el espíritu.

Micheas entona el idilio de la paz, no á lo político como Isaías, sino en estilo bucólico y pastoril. «El enviado por Dios para remediar los males de la Humanidad juzgará las dis-

(1) *Audite populi omnes et attendat terra.... Quia ecce Dominus egreditur de loco sancto suo.* (Cap. 1.º v. 2 y 3.)

cordias entre las naciones y reprenderá á los fuertes aunque estén alejados. Haráles convertir sus alfanjes en arados y sus lanzas en útiles azadones. Ya no alzarán sus espadas unos países contra otros, ni tendrán que aprender el arte funesto de la guerra. El labrador podrá sentarse tranquilamente bajo la parra de su huerta y á la sombra de su higuera, pues ya no habrá motivos de sustos y zozobras.»

En pos de esta égloga de la paz general del mundo, el Profeta designa el sitio donde ha de nacer el gran pacificador de los pueblos y fija su vista en él, pero no en la Madre como el gran vidente Isaías: «Y tú Bethlehem Ephrata (Belén en la tribu de Efraim), pequeña eres entre las muchas aldeas de Judá, porque de tí saldrá el que ha de ser dominador en Israel, y su salida será desde los días de la Eternidad (1).»

Quéjase en seguida el Señor por boca de su profeta del poco fruto que ha de sacar de la redención del linaje humano, á vista de los muchos que serán ingratos á sus beneficios, semejantes á sus ascendientes, que en medio del desierto maldecían de su libertad é independencia, echando de menos los manjares groseros con que se alimentaban durante su esclavitud en el Egipto. — «Pueblo mío, ¿qué te tengo hecho yo para que así me trates ó en qué he podido molestarte? ¡Respóndeme! ¿Será acaso porque te saqué de tierra de Egipto y te libré de la esclavitud en que yacias y envié delante de tí á Moisés, Aaron y María á fin de que te guiaran?»

La Iglesia Santa recoge estas endechas del poeta inspirado que lamenta la ingratitud del pueblo Israelita, y repite estas querellas y reconveniones, cantándolas el día de Viernes Santo, con música lúgubre y cadenciosa, durante el acto, patético y sencillo á la par, de la adoración de la Cruz. *Improperios* los llama con un nombre gráfico y adecuado, pues recuerda en ellos los que se dirigen á Cristo antes de morir.

«¡Yo te saqué de tierra de Egipto, y tú me sacaste á crucificar irrisoriamente!

»¡Yo te alimenté en el desierto con maná milagroso, y tú me diste á beber hiel y vinagre!

»¡Yo abrí á tu paso las fértiles comarcas de Palestina, y tú me abriste el costado de una lanzada!

»Pueblo mío, ¿qué te hice Yo para que así me trates, y en qué he podido molestarte?»

El Profeta supone al pueblo enternecido al oír estas tiernas querellas y pone en boca suya estas frases de contrición y arrepentimiento.

— «¿Qué podré ofrecer yo al Señor para aplacar su justo resentimiento?

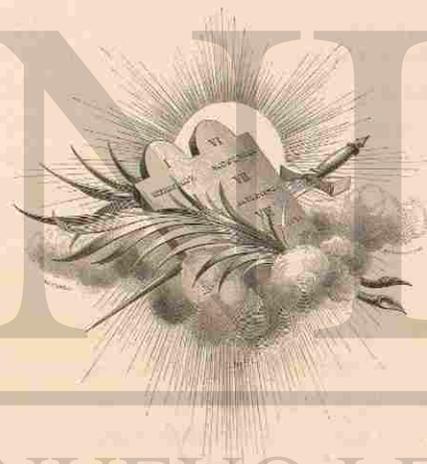
»Me postraré ante el Señor Excelso: voy á ofrecerle holocaustos y haré también sacrificar algunos novillos.»

(1) *Et tu Bethlehem Ephrata parvulus es in millibus Juda: ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israel et egressus ejus ab initio, à diebus aternitatis.* (Micheas, cap. V, vers. 2.)

Luego no ha de ser un hombre, un mero personaje, pues ningún hombre es ni puede ser eterno, ni proceder de la eternidad, pues nace en el tiempo. La alusión no puede ser mas clara á la segunda persona de la Santísima Trinidad, cuya misión es eterna.

— «Déjate de eso, grita el Profeta; no vayais á creer que para aplacar al Señor se necesita matar miles de carneros. Hombre, yo te enseñaré lo que es bueno y lo que el Señor quiere de tí. El modo de tenerle contento consiste en hacer justicia, tener misericordia, y andar solícito y con respeto en la presencia del Señor.»

¡Oh qué lección tan sencilla, como sentida y sublime dada á los Israelitas, pero aplicable por desgracia á los cristianos, que fían demasiado en las ceremonias grandiosas del culto externo, pero sin cuidarse de que á estas acompañen la meditación, la humildad santa y el recuerdo de la presencia de Dios, base de toda perfección!



## CAPITULO VII

LA NUBECILLA DE ELÍAS VISTA DESDE EL CARMELO

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

*Del mar subía una nubecilla, apenas del tamaño del pie de un hombre*

**E**n la nubecilla que vió Elías salir del mar para fecundar la tierra al cabo de tres años de pertinaz sequía han encontrado algunos escritores místicos una alegoría profética de la Virgen María, y la Iglesia no tiene inconveniente en aceptarla, antes bien lo consigna así en el rezo de la Virgen del Cármen.

Acáb, Rey de Israel, idólatra y malvado, distinto de Acáz el Rey de Judea, aludido por Isaías y Micheas, había casado con una hija del Rey de Sidon que le había hecho prevaricar aceptando el grosero culto de Baal, á la manera que Salomon había pecado con igual motivo. Vivía entonces en aquel país el Profeta Elías, poderoso en palabra y en virtudes, comparable á Moisés en energía de carácter y en la conversacion íntima con Dios. El pueblo de Israel, idólatra como su Rey, que le escandalizaba con su funesto ejemplo, merecía duro y providencial castigo, que no se hizo esperar.

Por mandado de Dios comunicó Elías al Rey idólatra que no había de llover, ni caer una gota de rocío en toda aquella tierra durante algunos años. En breve faltó el agua, se-cáronse las fuentes y los ríos poco copiosos, durando la sequía tres años y viniendo en pos de ella el hambre, su hija, y la epidemia y despoblacion, sus nietas. Atribulados el Rey y su pueblo con tan recio castigo, se hallaron dispuestos á oír la voz del Profeta que con tiempo lo había vaticinado, anunciando el sobrenatural motivo que lo causaba: no le hubieran escuchado tan buenamente en medio de la abundancia y la prosperidad. Presentó-se Elías al insolente monarca, que le dijo sañudo con el lenguaje de los tiranos, que llaman orden á la satisfacción de sus caprichos, y rebelion al cumplimiento de la Ley de Dios y de la sana moral:— ¡Con que eres tú el que me alborota el país!

—No soy yo el perturbador y revoltoso, respondió Elías, sino tú y tus padres que habeis renegado, dejando á Dios para seguir el culto de Baal.

Logró Elías que el Rey convocase gran parte de la gente del país en el monte Carmelo, y con el Rey y el pueblo á cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal. Retólos á estos para

que hiciesen bajar fuego del cielo sobre sus víctimas y no lo consiguieron. Sobre el rústico altar, improvisado por el Profeta y casi inundado de agua, bajó fuego del cielo, que abrasó en breve el holocausto. Á vista de este portentoso el pueblo reconoció la omnipotencia del Dios verdadero y pasó á cuchillo á todos aquellos sacerdotes de los ídolos.

Ya era tiempo de que lloviese, una vez que el pueblo reconocía su error.—«Come pronto y prepárate á marchar, dijo al Rey el brioso Profeta, porque en seguida va á caer mucha agua.» En el horizonte y en toda la superficie del cielo, tersa como un zafiro, no se divisaba ni la mas ligera ráfaga, ni agitaba las hojas de los cedros la brisa mas suave, que anunciara un cambio repentino en la atmósfera; á la manera que tampoco había al parecer esperanza alguna para el linaje humano en las cosas del orden natural y terrestre cuando iba á nacer la Virgen María, en aquella época en que Roma, viviendo ella misma en el terror de sus revoluciones, llevaba tambien el terror de su dominacion á todos los confines del mundo conocido.

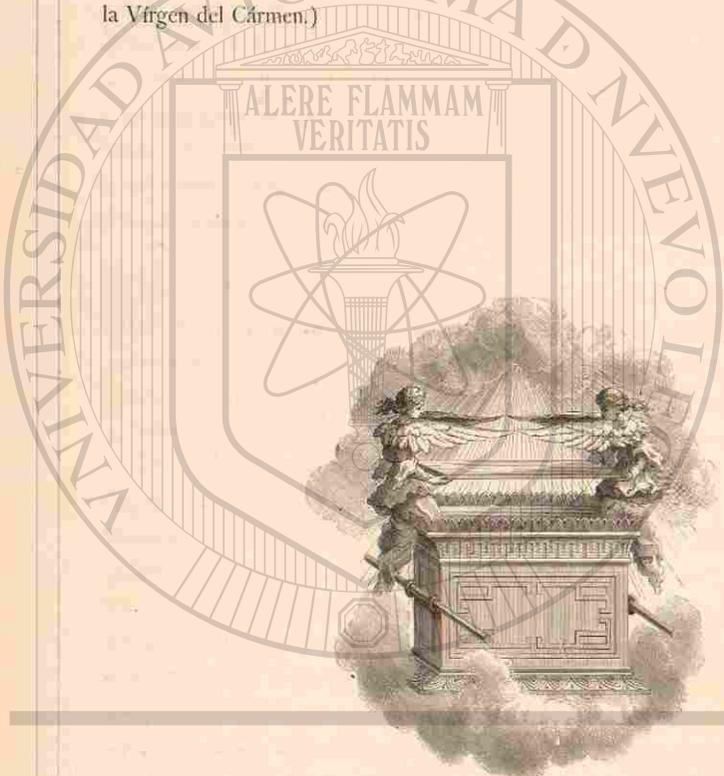
Subió Elías á la cúspide del Carmelo, y postrado allí ante el Divino acatamiento colocó su faz sobre sus rodillas. Hasta siete veces hizo á su criado que mirase hácia el mar, pero este nada logró ver en el vasto y azulado espacio de mar y cielo hasta el punto en donde se confunden uno y otro en imperceptible línea. A la séptima vez el muchacho le dijo:— Ya se ve por fin en el horizonte subir del mar una nubecilla, que apenas presentará el tamaño del pie de un hombre (1).

—Avisa á Acáz que suba en su carroza y eche á correr al punto, pues mucho será que no le alcance la tormenta. Y así fué. Corría el Rey hácia Jezrael, donde tenia su palacio, y á pesar del violento galope de sus caballos corria aun mas delante de ellos el vigoroso anciano, ceñido á su cintura el grosero saco, flotando al aire su plateada y luenga cabellera, rodeado del polvo del camino levantado ya en turbios remolinos, que agitaban su blanco palio azotado por el viento, semejante á esos géneos aéreos, que fingen los poetas precediendo á las tormentas y revolviendo los mares á su paso. Y ya á espaldas del Rey rasgaba el relámpago la negra nube, que galopando cubria el espacio, y se oía el eco del no lejano y pavoroso trueno, y gruesas gotas de agua caían sobre la régia comitiva al llegar á las puertas de su palacio, cuando ya la nubecilla, tan tenue al salir de la línea del horizonte, envolvía la comarca en denso velo y torrentes de agua brotaban de su seno. El castigo, el arrepentimiento y el milagro no podían ser mas probados y patentes: si los escritores católicos no hallaron en ello una profecía encontraron sí una figura alusiva al remedio del pecado original, y la Iglesia dió su sancion á esta tierna alegoría. Las lecciones del rezo en la festividad de la Virgen del Cármen dicen que algunos de los discípulos que despues de la desaparicion de Elías siguieron profesando su austera regla en las vértientes del Carmelo y otros discípulos de San Juan Bautista fueron los primeros en convertirse al Cristianismo en

(1) *Ecc nubecula parva cuasi vestigium hominis ascendebat de mari.*—(Libro 3.º de los Reyes, cap. 18, vers. 44)

las primeras predicaciones de los Apóstoles, y llevados de su afecto á la Santísima Virgen, á la que tributaban homenaje de grande y respetuoso cariño, le dedicaron una capilla en el paraje mismo desde donde vió Elías salir del mar la pequeña y misteriosa nubecilla.

*In eo montis Carneli loco ubi Elias olim ascendentem nebulam, VIRGINIS TYPO INSIGNEM conspexerat, eidem purissime Virgini sacellum construxerunt.* (Lección cuarta del rezo de la Virgen del Carmen.)



## CAPITULO VIII

LAS SIBILAS.—TRADICIONES DE VARIOS PUEBLOS ORIENTALES ACERCA DE UNA VIRGEN CORREDENTORA

*Ya viene la Virgen.* (Virgilio, Égloga 2.ª)

**L**a idea de una Virgen que habia de salvar al hombre, sacándole del estado de abyeccion en que lo habia sumido el pecado, pasó tradicionalmente de generacion en generacion en los tiempos antediluvianos y verdaderamente prehistóricos, y despues del diluvio entre los *noachidas* ó descendientes de Noé, en ambas razas semítica y jafética. Como sucede en todas las tradiciones orales, que pasan de oído en oído, mas bien que de mano en mano, por no ser escritas, la idea primitiva genuina y sencilla se fué bastardeando, recargada con los postizos adornos de imaginaciones exaltadas, degenerando de tradicion en leyenda, de leyenda en fábula, de fábula en mitología.

Los Druidas, dice Orsini (1), un poco antes de la era cristiana alzaban aun en los sombríos bosques de las Galias un altar á la *Virgen que habia de parir*. Los chinos, instruidos por Confucio, que habia encontrado este oráculo en las antiguas tradiciones, esperaban al Santo que habia de aparecer en las regiones occidentales de Asia y le enviaban á buscar con una solemne embajada cerca de medio siglo despues de la muerte del Hombre Dios (2). Los magos siguiendo las predicciones del Zerdascht estudiaban las constelaciones del firmamento para encontrar en él la estrella de Jacob, que debia guiarles á la Cuna de Cristo (3). Los brahmas suspiraban por el glorioso *abatar* (4) de aquel que habia de purgar al mundo del pecado y lo pedian á Vichnou; depositando al mismo tiempo sobre un ara, resplandeciente y cuajada de brillante pedrería, una mata de albahaca, planta predilecta de las divinidades indianas. Los fieros hijos de Rómulo, que en su manía idolátrica, no con-

(1) Libro 1.º hácia el final.

(2) Hácia la época de la dispersion de los Apóstoles; tiempo el mas á propósito para apreciar la exactitud de la tradicion.

(3) Aduce Orsini en comprobacion de esto el testimonio de Abulfarage (*Historia dynastiarum*) y de otro escritor musulman llamado Sharistani.

(4) Encarnacion de una divinidad indiana llena de portentosas fábulas.

tentos con inventar nuevos Dioses, tomaban las supersticiones de los pueblos que vencían, conservaban con esmero los libros de la Sibila de Cumas, contemporánea quizá de Aquiles y de Héctor, y en ellos la noticia de una Virgen portentosa, de un Hijo suyo que sería Dios, la adoración de este por unos pastores, la serpiente vencida, la vuelta á los tiempos de la edad de oro en todo el ámbito de la tierra. En fin, hácia los tiempos de la venida del Mesías todos los pueblos del Oriente se hallaban en expectación de un Salvador, que estaba para venir, y Boulanger, que tuvo mejores inspiraciones en su lecho de muerte, después de haber demostrado cuán general era esta esperanza, la llama *una quimera universal*.

Pero si Dios permitió que en medio de sus extravíos las naciones infieles conservasen una creencia, que era el único hilo que les había quedado para salir de un laberinto de errores, si Él obligó al padre mismo de la mentira á glorificar á Cristo y á su Madre y á trazar el nombre de María sobre las hojas de árbol en que escribiera la Sibila, á fin de que la encarnación del Verbo fuera la expectación de todos, ¿qué era sin embargo esa luz pálida y vacilante al lado del magnífico conjunto de resplandores que iluminaba las tradicionales creencias de los hijos de Abraham?

Y en efecto, todas esas tradiciones confusas, todos esos vaticinios de la Sibila de Cumas ¿qué significaban al par de las radiantes revelaciones proféticas de Isaías y Mikeas, que acabamos de consignar? Mas aun así la Historia no puede ni debe despreciar esa ráfaga de luz que Dios permitió vieran los pueblos idólatras en medio de las densas tinieblas de sus supersticiones y politeísmo; y cuando la Providencia lo permitió, algun fin debió tener en ello.

La noticia de ese vaticinio de la Sibila de Cumas había traspirado de tal modo al comun de las gentes en Roma, que Virgilio, el mas dulce de los poetas en el siglo de oro de la literatura romana y en los tiempos en que Augusto cerrando el templo de Jano anunciaba la paz universal, prelude de la venida de Cristo, no vacilaba en hablar de una Virgen maravillosa que debía venir en aquellos momentos (1), siquiera como poeta áulico lo aplicase á la prosperidad que el Imperio de Augusto proporcionaba á Roma.

El orbe regirá, que con proezas  
En grata paz dejó el paterno brazo:  
La serpe morirá: sin el veneno  
La yerba crecerá; y en el regazo  
De las fértiles comarcas de la Asyria  
Aromas brotarán sin embarazo.

Hállanse aquí las ideas de la paz general, de la muerte ó aplastamiento de la serpiente maligna, la destrucción de las plantas venenosas y mortíferas, hijas del pecado, que perjudican á la salud, el nacimiento de otras plantas en lugar de aquellas, plantas nuevas aro-

(1) *Pacatumque reges patriis virtutibus orbem:  
Occidet et serpens, et fallax herba veneni  
Occidet, Asyrium vulgo nascetur amomum*

máticas y balsámicas aclimatadas apenas en las regiones de Europa, como el cinamomo y la canela. El poeta consigna aquí en conceptos sublimes y elevados la tradición rastrera del vulgo, pero tradición general, que conserva mucho de la verdad sencilla y primitiva.

Mas adelante el vate en su entusiasmo lírico, y arrebatado del estro poético, pierde de vista la tierra, quiere aproximarse al profeta, y concreta mas el tradicional pensamiento, llegando á escribir palabras que parece imposible salgan de su pluma.

*Fam reddi et Virgo, reddunt Saturnia regna.*

¡Qué verso tan desigual! ¡qué mezcolanza tan heterogénea! Ya viene *la Virgen*, ya vuelven los tiempos de oro en que reinó Saturno. ¡La Virgen, la tradición pura y primitiva que pasa de Adán y sus hijos á los de Noé, de los Noakidas á los hijos de Abraham, y á los Israelitas y de estos á los Cristianos, que vemos cumplida la gran promesa, se ve en ese verso, mezclada con el reinado del falso Saturno, error grosero de la mitología romana! Así el que busca rico metal en los placeres auríferos, tiene que arrojar el cuarzo y las arenas inútiles después de recoger el grano de oro que estaba entre ellas.

Pero la Edad media en su entusiasmo poético no despreció esta tradición de las Sibilas y sobre todo de la de Cumas, que sirvió de base á los versos virgilianos, y en la noche santa en que la Iglesia celebra el nacimiento de Cristo, las bóvedas de nuestras catedrales solían recordarlos en sentidos aunque sencillos versos. La Iglesia Primada de Toledo hacia que sus niños de Coro cantaran en sencillo y monótono ritmo las predicciones sibilinas, y la de Valencia las hacia leer desde el púlpito por medio de un clérigo revestido de diaconales vestiduras, que entonaba unos sencillos versos, muestra de la poesía provenzal de aquellos tiempos (1).

(1) El P. Jaime Villanueva, en el tomo I de su *Viaje literario á las Iglesias de España* (pág. 141), da curiosas noticias acerca de las Sibilas, y de la costumbre de aludir á ellas en la noche de Navidad.

Segun describe Villanueva la ceremonia que se hacia en la catedral de Valencia durante la vigilia de Navidad, tal cual aparece del Breviario de 1533, el Lector anunciaba estas profecías diciendo: *Dixit tu Jeremia..... Dixit et Isaías*. Al llegar al vaticinio de la Sibila dice: — *La Sibilla deus est in throno vestita cum á dona*. La Sibila debe estar ya preparada en el púlpito vestida con traje de mujer.

Era cosa extraña que el canto de la Sibila se refería precisamente al juicio final y comenzaba con esta estrofa:

En lo iorn del iudici  
veurás qui ha fet servici.  
D' una Verge naxerá  
Deu y hom qui jutiará  
de cascú lo bé y 'l mal  
al iorn del iubi final.

En el juicio tan temido  
Se verá quien ha servido.  
De una Virgen naxerá  
El hombre Dios que severo  
de cadí cual juzgará  
el bien y el mal que hallará  
en el dia postrimero.



DIRECCIÓN GENERAL DE

## SEGUNDA PARTE

MARÍA EN LA SANTA FAMILIA

*¡Oh vita abscondita!*

**D**ESTINADA María á ser modelo de los hombres en su naturaleza pura y humana, presenta en su vida casi todos los rasgos característicos de la vida de Jesús su hijo, Hombre y Dios á la vez, y modelo de toda bondad para el linaje humano. La vida de Jesús tiene un período de larga duración, durante la cual vive en el seno de su familia en vida particular y escondida. Dura este período treinta años de los treinta y tres que pasó en la tierra. En la vida de María hay dos períodos de luz y vida pública y tres de santa oscuridad en vida escondida y completamente ascética. El primer período de vida escondida dura hasta el momento solemne y grandioso de la Anunciación. Desde entonces hasta el suceso de la huida á Egipto hay un período de gran luz y esplendor, en que se verifican la visita á Santa Isabel y los grandes portentos que acompañan y siguen al nacimiento del Bautista, los cuales causan gran admiración en las montañas de Judea, el Nacimiento del Salvador, la ruidosa venida de los Magos, que alarma á la corte de Herodes en Jerusalén y sus inmediaciones, la Presentación en el templo, la horrible matanza de niños inocentes, que lleva alarma y dolor á multitud de familias de Palestina. Todos estos hechos constituyen una publicidad, un esplendor pasajero, que apenas dura un año.

Pero en seguida María vuelve á sumirse en la oscuridad durante treinta años en la vida retirada y oculta de la Santa Familia, hasta el momento definitivo de la predicación de Jesús. Tenía este á la sazón treinta años: la Virgen María se cree que debía frisar entonces en los cincuenta, según los cálculos más probables. En pos de la muerte de Jesús y del establecimiento de la Iglesia, María vuelve á la oscuridad de la vida privada, pero ya sin familia, siquiera la acompañasen por todas partes la respetuosa devoción de los primeros cristianos y la santa solicitud del Evangelista San Juan, su hijo adoptivo. Los dos períodos de oscuridad en la Santa Familia, cortados por un año de pasajero esplendor, son los que comprende esta segunda parte.

En las vidas de los Santos generalmente se observa la existencia de ese período de oscuridad y vida escondida, dedicado á su purificacion y perfeccionamiento, durante el cual son como crisálidas cristianas dentro de su ascético capullo; y es que, al asimilar su vida á la vida de Jesus, su divino modelo, sienten un placer santo é incommensurable mientras su vida pasa silenciosa en esta oscuridad bendita, que el mundo ni aun sabe apreciar cuanto menos comprender. En el seno de una familia laboriosa y modesta, en la penumbra de un claustro ó de una familia religiosa, que reemplaza á la familia natural, quizá en solitaria ermita, ó en el fondo de un pobre hospital, pasan los Santos su adolescencia, su juventud y quizá gran parte de su edad viril, hasta que la obediencia por una parte, la viva luz de sus virtudes, ó la necesidad de atender al bien del prójimo hacen que las miradas del público se fijen al cabo en ellos, no queriendo la Providencia que tales tesoros de virtudes y saber queden ocultos y como sepultados en ocio, por santo que sea, que no es ocio sino altísima tarea la santa contemplacion: mas el mismo Señor dijo que no convenia estuviera siempre la luz oculta bajo el celemin. Entonces principia para estas almas puras y escogidas el martirio de la vida pública, con sus alternativas de aplausos y oprobios, de conquistas y persecuciones, reproduciéndose la vida de Jesus en las vidas de sus siervos, siquiera las copias nunca lleguen, ni con mucho, á la altísima perfeccion del sublime original, Jesus, bello ideal de todos los Santos. Entonces, en medio de las borrascas del mundo ó de sus engañosos halagos, suspiran por la tranquilidad de su vida escondida, de los felices tiempos de su oscuridad bendita en el seno de una familia santa, bien sea la que nos dió la naturaleza, ó nos creó la posicion social ó la vocacion religiosa, segun las disposiciones de la Providencia.

La vida privada y escondida de María tiene tambien estas fases. La Vírgen prometida, anunciada por los Profetas, cantada por los vates inspirados por el Dios de Israel y aun por los gentiles mismos, segun acabamos de ver, tiene tal oscuridad en su origen, que apenas sabemos nada de ella en el orden humano, y tenemos que acudir á la revelacion escasa, á tradiciones de los primeros cristianos para escudriñar con temeroso respeto los arcanos de la Providencia con respecto á Ella.

Por lo demás esa vida oscura y escondida de María y la de su hijo Dios y Hombre, huyendo de figurar y de eso que el mundo llama *Gloria*, es una leccion sublime y saludable enseñanza para la generacion presente, que, no solamente es ávida de goces y de sensualidad, sino de ostentacion, orgullo, vanidad y deseo de lucir lo que se tiene y lo que no se tiene, y de sentir emociones fuertes. El que quiere tranquilidad y reposo busca lo retirado y oscuro y anhela siempre por las dulzuras del retiro y de la vida doméstica y modesta.

## CAPITULO PRIMERO

### PADRES DE MARÍA

**L**AS dudas respecto á la genealogía de la Vírgen María, de las cuales se habló en el capitulo tercero de la parte profética, vuelven á surgir ahora mas concretas y ceñidas al tratar de los nombres de sus benditos Padres, San Joaquin y Santa Ana. Ninguno de los dos Evangelistas genealogos los nombra, y la razon es muy sencilla. Jesus pasaba por hijo de San José (1) y la genealogía de este era la conocida y la que constaba en los registros oficiales y en los empadronamientos que se hicieron por entonces: la genealogía de la Madre no era conocida en este sentido. Pero si esto era á los ojos del mundo, no así á los ojos de la Religion, pues Jesus no descende de Adan por la línea de su padre putativo San José, sino por la materna, y de esta nada nos deja dicho el Evangelio. Sábese con todo que la Madre de Jesus era parienta próxima de San José y ya vimos antes su entronque con respecto á David.

Mas si el Evangelio nos calla la genealogía materna y los nombres de los abuelos maternos de Jesus, no por eso los ignora la Iglesia, ni los calla. El creer que todo lo relativo á Jesus debe constar en el Evangelio, que la tradicion de nada sirve, que el crítico cristiano jamás debe entrar á escudriñar lo que callan los libros del nuevo Testamento es un error protestante que no puede admitir un buen católico. Pues qué, los testimonios de los Santos Padres, depositarios de las primitivas tradiciones; pues qué, los libros litúrgicos y del Oficio Divino que la Santa Iglesia pone en manos del clero para su leccion cotidiana ¿poco ó nada valen para nosotros? ¿Acaso las genealogías de muchos Príncipes y magnates, que circulan entre los eruditos y aficionados á los estudios genealógicos y heráldicos, tienen testimonios tan ciertos como los que tiene la existencia de los Padres de María, para que no le demos siquiera el asenso que se da á estas otras?

Las lecciones del rezo de San Joaquin y Santa Ana, Padres indudables de la Vírgen María, están tomadas de las obras de San Epifanio y San Juan Damasceno. ¿Puede el católico desairar esta tradicion santa (2)? Hé aquí lo que la Iglesia nos dice acerca de ellos:

(1) *Ut putabatur Filius Joseph*, dice el Evangelio con su frase breve y enérgica.

(2) Augusto Nicolás ni siquiera menciona los nombres de los Padres de la Vírgen en el cap. VI de la 2.ª parte al hablar

«De la raíz de Jessé brotó el Rey David y de la raza de David brota la Virgen Santa. Santa, sí, y por excelencia *Santa*, hija también de varones santos. Fueron sus padres Joaquín y Ana, los cuales supieron durante su vida agradar á Dios, y, lo que aun es mas, dieron por fruto sazonado y fruto de bendición á la Santa Virgen María, templo y á la vez Madre de Dios.»

¡Qué frase tan bella la de San Epifanio de quien la Santa Iglesia toma estas palabras en el segundo nocturno de la fiesta de San Joaquín! Pero aun son mas enérgicas las que luego siguen al poner en relacion esta Santa familia con la Trinidad Santísima.— «Pues bien, Joaquín, Ana y María ofrecían los tres á la Trinidad paladinamente sacrificio de alabanza, pues el nombre de Joaquín se interpreta *preparacion del Señor*, y, en efecto, por medio de él se preparó el Templo de Dios, que es *la Virgen*. Á la vez el nombre de Ana equivale asimismo al de *gracia*, puesto que Joaquín y Ana recibieron la gracia de que por medio de sus oraciones germinase de ellos tal fruto, logrando tener por hija á la Santa Virgen, pues mientras Joaquín oraba en la soledad del monte, la bendita Ana pedía á Dios recogida en su huertecito.»

Hasta aquí los preciosos datos biográficos que allega y nos trasmite San Epifanio, recogiendo las escasas noticias de la tradicion cristiana, viva y muy viva en aquellos primeros siglos. ¿Á qué andar buscando noticias dispersas cuando de un escritor tan eminente y afecto á la tradicion solamente acepta estas la Santa Iglesia, y nos las recomienda al consignarlas en el Oficio Divino?

Continuando esta santa tarea nos presenta la misma en seguida las no menos bellas y curiosas investigaciones de San Juan Damasceno en algunos trozos de su oracion ó discurso en la Natividad de la Santísima Virgen. «¡Oh dichosa pareja Joaquín y Ana! á vosotros está obligada (1) toda criatura, pues por vos pudo ofrecer al Criador un don el mas excelente entre todos los dones, á saber, la casta Madre, única digna de serlo del Criador. Alégrate, Joaquín, pues que de tu hija nos ha nacido un *Hijo*, cuyo nombre es el de Angel del gran Consejo, esto es, de la *salud de todo el mundo*. Avergüéncese Nestorio y selle su boca con la mano; ese hijo es *Dios*, pues ¿cómo no será *Madre de Dios* la que le parió? Alejado está de la Deidad el que á esta Señora niega el ser *engendrada de Dios* (*Dei genitrix*). No es mio este razonamiento, aunque lo hago mio, pues lo adquirí como divina herencia del Teólogo Padre San Gregorio. ¡Oh dichosa pareja, repito, Joaquín y Ana, pues por el fruto de vuestro matrimonio sois reconocidos sin mancilla al tenor de lo

de la Natividad ó nacimiento de la Virgen; mas no debe extrañarse, pues los filósofos, poetas y retóricos propenden á generalizar y sintetizar, al revés que sucede á los críticos y cronistas.

Por el contrario, el Canónigo Maynard admite la leyenda de que San Joaquín y Santa Ana fueron expulsados del templo de un modo insolente por un sacerdote llamado Ruben ó Issachar, á pretexto de ser estériles.

Por nuestra parte, procuramos atenernos á lo que consigna la Iglesia en el rezo del Oficio Divino, como regla mas segura, para no errar por falta ni demasía.

(1) La frase latina tiene mas energía. *Vobis omnis creatura obstricta est.*

que decia el mismo Jesus: *por sus frutos los conoceréis*. A la que de vosotros nació la educasteis al tenor de vuestra vida, segun era grato á los ojos de Dios y digno de Este. Casta y santamente llenasteis vuestro cometido, así que obtuvisteis todo un tesoro de virginitad.»

A mas pormenores descendié todavia en su libro de la *Fe ortodoxa*, al tratar por extenso acerca de ambas genealogías de los padres del Salvador (1), diciendo: «Ambos Evangelistas Mateo y Lucas demuestran claramente que San Josef descendía de la tribu de David; pero hay entre ellos esta diferencia, que San Mateo traza la genealogía por Salomon y San Lucas la deriva por Nathan. Pero ambos guardan silencio acerca de la genealogía de la Virgen. Acerca de esto debe tenerse en cuenta que no era costumbre entre los hebreos el deslindar el linaje de las mujeres, ni tampoco lo usa la Sagrada Escritura. Precavíalo así la ley para que las razas no se mezclaran yendo los de una tribu á casarse en otra. Así que San Josef que era de la raza y tribu de David y muy amante de la justicia, pues por ello le alaba el Santo Evangelio, no se hubiese atrevido á tomar por Esposa á la Santa Virgen contra lo dispuesto por la Ley, si no hubiera descendido de su propia real estirpe. Bastaba, pues, que demostrase el Evangelista de dónde descendía San Josef para que supiéramos la ascendencia de su Esposa.

»Así pues, Leví, descendiente de la línea de Nathan, engendró á Melchi y á Panthér: Panthér engendró á Bar-Panthér (2) y Bar-Panthér engendró luego á Joaquín, el cual á su vez engendró á la Santa Madre de Dios. Por lo que hace á la otra estirpe de Salomon, también hijo de David, Mathan engendró á Jacob. Muerto Mathan, Melchi, el descendiente de Nathan, hijo de Leví y hermano de Panthér, se casó con la viuda de Mathan, que á la vez era madre de Jacob, y de este segundo matrimonio nació Helí: así que Jacob y Helí eran hermanos uterinos ó sea por parte de madre, resultando el uno oriundo de la raza de Salomon y el otro de la de Nathan.

»Resultó despues que Helí murió sin hijos y por tanto su hermano Jacob, el descendiente de Salomon, hubo de casarse con su viuda á fin de que tuviera descendencia y en efecto tuvo á San Josef; así que este por su naturaleza era descendiente de Salomon, pero por razon legal era, hasta cierto punto, hijo de Helí descendiente de Nathan. Mas por lo que hace á San Joaquín, este tomó por mujer á la incomparable Ana digna de los mayores elogios.»

Hasta aquí San Juan Damasceno y su relato que inserta la Iglesia en la festividad de San Joaquín. De otro discurso del mismo Santo Padre toma el texto de las lecciones para el rezo en la festividad de Santa Ana, el dia 26 de julio. Allí aludiendo á la prolongada esterilidad que aquejó por mucho tiempo el matrimonio de aquellos santos esposos

(1) Libro 4.º de *Fide orthodoxa*, cap. XV de *Domini genealogia et Sancta Dei genitricis*: citadas en el tercer nocturno de la fiesta de San Joaquín en la infraoctava de la Asuncion.

(2) *Bar-Panthér* quiere decir *el Hijo de Panthér*, pues así formaban los Israelitas los patronímicos.

purificando sus almas y sus cuerpos en el crisol de la tribulación, antes que les concediera gozar del gran favor que les destinaba, presenta á la Santa Madre de la Virgen, repitiendo las palabras de la otra Ana, también estéril, mujer de Elcana, y al cabo madre también y muy piadosa del gran Profeta Samuel, último juez del pueblo israelita y de su república teocrática, único gobierno del mundo que pueda llamarse *Teocracia* en el sentido estricto y riguroso de esta palabra.

Grandes son las afinidades entre las dos piadosas mujeres de Elcana y de San Joaquín, ambas estériles y del mismo nombre; pero también son grandes las diferencias entre una y otra familia. Elcana es piadoso pero bigamo, defecto que Dios toleraba por entonces en los Patriarcas del Oriente, la tierra de la poligamia. La mera bigamia, ó consorcio con dos mujeres, aumenta la casa y la raza, pero mata la familia, la trinidad patriarcal humana, cual la vemos en la casa de San Joaquín y la veremos en su día en la casa de su Hija. Así que Fenena, la mujer de Elcana que tiene hijos, insulta dentro de su casa á la pobre Ana su rival, como si ella tuviera la culpa de no tenerlos. Hé aquí el cuadro de la casa con dos mujeres. Lloro la primera Ana su esterilidad, que de ignominia le sirve aunque sin culpa suya, busca la oscuridad y enflaquece, no queriendo apenas comer, ni aun participar de los manjares del sacrificio. En vano Elcana su marido le dice cariñoso:—Ana, ¿por qué lloras y te afliges? pues qué, ¿no te quiero yo? pues qué, ¿mi cariño no vale para tí mas que diez hijos?

—No vale, no, que dentro de la casa hay otra mujer que le enseña sus hijos con orgullo, la trata con altanería y le echa en cara que su esterilidad es un castigo de Dios. A este acude la pobre estéril, y en la exaltación de su dolor ora en el templo con tan fervorosa vehemencia, que el sacerdote la reprende creyéndola embriagada.

La familia Santa necesitaba un contraste y la Iglesia nos lo presenta al contraponer la esterilidad de la segunda Ana, mujer de San Joaquín, á la otra primera de ese nombre, y mujer de Elcana: las tintas sombrías de este cuadro realzan y casi dan relieve á los hermosos toques de luz del otro cuadro de la Santa familia y la mujer *univira*.

La Madre de María, aunque estéril en su juventud, tiene por entero el corazón de su Santo Esposo. Nadie la insulta en su casa: su pena es igual á la de su marido y la paz reina en aquella tranquila y santa morada, donde hay dolor pero acompañado de resignación santa y casi risueña, pues la delicadeza y la ternura hacen que se oculten las penas á fin de no afligir al consorte, al revés de lo que sucede entre los egoístas, que parece disminuyen su dolor comunicándolo y haciendo padecer á otros y considerando como un insulto la alegría ajena cuando ellos tienen alguna pena que jamás disimulan. Busca San Joaquín la soledad y no desconfía del favor de Dios, aunque ve agostarse su virilidad y ya remota su juventud florida. Ana en un rincón de su huertecito llora resignada, teniendo por únicos testigos de su dolor rosas y claveles, símbolos del amor y la humildad, lirios y jazmines representantes del candor y la pureza, y al dirigir á Dios sus plegarias sin alte-

ración y sin vehemencia suben hasta el Empíreo acompañadas de los arrullos, gorjeos y trinos de canoras avecillas, que á su modo también alaban al Dios que les da ser, alimento, libertad y amores correspondidos.

Oye Dios las plegarias de las dos Anas, aunque expresadas de tan distinto modo, y pone término á la esterilidad de las dos madres que ambas le ofrecían dedicarle sus hijos en voto.—«¡Señor! dice la de Elcana, si me dais un hijo yo lo consagraré á vuestro culto, y no pasará la tijera por el cabello de su cabeza.» Y Dios le concede un hijo, hijo Profeta, el gran Samuel, destinado á libertar á su pueblo y ser su último Juez, y no como quiera este hijo, sino otro y otros mas.

Ébria entonces de gozo la mujer fecunda, que en otro tiempo había parecido ébria de dolor, entona también un cántico como las mujeres célebres de la Biblia, como María la hermana de Moisés, como Débora, como en su día lo entonaron también Isabel la madre del Bautista y María, la nieta de Joaquín; pero el cántico de la mujer de Elcana no tiene ni la energía épica y nerviosa del *Cantemus Domino*, ni la suavidad, unción y elevadas miras del *Magnificat*; á pesar de que algo le prelude el cántico *Exultavit* de la mujer de Elcana, que ya elogia la humildad y la santa pobreza, y es que Ana había tenido que sufrir mucho de su rival despiadada, y en su prosperidad no olvidaba los días negros de la envidia y de los celos.—«Regocijose mi corazón en el Señor y en mi Dios fué ensalzado mi partido (1).»

«No hay Santo como Dios, pues no hay otro sino Tú, y no hay quien sea fuerte como Dios.»

«El Señor mortifica y vivifica, abate hasta lo muy profundo y levanta de allí.»

«El Señor empobrece á uno y luego le da riquezas: Él humilla y luego ensalza.»

(2). Como la Biblia no nombra para nada á los padres de la Virgen, no tenemos datos acerca del santo y modesto júbilo de los Padres de María, pero la Iglesia Santa siguiendo la tradición pone también un cántico sencillo en boca de la casta y humilde esposa de San Joaquín (3).

«Congratulaos conmigo que he logrado por fin el germen prometido, á pesar de la esterilidad que me aquejaba, y ahora erio á mis pechos el fruto de bendición que tanto había

(1) Valera, el hereje traductor de la Biblia, cuya versión tanto pretenden encomiar los protestantes, traduce groseramente *exaltatum est cor meum in Deo meo*, diciendo: «mi cuerno es ensalzado en Jehová.»

(2) Hay en cambio en los versículos que se omiten algo de dureza en cantarle á Fenena que ya tiene hijos, mientras que ella se va debilitando. Una mujer cristiana no cantaría esto á su rival.

(3) Este cántico le pone San Juan Damasceno en boca de Santa Ana, remedando el lenguaje bíblico: véase en la lección 1.ª del segundo nocturno en la fiesta de Santa Ana.

anhelado. Fuera ya el luto de la esterilidad, pues que puedo vestir el traje rozagante que adorna á la mujer fecunda. Regocéjese conmigo la otra Ana que sufrió los insultos de Fenena, y á vista de este nuevo é inesperado milagro, que ahora en mí se reproduce, alegrése de nuevo al recordar el suyo.

»Regocéjese también Sara, la de Abraham, con su alegría senil, que figuraba también mi esterilidad y tardío embarazo.

»Aplaudan conmigo todas las estériles é infecundas este favor que el Señor me hace de un modo admirable y celestial. Digan también conmigo todas las que han recibido del Señor esta anhelada fecundidad: — ¡Bendito sea el que ha concedido esto á las que oran y ha dado prole á la estéril y el germen felicísimo de esta Virgen, que es Madre de Dios según la carne, y cuyo cuerpo es un cielo en el cual se estrechó para habitar el que no cabe en todo el mundo!»

Hasta aquí el cántico que San Juan Damasceno pone en boca de Santa Ana, personificando en ella á todas las matronas cristianas, que al cabo lograron, aunque tarde, la sucesión que anhelaban. Terminado ese cántico sencillo, dirige el Damasceno á Santa Ana una tierna cuanto sencilla plegaria, tomando también el lenguaje bíblico. — «¡Oh, cuán dichosa es la casa de David de donde procedes y ese vientre en que quiso Dios que fuese fabricada el *arca de santificación*, esto es, el cuerpo en que Él había de ser engendrado sin generación humana!»

Esto es lo que la Iglesia, la Tradición y los Santos Padres nos han legado acerca de la Santa Familia de donde procedía Jesu-Cristo, y que fué modelo de la otra Santa Familia en que vivió cual veremos más adelante.

Para conclusión no quiero omitir la opinión de Santa Teresa de Jesús, nuestra grande y querida Escritora, acerca de la santa familia de los Padres de María.

Al regresar de Indias su hermano D. Lorenzo de Cepeda había comprado cerca de Avila, una serna ó tierra de labor. Quejábase D. Lorenzo de que el cuidado de la hacienda le quitaba tiempo para la oración y sus devociones. Repréndele la Santa cariñosamente y le dice: — «No dejaba de ser Santo Jacob por entender en sus ganados, ni Abraham, ni San Joaquín; que, como queremos huir del trabajo, todo nos cansa (1).»

Por pequeña que sea esta frase de Santa Teresa, no dejarán de acogerla con gusto nuestros lectores, tanto por ser de ella, como por acreditar el concepto de laboriosidad asídua, que tenía ella acerca del Santo Padre de la Virgen María.

(1) Carta 132 del tomo II de las obras de Santa Teresa, pág. 119 de la edición de Rivadeneyra, corregida por mí.

## CAPITULO II

### CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA

*Aun no existían los abismos cuando ya estaba Yo concebida*



HAY el dogma de la Concepción inmaculada de la Virgen dos puntos de vista muy distintos, que pudieran llamarse subjetivo y objetivo, si hubiera de usarse la fraseología escolástica, que no cuadra con el carácter y tono de esta obra. Consideramos con respecto á ella dos puntos ó momentos importantes, el uno en el decreto de Dios y en su eternidad, antes de la creación del mundo: el otro en el tiempo en que se cumple y en los diversos períodos y evoluciones de este cumplimiento, y según lo llega á conocer y acatar el hombre, hasta el momento en que la Santa Iglesia lo define como dogma y punto de Fe, suceso que honra á nuestra época y á la generación presente. El primer concepto en ese momento de la eternidad corresponde á esta parte de nuestro libro respecto al decreto y su cumplimiento: el segundo relativo á la revelación de este misterio, y su conocimiento y acatamiento por parte del hombre, corresponde á la última parte de la obra. Con él acabaremos precisamente nuestro libro.

En la parte profética hemos visto ya los preludios de este decreto: ahora vamos á ver sus razones y motivos en cuanto puede vislumbrarlos la mente humana, asaz débil é imperfecta para penetrar en ellos, ni menos explicar tan alto misterio, pues si lo explicara dejaría de ser *misterio*. Decidle al ave nocturna que salga de su escondrijo y mire al sol de hito en hito.

Oigamos lo que dice la Sabiduría Eterna, única que puede revelarnos algo y en lo que plugo á ella que supiésemos (Proverbios, 8).

«El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos (1), esto es, antes que las cosas del universo principiaran á seguir su curso, existiendo en su mente divina, cual si ya estu-

(1) *Dominus possedit me in initio viarum suarum ante quam quidquam faceret à principio.* (Proverbios, cap. 8.<sup>a</sup>) Parece preferible dar la paráfrasis y no la traducción seca y descarnada, que pudiera tomarse de las dos traducciones aprobadas y bien conocidas del P. Scío, ó del Sr. Amat. Es tan conceptuoso el contenido de estas palabras que aun la paráfrasis apenas puede desentrañar todo su sentido.

anhelado. Fuera ya el luto de la esterilidad, pues que puedo vestir el traje rozagante que adorna á la mujer fecunda. Regocíjese conmigo la otra Ana que sufrió los insultos de Fenena, y á vista de este nuevo é inesperado milagro, que ahora en mí se reproduce, alégrese de nuevo al recordar el suyo.

»Regocíjese también Sara, la de Abraham, con su alegría senil, que figuraba también mi esterilidad y tardío embarazo.

»Aplaudan conmigo todas las estériles é infecundas este favor que el Señor me hace de un modo admirable y celestial. Digan también conmigo todas las que han recibido del Señor esta anhelada fecundidad: — ¡Bendito sea el que ha concedido esto á las que oran y ha dado prole á la estéril y el germen felicísimo de esta Virgen, que es Madre de Dios según la carne, y cuyo cuerpo es un cielo en el cual se estrechó para habitar el que no cabe en todo el mundo!»

Hasta aquí el cántico que San Juan Damasceno pone en boca de Santa Ana, personificando en ella á todas las matronas cristianas, que al cabo lograron, aunque tarde, la sucesión que anhelaban. Terminado ese cántico sencillo, dirige el Damasceno á Santa Ana una tierna cuanto sencilla plegaria, tomando también el lenguaje bíblico. — «¡Oh, cuán dichosa es la casa de David de donde procedes y ese vientre en que quiso Dios que fuese fabricada el *arca de santificación*, esto es, el cuerpo en que Él había de ser engendrado sin generación humana!»

Esto es lo que la Iglesia, la Tradición y los Santos Padres nos han legado acerca de la Santa Familia de donde procedía Jesu-Cristo, y que fué modelo de la otra Santa Familia en que vivió cual veremos más adelante.

Para conclusión no quiero omitir la opinión de Santa Teresa de Jesús, nuestra grande y querida Escritora, acerca de la santa familia de los Padres de María.

Al regresar de Indias su hermano D. Lorenzo de Cepeda había comprado cerca de Avila, una serna ó tierra de labor. Quejábase D. Lorenzo de que el cuidado de la hacienda le quitaba tiempo para la oración y sus devociones. Repréndele la Santa cariñosamente y le dice: — «No dejaba de ser Santo Jacob por entender en sus ganados, ni Abraham, ni San Joaquín; que, como queremos huir del trabajo, todo nos cansa (1).»

Por pequeña que sea esta frase de Santa Teresa, no dejarán de acogerla con gusto nuestros lectores, tanto por ser de ella, como por acreditar el concepto de laboriosidad asídua, que tenía ella acerca del Santo Padre de la Virgen María.

(1) Carta 132 del tomo II de las obras de Santa Teresa, pág. 119 de la edición de Rivadeneyra, corregida por mí.

## CAPITULO II

### CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA

*Aun no existían los abismos cuando ya estaba Yo concebida*



HAY el dogma de la Concepción inmaculada de la Virgen dos puntos de vista muy distintos, que pudieran llamarse subjetivo y objetivo, si hubiera de usarse la fraseología escolástica, que no cuadra con el carácter y tono de esta obra. Consideramos con respecto á ella dos puntos ó momentos importantes, el uno en el decreto de Dios y en su eternidad, antes de la creación del mundo: el otro en el tiempo en que se cumple y en los diversos períodos y evoluciones de este cumplimiento, y según lo llega á conocer y acatar el hombre, hasta el momento en que la Santa Iglesia lo define como dogma y punto de Fe, suceso que honra á nuestra época y á la generación presente. El primer concepto en ese momento de la eternidad corresponde á esta parte de nuestro libro respecto al decreto y su cumplimiento: el segundo relativo á la revelación de este misterio, y su conocimiento y acatamiento por parte del hombre, corresponde á la última parte de la obra. Con él acabaremos precisamente nuestro libro.

En la parte profética hemos visto ya los preludios de este decreto: ahora vamos á ver sus razones y motivos en cuanto puede vislumbrarlos la mente humana, asaz débil é imperfecta para penetrar en ellos, ni menos explicar tan alto misterio, pues si lo explicara dejaría de ser *misterio*. Decidle al ave nocturna que salga de su escondrijo y mire al sol de hito en hito.

Oigamos lo que dice la Sabiduría Eterna, única que puede revelarnos algo y en lo que plugo á ella que supiésemos (Proverbios, 8).

«El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos (1), esto es, antes que las cosas del universo principiaran á seguir su curso, existiendo en su mente divina, cual si ya estu-

(1) *Dominus possedit me in initio viarum suarum ante quam quidquam faceret à principio.* (Proverbios, cap. 8.<sup>a</sup>) Parece preferible dar la paráfrasis y no la traducción seca y descarnada, que pudiera tomarse de las dos traducciones aprobadas y bien conocidas del P. Scío, ó del Sr. Amat. Es tan conceptuoso el contenido de estas palabras que aun la paráfrasis apenas puede desentrañar todo su sentido.

vieran ejecutadas todas las cosas antes de hacerlas, pues para Dios no hay pasado ni futuro (1)».

Esta ordenación del Eterno con respecto á Mí era antiquísima y de antes que existiera la tierra ¡la tierra, mísero y oscuro planeta en el cual quiso Dios que se verificara este misterio, este gran acontecimiento! Ni aun siquiera existía el caos, ni esos abismos insondables por la vista del hombre en la casi inmensidad de los espacios etéreos, donde no alcanza á descubrir nada la potencia de los mejores telescopios, donde giran planetas cuya luz no ha llegado quizá hasta nosotros, á pesar de estar luciendo desde el momento de la creación... ¡Qué vigor, qué energía tienen esas pocas y al parecer sencillas palabras! *NONDUM ERANT ABYSSEI, ET EGO JAM CONCEPTA ERAM.* Aun no existían los abismos cuando ya estaba Yo concebida.

Esos espacios sin espacio que la Sabiduría designa con la palabra *abismos* no podían ser ni los precipicios y hondonadas en la superficie de la tierra, ni las oscuras simas que penetran en sus entrañas, ni las cavernas profundas y de rápidas é insondables bajadas, que la imaginación concibe en los antros de la tierra, donde aun no ha podido penetrar la ciencia cuanto menos la mirada del geólogo. ¿Cómo había de aludir la Sabiduría Eterna á los abismos de la tierra, si aun no existía esta? ¿Y cómo había de existir si no existían el sol, ni las estrellas, ni todo ese gran cortejo de astros mayores, remedo de la *inmensidad*, y solo remedo y no realidad, pues solo Dios es *inmenso*, y la inmensidad es atributo suyo, y esencial siquiera sea negativo?

Los abismos insondables de que se habla aquí al describir la Concepción tampoco eran los espacios etéreos inconmensurables, ni aun siquiera el caos. El caos supone la existencia de una masa confusa oscura é informe, cuando las tinieblas cubrían la faz del abismo (2), pero este *caos* existía después de criar Dios el cielo, esto es; los espacios etéreos insondables é incalculables para el hombre, y los astros mayores, y los menores, y sus satélites, y entre ellos la *tierra*, á la cual con una frase tan inexacta como ridícula y jactanciosa llamamos antonomásticamente *el mundo*. ¡La tierra, grano de arena respecto de esos astros enormes y brillantísimos que pueblan los espacios etéreos, llamada *el mundo*!

Después de hablar de la Concepción, tal cual existía en la mente del Eterno y por su decreto divino con anterioridad á la creación del mundo, de los abismos y del mismo caos, expresa la formación de los montes en la tierra, y el brotamiento de las aguas manantiales. El retórico, el poeta y el naturalista hallan que aquí baja el concepto respecto de la grandiosidad de la frase anterior *nondum erant abyssi*, pero vuelve á tomar fuerza cuando

(1) La eternidad no tiene mas que *el ahora*; y Dios lo ve todo en sí mismo, en su *ahora* (*in nunc aternitatis*).

(2) Según la serie de ideas, altamente filosófica, con que Moisés presenta el orden de la creación, primero existió el vacío, en este vacío la materia cósmica, confusa y oscura, que llamamos *caos*, sea en átomos ó en otra forma, y en pos del estado caótico viene el estado de orden providencial que llamamos *Naturaleza*. *In principio creavit Deus celum et terram... et tenebrae erant super faciem abyssi.*

añade en seguida:—«Allí estaba yo cuando preparaba los cielos (1). ¡Nada mas que *prepararlos*! También estaba allí cuando al criarlos, no con una palabra en que dijera *fiat*, ni con un gesto, *nutus*, sino con uno solo y sencillísimo acto de mi voluntad (*velle, querer*) los criaba, y en el acto mismo de criarlos principiaban á voltear por los espacios etéreos del vacío sin aire, sin atmósfera, y yo regulaba sus giros y sus movimientos y rotaciones combinadas con la ley cierta y segura, mas que matemática, precisa, indeclinable, para evitar que se chocaran, convirtiéndose en menudos bolidos, y que los mayores arrastraran hácia sí á los menores con atracción irresistible, y trazaba á todos sus órbitas y graduaba la rapidez de sus movimientos.

Y después de todas estas frases con que el hombre explica lo inexplicable, y Dios revelador adapta palabras humanas á lo que solo pueden expresar los conceptos angélicos, y estrecha la creación, acto sencillo y purísimo, describiéndolo como un artífice distinguido procura enseñar á un aprendiz rudo é ignorante, viene á rematar su grandioso concepto con una frase de inexplicable amor y ternura para con este su discípulo, de entendimiento obtuso, diciéndole:—«Pues bien, mis delicias son el estar con los hijos de los hombres (2).» ¡Oh frase de amor inmenso, que realza al hombre miserable, tanto y de tal modo que solo pudiera ser creída diciéndola quien la dice! El hombre, átomo miserable y diminuto en el orden de la creación, parásito de la tierra, que á la vez es pobre satélite de otro astro, que á su vez no es ni de los mayores, ni de los mas bellos, ni de los mas luminosos, puede tener atractivos para Dios, hasta el punto de mirarle no como quiera con amor sino con divina fruición y gran delicia! Bien se necesita que lo diga Dios para poderlo creer. Y el mismo Dios había dicho por boca de David: «Lo has hecho poco menos que á los ángeles (3); de gloria y honor le has coronado, constituyéndole sobre las obras de tus manos.»

Todas estas noticias respecto á la creación del mundo, de la tierra y del hombre, son muy posteriores á la concepción de María en la mente del Eterno y la encarnación subsiguiente del Verbo, compendiadas en aquella grandiosa y enérgica frase:—*Nondum erant abyssi et Ego concepta eram!*

Pero estas palabras, ¿se refieren á María y á su Concepción? Esta frase dicha por la Sabiduría eterna, á la eterna Sabiduría se refiere. Habla la Sabiduría eterna y dice de sí misma *Yo: Ego jam concepta eram.*

—Pues bien, si á la Sabiduría eterna se refieren solamente, ¿por qué la Iglesia nos las dice, y nos las hace escuchar en la festividad de la Concepción inmaculada, y las lee antes del Evangelio, como Epístola de Dios á los hombres por medio de sus Profetas santos? Si no hay ninguna correlación entre ellas y la festividad, si no hay ninguna afinidad entre

(1) *Quando parabat caelos aderam, quando certa lege et gyro vallabat abyssos: quando aethera firmabat sursum...* (Prov., cap. 8.)

(2) *Et deliciae mea esse cum filiis hominum.* (*Ibidem.*)

(3) *Minuisti eum paulo minus ab Angelis.*

una y otra, ¿qué objeto tiene esa lectura, que suscita la idea de la Concepcion de María al hablar de una concepcion, pero que no es la de Esta?

Nada tiene de extraño que la Santa Iglesia halle en una palabra, como en una frase mas de un sentido; y que el pasaje mismo en que se describe la procesion del Verbo desde la eternidad (*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum*, como dice San Juan), y el decreto de la creacion del mundo y la ejecucion de éste en su estado caótico, y luego de orden, y los días angélicos, se halle por su autoridad infalible otro concepto y sentido, correlacion y afinidad con la Concepcion de María, que precede á la Concepcion y Encarnacion del Verbo. Tiene la Sagrada Escritura tres sentidos además del literal (1), y nada tiene de extraño que este pasaje aluda alegóricamente á la Concepcion de María, habiendo significado en otro la procesion, ó mejor dicho *procedencia*, del Verbo (2).

—Si esas palabras en algun sentido se refieren á la Virgen María, ¿qué razones pudo haber en la mente del Eterno para decretar de ese modo, sublime y grandioso á la vez, la Concepcion inmaculada de María, explicando esos actos simplicísimos y eminentísimos con la bajeza y tosquedad de nuestras palabras por muy científicas que sean?

Con temor se debe entrar siempre en tales cuestiones: hay algo de orgullo en querer con nuestras pupilas de aves nocturnas mirar de hito en hito á los rayos horizontales y esplendorosos del sol de Justicia. Para no errar tenemos la regla segura de repetir (y nunca se repetirá bastante), lo que nos dice la Santa Iglesia siguiendo la tradicion de los Santos Padres y de personas favorecidas del Cielo con superiores luces.

Escoto, á quien la escuela teológica distingue con el título de *Doctor subtil*, condensa el pensamiento en cuatro palabras, que valen por un tratado.

*Potuit, deuit, ergo fecit.*

*Pudo y convino, luego lo hizo.*

Pudo (*potuit*). Dios omnipotente que castigó el pecado original, pudo y puede eximir de esa pena á las criaturas castigadas, y sobre todo á la que habia de quebrantar con su pié, y el de su Hijo, la cabeza de la serpiente. El Derecho dice: quien da la ley la puede quitar (*ejus tollere cujus condere*). En este punto no hay dificultad: seria rebajar la omnipotencia Divina y la condicion de Hacedor Supremo y Legislador soberano, el que no pudiera hacer lo que los legisladores humanos; los cuales al dar la ley ponen excepciones y aun privilegios si les place.

CONVINO (*deuit*). No parecia decente que Jesus, Dios y Hombre, purísimo é impecable, naciera de una mujer que en algun tiempo hubiera estado manchada, siquiera en el

(1) Pónese por ejemplo la palabra *Jerusalem*, la cual si literal y geográficamente significa la ciudad de Palestina que lleva este nombre, en sentido alegórico significa la santa Iglesia, en sentido anagógico la gloria celestial, y en sentido moral el alma del justo.

(2) Los teólogos españoles han llamado *procecion* á este acto purísimo, traduciendo, en mi juicio demasiado literalmente, la palabra latina *processio*, salvo el respeto debido á tan sabios varones. La cuestion es de *filología* mas que de *teología*.

acto de nacer, ó aun antes de nacer fuera presantificada, como San Juan Bautista. Hay cosas *limpias* y las hay *limpiadas*: lo que en algun tiempo fué impuro, mas bien que limpio se dice *limpiado*. ¿Seria decoroso al decoro de Jesus, que tanto miró por el suyo y el de su Madre, que esta fuese *limpiada*, cuando nada le costaba el que fuese *limpia*?

Lo hizo (*fecit*). Luego si Dios podia dar ese decoro á su Madre, y era decoroso y razonable que lo hiciese, no pudo menos de hacer por su Madre lo que cualquier buen hijo haria por la suya. Por tanto así lo hizo, y María fué concebida sin mancha de pecado original, no solamente en el alma, sino que tambien en la materia de que se formó su cuerpo, y no solo en el momento de la animacion, sino que tambien en el primero de su material concepcion en el útero materno. La frase casi sacramental con que la devocion española fijó esta idea en términos concretos hace tres siglos, y con que los predicadores principian siempre sus sermones, dice así: *Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la pura y limpia Concepcion de María. Santísima, concebida sin mancha de pecado original, en el primer instante de su sér natural: amen* (1).

Pero antes de Escoto, San Anselmo habia concretado aun mas el concepto, y la fórmula escotista, diciendo ya desde el siglo IX, esto es, 400 años antes:

*Potuit et voluit, si voluit fecit* (2).

Pudo y quiso: si quiso lo hizo. Se ve que la fórmula de Escoto no era original, pero sí mejorada, pues sustituye el *deuit* al *voluit*. Á la verdad, lo difícil era probar que Dios quiso (*voluit*) preservar á su Madre Santísima de la mancha del pecado original, pues probado el querer, los otros dos extremos de *poder* y de *hacer* no ofrecian dificultad alguna, puesto que en Dios el querer con la voluntad que los teólogos llaman consecuente, es lo mismo que hacer. Mas ¿dónde estaban las pruebas de que quiso? Eso era lo que habia que probar; y en atencion á esa dificultad Escoto substituyó el *deuit* al *voluit*.

Oportunamente notaba San Bernardo á este propósito del decoro, que la virginidad de María implicaba la Concepcion inmaculada, pues la razon que habia para querer nacer de una doncella, la habia tambien para que esta no tuviese ni sombra de mancilla de pecado: á la verdad mas sórdida es la mancilla moral del pecado, aunque se limpie y purifique bien, que la material grosería de la sensualidad. ¡Oh y cuán exigentes son los hombres mismos en esta parte, para no mirar bien á una mujer que cometió un pecado, por arrepentida que se muestre y por mucho que se purifique! «Por eso, dice San Bernardo, quiso nacer de Virgen, para proceder inmaculado. El que venia á limpiar las manchas de

(1) Por un auto del Consejo de Castilla en tiempo de Carlos II, se mandó á todos los predicadores decir estas palabras.

(2) Libro de *Conceptione Beate Mariae*, cap. 4.

La razon que da el Santo tomada de un símil de la naturaleza, á saber, que así como preserva á la castaña de las espigas del árbol donde nace, así pudo preservar como preservó á la Virgen Santísima de las espigas del pecado original, es buena solo para declarar esto al vulgo.

todos (1).» Y si el horror al pecado hizo que no solamente fuera Virgen su Madre sino también su propia Concepción *divina*, ¿cómo había de querer que hubiese mancha de pecado, ni por un momento, en la concepción de su Madre, ya que la de esta era humana?

La inmaculabilidad del Hijo reclamaba la de la Madre aun más que la virginidad de esta; de lo contrario era una inmaculabilidad incompleta. La pérdida de la virginidad no es pecado en la casada, y con todo no quiso Dios que su Madre perdiese la virginidad aunque casada: el pecado original es pecado, aunque no sea voluntario en nosotros, sino solo por descender de nuestro primer padre, ó sea voluntario en la raíz; luego era aun más conveniente que fuese pura de pecado aunque original, que pura por razón de la virginidad.

Tiene Santo Tomás á este propósito una frase tan fuerte, que si no la usara tan gran Doctor es posible que ningún Teólogo se atreviera á usarla, pues dice que la Virgen María, en el hecho de ser Madre de Dios, tiene, no como quiera cierta participación de lo infinito, sino también *algo de infinidad (quamdam infinitatem)*. Y si tiene algo de la infinidad, atributo tan poco comunicable á la criatura, ¿cómo no ha de tener una pureza completa y por decirlo así infinita, puesto que la pureza es más comunicable que la infinidad? Por eso también San Agustín ponía en boca de Jesucristo estas palabras contra los maniqueos: «Yo mismo he formado la Madre de que había de nacer. Yo mismo he preparado y purificado el camino de mi entrada. Ved la que despreciais, maniqueos, esa es mi Madre, madre formada por mi propia mano. Si yo he podido ser manchado al formarla, también he podido mancharme al nacer de ella (2).»

El medio de que Dios se valió para esta purificación inmaculada y precedente es un misterio y como misterio no podemos penetrarlo. Si lográsemos penetrarlo y comprenderlo ya no sería *misterio*. La filosofía cristiana arguye y discute sobre ello, pero la verdad es que sus descubrimientos satisfacen poco. El alma sale pura de manos del Criador; la materia por sí sola es incapaz de pecado: una piedra no peca, un cadáver no peca, y con todo, al unirse el alma al cuerpo, el espíritu á la materia, esta mancha al otro, pues el pecado se comunica por la materia, puesto que esta procede de Adán, pero el alma no.

Reducida pues la cuestión teológico-fisiológica á la preservación de la materia de que se formó el cuerpo de la Virgen al unírsele su alma purísima, ¡cuán fácil debió ser esto á la Omnipotencia! Y ¿porque nosotros no alcancemos el modo hemos de negarlo, siendo así que ni la física logra explicar la mayor parte de los fenómenos más sencillos que pasan á nuestra vista, ni la fisiología ni la metafísica en su pedantesco orgullo saben la causa de casi nada de lo que en nosotros pasa? Dejémoslos pues de esas cavilaciones, sin

(1) *Voluit itaque esse virginem de qua immaculata immaculatus procederet omnium maculas purgaturus.* (San Bernardo, Homilía segunda sobre las palabras *Misus est*.)

(2) *Beata virgo ex hoc quod est Mater Dei habet quamdam infinitatem ex bono infinito quod est Deus.* (Santo Tomás, primera parte g. 25, art. 6., *ad quartum*.) Ya había preluído esta idea Alberto Magno diciendo en términos aun más escolásticos y poco gramaticales: *Filius infirmitat Matris bonitatem*, inventando el verbo *infirmare*, el cual, si no es castizo, es muy expresivo.

vituperarlas, puesto que Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres; pero conviniendo en que si no sabemos el modo con que Dios hizo esa preservación tampoco nos hace falta el saberlo ni comprenderlo para creer y confesar que debió ser cosa facilísima á su Omnipotencia, y conveniente al decoro de la Madre de Dios y de este mismo.

¡Oh! si los padres pudieran arreglar á su gusto los rostros de sus hijos, ¿nacería ninguno feo, cojo, deforme, ni imperfecto? (1)

*Ergo fecit, quia potuit et decuit.*

(1) *Si potui inquinari cum eam facerem potui in illa inquinari cum ex ea nascerer.* (San Agustín, *De quinque haeresibus*, capítulo 50.)



®

### CAPITULO III

NACIMIENTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN: SU NOMBRE

*María era el nombre de la Virgen*

**S**IGUIENDO el sistema de consignar lo que acerca de la Virgen nos dicen la Iglesia y los Santos Padres, cuando calla el Evangelio, mas bien que lo dicho por oradores sagrados y otros biógrafos, vamos á ver lo que nos dice el Oficio Divino en las fiestas de la Natividad de la Santísima Virgen, que celebra el día 8 de setiembre, y de su dulce Nombre que se celebra en la octava pocos días despues.

Del nacimiento de la Virgen ni dice nada el Evangelio, ni habia para qué decirlo. ¿Se escribió acaso el Evangelio como libro de erudición y para satisfacer la curiosidad humana, ó es un libro de enseñanza altísima teórica y práctica de la vida de Jesus y su doctrina? Aun lo que la Iglesia nos propone en esta festividad respecto á María no termina en esta, sino que mas bien y en casi todo se refiere á su Divino Hijo.

En la primera antifona de maitines nos dice:

—«Hoy ha nacido de la raza de David la Bienaventurada Virgen María.» Y responde el coro: «Por ella apareció á los creyentes la salud del mundo y su vida gloriosa dió luz á su siglo.» Esta idea culminante con distintas palabras y poca variedad en el concepto se viene repitiendo en las demás antifonas.

Toma las primeras lecciones del libro de los Cantares, las segundas de un sermón de San Agustín, las terceras de otro de San Jerónimo y las del rezo en la festividad del Nombre de María las saca de las obras de San Pedro Crisólogo y San Bernardo, devotísimos ambos de la Virgen. Del libro de los Cantares toma pasajes en que se hallan estas expresivas frases: «Suave es tu nombre como el aceite que se derrama.»—«Mirad, hijas de Jerusalem, que si soy morena soy hermosa como los pabellones de Cedar.»—«Bella eres, amigamía, en verdad que eres bella con tus ojos como de paloma.»

Por su parte San Agustín dice en el sermón de donde saca la Iglesia un fragmento de lectura para celebrar esta festividad: «Llegó ya, queridos míos, el anhelado y venerando

dia, que podemos llamar de María siempre Virgen, ó *Virgen* por antonomasia. Regocíjese pues, con gran júbilo nuestra tierra ilustrada con el natalicio de tan gran Señora; porque esta es aquella flor de los campos de donde brotó aquel precioso lirio de los amenos valles, por cuyo nacimiento se trueca ya la naturaleza de los primeros padres y queda borrada su culpa. Cortóse en ella la infeliz sentencia de Eva, condenada á parir sus hijos con dolor, pues que esta con alegría parió al Señor su Hijo.»

Comenta luego San Agustín este concepto, y comparando también á la Virgen con María, hermana de Moisés, alude á su cántico cual ya se ha hecho anteriormente (1).

Por lo que hace á San Jerónimo, compara las palabras de Isaías con las de San Mateo, que principia diciendo: *Libro de la generacion ó ascendencia de Jesucristo.*—¿Cómo es esto? pregunta San Jerónimo.—En Isaías leemos: «¿Quién podrá narrar su generacion? (*generationem ejus quis enarrabit?*) Mas no vayamos á creer que el Evangelista dice lo contrario que el Profeta, y que vaya aquel á narrar lo que este dice que es inefable. Habla el Profeta de la generacion Divina del Verbo, y el Evangelista de la Encarnacion. Principia, pues, hablando de lo corpóreo ó de la carne.

Curiosa en extremo es la observacion que hace sobre las mujeres que figuran en la ascendencia de Jesucristo y por consiguiente de su Madre. «Es muy de notar, dice, que en la genealogía del Salvador no se cita ninguna de las santas mujeres que podian figurar en ella, sino por el contrario, aquellas en quienes hubo algo que reprender según la misma; pero esto fué á fin de que el que venia por los pecadores naciendo de pecadores, borrara los pecados de todos ellos. Por eso pone entre los ascendientes á Ruth que era Moabita y á Betsabé (*Bethsabée*), la culpable mujer de Urías.» Antes habia citado á Tamar, la mas culpable de todas.

San Pedro Crisólogo, hablando del nombre de María, al saludarla el Angel, expresa que es nombre de dignidad, pues significa en hebreo lo mismo que en latin *Domina*, ó en español *Señora* (2). Mas San Bernardo, menos apegado al rigor etimológico y adherido al concepto vulgar y encomiástico, lo traduce por *estrella del mar*, frase con que también la saluda la Iglesia en el precioso himno que principia con las palabras:

*Ave maris stella.*

Decora en seguida San Bernardo su concepto, diciendo: «En verdad que le cuadra este nombre al compararla con la *estrella*; pues así como el astro da rayos de luz sin alte-

(1) Véase el cap. II, pág. 7.

(2) La palabra hebrea *María* se traduce *Exaltata*, *Enalzada* ó *Excelso*, y también *mare amaritudinis*, mar de amargura. Así lo traducen los catálogos de palabras hebreas vertidas al latin que suelen figurar al final de las Biblias católicas. San Pedro Crisólogo en el sermón de la Anunciacion de donde toma la Iglesia las lecciones séptima y octava en el tercer nocturno de la festividad del Dulce Nombre de María, dice estas palabras: *Nam MARIA hebraeo sermone latine DOMINA nuntiatur.*

Que *María* significa *Estrella*, solo puede decirse en sentido alegórico y bastante remoto de la etimología, en cuanto que significa en un sentido *Excelso*, con relacion á la estrella, y en otro, *pilago de amargura*.

rarse, asimismo la Virgen dió á luz á su Hijo sin padecer por ese motivo detrimento alguno. Ni el rayo que del astro sale disminuye su claridad, ni el Hijo la integridad de la Virgen.

»Ella es la célebre estrella que debía salir de Jacob, cuyo rayo ilumina todo el orbe, cuyo esplendor brilla en los cielos, penetra hasta en los infiernos, alumbrá á las tierras y les da calor mas aun en la mente que en el cuerpo, fomenta las virtudes y apaga los vicios.

»Ella es, repito, aquella brillante y nítida estrella, realizada necesariamente sobre este grande y espacioso mar, la cual destella por sus méritos y alumbrá con sus ejemplos (1).»

Hasta aquí San Bernardo, el cual en seguida en tono patético, y con gran devoción y ternura, exhorta á todos los cristianos en bellísimas frases á invocar el auxilio de María en los riesgos é infortunios del piélago proceloso del mundo y de las tormentas de la vida.

Los escritores místicos suponen, y con fundamento, que el nacimiento de la Santísima Virgen fué comunicado á los Santos Padres, que estaban esperando con ansia la venida del Redentor en aquel paraje llamado *seno de Abraham*, donde, si no padecían pena en los sentidos, tenían el desconsuelo de estar privados de la vision beatífica hasta que el Salvador prometido viniese á sacarlos de aquel estado de anhelantes ansias. Sobre el respeto debido á las piadosas plumas que lo consignan, es de creer también piadosamente que Dios proporcionase tal consuelo á los Santos Patriarcas y demás hombres justos, que allí esperaban el momento de su felicidad por tantos siglos y siglos esperada. Cuál fuera su júbilo con tan grata nueva, es mas para el poeta y el orador el describirlo que para el historiador y el crítico calificarlo y apreciarlo.

(1) *Lagamur paucis et super Nomine, quod interpretatum maris stella dicitur, et Matri Virgini valde convenienter optatur. Ipsa namque aptissime sideri comparatur. Quia sicut sine sui corruptione sidus suum emittit radium, sic absque sui lesione Virgo parturivit filium.... Ipsa inquam est preciosa et eximia stella super hoc mare magnum et spatiosum necessario sublevata micans meritis, illustrans exempla. (San Bernardo en la Homilia segunda, sobre las palabras *Misus est al final*.)*



## CAPITULO IV

### PRESENTACION Y ESTANCIA DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN EN EL TEMPLO

**D**os festividades de la presentación de María en el templo de Jerusalem celebra la Santa Iglesia, la una el día 2 de febrero, la otra el 21 de noviembre; pero esta segunda es la que principal y casi exclusivamente se titula de la *Presentacion*, pues la otra lleva el título de la *Purificacion*, y en ella la presentación fué mas propiamente de Jesus recién nacido que de su Madre. Siguiendo el manifestado propósito, se consignará en este caso y en todos, mas bien lo que dicen la tradición y la Santa Iglesia acerca de la vida de la Virgen, que los conceptos de escritores de estos últimos siglos, sin perjuicio de recurrir á estos en algunos casos. Pero antes y sobre todo es la Iglesia, y los trozos selectos de los Santos Padres que ella nos presenta en el Oficio Divino son superiores á cuanto se pueda decir por los ascéticos antiguos y los modernos filósofos cristianos.

De San Juan Damasceno y de San Ambrosio son los fragmentos que nos exhibe la Iglesia en la festividad de la Presentacion. Una tradición constante y la institucion misma de esta antiquísima festividad ponen fuera de toda duda que la Virgen María, siendo todavía muy niña, fué conducida por sus santos y ancianos Padres al templo de Jerusalem, á fin de que allí quedase dedicada á Dios y consagrada á las ocupaciones que se daban á las piadosas doncellas que vivían en el recinto exterior del templo santo y recibían allí educación piadosa y esmerada, puesto que habiéndola tenido en su ancianidad y casi milagrosamente la habían dedicado á Dios.

El gran templo construido por Salomon, maravilla sorprendente por su riqueza, grandiosidad y elegancia, habia sido arruinado por los Asirios cuando el pueblo fiel, compuesto de la tribu de Judá y parte de la de Benjamin, los Levitas y Sacerdotes, fué conducido cautivo á Babilonia. Al regresar de allí, por el permiso de Ciro, lograron á duras penas los Israelitas levantar un nuevo templo sobre nuevos cimientos por estar calcinados los restos del antiguo (1); pero aunque grandioso, era tan mezquino en sus proporciones, ornato y demás condiciones respecto al antiguo, que al consagrar el nuevo lloraban los ancianos que

(1) *Fundato igitur à cementariis templo Domini. (Esdras, cap. 3.º, vers. 10.)*

rarse, asimismo la Virgen dió á luz á su Hijo sin padecer por ese motivo detrimento alguno. Ni el rayo que del astro sale disminuye su claridad, ni el Hijo la integridad de la Virgen.

»Ella es la célebre estrella que debía salir de Jacob, cuyo rayo ilumina todo el orbe, cuyo esplendor brilla en los cielos, penetra hasta en los infiernos, alumbra á las tierras y les da calor mas aun en la mente que en el cuerpo, fomenta las virtudes y apaga los vicios.

»Ella es, repito, aquella brillante y nítida estrella, realizada necesariamente sobre este grande y espacioso mar, la cual destella por sus méritos y alumbra con sus ejemplos (1).»

Hasta aquí San Bernardo, el cual en seguida en tono patético, y con gran devoción y ternura, exhorta á todos los cristianos en bellísimas frases á invocar el auxilio de María en los riesgos é infortunios del piélago proceloso del mundo y de las tormentas de la vida.

Los escritores místicos suponen, y con fundamento, que el nacimiento de la Santísima Virgen fué comunicado á los Santos Padres, que estaban esperando con ansia la venida del Redentor en aquel paraje llamado *seno de Abraham*, donde, si no padecían pena en los sentidos, tenían el desconsuelo de estar privados de la vision beatífica hasta que el Salvador prometido viniese á sacarlos de aquel estado de anhelantes ansias. Sobre el respeto debido á las piadosas plumas que lo consignan, es de creer tambien piadosamente que Dios proporcionase tal consuelo á los Santos Patriarcas y demás hombres justos, que allí esperaban el momento de su felicidad por tantos siglos y siglos esperada. Cuál fuera su júbilo con tan grata nueva, es mas para el poeta y el orador el describirlo que para el historiador y el crítico calificarlo y apreciarlo.

(1) *Lagamur paucis et super Nomine, quod interpretatum maris stella dicitur, et Matri Virgini valde convenienter optatur. Ipsa namque aptissime sideri comparatur. Quia sicut sine sui corruptione sidus suum emittit radium, sic absque sui lesione Virgo parturivit filium.... Ipsa inquam est preciosa et eximia stella super hoc mare magnum et spatiosum necessario sublevata micans meritis, illustrans exemplis. (San Bernardo en la Homilia segunda, sobre las palabras *Misus est al final*.)*



## CAPITULO IV

### PRESENTACION Y ESTANCIA DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN EN EL TEMPLO

**D**os festividades de la presentacion de María en el templo de Jerusalem celebra la Santa Iglesia, la una el dia 2 de febrero, la otra el 21 de noviembre; pero esta segunda es la que principal y casi exclusivamente se titula de la *Presentacion*, pues la otra lleva el título de la *Purificacion*, y en ella la presentacion fué mas propiamente de Jesus recién nacido que de su Madre. Siguiendo el manifestado propósito, se consignará en este caso y en todos, mas bien lo que dicen la tradicion y la Santa Iglesia acerca de la vida de la Virgen, que los conceptos de escritores de estos últimos siglos, sin perjuicio de recurrir á estos en algunos casos. Pero antes y sobre todo es la Iglesia, y los trozos selectos de los Santos Padres que ella nos presenta en el Oficio Divino son superiores á cuanto se pueda decir por los ascéticos antiguos y los modernos filósofos cristianos.

De San Juan Damasceno y de San Ambrosio son los fragmentos que nos exhibe la Iglesia en la festividad de la Presentacion. Una tradicion constante y la institucion misma de esta antiquísima festividad ponen fuera de toda duda que la Virgen María, siendo todavía muy niña, fué conducida por sus santos y ancianos Padres al templo de Jerusalem, á fin de que allí quedase dedicada á Dios y consagrada á las ocupaciones que se daban á las piadosas doncellas que vivían en el recinto exterior del templo santo y recibían allí educacion piadosa y esmerada, puesto que habiéndola tenido en su ancianidad y casi milagrosamente la habían dedicado á Dios.

El gran templo construido por Salomon, maravilla sorprendente por su riqueza, grandiosidad y elegancia, habia sido arruinado por los Asirios cuando el pueblo fiel, compuesto de la tribu de Judá y parte de la de Benjamin, los Levitas y Sacerdotes, fué conducido cautivo á Babilonia. Al regresar de allí, por el permiso de Ciro, lograron á duras penas los Israelitas levantar un nuevo templo sobre nuevos cimientos por estar calcinados los restos del antiguo (1); pero aunque grandioso, era tan mezquino en sus proporciones, ornato y demás condiciones respecto al antiguo, que al consagrar el nuevo lloraban los ancianos que

(1) *Fundato igitur à cæmentariis templo Domini. (Esdras, cap. 3.º, vers. 10.)*

habían conocido aquel, léjos de sentir alegría al ver la nueva restauracion, que tanto alegraba á los jóvenes (1). En este templo, que luego amplió y enriqueció Herodes el grande, fué educada la Santísima Virgen. La existencia de niñas y doncellas que allí vivían aparece del libro segundo de los Macabeos, donde se describe en el capítulo tercero la invasion del templo por Heliodoro, á fin de robar los tesoros allí depositados. Allí, al referir las demostraciones de profundo dolor que con este motivo hizo el piadoso Pontífice Onías, juntamente con todo el pueblo fiel, dice que las mujeres ciñendo su pecho con toscos cilicios, salían de sus casas y se lamentaban por las calles, y aun las vírgenes que estaban en clausura (2), unas rodeaban á Onías, otras subían á los muros y terrados ó miraban desde las ventanas aquel triste espectáculo.

Suele tener el vulgo idea muy equivocada acerca de la estructura del templo de Jerusalem, y los artistas con sus disparatadas y anacrónicas pinturas han fomentado indiscretamente esta falsa idea. Figúranse que el templo de Jerusalem era una iglesia muy grande, por el estilo de las nuestras, como el Vaticano ó el monasterio del Escorial, y con pintar unas columnas retorcidas y de pésimo gusto, que llaman *salomónicas*, creen haber dado al edificio lo que llaman *carácter*, ó sabor de localidad. Pero no era así: el templo no tenía bóveda, sino que constaba de patios circulares con pórticos y al aire libre, quedando solamente cubierto el santuario, ú *oráculo*, donde no entraba el pueblo (3). En el patio primero, el mayor de todos, se permitía la entrada aun á los gentiles: en el segundo oraba el pueblo, pero en el tercero solo entraban los sacerdotes, que á su vez tampoco pasaban de allí al *oráculo* ó *santuario*, donde solamente penetraba el sacerdote una vez al año, no sin gran preparacion (4). A la verdad si el templo donde se reunía el pueblo hubiese estado cerrado con bóveda, ¿qué arquitecto se hubiera atrevido á construirla tan grande que dentro de él cupieran los millares de Israelitas que acudían á las grandes festividades? y ¿quién hubiera podido resistir el humo y el hedor de los millares de víctimas que allí eran sacri-

(1) *Nec poterat quicquam agnoscere vocem clamoris letantium, et vocem fletus populi.* (Esdra, cap. 3.º, vers. 13.)

(2) *Accitque mulieres ciliciis pectus per platana confluabant. Sed et virgines que conclusa erant procurribant ad Oniam, alia autem ad muros, quaedam vero per fenestras aspiciant.*

Aunque el texto no expresa que la clausura de esas doncellas (*que conclusa erant*) fuera precisamente en el templo, se ha solido entender así, mucho mas al decir que corrían á refugiarse á Onías. Los muros á que se subían eran los terrados del templo colocados sobre su macizo muro exterior, pues no puede entenderse que fueran los muros de la ciudad desde donde nada hubieran visto de lo que pasaba dentro y de la invasion del templo.

(3) Véase el capítulo sexto del libro tercero de los Reyes, donde se hace una minuciosa descripción del templo primero ó de Salomon; y mas pormenores y detalles en el aparato bíblico del benedictino P. Lamy, cuya obra servía de texto en nuestras Universidades. Aun contiene mayores y mas proljas noticias el Dictionario del P. Calmet, que las ilustra con muy curiosas láminas.

Los muros y habitaciones circulares del templo los describe dicho capítulo 6.º, principalmente en los versículos 4.º y 5.º *Fecitque in templo fenestras obliquas. Et edificavit super parietem templi tabulata per gyrum in partibus domus per circuitum templi et oraculi, et fecit latera in circuitu.* Puso en el templo ventanas oblicuas: sobre la pared del templo construyó techos de madera formando contra las paredes del edificio pórticos al rededor del templo y del oráculo, y en ellos cuartos tambien en derredor.

(4) Describe esto magníficamente San Pablo en el capítulo 9.º de su Epístola á los Hebreos, como cosa sabida y corriente entre ellos. *Tabernaculum enim factum est primum.*

ficadas y quemadas? En aquel segundo templo construido por Zorobabel y Sassabar á imitacion del primero, aunque mas pobre y pequeño, habia habitacion como en el antiguo para los sacerdotes y levitas cuando les tocaba venir de sus pueblos á servir por turno en el templo de Jerusalem, y allí vivían tambien las doncellas dedicadas á Dios, y entre ellas y en su tiempo la purísima María. Dícelo el Damasceno de un modo terminante (1). «Nace en casa de Joaquin y es conducida al templo, y en seguida plantada allí en la casa de Dios, y nutrida allí por el Espíritu Santo, quedó constituida en asiento de todas las virtudes, cual fructuosa oliva; como que habia apartado su mente de toda sensualidad de esta vida y de su cuerpo, conservando así con virginal pureza no solamente su cuerpo, sino tambien su alma, cual correspondia á la que habia de llevar á Dios en su seno.»

Créese que fuese San Zacarías quien recibió en el templo á la Santísima Virgen y á sus ancianos y Santos Progenitores. Es muy posible que esperasen á que le tocara el turno á su santo pariente para que la recibiese y recomendara (2). Los Padres de la Iglesia oriental lo dan esto por sentado y como cosa corriente, siquiera los discursos y arengas que ponen en su boca sean meros adornos retóricos, propios de la oratoria de aquel país que la crítica eclesiástica no toma al pié de la letra.

Hay que tomar la historia como historia, y la oratoria y poesía como lo que son, y esos pasajes, en todos conceptos respetables, son por lo comun grandes y poderosas excitaciones para la virtud y el amor Divino y encomios del alto, altísimo concepto, que se merece la santidad preeminente de María, siquiera no puedan tomarse como hechos que materialmente pasaron. Los favores celestiales é invisibles ¿quién los dudará? Como opinion suya, pero por cierto muy aceptable, los describe en estas palabras San Isidoro Tesalonicense (3). «Todos los órdenes de los Angeles se juntaron sin duda, y yo así lo creo, con la santa comitiva de las niñas que llevaban luces y entonaron cánticos y lo iluminaron todo con sus resplandores, para demostrar ellos cuánta era la reverencia que se debía á aquella Reina, que era llevada al templo, ya que su gloria estaba encubierta todavía á los hombres, pues no podían verla mientras los envolviese el velo de la carne.»

Esta idea de que la gloria de la Virgen estuvo encubierta entonces y no traspasó al público, siquiera el Cielo la festejase con regocijos invisibles para los hombres, y cual

(1) *In lucem autem editur in domo probatica Joachin, atque ad templum adducitur, ac deinde in domo Dei plantata, alique per Spiritum saginata, instar olive frugifera virtutum omnium domicilium efficitur: ut que videlicet ab omni hujusce vite et carnis concupiscentia mentem abstraxisset atque ita virginem una cum corpore animam conservasset, ut cum deceret que Deum sinu suo exceptura erat.* (San Juan Damasceno en su libro de *Fidei orthodoxa*, libro 4.º, cap. 15, citado en la leccion 4.ª del día de la Presentacion ó sea la 1.ª del 2.º nocturno.)

(2) San German, Patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia indican esta opinion. San Proclo y San Tarasio avanzan mas, pues escriben las arengas que San Joaquin y Santa Ana dirigieron á San Zacarías, en la que le anuncian á este que la niña que le presentan será la Madre del Mesías; es decir, que antes del misterio de la Anunciacion ya habia sido este anunciado á toda la Familia de la Virgen María y aun al público, pues San Proclo pone en boca de San Joaquin estas palabras, dichas al *Sumo Sacerdote* (San Zacarías, no lo era, sino solo sacerdote): «Resplende y anuncia con toda claridad que es ELLA la que ha de *lletar á efecto* los vaticinios.» Así lo dice el Sr. Obispo de la Habana, tomo 2.º pág. 39, nota primera.

(3) *Sermon 16 In Deipara present*, citado muy oportunamente por el Ilustrísimo Sr. Obispo de la Habana.

indica el Tesalonicense, parece mas teológica y crítica, y tambien mas conforme á la tradicion de la Iglesia, y sobre todo de la occidental, que no la otra que presenta á la Virgen como objeto de admiracion general, de favores visibles y de privilegios extraordinarios desde aquellos momentos; y anunciando ya á voces que aquella tierna niña será Virgen y Madre del Mesías; de donde resultaria que el Ángel al anunciar á la Santísima Virgen el misterio de la Anunciacion no le dijo nada nuevo, sino el momento de cumplirse lo que ya sabia ella veinte años antes, si es que contaba tres de edad cuando fué llevada al templo. San Tarasio pone en boca de los Padres de la Virgen la siguiente arenga ó alocucion:—«Recibe ¡oh Zacarías! el tabernáculo sin mancilla: recibe ¡oh sacerdote! el tálamo immaculado del Verbo: recibe ¡oh Profeta! el incensario de luz pura: recibe, ¡oh varon sin culpa! la vid que nos dará el racimo de la vida eterna: introdúcela en lo mas recóndito del Templo, llévala á las moradas de la Santidad, que el Altísimo escogió para su domicilio: condúcela á los sagrados recintos para que vaya creciendo y lleve algun día en su vientre al que es invisible á los ojos corporales. Publica que es bienaventurada, pues *ha hecho* (1) bienaventurados á todos los mortales: alaba sin descanso á la que ha sido criada para ser un libro divino que contenga escritas todas las maravillas de Dios (2).»

Solamente pueden admitirse bajo el concepto retórico estas frases de aquel Santo Padre, el cual antes (3) habia expresado con mucha exactitud, que la gloria de María estaba por entonces *velada á los ojos de los hombres*.

San Zacarías responde en el mismo tono, diciéndole á la Santa Virgen:—«¡Oh niña immaculada! ¡oh Virgen sin mancilla! ¡oh doncella hermosísima! ornamento de las mujeres, gloria de las hijas de Eva; ¡oh Madre y Virgen Santa! bendita eres entre las mujeres,..... tú eres la expiacion del pecado de Adán, tú el pago de la deuda de Eva.» ¿Qué mas le habia de decir el Ángel en su día? ¿A qué turbarse al oír del Ángel lo que le habian dicho los hombres algunos años antes?

Añade mas San Zacarías, pues la autoriza desde luego á que entre en el *Sancta Sanctorum*, diciéndole:—«Entra, niña, con confianza en tu santo Templo, pues este puede llamarse domicilio tuyo mejor que de ningun otro: te entrego la casa de Dios, donde solo puede entrar el sacerdote una vez al año (4). Vé por tanto, hija, al lugar santísimo, pues tú recibirás en tí al Santo de los Santos y nos darás á todos la santidad (5).» Pero la Iglesia latina se ha mostrado poco propicia con esta idea de que la Santísima Virgen entrase

(1) Aquí se ve la figura retórica por la cual se cita como presente el tiempo futuro, y otras el pasado. En el rigor histórico y teológico debia decir *haviendo* bienaventurados.

(2) Sermon 17 de San Isidoro Tesalonicense, *De Present. Difera.*

(3) Ibidem. Supone el Santo que San Zacarías era Sumo Pontífice, idea equivocada de algunos orientales. San Zacarías vivia fuera de Jerusalem y guardaba turno como los demás sacerdotes. *Fungebatur vice*, dice San Lucas. ¿Cómo un simple sacerdote habia de autorizar á la Virgen á entrar en el *Sancta Sanctorum*?

(4) Capítulo 16 del Levítico.—*Quando et quomodo sacerdos sanctuarium ingredi debeat. Ne omni tempore ingrediatur sanctuarium quod est intra velum*, vers. 2.º

(5) Ibidem: en la cita anterior, n.º 17.

á orar en el Santuario, y casi tuviera allí su morada, á pesar de haberlo consignado así tambien la Venerable Madre de Agreda en su «Mística Ciudad de Dios.» Augusto Nicolás calla sobre una cosa tan importante. Abiertamente la combate el abate Orsini, el cual dice así:

«Antiguas leyendas se han complacido en rodear de una multitud de prodigios la primera infancia de la Virgen: pasaremos en silencio esos hechos maravillosos, que no están suficientemente probados: pero debemos combatir una asercion inexacta, ó por mejor decir inadmisibile, que ha sido admitida con fiadamente y sin exámen por santos personajes y escritores piadosos (1). De que la Virgen haya sido la misma Santidad, lo que nadie niega, se ha querido inferir que la Virgen debió ser colocada en la parte mas santificada del templo, es decir en el *Santo de los Santos*, lo cual es materialmente falso (2).»

»El Santo de los Santos, ese impenetrable santuario del Dios de los ejércitos, estaba cerrado á todo sacerdote hebreo á excepcion del gran Pontífice, que no penetraba en él mas que una vez al año, despues de un buen número de ayunos, vigiliias y purificaciones. Al entrar allí iba envuelto en una nube de humo producido por los aromas quemados en su incensario, lo cual impedia ver los objetos, interponiéndose entre la Divinidad y él, pues que ningun mortal podia verla y vivir, segun la Escritura (3): en fin, no estaba allí mas que algunos minutos, durante los cuales el pueblo prosternado y con el rostro pegado al suelo, prorumpia en grandes sollozos, temiendo por la vida del Sumo Sacerdote. Y tanto era así, que este daba despues un gran convite á sus amigos para congratularse con ellos de haber escapado por aquella vez de tan gran riesgo. Júzguese, pues, por éstos datos si es creible que la Virgen María fuese criada en lo interior del santuario.

»Las tradiciones locales de Jerusalem no deponen con menos fuerza que el sentido comun contra esta opinion aventurada: la *Sakhra*, que fué en sus principios una iglesia cristiana edificada en el mismo paraje en que estuvo el aposento de la Virgen, es una dependencia separada de la mezquita de Omar, y no está incluida en este edificio, y sin embargo, la mezquita de Omar está construida sobre el área del templo.

»El P. Croisset, en sus ejercicios piadosos, no adoptó esta tradicion, pero no queriendo tampoco desecharla por entero, trató de tomar un término medio. Segun él, la Madre de Dios no fué criada en el santuario mismo, pero los sacerdotes, prendados de sus admirables virtudes, le permitian que entrase á orar allí de cuando en cuando. Este sabio jesuita, al tomar este *término medio*, olvidó muchas cosas que debiera tener en cuenta. La

(1) Cita Orsini entre estos á San Andrés Cretense, Jorge de Nicomedia, el P. Gibieuf, etc.

(2) Copio lo que dice Orsini, y aunque no creo esa tradicion, me parece la frase demasiado dura. Por mi parte, si no acepto la opinion, la respeto y me abstengo de calificarla, mucho mas al ver que el piadoso Sr. Obispo de la Habana, si no la admite abiertamente, parece inclinarse á ella, citando los autores orientales que lo dijeron.

En mi juicio, M. Augusto Nicolás, que entra en otras cuestiones mas arduas, hizo caso omiso de esta intencionalmente.

(3) *Non videt me homo et vivet.*

mujer entre los hebreos era mirada como un sér impuro y comparada al esclavo (1), cuya oracion apenas era obligatoria, que se la confinaba á un átrio del que no podia pasar, y que le estaba vedado entrar en lo interior del templo, aunque fuese profetisa ó hija de un Rey (2). La segunda, que los sacerdotes no podian conceder á María un privilegio que ellos mismos no tenian y que por otra parte, segun el texto formal de la Ley, hubiera sido exponerla á una muerte segura. Finalmente, que aun prescindiendo de esos temores religiosos entre los sacerdotes de Jehová, no hubiesen permitido en manera alguna que nadie penetrase en el Santo de los Santos, atendida la importancia de ocultar al pueblo el conocimiento de la desaparición del arca (3), desaparición que les hubiera sumido en un profundo y fatal desaliento. Así que esta segunda version, ó término medio, no es mas admisible que la primera.)

Por aceptables que sean estas razones, no todas de igual fuerza, de seguro que no convencerán á los partidarios del retiro de la Santísima Virgen María en lo interior del santuario; pues admitiendo el principio de que ya San Zacarías y los demás sacerdotes sabian que habia de ser Madre del Mesías, y constándole esto á ella misma, nada tenian de particular estos favores extraordinarios, que antes serian muy conformes con lo manifestado por San Joaquin en la arenga ó alocucion que San Tarasio pone en su boca y la respuesta de San Zacarías. Cuando se parte de un principio extraordinario y milagroso no tienen fuerza los argumentos del orden natural y ordinario, pues el sustentante responde conforme á su tema:—«Eso que se dice es cierto segun lo ordinario, pero este caso fué extraordinario.»

Dudo mucho que sea cierta la crianza de la Virgen Santísima en lo interior del Santuario, ni aun su entrada en él alguna vez, porque ni parece admisible esa *Anunciacion previa*, ni está en el carácter de la Virgen, ni en las miras de la Providencia con respecto á ella. Fué partidaria siempre la Santísima Virgen de la *vida escondida*, como queda dicho, y tambien enemiga de singularizarse y de ostentar privilegios y exenciones. Si Dios le concedió el ser concebida sin mancha de pecado original, esto fué en el orden espiritual é interno: ninguna señal exterior lo reveló: si fué Virgen y Madre á la vez, esto fué tan oculto que nadie lo supo: su mismo Santísimo Esposo lo ignoró algun tiempo: el vulgo la creyó una mujer cualquiera; ella misma *purísima, castísima*, se sujeta á la ignominiosa ceremonia de la Purificacion, que suponía impureza, pues lo que se purifica no está puro. ¿A qué se turbó al darle el Ángel su embajada, si ya lo sabia por su padre San Joaquin y lo sabian los sacerdotes y todos los que estaban en el templo? ¿Por qué concibió celos San

(1) Hay una gran exageracion en lo que dice aquí el Abate Orsini, como conocerá cualquiera versado en la Sagrada Escritura: de que fuese mirada como inferior al hombre no se infiere que fuese *cosa*.

(2) Tambien aquí hay exageracion en lo que dice Orsini. Luego veremos á la Profetisa Ana desempeñando un gran papel en la presentacion de Jesus y purificacion de María. Ana pasaba su vida en el templo, *serviens nocte et die*, como dice San Lucas.

(3) Este argumento no tiene fuerza: la Virgen no habia de entrar allí por mera curiosidad, ni para ir contando al vulgo lo que allí habia y lo que no habia.

José, si toda la familia sabia que habia de ser Madre y Virgen? ¿Podia ignorar el marido lo que sabian todos? Sabiendo los sacerdotes que aquella niña excepcional y privilegiada se habia criado en el santuario, donde no entraba ni el Sumo Sacerdote, sino una sola vez al año, ¿no habia llegado esto á noticia de San José, siendo tan difícil de guardar tan gran secreto y entre tantos que debieron saberlo durante cerca de trece años?

Teniendo esto en cuenta, debemos suponer que los Padres de la Santísima Virgen tendrían algun presentimiento misterioso, alguna *luz interior* que Dios les daría acerca de los altísimos destinos de su hija, que, si la comunicaron entre sí para su mutua edificacion, la callaron á los demás (1). Puede tambien suponerse que la Presentacion de la Santísima Virgen en el templo fué acompañada de celestial é invisible comitiva, pero no de señales exteriores ni visibles fuera de lo ordinario y usual; que la Santísima Virgen vivió en el templo como las demás *halmas* ó doncellas; que Dios la favoreció allí con superiores y grandísimas luces y gracias que han quedado ignoradas, pero sin ninguna distincion externa ni privilegiada, fuera de esas distinciones que la gran sabiduría y las virtudes eminentes atraen casi á la fuerza sobre los que las poseen, sin pretenderlo ellos, pero permitiéndolo Dios para sus altísimos fines.

No todos verán la cuestion de esta manera: el país y la época influyen mucho en las opiniones, aun entre los santos. Los orientales son fastuosos y muy aficionados á exenciones y á cosas portentosas y extraordinarias: los latinos propenden mas á la sencillez, á la claridad y á la humildad: les gusta mas lo sólido que lo brillante. No es de extrañar, por tanto, que los orientales procuren pintar á la Virgen llena de privilegios externos y de singularidades visibles.

Por lo que hace á la época, el siglo XVII fué propenso tambien á los privilegios y exenciones, y aun las mismas personas religiosas litigaban por ellos, sin que por eso se deba acriminar su conducta, pues á veces tenian deber de hacerlo, y si la Iglesia los habia concedido, justos serian y justo el respetárselos. Pero como los imperfectos abusaban de ellos, la tendencia de nuestra época es á suprimirlos (2) tambien por muy justas causas.

Finalmente, el que alguno ó algunos Santos Padres digan alguna cosa, y mas cuando la escriben oratoria y encomiásticamente, no induce obligacion de creerlos, mucho mas cuando no todos convienen en ello. Ni tampoco es igual la autoridad de todos los Santos Padres; ni la Iglesia, maestra infalible, acepta todos sus dichos y opiniones. Se puede respetar una opinion y no seguirla, y las de los Santos Padres siempre merecen respeto.

Por lo que hace á la fiesta de la Presentacion, es antiquísima en la Iglesia, y sobre todo en la oriental, como se ve por los sermones de ella que citados quedan (3).

(1) Los Santos han sido siempre muy reservados en lo relativo á los favores que de Dios reciben. *Serótum meum mihi*, decia San Bernardo.

(2) La Santa Sede acaba de suprimirlos casi todos en España y en otros países; y así debemos respetar las justas causas por que se dieron, como las no menos justas por que las suprime.

(3) Habla de ella el emperador Manuel Comeno ó Comneno en una carta aducida por Balsamon.

## CAPITULO V

EDUCACION DE LA SANTISIMA VIRGEN DURANTE SU ESTANCIA EN EL TEMPLO

La educación que la Santísima Virgen recibió en el templo fué la misma que recibían las demás doncellas que allí vivían acogidas; la oración, la educación moral, la instrucción intelectual y el trabajo manual ocupaban el tiempo y formaban el sistema de vida que allí se profesaba. Si descoló en estas cosas, no fué ni por lo ilustre de su nacimiento, pues aunque de sangre real su familia había decaído mucho, ni por privilegios excepcionales y distinciones, inconvenientes en las casas de educación y repugnantes á su genio y á sus virtudes basadas sólidamente sobre una gran humildad, cimiento duradero de toda verdadera virtud. Fué, por tanto, su distinción consecuencia inevitable, pero no buscada, de su precoz talento y eminentes cualidades.

De su altísima oración y contemplación durante los años de su adolescencia que pasó en el templo hablan todos los autores y algunos avanzan á copiarlas; pero son tan pálidas sus frases, tan vulgares sus conceptos con respecto á los altísimos conceptos y elocuentes frases del *Magnificat*, que no se puede menos de creer, al comparar este con aquellas oraciones vocales, que la Santísima Virgen las haría mejores. Y ¿hemos de colocar la oración de la Virgen en el terreno bajo de la oración vocal y no en el elevado y sublime de la alta contemplación? Que la oración de la santa niña era ya de contemplación altísima, lo dice San Ambrosio, y lo creerían todas las personas piadosas aunque no lo dijese un Santo Padre tan eminente, sabio, discreto y profundo crítico, como el Santo Arzobispo de Milan, cuya autoridad es muy superior á la de otros Padres orientales que nos dejaron piadosas pero poco creíbles leyendas acerca de la vida de la Virgen. «Nadie, dice este gran Santo Padre, estuvo jamás dotado de un *don mas sublime de contemplacion*: su espíritu acorde siempre con su corazón, no perdía jamás de vista á Aquel á quien amaba con mas ardor que todos los Serafines juntos, pues toda su vida no fué otra cosa que un ejercicio continuo del amor mas puro de Dios (1).»

La vida exterior de la Virgen la describe Orsini de un modo poético y erudito aunque

(1) San Ambrosio, de Virg. lib. 2.

algo recargado, segun su costumbre, en estos términos: «Después de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras y unas piadosas matronas, que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de tan precioso depósito, se encaminaban hácia la tribuna en que las *halmas* se sentaban en el puesto de honor (1). El sol empezaba á dorar con sus nacierentes rayos los montes lejanos de la Arabia, el águila se cernía entre las nubes, el sacrificio humeaba sobre el altar al sonido de las trompetas sacerdotales, y María con la cabeza inclinada y cubierta con su velo, repetía con fervor las diez y ocho plegarias de Esdras (2), pidiendo á Dios con todo Israel al Cristo, tantas veces prometido á la tierra, y cuya venida se dilataba tanto.

«¡Oh, Dios! glorificado y santificado sea vuestro nombre en este mundo que criasteis segun vuestra voluntad santísima: haced, Señor, que *reine vuestro reino*, que la redención vaya cundiendo y que venga pronto el Mesías prometido (3).

«La lectura de la *Schema* y la bendición dada por el sacerdote, que presidía estos oficios y oración pública, terminaba esta ceremonia del culto externo, que se repetía por la tarde al anochecer.

«Cumplido este deber público y solemne para con Dios, María y sus jóvenes compañeras volvían á sus habituales ocupaciones: unas volteaban con sus ágiles dedos un huso de cedro, otras recamaban de púrpura, jacinto y oro los velos del templo, trazando sobre ellos ramilletes de vistosas flores, mientras que otras, inclinadas sobre un telar ó bastidor sidonio, ejecutaban esas delicadas labores de tapicería que aplaudía la Sagrada Escritura al describir los quehaceres domésticos de la mujer fuerte, y que celebraba Homero al describir también las ocupaciones de las princesas en las edades remotas (4).

La Virgen aventajaba á todas las demás doncellas en esas hermosas obras de manos tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio dice que se distinguía por su gran habilidad para bordar en lana, lino y oro, y para tejer el hermoso hilo de Damasco. *Hilo de la Virgen* llaman todavía los cristianos orientales á las finas randas y encajes, semejantes á los tenues y blancos vapores que apenas se perciben en el fondo de los valles durante las frescas mañanitas del otoño. En recuerdo de ello las castas esposas de los primeros cristianos al contraer matrimonio, acostumbraron por mucho tiempo depositar sobre el altar de María una rueca con sus copos de blanca lana, adornada y sujeta con hermosas y purpúreas

(1) Orígenes, San Basilio, San Gregorio y San Cirilo nos han conservado la tradición de que las doncellas ocupaban un lugar separado y distinguido en el peristilo de las mujeres. (Nota de Orsini.)

(2) La parte mas solemne de las oraciones de los judíos es la que llaman *Shemoneh Esre* ó sea las diez y ocho plegarias, segun Prideaux. (Id.)

(3) Esta oración que se llama *Kaddish* es la mas antigua de todas las que han conservado los judíos, y como está en lengua caldea, créese que es una de las que trajeron los judíos á su regreso de Babilonia. (Basnagé, tomo V, pág. 314.) Prideaux supone que se usaba mucho tiempo antes de Jesucristo. Se la recitaba durante los oficios divinos y los concurrentes respondían muchas veces *Amen*. (Id.—id.)

(4) Mas expresiva en la descripción de la *mujer fuerte* que hace el libro de los Proverbios en su capítulo final. Su mano trabajó con energía y sus dedos manejaron el huso.... bordóse un traje y su vestido de lino y púrpura: hizo también un hermoso tapiz para venderlo y un ceñidor que le compró un negociante.

cintas (1). La Iglesia de Jerusalem guardó también este precioso recuerdo, venerando desde los tiempos más remotos entre sus más preciosos tesoros y reliquias, los ligeros husos que la tradición había conservado como manejados por la Virgen (2).

Llenábase, pues, el fondo del día en el recogimiento del templo con la oración y el trabajo manual, sin que cesase aquella durante este, puesta siempre la Santísima Niña en la presencia de Dios, llenando aquella piadosa divisa que adoptaban en la Edad media algunas piadosas sociedades de obreros: — *Ora labora* (Ora y trabaja).

A estas dos grandes ocupaciones del cuerpo y del alma, del espíritu y de la materia, de la vida interior y de la exterior, se unía otra importantísima que reúne ambas condiciones, cual es el cultivo del entendimiento por medio del estudio. Consistía este principalmente en la lectura de la Santa Ley y su explicación, sirviendo las páginas de los sagrados libros de medio para aprender la lectura, para ejercitar la memoria reteniendo en ella los himnos y sagrados cánticos, y de reproducir algunos pasajes y aun libros enteros, deber piadoso que cumplían con esmero los israelitas y de que no se dispensaba el Rey mismo, multiplicando así las copias de la Biblia.

Este libro, ó mejor dicho colección de libros, contenía para ellos, no solamente el catecismo del dogma israelita y su doctrina, sino también su código legal y su jurisprudencia, la historia nacional de aquel pueblo, sus reglamentos de policía, y modelos de su literatura clásica y poesía especial, y todo su conjunto sin mezcla de ningún error, pues que era Dios quien lo había dictado para uso de su pueblo predilecto y escogido, en cuyo seno había de nacer y vivir y cuya nacionalidad había de participar. Que en la comprensión de las Sagradas Escrituras gozaría ciencia especial y favor grande de Dios y del Espíritu Santo, puede no solamente conjeturarse sino también ser afirmado. Si de ciertos favores externos y visibles que narran antiguas y piadosas leyendas cabe dudar, no así de los interiores é invisibles que no afectaban á su humildad profunda. San Agustín llega á decir que supo más teología y conoció los divinos misterios mejor que todos los Teólogos y que los Apóstoles mismos, puesto que *había de ser maestra de la Iglesia* (3).

Notable es una afirmación tan trascendental de tan gran Padre y afirmada con tal aplomo, no en tono encomiástico ni meramente laudatorio. Y la razón del Santo añade

(1) En la Edad media los tejedores se alistaban en sus gremios bajo la advocación del misterio de la Anunciación en memoria de los trabajos de su arte á que se dedicaba la Santísima Virgen. Los fabricantes de brocados de oro, tisú y seda, tomaban por patron á Nuestra Señora de la Rica y llevaban su imagen en un pendón magníficamente bordado. (Alejo Montiel, Vida de los franceses en sus diferentes estados; citado por Orsini.)

No era solamente en Francia donde había cofradías de Santa María la Rica; también era conocida esta advocación en España, y en Alcalá de Henares había un hospital de esta advocación.

(2) Todavía se conserva esta costumbre en algunos pueblos del Norte y de la parte occidental de Francia.

Los husos de la Virgen que se guardaban en Jerusalem fueron enviados á la emperatriz Santa Pulqueria, la cual los hizo colocar en la iglesia de los Guis en Constantinopla. (Orsini.)

(3) *Didicit Maria super omnes Theologos et Apostolos divina mysteria, uti futura Ecclesia magistra.* (San Agustín, cap. 9, De templo, citado por el Ilmo. Sr. Obispo de la Habana.) San Vicente Ferrer añade: *Ipsa melius Bibliam Sacram sciebat quam Prophete.* (Sermon de la Natividad de la Virgen, citado por el mismo señor obispo.)

peso á tal asercion, puesto que la funda en que había de ser nada menos que *maestra de la Iglesia Santa*, y no como quiera, sino en los mismos tiempos apostólicos y entre los Apóstoles. Y San Vicente Ferrer, insistiendo en la idea de San Agustín, avanza á decir que conocía la Sagrada Biblia aun mejor que los mismos Profetas que escribieron sus libros. Por ese motivo parece que su ciencia debió ser infusa más bien que enseñada por ministerio angélico, pues si varios Santos tuvieron ciencia infusa no parece probable que el Verbo Eterno dejase de hacer ese favor á su Madre llena de gracia, á cuya santidad no alcanzó la de ningún Santo (1).

Algunos escritores orientales, de más piedad que criterio y cuyos nombres apenas figuran en las Patrologías, ni sus opiniones en la Patrística, han supuesto que la Virgen tenía, durante su estancia en el templo, trato familiar con los Santos Ángeles, y que estos le traían frutas, dulces y alimentos, más celestiales que terrenos, hasta el punto de llamar esto la atención de San Zacarías y de los otros sacerdotes del Templo. Al llegar al misterio de la Anunciación veremos cuán poco conformes son tales leyendas con la idea que tenemos del carácter de la Santísima Virgen, y con la extrañeza que á esta causó la aparición de San Gabriel. El silencio que en este punto guardan los escritores y críticos más reputados, parece indicar que no admiten como probables tales favores; pero como otros los consignan como ciertos, es preferible tomar partido y manifestar lo que se tiene, no por más cierto, sino por más probable, y esto sin menosprecio de los que han aceptado como ciertos tales portentos visibles y extraordinarios (2).

(1) San Buenaventura añade que la Virgen aprendió por medio de los Angeles, y en especial por medio del Arcángel San Gabriel. Respetando, como es justo, la opinión de tan gran Doctor de la Iglesia, parece que es más probable la de aquellos teólogos que, suponiendo á la Virgen dotada de ciencia infusa inmediatamente por el Espíritu Santo y desde su niñez, no se muestran propensos á creer que la adquiriese mediatemente, ó sea por ministerio angélico, opinión más seguida por los orientales que por los latinos, como veremos luego.

(2) En general son escritores orientales y no de los primeros siglos, ni de gran importancia, pues si bien constan sus nombres en las Bibliotecas de escritores eclesiásticos, están omitidos por lo común en las obras de Patrología. Aun está más bajo el monje Jacobo, que es el que da más noticias acerca del trato familiar de la Virgen con el Arcángel San Gabriel. Pero este escribió tales noticias tomándolas, según el mismo dice, de otros escritores más antiguos. Por desgracia, desde los primeros tiempos andaban ya libros apócrifos acerca de la vida de la Virgen, y tales libros, semejantes á las epidemias, siempre dejan víctimas. Nueve Evangelios falsos y apócrifos condenaba ya la Decretal del papa San Hormisdas, y también los hechos ó actos de los Apóstoles San Andrés, Santo Tomás, San Pedro y San Felipe.

Al par de ellos vienen declarados apócrifos y prohibidos otros dos libros, el uno titulado *La infancia del Salvador* y el otro acerca de la *Natividad del Salvador y de la Virgen María*. Estos libros estaban llenos de extravagancias portentosas, según las escasas noticias que de ellos nos quedan, y á gusto de las imaginaciones orientales, propensas siempre á todo lo extravagante y maravilloso. La prohibición de estos libros por el papa San Hormisdas á principios del siglo vi fué muy oportuna, pero llegó á tiempo en que ya aquellos libros habían sido leídos de buena fe por muchos varones piadosos. Así que importa poco que el monje Jacobo, demasiado crédulo, y á quien nadie ha contado entre los Santos Padres ni escritores de nota, se refiriese á escritores antiguos, si estos escritores se refirían á los portentos narrados en los Evangelios apócrifos y otros libros de este jaez.

Uno de ellos se intitulaba *El Tránsito*, y trataba de la Asunción de la Virgen María. Es muy notable lo que dice el Santo Pontífice acerca de dos libros que corrian sobre la invención de la Santa Cruz y que nos pueden servir de pauta con respecto á estas narraciones encomiásticas de la Virgen, dejándolas á la discreción de cada uno sin afirmarlas ni negarlas, aunque parezcan poco aceptables, diciendo que «son novedades leídas por algunos católicos, pero que estos las lean con discreción.»

«Item scriptura de inventione Dominice Crucis, et alia scriptura de inventione capituli beati Joannis Baptiste novella quidem relationes sunt, et nonnulli eas catholici legunt. Sed cum hæc ad catholicorum manus advenerint beati Pauli Apostoli præcedat sententia: «Omnia probate, et, quod bonum est, tenete.»

Que la Santísima Virgen tuvo méritos para obtener favores y distinciones superiores á las que se concedieron á todos los Santos, es indudable. Pero Dios dispensa sus gracias como quiere y conviene, y nosotros no podemos juzgar acerca de estas medidas y de la tasa de ellas. Á Santos muy eminentes y de primer orden no consta que les concediera favores sobrenaturales que aparecen otorgados á otros Santos oscuros y de menos nombradía. De que haya concedido á ciertas Santas algunos favores místicos y extraordinarios de gran bulto y admiración, no se infiere que tuviese precisión de concedérselos á la Santísima Virgen. ¿Sabemos nosotros acaso la calidad y cantidad de los que se le otorgaban, ni podemos apreciar si fueron mayores porque son ignorados? ¿Son acaso los mayores los que mas admiran y los que meten mas ruido?

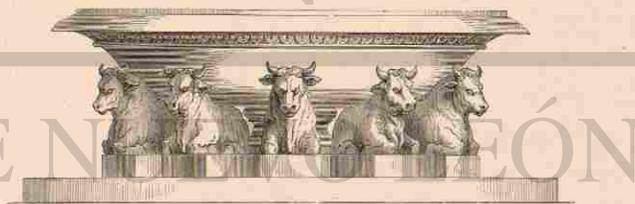
Generalmente los escritores orientales propenden á considerar á la Virgen durante su estancia en el Templo, como una monjita metida en su celda, guardando las horas llamadas *canónicas* y teniendo su alacena para guardar su comida (1). Pero si en vez de considerar á la Virgen como una *monja*, durante su estancia en el Templo, la consideramos como una *colegiala* en una casa religiosa, de educacion y ascetismo á la vez, la escena cambia por completo. La Virgen no arreglaría el método de su vida, sino que seguiría la regla y método de vida del colegio; la Virgen no entraría en el santuario, sino que oraría y dormiría donde oraban y dormían las otras *almas* ó colegialas. La Virgen no comería de extraordinario, sino que comería lo que comían todas, y á la hora que las otras, y de seguro mortificando su apetito y tomando lo estrictamente preciso, como quien toma medicina, segun la práctica de todos los Santos. Pudo ser que al morir Santa Ana, la Virgen saliese milagrosamente del Templo para asistir á su Santa Madre, sin ser notada y quedando entre tanto un Ángel en el Templo haciendo sus veces y llevando su figura; pero si se tiene en cuenta que las *almas* no tenían rígida clausura, como se ve por el capítulo tercero del libro de los Macabeos, se echa de ver que no había necesidad de aquel milagro, y Dios no los prodiga sin necesidad, á nuestro modo de ver. Pudo ser tambien que Dios permitiera que la Santísima Virgen fuera acusada por sus compañeras de inquieta, alborotadora y bulliciosa, á fin de que ejercitara su gran humildad, paciencia y mansedumbre, pidiendo perdon á sus compañeras y á los sacerdotes por culpas que no había cometido. Mas ¿cómo avenir esto con su vida dentro del *Sancta Sanctorum*, y con los otros favores extraordinarios y portentosos admirados por los sacerdotes mismos?

Por mi parte, respetando mucho á los Padres y demás santos varones, que han descrito de otro modo la adolescencia de la Virgen, me la represento de distinta manera, buscando siempre la *vida escondida*, el no figurar con privilegios ni cosas extraordinarias, aceptando sí los favores que Dios le dispensara, pues no había de ser ingrata, mostrándose siempre

(1) San Jerónimo dice que la Virgen oraba desde terciá á sexta, y que luego trabajaba hasta que los Angeles le traían de comer. Aquel gran Santo Padre era excelente crítico, y no siempre se pagaba de las cosas de los orientales entre quienes vivía. Por ese motivo, aunque no se adopte su opinion, en cosa que la Iglesia deja libre de creer ó no, debe ser con todo muy respetada, como tambien la del gran Doctor San Buenaventura.

sencilla, amable, contenta, recogida, modesta, silenciosa sin afectacion, mortificada sin apariencia de serlo, risueña y alegre sin procacidad ni petulancia, en oracion continua y continua presencia de Dios, sin que esto apenas se conociera, y sin faltar á las cosas de la tierra por tener la mente de continuo en el cielo, tanto mas conocida y conoedora de Dios, cuanto menos conocida de los hombres, guardando su aroma en vaso tapado para que su fragancia exquisita fuera solamente para Dios. Así comprendo por mi parte á la Virgen María, así la comprenden generalmente los Padres occidentales, los místicos mas acreditados, los escritores modernos al tratar el delicado punto de la *oscuridad de la Santísima Virgen*, con el primor con que lo hacen algunos de ellos; y tal cual la describe el gran Padre San Ambrosio en su precioso y encantador libro de la *Virginidad de Maria*. «*La misma figura de su cuerpo era imágen de su mente y figura de candor y pureza...* Era tanta su gracia que no solamente guardaba su virginidad, sino que inspiraba integridad y pureza á quien la visitaba... Nada de procaz en sus ojos, nada de petulante en su hablar y en su continente (1). Era, en fin, su exterior imágen viva de su interior y pureza.»

(1) *Tanta erat ejus gratia ut non solum in se virginitatem servaret, sed etiam si quis invisceret integritatis insigne conferret.... Nihil torvum in oculis, nihil in verbis proax, non gestus fractior, non vox petulantior, ut ipsa corporis species simulachrum fuerit mentis, figura puritatis.* (San Ambrosio, lib. II de *Virginibus*.)



## CAPITULO VI

### ORFANDAD DE MARÍA: SU CASAMIENTO CON SAN JOSÉ

*Una Virgen desposada con un varón llamado Josef (1).*

No lejos de la puerta llamada de Efraim, la tradición piadosa de los primeros cristianos designaba con el nombre de *casa de Santa Ana*, una vivienda de modesta apariencia en una calle tortuosa y retirada. Edificóse allí mas adelante un templo junto al cual se estableció un monasterio de humildes religiosas: los musulmanes lo han convertido en mezquita (2). Esto hace creer que Santa Ana pasó los últimos años de su vida en Jerusalén, después de la muerte de su santo esposo Joaquín. Todavía suponen algunos escritores que el santo anciano, lleno de años y virtudes, y debilitado en su salud, dejó sus haciendas a cargo de sus parientes en Nazareth y Séforis, donde vivía, según la opinión mas probable, sin olvidar á los pobres con quienes repartía sus rentas (3): dejando la montaña y su duro clima, vinieron los santos ancianos á Jerusalén con objeto de estar cerca de su bella hija ya adolescente y gozar de mas suave temperatura. Si la venida de San Joaquín á Jerusalén aparece dudosa, la de Santa Ana, por el contrario, puede tenerse como casi del todo cierta, afirmada por muchos y respetables testimonios. Perdido su esposo, ¿qué le quedaba en la tierra sino su Hija? La clausura de las *halmas* ó doncellas en el templo no era monástica ni rígida: los judíos, que apenas tenían idea del celibato ni de la virginidad, no daban á esta la importancia de que la revistió y reviste el cristianismo, ni la acompañaban de las precauciones y austero recato de que la rodean las costumbres severas de los buenos católicos. Podía ver á su hija en el templo en ocasiones determinadas, cuidar de su aseo y renovar sus ropas, si bien las manos nunca ociosas de la tierna doncella hicieran que esto fuese mas bien que de necesidad un acto de maternal cariño. Así

(1) Palabras del Evangelio de San Lucas al hablar de la Anunciación. *Ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph.*

(2) La comunidad existió en tiempo de los Reyes cristianos después de las Cruzadas. (Itinerario de París á Jerusalén: tomo II, pág. 211, según la cita de Orsini.)

(3) El P. Rivadeneira y otros escritores afirman este hecho acerca de la caridad de San Joaquín con los pobres, y bien pudiera conjeturarse aunque no lo dijeran. Esta ha sido cualidad de todos los Santos.

en otro tiempo su homónima, la mujer de Elcana, al visitar en Siló á su *oblato* Samuel (1), solía llevarle una túnica de lino hilada y tejida por su propia mano. Del retiro de la Virgen Santa en el templo y de las visitas de su piadosa Madre, debemos formar idea por las costumbres de los colegios católicos para la educación de las niñas, en que estas son visitadas alguna vez por sus familias, y aun pueden salir á la mansión paterna en momentos críticos, ó de regocijos domésticos, ó de pesares grandes y desgracias de familias. Estas sobrevinieron á la tierna jóven, cuya pureza siempre inmaculada, si la preservó de todo pecado, no la eximió de los dolores consiguientes á la maldición que atrajo este sobre el linaje humano.

Llegó un día en que Ana sintió que Dios la llamaba para sí y á descansar en el seno de Abraham al lado de su esposo, hasta el momento en que un nieto suyo abriese las puertas del mejor paraíso. Según la costumbre israelita, la candorosa doncella asistió al tránsito de su Santa Madre con dolor profundo, pero mitigado por la suavidad de ese bálsamo sobrenatural que derrama la santa resignación sobre las úlceras del corazón humano, con la idea de otra mejor vida, con la piadosa conformidad con la voluntad divina.

Quizá en los umbrales de la muerte, en aquel momento supremo en que parece que los resplandores de la eternidad principian á iluminar las tinieblas de la vida humana que por momentos se apaga, vieron los piadosos ancianos la próxima y excelsa gloria reservada á su hija, y mirando á tan grato y lisonjero porvenir, no sintieron las angustias que padece el alma al ser despojada de su mortal vestidura. Sintió María el peso de la desgracia y cerró los ojos á su Santa Madre, según la piadosa costumbre de los Israelitas (2).

Es muy probable que María acompañase el funeral de su santa madre. Según la piadosa costumbre de su país, los parientes acompañaban el cadáver marchando en pos del féretro, al cual precedían músicos y plañideras alquiladas, cuyos gritos mercenarios contrastaban y casi encubrían los de verdadero y profundo dolor de los hijos y maridos.

Cumplidos estos piadosos deberes, María se halló huérfana, si es que quien tiene á

(1) Con el nombre de *oblato* eran conocidos los niños que llevaban sus padres á los monasterios benedictinos, ofreciéndolos á Dios por medio de un voto, como el que hizo Ana para obtener á Samuel. Los monjes tomaban estos niños *oblato* y llevándolos al altar los dedicaban al culto divino con una ceremonia sencilla que consistía en envolver su mano en el manto del altar.

El cánón 1.º del Concilio 2.º de Toledo habla también de estos oblatos. «*De his quos voluntas parentum à primis infantibus annis clericatus officio mancipavit....*»

La dedicación de Samuel, según se describe en el libro primero de los *Reyes* ó de *Samuel*, es muy tierna y curiosa. Llevó su madre al templo, en Siló, tres terneros, tres modios ó celemines de harina y un cántaro de vino. *Puer autem erat infantulus, et immolaverunt vitulum et obtulerunt puerum Heli.... Samuel autem ministrabat ante faciem Domini, puer, acutus ephod lino. Et tunica parvam fucebat ei mater sua, quam afferbat statutis diebus, ascendens cum viro ut immolaret hostiam solemnem.*

(2) Es muy notable la tierna cuanto sencilla relación que de la muerte de su buen padre hace Santa Teresa de Jesús; y quién no recuerda la vida de Santa Teresa al trazar la de la Virgen su modelo! «En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió. Fué yo á curar, la cual le asistí siendo ya monja, pero sin estrecha clausura. Pasé harto trabajo en su enfermedad: creo le serví algo de lo que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo bien y regalo, porque en un ser me lo hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma, cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho. Fué cosa para alabar á Dios la muerte que murió, y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema Unción....» (Capítulo séptimo del libro de su vida.)

Dios como verdadero padre puede nunca apellidarse *huérfano*, y siquiera la piadosa doncella sintiera el dolor natural y la pérdida en lo humano, debió dar poco á la naturaleza, enteramente domada á fuer de pura, y viviendo en Dios mas que en el mundo.

Entonces fué cuando hizo el santo propósito de tener á Dios por padre y obedecerle en todo sin voluntad propia (1). Antes de este tiempo, no podía prescindir de la obediencia debida á los padres, pues el cuarto mandamiento es de derecho divino y el mismo Dios, por tanto, le mandaba honrar á su padre y á su madre. De esta consagración á Dios hablan algunos piadosos y aun Santos escritores, y aunque varios de ellos presentan su voto de castidad como hecho á la edad de tres años al entrar en el templo, es mas probable que fuese en la adolescencia y á la muerte de sus Padres.

Acompañó á este voto de perfección y de entera sumisión á Dios, otro voto singular, importantísimo, trascendental é indudable, cual fué el voto de perpetua continencia y la dedicación de su virginidad á Dios, voto singular por ser el primero de este género que se hizo, importantísimo y trascendental, porque habiendo de ser María el modelo de las mujeres cristianas en su triple estado de doncella, casada y viuda, Ella fué la que dió el ejemplo de virginidad perpetua ofrecida á Dios con solemne voto, que luego imitaron millares y millares de doncellas cristianas, marchando por sus huellas, cual la vió David en el salmo epitalámico donde describe las solemnes bodas del Rey de los siglos, inmortal é invisible (2). Despues de describir al régio esposo, mas bello que todos los hombres de la tierra (3), con la sonrisa en sus labios, con la espada ceñida y empuñando el cetro, vara de dirección y gobierno, introduce á la virginal esposa seguida de otras vírgenes y castas doncellas.—«Oye, hija mía, y mira todo esto, olvídate ya de tu pueblo y de la casa de tu padre, porque el Rey se va á prender mucho de tu hermosura, y él es tu mismo Dios á quien adorarán los pueblos.... En pos de ella vendrán numerosas vírgenes y sus allegadas te serán traídas, y traídas con regocijo y alegría para llevarlas al templo santo del Rey.» David en este salmo canta el místico desposorio de Cristo con su Iglesia bajo la figura del matrimonio de su hijo Salomón con la hija de Faraón (4), pero los oradores sagrados muchas veces lo han solido adoptar en sentido análogo al místico desposorio de María con el Espíritu Santo al ofrecer á Dios su virginidad, pues la hermosa frase *adducentur Regi virgines post eam*, se viene á las mientes al considerar la numerosa cuanto bella turba de sagradas doncellas, que á imitación de la Santísima Virgen, han venido consagrando

(1) Tiernísimo es tambien el pasaje en que Santa Teresa describe como tomó por Madre á la Virgen Santísima, cuando murió la suya. «Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años poco menos: como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida, fuíme á una imagen de Nuestra Señora y supliqué fuese mi madre con muchas lágrimas. Páreceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á Sí.» (Libro de su vida, al fin del cap. primero.)

(2) *Regi saculorum immortalis et invisibili, soli Deo....*

(3) *Speciosus forma pro filiis hominum, diffusa est gratia in labiis.... accingere gladio tuo super femur tuum potentissime.... virga diractionis, virga regni tui.* (Salmo 44, *Eructavit cor meum.*)

(4) Así lo dice el epigrafe de este mismo Salmo 44: *Epithalamium Christi et Ecclesie sub typo connubii Salomonis et filie Pharaonis.*

á Dios su virginal pureza, ofreciéndole una vida de mortificación y privaciones para conservarla incólume. «Con razon, dice el beato Alberto Magno, se llama á María Virgen de las Vírgenes, porque siendo ella la primera que sin consejo ni ejemplar prévio ofreció á Dios su virginidad, ha servido despues de modelo á todas las vírgenes que le han imitado (1).» San Ambrosio añade, con una frase muy expresiva, que María fué la que enarbó el estandarte de la virginidad (*que signum virginitalis extulit*), y San Bernardo dirigiéndose á ella en místico y altísimo coloquio le pregunta:—¿Quién os enseñó, Santísima Virgen, á complacer á Dios con la virginidad y á vivir en la tierra con la vida de los Angeles (2)?

Hay dudas acerca de la época en que María Santísima hizo su voto de virginidad perpetua, y aunque lo mas comun es creer que lo hizo antes de su matrimonio, no faltan autores respetables que lo suponen hecho con posterioridad á los desposorios y de consuno entre ambos esposos (3). Es posible que este voto por parte de la Sagrada Virgen no fuera sino la ratificación mas solemne del primero y esto concilia las aparentes divergencias. Ello es que á poco de haber quedado huérfana trataron los sacerdotes de casarla con uno de sus parientes y de su propia tribu.—«Sea, dice Orsini en su poético estilo, que Joaquin en su lecho de muerte hubiese puesto á la Virgen bajo la protección especial del sacerdocio, ó sea que los magistrados que cuidaban de amparar á los huérfanos le hubiesen nombrado tutores de entre la poderosa familia de Aaron, á la que ella pertenecía por parte de madre, ó bien sea que la tutela de los niños dedicados al servicio del templo correspondiese de derecho á los levitas, parece cierto que despues de la muerte de los piadosos autores de sus dias, María tuvo tutores de linaje sacerdotal. Si nos fuese permitido aventurar una conjetura, diríamos ser verosímil que los cuidados de esa tutela fueron confiados especialmente al piadoso marido de Santa Isabel, cuya alta reputación de virtud y su título de cercano pariente parecían indicarle para este cargo protector.

Del parentesco de la Virgen con Santa Isabel han querido deducir algunos escritores enemigos del cristianismo (4), que aquella era de la tribu de Leví y no descendiente de David, y por tanto que tampoco lo era Jesucristo segun la carne: pero los cristianos combaten este error, fundados en las palabras de San Mateo, que afirma la descendencia de

(1) *Virgo Virginum, que sine consilio, sine exemplo munus virginitalis Deo obtulit, et per sui imitationem omnes virgines genuerunt.* (Mar. p. 9, citado por San Alfonso Ligorio en las Glorias de María, párrafo sexto de las Virtudes.)

(2) *O Virgo, quis te docuit Deo placere virginitali et in terris angelicam ducere vitam?* (Homilía cuarta sobre las palabras del Evangelio *Miserere* est.)

El mismo San Alfonso Ligorio, que cita muy oportunamente estos pasajes, añade otros dos muy notables, uno de San Jerónimo sobre la virginidad de San José y otro de Santo Tomás sobre la pureza comunicativa ó, por decirlo así, expansiva de la Virgen María. El primero dice, refutando á Elvidio: «*Tu dicis Mariam Virginem non permanisse: ego mihi plus vindico etiam ipsam Joseph virginem fuisse per Mariam.*» La frase del castísimo Santo Tomás, es muy gráfica. *Pulchritudo Beate Virginis intuentes ad castitatem excitabat.*

(3) Entre estos cuenta Orsini á Santo Tomás.

(4) Celso, Porfirio, Fausto y en general los judíos y todos los implor y racionalistas.

Jesucristo de la raíz de Jesé y David según la carne (1). Pero esto no ofrece grave dificultad, pues no es cierto que todas las jóvenes tuvieran obligación de casarse con persona de su familia y tribu, sino solamente las huérfanas herederas de los bienes paternos. Tenía, por tanto, obligación la Virgen María de casarse con persona de la tribu de Judá y de la familia de David, de la cual descendía por parte de San Joaquín, pero no teniendo esta obligación de casarse con mujer de su familia, se había desposado con Santa Ana, que era de familia levítica y sacerdotal.

Créese que tenía entonces la Santísima Virgen quince años cuando los sacerdotes acordaron su casamiento, y con persona de su propia familia y tribu de Judá, puesto que era huérfana y heredera de los bienes paternos. Tal resolución contrariaba abiertamente á su voto de virginidad, voto que no podían reconocer los sacerdotes, ni eludir ella. Su deseo de permanecer virgen no podía ser apoyado por los tutores, ni menos por los sacerdotes, para quienes la esterilidad era un oprobio y la maternidad señal de bendición divina. *Fruto de bendición* se llama á la descendencia, y el Israelita la considera así lo mismo ahora que en los tiempos de la predicación del Evangelio, teniéndose por tanto mas feliz cuantos mas hijos le envía Dios (2). Funda su felicidad sobre su laboriosidad y el trabajo, no sobre el orgullo y la politicomanía, polilla de las generaciones modernas. Ved el cuadro de la felicidad doméstica en medio de las familias honradas y laboriosas, según la descripción poética que de ella hace David, que, si llegó á ser Rey, principió por ser pastor:

- «1. Bienaventurados todos los que temen al Señor y marchan por sus caminos.  
 »2. Feliz serás porque comes del trabajo de tus manos: así te irá bien.  
 »3. Tu esposa será como vid frondosa y fructífera apoyada en las paredes de tu casa.  
 »Y tus hijos creciendo como los empeltes de los olivos, vendrán á sentarse al rededor de tu mesa.  
 »4. Así, así será bendecido el hombre que teme á Dios con santo temor filial.  
 »5. Que Dios te bendiga á tí desde Sion, y veas los bienes de Jerusalem (3) durante todos los días de tu vida.  
 »6. Y que veas así también prosperar y aumentarse los hijos de tus hijos con paz en Israel.»

Este precioso idilio representa el bello ideal de los verdaderos Israelitas, consistente en la paz doméstica, la propagación de la familia y la abundancia de los campos, á imita-

(1) *Liber generationis Iesu Christi filii David, filii Abraham*: así principia el Evangelio de San Mateo. *Et sic autem genuit David Regem. David autem Rex genuit Salomonem*, etc. cap. 1.º vers. 1.º, 5.º y 6.º

(2) Los judíos modernos, lo mismo que los antiguos, consideran como fortuna la numerosa prole y no se arredran por ella, como sucede hoy día á muchos malos cristianos. Como gente laboriosa calcula que, cuantos mas hijos haya, mas son para trabajar y para ganar el pan.

(3) Salmo 127: *Beati omnes qui timeant Dominum. ... Filii tui sicut novelle olivarum in circuitu mensae tuae. Ecce sic benedictur homo qui timeat Dominum.*

La frase *videas bona Jerusalem*, no se refiere á la Jerusalem terrestre, sino al alma del justo en sentido moral, según queda dicho.

ción de la vida de los antiguos Patriarcas. La esterilidad de la mujer es en su concepto una maldición de Dios, como lo es la esterilidad de los campos. Así que los mismos sacerdotes y levitas y el Sumo Sacerdote se casaban para satisfacer la necesidad de perpetuar el sacerdocio en su raza. ¿Cómo, pues, habían de consentir ellos que María se *condenase* (en concepto de ellos) á la esterilidad, consecuencia precisa de la virginidad?

«Un autor antiguo citado por San Gregorio Niseno, refiere (1) que la Virgen se resistió por mucho tiempo, aunque con gran modestia, al enlace que se le intimaba y que suplicó humildemente á su familia el que consintiera que continuase en el templo una vida inocente, oculta y libre de todos lazos, excepto los del Señor. Su petición sorprendió en gran manera á todos los que disponían de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia era la esterilidad, el oprobio, estado maldecido por la ley de Moisés; era el celibato, es decir, la extinción total del nombre de su padre, idea casi impía entre los judíos, que miraban como una insigne desgracia que su nombre no se perpetuase en Israel.»

Otros escritores suponen, por el contrario, que fiada en la voluntad divina, no opuso resistencia alguna, anteponiendo la obediencia al sacrificio. La venerable Madre de Agreda supone que tuvo revelación especial de Dios, mandándole aquietarse y obedecer, y generalmente es la que prefieren los escritores modernos (2), bien fuese por interior impulso de gracia eficaz, ó bien por habla sensible. «Había celebrado el Altísimo con la Divina Princesa María aquel solemne desposorio (3), cuando fué llevada al templo confirmando con la aprobación del voto de castidad que hizo y con la gloria y presencia de todos los espíritus angélicos.... Hallándola en esta confianza el mandato del Señor que recibiese otro esposo terreno y varon sin manifestarle otra cosa, ¡qué novedad y admiración haría en el pecho inocentísimo de esta Divina doncella, que vivía segura de tener por esposo á solo el mismo Dios que se lo mandaba! Mayor fué esta prueba que la de Abraham, pues no amaba tanto él á Isaac cuanto María Santísima amaba la inviolable castidad.»

Pero á tan impensado mandato suspendió la prudentísima Virgen su juicio, y solo le tuvo en esperar y creer, mejor que Abraham, en la esperanza contra la esperanza.... Turbóse algún poco la castísima doncella María, según la parte inferior, como sucedió después

(1) Orsini, libro séptimo: no dice qué autor es ni las palabras de San Gregorio, pues en su estilo, mas erudito y poético que critico y sólido, suele citar á la ligera. Augusto Nicolás, que trata extensamente la compatibilidad del voto con el estado del matrimonio, nada dice de la actitud de la Virgen.

El señor Obispo de la Habana echa por otro camino, suponiendo que los sacerdotes, á pesar del voto, le mandaron casarse diciéndole, en una larga arenga que contiene ideas diametralmente opuestas á las del abate Orsini, las siguientes frases entre otras: «Este esposo será el custodio de tu virginidad, si así lo quisiere el Cielo, el testigo integérrimo de tu omnimoda castidad y tú serás el portento del mundo, el milagro de Israel y la maravilla no vista desde que hay mujeres en la tierra.»

Esta arenga no pasa de ser, como las de Tácito y Mariana, un recurso oratorio, que no se puede tomar como cosa histórica. Tiene cierto carácter profético poco conforme con las palabras de la Virgen al tiempo de responder al Arcángel San Gabriel. La explicación de la venerable Madre de Agreda parece la mas aceptable entre todas estas versiones.

(2) D. José María Quadrado en su precioso libro de las Flores de Mayo, que es de lo mejor que se ha escrito en este género, describe así la sumisión de la Virgen en muy bellas frases.

(3) Capítulo 21 del libro segundo de la primera parte que lleva por epígrafe: «Manda el Altísimo á María Santísima que tome estado de matrimonio y la respuesta de este mandato.»

con la embajada del Arcángel San Gabriel, pero, aunque sintió alguna tristeza, no le impidió la mas heroica obediencia, que hasta entonces habia tenido, con que se resignó toda en las manos del Señor.

Una tradicion, ya narrada por San Jerónimo, supone que para la eleccion de esposo se acudió al medio usado para la eleccion de Aaron, que se refiere en el libro de los Números (1), y que al efecto, los parientes y aspirantes á la mano de la Virgen depositaron sus varas ante el tabernáculo en el templo: jóvenes ricos y de noble estirpe descaban su enlace, y con todo, la vara que floreció fué la de un oscuro menestral, tambien descendiente de David, aunque reducido á ganar su vida con el trabajo de sus manos en el modesto cuanto honrado oficio de carpintero (2). La Iglesia, al celebrar la festividad de los desposorios de San José, calla sobre este tan grande milagro, pero no pone reparo en que la efigie del Santo aparezca en los altares, ostentando la vara de florido almendro. Así que ni aprueba ni desaprueba esa tradicion: si la aprobara la consignaria probablemente en el rezo: si la desaprobara no la consentiria en sus altares.

En la festividad de los Desposorios de la Santísima Virgen que celebran algunas Iglesias el día 23 de enero (3), solamente expresa en sus lecciones lo que dice San Bernardo en su segunda homilia sobre las palabras *Missus est*, explicando los altísimos motivos que Dios tuvo para hacer que se casara su Madre Santísima siendo virgen y habiendo de serlo. «Convenia, dice, que el secreto de esta disposicion divina quedase oculto por algun tiempo al príncipe del mundo (Satanás), no porque á Dios le importase nada el que lo supiera, puesto que no podia impedirlo si Él hubiese querido hacerlo á las claras, sino porque Dios que hizo todas las cosas, no solamente con altísimo poderío, sino tambien con gran maestría, quiso tambien ostentar en esta su obra tan magnífica de nuestra reparacion, no solamente su poderío, sino tambien su altísima sabiduría, al modo que acostumbró conservar en todas sus obras ciertas congruencias de cosas y tiempos en razon de la belleza del buen orden.

»Era, pues, conveniente que dispusiera suavemente todas estas cosas, no solo en lo celestial sino tambien en lo terrenal, para que al lanzar de allí al revolvedor dejase á los

(1) *Everuntque virga duodecim absque virga Aaron, quas cum possidet Moyse coram Domino in tabernaculo testimonii, sequenti die regressus invenit germinasse virgam Aaron in domo Levi, et turgentibus gemmis eruperant flores, qui foliis dilatatis, in amygdalas dilatati sunt. (Numerorum, cap. VI, vers. 6, 7 y 8.)*

(2) La tradicion Carmelitana añade que un joven, llamado Agabo, rompió su vara con despecho y se hizo solitario del Carmelo. El celebre cuadro de Rafael que representa el *Desposorio de la Virgen*, y se conserva en el Museo Breia en Milan, figura asimismo esta tradicion, pero aquel cuadro está plagado de anacronismos en cuanto á la indumentaria, arquitectura y costumbres israeliticas. En el fresco de Lüini en el mismo Museo, son dos jóvenes muy elegantes los que están en actitud de romper sus varas con despecho.

(3) Aunque esta festividad no es de todas las Iglesias, son muchas las que la celebran con el titulo de los *Desposorios de San José*.

Una de las antífonas, la primera, dice las siguientes frases:

V. «*Disponsatio est hodie Sancta Mariae Virginis.*»

R. «*Cujus vita indyta cunctis illustrat Ecclesias.*»

demás en paz, y al combatir aquí al envidioso nos diese á nosotros un ejemplo de su humildad y mansedumbre, por cierto bien necesario....

»Por eso fué preciso que María se desposara con Josef, puesto que de ese modo quedó el misterio santo oculto á los canes infernales y comprobada su virginidad por su esposo, y se miró tanto por el pudor de la Virgen cuanto por su decoro y buena fama. ¡Qué cosa mas sábia! ¡Qué cosa mas digna de la Providencia Divina!»

Hasta aquí las palabras de San Bernardo, que la Iglesia Santa acepta y hace como suyas, y para los católicos son mas seguras que cuanto digan otros.

La boda de José y María debió ser acompañada de las solemnidades de costumbre (1). No era la Santísima Virgen amiga de singularizarse, ni por exceso ni por defecto. Mas adelante la veremos asistir con Jesus á unas bodas, y tomar parte en los preparativos del convite, interesándose porque los novios no quedaran deslucidos y mostrando por ellos una solicitud tierna y cariñosa.

Terminados los modestos regocijos y necesarios cumplidos, salió María de Jerusalem hácia Nazareth, para vivir allí con el recato, oscuridad y modestia con que habia vivido en el templo. Jóvenes ambos y ambos amantes de la virginidad, que á Dios habian ofrecido, sentian su corazon henchido de casto amor, amándose á la vez mutuamente en Dios, sin mezcla alguna de pasion impura. La sensualidad mundana no comprende amor tan sublime, pero los ángeles aman así, y en la tierra no faltan almas puras que aman como los ángeles.

Créese que la Virgen María tuviera catorce años cuando se casó (2).

Por lo que hace á su esposo, créese que tuviera alguna edad mas, pero que tambien fuese joven todavia y en edad lozana. Su matrimonio habia de ser el modelo de las familias y de los matrimonios cristianos, y no es probable, por tanto, ni que San José fuese viejo, dando idea de casarse viejos con jóvenes, ni mucho menos que fuese viudo, cuando la Iglesia consiente las segundas nupcias, pero está muy léjos de aplaudirlas (3). Siquiera algunos Padres, casi todos orientales, y que bebieron en las turbias corrientes de los evangelios apócrifos, antes de que las patrañas de estos fueran descubiertas y ellos prohibidos por la Santa Sede (4), llegaron á decir hasta el nombre de la primera mujer, hoy

(1) Orsini las describe prolijamente, segun su costumbre, y al tenor de lo que solian hacer los hebreos. La descripción me parece algo caprichosa: de que estos hicieran á veces ciertos gastos no se infiere que los hiciesen todos.

(2) Si nació en el año 734 de Roma segun la opinion de Tillemont, que es la mas seguida, el casamiento debió hacerse el año 748 de la fundacion de aquella ciudad.

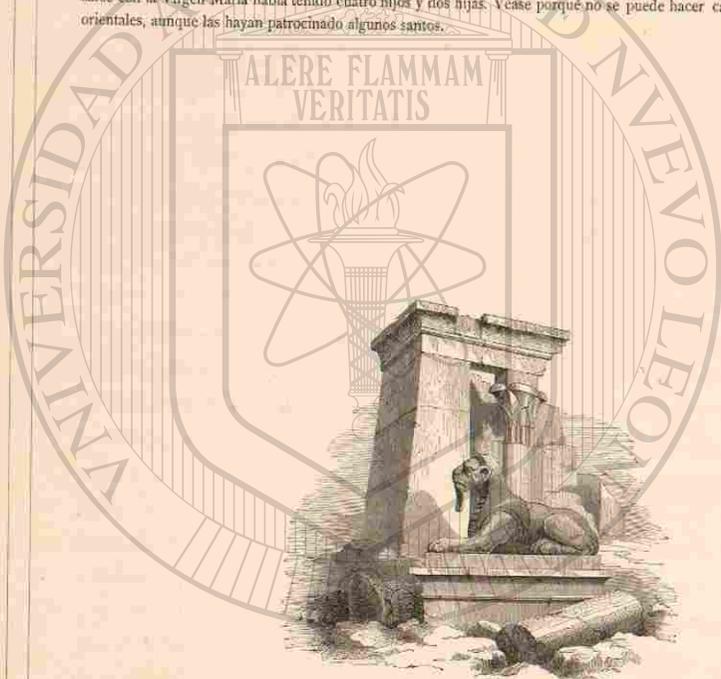
(3) Los editores de la *Vida de la Virgen* por Orsini, (edicion de Barcelona de 1867, por la Libreria Religiosa, pág. 215) se sublevaron contra la idea de que San José fuese viejo y hacen bien. San Epifanio, que bebió algunas veces, como otros varios escritores orientales, en las malas fuentes de los evangelios apócrifos, llega á dar á San José ochenta años. Pero ¿cómo habian de consentir los Sacerdotes un matrimonio tan disparatado, cuando la Ley vituperaba tales enlaces? El P. Perronc (citado por Orsini) le da cincuenta años. ¿De dónde consta? Aun esa edad seria de gran desigualdad para un matrimonio modelo de los futuros matrimonios.

(4) A fines del siglo IV el Papa San Siricio condenó como apócrifos un gran número de evangelios y biografías del Salvador y su Santa Madre, que circulaban entre los cristianos, y que procedian en su mayor parte del Oriente, cuna fecunda de exageraciones y de fantásticas maravillas.

día por respetables que sean, salvando también el respeto á su nombre y á su piadosa credulidad, no puede ni debe ser seguida, y casi ofende los oídos católicos, pues de muchos siglos á esta parte, toda, toda la Iglesia católica tiene por virgen á San José (1).

(1) San Pedro Damiano decía ya en su tiempo que toda la Iglesia creía que San José había sido virgen.

San Jerónimo decía contra Helvidio: *Aliam uxorem cum habuisse non scribitur*. San Agustín añade que tuvo virginidad como María. Con todo San Hipólito de Tebas apellida Salomé á la primera mujer de San José, y San Epifanio dice que antes de casarse con la Virgen María había tenido cuatro hijos y dos hijas. Véase porqué no se puede hacer caso de ciertas extravagancias orientales, aunque las hayan patrocinado algunos santos.



## CAPITULO VII

PRETENDIDA OSCURIDAD EN LA VIDA DE LA VIRGEN MARÍA:  
SU EDAD, TRAJE Y FISONOMÍA

**E**NMENZA diferencia hay entre católicos y protestantes en el modo de apreciar los hechos y las cosas de la Virgen María, los sucesos de su vida y su devoción. El católico habla siempre de ella con cariño y entusiasmo, pronuncia su nombre con respeto, coloca su efigie por doquiera, y, si puede, hasta en los parajes públicos y en todas las iglesias, cualquiera que sea su advocación y destino y por pobres y pequeñas que sean. Este cariño es el de un hijo para con su madre ausente, pero ausente hasta cierto punto, pues, aunque no la ve, sabe que ella le mira y le oye, y la invoca en sus apuros, y pronuncia su nombre en los momentos de peligro, como el niño llama á su madre, puede aun después de muerta.

Quizá exageren esto algunos católicos demasiado rudos, quizá se paren demasiado en exterioridades y confíen en esta protección supersticiosamente, obrando de una manera y creyendo de otra, sin reformar su vida: la Iglesia sabe á qué atenerse, reprende la superstición y no quiere exageraciones; pero ¿de dónde proviene este entusiasmo, sino del gran cariño y respeto que el catolicismo profesa á la Santa Madre de Dios?

El protestantismo, por el contrario, mira con una sequedad tal las cosas de esta, que su indiferencia glacial raya en tedio y desprecio, considera su culto como una idolatría, tiene á la Virgen Madre de Jesús por una persona casi vulgar, y en sus folletos y rapsodias tiende siempre á rebajarla á pretexto de ensalzar á Jesucristo. En sus folletos, llenos de necedades, se habla de continuo acerca de la oscuridad de la Virgen María y de que el Evangelio apenas la nombra y los Apóstoles nada (1). Vamos á ver luego cuán falso es

(1) Uno de esos folletos rampantes y que reparten con mas profusión entre la gente sencilla es el titulado «La Virgen María y los protestantes». Tratan en él de vindicarse de este cargo y dicen entre otras necedades (pág. 5): «Nosotros no creemos que ella es Madre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...» Tampoco nosotros decimos que sea Madre del Padre Eterno, lo cual sería una necedad supina, pero si es madre de Jesucristo, y este es Dios, se infiere por rigurosa lógica que es *Madre de Dios*. En la pág. 9 se lee: «Yo sé que nuestros hermanos de la Iglesia Romana dicen que la Bendita Virgen María es mas amable, cariñosa y dulce que nuestro adorado Señor.» No recuerdo haber oído nunca á ningún católico ni leído semejante necedad, ni hacer siquiera tan grosera é impla comparación. Recuerda después la prohibición del primer mandamiento del decálogo, que prohíbe hacer imagen ni semejanza alguna de cosa celeste ni terrestre. Pues entonces, ¿por qué se retratan ellos? ¿Por qué pintan? Cierren los talleres de sus artistas y maten hasta la fotografía.

todo esto, y que no hay tal oscuridad, ni pueden ni deben los católicos aceptar esta frase. El Evangelio habla de la Virgen con *sobriedad*, pero la nombra no pocas veces. Muchas biografías de héroes y personajes célebres apenas nombran á los padres de estos. Amante siempre de la *vida escondida* en su niñez, en su matrimonio, en su viudez, antes de la Encarnación del Verbo, en vida de este, y mucho mas despues de la vida de este, la Providencia la pone de manifiesto en los libros santos, cuando conviene y como conviene, por mas que ella en su humildad quisiera vivir retraida y casi olvidada de los hombres, y aspirase como todas las almas santas á eso que se llama *oscuridad* ó sea la vida privada y escondida á los ojos del mundo.

Por lo que hace á su imagen, no son menores las necedades que han acumulado, confundiendo la palabra *imagen* con la palabra *retrato*; ¡como si los católicos pretendiéramos buscar ni tener el retrato verdadero de la Virgen (1)! Pues qué, ¿se han de tomar como retratos las imágenes de Moisés y David que vemos en láminas y cuadros?

El catolicismo no ha pretendido tener verdaderos retratos de la Virgen, y si algunos han pasado como hechos por San Lucas, ni estos son parecidos entre sí, ni la Iglesia los ha declarado tales, ni la crítica católica ha callado sobre este punto (2). Representa á la Virgen María bella, porque todos suponen que lo era: niña bellísima al tratar de exhibir en la forma posible el altísimo misterio de la Concepción: su dorada cabellera cae undulando por su espalda; sus manos se cruzan sobre su pecho modesta y púdicamente y su mirada dulce y candorosa se alza al cielo. Así la pintó Murillo y así la representan los artistas que en pos de él han unido á la habilidad del artista la piedad en el sentimiento y la pureza en las costumbres. En el misterio de la Anunciación la vemos adolescente, en actitud tímida y recogida, la mirada baja, los ojos velados por los párpados. En las bodas de Caná la vemos cual matrona entrada en años y ya viuda: mas adelante la contemplamos vestida de luto y agobiada de dolor al pié de la cruz, bañado el rostro de lágrimas amargas, de esas que dejan hondo surco por donde pasan. Pero al llegar el momento de la Asunción al cielo en cuerpo y alma, y en el acto de su coronación por Reina de los Ángeles, de los Santos y de todas las mas bellas criaturas, el arte cristiano la vuelve á representar jóven, hermosa como en sus mejores dias, bien con su tradicional vestido azul y blanco, ó bien con su hermoso ropaje recamado de flores, cual la vió David (3), con orlas de oro y variadas labores, y rodeada de fulgores de luz esplendente á la vez que suave, que no

(1) Otro folleto repartido tambien con prodigalidad por ellos se intitula: «El retrato de la Virgen-Maria en los cielos (71) segun las Santas Escrituras.» (Madrid, 1872, imprenta de Cruzado: hay otras ediciones.) *Retrato en los cielos!* Pues qué, ¿en los cielos hay retratos? Solo esta grosera necedad del epigrafe da la medida del folleto y de su autor. Figura este que una monja del siglo XVI le pide á un monje artista que le haga un «retrato de la Santísima Virgen, no ideal, caprichoso ni imaginario, sino exacto, fideligno,» (pág. 2.) El artista, en vez de contestarle secamente que pide una necedad, le contesta en otra carta tan disparatada, estableciéndose una correspondencia tan grotesca que no parece sino que la monja y el fraile compiten á quien ha de decir mas desatinos.

(2) Mas adelante al hablar del culto de la Virgen en España se tratará acerca de las imágenes de ella que se dicen pintadas por San Lucas.

(3) «*In fimbriis aurais circumdata varietate.*»

hiere y que encanta, siquiera nuestro arte y nuestro sentimiento solo puedan asimilarla á la del sol: sírvnle de corona doce argentinas estrellas, y descansan sus piés sobre la luna, cual la representa el Apocalipsis, y la vió en la gloria el Evangelista (1), que le sirvió de hijo en los últimos años de su vida mortal.

Mas en realidad, el traje de la Virgen no fué diferente del de las mujeres de Nazareth, que consistia y aun consiste en una túnica azul ceñida con un cándido cinturon y un manto blanco sobre los hombros, cubriendo la cabeza con blanca toca plegada sobre ella como especie de turbante. El poeta Lamartine, en su viaje á Oriente, encontró con sorpresa á las mujeres de Nazareth vistiendo este traje azul y blanco, que quizá se remonta á los tiempos remotos de los primeros patriarcas; y es que en el Oriente la inmovilidad característica de aquella cultura es mas fuerte y conservadora que la tradición entre los occidentales. Los artistas del siglo XVI, por razones de estética, y para hacer resaltar mas los esplendores sagrados de la mujer *rodeada del sol*, han trocado el traje poniendo manto azul sobre los hombros de la Virgen, pero la tradición de su capa blanca estaba tan arraigada en la Edad media, que muchos de los institutos que la usan todavía traian capa de blanca lana en recuerdo y devoción del traje de María (2).

A vista de algunas efigies de la Virgen, aparecidas ó encontradas por mediös mas ó menos sobrenaturales, ó mediante piadosas revelaciones, las cuales efigies tienen el rostro enteramente atezado y casi negro, llegó á decirse que la Virgen María habia sido muy morena, corroborando esto con varios pasajes del libro de los Cantares, principalmente aquel en que la Esposa dice «negra soy, pero hermosa,» dando por razón «que la ha tostado el sol» (3); pero las palabras mismas que siguen, ni son aplicables á la Virgen ni las anteriores pueden tomarse literalmente acerca de ella. Por lo que hace al colorido negro de esas efigies, cuya ejecución no pasa mas allá del siglo XI segun la opinión de los arqueólogos católicos y mas competentes, atendido lo tosco de su talla y la escasa pericia de los que las hicieron, se sabe ya la causa bien sencilla: su primitivo color no fué negro, pero habiendo empleado el minio ó bermellon para dar al rostro el color de carne con alguna otra mezcla de blanco, quizá tambien metálico, al oxidarse esos colores resultaron negros los rostros de aquellas efigies, que en su primitivo estofado eran sonrosados y blancos.

De todos modos, es lo cierto que ni el Evangelio, ni los libros del Nuevo Testamento

(1) «*Mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus et in capite ejus corona stellarum duodecim.*» (Apocalipsis, cap. 12, vers. 1.)

(2) Tal sucedia con los Premostratenses á cuyo fundador, San Norberto, dió hábito blanco la Virgen, lo mismo que á San Pedro Nolasco y sus religiosos de la Merced, á pesar de ser unos y otros canónigos agustinianos.

Santa Teresa en varios parajes, aludiendo á la capa blanca, que usan sus religiosos sobre la parda y tosca túnica, les recuerda que aquella capa representa el manto de la Virgen.

(3) «*Nigra sum sed formosa, filia Jerusalem.... Nolite me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol: filii matris mea pugnaverunt contra me, posuerunt me custodem in vineis.*»

¿Cómo se van á tomar al pié de la letra estas palabras relativamente á la Santísima Virgen? ¿Acaso tuvo Santa Ana otros hijos? ¿Acaso estos hicieron que fuese á guardar las viñas? Claro está que esto no es aplicable á ella en ningun concepto, y por tanto tampoco lo del color negro, aunque oradores y cronistas piadosos lo hayan hecho así en historias y sermones de esas efigies atezadas, como las de Montserrat, Sagrario de Toledo, la de la Peña de Francia y otras varias.

nos dan idea remota de estas cosas, acerca de edad, traje y fisonomía, ni los testimonios de los Santos Padres y Doctores están de acuerdo, ni las revelaciones de venerables ó santas religiosas están contestes, ni la Iglesia ha querido resolver estas cuestiones harto insignificantes, en que deja campear á la crítica piadosa, con tal que no exceda los límites del decoro y del respeto debido, y antes por el contrario, alienta las investigaciones arqueológicas en busca de datos arrancados á la oscuridad de los primeros tiempos del cristianismo refugiado en las catacumbas, ni cohibe las expansiones de una devoción cariñosa y tierna, mientras no choque en los escollos de indiscretas supersticiones.

Desembarazado ya el campo de estas pequeñas curiosidades biográficas, vamos á ver á la Virgen María en toda la gloria y esplendor con que la presenta el Evangelio, léjos de esa pretendida *oscuridad*, deseada por ella, pero no siempre concedida.



## CAPITULO VIII

### LA ANUNCIACION

*El Ángel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth (1)*

**N**o léjos de Roma, pero al otro lado del Apenino y cerca de las costas del Adriático, en la región que los antiguos llamaron el *Piceno*, y despues se denominó la Marca de Ancona, se levanta una ciudad moderna, construida en gran parte por el Papa Sixto V á fines del siglo xvi, denominada *Lauretum*, y que conocemos con el nombre mas usual y comun de *Loreto*. Debe su existencia esta poblacion á la Santa Casa de Nazareth, colocada allí por ministerio angélico, á fines del siglo xiii, despues que fué la Palestina ganada últimamente por los Turcos (2). Tiene aquella modesta vivienda un solo piso cuadrilongo, de cuarenta y dos palmos romanos y diez pulgadas de longitud, diez y ocho palmos y cuatro pulgadas de latitud ó anchura y diez y nueve palmos con cuatro pulgadas de altura. Las paredes tienen de grueso dos palmos y cuatro pulgadas. Antiguamente tenia la pared principal treinta y un palmos de altura para la vertiente de las aguas.

Esta modesta vivienda fué desde luego convertida en templo por los Apóstoles y es tradicion que en ella decia Misa el mismo San Pedro (3). Los primeros cristianos la llamaron *Domus Incarnationis*. Santa Elena tuvo gran devoción á esta casita convertida en

(1) *Missus est Angelus Gabriel á Deo in civitatem Galilee cui nomen Nazareth.*

(2) Están tomadas estas noticias acerca de la Santa Casa de Loreto de un librito curioso impreso en Madrid el año 1780, sin nombre de autor, que se titula: «Compendio de la Historia de la Santa Casa de Loreto, etc.» consta de 206 páginas en 8.º

(3) La inscripcion puesta por Santa Elena sobre el frontispicio dice:

*HÆC EST ARA  
IN QUA PRIMO FACTUM EST  
HUMANÆ SALUTIS  
FUNDAMENTUM*

Mas adelante se tratará de las varias traslaciones de esta santa y bendita casa, desde Nazareth á Dalmacia, dejando los cimientos y pavimento en Nazareth, en 1291, y de la venida á Italia tres años despues, situándose en la posesion de la piadosa señora Laureta.

nos dan idea remota de estas cosas, acerca de edad, traje y fisonomía, ni los testimonios de los Santos Padres y Doctores están de acuerdo, ni las revelaciones de venerables ó santas religiosas están contestes, ni la Iglesia ha querido resolver estas cuestiones harto insignificantes, en que deja campear á la crítica piadosa, con tal que no exceda los límites del decoro y del respeto debido, y antes por el contrario, alienta las investigaciones arqueológicas en busca de datos arrancados á la oscuridad de los primeros tiempos del cristianismo refugiado en las catacumbas, ni cohibe las expansiones de una devoción cariñosa y tierna, mientras no choque en los escollos de indiscretas supersticiones.

Desembarazado ya el campo de estas pequeñas curiosidades biográficas, vamos á ver á la Virgen María en toda la gloria y esplendor con que la presenta el Evangelio, léjos de esa pretendida *oscuridad*, deseada por ella, pero no siempre concedida.



## CAPITULO VIII

### LA ANUNCIACION

*El Ángel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea llamada Nazareth (1)*

**N**o léjos de Roma, pero al otro lado del Apenino y cerca de las costas del Adriático, en la región que los antiguos llamaron el *Piceno*, y despues se denominó la Marca de Ancona, se levanta una ciudad moderna, construida en gran parte por el Papa Sixto V á fines del siglo xvi, denominada *Lauretum*, y que conocemos con el nombre mas usual y comun de *Loreto*. Debe su existencia esta poblacion á la Santa Casa de Nazareth, colocada allí por ministerio angélico, á fines del siglo xiii, despues que fué la Palestina ganada últimamente por los Turcos (2). Tiene aquella modesta vivienda un solo piso cuadrilongo, de cuarenta y dos palmos romanos y diez pulgadas de longitud, diez y ocho palmos y cuatro pulgadas de latitud ó anchura y diez y nueve palmos con cuatro pulgadas de altura. Las paredes tienen de grueso dos palmos y cuatro pulgadas. Antiguamente tenia la pared principal treinta y un palmos de altura para la vertiente de las aguas.

Esta modesta vivienda fué desde luego convertida en templo por los Apóstoles y es tradicion que en ella decia Misa el mismo San Pedro (3). Los primeros cristianos la llamaron *Domus Incarnationis*. Santa Elena tuvo gran devoción á esta casita convertida en

(1) *Missus est Angelus Gabriel á Deo in civitatem Galilee cui nomen Nazareth.*

(2) Están tomadas estas noticias acerca de la Santa Casa de Loreto de un librito curioso impreso en Madrid el año 1780, sin nombre de autor, que se titula: «Compendio de la Historia de la Santa Casa de Loreto, etc.» consta de 206 páginas en 8.º

(3) La inscripcion puesta por Santa Elena sobre el frontispicio dice:

HÆC EST ARA  
IN QUA PRIMO FACTUM EST  
HUMANÆ SALUTIS  
FUNDAMENTUM

Mas adelante se tratará de las varias traslaciones de esta santa y bendita casa, desde Nazareth á Dalmacia, dejando los cimientos y pavimento en Nazareth, en 1291, y de la venida á Italia tres años despues, situándose en la posesion de la piadosa señora Laureta.

templo, y la rodeó de otro grande y rico edificio; pero teniendo el buen gusto de hacer que la santa casita quedase en su pristino estado. Frente á la puerta de entrada habia un altar con una efigie de Cristo crucificado, y en un nicho cavado en la pared una efigie muy antigua de la Santísima Virgen, hecha de cedro, con el niño Jesus en los brazos, el manto terciado, y el cabello suelto y tendido por la espalda. Al extremo de la estancia hay una ventana cuadrada y en el testero una pequeña chimenea con su fagon saliente: entre la puerta y el rincon izquierdo se conserva un vasar, en el que la piedad de los primeros cristianos dejó respetuosamente algunos platos y tazas de barro que habia en él, y que habian servido á la Santa Familia.

Aquel pequeño pero santificado albergue, aquellas modestas paredes, vivienda de una familia cuya medianía frisaba en los linderos de la pobreza, y de una laboriosa indigencia, á nadie gravosa, y soportada, no como quiera con resignacion, sino con alegría sencilla y pura, vieron uno de los mayores portentos y milagros con que el Omnipotente ha favorecido, no á la humanidad ni á la tierra, sino al mundo, al *Universo* en la significacion estricta de esta palabra, pues la Encarnacion del Verbo superó á la creacion.

El evangelista San Lucas, principal biógrafo de la Virgen, principia su interesante Evangelio, el mas historial de todos (1), como que desciende á la cronología y á puntualizar los nombres y los hechos, describiendo la aparicion del Angel San Gabriel al sacerdote Zacarías, anunciándole que iba á tener un hijo, el cual sería precursor del Mesias. Este suceso de la anunciacion del nacimiento de San Juan Bautista de una madre estéril va tan enlazado con el de la Anunciacion del Verbo, que no es posible prescindir del uno al narrar el otro. Y ¿qué narracion mejor que el texto mismo del Evangelio? Dice así:

«Por cuanto muchos han intentado coordinar la narracion de las cosas que se han cumplido en nuestros dias, cuya tradicion nos han dejado los que vieron tales acontecimientos desde su principio, y tuvieron el encargo de ser ministros de esta enseñanza, me ha parecido conveniente escribírtelas ordenadamente, ¡oh excelente Teófilo! puesto que he logrado investigarlás con esmero desde su origen; á fin de que conozcas la verdad de las palabras en que has sido instruido.

»En tiempo de Herodes Rey de Judea, hubo cierto sacerdote llamado Zacarías, el cual era del turno de Abías, y estaba casado con una llamada Elisabeth (*Isabel*), de la descendencia de Aaron. Ambos eran justos á la presencia de Jesus, y vivían sin rencilla, cumpliendo con todos los preceptos y actos de justificacion mandados por el Señor, mas no tenian ningun hijo, porque Isabel era estéril y ambos cónyuges ancianos.

(1) San Juan propende á la Teología mística y dogmática, para la cual sirve con preferencia; San Mateo propende mas á la vida moral y práctica: échase de ver en su narracion al publicano, al hombre de mundo, conocedor del trato social y del corazon humano. En San Lucas se reconoce al literato y hombre de estudio, aficionado á escribir de historia, apuntar hechos, nombres y fechas, y comprueba esta aficion el otro precioso libro de los «Hechos de los Apóstoles,» escrito tambien por él.

Por lo que hace al Evangelio de San Marcos, desde luego se ve que solo es un *extracto* (no *compendio*) del de San Mateo: para llamarle *compendio* sería preciso que fuese mas breve.

»Sucedió, pues, en ocasion en que desempeñaba el sacerdocio ante Dios, tocándole su turno, segun la costumbre sacerdotal, que le correspondió por suerte quemar el incienso, entrando para ello en el templo del Señor, mientras que toda la muchedumbre del pueblo estaba afuera esperando á la hora en que el incienso se ponía. Apareciósele de pronto un Ángel del Señor, de pié á la derecha del altar del incienso. Y al verle Zacarías se quedó turbado y tuvo miedo. Entonces dijo el Ángel:—«No temas, Zacarías, puesto que tu oracion ha sido escuchada, y que Elisabeth, tu mujer, al cabo parirá un hijo á quien llamarás Juan, con lo cual tendrás regocijo y gran satisfaccion, así como otros muchos que se alegrarán con tal alumbramiento, pues que ha de ser grande en la presencia del Señor: no ha de beber vino ni sidra, y estando aun en el útero materno ya será henchido del Espíritu Santo, y convertirá á Dios su Señor á muchos de los hijos de Israel, porque le precederá con el espíritu y la virtud de Elías, á fin de convertir los corazones de los padres hácia sus hijos, y los rebeldes á la prudencia de los justos, preparando á Dios de ese modo un pueblo escogido.»

»Al oír esto Zacarías le dijo al Ángel:—«¿Cómo voy á conocer todo eso? porque yo soy anciano y mi mujer es de edad avanzada.» Mas el Ángel le respondió:—«Yo soy Gabriel que estoy delante del Señor, el cual me envia para decirte esto y darte tan buenas nuevas; pero ya que no has creído mis palabras, que no por eso dejarán de suceder á su tiempo, vas á quedarte mudo hasta que llegue el dia en que se cumplan.»

»Entre tanto que pasaba esto, el pueblo estaba esperando á Zacarías y extrañaban que tardase tanto á salir de aquel paraje del templo, y aun mas al ver que al salir no podia hablarles: comprendieron entonces que habia tenido en el templo alguna vision. Tuvo, pues, que hablar por señas y quedó mudo. Así que pasaron los dias de su turno regresó á su casa, y á pocos dias quedó embarazada Isabel, su mujer, la cual no se dió á ver en cinco meses, diciendo:—«Sea esto en pago del favor que me hace el Señor en estos dias, dignándose librarne del oprobio con que me miraban los hombres.»

Hasta aquí el Evangelista San Lucas.

Son tres con este los casos de este género en que Dios tiene á bien fecundizar la esterilidad de santas esposas á quienes el mundo miraba con tedio, imputándoles á oprobio los defectos de la naturaleza á pesar de la abundancia de virtudes. Ana, la madre de Samuel, Ana, la esposa de San Joaquín y madre de María, y Santa Isabel la de Zacarías, prima de esta, son los preludios de la fecundidad de una Virgen: los dos últimos casos están íntimamente correlacionados con esta, pues el Evangelio hace preceder la noticia de la Encarnacion del Verbo con la narracion del milagroso embarazo de Santa Isabel, y al anuncio de este milagro por medio de San Gabriel precede asimismo la aparicion de este Arcángel á San Zacarías, padre del Bautista. En efecto, á verso seguido (1) continúa el

(1) Concluye la narracion de la aparicion del Arcángel á San Zacarías en el versículo ó párrafo 25 del capítulo primero del Evangelio de San Lucas, y en el 26 comienza la aparicion del mismo Arcángel á la Virgen María, enlazando el un suceso con el

mismo capítulo primero del Evangelio de San Lucas diciendo así, después de referir el santo retiro de la anciana Isabel durante cinco meses:

«Al llegar el sexto envió Dios al Ángel San Gabriel á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á fin de que visitase á una doncella desposada con un varón llamado Josef, el cual era descendiente de la casa de David, y el nombre de aquella Virgen era María. Entrando, pues, el Ángel á donde ella estaba la saludó, diciéndola:

—«Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.»

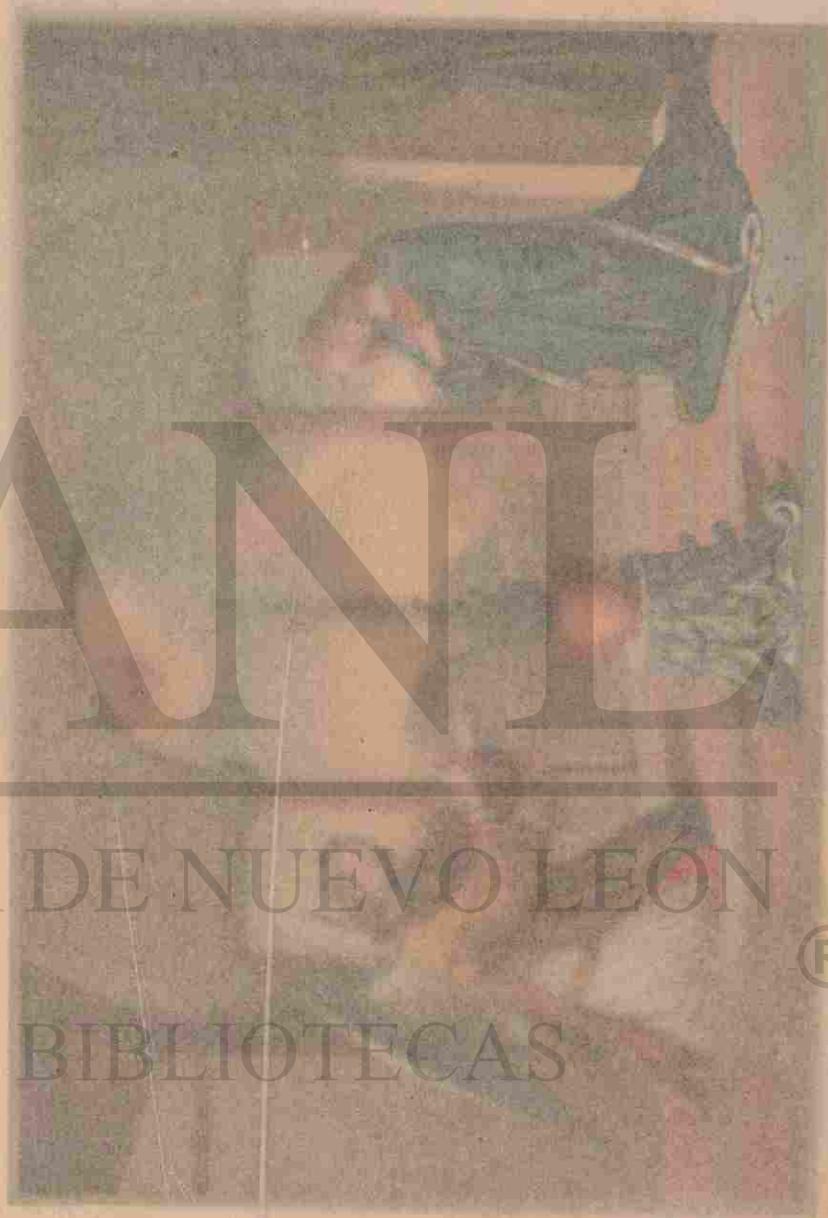
«Al oír esto la Virgen no pudo menos de turbarse y se puso á reflexionar qué significaría tal salutación. Entonces le dijo el Ángel:—«No temas, María, puesto que has encontrado gracia á los ojos del Señor. Mira, pues, que vas á concebir en tu seno y parirás un hijo, al cual has de llamar Jesús. Será este un gran hombre, tanto que se le llamará hijo del Altísimo, y Dios nuestro Señor le dará el trono de David, su padre ó ascendiente, para que reine eternamente en la casa y descendencia de Jacob de modo que su reinado no tenga fin.»

«Reponiéndose María, le dijo al Ángel:—«Pero, ¿cómo puede ser eso si yo no tengo con mi esposo trato conyugal?» Mas el Ángel le respondió:—«El Espíritu Santo va á venir sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su amparo, de modo que lo que nacerá de tí con tan gran santidad será llamado y reconocido por Hijo de Dios. En prueba de ello, sábeta que tu prima Isabel también, y á pesar de ser tan anciana, ha concebido un hijo, y está embarazada de seis meses la que todos tienen por estéril; porque para Dios no hay cosa imposible.» Al oír esto María, conformando su voluntad con la Divina, dijo al Ángel:—«Sierva soy del Señor: cúmplase en mí lo que acabas de decir.»

En vez de exornar este suceso con fáciles y poéticas galas, cual lo han hecho muy felices ingenios, parece preferible dejarlo en toda la natural y apacible sencillez con que refiere el Evangelista este suceso tan grandioso, y verdaderamente trascendental como ninguno. ¡Qué candor y qué pudor en la respuesta primera de la Virgen! ¡Qué modestia y qué conformidad en la segunda! La declaran Reina y Madre de Dios y ella en vez de engreirse, ni regocijarse con orgullo, se apellida *esclava*.

Y dado este magnífico episodio del Evangelio (episodio impropriamente dicho, pues que es un exordio), ¿se habla de la oscuridad de la Virgen María cuando el Evangelista mas narrador principia su relato hablando de ella prolijamente? ¿Dónde está esa pretendida oscuridad? ¿Han los Evangelistas á narrar la vida de Jesús ó la vida de su Madre? Si esta se halla en grata y misteriosa penumbra, es porque ella la busca, la anhela constantemente por vivir en recogimiento santo y ascético, y en su dulce y preciosa *vida escondida*, que es algo mas que lo que llamamos vida particular ó *vida privada*.

otro, como buen narrador, puesto que luego habia de hablar de la entrevista de ambas primas y la magnífica improvisación de la Santísima Virgen.



mismo capítulo primero del Evangelio de San Lucas diciendo así, después de referir el santo retiro de la anciana Isabel durante cinco meses:

«Al llegar el sexto envió Dios al Ángel San Gabriel á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á fin de que visitase á una de las desposadas con un esposo llamado Josef, el cual era descendiente de la casa de David, el nombre de la esposa era Maria. Entrando pues el Ángel á donde ella estaba, dijo:

—Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor está contigo. ¿Cómo es posible que seas entre todas las mujeres?

Al oír esto la Virgen se turbó y reflexionó que significaría tal salutación. Entonces el Ángel —No temas, María, puesto que has encontrado gracia á los ojos del Señor. Mira, pues, que vas á dar á luz un hijo, al cual has de llamar Jesús. Será esto un gran honor para ti, porque se le llamará hijo del Altísimo, y Dios nuestro Señor le dará el trono de David su padre ascendiente, para que reine eternamente en la casa y descendencia de David, lo que su reinado no tenga fin.»

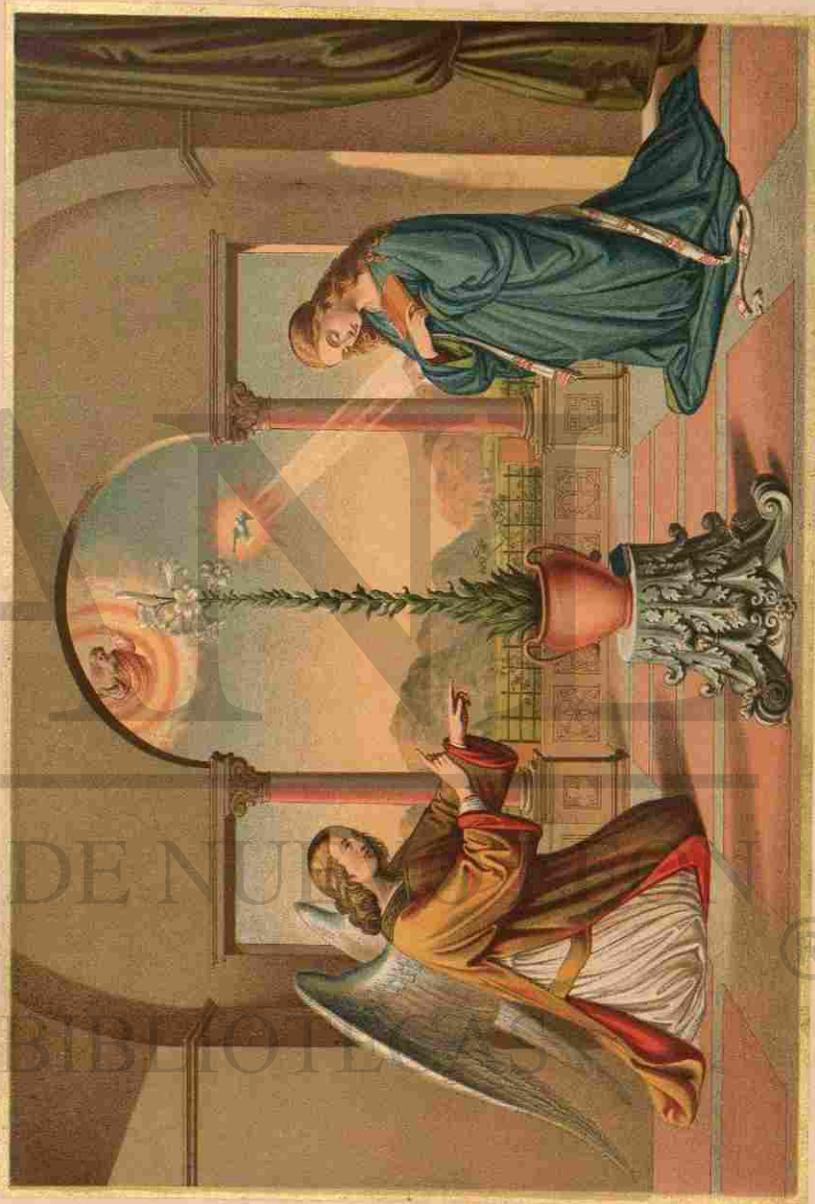
¡Repóngase María, le dijo al Ángel:—Pero, ¿cómo puede ser eso si yo no tengo con mi esposo trato conyugal? Mas el Ángel le respondió:—El espíritu Santo va á venir sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su amparo, modo que lo que nacerá de ti con tan gran santidad será llamado y reconocido por Hijo de Dios. En prueba de ello, sabe que tu prima Isabel también, y á pesar de ser tan anciana, ha concebido un hijo, y está embarazada de seis meses la que todas tienen por estéril, porque para Dios no hay cosa imposible. Al oír esto María, confirmando su voluntad con la Divina dijo al Ángel:—Sierva soy del Señor, cúmplase en mí lo que acabas de decir.»

En vez de exornar este suceso con felices y poéticas galas, cual lo han hecho muy felices ingenios, parece preferible dejarlo en toda la natural y apacible sencillez con que refiere el Evangelista este suceso tan grandioso, y verdaderamente trascendental y singular.

¡Qué candor y qué pudor en la respuesta primera de la Virgen, y qué modestia y qué conformidad en la segunda! La declaración hecha por ella de su virginidad, no respaldarse con orgullo, se apellida sencillez.

Y dado este magnífico episodio del Evangelio (episodio tan maravillosamente dicho, pues que es un exordio), se habla de la oscuridad de la Virgen. Mas cuando el Evangelista empieza á narrar su relato hablando de ella por primera vez, donde está esa pretendida oscuridad. Mas los Evangelistas á narrar la vida de la Virgen, no se halla en su vida oscuridad, sino que se halla en su vida una luz misteriosa y misteriosa penumbra, es decir, que su vida es una vida consagrada, por vivir en recogimiento santo y ascético, y en su vida y preciosa vida escondida, que es algo más que lo que llamamos vida particular ó vida privada.

Hay una cosa que se debe tener presente, cuando se habla de la oscuridad de la Virgen, y es la magnífica inspiración de la Sagrada Escritura.



M. Pignatelli. 1878

LA VISITACION

En La Abadía, Oporto. 8

San Juan compendia este hecho en cuatro palabras sublimes:

VERBUM CARO FACTUM EST

Estas palabras tienen toda la grandiosidad, energía, alteza, sublimidad y grandilocuencia de las otras del Génesis, únicas que se acercan á estas:

FIAT LUX, ET FACTA EST LUX (1)

Pero las de San Juan tienen sobre estas todo lo que va de la *Encarnacion de Dios* á la *creacion de la materia*. Estas constituyen la frase mas energética y sublime del Antiguo Testamento, las de San Juan son la síntesis del Nuevo.

Después de estas altísimas palabras, preciso es descender á ciertos pormenores; al fin se trata de ese asunto en que se ve á Dios dejar el cielo, por decirlo así, para bajar á la tierra, y de cierto hacerse hombre y mortal siendo Dios inmortal y eterno. Inquieren algunos escritores la fecha de este suceso tan importante, el paraje, las circunstancias de la turbacion del Ángel, y la recíproca turbacion de la Virgen, la parte de materia de que se formó el cuerpo humano de Jesus y otros pormenores á este tenor, en que al par de la devocion entra una curiosidad, no siempre fácil de satisfacer. La Iglesia en su alta sabiduría nada ha querido decidir, y por tanto nada se sabe de seguro: deja correr las opiniones, mientras no contienen ningun error, y cuando se le habla de revelaciones hechas por Dios á santas ó venerables religiosas, dignas por muchos títulos del mayor respeto, nos dice con su silencio respecto á ellas:—«Ni apruebo ni desaprucho: esperad á que yo las apruebe y entre tanto haced lo que yo hago.»

Acerca de la controversia que suscitan las palabras de San Mateo llamando á la Virgen *desposada*, se tratará luego, probando que San José y la Virgen estaban casados, y por tanto que no eran meramente desposados.

La opinion de Orsini y de otros (2) de que la Anunciacion del Ángel tuvo lugar dos meses después de su casamiento con San José, parece poco probable. Según él, tenia la Virgen quince años cuando se casó. La venerable Madre de Agreda dice que se casó el día mismo en que cumplió los catorce años, y fija la edad de la Virgen del modo siguiente: Después de decir que bajaron con San Gabriel «muchos millares de Ángeles hermosísimos que le seguian en forma visible (3),» añade: «Todo este celestial ejército, con su cabeza y

(1) Estas palabras tienen en el Génesis mas concision y por consiguiente mayor energía, pues se dicen con dos palabras breves *ayor mayor*, que en español podrian ser: «*Luzca, y inicio!*»

(2) Orsini, al dar á la Virgen la edad de 15 años, se apoya en el testimonio del P. Croisset, el cual, por muy respetable que sea, no parece suficiente para este aserto, interin que no se halle otro autor mas próximo á los tiempos primeros de la Iglesia que lo atestigüe.

(3) *Mística Ciudad de Dios*, libro tercero, capítulo décimo, párrafo 114. Los Santos Padres nada dicen sobre esta comitiva; antes bien el lenguaje de algunos de ellos supone á la Virgen á solas con el Arcángel, y aun algunos escritores místicos y moralistas al vituperar las conversaciones á solas entre personas de distinto sexo, citan este pasaje, diciendo que ni con un Ángel queria la honestísima doncella estar á solas. Luego veremos las palabras de San Ambrosio.

príncipe San Gabriel, encaminó su vuelo á Nazareth, ciudad de la provincia de Galilea, y á la morada de María Santísima, que era una casa humilde, y su retrete un estrecho aposento desnudo de los adornos que usa el mundo para desmentir sus vilezas y desnudez de mayores bienes. Era la divina Señora en esta ocasion de edad de catorce años, seis meses y diez y siete dias, porque cumplió los años á 8 de setiembre, y los seis meses y diez y siete dias corrian desde aquel hasta este en que se obró el mayor de los misterios que Dios obró en el mundo (1).

Pues bien, si la Virgen María nació el año 733 ó 34 de Roma, como dicen Baronio y Tillemont (2), y estos corresponden á los veinte ó veintiun años antes de la venida de Cristo, no puede menos de convenirse en que cuando este nació, la Virgen Santísima tenia de veinte á veintiun años, y por tanto que debieron mediar unos seis años entre su casamiento y el sublime acto de la Encarnacion del Verbo (3); pues la era vulgar data desde su nacimiento, siquiera en algun tiempo se fechara desde la Encarnacion con nueve meses de diferencia.

Por lo que hace al aposento particular ó gabinete de la Virgen, donde se verificó este gran misterio, es difícil explicarlo dada la estructura de la pequeña casa de Loreto y su única ventana: no hay allí señales ni facilidad para un piso alto. Algunas casas de Nazareth, no mucho mayores que la de Loreto, están adosadas á los cerros contiguos en los cuales tienen añadida alguna extension de sus viviendas; pero la santa casa no presenta vestigios de esto. Pudo hacerse alguna trasformacion en ella por Santa Elena, y quizá despues por los Cruzados: la piedad que pintó sus muros no fué muy discreta, y la santa casa merecia algo mejor que los anacronismos con que la afearon las brochas de los siglos XIV y XV (4). Supónese que San José tenia el taller fuera de casa; y en efecto, á unos ciento cuarenta pasos de la casa de Santa Ana se designa en Nazareth otro sitio llamado *la tienda de San José*. Allí se habia construido una iglesia espaciosa que arruinaron los turcos en parte, si bien queda una capilla donde todavía se dice Misa (5).

De todos modos, dadas las proporciones de la Casa de Loreto, la Santa Virgen no tenia aposento aparte, y toda la habitacion tenia de altura unas cuatro varas y media, y

(1) El cómputo de los hebreos no era del todo igual al nuestro.

(2) El mismo Orsini que habia dado las fechas de Baronio y Tillemont para el nacimiento de la Virgen, olvidó esto al hablar de la Encarnacion. En la nota 6.<sup>a</sup> al libro tercero sobre el nacimiento de la Virgen, expresa las opiniones de estos, y da por mas seguida la de Tillemont, el cual supone que la Virgen nació el año 734, es decir, 20 años antes de la Era vulgar. Dado este cómputo, si el nacimiento de Cristo tuvo lugar en el año 754 de la fundacion de Roma, teniendo la Virgen 20 años, ó duró el embarazo seis años, lo cual no se arregla con la narracion de San Lucas, ó bien tendria 15 años y no 21 al tiempo del parto.

(3) Aunque San Juan Crisóstomo y algunos teólogos opinan que Dios encubrió por largo tiempo la maternidad de Maria, esta opinion ya no es seguida ni compatible con el texto sagrado como veremos luego.

(4) Véase allí entre otras efigies las de San Francisco, San Luis y San Antonio de escaso mérito, fuera de la antigüedad. Habiendo muerto San Luis en 1270 y siendo la traslacion de la Santa Casa en 1291, no es probable que los cruzados de Oriente, ya completamente decaidos entonces, fueran á pintar á San Luis como Santo en las paredes de la Santa Casa, durante aquellos 21 años.

(5) Así lo dicen las descripciones de aquel pueblo, y en especial el P. De Geramb citado por Orsini y el *Devoto peregrino* del siglo XVII.

casí otro tanto de largo, con unas once ó doce varas de longitud, formando un cuadrilongo, donde difícilmente se podria hacer una pequeña alcoba: si la hubo, hoy no existen vestigios de ella.

El paraje donde se verificó el altísimo misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios no podia ser mas humilde y pobre en lo humano, dadas las exiguas proporciones y el modestísimo menaje de la santa casa de Nazareth. Pero la imaginacion humana, que se aviene con la miseria y bajeza de la cueva de Belen, donde nació Jesus, parece que rehusa la analogía de lugar en el momento de la Encarnacion; y los artistas cristianos han preferido siempre en este caso seguir su ideal, presentando magníficamente decorado el teatro de este misterio, en vez de atenerse á la desnuda realidad de la modesta y aun pobre casita que en Loreto se conserva con gran devocion y consuelo de los fieles. Y no es de extrañar que así lo decoren, pues el Angel que se presentó en forma visible, bello y rutilante, destellando resplandores de célicas y refulgentes luces inundaria de sobrenatural belleza el modesto aposento. A la manera que el vivo fulgor de esos fuegos artificiales de gran brillo, que disipan momentáneamente las tinieblas de la noche, realzan y embellecen los objetos inmediatos y les dan un colorido fuerte, haciendo aparecer grandioso lo pequeño, nítido y bello lo opaco y sombrío; así los angélicos resplandores del celeste parainfo en ocasion tan solemne, en aquel momento tan augusto y predestinado tan grandiosamente desde la eternidad, debieron trasformar y banar de celestial belleza lo pobre, lo pequeño, lo sombrío de la casita de Nazareth. La devocion cristiana que viste de ricas telas recamadas de oro y pedrería las efigies de los Santos, por pobres, por míseros que fueran durante su vida mortal, porque no tiene otro medio para expresar la bienaventuranza y grandeza sobrenatural y celeste, que representarla con la magnificencia, grandeza y bellezas de la tierra, no se aviene á ver representado este misterio en su desnuda realidad, sino que prefiere verlo realzado con todo el idealismo poético y artístico del arte cristiano.

Pudo verificarse el misterio de la Anunciacion estando San José ausente de casa, ó en su taller, si entonces lo tenia aparte, pues quizá lo tuviera así despues de su regreso de Egipto y no antes. Aun en todo caso importaria poco la presencia de San José para la aparicion del Arcángel á su casta y santa Esposa, pues pudo muy bien ser visible para esta y no serlo para él.

Respecto de la turbacion de la Santísima Virgen, al oír las palabras de San Gabriel, opinan generalmente algunos escritores que provino mas que de la presencia de este, de las palabras de la salutación. Pero, ¿qué le dijo el Ángel con esas palabras: *¡Llena de gracia, el Señor es contigo!*

Pues qué, ¿no era concebida sin manilla, presantificada, inmaculada, confirmada en gracia? Si todo esto era, estaba llena de gracia, y estando llena de gracia el Señor estaba con ella como está siempre en el alma del justo que está en gracia. No se turbó de la presencia del Ángel, y mucho menos si no era la primera vez que le veía, como es pro-

bable, aunque no admitamos la familiaridad que suponen las leyendas orientales. El texto sagrado dice que se turbó por lo que decía el Ángel, no por su presencia (*turbata est in sermone ejus*), y por los elogios que le prodigaba, pues por justos y merecidos que fuesen, su modestia, humildad y pudoroso recato se alarmaban con ellos y por eso se puso á recapacitar á dónde irían á parar y con qué objeto se le dirigía tal saludo: *cogitabat qualis esset ista salutatio*. Pero su turbacion debió ser escasa y de corta duracion, reducida á lo que pudiéramos llamar *extrañeza de aquel suceso* y del preámbulo con que la saludaba el celestial mensajero. Por ese motivo dice San Bernardo que, aun cuando se turbó, no llegó hasta el punto de alterarse, pues viene á significar esto el retruécano que usa al decir que *se turbó pero no se perturbó* (1). El mismo Santo dice en otro de sus sermones, que si el Ángel le hubiera dicho que era la mayor pecadora del mundo, no lo hubiera extrañado tanto, como los elogios que le dirigía (2).

Pero tambien es cierto el otro extremo de que su turbacion pasajera provino en parte de la inesperada presencia del Arcángel, y de verse con él á solas, y tan cierto es lo que sobre esto dicen los ascéticos y moralistas, que la Santa Iglesia hace suyas las frases que sobre esto dice el gran Padre San Ambrosio, y las consigna en el rezo que presenta el Breviario Romano para la festividad de la Anunciacion (3). «Aprende, aprende de esta Virgen por las costumbres, aprende lo que es la Virgen por el pudor, aprende por el oráculo, aprende por el misterio. Propio es de doncellas el asustarse y atemorizarse, al ver entrar á cualquier varon, y reelarse de todos sus coloquios. Aprendan, pues, las mujeres á imitar el propósito de este pudor. El Ángel solo encontró á solas en su retirado aposento á la que no se daba á ver de ningun hombre: á solas y sin compañía, á solas y sin testigo, es saludada por el Ángel, á fin de que no quedase rebajada con ningun degenerado afecto.»

San Isidoro de Tesalónica supone que el Arcángel San Gabriel tuvo tanto gozo al recibir el encargo de anunciar aquel mensaje á la Virgen María, que de puro contento se le olvidó el nombre de aquella y por eso le dijo «Dios te salve, llena de gracia.» Pero luego ya se acordó del nombre y entonces fué cuando le dijo: — «¡No temas, María!» (4). Sobre ser oriental el escritor, y muy dudoso si debe llamársele *Santo Padre*, la narracion parece hiperbólica y meramente oratoria, imposible de aceptar en el terreno histórico, ni menos

(1) «*Turbata est, sed non perturbata.*» (Sermon super Missus est.)

(2) «*Si dixisset, o Maria, tu es major peccatrix, que est in mundo, non ita admirata fuisset: unde turbata fuit de tantis laudibus.*» (Sermon 35 de la Anunciacion, parte 3.ª; segun cita de San Ligorio, pág. 325 de las Glorias de María.)

(3) Precioso es el pasaje de San Ambrosio que consigna la Iglesia en la leccion octava, segunda del tercer nocturno en los maitines de la festividad de la Anunciacion: dice así tomada de la Homilia del Santo sobre el primer capitulo de San Lucas: «*Et ingressus ad eam Angelus. Dicit Virginem moribus, dicit Virginem verecundia, dicit oraculo, dicit mysterio. Trepidare Virginum est, et ad omnes viros ingressus parere, omnes viros affatus vereri. Discant mulieres propositum pudoris imitari. Sola in penetralibus, quam nemo virorum viderit, solus Angelus repererit: sola sine comite, sola sine teste, neque degenerare depravaretur affatu ab Angelo salutatur.*»

San Ambrosio al decir *solus Angelus*, parece que no sabia, ó no admitia que aparecieran mil ángeles con San Gabriel en forma visible.

(4) En el sermón sobre la Anunciacion número 12, segun cita del señor Obispo de la Habana, pág. 58.

en el teológico, pues tiene cierto sabor de antropomorfismo, poco conforme con lo que enseña la Teología sobre la naturaleza angélica. Pero como esto ha sido reproducido modernamente, no parece que se pueda prescindir de aludirlo (1).

Con respecto á la materia de que se formó el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, la doctrina de la Iglesia y de Santo Tomás (2), consignada hasta en los catecismos (3), es que el Espíritu Santo, una vez dada su aquiescencia por la Virgen, «formó de la sangre purísima de esta un cuerpo de niño perfectísimo y criando un alma nobilísima la infundió en aquel cuerpo y en el mismo instante el Hijo de Dios se unió á aquel cuerpo y alma racional, quedando, sin dejar de ser Dios, hecho hombre verdadero.» Aquí debemos terminar sin entrar en mas prolijos y curiosos pormenores y, por final de tan importante capítulo, concluirlo con la oracion que en aquella festividad reza la Santa Iglesia:—«¡Oh, Dios! que quisisteis que el Verbo tomase carne en las entrañas de la Virgen, al anuncio de un Ángel, concedednos á los que os lo suplicamos, que seamos ayudados ante su divino acatamiento por su intercesion los que verdaderamente la creemos MADRE DE DIOS.»

(1) El citado señor Obispo califica demasiado benignamente este pasaje diciendo:—«No puede darse una invencion de oratoria mas admirable.» Por mi parte, respetando mucho la opinion de tan sabio y virtuoso prelado, estoy muy lejos de hallar eso ni aun como bello cuanto menos *como admirable*. Es cuestion de gusto y en esto cada uno tiene el suyo.

El mismo reconoce que el Santo no lo creia, y si no lo creia, ¿por qué predicaba una cosa que da al pueblo ideas equivocadas? Las palabras del señor Obispo al anotar ese pasaje son estas: «debiendo advertir que no pretendemos decir que lo que el Santo afirma sea realmente lo que sucedió, pues ni él mismo lo creia así, sabiendo mejor que nosotros cuál es la naturaleza de los ángeles.»

Mas aquí cuadra la regla del crítico francés: *Rien n'est pas beau que le vrai*: no hay belleza donde no hay verdad, y como el hallarlo *admirable* un escritor tan sabio y austero, podria dar lugar á que otros oradores lo repitiesen, digo francamente, pero con respeto, mi opinion contraria.

(2) Santo Tomás, en la parte 3.ª quest. 37, artículo quinto de la «Summa» dice «*Corpus Christi et purissimum ex castissimis sanguinibus Maria formatum fuit*» Benedicto XIV dice lo mismo: «*Spiritus Sanctus ad uterum Mariae traduxit sanguinem puriorem formando Corpori Christi.*» (De Festis, parte segunda.)

Santa Magdalena de Pazzi dice que la sangre fué tomada del corazon, y la Venerable Madre de Agreda dice que fueron tres gotas de sangre del corazon. Dada la circulacion de la sangre y las funciones del corazon respecto á ella, hubiera sido mejor decir *sangre tomada en el corazon*, que no *del corazon*, pues el corazon propiamente no tiene sangre. Por eso es mejor contentarse con lo que dice Santo Tomás y no pasar mas adelante. Aun así, niegan los fisiólogos que de ese modo pudiera resultar generacion natural. Sin embargo, como dijo el Ángel: «*Non erit impossibile apud Deum omne verbum.*»

(3) Las palabras que van entre comillas son las del catecismo del P. Ripalda.



## CAPITULO IX

### CELOS DE SAN JOSÉ

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

*Joseph autem vir ejus, cum esset justus, et vollet eam  
(Mariam) traducere, soluit occultè dimittere eam*

«No es San Lucas quien nos refiere el interesante episodio de los celos de San José, que bien pudiera omitirse sin faltar á la integridad de la narracion evangélica, como lo omitió aquel, y mas aun San Marcos, que principia su Evangelio con la predicacion de San Juan Bautista, dejando á un lado todo lo relativo á los anuncios y nacimientos de Jesus y de su Precursor, referidos por los otros (1). Pero convenia mucho el dejar consignado este suceso, al parecer aislado y reducido á la vida privada de la Santa Familia, no solamente como leccion saludable, y ratificacion de la pureza de los santos esposos, sino como prueba contundente de no ser cierta la pretendida oscuridad de la Santísima Virgen, cuando á tales pequeños y domésticos pormenores descende el Evangelio con respecto á ella. La candorosa relacion de San Mateo respecto á este suceso, dice así (2):

«La generacion de Jesus pasó de este modo. Estando desposada con Josef su madre María, hallóse embarazada por obra del Espíritu Santo sin concurso humano. Mas Josef su marido, como quiera que fuese un hombre justo, no queriendo comprometerla con una vergonzosa denuncia, resolvió dejarla, marchándose ocultamente. Estando, pues, pensando en ello, se le apareció en sueños el Ángel del Señor, diciéndole:—Josef, hijo de David, no tengas reparo en tomar á María por tu mujer, pues lo que en ella está engendrado es cosa del Espíritu Santo. Así que parirá un hijo al cual darás el nombre de Jesus; pues él será quien salvará su pueblo de los pecados de ellos. De modo que todo esto se ha verificado para que se cumpliera lo que anunció el Señor por medio de su Profeta, al decir:—«Hé

(2) San Juan despues de narrar la generacion eterna del Verbo, principia tambien su Evangelio por la predicacion de San Juan en el mismo capítulo primero como San Marcos.

(3) Capítulo primero del Evangelio de San Mateo, vers. 18 al 25 inclusive y final.

«aquí que la doncella quedará embarazada y parirá un hijo, al cual llamarán EMMANUEL, que quiere decir Dios con nosotros.» Despertando, pues, Josef de su sueño, se atuvo á lo que le habia mandado el Ángel del Señor, y la tomó por mujer, mas no tuvo trato con ella aunque parió á su primogénito á quien llamó Jesus.»

El texto de San Mateo que se acaba de traducir literalmente, y no en paráfrasis como otras veces, ofrece dificultades aunque no graves.

De su contexto parece inferirse que San José no estaba casado todavía con la Virgen Santísima, y que solamente habia contraído esponsales con ella cuando se le apareció el Ángel y le reveló la Encarnacion del Verbo en sus entrañas purísimas. El texto dice: *Cum esset desponsata Mater ejus Maria Joseph*: luego no era casada sino solo desposada (*desponsata*). El Ángel le dice que no tema recibir á María por su mujer: *noli timere accipere Mariam conjugem tuam*. Añade que José hizo lo que le decia el Ángel y recibió á su mujer, *et accepit conjugem suam*. Para agravar aun mas las dificultades viene luego la frase ambigua *non cognoscebat eam donec peperit filium suum primogenitum*, de la cual infieren los protestantes y los racionalistas que Jesucristo fué *primogénito*, como dice San Mateo, pero no *unigénito*: que María no fué siempre Virgen, sino que despues del nacimiento de Jesus vivió maritalmente con San José como indican las palabras «antes de reunirse» (*antequam convenirent*), y las otras aun mas expresivas «de no haber tenido trato con ella hasta que parió á su primogénito.» *Et non cognoscebat eam donec peperit*. Añaden á esto que el Evangelio habla mas adelante de los hermanos de Jesus, de donde vienen á inferir que los tenia segun la carne, y por consiguiente, que el matrimonio de San José con la Virgen fué consumado despues del nacimiento de Jesus, una vez que ya se habia cumplido la profecía de Isaías. Esto segun los protestantes, pues los racionalistas modernos claro está que se rien de todo ello. De aquí la necesidad de tratarlo y de abordar estas cuestiones. No sirve decir, como suelen algunas personas escrupulosas, que no se deben tratar estos puntos tan delicados sino en latin y en obras teológicas: así debia ser, y es bien triste que sea preciso removerlas, pero los protestantes no tienen estos miramientos; reparten entre el pueblo folletos á montones conteniendo estas invectivas, y, si ellos hablan, ¿adelantamos algo con callar nosotros? Prohibidas están tales disputas y el católico no debe entrar en ellas (1), pero los enemigos del catolicismo no las obedecen y no siempre puede el católico huir de estas controversias aunque quisiera, ni taparse los oídos, sobre todo ante superiores descreídos: hay casos en que su silencio se traduce por derrota.

Orsini, que es el que descende á mas minuciosos pormenores, defiende con razon, que la Virgen era ya casada, y no meramente desposada, cuando se le apareció el Ángel. «Hemos adoptado, dice (2), la opinion de los doctores y teólogos que sostienen que José era

(1) En las Decretales.

(2) Libro VIII, pág. 231 de la edición cuarta de Barcelona.

legalmente el esposo de María en el momento de la Encarnación: sin embargo, esta opinión está controvertida, y entre los autores que pretenden que María no era todavía la mujer, sino tan solamente la desposada de José, encontramos en primera línea al mismo San Juan Crisóstomo (1). Según este Santo Padre, María habitaba, no obstante, en la casa de San José cuando se le apareció el Ángel, porque era antigua costumbre hacer venir las esposas á la casa de sus novios.

»Mas á pesar de la veneración profunda que inspira San Juan Crisóstomo, la Iglesia no ha seguido su opinión (2). La cita de los yernos de Lot con que pretende apoyarla está por otra parte mal escogida. La Escritura no dice que vivieran con Lot y todo induce á creer lo contrario.»

Que el matrimonio de San José fué verdadero matrimonio, lo veremos luego. Mas por lo que hace á los esponsales, no se concibe qué objeto tuvieran, cuando para nada se necesitaban (3). ¿Habían los Sacerdotes de entregar una doncella del templo á un jóven para que se fuese á vivir con ella en un pueblo lejano? Los mas sencillos principios de prudencia, honestidad y decoro aconsejaban lo contrario. ¿A qué fin prometer lo que en el acto se puede cumplir? Los esponsales en vez de salvar la honestidad de la Virgen la comprometían mas. ¿Qué dirían, qué pensarían los de Nazareth al ver el embarazo de una doncella desposada pero no casada? Y la Virgen María que había de ser modelo de mujeres cristianas, ¿había de autorizar con su conducta esos esponsales que tan pocas ventajas ofrecen y son ocasionados á tantos riesgos?

También San Lucas llama desposada á la Virgen, al hablar de la Anunciación, pero mas adelante la llama casada al hablar de su viaje á Belén (4). Si era mujer casada (UXOR), no era meramente *esposa*, novia ó prometida, y si era *esposa* no era *casada*: por consiguiente la palabra *esposa* equivale en esta narración á mujer legítima y ya casada. Y á la verdad, en las lenguas neo-latinas esto es tan usual, que en España á cada paso se llama *esposas* á casados y al cabo de muchos años de matrimonio legítimo y de larga sucesión.

(1) También este Santo Padre se dejó quizá impresionar demasiado por la lectura de los libros apócrifos, como sucedió generalmente á los orientales: habla de esto San Juan Crisóstomo en su sermón cuarto. El que Jacob viviese con su futuro suegro Laban no prueba que viviese en la misma casa de Laban, y cuando los Patriarcas vivían bajo tiendas, tendrían buen cuidado de que los novios vivieran en distintas tiendas. Los yernos de Lot no vivían con su suegro como supone el Crisóstomo: el suegro salió de casa para buscarlos. «Egressus itaque Lot locutus est ad generos suos.» (Capítulo 19 del Génesis, vers. 14.) Si hubieran vivido con Lot no hubiera tenido que salir de su casa para hablarles.

(2) No puede decirse que la Iglesia haya aceptado ni desechado esta opinión, pues nada ha resuelto sobre ella; aunque la opinión contraria sea la mas común y corriente entre los teólogos.

(3) Al desposarse la Virgen, pero sin casarse, no se cumplía ninguno de los altísimos fines que los Santos Padres descubren respecto á este punto en las miras de la Divina Providencia, según el texto de San Jerónimo que luego veremos.

La habitación de los novios ó desposados en una misma casa era tan mal mirada entre los cristianos, que las sinodales de algunas diócesis mandaban justamente separar á los novios, aunque fuesen parientes, y llegaban á excomulgarlos si vivían en una misma casa. La Iglesia conserva justamente los esponsales por las ventajas, aunque muy escasas, que tienen en algunos casos, entre mayores y mas comunes inconvenientes: pero la opinión de los civilistas hoy día está contra ellos mas comunmente.

(4) En el capítulo primero, versículo 27, dice San Lucas: «Ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph.» En el versículo quinto del capítulo segundo, «et profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnante.»

Por lo que hace al latín, es tan común llamar esposo al casado, que en el rezo mismo de la festividad de San José, el Oficio Divino ni una sola vez le llama marido, y á cada paso le denomina *esposa*, de modo que, al tomar esta palabra en todo su rigor, resultaría que San José no llegó á casarse con la Virgen (1), que no llegó á cumplir lo que le mandó el Ángel, y que no llegaron á contraer matrimonio sino que vivieron juntos toda su vida con meros esponsales. Pero ¿cabía esto en las costumbres de los Israelitas?

¿Podía en ese caso Jesucristo pasar por hijo de San José?

¿Cómo no acusaron de incesto los vecinos y los parientes á la Virgen María si la vieron embarazada siendo novia ó prometida con meros esponsales, y no casada con solemnes bodas y con un pariente suyo? Estas se hacían con gran aparato, ostentación y solemnidad. Los esponsales apenas tenían ninguna, como sucede ahora. Nadie podía confundir en Nazareth á los novios ó desposados con los que ya eran maridos ó casados; ¿qué opinión formarían de aquellos desposados al ver el embarazo de la Virgen?

¡La Virgen purísima, la Madre del Salvador, venía á ser objeto de escándalo en el pueblo y de inmoralidad para muchos! José, el varón prudente, honrado y justo, un hombre adocenado, incestuoso y criminal. Los ancianos del pueblo tenían obligación de denunciarlos y los vecinos el deber de matarlos á pedradas: esa era la Ley; ¿cómo no los apedrearon (2)?

Y ello es que la Iglesia que considera á San José como marido de la Virgen, y que á cada paso le llama esposo, presenta en las lecciones del rezo un pasaje de San Jerónimo, en que este Santo suponiéndola casada, con todo eso la llama desposada, al comentar las palabras de San Mateo (3). «¿Por qué Jesús es concebido no de una virgen sencilla (*de simplici virgine*), sino de una desposada?»

Primero: para mostrar el origen de María por el de Josef.

Segundo: para que no la apedrearan los judíos como adúltera.

(1) En el Oficio del día de San José (19 de marzo) dice el Breviario romano: «In festo San Joseph sponsi B. M. V.» El himno de Maitines:

«Te calor roborum, statuit pudice  
Virginis sponsum, voluitque Verbi  
Te patrem dici.....»

La oración:

«Sanctissime Genitricis tue Sponsi quesumus, Domine, meritis adjuvemur.....»

En castellano decimos también á cada paso:

«San José, Esposo de la Virgen. Los desposorios de San José.»

(2) Capítulos 17, 18, 19 y 20 del Levítico.

(3) Lección séptima de los Maitines del 19 de marzo, tomada del capítulo primero, libro primero de los Comentarios de San Jerónimo sobre el capítulo primero de San Mateo.

«Quare non de simplici Virgine sed de desponsata concipitur? Primum, ut per generationem Joseph origo Mariae monstraretur: secundum ne lapidaretur ab Iudeis ut adultera: tertio ut in Egyptum fugiens haberet solatium... Martyr Ignatius etiam quartam addidit causam, cur à desponsata conceptus sit. Ut partus, inquit, ejus claretur diabolo, dum Eunus putat non de virgine sed de uxora natum.» Aquí la llama *uxor* y antes *desponsata*.

Las palabras de *simplici virgine* no pueden traducirse *Virgen sencilla*, pues la sencillez y santa simplicidad no la perdió jamás, sino que significan que no era meramente una doncella cualquiera.

Tercero: para que tuviese compañía al huir á Egipto.

El mártir San Ignacio añadió otro cuarto motivo, para que naciese de mujer desposada, á saber: «para que el parto misterioso quedase oculto al diablo, creyendo este que nacía de una casada, no de una vírgen.»

Por lo demás, el casamiento de la Vírgen con San José fué un verdadero matrimonio, aunque contraído con propósito de conservar la virginidad. El primero y principal fin de esa altísima institución es el mutuo auxilio de los cónyuges, que nunca debe ni puede faltar entre los casados, aunque sean estériles y ancianos (1), y aunque no se cumpla el fin de la propagación del linaje humano, que es principalísimo pero segundo respecto de aquel. Antes dijo Dios que no estaba bien el hombre solo y le declaró ser esencialmente sociable (2), mandándole multiplicarse después de criada ya la mujer. Cumplíase, pues, en este santo matrimonio con el primero y principal fin del mutuo auxilio, como se cumplió en otros santos matrimonios en que á imitación de este han vivido algunos santos casados en perpetua continencia y aun conservando su virginidad como San José y la Vírgen, sin que la Iglesia lo vituperase y antes bien con aplauso de ella (3).

(1) Los teólogos, y con ellos el P. Perrone, prueban que el casamiento de la Vírgen fué verdadero matrimonio, pero sentando como asienta este que el fin de la procreación es el primero y principal, no satisfacen completamente algunas de las soluciones. Por el contrario, admitido como primero el del mutuo auxilio, las soluciones son más fáciles en el terreno del derecho canónico y de la Teología moral, y varios argumentos caen por su base. Sobre la razón indicada de prioridad, según la narración del Génesis, está la autoridad importantísima del Catecismo de San Pio V, que pone por fines del matrimonio antes el mutuo auxilio que la procreación.

(2) Primero dice el Génesis: «Non est bonum hominem esse solum: faciamus ei adiutorium simile sibi.» Luego más adelante: «Crescite et multiplicamini...»

(3) Tal fué, entre otros, el matrimonio de San Eduardo de Inglaterra con Santa Edith. La lección segunda del rezo de San Eduardo (día 13 de octubre), dice: «constans est assertio scriptorum cum virgini sponsa virginitatem in matrimonio servasse.»



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO X

### LA VISITA Á SANTA ISABEL

*Por aquellos días se levantó María y marchó de prisa á la montaña (1)*

**S**IGUIENDO San Lucas, el biógrafo de la Vírgen, la narración del nacimiento del Precursor de Cristo, San Juan Bautista, con el de Jesús su primo, y el parto prodigioso de Santa Isabel con el milagroso de María, da noticia del viaje de esta desde Nazareth á las montañas de Judea para visitar á la anciana esposa de Zacarías, sus parientes y probablemente protectores durante su orfandad. Ocurrió este viaje pocos días después de la Anunciación. La narración del texto sagrado dice así:

«Levantóse, pues, María pocos días después de la Anunciación (2) y echó á andar hácia las montañas con presteza, para llegar á la ciudad de Judá donde moraban sus parientes. Y entrando en casa de Zacarías saludó á Elisabeth; mas esta, así que oyó el saludo de María, sintió al niño que llevaba en su vientre regocijarse á su modo, y alumbrada con superiores y abundantes luces del Espíritu Santo, exclamó en alta voz diciendo:—«Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde me viene á mí tanto favor que la Madre de mi Señor se digne venir á verme? Pues ello es, que en cuanto ha llegado á mis oídos tu voz, al saludarme, la criatura que llevo en mi seno ha saltado de alegría. ¡Dichosa tú por cierto que al punto creíste, pues lo que se te anunció de parte de Dios lo has de ver enteramente cumplido!»

Estas palabras parecen aludir á la pronta sumisión y gran fe de la Vírgen María en el acto de la Anunciación del Arcángel, las cuales se contraponen á la incredulidad de San Zacarías, por la cual estaba castigado todavía sin poder hablar.

(1) *Exurgens autem Maria in diebus illis abiit in montana cum festinatione...*

(2) La fiesta de la Anunciación la pone la Iglesia en el día 25 de marzo. Tres meses después pone el nacimiento de San Juan Bautista el día 24 de junio, consiguiendo con lo que dice el Evangelio de haber estado la Vírgen como unos tres meses (*quasi mensibus tribus*), con lo cual indica que no fueron tres meses completos, pues háy que descontar los que tardó en el viaje.

El Ángel había dicho á María que su prima había entrado ya en el sexto mes: *hic mensis sextus est illi.*

La preñez de María no era aun conocida. Quizá apenas llevaba una semana de embarazo: el mismo San José lo ignoraba, y es muy dudoso que la acompañara en aquel viaje. El Evangelio no le nombra. Si acompañó á su tierna esposa, debió saber desde aquel momento que su mujer estaba en cinta. Santa Isabel lo dice en alta voz: *¡Bendito es el fruto de tu vientre!* Dice tambien que aquello es milagroso, que va á ser Madre del Señor, de aquel Señor de quien habia dicho David que tambien le reconocia por su Dueño, y que el Eterno Padre le mandará sentarse á su diestra (1), y que hay un gran misterio que se le ha anunciado á María y que es revelado en aquel momento á su Santa Prima, la cual, no solamente es inspirada del Espíritu Santo, sino que recibe la revelacion de un modo tan abundante que se ve llena, henchida de tan gran favor, *repleta*, como dice el sagrado texto.

Y entonces, ¿cómo se explican los celos del casto Esposo? ¿Á qué viene un Ángel á explicarle en sueños lo que ya le ha dicho Santa Isabel en alta voz, con gritos y exclamaciones (*exclamavit voce magna*)? Parece, pues, muy probable que San José no acompañó á su jóven Esposa (2). Quizá la acompañó hasta Jerusalem á donde iria en las fiestas de la Pascua, aprovechando los benignos dias de la primavera, y para cumplir con aquel deber de que no se dispensaban los Israelitas piadosos, y que les veremos cumplir mas adelante cuando Jesus se les perdió en el templo (3). Tres dias tardaría San José en llegar desde Nazareth á Jerusalem. Cumplidos los deberes religiosos de la Pascua, San José regresaría á Nazareth, y la Virgen, en compañía de algunos parientes sacerdotes y piadosas mujeres de la misma raza sacerdotal de Aaron y Abdías, que regresaban á la ciudad de Ain, dos leguas al sur de Jerusalem, haría el corto viaje desde esta ciudad á la montaña donde está aquel pueblo. Pudo dispensarse Santa Isabel de hacer aquel viaje por razon de su embarazo, mas no se dispensaría San Zacarías por estar mudo.

La casa de San Zacarías, que la tradicion designa como tal (4), está á corta distancia

(1) «*Dixit Dominus Domino meo: sed à dextris meis.*» (Salmó 109, vers. 1.) El mismo Jesucristo arguye á los judios con este pasaje de David. «*David ergo Dominum illum vocat: et quomodo filius ejus est?*» (San Lucas, cap. 20, vers. 44; tambien San Mateo, cap. 22, vers. 43.)

Aunque Benedicto XIV reprochó el pintar al Espíritu Santo en figura humana, por no ser esto costumbre, con todo algunas veces se habia hecho. En la Catedral de Mallorca hay un cuadro muy antiguo en que se ve al Eterno Padre entre el Hijo á la derecha y el Espíritu Santo á la izquierda, y este en forma de jóven de rostro rutilante con la paloma en la mano. Tambien Santa Teresa hizo pintar un cuadro en esta forma. Pero estas excepciones raras, nada prueban contra la general costumbre mandada observar muy justamente por aquel sabio Pontífice.

(2) Es cierto que los pintores generalmente han representado á San José al lado de la Virgen al visitar esta á su Santa Prima, pero esto no parece probable por las razones indicadas.

La Venerable Madre de Agreda dice que acompañó San José á la Virgen, pero que se volvió á Nazareth á los tres dias. En tal caso habia que explicar como no oyó lo que dijo Santa Isabel: «*bendito el fruto de tu vientre*» lo cual dijo en alta voz: «*exclamavit voce magna.*»

(3) La fiesta de la Anunciacion coincide con la celebracion de la Pascua, que tenia lugar el día 14 de la luna de marzo. Pudo tener lugar aquel misterio poco antes de bajar á Jerusalem San José y su esposa á celebrar los ázimos, pues el día 25 lo tomó la Iglesia para aquella fiesta, probablemente por aproximacion, no por fecha cierta y precisa.

(4) La tradicion ha conservado la noticia de la casa de San Zacarías donde nació el Bautista. Siendo este suceso muy conocido por todo aquel pais y habiendo gozado el Santo Precursor de gran celebridad y prestigio durante su vida, hasta llegar sus compatriotas á creerle el Mesías, no era fácil que se perdiera la tradicion de su patria y de la casa nativa. Santa Elena

del pueblecito de Ain, ó sea de San Juan, en el fondo de un valle ameno, al cual fecunda la copiosa fuente llamada de Neftoa en tiempo de Josué, y ahora de *la Virgen*, por la tradicion local de que allí solía esta ir algunas veces á tomar agua, ó solazarse en altas contemplaciones al dulce murmullo de sus cristalinas ondas (1), recreo principal y casi único de aquella, que siendo perfectísima estaba de continuo en la presencia de Dios, y tenia por descanso el abismarse aun mas en el amor de Aquel que es el único sér verdaderamente amable.

La Iglesia Santa ha dedicado una de sus festividades á este suceso misterioso y le pone tambien como el segundo de los que dedica al culto de la Virgen en la preciosa devocion del Santo Rosario. Tiene lugar esta festividad de la Virgen el día 2 de julio. Parece que mas bien debieran haberse destinado para ella los primeros dias de abril en que debió verificarse, pues poniendo la Anunciacion en el día 25 de marzo y calculando cinco dias para ir de Nazareth á Jerusalem y de allí al pueblecito de Ain, pues fué con presteza, resulta que el acontecimiento de la visita debió tener lugar en los primeros dias del mes siguiente. Pero la Santa Iglesia en el orden de su liturgia destina los meses de abril y mayo al recuerdo de los misterios de la Resurreccion, Ascension y Pentecóstes, Trinidad Santísima, festividad del Santísimo Sacramento públicamente venerado, ya que la institucion de Él corresponde á la del Jueves Santo, que precede á todas.

Y si la Anunciacion fué el día 25 de marzo y el Nacimiento de San Juan Bautista le pone á los tres meses cabales, en 24 de junio, la festividad de la Visitacion siete dias despues, parece diferida á los últimos dias que pasó la Virgen Santísima en compañía de su Prima, y despues de su alumbramiento y de haber recobrado el habla San Zacarías.

Con todo, la Iglesia en esta festividad explica mas bien las palabras de Santa Isabel y el júbilo precoz del Bautista, que las palabras y actitud de la Virgen. Los comentarios del primer nocturno están tomados del libro de los cánticos excelentísimos de Salomon, los del segundo de San Juan Crisóstomo y los del tercero de San Ambrosio.

¡Qué magníficamente apropiada está la leccion primera de aquel rezo! ¡Cuántos la habrán leído sin comprenderla, quizá sin ver la sublime oportunidad con que la Iglesia la coloca allí, y la pindárica poesia que respira, si es que no se rebaja la sublime inspiracion bíblica al poner al lado de ella el estro gentilico y vuelo pindárico! Analicemos estas lecciones del rezo en aquella fiesta.

hizo construir una iglesia en aquel paraje, y los árabes y musulmanes, que honran la memoria de San Juan Bautista, miraron y miran todavia con respeto las cosas que á este se refieren.

Con todo, la iglesia edificada por Santa Elena en la casa de Zacarías ya no existe. El sepulcro de San Juan Bautista, muy venerado en Damasco, está en una iglesia que Abdel-Meleck quitó á los cristianos, los cuales no se la quisieron vender, segun refiere Herbelot en el tomo segundo de la Biblioteca oriental.

(1) La descripcion de aquel territorio se halla en el capítulo 15, vers. 8, 9 y 10 del *Libro de Josué* al hacer la descripcion de la Palestina y la reparticion de su territorio.

«*In summitate montis Raphaim ad aquilonem: Pertransitque à vertice montis usque ad fontem aque Nephthoa, et pervenit usque ad vicos montis Ephrom.*»

La Virgen María retirada en el modesto gabinete de su pobre y humilde casa en Nazareth, vive allí como la flor del campo, y como el lirio de los remotos valles, que embalsama las florestas no frecuentadas por el hombre (1). ¿Para quién lo ha criado Dios? ¿Acaso sabrán apreciar su grato aroma lasavecillas del cielo, únicas que lo disfrutan? Desvanécese en las auras donde parece que se esparce para el Supremo Hacedor, que mandó á la naturaleza lo criase para Él, para Él solo. El hombre que pasa por allí cerca siente apenas aquel perfume que le reanima por un momento: tiende la vista y no divisa la flor que lo exhala; aspira para volver á disfrutarlo, y nada siente, porque Dios dispone de él y lo envía á donde le place; y ella entre tanto, erguida sobre su tallo y acariciada por las brisas de la tarde, dice á las flores que se secan en ricos búcaros en la pesada atmósfera de los salones:—«De qué os sirve ese cuidado pasajero y vuestra lozania artificial y estudiada por el jardinero que os coloca amañadamente? Vosotras sois esclavas, yo soy libre. Os han arrancado de vuestro tallo, estáis atadas, amarradas unas con otras: vuestro aroma hace la atmósfera aun mas pesada, producís vértigos, podeis asfixiar á la jóven incauta que os deje junto á su lecho. Hoy os miran, os sonrien, mañana os arrojan con desprecio entre la basura de la casa. Yo soy la flor del campo y el lirio de los vallecitos: estoy rodeada de espinas, no llegará á mí la mano del hombre, ni aun posará sobre mí una mirada impura: sencilla, feliz, tranquila, escondida, libre, no llegará á mí el hierro, moriré sobre la tierra que me vió nacer, y al caer mi corola marchita sobre el tallo que la sustentaba, todavía daré olor de suavidad, todavía me buscarán para remediar los males, para dar salud á los débiles, para servir de medicina.»

Y á esta frase de la Virgen, flor de los campos, responde desde el cielo el Espíritu Santo, su divino Esposo:—«Como lirio guardado entre espinas, así es mi amiga entre las tiernas adolescentes.»

—«Como manzana que envidiaría el oro, responde la Virgen de Nazareth, así brilla mi amado entre los mancebos. Sentéme á la sombra de aquel por quien anhelaba mi alma y cuán grato es para mi paladar su sazonado fruto (2)!»

En la segunda leccion la Virgen Santísima oye la voz de la caridad ya ordenada en ella, que le aconseja marchar á visitar á su Santa Prima (3).—«Levántate, apresúrate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven, que ya ha pasado el invierno y está léjos la helada escarcha. Ya comienzan á brotar las flores y se acerca el tiempo de la poda. Ya se oye por nuestra tierra el blando arrullo de la tórtola.»

Al pasar la bellissima y virginal doncella por las aldeas, camino de Jerusalem y de Aín,

(1) La leccion primera está tomada del Cantar de los cantares:

«Ego flos campi et lilium convallium. Sicut situm inter spinas sic amica mea inter filias.»

No cabe suponer que la Iglesia haya escogido estos versículos al azar, y sin dárles alguna aplicacion á la festividad del día.

(2) «Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.»

(3) «Vox dilecti mei, ecce iste venit saltens in montibus, transiliens colles: similis est dilectus meus capreae, hinnuloque cervorum.» (Leccion segunda.)

al verla tan linda y tan modesta, los jóvenes se preguntan unos á otros:—«¿Quién será esa niña que marcha majestuosa como el sol que sube al zenit, llena de gracias y bellezas como Jerusalem, la capital de nuestra tierra, símbolo de mejor Jerusalem?» Mas al ver entrar por sus puertas las hijas de Sion á la jóven alumna del templo, á la bella *halma* que de allí saliera años antes, mas desarrollada en su exterior, exclaman á porfía:—«¡Dichosa de tí!» y ellas no saben que lo mismo la llamó un Ángel pocos dias antes, y las mas principales la alabarán á porfía y sin envidia, porque su presencia no suscita, no puede suscribir ninguna pasion baja.

En la leccion tercera se deja oír la voz de Santa Isabel que llama á su Prima:—«Levántate, amiga mia, hermosa mia, date prisa á venir: llega, paloma mia, que anidas en los agujeros de la montaña de Nazareth, en las hendiduras de la roca (1). Vea yo tu rostro, llegue ya tu voz á mis oídos, porque tu voz es dulce y melodiosa y tu rostro lleno de gracia y compostura (2).»

La Virgen purísima y modesta siempre, responde desde su corazón á estos elogios santos pero humanos:—«Mi amado es para mí y yo soy únicamente para Él; pues á los que amo los quiero en Él y por Él. Si yo soy lirio de los valles, tambien soy para el que se apacienta entre los lirios y voy á ser para él mientras dure la vida del Redentor del mundo que traigo en mi seno y hasta que caigan las sombras de la muerte.»

La Santa Iglesia concluye esta escena tiernísima con las palabras de Santa Isabel bendiciendo á la Virgen. Mas luego en el segundo nocturno introduce á San Juan Crisóstomo hablando á nombre de la Iglesia oriental, y tomando la palabra en nombre de San Juan Bautista, pone en su boca estas frases:

«Voy á salir de este oscuro tabernáculo para proclamar el conocimiento abreviado de todas las maravillas. Puesto que soy señal, voy á señalar el advenimiento de Cristo. Puesto que soy clarín, voy á pregonar la gracia del Hijo de Dios encarnado (3).

»Pero dínos, Juan, pregunta á nombre de la Iglesia, ¿cómo es eso de que ves y oyes estando en el tenebroso albergue del útero materno? ¿Cómo es que contemplas las cosas divinas? ¿Cómo es que saltas y te regocijas (4)?

»Eso, responde el Bautista, encierra un gran misterio: es una cosa á que no alcanza la inteligencia humana. Justamente hago una novedad en la naturaleza, en obsequio de aquel que viene á innovar las cosas que son sobre las fuerzas de la naturaleza. Aunque

(1) «Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petrae.» (Leccion tercera.)

(2) «Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis et facies tua decora.»

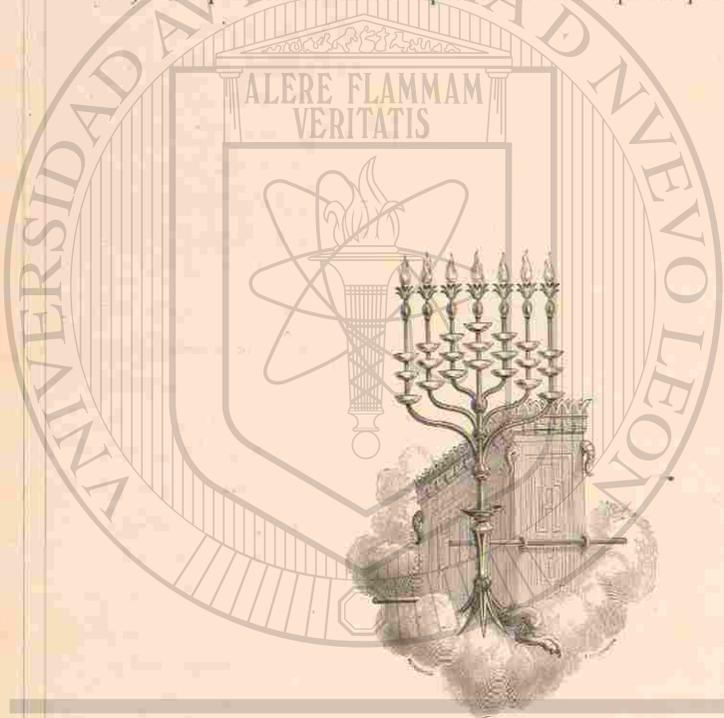
(3) «Vide Dominum qui natura imposuit terminus, et non expecto tempus nascendi....»

»Egrediar ex hoc tenebroso tabernaculo, rerum admirabilium compendiosam praedicationem cognitionem. Sum signum: significabo Christi adventum. Sub tuba: proferam Filii Dei in carne dispensationem....» (Leccion cuarta en los Matines del día 2 de julio.)

(4) «Sed dic nobis, Joannes, cum adhuc in tenebroso matris utero continearis, quomodo intuis et audis: quomodo res divinas contemplaris: quomodo exilis et exultas?» (Leccion sexta.)

estoy en el útero materno, veo desde él al que siendo sol de justicia, está, sin embargo, encerrado como yo en el útero materno. Oigo, porque voy á nacer como voz del Verbo altísimo.»

En ese mismo tono continúa amplificando todo lo relativo al júbilo precoz y preternatural de San Juan Bautista, al oír la voz de su Santísima Tía, y sentir el sobrenatural influjo de la presencia del Salvador que con ella entraba por las puertas de su casa.



## CAPITULO XI

### EL CÁNTICO DE MARÍA

*Magnificat animá meá Dominum:  
et exultabit spírítus meus in Deo salutarí meo*

**P**ERO nada de todo ello alcanza, ni con mucho, al cántico sublime, magnífico, divino de la Santísima Virgen. Ni el cántico de María, la hermana de Moisés y Aaron, lleno de energía, vigor y entonación grandilocuente, ni menos el de Judit, que no alcanza en mérito literario y poético ni aun al de esta, ni el de Débora, todavía inferior al de Judit, pueden compararse con la suavidad extática y dulcísima del *Magnificat*, ni las declamaciones que pone el Gran Crisóstomo en boca de San Juan Bautista, y se acaban de consignar, ni el cántico de bendición en que prorrumpe Zacarías, el padre de este, al recordar el habla (1), lleno de esperanzas, reconocimiento y asombro, ni la breve exclamación gratulatoria de Simeon que respira el cansancio de la ancianidad, la mórbida languidez del hombre de bien abrumado de años y desengaños, y la gratitud al ver satisfecho el anhelo de toda la vida por el bien de su patria y la restauración del linaje humano.

Así como las virtudes de María están muy por encima de las de todos estos personajes, así su canto es superior á los de todos ellos, como expresión de lo que contiene la interior altísima perfección de la criatura más perfecta entre las más perfectas. La primera mirada es para Dios, norte de su vida, estrella á la que siempre fija su vista: la segunda es para mirarse á sí misma y considerar su inferioridad y bajeza respecto de Dios. En las dos primeras estrofas está contenido el sublime pensamiento del amoroso San Francisco: *¡Quién sois vos y quién soy yo!* La filosofía de la humildad católica contrapuesta á la filosofía

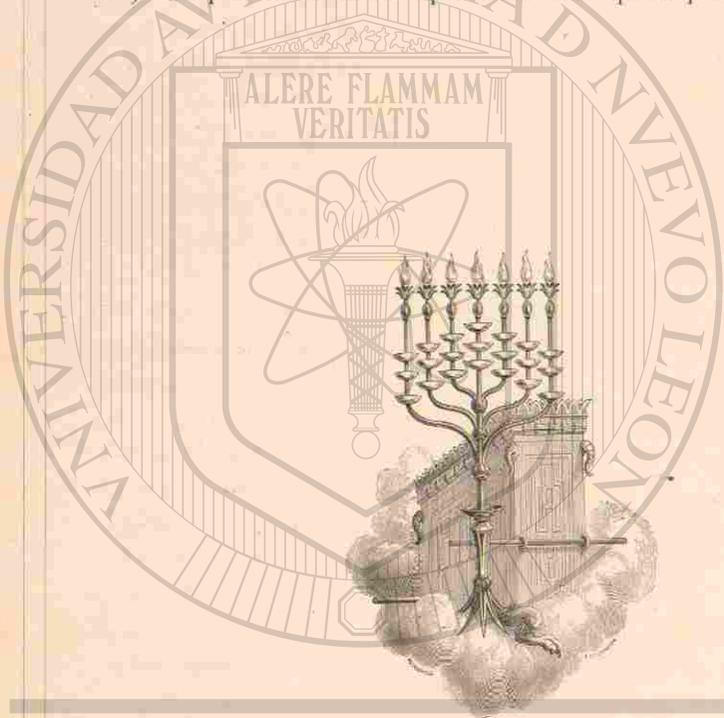
(1) El cántico de Zacarías es el que llamamos *Benedictus*: el de Simeon *Nunc dimittis* que dice la Iglesia al fin del *rezo completorio* ó sea las *Completas*.

El cántico de Débora principia con las palabras *Audite reges (Reyes, escuchad)*, pues los dos que le preceden (cap. 5.º de los Jueces, vers. 1.º y 2.º), son un prelude de la composición y para el canto.

Lo mismo sucede con el de Judit, que principia con las palabras *Dominus contereus bella* (El Señor que abate los bélicos furios). Los dos versículos precedentes en el capítulo 16 y último de Judit son la preparación del canto.

estoy en el útero materno, veo desde él al que siendo sol de justicia, está, sin embargo, encerrado como yo en el útero materno. Oigo, porque voy á nacer como voz del Verbo altísimo.»

En ese mismo tono continúa amplificando todo lo relativo al júbilo precoz y preternatural de San Juan Bautista, al oír la voz de su Santísima Tía, y sentir el sobrenatural influjo de la presencia del Salvador que con ella entraba por las puertas de su casa.



## CAPITULO XI

### EL CÁNTICO DE MARÍA

*Magnificat animá meá Dominum:  
et exultabit spírítus meus in Deo salutarí meo*

**P**ERO nada de todo ello alcanza, ni con mucho, al cántico sublime, magnífico, divino de la Santísima Virgen. Ni el cántico de María, la hermana de Moisés y Aaron, lleno de energía, vigor y entonación grandilocuente, ni menos el de Judit, que no alcanza en mérito literario y poético ni aun al de esta, ni el de Débora, todavía inferior al de Judit, pueden compararse con la suavidad extática y dulcísima del *Magnificat*, ni las declamaciones que pone el Gran Crisóstomo en boca de San Juan Bautista, y se acaban de consignar, ni el cántico de bendición en que prorrumpe Zacarías, el padre de este, al recordar el habla (1), lleno de esperanzas, reconocimiento y asombro, ni la breve exclamación gratulatoria de Simeon que respira el cansancio de la ancianidad, la mórbida languidez del hombre de bien abrumado de años y desengaños, y la gratitud al ver satisfecho el anhelo de toda la vida por el bien de su patria y la restauración del linaje humano.

Así como las virtudes de María están muy por encima de las de todos estos personajes, así su canto es superior á los de todos ellos, como expresión de lo que contiene la interior altísima perfección de la criatura más perfecta entre las más perfectas. La primera mirada es para Dios, norte de su vida, estrella á la que siempre fija su vista: la segunda es para mirarse á sí misma y considerar su inferioridad y bajeza respecto de Dios. En las dos primeras estrofas está contenido el sublime pensamiento del amoroso San Francisco: *¡Quién sois vos y quién soy yo!* La filosofía de la humildad católica contrapuesta á la filosofía

(1) El cántico de Zacarías es el que llamamos *Benedictus*: el de Simeon *Nunc dimittis* que dice la Iglesia al fin del *rezo completorio* ó sea las *Completas*.

El cántico de Débora principia con las palabras *Audite reges (Reyes, escuchad)*, pues los dos que le preceden (cap. 5.º de los Jueces, vers. 1.º y 2.º), son un prelude de la composición y para el canto.

Lo mismo sucede con el de Judit, que principia con las palabras *Dominus contereus bella* (El Señor que abate los bélicos furios). Los dos versículos precedentes en el capítulo 16 y último de Judit son la preparación del canto.

orgullosa del *yo* moderno, de la egolatría y antropolatría, el culto de la humanidad terrestre sustituido al amor Divino.

«1.º Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.»

Principia por la acción de gracias que da á Dios con toda su alma, y luego motiva esta gratitud en la alegría que ha sentido su espíritu por las demás gracias de que ha tenido á bien colmarla el Altísimo, el cual no solamente la preservó del pecado original, sino que la presantificó y confirmó en gracia, haciéndola impecable y asegurando su bienaventuranza y salvación eterna, añadiendo á estos favores otros que no ignoraba la santa esposa del sacerdote Zacarías, y el último que acababa de conocer, al revelársele el gran misterio de la milagrosa concepción de Jesús. Así en una sola estrofa de dos versos abraza lo pasado de las gracias recibidas, el presente de las gracias que da á Dios, el futuro de su bienaventuranza asegurada (1), puesto que motiva esto el saludo de María á Santa Isabel, diciéndola, según la fórmula usual y corriente de la cortesía oriental: *La paz sea contigo* (2), á la cual salutación contesta la dueña de la casa llamándola: *Bienaventurada entre todas las mujeres*, por la bendición que Dios le ha dado y por el fruto de su vientre. Por eso dice San Ligorio que la fiesta de la Visitación se llama comunmente la festividad de *Nuestra Señora de las Gracias* (3).

El estro de la poesía hebrea, como la de algunos otros pueblos orientales, consiste en aducir un pensamiento enérgico reducido á una forma muy breve y concisa, sin una palabra redundante, al cual sigue otro pensamiento con la misma idea, pero reduplicando y ampliando el anterior. Eso hace la Virgen en esa primera estrofa de su cántico; á Dios se refiere el primer concepto de presente, y á Dios se refiere el segundo, aludiendo á las gracias por las cuales le *da gracias*.

«2.º Pues que se dignó fijar su mirada en la humildad de su sierva, por esa razón me llamarán bienaventurada todas las generaciones venideras.»

Otros dos pensamientos en armonía completa con los dos de la estrofa anterior. Ha principiado su cántico con una palabra altisonante *¡Magnificat! (engrandece)*. La palabra ha hecho fortuna; ha pasado de tercera persona del verbo *magnificare* á ser nombre sustantivo propio é independiente, y decimos *el Magnificat*. Pero esta palabra grandilocuente parece que la arrancan de su boca la verdad y el entusiasmo á despecho de su gran modestia; mas en seguida la humildad, siempre tierna, siempre tímida, se alarma, y

(1) *Beati me dicunt omnes generationes.*

(2) Jesucristo usaba esta fórmula que aun se conserva en muchos pueblos de Oriente. Al aparecerse á sus discípulos después de la Resurrección les saludó diciendo: *Pax vobis*; fórmula que usan los Sres. Obispos en la Misa la primera vez que se vuelven al pueblo para saludarle.

«La paz sea en esta casa» (*pax huic domini*) es la fórmula que da Jesús á sus Apóstoles al entrar en una casa, y el mismo Jesús la dice á los enfermos por boca del Sacerdote, al llegar á ellos por vía de Viático.

(3) Las glorias de María: discurso v sobre la Visitación: pág. 340 de la edición de Barcelona de 1870.

Es uno de los mas bellos de aquel libro y lleno de tradición ascética y piadosa. Entre los muchos textos de Santos Padres, está el siguiente de San Ildefonso: *Omnia bona que illis summa majestas decrevit facere, tuis manibus decrevit commendare.*

asoma pudorosa, velados sus párpados y apareciendo la sonrosada modestia en sus mejillas, cual si quisiera recoger lo dicho, como si acaso se hubiera excedido en algo, como se alarmó al oír los elogios del Arcángel. *¡Engrandecer!* Ella tan pequeña, ¿cómo ha de hacer nada grande? ¿Puede el débil hacer actos de valor, energía y fortaleza?

Por eso se apresura á manifestar desde luego en la segunda estrofa, que ese engrandecimiento y los actos que de él se derivan no son suyos, sino de Dios que los obra en ella y por medio de ella, porque el Señor se ha dignado en su misericordia y bondad infinita mirar la pequeñez, humildad y aun bajeza de ella á su juicio, pues no se tiene por Señora, aunque el Espíritu Santo la ha sublimado á ser su Esposa, y el Verbo encarnado á los honores de la mas santa, pura y sublime maternidad; y con todo se tiene por sierva y se apellida así *esclava*, aun menos que doncella, criada, ó sirviente (*ancilla*).

Es verdad que pocos días há la llamó el Angel *llena de gracia*, morada favorita del Altísimo, y *¡bendita entre todas las mujeres!* Es verdad que Santa Isabel repite idénticas palabras que el Angel, llamándola otra vez «¡bendita entre todas las mujeres!» Es verdad que ella, rindiendo homenaje á la justicia y certeza, y compelida de santo entusiasmo, tiene que decir proféticamente, «que todas las generaciones la llamarán bendita y bienaventurada;» pero ella ante todo es humilde, no cede esta virtud por otra alguna; así que para practicar la humildad y enseñarla al ostentar magnificencia, alega que el Señor se ha prendado de ella por su humildad y á pesar de su humildad, que en boca de ella no es la virtud de la santa humildad sino la bajeza real y efectiva de una pobre criatura humana, que parece querer luchar con Dios á rebajarse ella, tanto, cuanto Dios omnipotente quiere realzarla á despecho suyo, aceptando ella las gracias y conformándose con la voluntad divina, pero de tal manera que, si pudiera prescindir de esta y Dios le diera á elegir, se quedara sin los favores á trueque de ser mas humilde, resignándose á tomarlos por ser la voluntad de Dios, y porque Dios sea honrado en su criatura. ¡Humilde violeta, escondida en el suelo entre otras varias plantas bajas y parásitas, tu olor suavísimo te hace traicion! En vano te ocultas, tu aroma sirve de guía para buscarte, y, cortada de tu débil tallo por bellísima y cariñosa mano, eres colocada en rico búcaro, y en el paraje preferente de un elegante gabinete, y allí en medio de aquella magnificencia, echas de menos tu pobre prado y las holladas é inodoras compañeras de tu vida oculta é ignorada!

«3.º Porque hizo en mí grandes cosas el que puede hacerlo (1) y sea santo su nombre.»

Reduplica lo dicho en las dos estrofas anteriores. Si engrandece su alma al Señor y le glorifica, es porque el Señor mismo ha hecho en ella grandes cosas que ella sabe, pero que se guarda bien de publicar: «Mi secreto para mí,» como decía San Bernardo (2). Y si el Señor ha hecho en mí cosas grandes y me ha engrandecido, siendo yo tan pequeña, no es

(1) Se me figura que quita fuerza á la frase el traducir las palabras *qui potens est* diciendo *el que es poderoso*. Por ese motivo se ha traducido *el que puede hacerlo*, en lo cual se sobreentiende el *Omnipotente*.

(2) *Secretum meum mihi*: es frase muy vulgar y conocida entre los místicos.

de extrañar que yo también le engrandezca, conforme á mis deseos y conforme á los medios que Él mismo me da, porque Él es, no como quiera poderoso, sino omnipotente. Él ha querido hacerlo y lo ha hecho, porque en su omnipotencia el querer es hacer, y todo un acto puro y simplicísimo. Y ¿cómo había de oponerme á su voluntad omnipotente ni luchar con Él, cuando mi voluntad es la suya y yo no quiero sino lo que Él quiere? Y Él no quiere sino lo que es bueno, santo, generoso, noble, puro, sublime, verdadero y digno, aunque la ruindad humana no siempre lo alcance á comprender así. Bendito sea el que es santo en todo, santo en sus obras, santo en su nombre y santo por excelencia.

«4.º Y su misericordia se extiende de generacion en generacion para bien de los que le temen.»

Pero esa omnipotencia va acompañada de la Justicia y Justicia eterna, y de la santa misericordia. Omnipotencia, omnisciencia, justicia y misericordia, eternidad, inmensidad, verdad absoluta, belleza típica y todos los demás atributos de la esencia Divina son una misma cosa, un mismo acto purísimo y simplicísimo (1), aunque la debilidad de la comprension humana los mire como diferentes. Distintos son sus actos, pero ellos no son diversos. Tememos la justicia, pero la acatamos: pedimos la misericordia y la bendecimos. Por eso habla de la misericordia antes que de todo, y de misericordia para los que temen su santa y rectísima Justicia. Pero ¿con qué temor?

—No con el temor de los siervos á quienes amedrentan la pena, los azotes y el castigo, sino el santo temor filial, el temor del amor, á quien no duele el castigo sino la ofensa de la persona amada, aquel temor santo y sublime que es principio, no de la ciencia, sino de la *sabiduría*, que es mas que la *ciencia* y que todas las ciencias reunidas (2).

«5.º Esforzó el poderío de su brazo, y desbarató los conatos que abrigaban los soberbios en su corazon.»

Después de hablar del santo Temor de Dios y de la misericordia que usa con los justos y sencillos, pasa á exponer los actos de su Justicia contra los soberbios, haciendo alarde de su Omnipotencia significada metafóricamente por el brazo. *Hizo poder en su brazo* tendríamos que traducir literalmente, y las traducciones de esta frase al castellano varían mucho. ¿Quiénes son los soberbios aludidos aquí por la humildísima Virgen? ¿Aludirá á tiempos remotos, á los soberbios que dominaban por entonces, ora entre los paganos, ora entre los Israelitas? En verdad que parece esto segundo lo mas probable. Jesucristo, Dios y Hombre, se ha encarnado en su seno, buscando por Madre la pobre mujer de un humilde artesano, allá en Galilea, rincón de Palestina, en Nazareth, rincón de Galilea. No ha ido á buscar Madre en Roma, ni en el palacio de Augusto, ni aun en Jerusalem y en los alcázares de Sion, en donde residen los orgullosos Escribas engreidos con su saber, que enseñan y no practican lo que enseñan, que dirigen á otros y fuercen

(1) *In Deo omnia (attributa) sunt unum et idem, ubi non mediat relationis oppositio*: es axioma teológico.

(2) *Initium sapientie timor Domini*.

lo suyo. Tampoco ha entrado en las ostentosas de los opulentos Fariseos, que aparentan virtudes que no tienen, que viven cómodamente fingiendo austeridad y ayunos, haciendo servir la Religion para fines políticos y para allegar riquezas: ni menos alterna con los Herodianos indiferentistas en Religion, aduladores corrompidos, ateos prácticos, avaros y glotones, enemigos de la independencia de su patria, estafadores de los Israelitas para congraciarse con los Romanos y con el tirano que habian impuesto al pueblo de Dios, robándole su libertad con malas artes, como la habian robado también por entonces á la noble raza Ibérica, también monoteista en su mayor parte, como los buenos Israelitas.

Es verdad que todos ellos, todos los soberbios, lo mismo los Romanos que los Herodianos, los triunfadores tiranos que los servidores bajos y cortesanos del despotismo; lo mismo los Fariseos que los Escribas, los poderosos del dinero y los orgullosos del saber humano, hipócritas de virtudes, están ya juzgados á los ojos de Dios, que habla por boca de su Santa Madre, y esta prelude los anatemas, que un día lanzarán contra ellos los dos niños que aun no han nacido; hijo el uno de la que canta arrobada en santo éxtasis, y el otro de la que escucha absorta en no menos santo arrobamiento. Para Dios no hay futuro; lo que ha de suceder está ya sucediendo. María escucha la voz del que salta en el vientre de Santa Isabel, el cual gritará dentro de poco á esos soberbios: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira que viene sobre vosotros?... ya está la segur al pié del árbol!» frases que repetirá el Hijo-Dios, casi con las mismas palabras y mas de una vez.

En vano es que oculten en lo interior de su corazon esos deseos infames y sus arterías: Dios lee en el interior de los corazones: la hipocresía que no engaña á los discretos, ¿cómo le engañará á Él? No será de los soberbios y orgullosos de donde salga el Mesías, ni serán ellos los que aprovechen su dominacion. Ellos esperan un Rey belicoso como David, magnífico y brillante como Salomon, y no recuerdan que un Profeta les dice:— «Mira tu Rey, que viene hácia tí lleno de mansedumbre (1).»

6.º «A los poderosos abatió de su asiento, y ensalzó á los humildes.»

La idea del ensalzamiento de los humildes y del abatimiento de los poderosos que abusan de su poderío se hallaba arraigada entre los Israelitas, y la consignan el libro de Judit y varios pasajes de los Salmos, pero nadie podía preconizarla como la Virgen María. Ninguna criatura tan perfecta como ella, y con todo ninguna tan humilde, y en su humildad habia sido ensalzada al asiento de gloria mas sublime á que ha llegado ni llegará ninguna criatura, ni los Arcángeles, ni los Tronos, ni los Serafines. Y ¡cuántas otras Princesas ricas y poderosas en Israel y llenas de orgullo y de soberbia se habrían

(1) *Eccce Rex tuus venit tibi justus et Salvator ipse pauper et ascendens super asinam*.

El Profeta Zacarías, cap. IX, vers. 9. En el Evangelio de San Mateo (21, vers. 5), al aludir á este pasaje en la entrada de Jesu-Cristo en Jerusalem, se dice: *Eccce Rex tuus venit tibi mansuetus*.

creído dignas de la gloria de ser Madres del Mesías! Mas el Señor que no se pára en exterioridades y para quien el oro codiciado por el hombre no es mas que barro despreciable, vió corrompido el corazón de ellas, volvió su rostro á otra parte, y buscó la modesta doncella rica en tesoros de humildad y gracia.

7.º «A los hambrientos colmó de bienes, y á los ricos envió de vacío.»

Preludia aquí la Virgen María el sermón de la montaña, con las bienaventuranzas que había de predicar su Hijo algún día, cambiando radicalmente las ideas del mundo. Pone este la felicidad en las riquezas y el dinero: con él se compran todos los placeres, y la felicidad mundanal consiste en gozarlos. Antes de que naciera Epicuro habían existido en el mundo millones de epicúreos, como los ha habido, los hay y los habrá siempre, aunque no lleven ese nombre, ni profesen sus doctrinas. La filosofía de ese positivismo sensualista se reduce á una fórmula—la felicidad consiste en gozar y satisfacer todos los apetitos: la puerta que abre ese cielo es el dinero: la felicidad, por tanto, consiste en el dinero y en ser ricos: ¡el cielo es para los ricos!

Contra esta filosofía de entonces y de ahora dice Jesucristo:—«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos se hallarán satisfechos.....»

María toma esta idea, y en su éxtasis lo ve cumplido ya. Jesús anuncia á sus discípulos que la felicidad no está en los goces terrenos: llama felices á los que serán pobres, pero pobres de espíritu: llama felices á los que tendrán hambre, pero hambre y sed de justicia. La pobreza á la fuerza y mal llevada no es la pobreza de que habla Jesucristo, ni el hambre desechada y envidiosa del mendigo holgazán: es otra pobreza, es otra el hambre de que habla en su Evangelio y en sus Bienaventuranzas y también María que la conoce, practica, aprecia, y prefiere la pobreza voluntaria, generosa, laboriosa, humilde, resignada, risueña, limpia, aseada y contenta con la voluntad de Dios. Ella, descendiente de Reyes y de sacerdotal familia, criada en el templo, es mujer de un pobre carpintero, y cuando el Ángel le anuncia la mayor gloria para una mujer, lo que no han logrado las Princesas mas bellas y mas ricas del mundo, á pesar de sus anhelos, y la mayor felicidad que puede haber en la tierra, solamente ha encontrado una palabra para abatirse:—«Hé aquí la sierva, la esclava del Señor.»

Por eso entona en su cántico sublime los loores de la pobreza santa, de la abnegación, de la privación de goces y placeres terrenales simbolizada en la parsimonia, el ayuno y el hambre, y compendia las bienaventuranzas como ya cumplidas, como realizándose en ella.—«¡A los hambrientos colmó de bienes!» Pero no temporales, sino espirituales; no caducos y pasajeros, sino verdaderos y seguros, de aquellos bienes inefables que preparó Dios á los que le aman de veras; que ni el entendimiento puede comprender, ni la frase

humana expresar, aun vistos en enigma y como reflejados en espejo (1). Todo esto y mucho mas se compendia en esa frase al parecer tan sencilla:—«A los hambrientos colmó de bienes, á los ricos envió de vacío.»

8.º «Acogió á Israel su siervo acordándose de su misericordia, como lo había dicho á nuestros Padres, á Abraham y á sus descendientes para siempre.»

Este es el epílogo de su cántico.

Las Profecías y las promesas quedan cumplidas. Ya ha nacido la mujer que ha de aplastar la cabeza de la serpiente, y la simiente de esta mujer, su Hijo, el Redentor y el Mesías está engendrado. Se va á predicar en breve la buena nueva, el Evangelio, y comenzar la Iglesia Cristiana que ha de durar por los siglos de los siglos, aun despues del fin del mundo, pues cuando falte la militante en la tierra y, cerrado el purgatorio, pasen todos sus moradores á la gloria, quedará la Iglesia triunfante por toda eternidad en la vision beatífica del sumo Bien y la divina belleza. Así que María en este versículo compendia toda la historia sagrada: la promesa á los primeros Padres, reiterada á Abraham, en cuya descendencia se concreta ya la venida del Mesías, para lo cual su familia se propagará de modo que forme un pueblo fiel y escogido, que adore á Dios único y verdadero y sea depositario de la revelación y de la tradición: el cumplimiento de esta promesa y de las revelaciones, en su persona, la cual ha sido elegida para ello en la descendencia de Abraham, como Abraham fué elegido entre todos los que en su tiempo poblaban la tierra, y esta promesa hecha á Adán, concretada en Abraham, y cumplida ya á la sazón en María, durará lo que la Iglesia Santa por toda una eternidad. Abraza, pues, ese breve epílogo el pretérito remoto, el próximo, el presente y el porvenir.

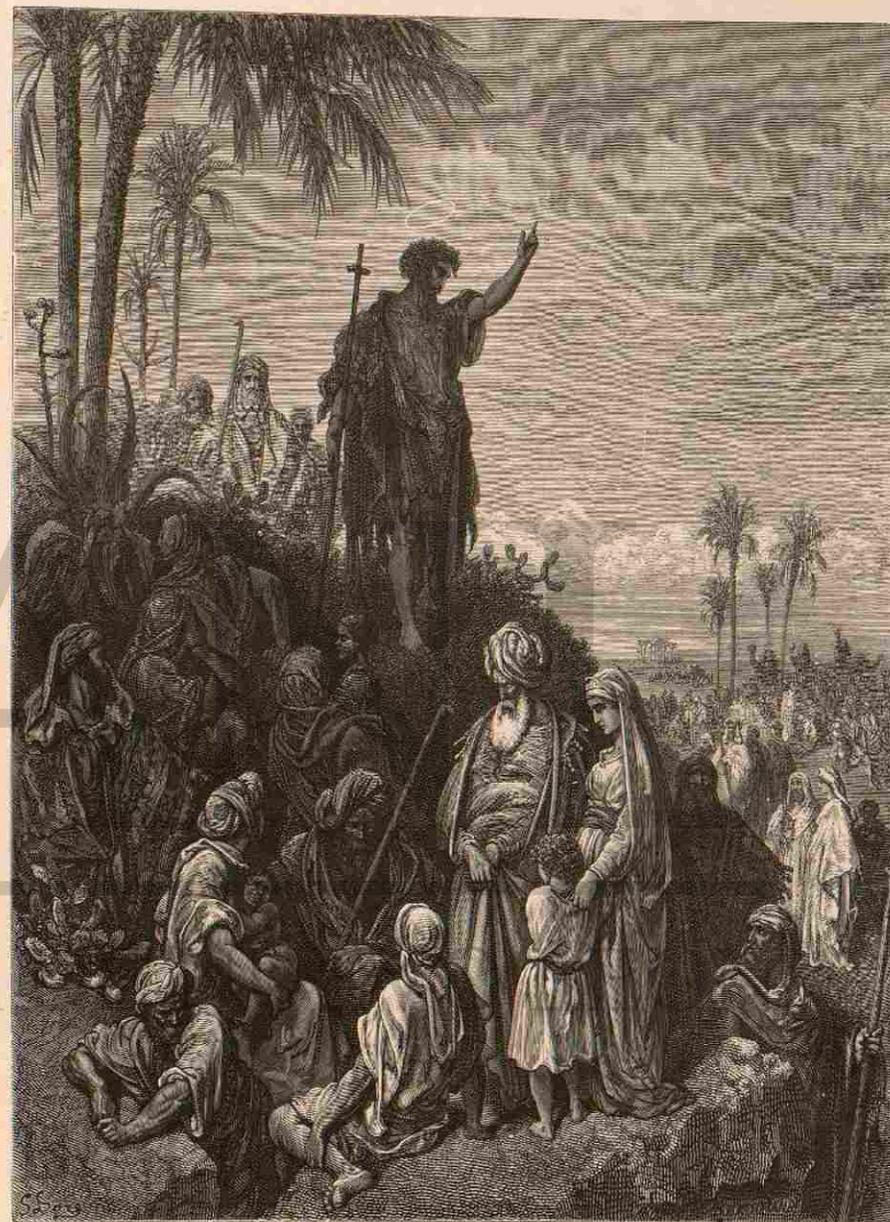
Respira el conjunto de este cántico una suavidad, una gratitud, una sencillez, una bondadosa dulzura, un amor ardiente de Dios, que no se halla en ningún otro. Desde el primer versículo al último, María tiene los ojos fijos en Dios: de Dios habla en el primero cuando *magnifica* al Señor, no con los labios, sino con el alma (*Magnificat anima mea Dominum*); en Él los tiene fijos cuando habla de sí, como de priesa, como de corrida, y eso para humillarse, reconociendo que todo se debe á Dios y nada á ella: en Él los tiene fijos al recordar su omnipotencia, su misericordia, su justicia y su bondad: en Él los tiene, finalmente, cuando recuerda el cumplimiento de las promesas. Hay el mas puro y santo erotismo, el sentimiento verdaderamente estético, que se deriva de la unidad, y unidad de ideal, de pensamiento, de contexto, de expresión, referido al ideal del *bello ideal*, que es Dios y nada mas que Dios. Porque, á la verdad, ¿qué es el hombre respecto de la naturaleza que le supera, le arrastra, le aniquila? ¿Y qué la naturaleza, orden de Dios en lo criado, sin el cual ni existe ni existiera?

(1) *Oculus non vidit nec auris audivit*, como decía San Pablo, *que preparavit Deus iis qui diligunt eum*. (Epístola 1.ª á los de Corinto, cap. II.)

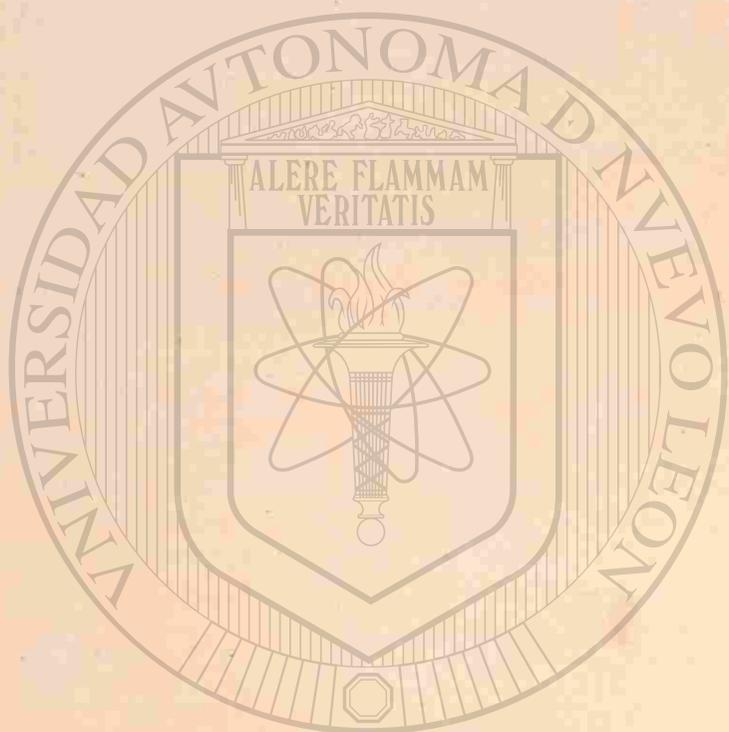
Y en otro paraje dice: *Videmus nunc per speculum in enigmo*. (1.ª á los de Corinto, cap. XIII, vers. 12.)

Tal es la síntesis del cántico *Magnificat*, después de haber hecho su análisis parte por parte, verso por verso.

María tiene que figurar la primera entre las mujeres inspiradas y entre las poetisas. Safo y otras poetisas paganas habían cantado el amor humano, sensual, á veces y por mejor decir, la mera lascivia, que toma siniestramente el nombre de *amor*. María no canta ni la victoria, ni la independencia, ni la libertad, ni el patriotismo, ni la fecundidad tardía y agradecida, sino á Dios, la grandeza de Dios, el amor á Dios y el amor de Dios, y enseña á cantarlo á los vates cristianos desde San Juan Evangelista hasta Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, y los que antes y después de estos cantaron y cantarán el amor Divino en nuestra patria y fuera de ella.



PREDICACIONES DE SAN JUAN BAPTISTA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XII

NACIMIENTO DEL BAUTISTA: REGRESO Á NAZARETH

*Mansit autem Maria cum illa quasi mensibus tribus:  
et reversa est in domum suam.  
Elisabeth autem impletum est tempus pariendo,  
et peperit filium. (San Lucas, cap. 1.º, vers. 56 y 57.)*

**A**sistió María al parto de Santa Isabel y nacimiento del Bautista? La narración de San Lucas parece indicar que no. «María permaneció con Santa Isabel como unos tres meses y se volvió á su casa. Mas á Elisabet le llegó el tiempo de parir y dió á luz á su hijo.» Pasa en seguida á referir los prodigios que ocurrieron en el nacimiento del Bautista, la recuperación del habla por San Zacarías, el precioso cántico de este (*Benedictus*) y el pasmo que produjo en las montañas de Judea este conjunto de maravillas. Fundados en el contexto de la narración de San Lucas, muchos historiadores de la Virgen suponen que no se halló en el parto. Lo contrario parece mas verosímil. Orsini, que aborda esta cuestión, dice así: «No se sabe de un modo preciso si la Madre de Dios asistió al parto de Elisabet. Orígenes, San Ambrosio y otros graves autores, así antiguos como recientes, se declaran por la afirmativa, y esta opinión es la mas verosímil, porque hubiera sido muy extraordinario que María, después de haber pasado tanto tiempo en casa de su parienta, la dejase bruscamente en la hora del peligro y sin algun motivo razonable que justificase una marcha tan intempestiva como precipitada.

»Los Teólogos que han abrazado la opinión contraria á la de Orígenes y San Ambrosio, se apoyan principalmente en el pasaje de San Lucas, que no habla del parto de Santa Isabel sino después de haber consignado el regreso de la Virgen á Galilea. Nos ha parecido que esto merecía la pena de mirarlo bien, y, en efecto, examinando escrupulosamente su Evangelio, nos hemos convencido, salvo error, de que esa razón no es concluyente; porque San Lucas suele hacer esas trasposiciones de lo que se pueden citar otros dos ejemplos análogos. Después de haber narrado la predicación de San Juan Bautista y anunciado su prisión, habla en el versículo siguiente del bautismo de Jesu-

cristo, suceso que indudablemente tuvo lugar antes de la prision del Bautista. Refiriendo la adoracion de los pastores, San Lucas se extiende sobre la narracion maravillosa que hicieron de su ida á la gruta de Belén y del asombro que esto causó á todos los que lo oyeron; despues de lo cual vuelve la narracion á tratar de la escena suspendida de la adoracion, y cuenta que los pastores se marcharon del establo. Hé aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista. Estas razones muy eficaces y la poderosa autoridad de San Ambrosio me hacen creer sin vacilacion que la Santa Virgen no abandonó á su prima en los momentos de su parto.

Pero los autores que opinan de otro modo, además de tener en cuenta el método que emplea San Lucas para narrar el regreso de la Virgen á su casa, alegan razones de decoro para motivar que María se retirase de casa de Santa Isabel antes del parto de esta. Dícese que las doncellas no asistian á los partos. Esto parece muy regular, pero María era casada: su virginidad era un secreto; y es mas, ella estaba en cinta y dentro de pocos meses habia tambien de parir. Alegan tambien los hábitos de retiro de la Virgen y su afición á la soledad, para inferir que la Santísima Virgen, poco aficionada á fiestas y bullicios, procuraría huir de ellos, «cual tierna paloma espantada,» segun la frase del mismo Orsini. Por esa cuenta tampoco debia haber asistido á las bodas de Caná, y ello es que asistió con su Divino Hijo. Tiene, pues, razon Orsini para concluir diciendo, que «María pudo conciliar su poca inclinacion al mundo con aquel sentimiento exquisito de delicadeza que le atribuyen los Santos Padres: debió, pues, permanecer bajo el techo sacerdotal de Zacarías hasta que su santa Esposa estuviera fuera de peligro, y en seguida, huyendo de la admiracion, que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías.»

La opinion de que María asistió al parto de Santa Isabel se halla tan generalizada en España, que seria fácil citar los retablos de muchas iglesias en que se representa el nacimiento del Santo Precursor de Cristo, en todos los cuales constantemente los artistas ponen en los cuadros y relieves á San Juan Bautista en los brazos de su Santa Tia. No es fuerte este argumento para probar la exactitud del hecho, pero lo es para manifestar la general y tradicional creencia de que así pasó.



## CAPITULO XIII

### VIAJE Á BELEN

*Ascendit autem et Joseph à Galilea de civitate Nazareth in Judæam in civitatem David, quæ vocatur Bethlehém, eo quod esset de domo et familia David, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnantæ. (San Lucas, cap. 2.º)*

**Q**UERCA de medio año habia trascurrido desde el regreso de María á Nazareth y el restablecimiento de la tranquilidad en el casto pecho de su santo Esposo, cuando un acontecimiento político vino á turbar el orden doméstico de aquella pobre vivienda, ya que no la paz inalterable entre los santos esposos. Acercábase el tiempo en que á estos se agregara la tercera entidad que viene á constituir lo que se llama *familia*, segun el mandato Divino de crecer y multiplicarse, viniendo el hijo á completarla en esa asimilacion de esta sociedad formada por Dios á imagen de su Trinidad Santísima, en cuanto puede asimilarse lo humano á lo Divino, lo inferior é imperfecto á lo perfectísimo y supremo, y en esta familia Santa y Santísima, modelo de las familias cristianas, era una persona de la Trinidad Santísima la que venia á completarla sobrenatural y misteriosamente, haciendo de hijo de José y siéndolo de María el que era desde la eternidad hijo del Eterno Padre, el Verbo.

Pero el Redentor del mundo debia nacer en Belén. La Escritura Santa lo advertia así bien claramente, y María versadísima en su estudio no lo ignoraba. Mas ella vivia en Nazareth. ¿Faltaría lo que habia anunciado el Profeta? ¿Habria mudado sus decretos el Altísimo? ¿Se deberian entender en sentido figurado aquellas palabras de que saldria de Belén, la pequeña ciudad Efratea, el que habia de ser dominador de Israel, y cuya salida desde la eternidad era esperada por todos los que sabian la promesa de la venida de un Redentor? Motivo habia para dudas y cavilaciones; pero María ni duda, ni vacila, ni se preocupa con esta ardua cuestion. Ella no habia descado ni pedido el ser Madre de Dios: en su profunda humildad ni podia ocurrírsele que fuera la elegida para tan altísima dignidad. Obra era de Dios la encarnacion milagrosa, palabra era de Dios la profecía, á

cristo, suceso que indudablemente tuvo lugar antes de la prision del Bautista. Refiriendo la adoracion de los pastores, San Lucas se extiende sobre la narracion maravillosa que hicieron de su ida á la gruta de Belén y del asombro que esto causó á todos los que lo oyeron; despues de lo cual vuelve la narracion á tratar de la escena suspendida de la adoracion, y cuenta que los pastores se marcharon del establo. Hé aquí lo que nos ha hecho adoptar la opinion de San Ambrosio, cuya probabilidad salta á primera vista. Estas razones muy eficaces y la poderosa autoridad de San Ambrosio me hacen creer sin vacilacion que la Santa Virgen no abandonó á su prima en los momentos de su parto.

Pero los autores que opinan de otro modo, además de tener en cuenta el método que emplea San Lucas para narrar el regreso de la Virgen á su casa, alegan razones de decoro para motivar que María se retirase de casa de Santa Isabel antes del parto de esta. Dícese que las doncellas no asistian á los partos. Esto parece muy regular, pero María era casada: su virginidad era un secreto; y es mas, ella estaba en cinta y dentro de pocos meses habia tambien de parir. Alegan tambien los hábitos de retiro de la Virgen y su afición á la soledad, para inferir que la Santísima Virgen, poco aficionada á fiestas y bullicios, procuraría huir de ellos, «cual tierna paloma espantada,» segun la frase del mismo Orsini. Por esa cuenta tampoco debia haber asistido á las bodas de Caná, y ello es que asistió con su Divino Hijo. Tiene, pues, razon Orsini para concluir diciendo, que «María pudo conciliar su poca inclinacion al mundo con aquel sentimiento exquisito de delicadeza que le atribuyen los Santos Padres: debió, pues, permanecer bajo el techo sacerdotal de Zacarías hasta que su santa Esposa estuviera fuera de peligro, y en seguida, huyendo de la admiracion, que nunca dejaba de excitar, dejó las montañas de la Judea, despues de haber abrazado y bendecido al nuevo Elías.»

La opinion de que María asistió al parto de Santa Isabel se halla tan generalizada en España, que seria fácil citar los retablos de muchas iglesias en que se representa el nacimiento del Santo Precursor de Cristo, en todos los cuales constantemente los artistas ponen en los cuadros y relieves á San Juan Bautista en los brazos de su Santa Tia. No es fuerte este argumento para probar la exactitud del hecho, pero lo es para manifestar la general y tradicional creencia de que así pasó.



## CAPITULO XIII

### VIAJE Á BELEN

*Ascendit autem et Joseph à Galilea de civitate Nazareth in Judæam in civitatem David, quæ vocatur Bethlehém, eo quod esset de domo et familia David, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnantæ. (San Lucas, cap. 2.º)*

**Q**UERCA de medio año habia trascurrido desde el regreso de María á Nazareth y el restablecimiento de la tranquilidad en el casto pecho de su santo Esposo, cuando un acontecimiento político vino á turbar el orden doméstico de aquella pobre vivienda, ya que no la paz inalterable entre los santos esposos. Acercábase el tiempo en que á estos se agregara la tercera entidad que viene á constituir lo que se llama *familia*, segun el mandato Divino de crecer y multiplicarse, viniendo el hijo á completarla en esa asimilacion de esta sociedad formada por Dios á imagen de su Trinidad Santísima, en cuanto puede asimilarse lo humano á lo Divino, lo inferior é imperfecto á lo perfectísimo y supremo, y en esta familia Santa y Santísima, modelo de las familias cristianas, era una persona de la Trinidad Santísima la que venia á completarla sobrenatural y misteriosamente, haciendo de hijo de José y siéndolo de María el que era desde la eternidad hijo del Eterno Padre, el Verbo.

Pero el Redentor del mundo debia nacer en Belén. La Escritura Santa lo advertia así bien claramente, y María versadísima en su estudio no lo ignoraba. Mas ella vivia en Nazareth. ¿Faltaría lo que habia anunciado el Profeta? ¿Habria mudado sus decretos el Altísimo? ¿Se deberian entender en sentido figurado aquellas palabras de que saldria de Belén, la pequeña ciudad Efratea, el que habia de ser dominador de Israel, y cuya salida desde la eternidad era esperada por todos los que sabian la promesa de la venida de un Redentor? Motivo habia para dudas y cavilaciones; pero María ni duda, ni vacila, ni se preocupa con esta ardua cuestion. Ella no habia descado ni pedido el ser Madre de Dios: en su profunda humildad ni podia ocurrírsele que fuera la elegida para tan altísima dignidad. Obra era de Dios la encarnacion milagrosa, palabra era de Dios la profecía, á

Dios correspondía solamente poner de acuerdo su palabra con su obra, y á ella dejarse llevar de su voluntad santísima, cual nave que va á entrar en el puerto impelida por la marea y las suaves brisas que hinchén sus velas por la popa.

Los momentos se acercan: el modesto equipo del recién nacido está ya preparado por las santas y virginales manos de María. ¡Cuántas lágrimas silenciosas habrían caído sobre aquellos pobres pañales, al considerar la discreta y purísima doncella la pobreza de las telas que habían de envolver al Hijo de Dios! Pero su fortuna temporal no alcanzaba á más, y si el Mesías había de preferir la pobreza y la penuria al fausto y la opulencia, al oro y á las riquezas de la tierra, ¿sería ella quien modificase los decretos del Hijo de Dios é hijo suyo, buscando para Él lo que Él desprecia? Para quien crió el oro y el barro ó formó aquel de este, ¿será más el barro que el metal luciente y codiciado? Pero ella es Madre, y como tal quisiera para el Hijo de sus entrañas todas las comodidades, todos los regalos, todo el bienestar, que una buena Madre anhela siempre para su Hijo.

De pronto resuena en el rincón de Galilea, donde está Nazareth, una noticia extraña que, anunciada á voz de pregonero y de orden de las autoridades, cunde por el pueblo y llega á los oídos de los castos esposos. El Emperador de Roma, César Augusto, ha mandado hacer un empadronamiento general, y el prefecto Cirino, que manda á la sazón en Palestina, quiere que se haga, no solamente por capitación y vecindad, sino además teniendo en cuenta el origen troncal y procedencia de familia, cosa muy sabida y respetada entre los Israelitas, que por su ley tenían en mucho la razón de troncalidad y abolengo.

No eran los Israelitas muy aficionados á tales empadronamientos, pues para las peleas fiaban más en el favor de Dios que en la fuerza de la multitud, y para la producción esperaban más de la bendición del cielo que de la fertilidad de sus terrenos. David había mandado hacer un empadronamiento general y en vano se lo había vituperado Joab, su general y ministro, conociendo bien que en ello había un arrebato de orgullo. Dios castigó aquella medida política de David, al parecer de buen gobierno, pero insensata en realidad, dado el modo de ser y la fe de los Israelitas. ¡Cuántas medidas por el estilo, idóneas entre los herejes, vituperará Dios entre los católicos!

Pero los Romanos no tenían la fe de los Israelitas. Dios en sus altísimos fines los había tomado como medio para establecer la unidad política necesaria para la propagación del Evangelio y establecimiento de la unidad cristiana, en medio del fraccionamiento de heterogéneas nacionalidades, reyertas de razas, atrasos de civilización y cultura y falta de comunicaciones entre los países. Eran, pues, los Romanos el glúten de que Dios se valía para amalgamar la humanidad formando un solo Estado de aquellos elementos heterogéneos que amasaba la política romana por la astucia y por la fuerza, á las cuales acompañaba generalmente la perfidia. Con malas artes habían robado á los Israelitas sus libertades y franquicias y su patriótica independencia. Conservaban estos su Religión y su ley, sus magistrados, sus costumbres y sus predios; pero tenían que pagar tributo al César, tenían

guarniciones de soldados extranjeros en los presidios y castillos, tenían que presenciar las abominaciones del culto idolátrico, veían cruzar sus campos por piaras de animales inmundos, cuya crianza les era prohibida, como también el comer sus carnes muy insalubres en aquellos climas.

Es verdad que tenían por Rey á Herodes, casi paisano suyo y casado con una bella Israelita, el cual había mejorado y engrandecido el templo por congraciarse con ellos, tachonando de oro sus paredes como en los buenos tiempos de Salomón, amable indiferentista adelantado á su siglo, como diríamos ahora, que sin creer en Dios sino muy poco, le obsequiaba por miras políticas, para quien la Religión era un medio, no un fin. Pero este Rey era un parásito, dependía de los Romanos, era feudatario suyo, tenía que ser instrumento de sus miras y de su tortuosa política, sin lo cual le hubieran destituido, desterrado ó quizá crucificado como al más miserable esclavo. Un publicano de Roma, recaudador de tributos y que se quejara de él, podía comprometerle. Es verdad que tenía una corte y tenía aduladores; pero estos no pasaban de ser parásitos de un parásito. El Rey verdadero estaba en Roma: de allí salía la vida política, la económica, la jurídica y toda clase de vitalidad social.

Y no era solamente en Palestina donde esto sucedía: igual suerte había cabido por el mismo tiempo á la no menos desgraciada Península ibérica, cuyos habitantes en general se asimilaban algo á los Israelitas en el culto de un solo Dios, al que no daban nombre. Sencillos y de costumbres puras y patriarcales, vivían independientes y felices, contentos con poco, cuando unos en pos de otros vinieron á explotar sus riquezas y explotarlos á ellos los habitantes de Tiro y de Fenicia, los Griegos y los Cartagineses y en pos de estos los Romanos, peores que todos. Presentáronse también como amigos y auxiliares de una colonia casi extranjera, oprimida por sus rivales los Cartagineses. Ingiriéronse en los asuntos del país, sembraron por do quiera rencillas y discordias, crearon antagonismos, hicieron pelear razas contra razas, comarcas con comarcas, pueblos contra pueblos, apoyando con piedad fingida al que caía para apagar los bríos del vencedor y que no llegara este á verse pujante. En vano los indomables Celtiberos pelearon briosamente contra ellos durante doscientos años; mientras que los Cantabros desde sus montañas veían impasibles la guerra si no la fomentaban. El águila de Roma cerniéndose sobre sus montañas se aposentó también sobre ellas y logró dominarlas. Terminada la guerra cantábrica cayó la tierra, viéndose esclava de Roma, y el César orgulloso en medio de sus triunfos quiso recontar sus vasallos, pues los que se apellidaban libres apenas lo eran en realidad.

Al oír San José el imperial edicto que le llamaba á Belén, próximo ya el alumbramiento de la Virgen, vió desplegarse ante sus ojos el cumplimiento de las profecías. Allí debía nacer el Mesías, allí debía parir su joven esposa: el orgullo imperial venía á ser el medio de que se valía la Providencia para hacer que las profecías quedaran cumplidas. No había que vacilar: no era el mandato del Emperador, era la voz de Dios la que le mandaba

ponerse en camino para Belén, sin tardanza, sin vacilacion. No era el Emperador el que mandaba, era Dios quien mandaba al Emperador y se valia de él como de un instrumento de su sabiduría, que así lo tenia predispuesto desde la eternidad aun antes de criar al mundo, previsto en su sabiduría el pecado del primer hombre.

Los preparativos del pobre se hacen pronto: sus necesidades escasas, su ajuar corto y reducido, su costumbre de sufrir privaciones resignado y silencioso, su confianza en la Providencia, hacen que se decida pronto á dejar lo que tiene y llevar lo poco que necesita conducir. Ligera carga de ropa y provisiones queda colocada en breve sobre un jumentillo, que á la vez habia de conducir á la tierna doncella, descendiente de Reyes y de Sacerdotes, la cual en los últimos dias de su embarazo, y en medio del invierno, no halla mas comodidad para su viaje. Una mansa vaca acostumbrada á recibir pobre alimento de mano del bendito esposo y que conoce la voz cariñosa de su casta consorte, seguirá sus pasos y proporcionará con su leche frugal, barato y sano alimento á la santa pareja. Al cerrar esta su pobre casita de Nazareth despidiéndose de sus vecinos y saliendo de allí en los nebulosos dias del solsticio de diciembre, es muy posible que entonara el precioso salmo de su ascendiente David (1): «El Señor me dirige y nada me faltará: en sitio de pasto abundante me ha colocado.

»Agua me ha proporcionado para refrigerarme: volviómelo el alma al cuerpo.

»Llévome por los senderos de la justicia por amor de su nombre.

»Pero aunque tuviera que andar por parajes sombríos y expuesto á morir, no temeria los riesgos ni que me aconteciera mal ninguno.

»Tu vara para dirigirme, tu báculo para apoyarme, á eso se ha reducido mi consuelo.

»Has preparado delante de mí mesa abundante, á despecho de aquellos que me atribulan.

»Ungiste mi cabeza sudosa con óleo aromático; y ¡cuán excelente es ese bendito cáliz con que me proporcionaste la santa embriaguez de tu amor!

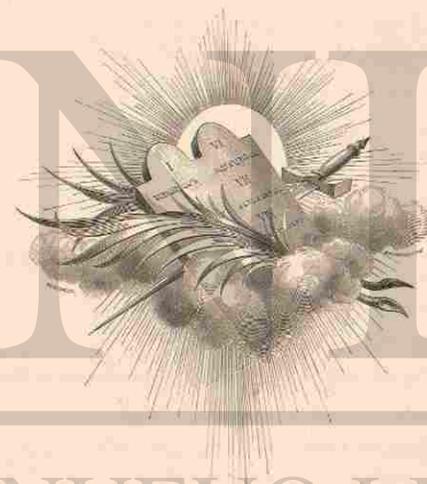
»Tu misericordia me seguirá todos los dias de mi vida, y de ese modo lograré al cabo habitar en la casa del Señor por muy dilatados dias.»

Parece este precioso salmo hecho á propósito para este caso: si no en forma visible, es indudable que los santos ángeles los acompañarian y servirian en forma invisible para los hombres, y visible probablemente para la Santa Virgen. Quizá en mas de una ocasion les proporcionarian improvisada mesa de sazonadas frutas, con blanco pan, dorados racimos y el panal intacto de la rica miel depositada por las abejas en el tronco del olmo y del añoso roble de las selvas, en aquella tierra, feraz entonces, donde corrían arroyos de miel

(1) Salmo 22 de David, que comienza con las palabras *Dominus regit me et nihil mihi deerit*. Dícese que lo compuso David, cuando andaba por los desiertos de Zif, perseguido por Saul. Ello es que este salmo es uno de los mas bellos, pues rebosa por todos sus conceptos ternura y confianza. Su sentido altamente eucarístico, hace que sea uno de los mas á propósito para recitarlo reposadamente despues de comulgar, meditando sus altísimos conceptos. Por ese motivo en vez de copiar cualquiera de las traducciones del Sr. Amat ó el P. Scio, se ha preferido dar su paráfrasis, ó traducción libre.

y leche, segun la promesa hecha á sus ascendientes (1). Las vidas de los Santos, las crónicas religiosas, las candorosas leyendas de los tiempos de fervor en la fe y de costumbres patriarcales y puras contienen numerosos casos de este género. ¿No haría Jesus por su piadosa y bendita Madre, y por su padre putativo, varon humilde y justísimo, lo que por varios siervos suyos, cuyas virtudes no igualaban con mucho á las de la santa pareja, que viajaba á Belén, guiada por Dios?

(1) Jeremias, cap. XXXII, vers. 22. *Et dedisti eis terram hanc quam jurasti patribus eorum ut daves eis terram fluentem lacte et melle.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XIV

EL PARTO DE LA VIRGEN: ADORACION DE LOS ANGELES

*Factum est autem, cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret:  
Et peperit filium suum primogenitum et pannis eum involvit,  
et recubavit eum in praesepe, quia non erat eis locus in diverso-  
rio. (San Lucas, cap. 2, vers. 6 y 7.)*

**D**ESPUES de cinco dias de penoso viaje por razon del estado de la Virgen, dieron esta y su esposo vista á la pequeña villa de Belén, situada sobre un cerrito, rodeada de viñas y añosos olivos. Afluían allí ricos viajeros descendientes tambien de la familia de David, que lo parecían mas en su opulencia, pero que apenas se dignarian echar una ojeada sobre la modesta pareja. ¿Cómo habian de reconocer sangre real en aquellos dos jóvenes tan pobremente equipados, cabalgando ella, aunque linda y graciosa, sobre una humilde pollina, y él á pié llevando en la mano modesto báculo (1), y sobre sus espaldas el saco con parte de su pobre equipaje? ¿Cómo habian de reconocerlos por parientes: los que montaban briosos corceles ó fornidos jumentos ricamente enjaezados, seguidos de camellos y otras cabalgaduras que llevaban sus provisiones y abundante recámara cubierta de ricos reposteros? Los divisaban de lejos, en breve los alcanzaban, saludaban ligeramente al emparejar, y pasaban de largo. Solamente otros, tan pobres como ellos, se hubieran dignado saludarlos con cariño, marchar á su paso y trabar esas conversaciones afectuosas, que la pesadez del viaje fácilmente convierte en familiares y expansivas confianzas.

Á la parte exterior de la poblacion y cerca de una de sus puertas se alzaba un edificio de forma particular: era la *caravansera*, el meson donde se albergaban los viajeros y las caravanas. Aunque los judíos eran, como son generalmente, laboriosos, no faltaban entre ellos holgazanes y amigos de vivir á costa del trabajo ajeno, acusando á la sociedad de

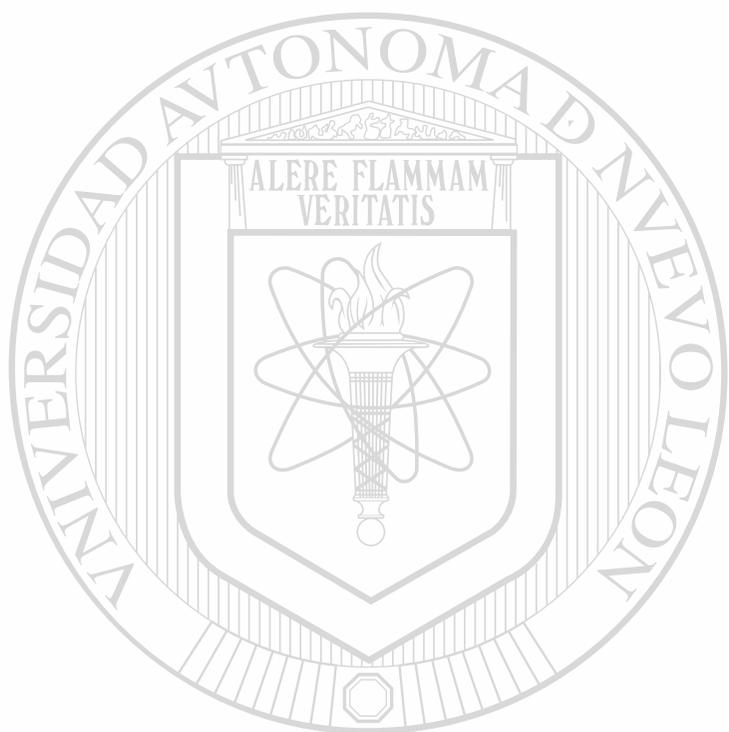
(1) Las religiosas de San José, en Ávila, primer monasterio de Carmelitas Descalzas fundado por Santa Teresa, poseen un bastón forrado de plata añilgranada, que la tradicion dice ser de San José, y se tiene por tanto en gran veneracion y estima.

haberlos desheredado, como si la sociedad tuviera la culpa de sus vicios é indolencia. Perseguidos en los pueblos huían á los campos, y salteaban á los pasajeros en los caminos. Además los idumeos y los samaritanos gozaban de mala reputacion y se les acusaba de desbalijar á los viajeros y arrieros que viajaban solos (1). Esta inseguridad de los caminos obligaba á los trajinantes y mercaderes á que se agruparan en caravanas para socorrerse mutuamente y auxiliarse en los frecuentes riesgos de sus viajes. Aunque la hospitalidad era y aun es una virtud practicada comunmente por los orientales, como por los antiguos patriarcas, mas fácilmente la practicaban los pobres que los ricos. El temor de ser robados hacia á estos guardar bien las puertas de sus casas, como tambien sucede ahora. Para evitarse tales molestias habian construido generalmente en los pueblos esas caravanseras ó albergues públicos, que todavia se conservan en aquellos países, donde el proverbial estacionamiento hace que las costumbres de hoy sean muy parecidas á las de hace dos mil años. Entra el viajero sin pedir permiso, coloca sus cabalgaduras donde puede ó donde quiere, si no hay otros viajeros, duerme sobre sus ropas puestas sobre una estera, come lo que lleva ó lo que compra, nada mas pide ni se le da, y sale de allí á continuar su viaje cuando le place, con un ligero saludo de despedida como saludó á la entrada.

Hablar de fondas, comparar á ellas las desnudas caravanseras del Oriente, y sobre todo de Palestina, seria un anacronismo. Aun esto faltó á los jóvenes y santos viajeros. Rebo-saba de gente la aldea de David, la caravansera estaba tambien enteramente llena, no habia en ella ni una estera que dar, ni un aposento cuya llave no estuviere ya en poder de otro. El minucioso narrador San Lucas, cuya encantadora relacion no olvida pormenores, con frases que en pocas palabras dicen mucho, lo consigna así: *quia non erat eis locus in diversorio*, no habia cabida para ellos en la posada.

Quizá tenian parientes próximos y reconocidos entre la multitud de parientes desconocidos y remotos que allí venian de todos los confines de la Palestina, pero ¿cómo acudir á ellos, y mas en aquel estado de pobreza y con una joven próxima al parto? Este era un motivo para excitar la caridad: quizá lo hubiera sido en otra ocasion, pero ¿cómo admitir en casa llena de gente á una joven en tal estado? La caridad hablaba muy alto en favor de esta, pero el egoísmo gritaba en contra, y á este por tanto se escuchaba. La tradicion supone á la Virgen y su Santo Esposo rechazados de las casas de los parientes y la historia indudable expresa que no hallaron albergue en la caravansera. Acercábase la noche y la tierna doncella sentia aproximarse el momento del parto, aunque sin dolores, pues no habiendo sido contagiada con el pecado de los primeros padres, tampoco le alcanzaba el anatema de parir en adelante con dolor, lanzado sobre la primera mujer. En la necesidad de buscar un abrigo, dirigió San José humildemente sus pasos hácia un establo fuera de la poblacion.

(1) El Evangelio tiene mas de una parábola alusiva á ladrones y salteadores. Es notable la del samaritano que se complace del pobre viajero robado y herido, á quien no socorren los que tenian mas obligacion por su estado sacerdotal, y por razon de paisanaje, al paso que debe toda clase de auxilios al samaritano extraño y desacreditado.



UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no había testigos, no había espectadores: solo el varón casto, justo, santo y humilde adivinaba lo que sucedía, pero también él veía el cielo bajo aquella figura al parecer vulgar, al parecer sencilla y pobremente humana.

Llegado el momento solemne previsto desde la eternidad, ofrecido por Dios, anunciado á los Profetas, esperado por los Santos Patriarcas, revelado á los Santos Angeles, acatado por San Miguel y los Angeles buenos y humildes, protestado por Luzbel y los querubens malditos por su orgullo, la tierna doncella de Nazareth dió á luz á su hijo, sin dolor, sin trabajo, sin esfuerzo, sin quebranto, sin impureza alguna (1), hermoso, limpio, perfecto, risueño, puro, inmaculado, inmaculado en el cuerpo y mucho más en su alma, saliendo del cuerpo de su Madre como pasa el rayo del sol por el cristal sin romperlo ni mancharlo.

El Evangelista San Juan lo dice en cuatro palabras á lo teólogo.

VERBUM CARO FACTUM EST

San Lucas, el narrador que no pierde de vista á María, lo refiere como historiador.

ET PEPERIT FILIUM SUUM PRIMOGENITUM

La Iglesia lo incluye en su símbolo y lo canta diariamente en mil templos.

ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO, EX MARIA VIRGINE, ET HOMO FACTUS EST

Y al pronunciar estas palabras inclinamos todos nuestra frente, y doblando la rodilla acatamos humildemente á Dios que nos hizo tanto bien, aun mayor bien que el de criar el mundo.

También María se prosternó en el pavimento de la humilde gruta, y dobló su frente y no se atrevió á mirar lo que tenía en sus manos. ¡Oh qué vértigo santo! ¿Cómo ver con los ojos del cuerpo al que venía viendo su alma de mucho tiempo atrás? A Moisés se le había dicho por Dios: «No me verá el hombre mientras viva: no podrá vivir si llega á verme» (2); ¡y ella iba á verle! ¡Y era Madre de Él! El amor de Madre venció; ¡¡verle y morir!! si era preciso morir por verle. Y sus hermosos ojos, azules como el cielo, empañados por el rocío de sus lágrimas, miraron el rostro del recién nacido, en el que se dibujaba una sonrisa, la primera sonrisa de Jesús niño, la sonrisa del niño que conoce á su Madre y la prefiere á todo y á todos.

El éxtasis había cesado: la vida había vuuelto, la sensibilidad se había reanimado: la

(1) Cuestiones se han promovido acerca del parto de la Virgen que ni aun nombrar, ni indicar queremos, respetando, no solamente la virtud y altas luces de las personas muy piadosas que las trataron, sino también lo que de cierto u opinable tengan. Pero la mayor cultura y delicadeza de nuestros tiempos no permite ya abordar tales asuntos, tanto más que solo ofrecen la satisfacción de una mera curiosidad, y á veces desacuerdo entre las revelaciones de personas muy piadosas acerca de las cuales nada ha definido la Iglesia. Omitense, pues, de intento tales noticias, puesto que las omiten todos los escritores modernos y con mucha razón; siguiendo la máxima de San Pablo: *No saber mas que lo que se debe saber, y aun eso con sobriedad.*

(2) *Non vidébit me homo et cetera.*

Virgen santa era doncella y Madre, tenía nuevos deberes que cumplir, y á la primera sonrisa de la Madre que se postraba para adorar á su Hijo, sin atreverse aun á tomar un ósculo tierno en sus benditos labios, absorta, atónita, embriagada de amor santo y de inefable dicha, correspondió la sonrisa del divino Infante, destinando después la segunda sonrisa al varón justo, á quien tomaba por padre en la tierra. Entonces el sentido maternal se despertó en la doncella con todos los delicados y dulces instintos de la maternidad, que la naturaleza, hija de la Providencia divina, deposita para ello y de antemano, cual rico tesoro, en el corazón de la mujer. Y quitando de su cabeza la modesta toca de blanco cendal, caliente con su propio calor, pues quizá no había fuego, le envolvió en ella y en los pobres pero limpios pañales de antemano preparados, y le reclinó en el pobre pesebre donde San José había colocado su capa de modo que sirviese de mullido y abrigo, de colchón y manta (1), y la capa sobre las pobres pajas sirvió de primer lecho al Mesías, al Redentor del mundo. Tampoco olvida el narrador San Lucas estos detalles, completando su relato al decir que María le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre. *Et pannis eum involvit, et reclinavit eum in presepio* (2).

La naturaleza hizo su oficio. Dios no la violenta aun cuando hace milagros, aun cuando hace cosas á que ella no alcanza, porque son sobre ella. Las cosas, imposibles para el reloj, son facilísimas para el relojero: lo mismo mueve las saetas hácia atrás que hácia adelante, aunque al reloj no le sea dado sino moverlas en aquella primera dirección. Y Dios hecho hombre lloró, y la Iglesia nos le presenta llorando y ceñido de estrechas fajas reclinado sobre paja en un pesebre (3).

(1) El doctor D. Francisco Conque, cura párroco de San Ginés de Madrid, publicó en 1798 un tomo en folio con el título de «Disertación teológico-canónica, en la que se trata del culto de las reliquias de los Santos.» Su objeto es defender un dictamen que había dado contra el culto de una reliquia de la capa de San José, y de paso la autenticidad de la que se venera como tal en la iglesia de Santa Cecilia en Roma. Refuta que la capa de San José sirviera de abrigo y mullido al niño Jesús; alegando que la Virgen le envolvió en pañales, según dice San Lucas. Pero ¿cómo eran los pañales suficiente abrigo para un niño recién nacido en paraje tan desamparado y frío?

Los Bolandos, tan excelentes críticos, siguiendo á Panciroli y otros escritores respetables, hablan con respeto de la capa de San José que se guarda en dicha iglesia y de la tradición de haber servido para el abrigo de Jesús: *partem pallii quo natum Salvatorem Sanctus Josephus excepit.*

(2) Sobre este pesebre y su traslación á la basílica Liberiana escribió en 1718, una curiosa disertación latina el canónigo lateranense D. Francisco Blanchini.

(3) Himno de Fortunato, que canta la Iglesia en las vísperas del Domingo de Pasión, y principia con las palabras:

*Pange lingua gloriosi  
Lauram certaminis*

En las primeras estrofas se refiere poéticamente la caída del primer hombre y su regeneración por la venida de Jesucristo en cumplimiento de la promesa hecha á nuestros primeros padres.

La tercera y cuarta dicen:

*Quando venit ergo sacri  
Plenitudo temporis,  
Missus est ab arce Patris  
Natus orbis conditor  
Atque ventre virginali  
Carne amictus proliit.*

*Vagit infans intus arcis  
Conditus presepio  
Membra pannis involuta  
Virgo mater alligat  
Et Dei manus foletaque  
Stricta cingit fascia.*

Lloroso gime el tierno infante  
 En estrecho pesebre reclinado:  
 La Virgen pura, como Madre amante,  
 Envuelve el cuerpo tan tierno y agraciado,  
 Fajando con respeto y con cariño  
 Los pies y las manos del Dios niño.

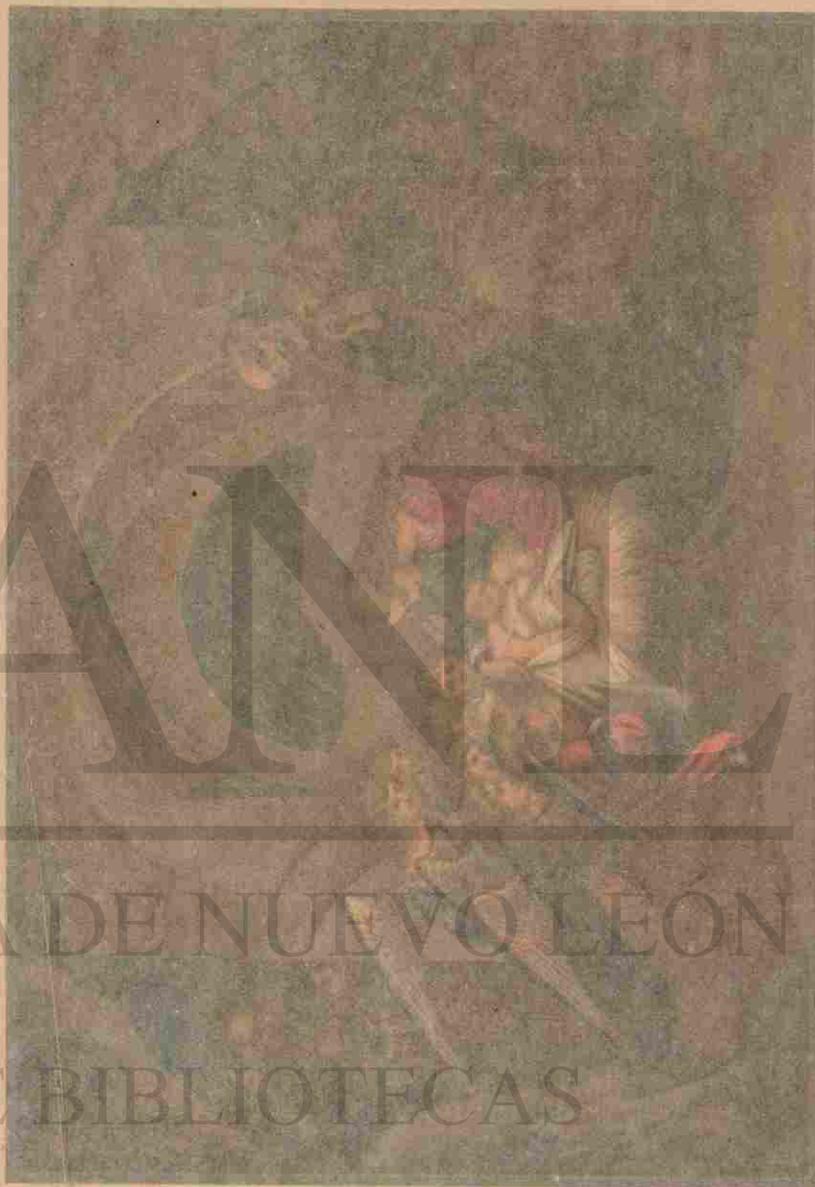
San Basilio nos presenta poéticamente á la Virgen Madre luchando entre dos tiernos y respetuosos afectos, el de la maternidad y el de la devoción. «¿Debo yo acercarme á Vos con el incienso ú ofreceros el alimento de mi pecho? ¿Debo prodigaros los cuidados maternales ó servirlos de rodillas como esclava hundiendo mi frente en el polvo de la tierra?»

La adoracion está hecha: satisfecho el deber entra el derecho, el cariño se sobrepone á la devoción, ó por mejor decir, la devoción que consiste en la espontaneidad del amor divino suavemente ejecutada toma la forma del cariño humano, y la tierna doncella, ya Madre, deposita su primer ósculo en la faz divina y riende de su hijo recién nacido.

Á su vez San José mudo de asombro, ilustrado por superiores luces interiores y exteriores, también se acerca al tierno infante reclinado en el pesebre, le contempla extático y absorto, le tributa su homenaje de respeto y de cariño á la vez, y recibe por premio de su devoción humilde la segunda sonrisa del Dios niño, á quien el mundo llamará su hijo, y de quien será en efecto padre putativo para salvar el decoro de su Madre y cuidar del amparo y subsistencia de ella, y del mismo Dios hecho hombre, que á su vez sustenta á todos.

Á la adoracion de los Padres siguió la de los Angeles, y ¡con qué humildad, con qué respeto! El misterio, la gran palabra estaba ya cumplida.

Allá en remotos siglos, en días angélicos, se les había anunciado que llegaría otro día, en tiempo computado muy bajamente, en que habían de adorar á un Sér de naturaleza inferior á la suya, material en algo, y los buenos habían creído y obrado, porque si la Fe es creencia, la humildad es acto, es obra, es caridad. Y al acatar los decretos de Dios, aunque parecieran rebajarlos, no solamente no se hallaron rebajados, sino que por el contrario se vieron enaltecidos y confirmados en gracia, mientras que el querubín mas hermoso rebelado en su orgullo contra aquel decreto y convertido en dragon caía precipitado con un solo gesto del Omnipotente, arrastrando en su caída la tercera parte de la celestial milicia que de estrellas brillantes se convertían en fuegos fatuos que despiden opaca y vacilante luz en medio de las tinieblas de los pantanos infernales. Y en vez de ellos había Dios criado otros seres compuestos en parte de espíritu como ellos, en parte de materia, y después de hacerlos algo menores que ellos los había destinado á ser coronados de honor y gloria y les había dado poderío sobre todos los otros seres materiales de la creación, y fuerza para resistir á las asechanzas de los espíritus maléficos caídos y vencerlos y burlarse de ellos, que no habían querido adorar á Dios tomando cuerpo y haciéndose hombre. Ya Dios al cabo de cuatro mil años, contados desde la creación del



LA PRIMERA ADORACION DE JESUS RECENACIDO

En la Colección de Pinturas de la Academia de San Fernando

®

En la Colección de Pinturas de la Academia de San Fernando

Quiero que el Señor me  
de un hijo que me  
de un hijo que me

Maria hubiera sido dos ternos  
de un hijo que me  
de un hijo que me

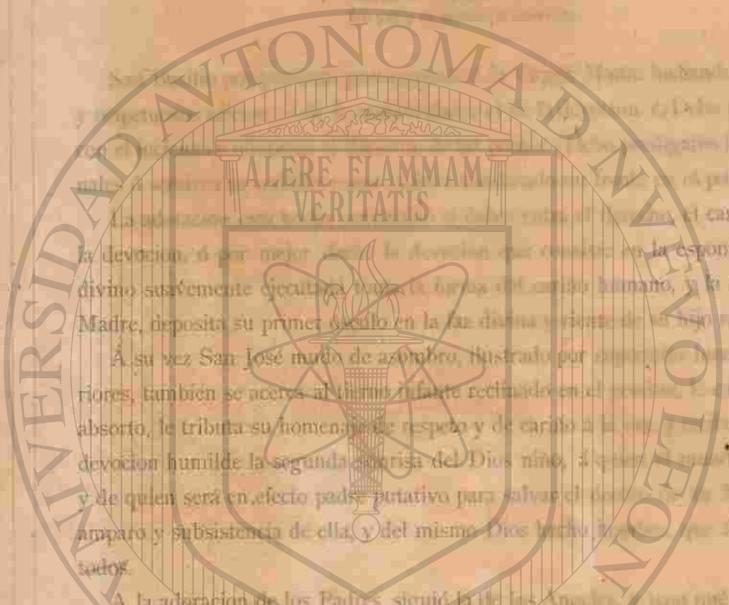
A su vez San José mudo de azobro, ilustrado por  
de un hijo que me  
de un hijo que me

A la adoración de los Padres siguió la de los Angeles,  
de un hijo que me  
de un hijo que me

Allá en remotos siglos, en días angelitos, se le  
de un hijo que me  
de un hijo que me

celestial m...  
de un hijo que me  
de un hijo que me

ellos había Dios...  
de un hijo que me  
de un hijo que me



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE



Martino y Simón E. Bazzola

LA PRIMERA ADORACION DE JESUS RECIENNACIDO

Copia de un dibujo de Overbeck

En la calle de Placeres

hombre (1), había nacido, y los que le habían adorado humildemente en los días angélicos según el decreto del Eterno, venían ahora á ratificar su homenaje cumplido en los días de los hombres. Quizá muchos de ellos vinieron en forma visible y los vió el mismo San José, como luego los vieron los pastores (2).

El Evangelista San Juan se ocupa con enigmático lenguaje de todo este suceso en el capítulo 12 del Apocalipsis, en que describe la predestinación de María, el orgullo de Lucifer y su caída vencido por San Miguel, la concepción y el parto de la Virgen, la adoración de los ángeles buenos, el regocijo de los cielos y de los buenos y la preservación inculme é inmaculada de la Madre del Salvador.

«Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer *vestida del sol*, teniendo la luna á sus piés y en la cabeza una diadema de doce estrellas (3).

»Y al verse en cinta clamaba para dar á luz y sufría al parir (4).

»Vióse también otra señal en el cielo: érase un dragon grande y rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas sobre sus siete cabezas. Y con su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, arrojándolas á la tierra.

»Paróse el dragon ante la mujer que iba á parir, á fin de devorar á su hijo así que pariese.

»Parió, pues, á su hijo varón, el que ha de regir á todas las naciones con cetro de hierro. Mas este hijo fué arrebatado á la presencia de Dios y á su mismo trono. Y por lo que hace á la mujer huyó á la soledad en donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la sustenten durante mil doscientos sesenta días.

»Y hubo un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles pelearon con el dragon y también este y sus ángeles contra aquellos, mas no pudieron prevalecer los malos ni quedó rastro de ellos en el cielo.

»Arrojado fué aquel gran dragon, la antigua serpiente (*la del paraíso*), que se llama *el diablo* y Satanás que seduce á todo el orbe. Mas este cayó á tierra y sus ángeles fueron lanzados con él.

»Oí, pues, una gran voz en el cielo que decía:—¡Ahora queda ya verificada la salvación, y triunfantes la virtud y el reino de Dios nuestro Señor, y el poderío de su Cristo: porque ya queda expulsado el acusador de nuestros hermanos, que día y noche estaba censurándolos ante la presencia de nuestro Dios!

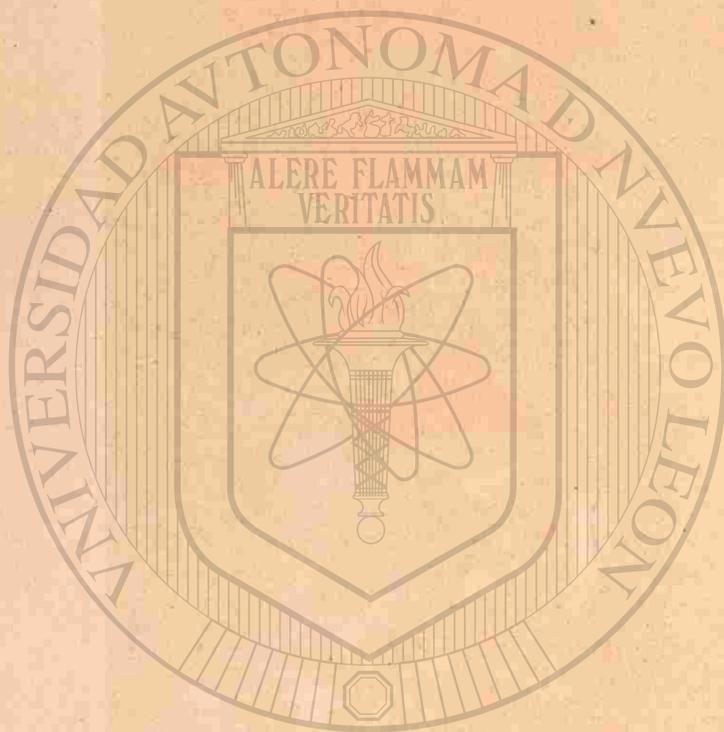
(1) Para las cuestiones prehistóricas, hoy día muy de moda y aun peligrosas por el giro que ha pretendido darles la impiedad, no debe confundirse la creación del mundo con la creación del hombre.

La fecha del nacimiento de Cristo ha sido muy controvertida: la opinión mas común la fija en el año 748 de Roma. Supónese que medió algun tiempo entre el segundo empadronamiento mandado por Augusto y el parto de la Virgen, por haberse hecho aquel no simultánea sino sucesivamente, yendo los censos ó encargados de hacerlo de país en país y de pueblo en pueblo. Ese segundo empadronamiento se hizo en el consulado de Cayo Marzio Censorino y Cayo Asinio Galo.

(2) La Ven. M. de Agreda dice que en el viaje á Belén acompañaban á la Virgen diez mil Angeles en forma visible.

(3) Por ese motivo se suele pintar á la Virgen con la diadema de las doce estrellas. Poco tiempo despues de la definición dogmática de la inmaculada Concepción mandó Su Santidad que se la pintase y esculpiera de ese modo.

(4) Se entiende en un sentido místico y elevado, pues la Virgen no padeció dolores de parto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

»Ya le han derrotado ellos mismos mediante la sangre del Cordero (*la pasión de Cristo*), y no han hecho aprecio de sus almas (*sus vidas*) poniéndolas en trance de muerte.

»Por tanto ¡regocijaos cielos, y los que habitais en sus alturas!»

Tal es el contenido de ese bellísimo pasaje del Apocalipsis en que San Juan, hijo adoptivo de la Santa Madre, describe con estro inspirado y mas que pindárico vuelo, cuanto supera la profecía á la poesía, los acontecimientos recónditos de la eternidad, la Encarnación del Verbo y su nacimiento decretada por el Eterno, la predestinación y preservación incólume de María refulgente como el sol, rodeada de célicos resplandores sobre su azulado manto limpio y puro como el de la celeste bóveda en noche serena, la luna á sus piés, la cabeza rodeada de las doce estrellas que le sirven de diadema, como la representa el arte cristiano y manda la Iglesia que se exhiba á nuestra veneración, pisando la cabeza del dragon maldito. Y luego se ve también aludidos los grandes misterios de la Concepción, de la Encarnación del Verbo, su nacimiento, su muerte como la de un Cordero, cuya sangre redime y salva al mundo, su Ascension, el retiro de la Virgen en los últimos dias de su vida, y á la vez la persecucion furiosa de la Iglesia por el dragon que queda en la tierra, mientras que se regocijan los cielos. Todo esto se contiene en ese admirable capítulo relativo á la vez á la predestinación eterna de la Encarnación del Verbo, á la vida de María y á la vitalidad de la Iglesia santa.

Y ¿cómo olvidarlo en el momento de verlo en su parte mas principal del parto de la Virgen y la adoración de los ángeles fieles y humildes y ya confirmados en gracia?

En el momento de esta adoración angélica se estremeció el infierno: el gran misterio que se había cumplido para los ángeles buenos pesaba ya sobre los orgullosos y rebeldes, realizado á despecho suyo. Los templos levantados á la superstición y la idolatría se estremecieron asimismo en sus cimientos: su ruina estaba próxima. En los sitios donde se daba culto al hombre que se quería hacer pasar por Dios, se iba á dar culto al Dios único y verdadero hecho hombre.

Milton describe poéticamente este silencio de los ídolos y el estupor de ellos sin conocer la causa. «Los oráculos enmudecen: ninguna voz, ningún murmullo siniestro hace ya resonar palabras falaces bajo las bóvedas de los templos. Apolo abandona desesperado la colina de Delfos sin acertar á predecir lo futuro. Ningún arrebató nocturno, ningún augurio secreto sale del antro misterioso que pueda inspirar sus vaticinios al sacerdote que espantado abre sus ojos. Alcénanse los genios de las montañas y de las riberas de los ríos, gimen las ninfas y las driadas al ver marchitarse las guirnaldas con que orlaba sus frentes la mitología pagana. Los Lares y penates huyen de los hogares domésticos que presidian, y de las aras de los templos y de sus estatuas salen sonidos lúgubres que asustan á sus flamines, y el mármol parece bañado en sudor frío al desaparecer la divinidad idolátrica del paraje donde se le daba maléfico culto.»

En cambio la naturaleza pura siente á su modo un grato superior influjo. Cesa el frío,

se aclaran las tinieblas, soplan las brisas de las montañas suavemente enviando hácia el Oriente sus perfumes (1), las olas baten las arenas mansamente como queriendo besar la tierra que ya sirve de peana al Dios hecho hombre, y las aves mismas adelantan la hora de sus trinos y gorjeos. En los tiempos fervorosos de la Edad media era costumbre al salir de la iglesia despues de la misa llamada *del gallo*, avisar á los campos y á los bosques el nacimiento de Dios, y al pasar por ellos los que se retiraban á sus casas, tañendo rústicos instrumentos, en medio de su santa y modesta alegría, solian anunciarlo á los árboles, á los arroyos, á las plantas, diciéndoles á gritos cual si pudieran entenderlo:—¡Alegraos, alegraos, que ya nació Dios!

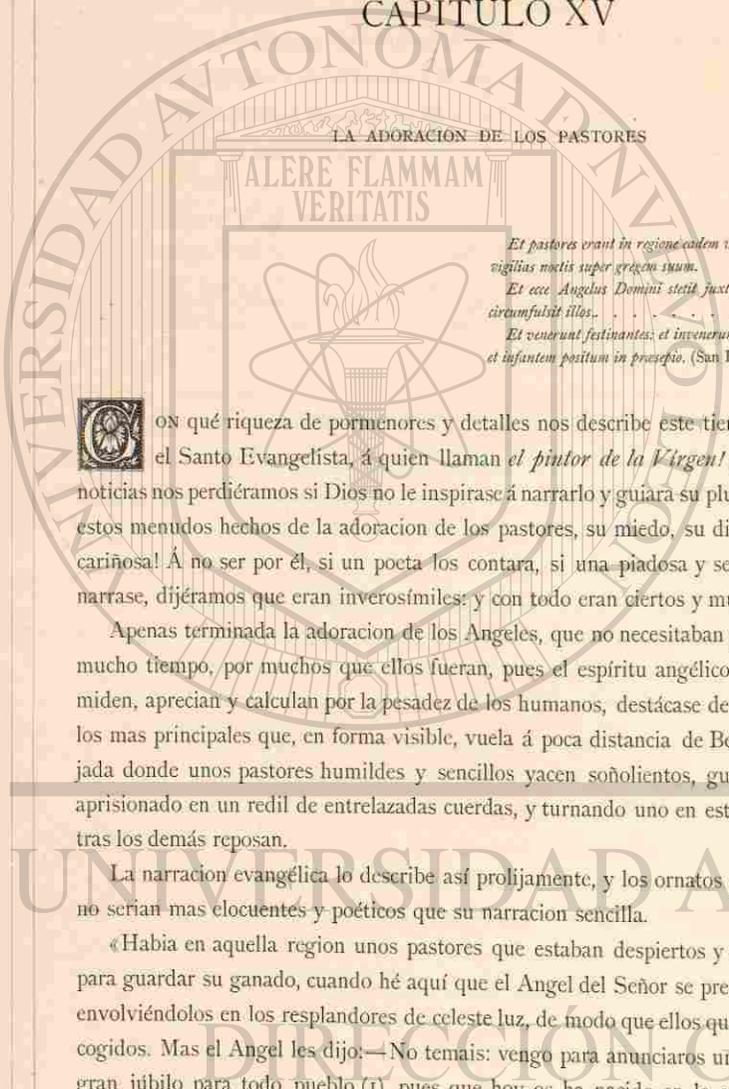
Vestigios de esto son, pero ¡qué degenerados! los festejos de la santa noche de Navidad. Por fortuna no faltan almas puras y santas que los solemnicen como es debido.

(1) Todavía en algunas comarcas de España, donde la impiedad no ha hecho los estragos que todos deploramos pero que poco remediamos, los pastores honrados y de costumbres puras tienen la costumbre de despertar antes del alba y llamar á los compañeros con la fórmula de:—¡Arriba, muchachos, alabar á Dios! especie de *Sursum corda!* con que excitan á los perezosos á vencer el sueño, tan dulce y pesado al venir el alba.—«Ya atizan las lamparitas en Belén,» suelen decir al sentir las brisas matinales, pues, según ellos, el aceite de las lámparas de Belén es aromático y cuando lo renuevan en la santa gruta antes de amanecer su perfume se extiende por todas partes y purifica la atmósfera de las humedades perjudiciales de la noche. ¡Sencillas creencias que, si no son ciertas, en cambio tampoco tienen nada de perjudiciales!



## CAPITULO XV

## LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

*Et pastores erant in regione eadem vigilantes et custodientes  
vigilias noctis super gregem suum.  
Et ecce Angelus Domini stetit iuxta illos et claritas Dei  
circumfudit illos.  
Et venerunt festinantes et invenerunt Mariam et Joseph,  
et infantem positum in praesepe. (San Lucas, cap. 2.º)*

ON qué riqueza de pormenores y detalles nos describe este tierno y poético idilio el Santo Evangelista, a quien llaman *el pintor de la Virgen!* ¡Oh! ¡qué sabrosas noticias nos perdiéramos si Dios no le inspirase á narrarlo y guiara su pluma para consignar estos mentados hechos de la adoración de los pastores, su miedo, su diálogo, su solicitud cariñosa! A no ser por él, si un poeta los contara, si una piadosa y sencilla religiosa los narrase, dijéramos que eran inverosímiles: y con todo eran ciertos y muy ciertos.

Apenas terminada la adoración de los Angeles, que no necesitaban para tan gran acto mucho tiempo, por muchos que ellos fueran, pues el espíritu angélico y sus actos no se miden, aprecian y calculan por la pesadez de los humanos, destácase de entre ellos uno de los mas principales que, en forma visible, vuela á poca distancia de Belén hácia una majada donde unos pastores humildes y sencillos yacen soñolientos, guardando su rebaño aprisionado en un redil de entrelazadas cuerdas, y turnando uno en estar despierto mientras los demás reposan.

La narración evangélica lo describe así prolijamente, y los ornatos poéticos y postizos no serian mas elocuentes y poéticos que su narración sencilla.

«Había en aquella region unos pastores que estaban despiertos y velando por turno para guardar su ganado, cuando hé aquí que el Angel del Señor se presentó junto á ellos, envolviéndolos en los resplandores de celeste luz, de modo que ellos quedaron muy sobrecogidos. Mas el Angel les dijo:—No temais: vengo para anunciaros una cosa que será de gran júbilo para todo pueblo (1), pues que hoy os ha nacido en la ciudad de David el

(1) Para mí es dudoso si las palabras latinas *quod erit omni populo* deben traducirse «para todo el pueblo», ó mejor dicho «para todo pueblo», anunciando ya la universalidad de la Iglesia. Parece preferible el segundo, aunque luego ciñe la noticia del nacimiento á ellos y á Belén, *quia natus est vobis hodie Salvator....*

Salvador que es Cristo el Señor. Y la señal que os doy de ello para buscarlo es, que lo encontrareis fajado como niño en unos pañales y colocado en un pesebre.

»Al acabar el Angel de decir esto reunióse á él una muchedumbre de la celestial milicia, loando á Dios y diciendo:—Gloria á Dios en lo mas encumbrado del cielo y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

»Así que los Angeles se alejaron de ellos remontándose al cielo comenzaron los pastores á decirse unos á otros:—Vamos á llegarnos á Belén para ver ese gran acontecimiento de que se nos ha hablado y que el Señor ha tenido á bien revelarnos.—Y al punto echaron á andar, y en efecto encontraron á María y José, y al Niño colocado en el pesebre. Al ver esto reconocieron la verdad de lo que se les había dicho acerca de aquel Niño.»

Divulgóse la noticia y todos los que lo oyeron quedaron admirados de lo que contaban los pastores que habían oído y habían visto. María por su parte conservaba en la memoria todas estas palabras recapitándolas interiormente (1). «Por su parte los pastores regresaron glorificando á Dios y alabándole por todo lo que habían oído y visto, segun se les había dicho.»

San Lucas retrocede en estas palabras á tratar de los pastores cuya adoración describe exclusivamente, pues omite la adoración de los magos y sus consecuencias. Pero de todas maneras resulta que dos veces hace mención de María con motivo de la adoración de los pastores: una al decir que la hallaron con José y el Niño, y la otra al decir, fuera del hilo de la narración, que María recapitaba todas estas cosas. Y á la verdad la presentación inesperada de los pastores daba motivo para adorar los decretos del Altísimo, que dirige hácia el fin con energía, pero dispone eso mismo suavemente. Llegados á Belén ambos esposos, escasos de recursos y en el mayor desamparo, hace que atiendan los Angeles á lo que desatienden los hombres. Desairados por los vecinos de la ciudad vienen en su auxilio los hombres del campo, y estos acuden con sus rústicos dones á satisfacer las necesidades de los acogidos en el establo, suministrándoles pan, leche, manteca y otros sencillos alimentos. Atónitos los pastores á vista de tanta pobreza y abandono, con tanta gravedad, hermosura y resignación, comprenden algo del gran misterio, y luces interiores les ilustran acerca de él, como la luz celestial, la claridad de Dios, les había alumbrado al aparecerseles el Angel para declararles el hecho del nacimiento del Mesías, que aparecía en su pueblo inesperadamente y de pronto aunque anunciado y anhelado por largo tiempo. Cumplíase también la gran profecía que presentaba al Señor recién nacido, cobijado en un pesebre y teniendo á sus lados los dos animales que habían venido en el lento viaje de sus padres. «Consideré, Señor, tus obras y no pude menos de estremecerme al veros aparecer entre dos animales.»

(1) El texto evangélico que conviene tener presente para responder á los que hablan de la pretendida oscuridad de la Virgen, desde el versículo 8.º al 20 inclusive del cap. II, puede verse íntegro en cualquier texto de los Evangelios, pues aquí no se inserta íntegro por demasiado extenso.

La Iglesia Santa, con motivo de esta festividad, celebra tres Misas: la segunda ó sea la de la aurora en que se lee el Evangelio de la adoracion de los pastores, suele llamarse la *Misa de los pastores*. Tan antigua era esa costumbre que ya la alude el Papa San Gregorio en una de sus homilias en la leccion VII de Maitines ó sea la primera del tercer nocturno que es de San Gregorio Magno. «Puesto que con el favor Divino hemos de celebrar hoy tres veces la solemnidad de la Misa, no podemos detenernos mucho en explanar la leccion evangelica, mas la Natividad del Señor nos compele á decir algo aunque sea brevemente (1).» Las consideraciones del Santo Pontífice se refieren, como es natural, mas bien al Hijo Dios que á su Santa Madre, y como no es la vida de aquél sino la de ésta la que escribimos, no es preciso descender á ellas.

La leccion VIII, que es de San Ambrosio, se refiere á los pastores, y encuentra en su vigilia el símbolo de la vigilancia pastoral en la Iglesia. «La grey es el pueblo, la noche el siglo, los pastores son los sacerdotes (2).»

Mas al terminar las lecciones de maitines y entonar las alegres y santas alabanzas (*Laudes*), se dirige la Iglesia á los pastores diciéndoles en la primera antífona:—«Decidnos, pastores, á quién habeis visto; anunciadnos quién es ese que apareció en la tierra.» Los pastores responden:—«Hemos visto al Señor ya nacido y coros de Angeles alabándole (3).»

Entona en seguida el precioso himno *A solis ortus cardine*, en el que se leen los siguientes tiernos conceptos en dos cadenciosas estrofas (4):

«No se desdeñó de ser reclinado en un pesebre y colocado sobre el heno, alimentándose con escasa leche el que mantiene hasta al mas pobre pajarillo. Regocíjense los celestes coros y expresan los Angeles su santo júbilo, cantando las divinas alabanzas y en seguida se descubre á los pastores el Criador y pastor universal.»

María empieza á ver á su Hijo glorificado en el cielo y conocido sobre la tierra, pero no son grandes, ni ricos, ni sabios, los llamados al pié de su cuna: hombres rudos y sencillos logran las primicias del Reino de Dios. Entonces conoció mejor que nunca el valor de la

(1) *Quia largiente Domino, Missarum solemnitas ter hodie celebraturi sumus loqui diu de Evangelica lectione non possumus, sed nos aliquid, vel breviter, dicere, Reclamatoris nostri natiuitas ipsa compellit.... Qui bene etiam in Bethlem nascitur, Bethlem quippe domus panis interpretatur. Ipse namque est qui ait: Ego sum panis vivus, qui de celo descendi.... Qui non in parentum domo, sed in via nascitur: ut profecto ostenderet, quia per Humanitatem suam quam assumpserat, quasi in alio nascatur.*

(2) *Grex igitur populus, nox seculum, pastores sunt sacerdotes.*

(3) *Quem vidistis pastores? dicite, annunciate nobis, in terris quis apparuit?—Natum vidimus et choros Angelorum collaudantes Dominum, alleluia, alleluia.*

(4)

*Fuena facere perulit  
Praeseppe non abhorruit  
Et lacte modico pascus est  
Per quem nec ales esurit,  
Gaudet chorus caelestium  
Et Angeli canunt Deo,  
Palamque fit pastoribus  
Pastor creator omnium.*

pobreza y la vanidad de cuanto estima el mundo: entonces bendijo mas á Dios por su oscuridad y estrechez, y amó las privaciones que Jesus sufria, y la humillacion que venia á santificar. El orgullo del hombre exigia para su reparacion el abatimiento de un Dios, la corrupcion de la carne reclamaba por medicina la mortificacion de los sentidos: desde el tribunal de su cuna condena el niño Dios nuestra delicadeza y altanería (1).»

Andando el tiempo, cuando las reliquias de muchos Santos que yacian en Palestina fueron traídas á Europa á fin de librarlas de bárbaras profanaciones, la Providencia dispuso que las de los Santos Pastores fuesen aportadas á España y recibiesen culto en la villa de Ledesma, cerca de Salamanca (2).

(1) *Quadrado: Mes de Maria: dia 13.*

(2) Acerca de esta piadosa tradicion cumple advertir en esta delicada materia que ni debe creerse de ligero ni mucho menos rebajarla ni desdeñarla. Las razones en que se funda no satisfacen á los criticos: por desgracia los falsos cronicones quisieron robustecerla, y solamente lograron con eso los falsarios hacerla mas dudosa. Pero personas muy piadosas la han creído y creen. El Ilmo. Sr. D. Joaquin Lluich, dignísimo Obispo de Salamanca y Barcelona, y ahora Arzobispo de Sevilla, Prelado muy notable entre los sabios por su vasta erudicion y buen gusto, no tuvo inconveniente en sostenerla en el Boletín de la Diócesis de Salamanca.

Véase sobre esto el tomo 14 de la *España Sagrada* del P. Florez. Ahora acaban de descubrirse en Roma las reliquias de los Macabeos: ¿como fueron traídas á Roma las reliquias de estos no pudieron venir á España las de los Pastores? Á la verdad tan fácil era hallar en Belen y conservar las de estos como las de los Macabeos, y las de los Magos que se veneran en Alemania.



## CAPITULO XVI

LA CIRCUNCISION  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

*Et postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer vocatum est nomen eius Iesus, quod vocatum est ab Angelo prius quam in utero conciperetur.*

(San Lucas, cap. 2.<sup>o</sup>, vers. 21.)

**Q**ue doloroso pasaje de la Circuncision se refiere mas bien á la vida de Jesus que á la de su Santa Madre. Pero todavía el cariñoso narrador San Lucas halla medio de referir á la vida de esta el suceso de aquel, diciendo: «Y despues que llegó el día octavo en que debía ser circuncidado el niño se le puso el nombre de Jesus, que es el que el Angel le habia dado antes de ser concebido en el vientre.» Así pues relaciona la Circuncision de Jesus con el Misterio de la Anunciacion del Angel y Encarnacion del Verbo Divino, en cuya solemne ocasion el Angel San Gabriel dijo á María, segun el mismo Evangelista: «Mira que vas á concebir en tu vientre y parirás un hijo á quien darás el nombre de Jesus» (cap. I, v. 31).

Lo anunciado se ha cumplido; la profecía angélica está ya verificada. No habia pues que buscar nombre para el niño, sino recordarlo y dárselo. Pero habia que cumplir el triste y vergonzoso precepto de la circuncision.

Mandato era de Dios dado á Abraham al establecer Aquel su pacto con este en favor de su descendencia (1). «Circuncidado será entre vosotros todo varon.... A los ocho dias será circuncidado el recién nacido. Este pacto conmigo lo llevareis en vuestra carne, como testimonio de alianza sempiterna.»

Anterior era por tanto á la ley de Moisés. Á este le amenaza el Señor porque su hijo estaba sin circuncidar y Sefora le circuncida á toda prisa (2). En aquellos países era esta

(1) *Circumcideretur ex vobis omne masculinum. Et circumcideretis carnem preputii vestri, ut sit in signum foederis inter me et vos. Infans octo dierum circumcideretur in vobis omne masculinum in generationibus vestris.* (Génesis, cap. XVI, vers. 10, 11 y 12.)

(2) *Cumque esset in itinere (Moyses) in diversorio occurrit ei Dominus, et voluit occidere eum. Tulit illico Sefora acutissimam petram et circumcidit preputium filii sui, tetigitque pedes eius.* (Exodo, cap. IV, versículos 24 y 25.)

ceremonia legal una gran conveniencia higiénica, como otros preceptos levíticos que despues se dieron á Moisés. Jesus, que, como Dios y segunda persona de la Trinidad, habia hecho ese pacto con Abraham, ninguna necesidad tenia de someterse á él, ni el Angel se apareceria á su Santa Madre amenazándola, y con todo, el Verbo encarnado se somete á esa ignominia sin ser su carne pecadora ni concebida en pecado, pudiendo hasta en esto decir en su día:—No vine á soltar ó relajar la ley, sino á llenarla y cumplirla.

Jesus recién nacido en la pobreza vierte su sangre al octavo día de su nacimiento, ofreciendo á su Eterno Padre las primicias de ella para la redencion del linaje humano. Esta ceremonia se hacia sin solemnidad religiosa: no era necesario que interviniese en ella ningun sacerdote (1); cualquiera, fuese hombre ó mujer, podia circuncidar. No en todas partes habia sacerdotes ni ministros descendientes de Leví, ni era este acto propio de su ministerio. Reuníanse los parientes en la casa natal para festejar el nacimiento del niño, celebrar su adopcion en el pueblo Israelita, como descendiente de Abraham y heredero de sus promesas por medio de la circuncision, y ponerle nombre, como vemos en la narracion de la solemnidad con que á San Juan Bautista se le impuso el suyo. Ninguna mano mas á propósito para este acto doloroso que la de la propia madre: mas ¿cómo estas habian de ejecutar aquel acto sin gran dolor, vacilacion y repugnancia? Generalmente un hombre experto y diestro ejecutaba aquella operacion dolorosa con gran rapidez y pericia, no con cuchillo de hierro, sino de pedernal (2).

No teniendo allí relaciones la Santísima Virgen con parientes, siquiera fuese descendiente de David, ni mas amistad que con los sencillos pastores, no habia motivo para los usuales festejos que tenian lugar en tales casos.

De todas maneras parece probable que la operacion dolorosa se hizo en la misma cueva, ó establo, por mano de San José, que la Virgen Santísima sostenia á su Hijo entre sus brazos durante la operacion cruenta y dolorosa, y que tuvo la precaucion de recoger las gotas de sangre y piel desprendidas del cuerpo sagrado de su Hijo. ¿Cómo ella habia de consentir que fuesen holladas y profanadas conociendo su valor inmenso? Si la Iglesia no consiente que se desperdicie ni profane la menor partícula de una forma consagrada, ¿no tendria la Virgen Madre esa tierna y santa precaucion que tiene todo católico?

La Iglesia Santa, que dedica la primera festividad del año comun en el día primero de enero para celebrar la Circuncision del Señor, ningun detalle, ningun pormenor da acerca de este acto, manifestando así la conveniencia de proceder en esta descripcion con

(1) Es una ridiculez anacrónica el pintar la circuncision del Señor tal cual se ve comunmente en láminas y cuadros. Quizá seria lo mejor no pintar ese pasaje. Pero el figurar un templo con columnas de arquitectura griega, y allí al sumo sacerdote con su tiara, efod, racional y demás vestiduras pontificales, viene á ser figurar una serie de anacronismos contrarios á la verdad histórica y ocasionados á las burlas de los impíos y de los criticos racionalistas.

(2) Los judíos, que por razon del comercio ó otras causas residian fuera de Palestina, donde no habia sacerdotes, no dejaban de circuncidar á sus hijos, como los circuncidaban todavía con cuchillos de pedernal que á propósito tienen. Hoy suelen hacer esta operacion sus cirujanos.

gran cautela y parsimonia. Las tres primeras lecciones de Maitines están tomadas de la Epístola de San Pablo á los Romanos y sus caps. III y IV que tratan de la circuncision y el significado de esta (1). Las tres lecciones del segundo nocturno son del Papa San Leon, explicando las dos naturalezas Divina y Humana en Cristo: concluyendo con estas hermosas palabras: «Cuando el Unigénito de Dios dice de sí mismo que es menor que su Eterno Padre, de quien se dice igual en otra parte, demuestra de ese modo la verdad de una y otra forma: rehérese la desigualdad á la humana y la igualdad declara la divina (2).»

Ni una palabra hay en las tres lecciones acerca de la circuncision, ni siquiera se la nombra.

En una de las antfonas exclama en seguida la Santa Iglesia con las palabras del Profeta: «Consideré, Señor, tus obras y no pude menos de asustarme: ¡en medio de dos animales os dais á ver!»

Mas en las otras tres lecciones del tercer nocturno, tomadas de las homilias del gran Padre San Ambrosio, se explica todavía algo mas el sentido de este misterio, al tenor mismo de lo que habia dicho San Pablo en su citada Epístola. «Ya ves, dice, como toda la serie de la ley antigua fué un tipo de lo que habia de suceder, pues la circuncision misma venia á significar la limpieza con que eran purgados los delitos (3).» A continuacion la Santa Iglesia exclama en una sentida antfona casi en verso:

*Salvatorem saeculorum, ipsum Regem Angelorum  
Sola Virgo lactabat ubere de caelo plena (4).*

Y pues la Iglesia no descende á mas pormenores sobre este pasaje de la vida de Jesus y de su Santa Madre, imitemos tambien este pudoroso recato.

- (1) *Quid ergo amplius Judaeis est nisi qua utilitas circuncisionis? Multum per omnem modum.* (Cap. III de dicha Epístola.)  
 (2) *Veritatem in se forma utriusque demonstrat: ut et humanam probet imparillitas et divinam declarat equalitas.*  
 (3) *Vides omnem legis veteris seriem fuisse typum futuri: nam et circuncisio purgationem significat delictorum.*  
 (4) Quérete decir en español:

Al Salvador de los siglos y tambien Rey de los Angeles solamente lo lactaba la Virgen, con celeste abundancia de su casto seno.

Parecen tomados estos conceptos de alguna liturgia antigua, en la forma asonantada que tomó la poesia latina al tiempo de su decadencia.



## CAPITULO XVII

### ADORACION DE LOS MAGOS

*Habiendo pues nacido Jesus en Belén de Judá en los días del Rey Herodes, vinieron del Oriente á Jerusalem unos Magos diciendo:—¿Dónde está el Rey de los Judíos que acaba de nacer?...*

*Y he aquí que iba marchando delante de ellos la estrella que habian visto en el Oriente, hasta que, llegando encima de donde estaba el Niño, se paró. Viendo pues los Magos la estrella se llenaron de grande alegría. Y entrando en la casa encontraron al Niño con su Madre María, y postrándose le adoraron. . .*

(San Mateo, cap. 2.)

No es ya San Lucas quien narra este curioso pasaje de la adoracion de Jesus por los Magos, con la visita á María, cuyo nombre no omite San Mateo á quien debemos esta otra no menos interesante y curiosa relacion, en la que figura tambien el nombre de María á pesar de la pretendida oscuridad á que quisieran condenarla los que en su frio racionalismo y fe sin caridad á lo protestante, pretenden rebajarla del alto pedestal á que Dios la sublimó y en que la venera el catolicismo.

Pero á la narracion clara, sencilla y candorosa del Evangelio, habia precedido la profecía, que anunciara ya este suceso mas de una vez; y la Santa Iglesia, que en su oficio reúne la profecía con el Evangelio y la figura con la realidad, recuerda en la solemne fiesta llamada de la Epifanía, ó adoracion de los Reyes, las dos profecías de Balán y de Isaías. Llamado Balán por el Rey de los Madianitas para maldecir á Moisés y al pueblo de Israel, próximo á entrar por sus fronteras, colma á este de bendiciones por mandato de Dios, y anuncia que un astro refulgente, al que llama *estrella de Jacob*, será precursor de su aparicion sobre la tierra. El mismo profeta dice que él ha de ver esa estrella, pero que esto no será pronto ni de cerca (1).

(1) *Videbo Eum, sed non modo: intuebor illum, sed non prope. Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israel.* (Versículo 17 del cap. XXIV del libro de los Números.)

Balán no alude al próximo triunfo de los Israelitas de que habla claramente al Rey Balac desengañándole. La estrella y el cetro á que alude en esas palabras no son cosas próximas, sino remotas: *non modo, non prope.*

gran cautela y parsimonia. Las tres primeras lecciones de Maitines están tomadas de la Epístola de San Pablo á los Romanos y sus caps. III y IV que tratan de la circuncision y el significado de esta (1). Las tres lecciones del segundo nocturno son del Papa San Leon, explicando las dos naturalezas Divina y Humana en Cristo: concluyendo con estas hermosas palabras: «Cuando el Unigénito de Dios dice de sí mismo que es menor que su Eterno Padre, de quien se dice igual en otra parte, demuestra de ese modo la verdad de una y otra forma: rehérese la desigualdad á la humana y la igualdad declara la divina (2).»

Ni una palabra hay en las tres lecciones acerca de la circuncision, ni siquiera se la nombra.

En una de las antifonas exclama en seguida la Santa Iglesia con las palabras del Profeta: «Consideré, Señor, tus obras y no pude menos de asustarme: ¡en medio de dos animales os dais á ver!»

Mas en las otras tres lecciones del tercer nocturno, tomadas de las homilias del gran Padre San Ambrosio, se explica todavía algo mas el sentido de este misterio, al tenor mismo de lo que habia dicho San Pablo en su citada Epístola. «Ya ves, dice, como toda la serie de la ley antigua fué un tipo de lo que habia de suceder, pues la circuncision misma venia á significar la limpieza con que eran purgados los delitos (3).» A continuacion la Santa Iglesia exclama en una sentida antífona casi en verso:

*Salvatorem saeculorum, ipsum Regem Angelorum  
Sola Virgo lactabat ubere de caelo plena (4).*

Y pues la Iglesia no descende á mas pormenores sobre este pasaje de la vida de Jesus y de su Santa Madre, imitemos tambien este pudoroso recato.

- (1) *Quid ergo amplius Judaeis est aut qua utilitas circuncisionis? Multum per omnem modum.* (Cap. III de dicha Epístola.)  
 (2) *Veritatem in se forma utriusque demonstrat: ut et humanam probet imparitiam et divinam declarat aequalitatem.*  
 (3) *Vides omnem legis veteris seriem fuisse typum futuri: nam et circuncisio purgationem significat delictorum.*  
 (4) *Quere decir en español:*

Al Salvador de los siglos y tambien Rey de los Angeles solamente lo lactaba la Virgen, con celeste abundancia de su casto seno.

Parecen tomados estos conceptos de alguna liturgia antigua, en la forma asonantada que tomó la poesia latina al tiempo de su decadencia.



## CAPITULO XVII

### ADORACION DE LOS MAGOS

*Habiendo pues nacido Jesus en Belén de Judá en los días del Rey Herodes, vinieron del Oriente á Jerusalem unos Magos diciendo:—¿Dónde está el Rey de los Judíos que acaba de nacer?...*

*Y he aquí que iba marchando delante de ellos la estrella que habian visto en el Oriente, hasta que, llegando encima de donde estaba el Niño, se paró. Viendo pues los Magos la estrella se llenaron de grande alegría. Y entrando en la casa encontraron al Niño con su Madre María, y postrándose le adoraron. . .*

(San Mateo, cap. 2.)

No es ya San Lucas quien narra este curioso pasaje de la adoracion de Jesus por los Magos, con la visita á María, cuyo nombre no omite San Mateo á quien debemos esta otra no menos interesante y curiosa relacion, en la que figura tambien el nombre de María á pesar de la pretendida oscuridad á que quisieran condenarla los que en su frio racionalismo y fe sin caridad á lo protestante, pretenden rebajarla del alto pedestal á que Dios la sublimó y en que la venera el catolicismo.

Pero á la narracion clara, sencilla y candorosa del Evangelio, habia precedido la profecía, que anunciara ya este suceso mas de una vez; y la Santa Iglesia, que en su oficio reúne la profecía con el Evangelio y la figura con la realidad, recuerda en la solemne fiesta llamada de la Epifanía, ó adoracion de los Reyes, las dos profecías de Balán y de Isaías. Llamado Balán por el Rey de los Madianitas para maldecir á Moisés y al pueblo de Israel, próximo á entrar por sus fronteras, colma á este de bendiciones por mandato de Dios, y anuncia que un astro refulgente, al que llama *estrella de Jacob*, será precursor de su aparicion sobre la tierra. El mismo profeta dice que él ha de ver esa estrella, pero que esto no será pronto ni de cerca (1).

(1) *Videbo Eum, sed non modo: intuebor illum, sed non prope. Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israel.* (Versículo 17 del cap. XXIV del libro de los Números.)

Balán no alude al próximo triunfo de los Israelitas de que habla claramente al Rey Balac desengañándole. La estrella y el cetro á que alude en esas palabras no son cosas próximas, sino remotas: *non modo, non prope.*

Pero Isaías, el gran Profeta anunciador de Cristo y de su Iglesia, ve la venida de los magos á Jerusalem y el triunfo de aquel y de esta.

No parece sino que el hijo de Amos, el de las grandes visiones, sentado cerca de las rampas por donde se sube al templo, y desde donde se domina gran parte de Jerusalem, cansado de ver las prevaricaciones y maldades de su pueblo, lanza aquellas lastimeras palabras, con que principia su vision primera y su primera amenaza. «Hasta el buey conoce á su dueño y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no llega á conocerme y mi pueblo no me quiere entender (1).» Habrá en estas palabras llenas de amargura alguna alusion al asno y al buey que están junto al pesebre de Jesus, desconocido y abandonado por los descendientes de David?

Mas de pronto oye ruido y ve agitarse el pueblo, como quien asiste á un espectáculo extraño: alza su cabeza y ve desfilar por las calles de Jerusalem una larga comitiva de gente que acompaña á tres opulentos magnates, montados en hermosos caballos, seguidos de una multitud de criados y palafreneros, los cuales conducen dromedarios y otras muchas cabalgaduras, llevando su copiosa recámara cubierta de ricos tapices y reposteros bordados de seda con franjas de oro y púrpura. ¿Qué significa esa comitiva que entra por las puertas de Jerusalem, desfila por las calles y las plazas atrayendo las miradas de la multitud y seguida de una turba de curiosos?

El Profeta no pregunta á esos parásitos, ávidos siempre de recoger y transmitir noticias: alza sus ojos al cielo para interrogarle, rásgase la nube que vela el porvenir, y este aparece á sus ojos radiante, lúcido, claro y esplendoroso. Ve el nacimiento de Jesus, la estrella de Jacob, la venida de los sabios y potentados que llegan del país de los Sabeos, no para ver la corte de Salomon y sus riquezas y elegancia, sino al verdadero *Salomon*, al que es mas que Salomon, siquiera esté reclinado en un pesebre donde el buey y el asno le reconocen ahora por su Dios y Criador. Y ve en seguida la gloria futura de la Iglesia, y á los Reyes y á las gentes y naciones, y á los gentiles y á los de la América y Oceanía, islas no conocidas ni aun adivinadas entonces, que llegan en pos de esos Reyes para tributar á Cristo sus homenajes. Los pastores, los fieles, los buenos Israelitas, á quienes estos representan, han venido ya muy pronto, en pos de los Angeles, y como á fieles sencillos y acostumbrados á creer en Dios, este les envía un Angel, ¡favor grande (2)!

(1) El libro de Isaías, ó Jesayas, como pronunciaban los hebraizantes españoles, principia con estas palabras:—Vision de Isaías, hijo de Amos, que vió sobre Judá y Jerusalem.....

Oíd cielos y escucha tú, tierra, lo que dice el Señor.—Hijos erís y los ensalce; pero ellos me han despreciado. Conoció el buey á su dueño y el asno el pesebre de su Señor, pero Israel no ha llegado á conocerme.

*Cognovit hos possessorem suum, et asinus praesepe Davidi sui, Israel autem me non cognovit.*

Hasta el cap. I. de su libro viene amenazando á Judá y á Jerusalem las desgracias, que en breve se cumplieron, mezclando algun consuelo con ellas, como en el cap. IX donde dice: *Parvulus enim natus est nobis*, como si ya lo estuviera viendo. Pero desde el cap. I. hasta el fin habla ya de Cristo, su venida, su reino, y el triunfo de la Iglesia.

(2) Así lo declara la Iglesia en la leccion VII de maitines tomándolo de la Homilia de San Gregorio: *Quia videlicet Judaeis tanquam ratione utentibus rationale animal, id est Angelus, predicare debuit: Gentiles vero, quia uti ratione nesciebant, ad cognoscendum Dominum non per vocem sed per signa perducuntur.*

Pero ahora vienen los gentiles, los sabios, los ricos y opulentos, los hombres de ciencia y de estudio que sienten poco y razonan mucho, que quieren penetrar los arcanos de la naturaleza: á estos les habla oscuramente la naturaleza; el cielo les enseña una estrella en su azulada bóveda, pero no les depara un Angel con celestes resplandores y divinos cánticos. Con todo, la gracia y la inspiracion interior obran sobre aquellos como sobre estos, conferencian entre sí, toman regalos pingües de sus tesoros, y marchan en pos de la estrella que los guia desde el Oriente y los conduce á Jerusalem.

El Profeta adivina tambien la gloria de Cristo y de su Iglesia y á vista de ella, dejando el tono lúgubre y plañidero con que amenazaba á la ciudad asesina de Profetas, se exalta, y erguida la cabeza, encendido el rostro, chispeante su mirada, grita con entusiasmo (1): «¡Sus! ilumínate, Jerusalem, que ya viene tu luz y la gloria del Señor principia á amanecer para tí. Mira que aun cuando las tinieblas cubren la faz de la tierra y la oscuridad envuelve á los pueblos, con todo el Señor viene como el alba para amanecer sobre tí y su gloria se dará á ver en tu recinto; las gentes se aprovecharán de esta luz para andar, y los Reyes mismos gozarán de tu esplendor. Alza tus ojos y mira en derredor. Todos estos que se han congregado van viniendo hácia tí. De léjos vendrán tus hijos y á tu lado se alzarán tus hijas. ¡Ya verás entonces qué gran afluencia! Asombrada te has de quedar y tu corazon se dilatará de júbilo cuando se acerque á tus puertas la turba que desembarcará del mar, y llegue á tí la gente aguerrida. Tus calles se llenarán de una avenida de camellos, y al par vendrán los dromedarios de Madian y de Efa. Vendrán tambien todos los de Sabá llevando oro é incienso y cantando alabanzas al Señor (2).»

El Profeta ve alejarse á los Magos de priesa, como nubes que lleva el viento, como palomas que vuelan hácia la ventana de su palomar (3). Piérdelos de vista y no llega con ellos á Belen, á Belen donde antes habia visto al infante recién nacido que se llamaria Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero y Príncipe de paz (4).

Pero lo que no alcanza á ver el Profeta, arrebatado de su estro Divino, y siglos antes de que sucediera, lo narra San Mateo sencilla y candorosamente. En pos de la exaltacion

(1) *Surge illuminare Jerusalem: quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.*

*Quia ecce tenebrae operiant terram te caligo populus: super te autem orietur Dominus, et gloria eius in te videbitur.*

*Et ambulabunt gentes in lumine tuo, et Reges in splendore ortus tui.*

*Inundatio camelorum operiet te, dromedarum Madian et Epha: omnes de Saba venient aurum et thus deferentes et laudem Domino annuntiabunt.* (Cap. LX de Isaías, v. 1.<sup>o</sup> al 6.<sup>o</sup>)

El v. 9.<sup>o</sup> parece referirse al descubrimiento de América, á su conversion al catolicismo por medio de nuestros misioneros, y al oro y plata de Méjico y el Perú, con que se adornaron nuestros templos y otros muchos de aquellos países, y con el cual Carlos V y Felipe II defendieron á la Iglesia.

*Me enim insule spectant et partes maris in principio ut adveniam filios suos de longe: argentum eorum et aurum eorum cum eis nominati Domini Dei sui et Sancto Israel, quia glorificavit te.*

(2) La Iglesia consigna en la leccion II del primer nocturno en la fiesta de la Epifanía los seis primeros versículos del cap. LX de Isaías, manifestando así su sentir de que allí alude el Profeta á la venida de los Magos á Jerusalem y Belen; y que su procedencia era de la Arabia y no de Persia, pues cita las tierras de Madian y Efa y el país de Sabá.

(3) Es muy enérgica la pregunta del Profeta que puede aplicarse á los Magos luego que vieron reaparecer su estrella.

*Qui sunt isti qui ut nubes volant, et quasi columbae ad fenestras meas?* (Cap. LX, v. 9.)

(4) Cap. IX de Isaías, v. 6. *Parvulus enim natus est nobis, et filius datus est nobis.*

poética y arrebatadora del Profeta, que necesita atraer con su entusiasmo, viene la narración sencilla, tranquila y candorosa del historiador que atrae con la convicción de su veracidad; al modo que despues de una música viva, rápida y que excita el sentimiento y la pasión con sonidos vivos y arrebatadores, agrada una melodía suave, patética y pausada.

El pasaje íntegro del Evangelio, nada escaso en interesantes pormenores, dice así (1): «Habiendo pues nacido Jesús en Belén de Judá en los días del Rey Herodes, vinieron del Oriente á Jerusalem unos magos (2) diciendo:—¿Dónde está el Rey de los Judíos que acaba de nacer (3), porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos para adorarle? Oyendo esto el Rey Herodes se turbó, y todo Jerusalem con él, y juntando todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo les preguntaba dónde habia de nacer Cristo; y ellos le dijeron:—En Belén de Judá, porque así está escrito por el Profeta.—«*Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la mas pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de tí saldrá el Jefe que gobierna á mi pueblo de Israel.*» Entonces Herodes, llamando ocultamente á los Magos, averiguó de ellos cuidadosamente el tiempo en que les habia aparecido la estrella, y los envió á Belén diciendo:—Id y preguntad con esmero por ese Niño, y en hallándole dadme noticia de él para ir yo tambien á adorarle. Los Magos en habiendo oído esto al Rey se fueron. Y hé aquí que iba marchando delante de ellos la estrella que habian visto en el Oriente, hasta que, llegando encima de donde estaba el Niño, se paró. Viendo pues los Magos la estrella se llenaron de grande alegría. Y entrando en la casa *encontraron al Niño con su Madre María*, y postrándose le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Mas habiendo recibido en sueños aviso de que no tornaran para ver á Herodes, se volvieron á su país por otro camino.»

Entrar aquí á resolver cuestiones acerca de los Magos, si eran Reyes, Príncipes ó personajes principales, seria ajeno á nuestro propósito; así como el saber su patria y estados, si venian de Persia ó de la Arabia, si la estrella era verdaderamente tal, ó meramente un cometa, ó bien un astro refulgente de especial claridad, formado para este caso milagrosamente, y por ministerio angélico, no visto antes, ni vuelto á ver despues. Nada de ello sabemos á punto fijo, y la vida de la Virgen puede escribirse muy bien sin necesidad de averiguarlo. La Iglesia en la festividad de los Santos Reyes tampoco quiere satisfacer nuestra curiosidad ilustrándonos sobre estos pormenores. Que la estrella era mas refulgente que el sol nos lo indica esta en uno de sus himnos (4). La opinion mas comun y

(1) Cap. II del Evangelio de San Mateo, que la Iglesia lee en la festividad de la Epifanía y tambien en la tercera Misa del día de Navidad.

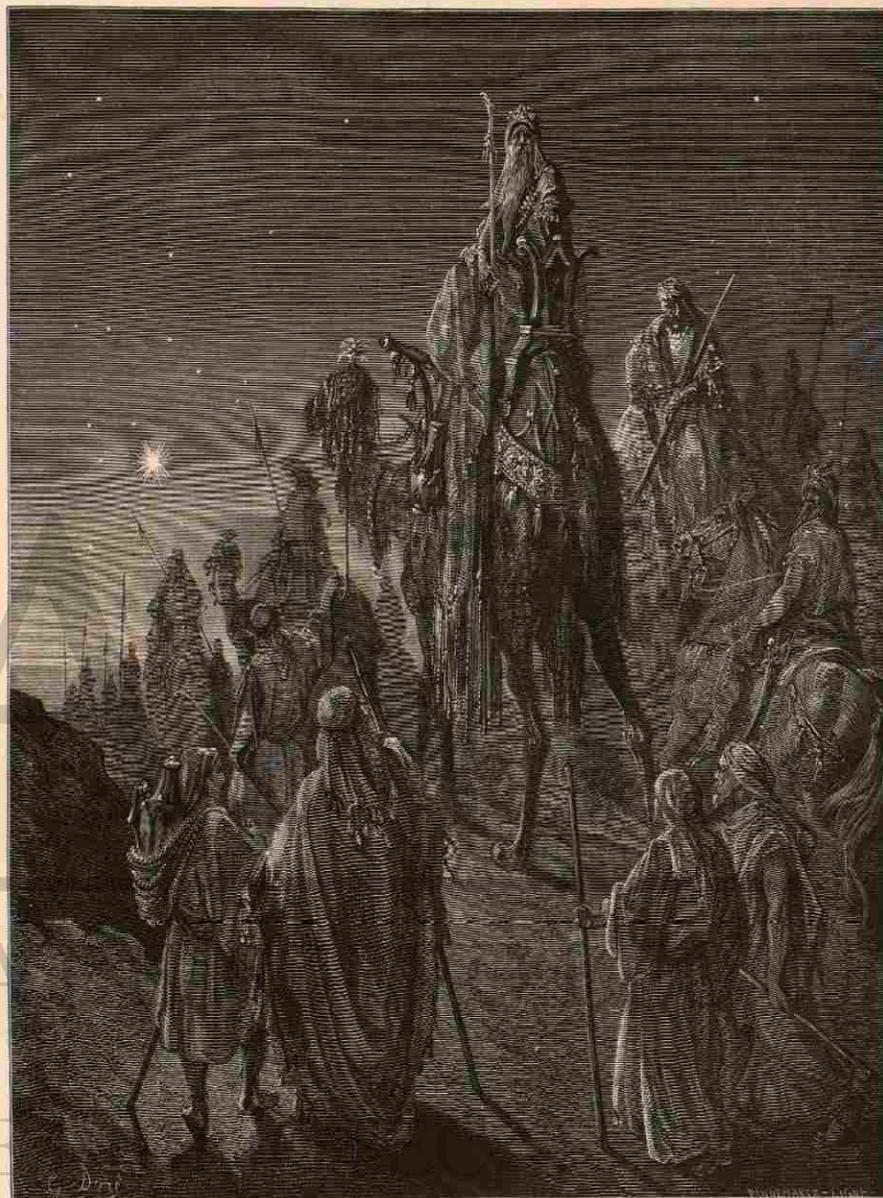
(2) *Cum ergo natus esset Jesus in Bethlem Judæ in diebus Herodis Regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Hierosolymam.*

(3) *Dixentes: Ubi est qui natus est Rex Judæorum? vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.*

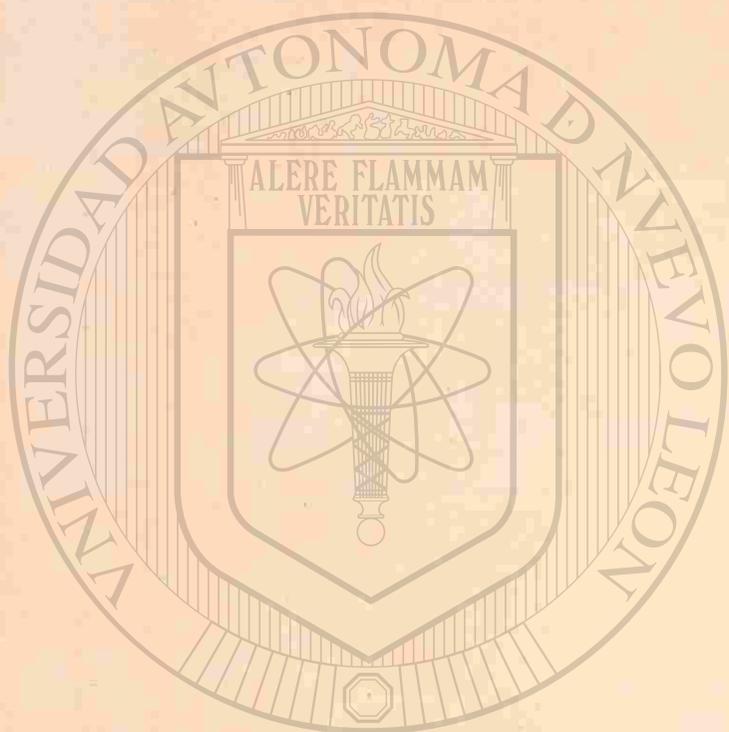
(4) El himno de Laudes en la fiesta de la Epifanía que principia con las palabras:

*O sola magnarum urbium*

La estrofa segunda dice, refiriéndose á Jesús recién nacido: «La Estrella que en resplandor y belleza supera al disco del Sol anuncia á la tierra que ha venido ya á ella en carne humana el mismo Dios.»



LOS REYES MAGOS GUIADOS POR UNA ESTRELLA MISTERIOSA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

generalizada hoy día cree que los Magos no eran precisamente Reyes, sino meros potentados y ricos señores de la Arabia al estilo de Job, tomándose la palabra Reyes solo en un sentido lato (1). «Créese generalmente que estos Magos, dice Augusto Nicolás, venían de la Arabia, como lo indica la naturaleza de sus ofrendas. Eran personajes respetables, especie de Emires, en quienes se juntaba el triple carácter de la ciencia, de la religión y de la soberanía (2). Profesaban el sabeismo ó sea el culto de los astros, y representaban así en una de sus fases la mas original, el universal error en que la gentilidad había caído.»

La aparición de la estrella prodigiosa, la estrella de Jacob, había sido profetizada muchos siglos antes, y por el falso profeta Balán (*Balaam*) como queda dicho.

La Iglesia en su oficio prohija las palabras de esta profecía sobre la estrella, y á cada paso repite en sus antifonas:—Los Reyes de Tarsis y de muchas islas vendrán con ofrendas. Los Reyes de los Arabes y de Saba ofrecerán sus dones (3).

Al terminar el canto del *Magnificat* en las primeras Vísperas entona otra antifona en que dice: «Al ver la estrella se dijeron los Magos conferenciando entre sí:—Señal es aquesta de un gran monarca: vamos pues y procuremos averiguar su paradero para ofrecerle de regalo oro, incienso y mirra (4).»

En otra antifona explica luego la significación de estos tres dones y su místico simbolismo. «En el oro, dice, se significa la soberanía ó sea la Real Majestad: en el incienso el Pontificado ó sumo sacerdocio: en la mirra se predice proféticamente la sepultura de ese mismo Rey sumo sacerdote que con ella había de ser ungido al colocarle en el sepulcro (5).»

A continuación de esta antifona entra la lección II del primer nocturno tomada del cap. LX de Isaías arriba citado, describiendo la llegada de los Magos á Jerusalem.

Pero, si todo Jerusalem se turbó con la estrepitosa entrada de los Magos, como dice San Mateo, ¿cuál no debió ser la confusión de los de Belén al ver llegar aquellos potentados para festejar humildes en el mísero establo á quienes ellos no habían querido albergar en sus casas? Los pastores habían anunciado ya la maravillosa aparición y llamado la atención de sus compatriotas hácia los moradores de la miserable cueva. Ahora aquella brillante comitiva, sin entrar quizá en el inhospitalario pueblo, se dirigía hácia aquella y

(1) La Iglesia en las lecciones del rezo no usa nunca la palabra Reyes, pero en cambio la prodiga en todo lo que toma de los sagrados libros para las antifonas y salmos especiales. La palabra *Mago* equivalía á sabio y sobre todo en ciencias naturales.

(2) Orsini los cree oriundos de Persia: Augusto Nicolás mas bien de la Arabia. En este concepto ofrece dificultades el considerarlos como Emires y con soberanía. No era la Arabia por aquel tiempo tierra donde hubiera reyes por ese estilo y con soberanía. Mas fácil es considerarlos como señores opulentos é independientes.

(3) *Reges Tharsis et insulae munera offerent. Reges Arabum et Saba dona adducent.*  
Sobre la situación de Tarsis se ha discutido mucho y no pocos la han colocado en Tarteso de nuestra Bética. Al decir la Iglesia *Reges Arabum* parece inclinarse á la opinión de que los Magos procedían de la Arabia.

(4) La antifona segunda dice:—*Magi videntes stellam dixerunt ad invicem:—Hoc signum magni Regis est: eamus et inquiremus eum et offeramus ei munera, aurum, thus et myrrham.*

(5) El mismo San Gregorio lo explica así en la homilía X.  
*Eum ergo Magi quem adorant, etiam mysticis muneribus praedicant: auro Regem, thus Deum, myrrha mortalem.*

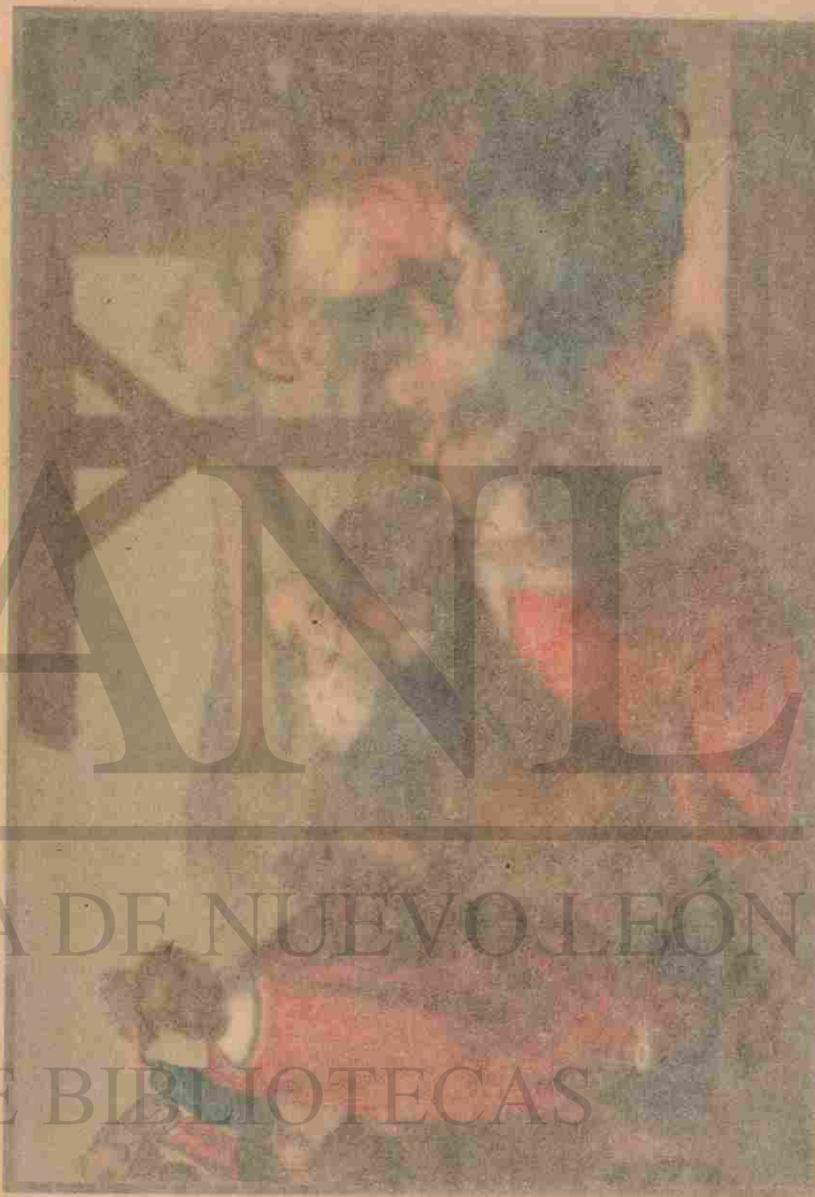
sacaba allí puñados de oro (1). Y ¿qué era ese metal codiciado para la familia tan santa como pobre, que favorecida á cada paso con celestiales favores despreciaba todo lo de la tierra?

La Santa Virgen, teniendo en su casto regazo al Divino Niño envuelto en pobres pañales, lo expuso á la adoracion de los tres sabios potentados (2), y recibió á nombre de este los dones ofrecidos. Dentro de pocos dias debia ir al templo, donde se habia criado tierna doncella, y allí ofreceria á su vez el oro y el incienso. No faltarian pobres y enfermos en Belen y pueblos inmediatos, á quienes alcanzaran estos favores, y las limosnas de oro y mirra, tanto más meritorias á los ojos de Dios cuanto que eran donativo del pobre al pobre, y de este á Dios. La opinion general de los Autores lleva que la Santísima Virgen y su casto esposo apenas reservaron nada de aquellos dones: su tesoro y su confianza estaban en el cielo. Sencillos y rústicos manjares de los rústicos y sencillos pastores fieles á Dios, les habian bastado, y no les faltarian en adelante. Si reservaron algo para el penoso viaje que iban á emprender en breve, fugitivos, á país extraño, no sería sin interior inspiracion y en cantidad bien módica, que tambien es virtud la prevision honrada y decorosa, que no quiere tentar á Dios.

(1) San Mateo supone á Jesus y sus padres no en un establo, sino en una casa donde entraron los Magos: *et intrantes domum*. ¿Seria que á vista de los prodigios narrados por los pastores quizá alguna familia les dió albergue mas cómodo en su casa? ¿Seria quizá que luego pudieran trasladarse á la caravansera, y llame San Mateo *domus* á lo que San Lucas *diversorium*?

La Iglesia ni la tradicion nada dicen: la pintura y escultura desde remotos tiempos, suelen presentar la adoracion de los Magos ora en el establo, ora en un edificio ruinoso, dando así idea de que los Padres de Jesus estaban todavia en la sagrada gruta cuando vinieron los Magos. Un marfil al parecer del siglo vi publicado por el Sr. Conde de Fleury, representa el acto de la adoracion estando la Virgen en un edificio de arquitectura bizantina y á los Magos con unos gorros cónicos, y sin coronas.

(2) La tradicion llama á estos Melchor, Baltasar y Gaspar.



LA VIRGEN CON EL NIÑO Y LOS REYES MAGOS. Pintura de San Mateo.

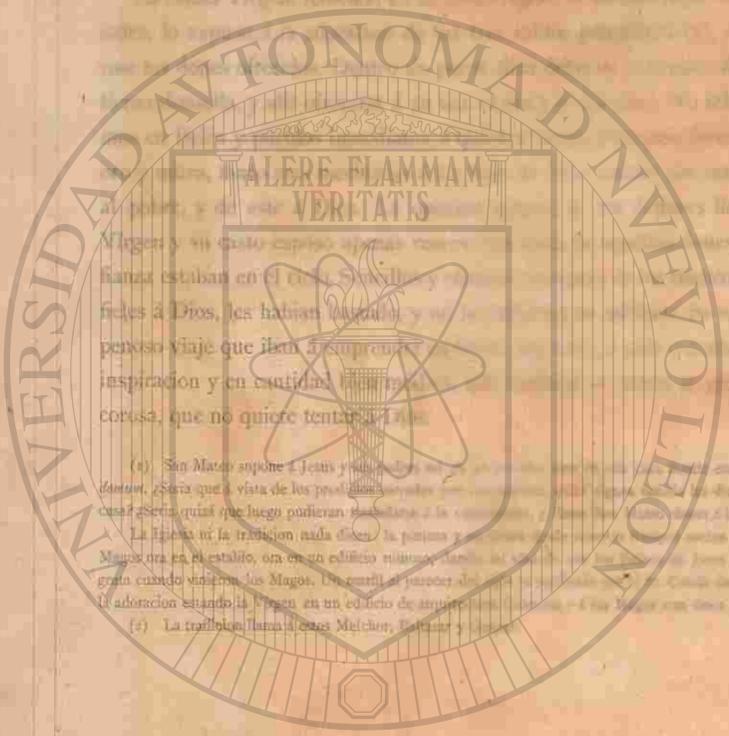
®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quiere de parirle de una vez. Y que con un amor dedicado para la familia tan santa como pobre, que le enseñe a cada paso una conducta favorita despreciada todo lo de la vida?

La Santa Virgen, cuando al dar a luz al Cristo, se vio envuelto en pobres pañales, lo envuelto en pañales sencillos, y escribió a nombre de madre y de esposa, que se había criado en un hogar de pobres y enfermos, que se había criado en la pobreza y las limosnas de los pobres, un donativo del pobre al pobre, y del que la Santísima Virgen y su Cristo expresan estas palabras: *VALERE FLAMMAM VERITATIS*. Y aquellos pastores fieles a Dios, les habían dado algo para el pensoso viaje que iban a suplicar inspiración y en cantidad honesta y decorosa, que no quiere tentarse.

(1) San Mateo supone a Jesús y a María en un establo, y a los pastores en un campo. ¿Será que a vista de los pastores que se ven en el campo, y a la casa? ¿Será quizá que luego podían haberlos en la casa? ¿Será que a vista de los pastores que se ven en el campo, y a la casa? ¿Será quizá que luego podían haberlos en la casa?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



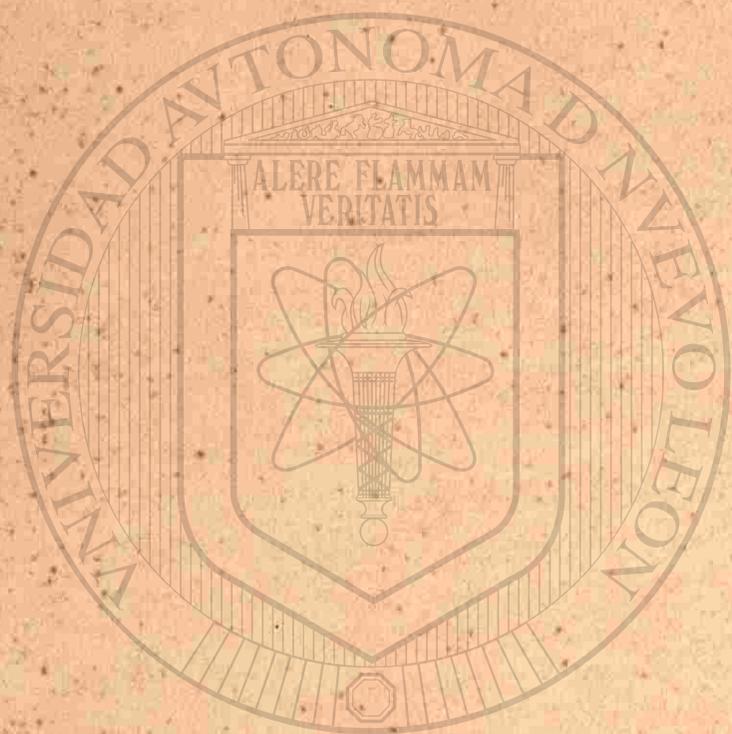
Mortaner y Dimmi, Elts, Esp, 1804

LA ADORACION DE LOS REYES A JESUS.

Copia de un dibujo de Overbeck.



En la Biblioteca de Olinos, 8



## CAPITULO XVIII

PRESENTACION DE JESUS EN EL TEMPLO: TRISTE PROFECIA DE SIMEON  
Á LA VIRGEN MADRE

**G**ORGIA ya salir de Belen y abandonar la mísera al par que bendita cueva, teatro feliz de tanta humildad y de tanta gloria. Iban á cumplirse ya los cuarenta días, durante los cuales la mujer Israelita debía vivir retirada, cuidando su salud y la de su hijo, ambas harto quebradizas durante ese período del puerperio y la lactancia (1).

Un Angel del Señor habia avisado á los Magos que no volvieran á Jerusalem ni á visitar á Herodes. Obedientes ellos al celestial mandato, recibido en sueños, habian vuelto á su país por otro camino, burlando así la astucia de aquel tirano sanguinario y vengativo (2), á quien Dios cegó en aquel momento, pues la política y la sagacidad aconsejaban que enviase con los Magos alguno de sus cortesanos en son de honrarlos y favorecerles. ¡Oh cuán necios y desprevenidos son los hombres que pasan por mas astutos cuando Dios los ciega!

Pero al mismo tiempo otro Angel habia mandado tambien á San Josef en sueños que huyera á Egipto llevando consigo al Niño y á la Madre de este. El aviso debió ser recibido poco despues de la marcha de los Magos, segun la narracion de San Mateo. Pero no

(1) Las leyes de Moisés, á veces mal comprendidas por escritores petulantes, daban carácter religioso y levítico á ciertas disposiciones económicas é higiénicas de gran importancia en aquel clima. El retiro de la recién parida durante cuarenta días, segun mandaba el capítulo 12 del Levítico era una de estas. Dícese vulgarmente que la recién parida tiene abierta la sepultura por cuarenta días. El precepto del Levítico, dice: *Mulier, si suscepto semine peperit masculum, immunda erit septem diebus iuxta dies separationis menstrua; et die octavo circumcidetur infantulus. Ipsa vero triginta dies manebit in sanguine purificationis suae: Omne sanctum non tanget, nec ingredietur in Sanctuarium, donec impleantur dies purificationis suae.*

Si el parto era de niña la purificación y retiro duraba sesenta días.

(2) Los volterrianos del siglo pasado y los racionalistas de este se han tomado la molestia de defender á Herodes. No es de extrañar: cofrade suyo es y deben mirarle como cosa de su familia. Voltaire le ha calificado de *sabio*. Tambien á él le han tenido por sabio los tontos del siglo pasado que le formaron reputacion; y los picaros de este se la sostienen aun conociendo su fatuidad, superficialidad y mal intencionada ligereza. Herodes, que asesinó á su mujer la bella Mariana, y á sus hijos, mereció que Augusto dijera de él:—En casa de Herodes vale mas ser cerdo que hijo de aquel; era capaz de matar á todos los niños y aun á los adultos.

Estando moribundo, y poco despues del nacimiento de Cristo, hizo encerrar en el hipódromo á todos los personajes mas notables entre los judios con órden de matarlos así que muriese él; á fin de que las familias principales tuvieran que llorar ya que se alegrarian por la muerte de él. Véase Augusto Nicolás, que debate muy bien este punto; tomo II de la Virgen Maria, pág. 264 de la traduccion española.

podían omitir el cumplir con el precepto legal de la purificación, y por tanto abandonaron la gruta, hecha ya objeto de la expectación pública, marchando á Jerusalem directamente, mientras que los Magos volvían á la Arabia camino del Mediodía.

La narración de los Evangelistas San Mateo y San Lucas se completan mutuamente. Omite aquel la presentación de Jesús en el templo, que narra este minuciosamente: en cambio narra el publicano la adoración de los Reyes y la huida á Egipto que este otro omite. Cada uno sigue el hilo de su relación según su plan y su propósito. La presentación del Niño Jesús en el templo por su Santa Madre y la ofrenda y Purificación de esta, narradas minuciosamente por San Lucas, á pesar de la pretendida oscuridad, dicen así: «Y pasados los días de su purificación según la ley de Moisés, le llevaron (á Jesús) á Jerusalem para presentarle al Señor, conforme á lo que está escrito en la ley del Señor, que todo varón primogénito será consagrado al Señor; y para ofrecer en sacrificio, según lo que está mandado en la ley del Señor, dos tórtolas ó dos pichones. Y hé aquí que había en Jerusalem un hombre justo y timorato, llamado Simeon, que esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él.

»Había tenido revelación del Espíritu Santo de que no había de morir hasta ver al Cristo del Señor. Y movido del Espíritu Santo vino al templo, y cuando los Padres del Niño Jesús le llevaban para dar por Él lo que era costumbre, según la ley, él le tomó entre sus brazos y bendijo á Dios diciendo:—Ahora es, Señor, cuando ya vas á dejar morir en paz á tu siervo, según tu palabra. Porque al cabo han visto mis ojos al Salvador que nos habíais ofrecido y que habeis preparado á la faz de todos los pueblos como luz que ha de guiar á las gentes y ser gloria de Israel tu pueblo escogido.

»Así es que el Padre y la Madre de Jesús estaban asombrados de las cosas que se iban diciendo acerca de Él. Mas Simeon les bendijo, y dirigiéndose á María, la Madre de Jesús, díjole:—Ve aquí que Este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y como blanco para los tiros de la contradicción. Y aun tu alma misma será atravesada por un cuchillo de dolor para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

»Había también una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, la cual era ya de edad avanzada y había vivido siete años con su marido, con quien se casó siendo doncella; y había perseverado viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años sin salir del templo donde estaba sirviendo de noche y de día, ayunando y orando. Habiendo pues llegado esta á la hora, alababa al Señor y hablaba de Él á todos los que esperaban la redención de Israel.»

Hasta aquí el texto evangélico en este pasaje que se refiere tanto á Jesús como á su Madre. Podía esta haber excusado la humillante ceremonia de la purificación, siendo como era purísima, inmaculada y virgen, pero esto lo sabían ella y su casto Esposo y no era conocido de nadie más: motivo era bastante para tranquilizar su conciencia, mas no para evitar el escándalo que hubiera producido la infracción de la ley; y ella, enemiga de privi-

legios y singularidades, que encubría la santidad mas eminente bajo las mas vulgares apariencias, ¿había de llamar la atención eximiéndose de cumplir la ley? Su hijo Dios se había sometido al doloroso y mas humillante precepto de la circuncisión; ¿y ella había de exceptuarse del precepto de la purificación después del parto? ¿Había de privar á Dios del homenaje de presentarle á su Primogénito, siquiera este fuera Dios, y al templo santo de sus rentas y tributos? Creo que estas razones que á nosotros se nos ocurren, ni pasaron siquiera por la mente de la Santísima Virgen, porque en su humildad profunda ni aun se le ocurriría que pudiera quedar exceptuada de la ley comun. *Mariam supra legem fecerat gratia, sub lege fecit humilitas* (1).

La Iglesia en el oficio de este día no añade noticia alguna á las del Evangelista S. Lucas. En sus primeras lecciones recuerda los capítulos del Exodo y del Levítico que imponían, aquel la presentación á Dios de todos los primogénitos y hasta la ofrenda de los animales primogénitos á título de primicias; este otro (cap. XII) á la mujer el retiro de la purificación, y la ofrenda y rito consiguientes para terminar aquel y conseguir esta. Las tres lecciones, tomadas del Sermon 13 de San Agustín (*de Tempore*), nada tampoco añaden al texto evangélico. A Simeon le llama *anciano famoso* (es decir, de buena fama y gran reputación) *de muchos años, probado y coronado* (2). En láminas y cuadros suele presentarsele revestido de paramentos pontificales como sumo sacerdote: ¿de dónde consta que ni siquiera fuese sacerdote, cuando ni el Evangelio lo dice, ni la Iglesia lo comenta?

San Ambrosio, de quien son las lecciones del tercer nocturno, oportunamente nota que después de la adoración de los Angeles y los Profetas, los pastores y los Magos, son los justos de ambos sexos los que ahora prestan homenaje á Dios en su templo y le dan allí honor y gloria (3).

El reconocimiento de la divinidad por todas las clases sociales es completo. Pero nunca fué completa la alegría de la tierra. En medio de la gran satisfacción de María, en aquel día solemne de su purificación, de su vuelta al templo, que le recordaba los tranquilos y hermosos días de su niñez en vida de sus padres, el encuentro con la piadosa viuda Ana que probablemente no le sería desconocida, siendo ella de muchos años atrás tan asidua en frecuentar el templo, el reconocimiento del santo anciano Simeon y su lánguido cantar de despedida, último fulgor de una lámpara que se apaga; las últimas palabras de este dirigidas á ella, la vuelven á la triste realidad de un porvenir sombrío y doloroso. Simeon ha dicho que este Niño, á quien tiene respetuosamente entre las manos, es el sal-

(1) Palabras de san Agustín citadas oportunamente por Orsini.

(2) *In templo presentabatur et á Simeone senex famoso, annoso, probato, coronato agnoscebatur*. Si hubiera sido sacerdote no es probable que la tradición y san Agustín lo omitieran.

De san Agustín son también las bellas palabras del mismo oficio en que dice:—*Simeon senex ferebat Christum infantem, Christus regibat Simeonis senectutem*; palabras que luego repite la Iglesia mas lacónicamente en una de sus antifonas.

(3) Lección VII ó primera del tercer nocturno en la fiesta de la Purificación tomada del capítulo 2.º, libro II, de Comentarios sobre el Evangelio de San Lucas.

vador que Dios envía (*Salutare tuum*) ofrecido á nuestros primeros padres desde el momento aciago de su expulsion del paraíso, y esperado durante cuatro mil años por las generaciones y pueblos que entre tanto han desaparecido (*quod parasti ante faciem omnium populorum*), que viene para predicar el *Evangelio*, la buena nueva, propagar y difundir la revelacion, la verdadera luz y la verdadera filosofia á todas las gentes, á todas las naciones, á todas las razas y colores, y no solo al pueblo escogido sino tambien á los gentiles (*lumen ad revelationem gentium*), y completar tambien la promesa hecha á Abraham y á su descendencia, que habia de tener la gloria de que el Mesías saliese de ella y viviese entre ella, constituyendo una raza escogida predilecta de Dios y privilegiada hasta el momento de la venida de Dios á su tierra, que era la gloria principal del pueblo Israelita (*et gloriam plebis tue Israel*).

Este cántico breve y lánguido, lleno de gratitud y ternura, de un anciano que se despide del mundo sin mirar á él, sino á Dios que asoma en su Oriente, es el epílogo de todos los cánticos, himnos y salmos de la Biblia. Hemos visto rápidamente los de María hermana de Moisés, Débora, Judit, algunos de David y de Isaías, los de San Zacarías y su santa esposa, el *Magnificat* de la misma Virgen María, que se aparta ya del género anterior, que no es el cántico de la poesía vigorosa y profética, sino el de la ternura y humildad cristiana; hemos oído tambien el estribillo ó ritornelo de otro himno angélico en el *Gloria in excelsis Deo*, cuya letra perdida para los hombres en los espacios etéreos nos la da completa la Iglesia Santa en el comienzo de la Santa Misa, y ahora es un anciano cansado y añoso el que pronuncia el último cántico de accion de gracias, de despedida, epílogo de esa poesía bíblica, mirando á lo pasado, viendo cumplidas las profecías y pronunciando su *consummatum est!* como lo pronunciará dentro de treinta y tres años este Niño que sostiene ahora con sus manos trémulas.

Y allí al lado está la doncella tierna y delicada, madre y vírgen á la vez, que allí mismo hace pocos años fué notable por su gran virtud, belleza, talento y rara humildad, favorecida de Dios con especiales dones, quizá no desconocidos de los asíduos moradores del templo, siervos de Dios, y esa tierna doncella, casi niña de veinte años, que viene allí humilde y extática, pisando el cielo cuando pone sus piés en la tierra, con alegría santa y mas que angélica, que viene á purificarse como si fuera posible purificar á la pureza misma, esa tambien atrae las miradas del anciano: esa oirá en su día con estremecimiento horrible otro *consummatum est!* mas lúgubre y doloroso que pronunciará este Niño muriendo á su vista en suplicio afrentoso y con agonía horrible.

Acaba el poeta y comienza el profeta. Valiera mas no serlo. Si le diera Dios al hombre abierto y registrado el libro de su destino, lo mejor que podria hacer seria no leerlo: el necio consulta á los agoreros y adivinos, el sabio se echa en brazos de Dios, su Padre, y se deja llevar por él. María descubre el porvenir sin preguntarlo. Al ver á Jesus, el anciano ha recorrido de una ojcada como poeta la historia de la humanidad en cuatro mil años. Ya

está cumplido lo que Dios ofreció. Pero al ver á María rásgase la nube oscura del porvenir y ve de pronto la vida trabajosa de este Niño y los acerbos dolores de la Madre. Habla el Profeta y solo habla para anunciar desgracias. El que ha nacido en la cueva morirá en el monte, al que han adorado los sabios gentiles guiados por una estrella, lo verá su misma Madre morir en un patíbulo escarnecido y entre las maldiciones de la aristocracia y del populacho de su nacion. Cerca está el sitio: lo ve á través de los muros del templo.

Una estrella milagrosa ha guiado á los Magos al nacer ese Niño, y el sol ocultará su faz por no verle morir. Mas esa niña Madre y entonces varonil matrona, no podrá apartar de Él sus ojos. ¡Pobre niña! para decirte eso valia mas callar; pero Dios lo quiere. El Profeta es el órgano por donde Dios habla, aunque él no quiera. Dios mueve sus labios. Y al par que el pobre anciano abre su boca para pronunciar palabras lúgubres y fatídicas, se abren los ojos de María para ver allí cerca confusamente, y sobre el Gólgota, un drama horrible. Ese es el puñal que llevará ya clavado en su corazon durante treinta y tres años.

Tambien el Santo Esposo logra entrever algo de ese porvenir sombrío: las palabras dichas á la casta niña que ama y admira, han herido sus oidos y traspasado su corazon, pero al cabo él no presenciara el drama horrible. Su mision acabará antes. Toma el Niño en sus brazos para pasar al patio de los sacrificios donde no llegan las mujeres, y donde por tanto no puede entrar María (1). Entrega á los sacerdotes de turno los siclos de plata, que debia pagar como rescate del primogénito, que pasaba por hijo suyo, y dos tortolitas, ofrenda de los pobres. Con el oro de los Magos bien pudiera ofrecer un cordero, como ofrecian los ricos y los nobles, y él era descendiente de régia estirpe, pero á veces en esta ofrenda entraba el orgullo por algo y él y su esposa tienen mas de humildes que de nobles, porque su nobleza mas preciada es la de Dios, no la que viene de David. María entre tanto vierte modestamente en el gran cepillo del templo (*gazofilacio*) el oro regalado por los Magos, pero con recato, sin meter ruido, procurando que no se advierta lo mucho que deja. Cualquiera que viese á esa doncella acercarse modestamente al arca de las limosnas creeria que iba á dejar dos ó tres siclos de plata, á duras penas ahorrados en vigiliias de bordado y de costura, como el óbolo de la viuda que Dios aplaudirá allí mismo dentro de algunos años, y con todo María dejaba allí talentos de oro, mucho oro y acendrado. Cuando al abrir el depósito los sacerdotes vieran tal cantidad de oro de la Arabia ¿cómo se habian de figurar que lo habia depositado allí la tímida mano de la niña Nazarena, de la antigua alumna, halma de aquellos corredores, casada con un pobre carpintero? ¡Cuántas veces se equivocan los cálculos humanos cuando creen que las grandes limosnas vienen de manos llenas, y que han salido de bolsillos repletos! Ricos eran los Magos, pero Dios quiso que su oro viniese al templo por manos pobres. ¡Dichosos los ricos que, si no están en con-

(1) La escena relativa á la profecía de Simeon, segun la narra san Lucas, tuvo lugar al entrar en el templo y antes de la ofrenda.

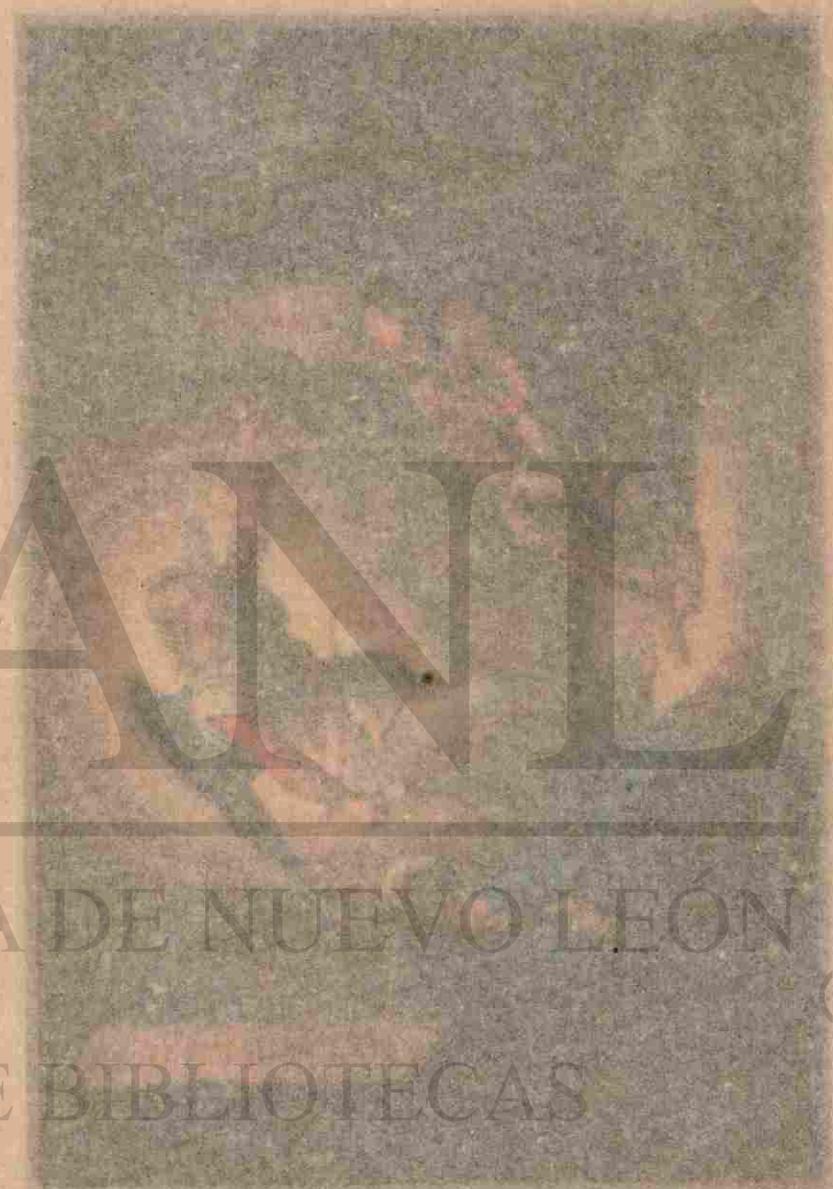
tacto con el pobre, buscan al humilde para que sus dones lleguen á Dios por mano de este!

El misterio de la Purificación estaba terminado. María había cumplido con Dios y con la ley, había aliviado su pobre equipaje del peso del oro para ella *muy pesado*, había quizá reanudado antiguas y santas relaciones, y á la elevacion de su alegría, que la subia al cielo, se había juntado el contrapeso del dolor, que la abatía á las tristes realidades de la tierra. Hé aquí la purificación que la ley no prescribía, pero que Dios le enviaba. El dolor, la mortificación, la abnegacion interior, diciéndole: «El que es justo que se justifique mas, el que es santo que se santifique mas (1).» [Síntesis de la purificación!

(1) *Et qui justus est justificatur adhuc et Sanctus sanctificatur adhuc.* (Apocalipsis, cap. 22, v. 11.)

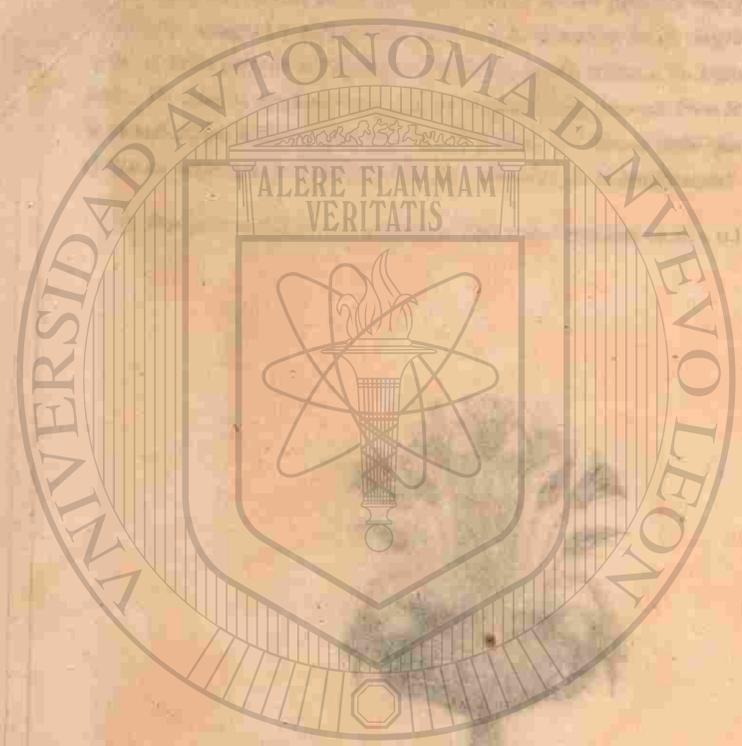


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



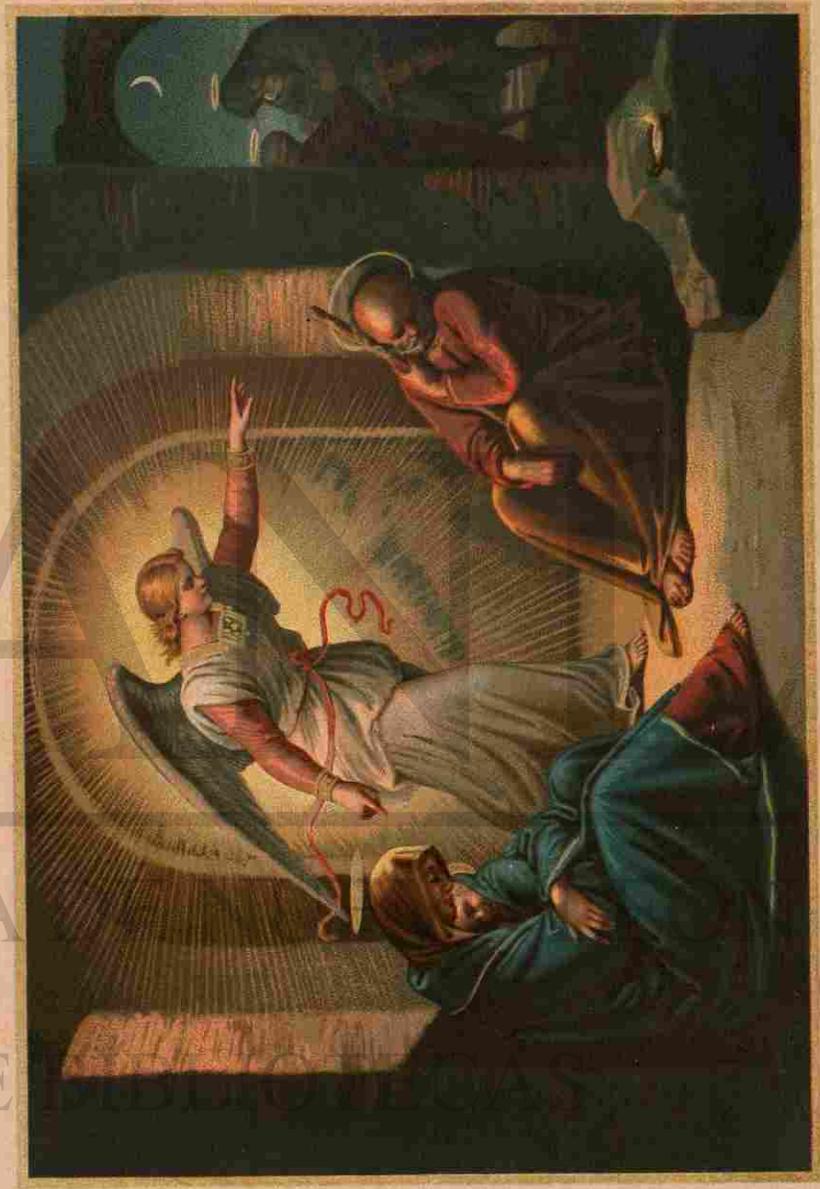
Seguen á Dios por mano

había cumplido con Dios y con  
había quizá  
que la subía al  
realidades de la  
El dolor,  
que mas,

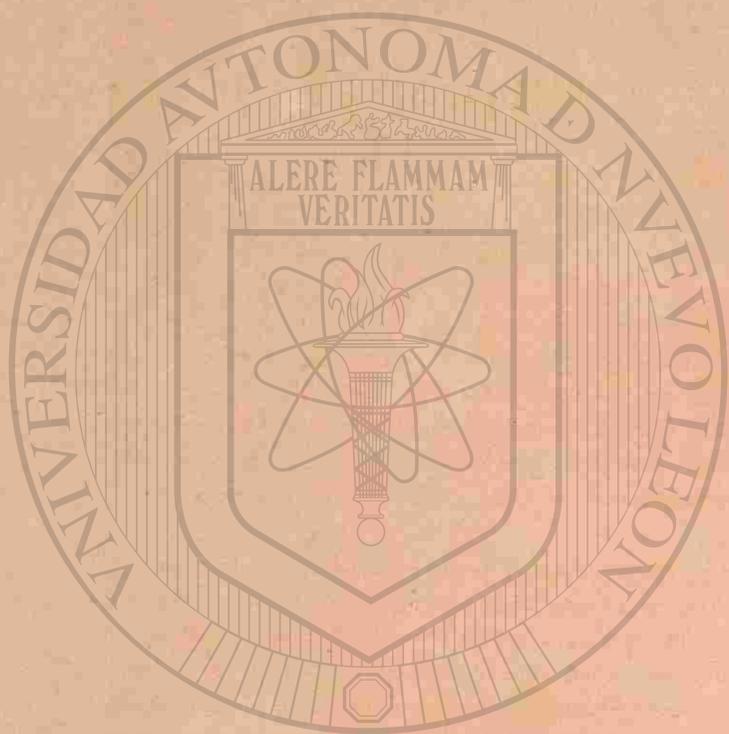


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL ÁNGEL SE APARECE EN SUEÑOS A JOSÉ Y LE ORDENA QUE HUYA A EGIPTO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XIX

### LA HUIDA Á EGIPTO

**S**ALIÓ María del templo camino de Nazareth para volver á su mansion conyugal, ó marchó desde Jerusalem á Egipto con su Santo Esposo? Pasaje oscuro es en su vida, y en cuya respuesta no todos están conformes. El volver á Nazareth, camino de tres dias, para desandar otra vez ese camino, y en momentos de peligro, parece poco probable, cuando la Providencia queria obrar á lo comun y humano, pero no á lo excepcional milagroso y á lo divino.

Calla San Mateo los sucesos del templo y refiere en cambio la huida á Egipto y el regreso á Nazareth. Á creer el texto de San Lucas como narracion seguida, los Santos Esposos habrian salido de Jerusalem para Nazareth, pero entonces tambien habria que decir que no habian estado en Egipto, puesto que lo calla. Dada esta omision, las palabras del Santo Evangelista lo mismo pueden referirse á un regreso á Nazareth desde Jerusalem, que á un regreso á dicho pueblo desde Egipto (1). Terminado lo que narra San Lucas respecto á la venida de la profetisa Ana al templo, dice que «esta, llegando al templo en el momento de la Purificacion, confesaba al Señor y hablaba de Él á todos los que esperaban la redencion de Israel;» y en seguida añade: «Y luego que acabaron de hacer todas las cosas segun la ley del Señor, volvieron á Galilea á su ciudad de Nazareth, mas el Niño iba creciendo y vigorizándose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios era con Él.»

De omitir San Lucas la huida á Egipto tenia que hablar así.

El texto de San Mateo, por el contrario, enlazando la fuga á Egipto con la adoracion de los Magos, dice así: «Habiendo marchado los Magos hé aquí que el Angel del Señor se apareció en sueños á Josef, diciendo:—Levántate y toma el Niño y su Madre y huye á Egipto y está allí hasta que yo te lo diga, porque Herodes va á buscar el Niño para deshacerse de Él. Levantóse, pues, Josef, y tomó al Niño y su Madre por la noche, con los

(1) 39 *Et ut perfecerunt omnia secundum legem Domini, reversi sunt in Galilaam in civitatem suam Nazareth.*  
40 *Puer autem crescebat et confortabatur....* (San Lucas, cap II).

cuales se marchó á Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio de su Profeta (1): *Del Egipto llamé á mi Hijo.*

»Entonces, viéndose Herodes burlado de los Magos, se irritó mucho, y enviando su gente hizo matar á todos los niños de Belen y sus contornos desde la edad de dos años abajo calculando el tiempo por lo que habia averiguado de los Magos. Cumpliósese entonces lo que habia predicho el Profeta Jeremias al decir: —Una voz se ha escuchado en Rama con mucho llanto y alaridos, y es que Raquel llora á sus hijos sin querer consolarse, pues que ya no existen (2).»

San Juan Crisóstomo opina que la Santa Familia regresó de Jerusalem á Nazareth, y que allí recibió San Josef el aviso del Angel. Teniendo en cuenta el tiempo y la topografía y el modo con que en esto obraba la Providencia, parece que la revelacion debió mas bien tener lugar en Jerusalem (3). Hacia para entonces mas de veinte días que Herodes esperaba á los Magos, tiempo mas que suficiente para conocer el astuto-tirano que aquellos se habian burlado de él y de sus tretas, y por tanto si la matanza de los Inocentes no habia principiado iba á principiar de un momento á otro. La Galilea estaba al norte de Jerusalem, el Egipto al mediodía. No era prudente, en lo humano, marchar al norte, y con riesgo, para desandar á pocos días lo andado, volver sobre sus pasos hácia el mediodía y con mayores riesgos. Dios podia ciertamente burlar, como burló, los designios y la crueldad de Herodes, sin necesidad de milagro alguno, y aun cuando la Santa Familia hubiese quedado en el mismo pueblo de Belen, pero no quiso y apeló al triste medio de la fuga, muestra de debilidad y de flaqueza, á que acuden el temor y la prudencia en los casos de peligro. A la humildad y la pobreza y abandono en el nacer se unen ahora la debilidad y tristeza de la fuga y de la expatriacion.

En el carácter astuto y violento de Herodes el viejo (4) no es probable que tardase un mes en mandar matar á los niños Inocentes, y si tardaron los Padres de Jesus veinte á veinticinco días en salir de Belen, despues de la adoracion de los Magos, tuvo tiempo mas que suficiente para convencerse de la vuelta de aquellos sin contar con él, dar la orden para aquellos asesinatos y principiar á cumplirla así que salió Jesus de aquel pueblo. Y como los prodigios vistos por los pastores y la adoracion de los Magos, acontecimiento

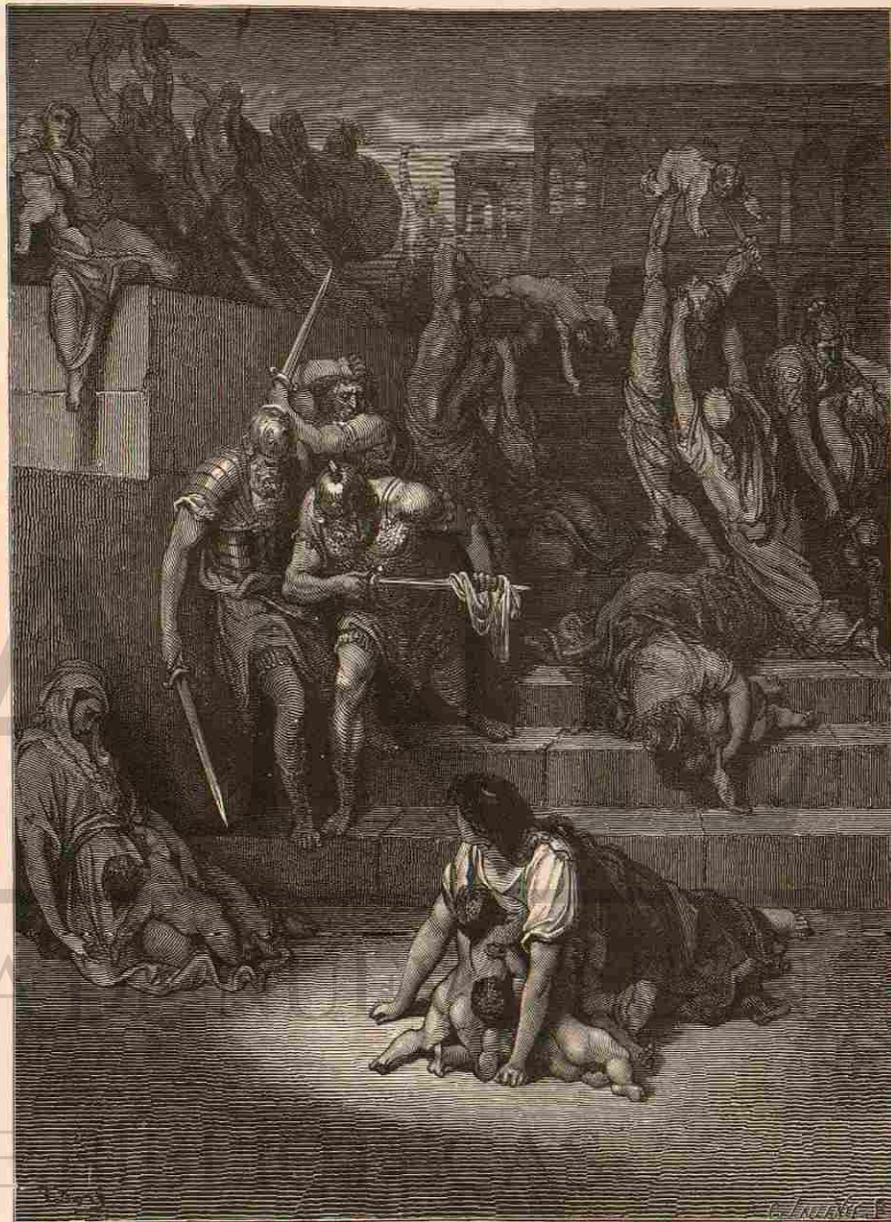
(1) Esta profecía es de Oseas, y no se puede aplicar segun su contexto á otro que á Jesucristo, puesto que habla del rey de Israel y del niño de Israel, y de la adoracion de los ídolos en aquel país á pesar de su estancia. (Oseas, cap. XI, v. 1.)

(2) Estas palabras de Jeremias se encuentran en el cap. XXXI, v. 15.

(3) La venerable Madre de Agreda supone que la Virgen se quedó en Jerusalem para hacer una novena en el templo y que al quinto día de la novena tuvo lugar la revelacion del Ángel. (Cap XXI, libro IV de la *Mística Ciudad de Dios*.) Esto de la novena en el templo ha hecho poca fortuna entre los biógrafos de la Virgen, y aun menos el que Simeon fuese sumo sacerdote, noticia que rechazan los críticos.

Orsini, por el contrario, aventura palabras y frases fuertes contra el sacerdocio israelítico. «Un sacrificador desconocido á José recibió con distraccion de las manos callosas del hombre del pueblo, á quien miraba como basura del mundo, las tímida aves prescritas por la Ley y ni siquiera se dignó honrar á Cristo con una mirada.» Es demasiado aventurar, y ni llega á tanto la *licencia poética* en la historia, ni debe servir esta para inculpaciones de este género.

(4) Este se hallaba por entonces en Jericó adoleciendo de una grave enfermedad, segun hacen observar los críticos.



DEGOLLACION DE LOS INOCENTES

ruidoso en un pueblo pequeño como Belen, habrían hecho fijar la atención sobre aquellos humildes nazarenos á quienes Dios distinguía de tal modo, y que ahora eran causa ocasional de la matanza de sus hijos, era muy fácil á los satélites de Herodes seguirlos á Jerusalem y despues buscarlos en Nazareth, por lo cual, respetando mucho el parecer de San Juan Crisóstomo y los que opinan que la Sacra Familia marchó de Jerusalem á Nazareth y de aquí á Egipto, parece mas probable que marchase á este punto desde Jerusalem, y sin demora. Y que urgía la fuga y no admitía dilacion lo indican las palabras mismas de San Mateo en medio de su gran sobriedad.—«Levántate, *coge al Niño* y á su Madre y huye al Egipto.» Y en seguida añade: «Levantándose cogió al Niño y á la Madre *de noche* y se fué á Egipto.» Todo esto indica prisa, premura, terror, y ¿cabe esto con la calmosa marcha á Nazareth (1)?

Las tradiciones de los Padres y las populares consignadas en cuentos y sencillos cantares todas figuran á la Santa Familia huyendo de prisa y despavorida, y explican el misterio de esta fuga innecesaria. San Pedro Crisólogo dice (2): «¿De qué se entristece tanto la causa celestial, hasta el punto de que al oirlo el hombre se confunda, quede abatido el ánimo, la inteligencia tenga que echarse á discurrir, la fe llegue á dudar, la esperanza vacile y la creencia misma se abata? ¡Huye Dios ante el hombre que le persigue: tiembla el cielo ante el rigor de la tierra y llega á mostrarse receloso el Padre al hacer que huya su Hijo!»

El mismo Santo Padre explica esto luego como un misterio divino, pues, como él dice, «cuando huye el guerrero impávido, es, no por miedo, sino por estratagema.» Y como esto corresponde mas bien á la historia del Hijo que á la de María, no es necesario en esta descender á explicarlo. Sobre todo que yo creo que ni aun en la vida de Jesucristo necesita esto grandes explicaciones. La vida de este es *homogénea y humana*. La Divinidad aparece de cuando en cuando como el rayo del sol que rasga una nube densa y oscura por un momento: la nube es la humanidad. Sobre todo, lo que hay que explicar es que Jesus siendo Dios se deje matar en un suplicio el mas horrible y afrentoso: al lado de esto lo demás queda muy por bajo. Que nazca en un establo, que huya á Egipto siendo niño, ¿qué vale eso para el ser azotado y crucificado cuando sea adulto? San Fulgencio resume este pensamiento de un modo tan sencillo como concreto. «Dignóse huir al Egipto, para dignarse algun dia subir á la Cruz.»

Las tradiciones populares han revestido esta fuga de románticas leyendas. Ora es un

(1) El señor obispo de la Habana supone que la revelación la tuvo San José á la primera jornada volviendo á Nazareth. (Tomo II, pág. 105). Y ¿á qué esa jornada, que no concilia la narración de San Mateo con la de San Lucas, que dice *reversi sunt in Galileam in civitatem suam Nazareth*, si no llegaron á Nazareth?

Mas sencillo es decir que las palabras de San Lucas se refieren al regreso de Egipto. Tal es el desacuerdo de los escritores sobre este punto tan sencillo, pero por lo mismo que es oscuro y de poco interés conviene respetar todos los pareceres.

(2) Sermon CL, citado por Augusto Nicolás.

bandido que sale con su cuadrilla á saltar y robar á los viajeros y, en vez de hacerlo así, ampara á los fugitivos y les da escolta y alimento (1). Ora es Dimas, el buen ladrón, el que sale al camino, y al ver que los pobres viajeros van á caer en una emboscada de los sicarios herodianos, los guía por sendas extraviadas y los acompaña hasta las fronteras de la Arabia (2). Los romances populares de nuestra patria representan sedientos á los viajeros y á la Virgen devolviendo la vista á un pobre ciego que les regala naranjas para aplacar la sed (3) y á los sembrados anticipando sus frutos al paso de la Virgen.

Orsini en su estilo pintorescamente recargado, despues de citar un pasaje interesante de San Buenaventura, recapitula tambien esas inadmisibles leyendas y las explana y exagera. «La tradicion, dice, calla sobre una gran parte de ese interesante y peligroso itinerario. Sin duda los santos viajeros hicieron marchas largas y penosas á través de las montañas, aprovechando las primeras horas del dia y aguardando tambien con frecuencia para partir la salida de la luna (4).....»

Si se consultan los eruditos cálculos de los cronologistas que no admiten intervalo en este largo viaje, los Santos Esposos debieron encontrar una caravana que estaba de partida en las costas de Siria. Esto es tanto mas verosímil cuanto que se estaba cerca del equinoccio de primavera (5), y cada uno queria anticiparse á la estación en que el simoun ejerce su imperio en el desierto y vuelve su mar de arenas tan pérdidas como las mismas olas.

«A excepcion de la inquietud mortal por la encarnizada persecucion de Herodes, la segunda parte del viaje de la Santa Familia no cedió á la primera ni en fatigas ni en padecimientos, ni tampoco en inseguridad. Partiendo de Gaza, cuyas torres medio arruinadas resonaban por el estruendo de las olas, los viajeros no vieron delante de sí mas que inmensas soledades de arena de un aspecto desolador y de un desabrigo horroroso, que abría á surcos el viento abrasador del desierto y sobre las cuales se desplomaba un cielo de fuego (6). Nada de vegetacion, sino es algunos secos matorrales que crecian de trecho en

(1) Orsini admite el viaje de la Virgen á Nazareth despues de la Presentacion, y pone estos peligros y el asalto del bandido al regresar de Nazareth á Jerusalem y despues á Belen, y malgasta mucha erudicion sobre esta conseja.

(2) El señor Hartzembusch en su drama bíblico *Mal apóstol y buen ladrón*, aprovecha esta tradicion para motivar en ella la conversion de aquel, llamado Dimas.

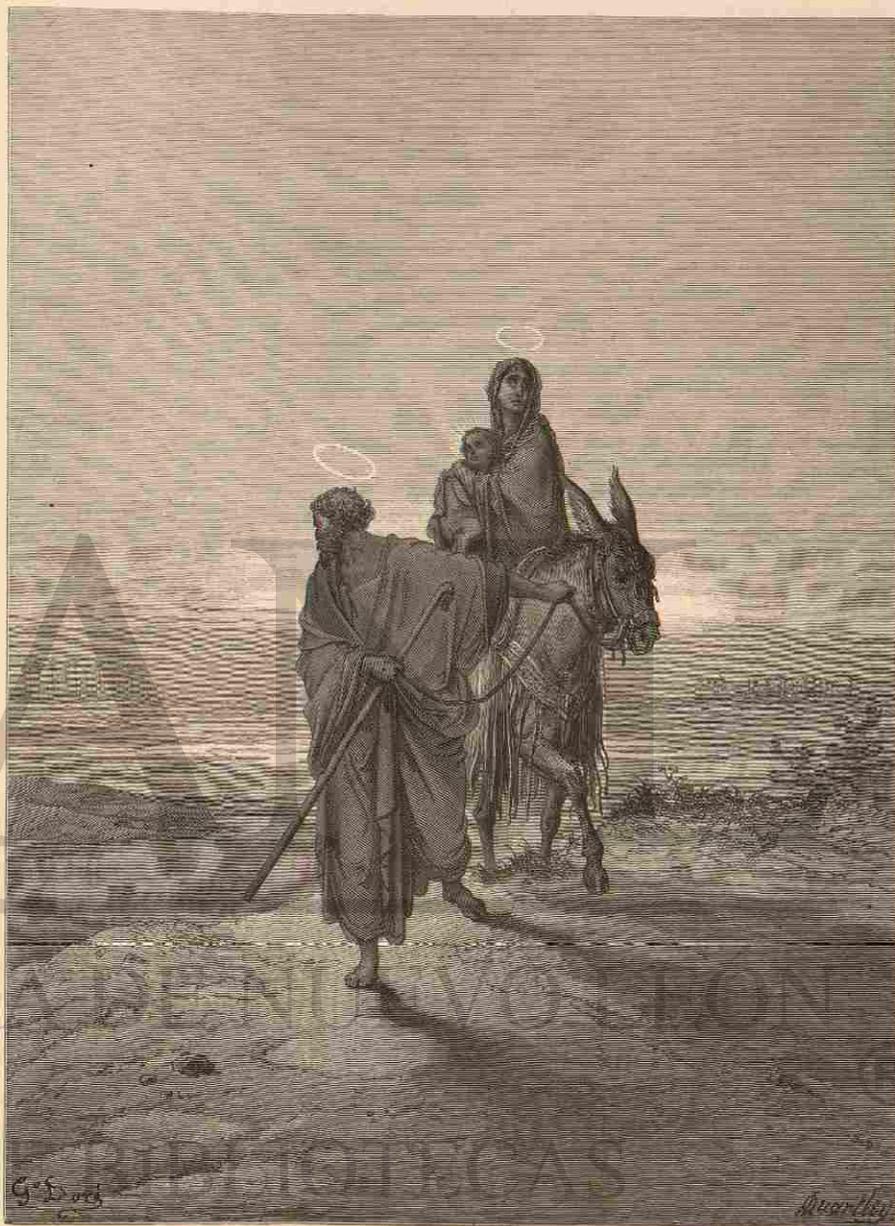
(3) En el capítulo siguiente consignaremos esta pequeña balada, que lo mismo cabe aquí que allí.

(4) Orsini, que supone á los viajeros viajando de Nazareth á Jerusalem y de Jerusalem á Belen, segun queda dicho, amontona una porcion de cosas inverosímiles, nada mas que para suponer que la Virgen estuvo escondida durante su fuga en una cueva cexca de Belen y que allí dió de mamar al Niño, y habiéndose derramado algo de leche, se formó una masa particular que los cristianos de Belen llaman *leche de la Virgen*. Sobre esta tradicion estúpida é inverosímil funda Orsini su aéreo castillo, diciendo que no comprende cómo José y María se fueron á meter en el *cráter del volcan*. Tampoco lo comprenderá ninguna persona de mediano criterio. En vez de explicarlo es mas seguro el negarlo.

He reconocido algunos trozos de esa llamada *leche de la Virgen*, y no son mas que unos pedazos de arcilla como otra cualquiera. *Ribetes monacales* llama Chateaubriand en su viaje á Palestina, quizá con alguna impropiedad, á esas ridículas leyendas con que por allí se desfigurán las verdades.

(5) Del 3 de febrero en que emprendieron la huida los santos esposos al 21 de marzo faltaba mes y medio.

(6) La venerable Madre de Agreda supone que cogió á los santos viajeros en el desierto una tempestad, «porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados que los cegaba y fatigaba mucho.» (Párrafo 633 de la segunda parte.) Una lluvia en aquellos arenales hubiera sido para los santos viajeros un gran beneficio.



HUIDA A EGIPTO

trecho sobre montecillos aislados: nada de agua, sino es el manantial salobre, en que la Virgen y Josef, cansados, pobres y á quienes nadie protegía, no podían apagar su sed, sino despues que los ricos mercaderes, sus esclavos y camellos la habian casi agotado y que de esa agua turbia y mermada apenas quedaba con que llenar el hueco de la mano. Cuanto mas se alejaban de las fronteras de la Siria, mas se hacia sentir la sed y mas raras eran las fuentes.

»Á veces distinguíase á lo léjos, en medio de una llanura sin límites, un grande lago azul y claro como el lago de Tiberiades: reflejábese el cielo en sus aguas transparentes en que se veía la imágen de una palmera solitaria: un grito de alegría marcaba ese descubrimiento: apresurábase el paso de los camellos, y María alzaba su cabeza desfallecida, como una rosa de Saron á la proximidad de la lluvia. Pero ¡oh miseria! el lago solo era ese fenómeno óptico llamado *espejismo* que tan terribles decepciones produce á los viajeros en las áridas llanuras (1).

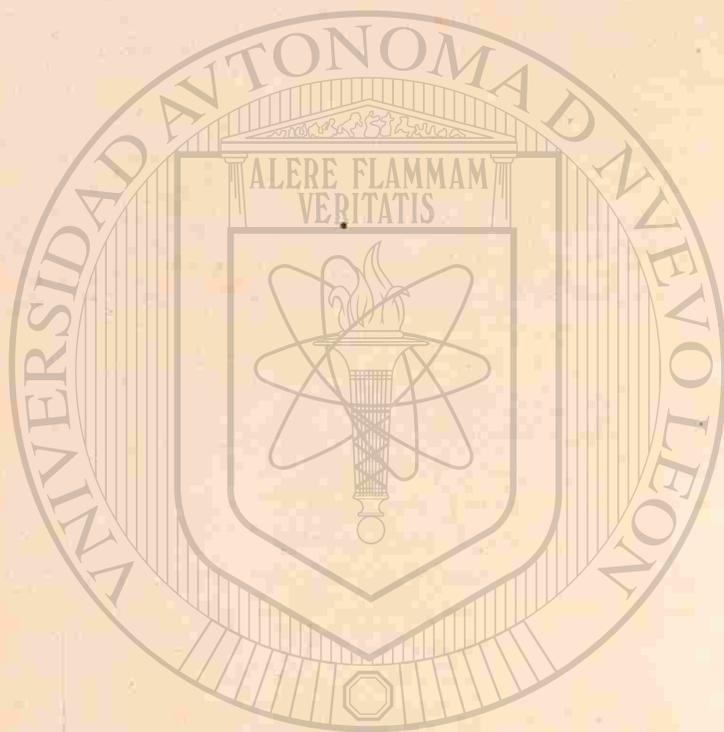
»Al acercarse la noche hacia alto la caravana y se quitaba la carga á los camellos, atándolos en círculo en unas estacas hincadas hondamente en la arena, y cada viajero, despues de haber tomado su alimento de dátiles y leche, se entregaba al sueño bajo su tienda de fieltro esperando la salida de la luna. Los esclavos y los viajeros pobres, entre los cuales andaba la Sagrada Familia, descansaban sobre una estera de juncos y recibían el rocío de la noche sobre sus cuerpos desfallecidos por el cansancio.

»Cuando la luna derramaba su pálida luz sobre aquel desierto sin sombra y sin ruido alguno, plegábanse las tiendas, el jefe de la caravana consultaba los astros de la noche á fin de orientarse, y la penosa marcha comenzaba de nuevo con todas las incomodidades, sufrimientos y decepciones de los dias anteriores.

»Llegóse finalmente á los confines de la region misteriosa y anhelada: ofrecióse á la vista de los viajeros aquella antigua cuna de las ciencias y de los groseros errores de la idolatría, con sus obeliscos de granito rojizo, sus templos coronados con espejos de bruñido acero, sus pirámides colosales, sus pueblos parecidos á islas, y su río providencial, festonado de cañas y cargado de barquichuelos. Despues de un viaje de ciento cuarenta leguas (2) los fugitivos llegaron á Heliópolis, la ciudad natal de Moisés, en que sus ascendientes habian fundado una colonia. En esta ciudad se alzaba el templo de Jehová, que Onías habia hecho construir por el plan de la santa casa de Jerusalem: los adornos de aquel templo egipcio igualaban casi al de Jerusalem, solamente que en vez del gran candelabro de los siete mecheros, en el de Heliópolis habia una enorme lámpara de oro en señal de inferioridad. A la puerta de la ciudad, cuya población se componía en gran parte de árabes idólatras además de los indígenas egipcios, habia un árbol frondoso del género de las mimosas ó sensitivas,

(1) Orsini expresa este fenómeno del *espejismo*, que luego en las notas se llama *niraga*, diciendo: «Un demonio burlon se llevaba el lago algunas leguas mas léjos.» ¿A qué hacer intervenir el diablo en una cosa tan natural y sencilla de que habian todos los libros de física y de viajes por el África y América?

(2) El cálculo no es del todo exacto, aun computando la distancia de Nazareth á Jerusalem, con el rodeo por Belén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al cual daban culto los árabes del Yemen, establecidos en las orillas del Nilo. Al acercarse la Santa Familia al árbol idólatrico bajó este pausadamente sus ramas, como para saludar con su zalema (*salem*) al infantil dueño de la naturaleza, que María llevaba en sus brazos; y si hemos de creer á Paladio y á otros muchos piadosos escritores, en el momento en que los santos viajeros pasaban por los arcos de granito de la puerta principal de Heliópolis, todos los ídolos del templo vecino cayeron desplomados contra el suelo.

»María y Josef no hicieron más que atravesar la gran ciudad del Sol y se dirigieron á Matarieh, pequeña y bonita aldea rodeada de ciclamos (*Mataria*), regados por la única fuente de agua dulce que hay en Egipto. Allí en una modesta habitación, semejante á una colmena, la Santa Familia fugitiva respiró con tranquilidad, lejos de las iras de Herodes y despues de las fatigas del pesado viaje.»

A la poética y romanesca descripción de Orsini, calcada sobre las descripciones de los viajeros modernos, puede contraponerse la de la venerable Madre de Agreda, que pinta el viaje de otra manera enteramente distinta. Dice así (1):

«El día tercero, despues que nuestros peregrinos llegaron á Gaza, partieron de aquella ciudad para Egipto, y dejando luego los poblados de Palestina se metieron en los desiertos arenosos que se llaman de Bersabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas y más de despoblados para llegar á tomar asiento en la ciudad de Heliópolis, que ahora se llama el Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos días, porque las jornadas eran cortas así por la descomodidad del camino tan arenoso, como por el trabajo que padecieron con la falta de abrigo y de sustento....»

»Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febrero, comenzándola seis días despues de la Purificación. La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos, se arrimaron á la falda de un montecillo, que fué solo el recurso que tuvieron. Y la Reina del cielo con su Niño en los brazos se sentó en la tierra y allí tomaron algun aliento y cenaron de lo que llevaban desde Gaza. La Emperatriz del cielo dió el pecho á su infante Jesus, y Su Majestad, con semblante apacible consoló á la Madre y á su Esposo, cuya diligencia, con su propia capa y unos palos, formó un tabernáculo ó pabellon, para que el Verbo Divino y María Santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde. La misma noche los diez mil Angeles que con admiracion asistian á los peregrinos del mundo, hicieron cuerpo de guardia á su Rey y Reina, cogiéndolos en medio de una rueda ó circuito, que formaron en cuerpo visible humano....»

»Pero faltábales la comida y afligíales la necesidad que con humana industria era irremparable, y dejándolos el Señor llegar á este punto, y inclinado á las peticiones justas de su

(1) Segunda parte, lib. IV, cap. 23 de la *Mística ciudad de Dios*.

Esposa, los proveyó por mano de los mismos Angeles, porque luego les trajeron pan suavísimo y frutas muy hermosas y sazonadas, y á mas de esto un licor dulcísimo, y los mismos Angeles se lo administraron y sirvieron. Y despues todos juntos hacian cánticos de gracias y alabanzas al Señor....»

»Y sucedia algunas veces, que llegando la Divina Madre á descansar y sentarse en el suelo con su infante Dios, venian de las montañas á ella mucho número de aves y con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenian y recreaban, y se le ponian en los hombros y en las manos para recrearse con ella. Y la prudentísima Reina las admitia y convidaba.»

Diffiere mucho esta narracion á lo milagroso, y al estilo español del siglo xvii, de la moderna descripción de Orsini, narrada al estilo humano, suponiendo este á la Sagrada Familia viajando en caravana, y la escritora española cruzando el desierto en completo aislamiento. Doscientas leguas dice que anduvieron desde Jerusalem á Heliópolis habiendo estado antes en *Hermopolis*, «que está hácia la Tebaida,» en la cual y no en Heliópolis supone que estaba el árbol idólatrico. «Y cuando llegó el Verbo humanado á su vista, no solo dejó el demonio aquel asiento derribado al profundo, sino que el árbol se inclinó hasta el suelo, como agradecido de su suerte, porque aun las criaturas insensibles testificasen cuán tirano dominio es el deste enemigo (párrafo 646).»

Refiere tambien que «al mismo punto caian con grande estrépito los ídolos, se hundian los templos y se arruinaban los altares de la idolatría (párrafo 643).»

Augusto Nicolás (1), con superior criterio, zahiere duramente estas tradiciones dudosas, calificándolas de *invenciones pueriles*. «El Evangelio, dice, desdeña tales invenciones para atenerse á lo verdadero, que es mucho mas sublime.» El Evangelio calla, pero no desdeña: el mismo San Juan nos dice al concluir el suyo que no cabrian en el mundo los libros en que se escribiese todo lo que hizo Jesucristo, si hubiera de escribirse. Entre las leyendas consignadas por la ascética española al estilo antiguo y las recargadas descripciones del Abate italiano al estilo moderno, creo que hay un término medio decoroso y prudente sin acudir á la dureza del crítico francés: tal es la de no crearlas de ligero, ni menos afirmarlas con teson como cosa inconcusa, ni menos negarlas rotundamente y vituperarlas en absoluto. Creemos lo del Evangelio como cierto é indudable y dejamos correr las tradiciones populares y vulgares, sin afirmarlas ni negarlas, ni ponerlas al par de la narracion Evangélica. Con lo que desechan los críticos hacen los poetas hermosos castillos, que encantan deleitando, y si llevan las almas hácia Dios ¿por qué los hemos de demoler?»

(1) «Para realizar la humillacion de su huida se ha recurrido á tradiciones dudosas, á invenciones pueriles, segun las cuales manifestó su poder el niño Dios en esta circunstancia de su vida con milagros. El uno de ellos fué que durante su huida á Egipto, los ídolos cayeron de sus pedestales, quebrándose á su paso. Otro nos lo representa entreteniéndose en hacer pajaritas que adquieren vida entre sus manos y vuelan al cielo.» (Cap. XIV: pág. 273 de la edición española.)

Á mi vez yo no hallo prodigio en que Herodes temiese la venida del Mesías, ni en que hiciera matar á los niños Inocentes; cosa en que insiste Augusto Nicolás. Ambas cosas son tan sencillas y comunes, dado el carácter de Herodes, que no hallo en ellas nada de extraño, cuanto menos de prodigioso.

## CAPITULO XX

**S**ETE años estuvo la Santa Familia en Egipto, según la opinión más corriente y comúnmente recibida (1).

Sus ocupaciones fueron allí las mismas que en Nazareth. Pobres trabajadores, llevaban su hacienda en sus manos y el trabajo manual era su patrimonio: su alimento corto, sus necesidades escasas, con poco quedaban satisfechos y este poco era el producto de su trabajo, producto que la tradición supone penoso y escaso (2).

La venerable Madre de Agreda supone que la estancia de la Santa Familia fué en Heliópolis. «Tomaron allí posada común y luego salió San Josef á buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo, y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre para su habitación y retirada un poco de la ciudad, como lo descaba la Reina del cielo (3).»

La tradición del país la supone más bien en el pequeño pueblo de Mataria, donde se hallan, según Orsini y otros autores que cita, vestigios de su permanencia que enseñan todavía los cristianos del país. «La fuente en que María iba á lavar los pañales del Niño (4), el otero cubierto de zarzales en que los ponía á secar al sol, el sicomoro á cuya sombra gustaba la amable Virgen sentarse con su Hijo sobre las rodillas, allí existen todavía hace diez y ocho siglos, y los peregrinos de Europa y de Asia saben su camino, y los descendientes de los Faraones se complacen en enseñarlo.»

(1) Orsini cita á propósito de esta opinión á Trombel, su *vita Deipara* y otros escritores, pero sin citar palabras ni páginas.

(2) Cartusiano (Landolfo de Sajonia) en la Vida de Cristo supone á Jesus acosado por el hambre con frecuencia, y pidiendo como niño á su Madre pan, que esta no tenía para darle. Posible es que así fuese más de una vez.

(3) Capítulo arriba citado.

(4) «Esta fuente, dice Orsini, refiriéndose á Savary, tomo I, pág. 122, y á la Correspondencia de Oriente, tomo VI, pág. 31, todavía se llama la *fuente de María*: una antigua tradición supone que la Virgen María bañaba en ella al niño Jesus. Desde los primeros tiempos del Cristianismo, los fieles edificaron en este paraje una iglesia; más adelante los musulmanes hicieron una mezquita, yendo allí unos y otros á buscar el remedio de sus dolencias. La fuente todavía existe, la iglesia y la mezquita han desaparecido.» *El devoto Peregrino* describía también mucho de esto en el siglo XVII; pero es preferible en esto el citar á los modernos.

Respecto al ciclamor ó sicomoro, añade con relación á la misma Correspondencia, que los Padres franciscanos del Cairo lo conservan todavía como recuerdo dentro del cercado de su convento, suponiéndolo vástago del que pereció de viejo en 1056.

El Evangelio nada nos dice y solamente narra el regreso de allí, diciendo:

«Y muerto Herodes, hé aquí que el Angel del Señor se apareció en sueños á Josef en el Egipto, diciendo:—Levántate y toma el Niño y su Madre y vuelve á tierra de Israel, pues que ya han muerto los que buscaban al Niño para quitarle la vida. Levantóse Josef y, tomando al Niño y á su Madre, regresó á su país de Israel. Mas oyendo que Arquelaos reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allí mismo, y avisado en sueños se retiró á tierra de Galilea, y desde que llegó allí habitó en la ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliera lo que dijeron los Profetas:—Que sería llamado *Nazareno*.»

La narración del regreso á la patria es tan sencilla como la de la fuga y guarda el mismo orden. No es María la que recibe las órdenes del cielo por medio de un Angel en forma visible. Tiene un marido, que por derecho Divino es el jefe y superior de la familia, y el cielo mismo le reconoce ese derecho y obra conforme á él. Si el Angel se aparece una vez á María en forma visible es que por entonces el asunto de la Encarnación parece ser peculiar de María, y Dios dispone que por algún tiempo esté oculto á San Josef.

Pero por lo demás los asuntos de la Santa Familia están referidos en el Evangelio con tal sobriedad, con tan encantadora sencillez, que no hay un detalle que huelgue ni sobre. Se ve además que todo lo hace la Providencia con esa misma sencillez y dulzura de un modo casi siempre humano, y humanamente suave y sencillo. Obra hácia el fin fuertemente, pero lo dispone todo con suavidad (1). Cuatro veces avisa el Angel á San Josef acerca de los asuntos de la familia; pero siempre en sueños, nunca en forma visible. Por ese motivo todas esas leyendas de los Angeles apareciéndose á cada paso á la Virgen para traerle golosinas al Colegio, para venir á saludarla formados en escuadrones, como tropa que pasa revista, y para darle guardia de honor ó preservarla de cualquier peligro, me parecen fantasías de imaginaciones demasiado vivas, que, siendo ellas humildes, humildísimas (libreme Dios de rebajarlas en un ápice), no han llegado á comprender la *grandeza de la pequeñez*, pues el gran amor de Dios que abrasaba sus almas (y esto les honra) les hacía sublevarse contra todo lo que pareciese rebajar á la Divinidad de Jesucristo aun en lo humano. No rebajemos, no, á esas almas puras y santas porque su amor puro y acendrado les haya hecho casi sublevarse, por decirlo así, contra las humillaciones voluntarias y espontáneas de Jesus, como se quejan á veces á Él con doloridas frases de los ultrajes que contra su Divinidad consiente, pudiendo evitarlos. ¡Ay! esa exaltación santa ¿no es preferible mil veces á los ojos de Dios á este frío glacial de la crítica con que nosotros discurremos? ¡Oh, si pudiera yo cambiar este por aquella! No debe ser nuestro ánimo rebajar esas narraciones de almas puras, que suponen á la Santa Familia en contacto continuo con los Angeles en forma visible, pues si no las aceptamos, á nuestro modo de ver, tampoco las

(1) *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter. (Sapient., v. 1.)*

debemos negar, ni mucho menos condenar al desprecio; puesto que otros muchos mas santos y mas sabios las han aceptado.

Pero ello es que el Angel del Señor habla en sueños á Josef para calmar su corazon angustiado por los celos, le habla en sueños para que huya al Egipto, le habla en sueños para que regrese de allí, y, al llegar á Palestina, le vuelve á hablar en sueños para que no pase por la Judea ni se detenga en ella, por temor á la policia de Arquelao, sino que se vaya á Nazareth, rincon en el rincon de Galilea.

No cabe proceder mas tímidamente, mas sencillamente, mas á lo humano, y menos á lo sobrenatural y Divino. El mismo Dios habia dicho desde la nube al reprender á los hermanos de Moisés, y en especial á María su hermana, envidiosa de la cuñada etiope:— «Si hay entre vosotros algun Profeta mio verdadero, me apareceré á él por medio de alguna vision ó le hablaré en sueños: pero no así á mi siervo Moisés, que en todo me es fidelísimo (1).» El mismo se queja por medio de sus Profetas, y en especial por boca de Jeremías, diciendo:— «No vayais á fiaros de ensueños: aquí estoy yo contra vuestros profetas que sueñan mentiras (2).»

Pues bien, al Justo por excelencia, al Padre de Jesus que tiene á su cargo la subsistencia de este, mision altísima, no le aparece siquiera Dios en vision, sino solamente un Angel, y eso, no en forma visible, sino en sueños. La gracia eficaz que mueve el corazon del hombre con santo é irresistible impulso, sin lastimar al libre albedrío, cual mano de padre que impulsa al hijo querido sin violentarle, antes bien acariciándole, obra el resto y quita al sueño toda duda de ensueño ó de mentira. Las almas santas, en medio de las vacilaciones con que Dios á veces las atribula, distinguen esto muy bien (3).

Obedece San Josef la voz del Angel, bien conocida de él; y no vacila, para el regreso, como no vaciló para la venida. Las molestias, privaciones y penalidades de aquel fueron las mismas que las de esta, pero al fin volvian á la patria, pues aunque la patria de los Santos es el cielo, obran á lo humano y segun los impulsos de la naturaleza, que ha puesto en el corazon del hombre cierta dosis de inclinacion y cariño hácia el país natal, como lo pone hácia los que nos dieron el sér, pues de la voz *padre* se dijo *patria*, siquiera esta sea la pobre region del valle de lágrimas donde principiámos á llorar. Y ¿qué es la naturaleza para el filósofo cristiano sino la ley de Dios dejando obrar á las causas secundarias hácia el altísimo fin á que el mismo las dirige como causa primera, principal y primordial?

La tradicion de nuestra patria ha conservado en los rudos cantos populares de sus sencillos romances las penalidades de este segundo viaje en que Jesus, ya niño, no infante (4), tiene sed cual la habia de tener en el último y aciago dia de su vida mortal. Y en verdad

(1) Libro de los Números, cap. XII, vers. 5, 6 y 7.

(2) Jeremías, cap. XXIII, v. 32 y XXIX, v. 8.

(3) Véase sobre esto el precioso cap. XXV de la vida de Santa Teresa de Jesus, escrita por ella misma.

(4) En latin la palabra *infante* significa al niño recién nacido y que todavía no habla.— *Infans est non fans.*

que no podemos resistir á la tentacion de consignar aquí esos sencillos y primitivos cantares con que todavía las niñeras y las madres cristianas arrullan el sueño de los niños, meciéndolos sobre sus rodillas al compás de su lánguido y monótono cántico.

Caminitos, caminitos,  
Los que van á Nazaret,  
Como el calor era mucho  
El niño tenia sed.  
—No pidas agua, mi Niño,  
No pidas agua, mi Bien,  
Que los rios bajan turbios  
Y no hay agua que beber.  
Allá abajo, no muy lejos,  
Hay un verde naranjel,  
Naranjel que guarda un ciego,  
Que es el dueño del verjel.  
—Ciego, dame una naranja,  
Que mi Niño tiene sed:  
—Coja, coja la Señora  
Cuantas tenga á bien coger.  
Ella coge de una en una  
Y ellas brotan tres á tres:  
Cuantas mas naranjas coge  
Aun mas lleva el naranjel.  
Ya se marchan con su Niño  
Y el ciego comienza á ver.  
—¿Quién es aquella Señora  
Que me ha hecho tanto bien?  
Una jóven con un niño  
Que vuelve hácia Nazareth.  
—¡La Virgen María ha sido,  
Con Jesus y San Josef!

«¡Cuál debió ser la alegría de los dos Santos Esposos, exclama Orsini, al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyas líneas grandiosas, suaves contornos, armonía de conjunto y variedad de aspectos contrastaban de lleno con la grandiosa monotonía del Egipto! Aquí una poblacion agrícola, de marcial talante, trato franco y sencillo, culto grave y puro dedicado al verdadero Dios. Allí en lo que dejaban á su espalda un país de esclavos divididos en razas y castas, habituados al robo y la perfidia, mezclando su culto insensato con bajezas y prácticas infames, y erigiendo templos al buey Apis, al cocodrilo sagrado y á la cebolla albarrana. Era preciso amar á su país como le amaban los descendientes de Abraham para comprender las gratas impresiones que causaria en los dos Santos Esposos el aspecto de su país natal, y de su hermosa ciudad de Nazareth, irguiéndose al extremo de un estrecho y ameno valle con la gracia natural de una flor campesina.»

## CAPITULO XXI

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
LA ESTANCIA EN NAZARETH

*Y el niño creció, y se fortificaba, estando lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era en él.  
(San Lucas, cap. II, v. 40.)*

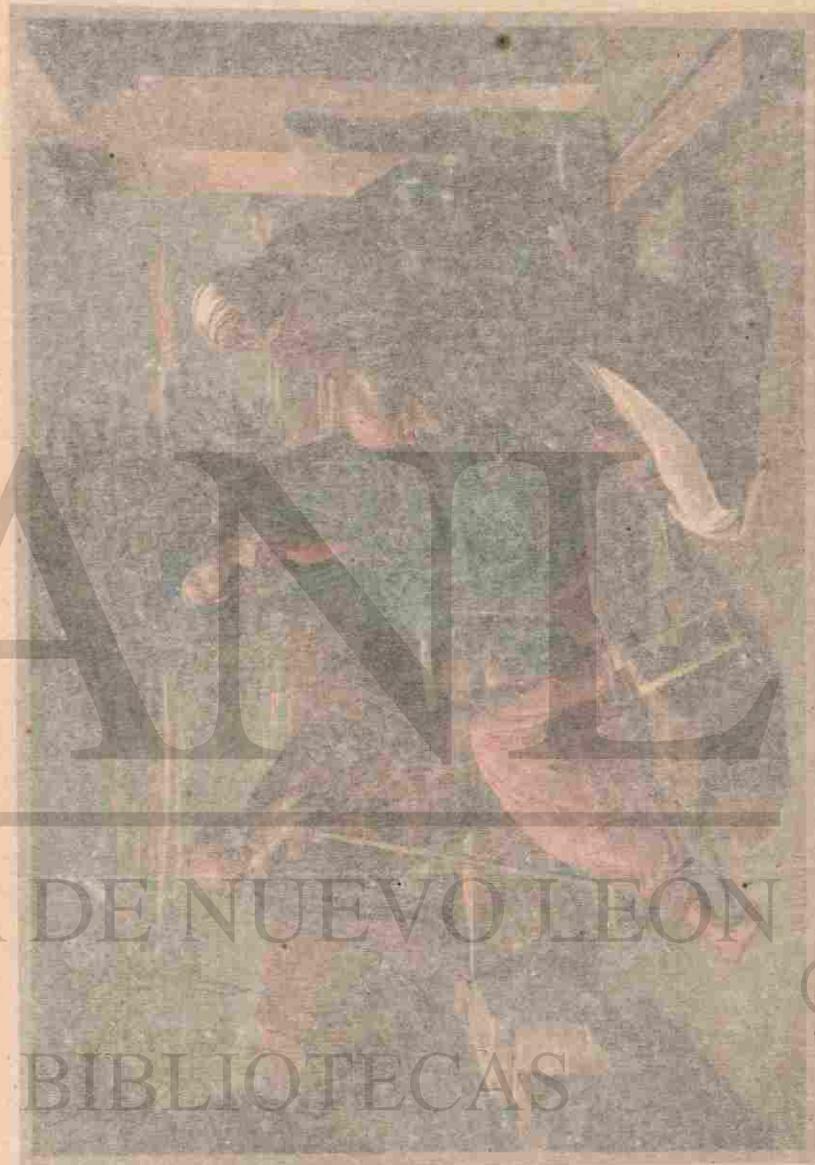
**D**e San Lucas son esas palabras, el cual, después de narrar la presentación de la Virgen en el templo y el cumplimiento de los preceptos legales, habla del regreso á Nazareth, bien sea á continuación de la Presentación (que no parece lo mas probable), bien sea aludiendo al regreso de Egipto, que por completo omite (1).

Al dominar un suave repecho llegando á lo alto de una colina, presentóse á la vista de los cansados viajeros la villa de Nazareth, con sus casitas blancas y modestas. Allí estaba la suya: allí les esperaban la tranquilidad y el descanso. Mas ¿en qué estado se hallaría esta al cabo de siete años de ausencia?

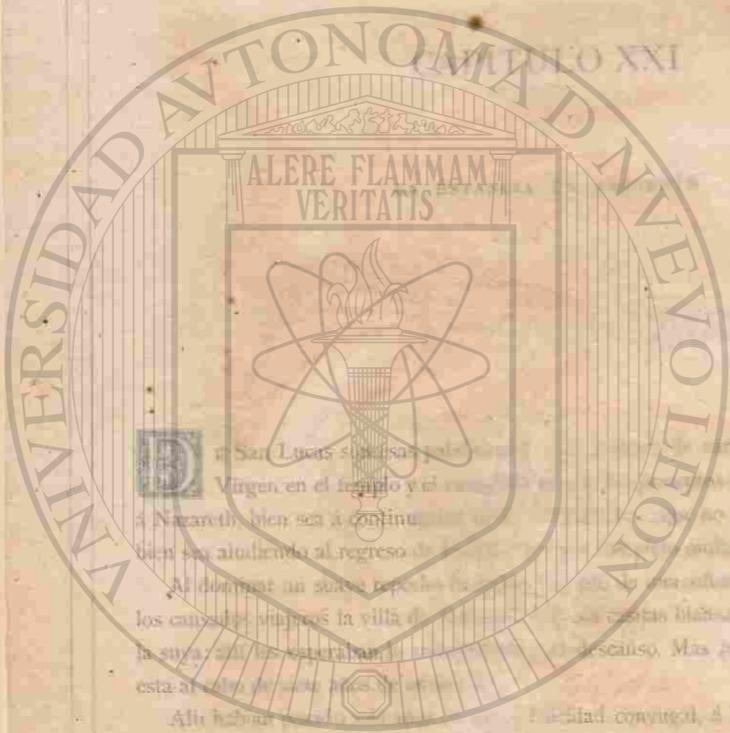
Allí habian pasado seis años de paz y felicidad conyugal, á los que han seguido mas de siete durante los cuales las visitas á los parientes y los viajes á Belen y Egipto obligaron á dejar la pequeña y santa casita. Aunque la Providencia la conservara, como la conservó después, con todo, como no hace milagros en vano, habria dejado al tiempo y á la naturaleza hacer sus respectivos oficios. Quizá sea cierta la descripción que hace Orsini del estado de la santa casita, atendiendo á lo que el tiempo y sus inclemencias suelen hacer en las que se dejan abandonadas.

«Después de una ausencia tan larga, dice, la Santa Familia volvió á entrar en su humilde hogar en medio de las felicitaciones, del pasmo y de las preguntas reiteradas de los parientes, que á competencia procuraban obsequiarla. Pero á través de esta alegría se

(1) El P. Petite cuya version de los Evangelios tengo á la vista, y que prefiero á las de Scio y Amat, opina lo mismo sobre este pasaje de San Lucas en que refiere la vuelta de la Santa Familia á Nazareth y Galilea, y dice en la nota, que el regreso fué no inmediatamente, sino después de la huida á Egipto y estancia allí, que refiere San Mateo, y cita en su apoyo al escriturario Du Hamel.



LA SACRADA FAMILIA



**D**e San Lucas suscitase la Virgen en el templo y el Nazareto, bien sea a continu...

Al donar un soler repicho de los caudales virgines la villa de la suya y a la vez estera tan esta al lado...

Allí habian... a la ciudad convececi, a lo que sea seguido mas de siete durante los...

después... en vano, habia de dar al tiempo y a la natura...

Después de una ausencia tan larga, dice, la Santa Familia volvió a entrar en su...

(1) El P. Peña en su versión de los Evangelios... que profetizó a los de Sico y Amat, opone la...

... la presentacion...

... legales, habiendo...

... a lo que sea seguido mas...

... que sea cierta la descripción...

... de la Santa Familia volvió a entrar...

... que profetizó a los de Sico y Amat...



LA SACRADA FAMILIA

hicieron lugar bien pronto la desolacion de su casa y los amargos recuerdos del abandono. Apenas si esta se hallaba habitable. «El techo medio arruinado, lleno de goteras en varios parajes, estaba cubierto de plantas parásitas, dejando paso franco á los vientos y lluvias equinocciales. El aposento estaba húmedo y frío, las paredes verdes con el musgo: unas palomas silvestres habian anidado en la celdita misteriosa donde tuvo lugar la encarnacion del Verbo: las zarzas habian extendido por el pequeño patio sus ramas morenas y espinosas.»

No cuadra del todo esta descripcion demasiado minuciosa y aventurada con las condiciones de la santa casa de Loreto. Mal podia haber zarzas en el patio cuando la casa no tenia tal patio, ni vestigios de haberlo tenido. Es muy aventurado en esto el dejarse llevar demasiado de la imaginacion. Bien puede conjeturarse que la santa casita estaria abandonada, pero pudo entre tanto cuidarla algun pariente. Es muy posible que faltasen muebles, ó estos se hubiesen deteriorado con el abandono, pero en la pobreza de la Santa Familia, y dada su laboriosidad, no tardaria mucho el robusto brazo de San Josef en reponerlos ó construirlos nuevos, como los construia para otros.

Por mal que estuvieran estarian mucho mejor que en Egipto. Aquí tenían casa propia y no alquilada, la hacienda de sus padres de que no carecia ningun Israelita, pues aunque la empeñase volvia al cabo de algun tiempo á recobrarla, y el trabajo manual de San Josef en su oficio de carpintero, y de la Virgen María en sus bordados y costuras, produciria mas que suficiente para el parco mantenimiento de la familia. Y á todo esto se unia el encanto de un hijo tierno y hermoso, en la edad en que mas se quiere á los niños, cuando principia á despuntar en ellos la razon.

¡Cuán bello es el cuadro en que nuestro piadoso Murillo ha sabido representar la paz doméstica, la alegría sencilla, la tranquilidad interior y exterior de la Santa Familia en su *Trinidad humana*, representacion en la tierra de la Trinidad Santísima! San Josef con semblante varonil, no de anciano, sino de varon vigoroso, de edad de unos cuarenta años, descansa por un momento de sus rudas fatigas, teniendo á un lado el mazo y otros instrumentos de carpintería que acaba de manejar. Sentado sobre un humilde escaño tiene junto á sus rodillas al Niño Jesus, de edad de unos ocho años, de blonda y rubia cabellera, vestido de limpia y blanca túnica, el cual tiene en sus manos un jilguerito. Á sus piés un perrito faldero de blancas y ensortijadas lanas mira al pajarillo, como queriendo avanzar á cogerlo de un salto, pero el niño Jesus sostiene la inocente avecilla á bastante altura para no consentir que padezca ni corra peligro quien está en su mano. La mirada tierna y cariñosa del Niño parece revelar la santa alegoría que esto encierra, pues en Jesus hasta los juegos sirven de enseñanza.—«Esta avecilla que tengo sujeta blandamente entre mis manos, si ahora está cautiva por algunos momentos, recobrará luego su libertad, que Yo, autor de la naturaleza, dí libertad no solamente al hombre sino á los séres irracionales, que de ella se aprovechan para vivir, y no es justo se les prive de tal don mientras no abusan, ó

las necesidades lo exigen é imponen. En el momento en que recobre la libertad volará por los aires alegre y feliz, se remontará al cielo, entonarás dulces gorjeos con que alegrará los campos, las florestas y agrestes soledades. Tal es la imágen del alma santa y justa, á la cual doy yo libertad verdadera, la libertad santa del espíritu, haciendo que abandone el mundo, el siglo, las pompas y los honores, y que vuele al cielo, vuele hácia Dios, y solo para él viva, y que alegre con sagrados cánticos, santas aspiraciones y devotas jaculatorias las soledades del claustro, si le llamo á la soledad y al claustro, ó los recónditos retiros de su corazón, si sabe recogerse en ellos en medio del bullicio del mundo, si á vivir en este le destino. ¡Hé aquí mi jilguerito, pájaro solitario que anida en el techo de mi casita (1)! Pero tú, perrillo, que te arrastras por la tierra, y significas la vida mundana, la vida en medio del siglo, no esperes volar ni alcanzar la sublimidad de esta avecilla: guardarás mi casa, ladrarás contra los que traten de asaltarla, estarás á mi lado, pero siempre pegado á la tierra y dormirás sobre el duro suelo. No maltrates á esta avecilla, como maltrata el mundo á la gente espiritual, á los santos religiosos, mis hijos predilectos, que viven en el mundo sin estar en el mundo. En mi mano están: yo los defiendo. Podrás ladrarles, pobre cuadrúpedo, cual ladra el siglo contra mis buenos servidores, pero no los podrás maltratar mientras estén en mi mano, ó remónten su vuelo hácia el empyreo.»

Hé aquí lo que parece decir el Niño Jesus al perrito, á quien enseña el jilguerillo momentáneamente sostenido en su mano.

Y entre tanto la cariñosa Madre, con semblante ledo y risueño, devana una madeja de hilo, contemplando aquella escena, embelesada dulcemente en ella, uniendo la contemplación al trabajo, al tenor de lo que solían hacer los piadosos menestrales, que tomaban por divisa esas hermosas palabras:

*Ora et labora*

y como esas madres cristianas y santas religiosas que la toman por modelo, y meditan mientras que cosen, bordan ó desempeñan las tareas mas humildes cuanto indispensables de la vida doméstica. ¡Qué dulzura, tranquilidad, modestia, sencillez, humildad, complacencia y dulce alegría hay en aquella fisonomía de la Virgen! Ese cuadro vale mas que un poema: habla al alma sin ruido de palabras. Por desgracia son pocos los que sepan leerlo.

Para mí representa un idilio sagrado; con toda la dulce poesía de la vida doméstica y escondida de Jesus en Nazareth, durante los cinco años de su niñez, que mediaron desde su regreso de Egipto, hasta que una aventura inesperada y dolorosa, que narra el Santo Evangelio con notable detenimiento, vino á turbar durante cuarenta horas la inalterable paz de la Santa Familia y afligir gravemente el corazón de la Virgen.

(1) *Sicut passer solitarius in tecto.* (Salmo 101, v. 8.)

## CAPITULO XXII

### EL NIÑO PERDIDO

**J**esus había llegado á la edad de doce años: sus fuerzas no eran todavía suficientes para emprender rudas fatigas, á fin de ganar el necesario sustento en union de su padre putativo, cuyo humilde oficio aprendia. Pero estaba en la época en que las buenas madres cuidan de la *educacion* de sus hijos, cuando acabada la niñez y al iniciarse la adolescencia, comienza el período de la *instruccion*. La educacion pues de Jesus corria á cargo de su Virgen Madre y ¿qué maestro mejor en lo humano? Jesus se desenvuelve en ese concepto. Es la omnipotencia y se muestra débil: es la omnisciencia, la Sabiduría eterna, y aparece necesitado de aprender, así como siendo hijo del Eterno Padre le tienen los de Nazareth por hijo del carpintero.

Su Madre le enseña el *alef-bet*, el abecedario hebreo: con ella deletrea el *Bresith* y demás libros de Moisés, aprende á escribir, y mas adelante decora la historia de su patria y del pueblo Israelita en esos mismos libros de Moisés y de Josué, los Jueces y los Reyes. Aprende tambien el derecho político, religioso y social en el Levítico y en esos mismos libros en que se consigna el desarrollo social y político, interno y externo de su pueblo, bajo la forma teocrática y democrática á la vez, y su transición de estas á la monarquía. Su Madre Santísima que conocia la Sagrada Escritura, mejor y mas á fondo que todos los Doctores antiguos y modernos, y que los Doctores mismos de la Iglesia, enseña á su hijo de talento precoz y privilegiado eso mismo que tan perfectamente sabe, y lo confia al entendimiento humano de su Hijo, pues, si como Dios no tiene memoria, como hombre la tiene. Todo esto lo compendia el Evangelio de San Lucas en una sola y bien sencilla frase. «El Niño crecía y se fortificaba, estando *lleno de sabiduría*, y la gracia de Dios estaba en él.» Crecía y se fortificaba en lo temporal y crecía tambien en lo intelectual á lo humano, pues tenia entendimiento como Dios y como Hombre, y á la Ciencia beata añadia la *infusa*, y á estas la que se llama *adquirida*, en contraposición á la infusa ó infundida. Dios no quiere que nada huelgue: ni aun su entendimiento humano quiso que estuviera ocioso.

las necesidades lo exigen é imponen. En el momento en que recobre la libertad volará por los aires alegre y feliz, se remontará al cielo, entonarás dulces gorjeos con que alegrará los campos, las florestas y agrestes soledades. Tal es la imágen del alma santa y justa, á la cual doy yo libertad verdadera, la libertad santa del espíritu, haciendo que abandone el mundo, el siglo, las pompas y los honores, y que vuele al cielo, vuele hácia Dios, y solo para él viva, y que alegre con sagrados cánticos, santas aspiraciones y devotas jaculatorias las soledades del claustro, si le llamo á la soledad y al claustro, ó los recónditos retiros de su corazón, si sabe recogerse en ellos en medio del bullicio del mundo, si á vivir en este le destino. ¡Hé aquí mi jilguerito, pájaro solitario que anida en el techo de mi casita (1)! Pero tú, perrillo, que te arrastras por la tierra, y significas la vida mundana, la vida en medio del siglo, no esperes volar ni alcanzar la sublimidad de esta avecilla: guardarás mi casa, ladrarás contra los que traten de asaltarla, estarás á mi lado, pero siempre pegado á la tierra y dormirás sobre el duro suelo. No maltrates á esta avecilla, como maltrata el mundo á la gente espiritual, á los santos religiosos, mis hijos predilectos, que viven en el mundo sin estar en el mundo. En mi mano están: yo los defiendo. Podrás ladrarles, pobre cuadrúpedo, cual ladra el siglo contra mis buenos servidores, pero no los podrás maltratar mientras estén en mi mano, ó remonten su vuelo hácia el empíreo.»

Hé aquí lo que parece decir el Niño Jesus al perrito, á quien enseña el jilguerillo momentáneamente sostenido en su mano.

Y entre tanto la cariñosa Madre, con semblante ledo y risueño, devana una madeja de hilo, contemplando aquella escena, embelesada dulcemente en ella, uniendo la contemplación al trabajo, al tenor de lo que solían hacer los piadosos menestrales, que tomaban por divisa esas hermosas palabras:

*Ora et labora*

y como esas madres cristianas y santas religiosas que la toman por modelo, y meditan mientras que cosen, bordan ó desempeñan las tareas mas humildes cuanto indispensables de la vida doméstica. ¡Qué dulzura, tranquilidad, modestia, sencillez, humildad, complacencia y dulce alegría hay en aquella fisonomía de la Virgen! Ese cuadro vale mas que un poema: habla al alma sin ruido de palabras. Por desgracia son pocos los que sepan leerlo.

Para mí representa un idilio sagrado; con toda la dulce poesía de la vida doméstica y escondida de Jesus en Nazareth, durante los cinco años de su niñez, que mediaron desde su regreso de Egipto, hasta que una aventura inesperada y dolorosa, que narra el Santo Evangelio con notable detenimiento, vino á turbar durante cuarenta horas la inalterable paz de la Santa Familia y afligir gravemente el corazón de la Virgen.

(1) *Sicut passer solitarius in tecto.* (Salmo 101, v. 8.)

## CAPITULO XXII

### EL NIÑO PERDIDO

**J**esus había llegado á la edad de doce años: sus fuerzas no eran todavía suficientes para emprender rudas fatigas, á fin de ganar el necesario sustento en union de su padre putativo, cuyo humilde oficio aprendía. Pero estaba en la época en que las buenas madres cuidan de la *educacion* de sus hijos, cuando acabada la niñez y al iniciarse la adolescencia, comienza el período de la *instrucción*. La educacion pues de Jesus corria á cargo de su Virgen Madre y ¿qué maestro mejor en lo humano? Jesus se desenvuelve en ese concepto. Es la omnipotencia y se muestra débil: es la omnisciencia, la Sabiduría eterna, y aparece necesitado de aprender, así como siendo hijo del Eterno Padre le tienen los de Nazareth por hijo del carpintero.

Su Madre le enseña el *alef-bet*, el abecedario hebreo: con ella deletrea el *Bresith* y demás libros de Moisés, aprende á escribir, y mas adelante decora la historia de su patria y del pueblo Israelita en esos mismos libros de Moisés y de Josué, los Jueces y los Reyes. Aprende tambien el derecho político, religioso y social en el Levítico y en esos mismos libros en que se consigna el desarrollo social y político, interno y externo de su pueblo, bajo la forma teocrática y democrática á la vez, y su transición de estas á la monarquía. Su Madre Santísima que conocia la Sagrada Escritura, mejor y mas á fondo que todos los Doctores antiguos y modernos, y que los Doctores mismos de la Iglesia, enseña á su hijo de talento precoz y privilegiado eso mismo que tan perfectamente sabe, y lo confia al entendimiento humano de su Hijo, pues, si como Dios no tiene memoria, como hombre la tiene. Todo esto lo compendia el Evangelio de San Lucas en una sola y bien sencilla frase. «El Niño crecía y se fortificaba, estando *lleno de sabiduría*, y la gracia de Dios estaba en él.» Crecía y se fortificaba en lo temporal y crecía tambien en lo intelectual á lo humano, pues tenia entendimiento como Dios y como Hombre, y á la Ciencia beata añadia la *infusa*, y á estas la que se llama *adquirida*, en contraposición á la infusa ó infundida. Dios no quiere que nada huelgue: ni aun su entendimiento humano quiso que estuviera ocioso.

Cómo dió por primera vez muestras de este saber y de sus diferentes ciencias y educación brillante, lo dice en seguida San Lucas en estas palabras: «Y sus padres iban todos los años á Jerusalem en el día solemne de la Pascua. Había pues cumplido doce años, cuando aconteció que, habiendo ellos subido á Jerusalem, segun acostumbraban en tiempo de fiesta, y acabados los días de ésta, al regreso el niño Jesus se quedó en Jerusalem sin que lo advirtieran sus padres.

Así que, pensando que estaría entre los de la comitiva caminaron toda una jornada y al terminarla anduvieron buscándole entre los parientes y conocidos; pero, como no lo encontrasen volvieron á Jerusalem en busca de él. Por fin al cabo de tres días le hallaron en el templo sentado en medio de los Doctores escuchándolos y dirigiéndoles preguntas, y todos los que le oían se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas. Y, cuando le vieron, quedaron admirados, y su Madre le dijo:—Hijo mio ¿por qué te has portado así con nosotros? Ya ves cómo tu padre y yo hemos andado buscándote llenos de dolor.—Mas él les respondió:—¿Por qué me buscabais? Pues qué, ¿no sabiais que debo ocuparme en las cosas concernientes al servicio de mi Padre? Con todo, ellos no comprendieron lo que les decía. Marchóse pues con ellos y volvió á Nazareth.»

Esta es la primera manifestacion de Jesus: en ella se ve ya algo de divino, *quid divinum*. La Historia nos presenta ejemplares de niños precoces, que á la edad de doce años han asombrado á los sabios causando el embeleso y hasta la admiracion de claustros de Doctores (1). Mas esto era en algunos ramos de literatura y de ciencias humanas. Pero en la ciencia Divina, desconocida entonces por los mayores sabios y filósofos de Grecia y de Roma, oscura para los mismos Doctores de la Ley y Maestros en Israel, no podia haber esa precocidad meramente humana y natural: preciso era un milagro, un favor sobrenatural que hiciese Dios en favor de alguna criatura. Aquí no era ese favor, pues era el mismo Dios quien de esa manera se revelaba á sí mismo mediante la naturaleza humana, que representaba el desarrollo corporal de un niño de doce años, y la predicacion primera de la *buena nueva*, que todavía tardarian diez y ocho años en escuchar los humildes de Galilea y los sabios de Jerusalem en ese mismo sitio. Pero aunque el acontecimiento se refiere á la vida de Jesus, con todo no es ajeno á la de su Madre que interviene tambien en él, y tanto que por la mezcla de dolor y alegría que hay en el acontecimiento, figura en la devocion del Santo Rosario como el quinto de los *misterios gozosos* relativos á la vida de aquella Señora, y en concepto de último de los gozosos prelude de los dolorosos, que á este siguen y á los que sirve como de transición.

Fieles observadores de la Ley de Moisés los padres de Jesus cumplian con el deber de acudir todos los años al templo de Jerusalem durante la Pascua. No miles sino centenares de miles de Israelitas y no solo de Palestina, sino de otros muchos puntos del Asia,

(1) Tal sucedió en el siglo pasado en Salamanca con un niño llamado Picornell. En la Historia de los niños prodigiosos se hallan tambien casos muy raros de portentosa precocidad.

Egipto y allende los mares, venian á la Ciudad santa, que se llenaba, ó por mejor decir, se inundaba de forasteros. El extravío de un niño en medio de tanta confusion y barullo era cosa muy fácil.

Al regresar á sus pueblos los parientes y amigos marchaban por lo comun á pié y á cortas jornadas, reunidos en numerosos grupos, pero con separacion de sexos. La austeridad de costumbres no permitía á los Israelitas en estos casos dejar que se mezclasen los jóvenes de uno y otro sexo, dando así quizá margen con motivo de una festividad religiosa, á que se ofendiera á Dios ó por lo menos se fomentaran insensatos amoríos. Pero los niños de poca edad podian ir con sus padres ó sus madres en unos ó en otros grupos, y por tanto pudo prescindir la Virgen María completamente del cuidado de su hijo durante la primera jornada, creyéndole en compañía de San José, y en alguno de los grupos de Nazarenos, y San José debió creer que iba con su Santa Madre en alguno de los grupos de mujeres.

Mas al reunirse ambos esposos terminada la primera jornada en el pueblo donde habian de pasar la noche, fueron grandes su dolor y sorpresa al ver que no venia Jesus con ninguno de los dos, ni daban razon de él los otros grupos que iban llegando al pueblo. Ninguno de ellos le habia visto durante el día ni durante el viaje. María lloró de dolor y angustia, y en su humildad profunda se culpó á sí misma. ¿Sería que el Eterno hubiese dispuesto ya la emancipacion de su Hijo? ¿Volvería á verle? ¡Oh, perder así á un hijo, y un hijo que era Dios!

Los Ángeles Santos callaban, y callaba Dios á quien se dirigía con purísimo y ardiente ruego. Dios que enviaba aquella tribulacion, daba *gracias* abundantes para sobrellevarlas, pero no daba *luzes*. En las vidas de los Santos vemos á veces este fenómeno: el que hoy está rodeado de copiosas gracias y favores celestiales, bañado de luz sobrenatural y con una especie de aureola, que parece reflejar sobre las cosas y personas que le rodean (1), mañana se verá en tinieblas, en sequedad horrible, agitándose en el vacío, y molestado de tentaciones porfiadas y groseras: clamará á Dios para verse libre de ellas como San Pablo, y solo obtendrá la respuesta que este tuvo: «Con mi gracia te basta.»

Terrible, larga y angustiosa noche la que pasaron los Santos Esposos en el pueblecillo donde pernoctaron á cuatro leguas de Jerusalem. Sus ojos no lograron el sueño reparador: la oracion y el llanto aliviaron sus penas. Aun no bien apareció la aurora retornaban á Jerusalem, desandando el camino, y observando las avenidas de este, por si acaso el Niño se hubiera extraviado en alguna de ellas. El ansia de hallarle ponía alas en sus pies para llegar pronto á Jerusalem, pero era preciso registrar las sinuosidades del camino. El sol habia mediado mas de la mitad de su carrera y principiaba á declinar hácia su ocaso,

(1) En uno de los varios pasajes en que habla Santa Teresa de las sequedades de espíritu y de esos casos en que parece que Dios se esconde, dice:—«Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande; que aun entonces de Dios parece se olvida.» (Libro de su Vida, cap. 28.)

cuando dieron vista á los muros de la Ciudad santa, y entraron presurosos por sus puertas, dirigiéndose á la casa conocida que les habia dado franca y cariñosa hospitalidad durante la Pascua. ¡Amargo desengaño! Jesus no estaba allí, los amos de la casa ignoraban su paradero: ni aun le habian visto. Tristes y llorosos recorrieron las calles bañadas ya por la escasa luz del crepúsculo. Las bocinas del templo anunciaban la oracion de la tarde y los levitas preparaban en el templo el sacrificio vespertino. Allá fueron los Santos Esposos, tristes, taciturnos y resignados. Allí estaba Dios: allí estaba su Hijo, pero no le vieron, ni convenia que le viesen por entonces: aun no habia llegado la hora de que terminase aquella tribulacion, que les habia de hacer amar todavía mas el bien perdido; que el bien, la salud y la felicidad nunca se aprecian mas que cuando se pierden, y recuperadas se las tiene en mayor estima. Veia Jesus la angustia de su Madre: pero esta debia durar tres dias. ¡Ay, que otros tres dias de mayor angustia le esperaban en aquella ciudad para dentro de veinte años y con mayor quebranto!

Pasó otra noche casi de insomnio: la fatiga y el dolor mismo vencian al dolor y al sentimiento. Aun no habia amanecido cuando la santa pareja recorría nuevamente las calles y las plazas de Jerusalem, recordando el principio del capítulo tercero de los Cantares. «Durante la noche anduve buscando en mi lecho el modo de hallar al que quiere mi alma entrañablemente, mas no pude dar con él. Con esta ansia voy á levantarme y recorrer la ciudad. Por las plazas y por las encrucijadas buscaré al querido de mi vida. ¡Ay de mí que ando buscándole y no le encuentro!

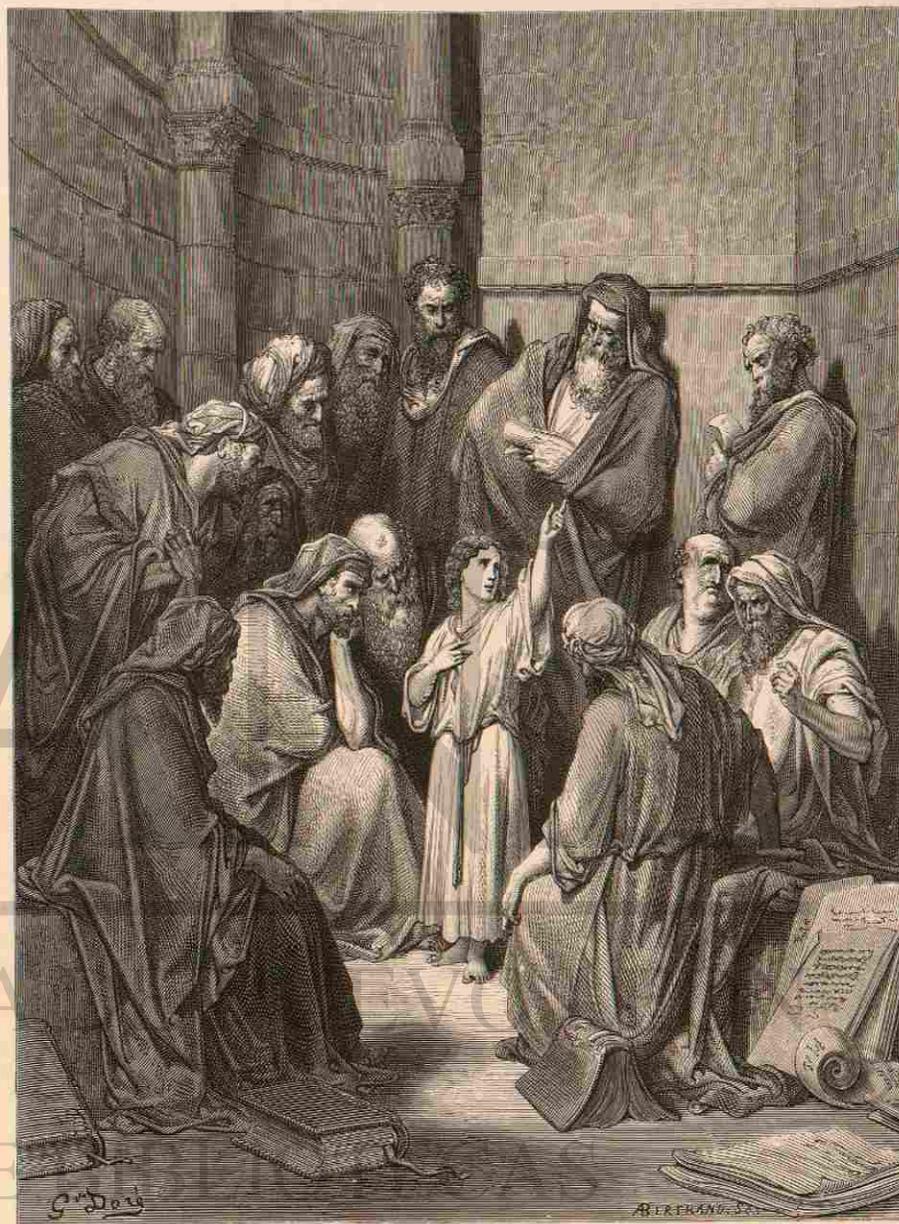
»Halláronme las patrullas que rondan por la ciudad y les pregunté:—¿Habeis visto al que ama mi alma?—¿Habeis visto por ventura á un niño que anda perdido, luz de mis ojos, vida de mi vida? ¡Quizá en este momento llora buscándome, llamando á su Madre!

—¿Y cómo es ese niño, Señora? No hemos visto á ninguno que ande perdido por la calle.

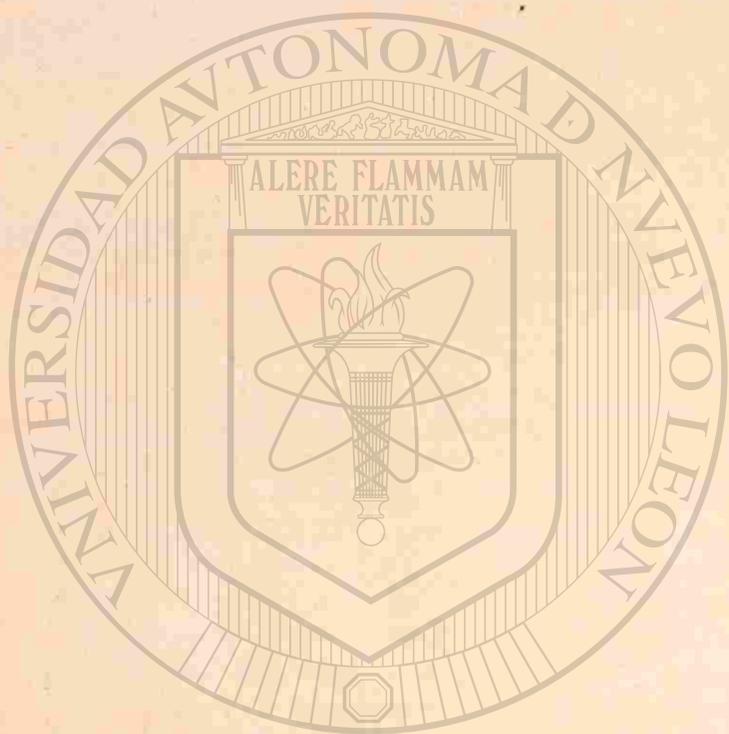
—El hijo de mi vida, mi hijo querido es blanco y rubio, candoroso y lindo mas que el oro acendrado elegido entre millares.

¡Vana esperanza! nadie le ha visto, nadie da razon de él; por ningun punto se le ve, ni se oye su llanto. En vano la compadecen otras madres cariñosas y se ofrecen á buscarle.

Los levitas vuelven á poblar los aires con el sonido de sus trompetas, llamando á los fieles al templo para el sacrificio de la mañana: allí acuden á la casa de Dios los santos esposos, tristes pero resignados. Los medios humanos están agotados para encontrar á Jesus: solo hay esperanza en Dios. La oracion se alarga en silencioso recogimiento. Durante ella no es lícito ni hacer preguntas á los que están próximos, ni dirigir vagas y distraidas miradas. Aunque Jesus hubiese estado á dos pasos de sus Padres, estos no le hubieran visto. En cambio él los veía, escuchaba su humilde ruego y aceleraba el momento de terminar la prueba y la afliccion. Avanzaba ya el dia tercero de la ausencia. Tampoco en el sepulcro habia de estar ausente de su Madre tres dias enteros.



JESUS ENTRE LOS DOCTORES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era preciso volver á las diligencias humanas para encontrar al Niño perdido. El corazón de María abrigaba ya una suave y dulce confianza interior de encontrar á su Hijo. Al cruzar por uno de los pórticos vieron una porcion de gente grave, que escuchaba silenciosa lo que pasaba en un círculo de ancianos y personas autorizadas, que discutían sobre la inteligencia de algunos pasajes de los libros santos, teniendo estos en las manos, enroscados los pergaminos en cilindros de cedro. Murmullos de admiracion y de aplauso salían de aquel círculo, y en medio de ellos se escuchaba enérgica, argentina y briosa una voz infantil, cuyo timbre, al herir los oídos de los contristados esposos hizo vibrar de alegría las fibras de sus corazones. Era la voz dulce, grata y armoniosa de Jesús. ¡Gloria á Dios! allí está Jesús sentado y atendido: cuando habla le escuchan, cuando pregunta le responden, cuando arguye y refuta nadie replica. ¡Qué alegría, qué momento de gozo y santo júbilo! Justamente la devoción pone ese momento entre los de gozo y alegría de la Madre de Jesús.

Este avanza modestamente hácia sus padres: los Doctores les felicitan por tener tal hijo; y este portento es de Galilea, el país agreste de la gente ruda (1). El mundo le ha oído y no ha llegado á conocer quién era (*et mundus eum non cognovit*). Tampoco este reconoce á su excelsa Madre. Y ¿quién reconoce ya en aquella hermosa matrona, algun tanto morena por el sol de Egipto, á la antigua perla del templo, la bella *halma*, que veinte años antes era el embeleso de los sabios, de los sacerdotes y levitas?

Pero la escena cambia por completo en el momento de reunirse la Madre y el Hijo: en vez de las demostraciones de mutuo regocijo, abrazos, ósculos y sonrisas de cariño, aparecen los personajes de ella con cierta especie de seriedad y reserva, sin alegría, sin expansión, casi con cierta dureza. La Madre reprende al Hijo cariñosamente.— Hijo mío, ¿por qué has hecho eso? ¡Tu padre y yo andábamos buscándote añagidos!

María tenía un derecho innegable para hablar así. Aun cuando no lo dijera el Evangelio, podía conjeturarse muy racionalmente que había dirigido á su Hijo querido esta dulce y paternal reconvencion en tono de queja mas bien que de reprension.

Era madre segun la naturaleza, y además, por la gracia y el milagro, tenía todos los derechos que le daban la Ley Divina por la naturaleza ó sea el derecho natural, y la Ley revelada, ó sean los preceptos del Decálogo, que son la base del derecho divino positivo. El cuarto mandamiento del Decálogo que manda honrar padre y madre obligaba á Jesús como hombre. Él mismo lo dijo:—«No he venido á soltar ó infringir la Ley, sino á llenarla ó cumplirla.» y ese mandamiento como los otros nueve están en nuestra Ley como en la antigua, y obligan al cristiano como al israelita. Tenía, pues, derecho á dirigir á su hijo esa queja, ó suave reconvencion; y ¿qué menos podía hacer? ¿A quién se le niega el derecho de quejarse?

(1) Pues qué, ¿puede venir algo bueno de Nazareth? decía Natanael al Apóstol San Felipe, cuando este le participaba que acababa de hallar al Mesías. (San Juan, cap. 1.º, vers. 46.)

San José no habla: no hay una palabra suya en el Evangelio. Pero su Santa Esposa le nombra primero.—Tu padre y yo andábamos *afogados* buscándote (1). La respuesta de Jesús, al parecer seca, no es tal, sino una contestación sencilla y muy natural. Se ha escrito mucho acerca de ella y no creo merezca la pena de tanta molestia.

—«¿Por qué me buscabais? ¿no sabiais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» María y José tenían el deber de buscarle: si cumplían con su deber, Jesús no podía echarles en cara que hiciesen lo que tenían obligación de hacer. Lo que no aprueba es su aflicción, por natural que esta sea, pues sabiendo como sabían que era Dios, no tenían por qué apurarse por su ausencia. No era un niño como los demás niños. A esto aluden sus palabras.

Jesús conocía su porvenir: pero sus padres no lo sabían. Jesús en su estancia en el templo principiaba á obrar á lo divino; sus padres obraban y debían obrar según la prudencia humana. Dentro de diez y ocho años Jesús abandonaría su pueblo, casa y familia para ocuparse ya exclusivamente en las cosas del servicio de su Eterno Padre: pero sus padres en la tierra no lo sabían, ni aun quiso Jesús revelárselo entonces, porque no había necesidad de ello. Por eso dice el Evangelio:—«que no llegaron á entender lo que les decía.» Jesús no iba á satisfacer una mera curiosidad. Su Madre lo comprendió mas adelante en la tierra: su padre putativo solamente pudo verlo desde el seno de Abraham. María conservaba estas cosas en su corazón, como dice el Evangelio, y lejos de ver en la respuesta de su Hijo un acto de desden, vió una misteriosa advertencia para el porvenir. Por eso la guardó en su corazón, es decir, con amor y con afectuoso respeto.

Los protestantes, los impíos y racionalistas, y en general todos los desafectos á María, han pretendido sacar gran caudal de estas palabras de San Lucas para rebajar el mérito y altísima importancia de aquella. Jesús, según ellos, la trata siempre con despego; no le hace caso, aun parece casi que la desprecia, y no solamente en esta ocasión sino en otras que veremos mas adelante; en las bodas de Caná, cuando le llaman de parte de su familia en momentos en que estaba predicando, y finalmente hasta en la Cruz, cuando le niega el título de *Madre* y la llama secamente *mujer*. Los pocos alcances y talento de María se descubren también, según ellos, en no haber entendido unas palabras tan claras y sencillas. ¡Ya se ve! luego que se hace un descubrimiento todos los necios se echan á descubrirlo. Luego que Colón descubrió el Nuevo Mundo con grandes apuros, no hubo holgazán que no pretendiera ser *un Colón*. Ahora que tenemos el Evangelio en la mano todos hallamos claro lo que Dios no quiso revelar á San José y á la Virgen en el templo.

En cuanto á lo que dicen los protestantes del despego y desden de Jesús para con sus Santos Padres, en vez de contestarles vale mas dirigirles un argumento para que lo res-

(1) Algun escritor moderno amplifica esto diciendo, que la Santa Virgen fué muy humilde cumpliendo con el deber de nombrar primero á San José. ¿Pero podía hacer otra cosa? Ni el uso ni la cortesia (al menos en España) permiten hablar de otro modo. Bien es verdad que no falta algun país en donde el que habla antepone el yo á los demás nombres.

pondan ellos. La vida de Jesús, su conducta y sus hechos son un modelo que debemos nosotros tener siempre á la vista, para imitar en cuanto sea posible. En eso convienen con los católicos. En este supuesto, si Jesús fué siempre desabrido y desdenoso con sus Padres y en especial con su Santa Madre, los cristianos, para imitarle, debemos ser desabridos y desdenosos con nuestros padres, y aunque les obedezcamos, como les obedeció Jesús, no debemos mostrarles ternura, afecto exterior, ni permitirnos esas expansiones de cariño á que nos impulsa la naturaleza. Esto es absurdo, y si este absurdo se sigue de sus premisas debe haber en ellas también algo de absurdo. La explicación que den será también la explicación de este pasaje.

Mas para el católico hay una observación mas profunda en el terreno de la mística y de la perfección cristiana, que para nosotros es lo principal, siquiera los protestantes, y los racionalistas aun menos, jamás acierten á comprenderla por desgracia suya. Jesucristo no es como quiera modelo de vida, sino mas bien modelo de perfección, y de vida no como quiera perfecta sino perfectísima, y á la cual nosotros nunca podremos llegar, aunque debemos tomarle por bello ideal. Jesús deja patria, casa y familia, no tiene caudal, no tiene donde reclinarse su cabeza. ¿Pero vamos todos los hombres á dejar nuestra patria, casa y familia para imitarle? ¿Vamos todos á ser vírgenes? Ni esto es dado á todos, ni esta es la Ley, ni es la voluntad de Dios: en tal caso en menos de un siglo se acabaría el género humano (1). Los consejos de perfección no son para todos, pero tampoco son para ninguno. Afortunadamente hay en la Iglesia millares de almas dichosas y privilegiadas, que siguen en todo y por todo á este Divino modelo, al paso que los protestantes no tienen á nadie que le imite en todo, siéndoles repugnantes la virginidad, la obediencia y la pobreza absoluta.

Pues bien: estas almas santas y puras principian muchas veces por hacer con su familia, su patria y su casa, lo que hizo Jesús, venciendo aquellas su natural con tal violencia, que hasta su salud y su físico se resienten de ello. «Cuando salí de en casa de mi padre, dice la amable Santa Teresa de Jesús, no creo será mas el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba de por sí.» ¡Qué frase tan enérgica, y casi dura, para expresar el dolor de abandonar la casa paterna y el siglo, á fin de encerrarse en el claustro! Pero allí la llamaba la voluntad divina, porque convenia que estuviese allí en las cosas que eran del servicio de Dios! El mundo llama á esto locura, y en efecto es la locura de los Santos, la santa locura del Amor divino, que algun día envidiarán los sabios del mundo, los que en él pasaron por discretos (2). De seguro que cuando el padre de Santa Teresa preguntó á esta ¿por qué le habia abandonado? le respondió con las palabras que el

(1) Sobre la virginidad lo dice San Pablo terminantemente. *De virginibus praeceptum non habeo constitutum autem do.* (Epistola 1.<sup>a</sup> á los de Corinto, cap. VII, v. 25.)

La distinción entre lo que es de *precepto* y lo que es de *consejo*, aunque sencilla y rudimentaria para los versados en las ciencias eclesiásticas, no siempre está al alcance del vulgo.

(2) Así lo expresa el libro de la Sabiduría, cap. III, vers. 4 y 5.

Evangelio pone en boca de Jesus. Y ¡cuántos millares de religiosos de uno y otro sexo han respondido y responderán á sus padres esas palabras de Jesus su modelo!

Dejémosnos pues de comentarios: el mundo no las ha de entender por mas que se las expliquemos, y para los buenos católicos la explicacion está de mas (1). Explíquennas enhorabuena otros de otra manera en libros que han de leer los protestantes y los escépticos: yo no escribo para estos.

Para los católicos que no se contentan con creer sino que practican lo que creen (¡y cuán escaso es su número fuera de los claustros y del sacerdocio!), este pasaje de la vida de Jesus y de María, tiene otra altísima significacion, y es, que cuando se pierde á este por culpa nuestra, debilidad ó descuido, hay que buscarle en el templo, donde al cabo le hallaron sus Padres, y que, para no perderle, lo mejor es formar en lo interior del corazon un templo, *templo vivo*, donde se esté de continuo en la presencia de Dios y de Jesus, el cual aprecia mas estos templos vivos, que todos los que con piedra y otros materiales construyen los hombres á fuerza de tiempo, afanes, gastos y fatigas.

La Santa Iglesia celebra en el primer domingo despues de la Epifanía ó adoracion de los Reyes esta festividad del Niño perdido y hallado entre los Doctores, y lee en la Misa, y comenta en el oficio divino este hermoso pasaje del Evangelio de San Lucas. Los comentarios en el tercer nocturno están tomados de una hermosa homilía de San Ambrosio. Distingue allí las dos generaciones, una paterna y otra materna. «Las cosas, dice, que son superiores á la naturaleza, á la edad y á la costumbre en Cristo no las hemos de referir á las virtudes humanas, sino á los poderes divinos de que estaba investido. En unos parajes la Madre obliga á Jesus á cumplir su ministerio, pero en otros se arguye por Este á su Madre por tratar de exigir aun lo que era meramente humano (2).

¡Qué poco se embaraza San Ambrosio con esas palabras de Jesus, al parecer duras que tanto asustan á los criticos! No se anda en ambages ni rodeos. María es argüida (*arguitur*). ¡Qué ejemplo para los nimios y asustadizos! Pues aun es mas: la Iglesia acepta esa palabra de San Ambrosio y la estampa en el Breviario para que la lea todo el Clero.

(1) Los impios se asustan y hacen que se horrorizan de una frase muy enérgica, y si se quiere dura, que usa San Jerónimo en su epístola á Nepociano, hablándole de la vocacion al monacato. Si al marchar al monasterio se cruza tu padre en el dintel de tu casa para impedirte que salgas, *sal pisando á tu padre: (per calcatum perge patrem.)*

Esta frase enérgica, lo mismo que otras del Kempis y de las reglas monásticas, que mandan la obediencia ciega al superior, *morir para el mundo, ser como un cadáver*, etc. etc., para los católicos verdaderos no ofrecen dificultad ninguna: son axiomáticas. Los impios no pueden comprenderlas por mas que se haga. Sería lo mismo que querer explicar matemáticas sublimes á quien no sabe aritmética.

(2) Lección 2.<sup>a</sup> del tercer nocturno.



## CAPITULO XXIII

MARÍA VIUDA

*Y estaba sujeto á ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazon.*

*Y Jesus crecia en sabiduría, y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.*

(San Lucas, cap. II al final.)

En estas pocas palabras está compendiado todo lo que el Evangelio nos dice acerca de la Santa Familia en el trascurso de los diez y ocho años que mediaron desde la primera manifestacion de Jesus en el templo enseñando á los Doctores, á la edad de doce años, hasta que siendo como de unos treinta comenzó su vida pública, bautizándose en el Jordan por mano de su primo, y principiando á predicar en Galilea. Las tres cláusulas están artísticamente colocadas al final del capítulo II del narrador San Lucas. La primera es relativa á los tres personajes de la Santa Familia. «Jesus volvió con ellos (sus Padres) á Nazareth donde les estaba sometido» (v. 51).

La segunda cláusula y en el mismo versículo, es relativa á Maria. «Y su madre conservaba en su corazon todas estas cosas».

La tercera es relativa al desarrollo de Jesus en lo humano y su vida privada en Nazareth. «Y Jesus crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (versículo 52 y final del cap. II). Este incremento de gracia solo era en la manifestacion aparente, como advierte San Bernardo en su Homilía *Missus est*. No cabe mayor sobriedad en los pormenores. Y si el Evangelio solo dedica estas tres breves cláusulas al largo período de diez y ocho años, y de estas tres cláusulas se destinan una á Jesus y otra á María, ¿se extrañarán luego los émulos y detractores de esta de que apenas se la nombre en principiando la vida pública de Jesus?

Ni la tradición, ni la Iglesia aceptando los dichos de los Santos Padres, acuden á llenar este vacío, con algunos pormenores, pues los que conserva en Nazareth la tradicion popular no merecen apenas ser tomados en cuenta. Sabemos que vivía sujeto no

Evangelio pone en boca de Jesus. Y ¡cuántos millares de religiosos de uno y otro sexo han respondido y responderán á sus padres esas palabras de Jesus su modelo!

Dejémoslos pues de comentarios: el mundo no las ha de entender por mas que se las expliquemos, y para los buenos católicos la explicacion está de mas (1). Explíquennas enhorabuena otros de otra manera en libros que han de leer los protestantes y los escépticos: yo no escribo para estos.

Para los católicos que no se contentan con creer sino que practican lo que creen (¡y cuán escaso es su número fuera de los claustros y del sacerdocio!), este pasaje de la vida de Jesus y de María, tiene otra altísima significacion, y es, que cuando se pierde á este por culpa nuestra, debilidad ó descuido, hay que buscarle en el templo, donde al cabo le hallaron sus Padres, y que, para no perderle, lo mejor es formar en lo interior del corazon un templo, *templo vivo*, donde se esté de continuo en la presencia de Dios y de Jesus, el cual aprecia mas estos templos vivos, que todos los que con piedra y otros materiales construyen los hombres á fuerza de tiempo, afanes, gastos y fatigas.

La Santa Iglesia celebra en el primer domingo despues de la Epifanía ó adoracion de los Reyes esta festividad del Niño perdido y hallado entre los Doctores, y lee en la Misa, y comenta en el oficio divino este hermoso pasaje del Evangelio de San Lucas. Los comentarios en el tercer nocturno están tomados de una hermosa homilía de San Ambrosio. Distingue allí las dos generaciones, una paterna y otra materna. «Las cosas, dice, que son superiores á la naturaleza, á la edad y á la costumbre en Cristo no las hemos de referir á las virtudes humanas, sino á los poderes divinos de que estaba investido. En unos parajes la Madre obliga á Jesus á cumplir su ministerio, pero en otros se arguye por Este á su Madre por tratar de exigir aun lo que era meramente humano (2).

¡Qué poco se embaraza San Ambrosio con esas palabras de Jesus, al parecer duras que tanto asustan á los criticos! No se anda en ambages ni rodeos. María es argüida (*arguitur*). ¡Qué ejemplo para los nimios y asustadizos! Pues aun es mas: la Iglesia acepta esa palabra de San Ambrosio y la estampa en el Breviario para que la lea todo el Clero.

(1) Los impios se asustan y hacen que se horrorizan de una frase muy enérgica, y si se quiere dura, que usa San Jerónimo en su epístola á Nepociano, hablándole de la vocacion al monacato. Si al marchar al monasterio se cruza tu padre en el dintel de tu casa para impedirte que salgas, *sal pisando á tu padre: (per calcatum perge patrem.)*

Esta frase enérgica, lo mismo que otras del Kempis y de las reglas monásticas, que mandan la obediencia ciega al superior, *morir para el mundo, ser como un cadáver*, etc. etc., para los católicos verdaderos no ofrecen dificultad ninguna: son axiomáticas. Los impios no pueden comprenderlas por mas que se haga. Sería lo mismo que querer explicar matemáticas sublimes á quien no sabe aritmética.

(2) Lección 2.<sup>a</sup> del tercer nocturno.



## CAPITULO XXIII

MARÍA VIUDA

*Y estaba sujeto á ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazon.*

*Y Jesus crecia en sabiduría, y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.*

(San Lucas, cap. II al final.)

En estas pocas palabras está compendiado todo lo que el Evangelio nos dice acerca de la Santa Familia en el trascurso de los diez y ocho años que mediaron desde la primera manifestacion de Jesus en el templo enseñando á los Doctores, á la edad de doce años, hasta que siendo como de unos treinta comenzó su vida pública, bautizándose en el Jordan por mano de su primo, y principiando á predicar en Galilea. Las tres cláusulas están artísticamente colocadas al final del capítulo II del narrador San Lucas. La primera es relativa á los tres personajes de la Santa Familia. «Jesus volvió con ellos (sus Padres) á Nazareth donde les estaba sometido» (v. 51).

La segunda cláusula y en el mismo versículo, es relativa á Maria. «Y su madre conservaba en su corazon todas estas cosas».

La tercera es relativa al desarrollo de Jesus en lo humano y su vida privada en Nazareth. «Y Jesus crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (versículo 52 y final del cap. II). Este incremento de gracia solo era en la manifestacion aparente, como advierte San Bernardo en su Homilía *Missus est*. No cabe mayor sobriedad en los pormenores. Y si el Evangelio solo dedica estas tres breves cláusulas al largo período de diez y ocho años, y de estas tres cláusulas se destinan una á Jesus y otra á María, ¿se extrañarán luego los émulos y detractores de esta de que apenas se la nombre en principiando la vida pública de Jesus?

Ni la tradición, ni la Iglesia aceptando los dichos de los Santos Padres, acuden á llenar este vacío, con algunos pormenores, pues los que conserva en Nazareth la tradicion popular no merecen apenas ser tomados en cuenta. Sabemos que vivía sujeto no

solo á su Santa Madre, sino tambien á su padre putativo San José, de quien pasaba por hijo (1). Los otros tres evangelistas son aun mas explícitos sobre este punto, manifestando que Jesus vivió en Nazareth completamente oscurecido y tenido en poco, y, si en su pueblo natal no era considerado, nada tiene de extraño que no lo fuese en Cafarnaum y en los pueblos circunvecinos. San Mateo y su compendiador San Marcos refieren con idénticas palabras la extrañeza de los de Nazareth al oírle un sábado explicar la palabra Divina en la sinagoga. Le oyen con sorpresa y con despego, recordando que es hijo de un carpintero que ha ganado allí su vida trabajando para ellos.

«Habiendo ido á su patria (Nazareth) les enseñaba en la sinagoga de suerte que se admiraban y decían:—¿De dónde sacará este tal sabiduría y el hacer esos milagros? ¿No es por ventura el hijo de un artesano? ¿Pues qué, no se llama su madre María y son primos suyos (2) Jacobo, Josef, Simon y Judas? ¿Y sus primas no están aquí entre nosotros? ¿De dónde saca él todas esas cosas (3)?»

San Lucas, mas narrador, refiere este suceso mas minuciosamente y de él echaríamos mano si fuese preciso referir ese suceso de la vida de Jesus en que tuvo su Madre participacion escasa.

Tampoco llena la tradicion este gran vacío. Supone á San José carpintero y á este oficio concreta la palabra *faber, fabri* de los de Nazareth. En libros y en pinturas siempre se le representa ejerciendo ese honrado y necesario oficio. San Justino mártir afianzaba ya en su tiempo esta tradicion, diciendo que ayudaba á su padre putativo á fabricar carros y coyundas (4).

Las tradiciones locales de Nazareth, las describe un religioso franciscano español del siglo XVII en estos términos (5): «Como á un tiro de escopeta hay otra casa que llaman de San José, porque esta era su casa y trabajaba en ella. Entre esta casa de la Anunciacion y la de San José hay una torre muy grande: esta, segun dicen muchos autores, era la sinagoga de los judíos en la cual entró Cristo muchas veces y hacia allí oracion.... Esta iglesia se llama hoy de los cuarenta mártires.»

«Un poco mas adelante hay una fuente que llaman de María, porque en todo este país

(1) *Uti putabatur filius Josephi*, como dice luego el mismo San Lucas, cap. 3, vers. 23.

(2) El Evangelio dice *hermanos*, pero esa palabra era equivocada entre los Hebreos y demasiado lata, pues se daba no solamente á los hermanos sino tambien á los primos y otros parientes próximos.

(3) San Mateo, cap. XIII, v. 54. San Marcos, cap. VI, v. 1. San Juan, cap. VI, v. 42. Resulta pues que narran este suceso todos cuatro evangelistas. San Juan supone el suceso hacia Cafarnaum. Al decir que *Et. era un pan vivo bajado del cielo*, dicen los judíos: ¿Pues qué, no es ese un tal Jesus hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? San Lucas dice casi lo mismo. *Nonne hic est filius Josephi?*

(4) Orsini lo cita relativamente al dialogo de este santo *cum Tryphone*, como igualmente á Godescardo en su *Vida de la Virgen*, (tomo XIV, pág. 436) el cual dice: «Un autor muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavía las coyundas, que el Salvador habia fabricado con sus manos.»

(5) Fray Antonio del Castillo: «El devoto peregrino y viaje de Tierra Santa.» Este religioso fué á Tierra Santa en 1626, y estuvo allí muchos años siendo guardián de varios conventos. Aunque algo crédulo, lo que nada tiene de extraño atendiendo á la época y á su situacion, es tan candoroso, minucioso y exacto, que prefiero por ese motivo sus descripciones sencillas, á las de Chateaubriand, Lamartine y otros extranjeros que estuvieron por allí de corrida y cuyas narraciones son mas intencionadas.

no hay otra agua, y es fuerza que fuese allí la Virgen, ya por agua, ya por lavar los paños y tambien el niño Jesus. Y dicen algunos autores que cuando la Virgen iba por agua, los ángeles le salian al encuentro y la saludaban diciendo:—*Salve, María*. Esta fuente es tenida en gran veneracion aun de los turcos. Dice Sanuto hablando de ella: *Ibi dicitur, Puerum Jesum semel vase fictili fracto aquam portasse in gremio Matri suæ*. Que algunas veces que el Niño iba por agua se le rompía el cántaro, y cogia el agua en el enfaldo y la llevaba á su Madre. Esta tradicion es muy conforme á la piedad cristiana y como tal se debe creer (1), porque, aunque no lo dice la Escritura, mas dice San Lucas, que el Niño *descendit cum eis et venit Nazareth et erat subditus illis*. Y así dice la Glosa sobre estas palabras que el Niño viendo los trabajos que la Virgen y San José padecian, y los sudores que pasaban para sustentar la vida, él con grandísima humildad les ayudaba y trabajaba en cuanto era necesario (2).

Añade en seguida un largo pasaje para decir que el Niño Jesus besaba la mano á sus padres con gran humildad y con gran encogimiento de estos siempre que lo practicaba, hincándose para ello de rodillas.

La tradicion constante asegura que María quedó viuda por este tiempo. Al principiar la vida pública de Jesus tenemos noticias de que andaba aquella en compañía de este, pero nada se dice de San José. Los de Nazareth, segun San Lucas, le llaman hijo de Josef, pero segun los testimonios de San Mateo y San Marcos, hijo de María (3). De ambos modos podian decirlo y con verdad. Mas el silencio constante acerca de San José, supone probablemente su ausencia. Su mision estaba cumplida, y en el momento en que ya humanamente no hace falta para el sostenimiento del Niño y de su Madre, para la buena reputacion de esta y su defensa, la Providencia le hace desaparecer de la escena, y bajar en busca de reposo al seno de Abraham. Y ¡cuán grata debió ser la presencia del esposo de María en aquellas mansiones que, por plácidas que fuesen, al fin eran lugar de ansias y larga expectativa! Mas, allá tenian ya el padre putativo del Mesías ó Salvador prometido; y este era á la sazón, no un niño, ni un adolescente, sino varon formado y vigoroso jóven, que en breve iba á venir á visitarlos para subirlos á superiores moradas.

Orsini fija la época de la muerte de San José al cumplir Jesus la edad de 26 años. Es muy posible que así fuese, pero no consta. En ese caso y suponiendo que San José tuviera 32 años al tiempo de casarse, es decir, casi doble edad que su esposa, tendria poco

(1) Á pesar de lo que dice el piadoso escritor no pasa de mera conjetura. Dios no hace los milagros en vano, y ¿qué objeto tenia el llevar el agua en la faldita? Es una de esas tradicioncillas vulgares que ni pueden creerse de ligero ni menos ser objeto de ridículo.

Creálo el que guste: *nunquique in suo sensu abundet.*

(2) Cita para ello la obra del obispo Fr. Francisco Jimenez, de *Infancia Salvatoris*. Pero ¿de dónde lo sacó el obispo?

Ya en los primeros tiempos de la Iglesia se escribió un Evangelio apócrifo con ese título. Además es dudoso que los Israelitas acostumbraran besar la mano.

(3) San Mateo dice (xiii, v. 55): *Nonne hic est fabri filius? Nonne mater ejus dicitur Maria...?* Pero San Marcos no le llama hijo del carpintero, *fabri filius*, sino que á él mismo le llama carpintero ó artesano, hijo de María.—*Nonne hic est faber filius Mariae...?*

mas de 65 años al tiempo de su muerte. «Lloráronle Jesus y María, añade el mismo, haciendo una triste vigilia junto á los yertos despojos: el viento de media noche se mezcló solo (1) á los lamentos de la pobre familia.»

«Los funerales del descendiente de David fueron humildes, como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios se puso á la cabeza del modesto duelo. Mas ¿qué Emperador tuvo jamás tal personaje á presidir sus exequias?»

La tradición local de Nazareth nada dice acerca de su sepulcro, del sitio donde fué enterrado, ni del paradero de los restos mortales de aquel varón, siempre modesto, siempre sencillo, que, siendo el Padre putativo de Jesus, vivió siempre oscurecido: parecía buscar la penumbra tras de la nube que iluminaba á veces su Hijo con los rayos esplendorosos de su brillante aureola.

Es muy oportuna la observacion de Augusto Nicolás, sobre el carácter silencioso, recogido y modesto de San José. Personajes que apenas hacen mas que presentarse en escena y desaparecer en seguida, como Santa Isabel, Simeon, el Centurion, Nicodemus y hasta el buen ladrón, hablan algunas, aunque pocas palabras. San Juan Bautista, personaje accesorio, pero de gran importancia, habla, predica, arguye y aconseja, así como su Padre San Zacarías, mudo por algun tiempo, prorumpie en un cántico sublime cuando rompe á hablar; pero de San José no nos conserva el Evangelio ni una sola palabra, á pesar de ser su papel tan importante y tan allegado á Jesus. San Marcos ni aun le nombra en su Evangelio: San Juan, una vez y eso cuando sus paisanos le desprecian llamándole *hijo de José* (2). Cuatro veces le cita San Lucas y siempre sin elogio alguno (3). En una le llama conyuge de María, en otra Padre de Jesus, en las otras dos solamente aparece su nombre. Pero San Mateo es quien mas le cita y le tributa elogios. Primero le llama varón de María, y luego *justo* (4). El Ángel del Señor le habla tres veces, pero no en forma visible, sino en sueños. El gran elogio pues consiste en llamarle *justo*.

«Aunque nombrado en primer lugar por los Evangelistas y María misma, él no habla jamás, y María, á pesar de ser tan humilde y modesta, se ve en cierto modo obligada á prestarle su voz. Por último, José desaparece de la tierra, sin que nadie sepa cuándo ni cómo: se ha dicho que era carpintero, se sabe que sustentaba á Jesus y María con su trabajo; se le menciona por última vez cuando busca y encuentra á Jesus en el templo, y despues no vuelve á nombrarse.»

(1) No es probable que los parientes los dejaran solos. No acostumbraban esto los Israelitas, y cuando se hacen estas posiciones deben ser conforme á la tradición y á las costumbres, y no dejarse llevar de arranques de fantasía.

(2) *Nonne hic est Jesus filius Joseph...* (cap. VI, v. 22.)

(3) *Misus est angelus... ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph* (cap. I, v. 27). *Ascendit autem et Joseph á Gallilea* (cap. II, v. 4). Al hablar de la adoracion de los pastores: *invenerunt Mariam et Joseph et infantem...* (Ibidem, v. 16.) Al despreciar á Jesus los de Nazareth dicen:—*Nonne hic est filius Joseph?* (cap. IV, v. 22.)

(4) *Joseph ergo vir ejus (Mariæ) cum esset justus.* (cap. I, v. 19.)

«Parécenos la tal figura maravillosamente adecuada á su objeto, que era ocultar al Hijo de Dios y en cierto modo oscurecerlo...»

«Jesus llega con poco aparato á realizar sus grandes designios, ocultándolos á la sombra de José á quien se le cree su padre y que ahuyenta ó desvanece las sospechas (1).»

«Como las nubes cuya parte invisible alumbrá el sol, siendo tanto mas luminosas por la parte que mira al cielo, cuanto mas oscuras se presentan á la tierra, la gloria de José resplandece á los ojos de Dios y de los ángeles en proporcion de la oscuridad para los ojos de los hombres.»

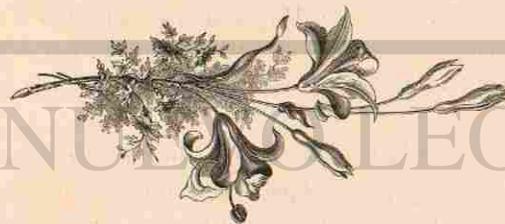
Por lo que hace á su culto es notable el poco que se le tributaba hasta el siglo XVI. Apenas hay iglesia antigua bajo su advocacion y destinada á su culto. Apenas hay personaje célebre secular ni eclesiástico, Papa, Rey, Emperador, General ni Obispo, que lleve su nombre, hoy por fortuna tan comun. Santa Teresa de Jesus contribuyó mucho á propagarlo (2), y Su Santidad el Papa Pio IX (que Dios guarde) ha contribuido no poco á realzarlo, declarando de mayor solemnidad su fiesta.

(1) Augusto Nicolás, cap. XV de la Virgen María, pág. 280 del tomo II, traduccion española.

(2) No es cierto que el convento de San José de Avila, fundado por la Santa como cuna de la reforma carmelitana, fuese la primera iglesia destinada en Occidente al culto del Santo. El Ven. P. D. Fray Fernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, dedicó una de las primeras parroquias de aquella ciudad al Santo bajo su advocacion y aun se podian citar otros mas antiguos.

San José de Calasanz fué quizá el primero que ilustró su nombre con sus heroicas virtudes: siguiéronle despues los que llevaron este nombre con los apelativos de Tomasi, Leonisa, Copertino y Oriol, nuestro compatriota.

Desde el siglo pasado principiaron á tomar también los emperadores de Alemania este nombre inusitado.



## CAPITULO XXIV

LA BODA EN CANÁ

**A**l comenzar Jesús á cumplir la voluntad de su Eterno Padre, predicando el Evangelio y para ello trocando su vida privada y oscura por la pública, si bien dejó su patria y su casa no por eso abandonó á su Madre enteramente. Al dolor de la pérdida de su amado esposo, no menos querido en razon de la mutua virginidad, unióse en breve la ausencia del Hijo durante mas de cuarenta dias. Jesús habia marchado al desierto, solo, y sin provisiones. María quedó tambien sola en la pobre casita de Nazareth: el Hijo se preparaba con largo ayuno, retiro y mortificacion á la ardua tarea de predicar el Evangelio. No necesitaba esta preparacion, pero queria darnos ejemplo del modo con que debemos proceder al emprender nuestras buenas obras. María debia tambien prepararse á la dolorosa separacion absoluta para mas adelante, cuando quedara en la tierra sin Hijo y sin Esposo. Aquellos cincuenta dias debieron ser de gran afliccion para la Virgen: ¡lo habian sido tanto los tres dias no completos de su pérdida en Jerusalem! Y al fin entonces no era triste viuda. Renováronse ahora las ansiedades de entonces. Cuando la lluvia caía azotando la única ventana de la pobre casita, cuando zumbaba el huracan, y el cierzo dejaba sentir su inclemente soplo, el pensamiento de María vagaba tambien por las solitarias y áridas montañas de Judea en pos de su Hijo amado, y preguntábase con ansia:—¿En dónde estará ahora mi Jesús? ¡Oh cuántas almas santas y amantes de este han repetido despues esa pregunta al verse agobiadas con la sequedad de espíritu y el abandono aparente de Dios!

Jesús entre tanto marchaba hácia las riberas del Jordán en busca de su primo Juan, el hijo de Isabel y Zacarías. No conoció al pronto el Bautista á su divino pariente, que modesto siempre, manso y humilde, entraba en el histórico y bíblico rio para recibir el bautismo de penitencia, con la humildad misma con que se habia dejado circuncidar. Preciso fué que el Cielo con sobrenaturales voces y aparicion del Espíritu Santo se lo revelara (1).

(1) El testimonio del Bautista es terminante.—*Et ego nuntiavi Eum.* (Evangelio de San Juan, cap. I, v. 33.)

Jesús se bautizó primero: anduvo por Betania, orillas del Jordán y el desierto. (Id. v. 35.) Volvió á Galilea: tomó allí discipulos además de los de Juan. Duraron, pues, su ausencia y la soledad de María unos dos meses.

Cuarenta dias permaneció Jesús en el desierto orando, preparándose á la predicacion del Evangelio con la mortificacion, el silencio, recogimiento y ayuno. Despues de haber burlado las tentaciones del enemigo, asistido por ministerio angélico, con modesto y parco alimento, volvió á darse á ver por las orillas del Jordán, donde su primo el Bautista le apellidó «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.» Á vista del testimonio de Juan, que reconocia la Divinidad de Jesucristo y superioridad de su doctrina, varios discipulos de aquel siguieron á este: con ellos volvió Jesús á Galilea y á las inmediaciones de su patria, despues de una ausencia de cerca de dos meses, demasiado largos para el maternal cariño. Mas no venia solo: con Andrés y Pedro venia Felipe su paisano: todos tres eran de Betsaida, pequeño pueblo no lejos de Nazareth. Cuando Felipe refiere á Nathanael que ha hallado el Mesías en la persona de Jesús el Nazareno, responde él con desprego:—«Pues qué, ¿puede salir de Nazareth cosa buena (1)?» Tal era la fama que tenia este pueblecillo.

Aun cuando el cielo se habia abierto en honor de Jesús al dejarse bautizar humildemente, con todo no habia hecho aun milagro alguno que revelase su mision divina. El primero que hizo fué á peticion y con intervencion de su Madre. El Evangelista lo narra en estos términos:

«Y tres dias despues se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Y fué tambien convidado á estas bodas Jesús con sus discipulos; pero, faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo:—No tienen vino.»

«Contestóle Jesús diciendo:—Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo (2). Aun no ha llegado mi hora.»

Su Madre dijo á los que servian:—Haced todo lo que Él os diga.»

«Habia allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, cada una de las cuales cabia dos ó tres metretas (3). Dijoles Jesús:—Llenad de agua las tinajas; y las llenaron hasta arriba. En seguida añadió:—Sacad ahora y llevad al maestresala. Hicieronlo así, mas luego que el maestresala probó el agua convertida en vino, ignorando de dónde este procedia, pues no se lo habian dicho aun los sirvientes que lo sabian por haber echado el agua en las tinajas, llamó al novio y le dijo:—Todo hombre en estos casos hace poner primero el mejor vino, y despues que la gente comienza á sentir los efectos de haber

(1) Véase lo dicho en una de las notas del capítulo sobre la pérdida de Jesús y su encuentro en el templo.

(2) Esta traduccion no está bien hecha, como veremos luego, pero en estas palabras ambiguas se ha seguido la traduccion del P. Anselmo Petite, Abad de San Millán, aunque reconociéndola muy defectuosa.

Las palabras del Evangelio: *Quid tibi et michi est, mulier!* deben traducirse:—Pero mujer, ¿qué nos importa eso á ti y á Mí? Y en efecto Jesús y María, eran convidados, y no era incumbencia suya suplir á aquella falta de los que convidaban.

(3) Como el país de Palestina no estaba en general sobrado de aguas, y los judíos la necesitaban abundante para sus abluciones y otras atenciones, tenían enormes tinajas de piedra para conservarlas.

La metreta era una medida que equivallia, segun el P. Mariana (*de ponderibus et mensuris*) á mas de 22 azumbres de agua, de modo que cada tinaja de las seis que allí habia podria contener de seis á nueve arrobas de agua.

En el ánfora de mármol que se enseña en el Escorial, como una de las que sirvieron en las bodas de Caná, no cabe ni una arroba de agua.

bebido bien, saca otro inferior: pero tú lo has hecho al revés, porque has guardado para el último el mejor vino.»

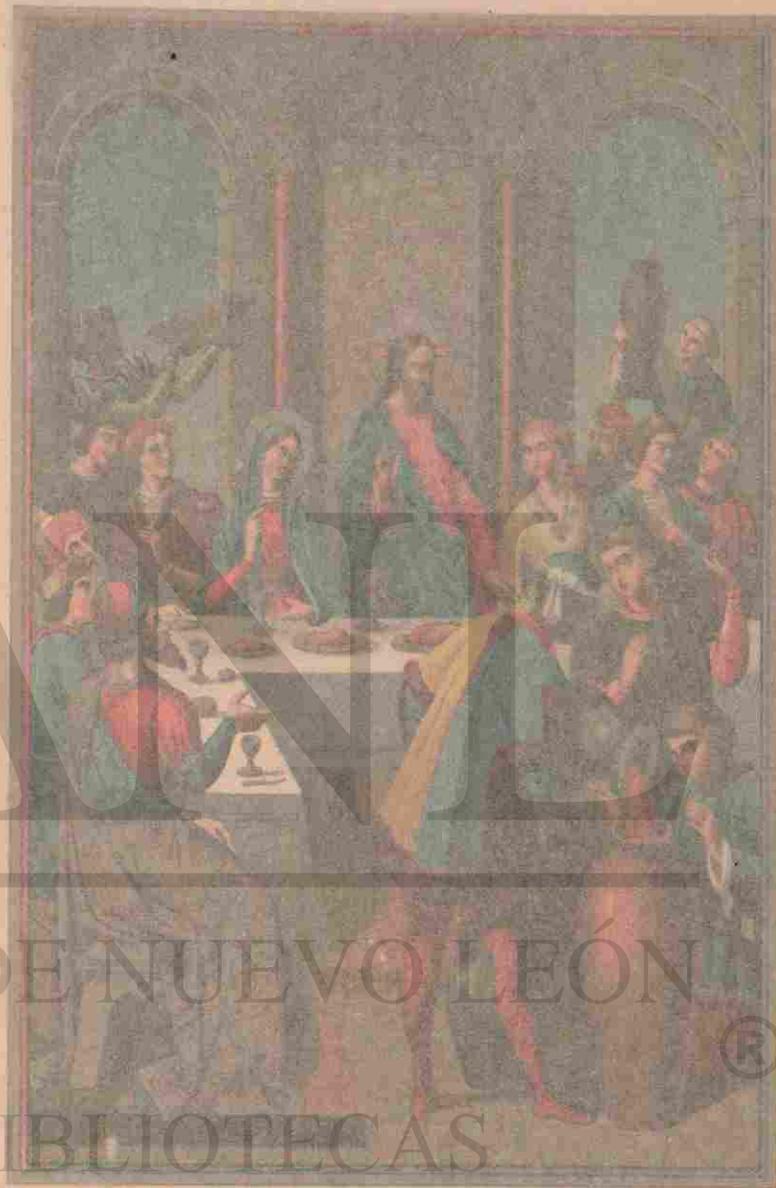
«Este fué el primero de los milagros, y lo hizo Jesus en Caná de Galilea, con el cual manifestó su gloria de modo que sus discípulos creyeron en Él.»

La intención de Jesus en este milagro, y el diálogo con los asistentes á la boda, está bien claro, y la trascendencia de él se echa de ver en estas últimas palabras:—«Manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él:» el objeto es la gloria de Dios; el efecto la fe de los elegidos.

Lo que hace á nuestro propósito es la intervencion de María en la ejecucion y consecucion de este milagro.

Hay autores que suponen que el novio era precisamente San Juan Evangelista, el cual en vista de este milagro dejó á su mujer y familia para seguir á Jesucristo. Por respetables que sean los autores que han seguido esta opinion, parece poco conforme con las ideas de los Israelitas, y con lo que prescribía la ley con respecto á los recién casados. Lo que se hace notable en el Evangelio de San Juan es que solo habla dos veces de María, una al principio, en el pasaje citado, y otra al fin, al describir la muerte de Jesus. En uno y otro caso ni aun la nombra: llámala solamente la *Madre de Jesus*: en uno y otro caso parece poner en boca de Jesus palabras de despego, llamándola á secas *mujer*, negándole el dulce título de *Madre*. ¿Será esto por desden ó falta de aprecio? Ridículo fuera y hasta mal sonante: María fué su Madre, y él la acompañó y sirvió en los últimos años de su vida: ¿habría ingratitud en ese desden? Parece pues calculado el silencio de San Juan, para no dejarse llevar demasiado del afecto que había profesado á María su segunda Madre. Su Evangelio es el que más *diviniza* por decirlo así á Jesus: por eso es el *águila* de los Evangelistas, que mas se remonta sobre las nubes, que mira de hito en hito al sol de la luz increada. Deja para esto á un lado todos los afectos de la tierra y de la familia, no habla de genealogía, de padres, de nacimiento, de nada de lo que hablan los otros Evangelistas, que le habían precedido. Si habla del Bautista es porque anuncia la Divinidad de Jesucristo y por ese preuncio comienza su Evangelio. Ni aun dice quiénes eran los padres de San Juan, ni el parentesco de este con Jesus. Si no tuviéramos mas que el Evangelio de San Juan negaríamos que el Bautista fuese pariente de Jesucristo.—¿Cómo habían de ser primos, diríamos, si al ir á bautizarle San Juan no conoce á Jesus: *et ego nesciebam Eum?* Así pues, el silencio de San Juan con respecto á María es calculado y misterioso, como lo es la pretericion de todo lo relativo á su nacimiento, familia y vida privada, de que hablan los otros Evangelistas.

Por lo que hace á la pretendida dureza de las palabras de Jesus á su Madre, cuando esta le expone la cuita de los recién casados, volvemos á los argumentos del pretendido desden con que Jesus acoge á su Madre al hallarle en el templo con los Doctores de la Ley. Volvemos tambien al argumento con que respondimos á ese argumento. Jesus tenia



MARIA EN LAS BODAS DE CANA.

Según el Evangelio de San Juan.

«bebedo bien, saca otro inferior; pero tal lo has hecho al revés, porque has guardado para el último el mejor vino.»

«Este fue el primero de los milagros que hizo Jesús en Caná de Galilea, con el cual manifestó su gloria de modo que todos los que allí estaban creyeron en Él.»

La intención de Jesús al hacer este milagro con los asistentes a la boda, está bien clara, y la expresamos en estas últimas palabras: «Manifestó su gloria y sus discipulos creyeron en Él por el signo de Dios; el efecto la fe de los elegidos.»

Lo que habla de la intención de María en la ejecución y consecución de este milagro.

Hay autores que atribuyen este milagro a San Juan Evangelista, el cual en vista de este milagro se convirtió para seguir a Jesucristo. Por respetables que sean sus opiniones, parece poco conforme con las ideas de los Israelitas, como se ve con respecto a los recién casados. Lo que se hace notable en el Evangelio de San Juan es que solo habla dos veces de María, una al principio, cuando describe la muerte de Jesús. En uno y otro caso no se le llama Madre de Jesús, en uno y otro caso parece poner un punto de vista que no se ve en los otros Evangelios, negándole el dulce título de Madre. Esto se ve en los últimos años de su vida: habría sido un error haber llamado el silencio de San Juan, para no dejarse llevar por el sentimiento que profesado a María su segunda Madre. Su Evangelio no habla de Jesús; por eso es el *águila* de los Evangelistas, que mira de hito en hito al sol de la luz increada. Dejo para otros el estudio de los afectos de la tierra y de la familia, no habla de genealogía, de parentesco, de boda de lo que habían los otros Evangelistas, que le habían precedido. El silencio de Juan es porque anuncia la Divinidad de Jesucristo.

Si uno dice: ¿quién es el padre del San Juan, si el Evangelio de San Juan negaría el parentesco de Jesús? — ¿Cómo habían de ser primos, diríamos, si Juan no conoce a Jesús? *el ego nesciebat Eum?* Así pues, el silencio de Juan respecto a María es calculado y misterioso, como lo es la preferencia de Juan a María y a Juan el Bautista, de que hablan los otros Evangelios.

Por lo que hace a la intención de las palabras de Jesús a su Madre, cuando esta le expone la falta de vino en las bodas, — los argumentos del pretendido desobediencia que Jesús reprocha su Madre al hablarle en el templo con los Doctores de la Ley. Volvamos también al argumento con que respondimos a ese argumento. Jesús tenía



En Labadie, libro II

M. Pignatelli, lit.

MARIA EN LAS BODAS DE CANA.

Copia de una pintura del siglo XV.

obligación de respetar á su Madre: «Honra á tu padre y á tu madre» había dicho Él mismo á Moisés en el decálogo, y él no se eximía de esa ley, que había venido á cumplir y no á relajar. Jesús pues ¡blasfemia sería asegurarlo como un aserto! falta á su deber. Explicad esa blasfemia implícita que lleva vuestro argumento, oh protestantes.

Jesús es modelo de conducta; si desprecia á su Santa Madre, ¡otra blasfemia! nos enseñaría á despreciar á nuestras madres, por santas y buenas que fuesen. Responded de las consecuencias que envuelve vuestro argumento; y lo que digais al responderlo responderá también al otro.

Aun cuando se admita la traducción literal y grosera de las palabras de San Juan «*mujer ¡qué tengo yo que ver contigo*» (1)! traducción que yo no admito, por respetables que sean los que así han vertido estas palabras, todos los intérpretes convienen en que no hay en esa frase, reprensión, enfado, dureza ni desden con respecto á María. «No rehusa las atenciones de piedad y cortesía á su Madre, como dice San Ambrosio (2), sino que manifiesta á todos que sus actos se subordinan á la voluntad de su Eterno Padre.»

Jesús habla en todo y por todo de no hacer más que la voluntad de su Padre. Cuando sus discípulos le invitan á comer, les responde sencillamente:—«Mi alimento consiste en hacer la voluntad del que me envió á la tierra.» Y cuando enseña á sus discípulos á orar y pedir, les dice en la tercera petición que deben dirigir á Dios: «hágase tu voluntad en la tierra como se cumple en el cielo.» Así pues responde á su Madre, que le pide un milagro á favor de aquellos pobres y apurados novios, diciéndole:—«Mi vida pública aun no ha principiado: los milagros que yo haga no deben ser en provecho temporal de particulares, sino en comprobación del Evangelio y para honra de mi Eterno Padre. Así pues aun cuando se admita esa traducción servil y á mi juicio inadmisibles (salvo el respeto de los que la han admitido), hay en ello un recuerdo de su constante advertencia, pero no una reprensión ni menos un desden. Y no sirve decir que lo que Jesús decía era cierto: puede decirse una verdad con malos modales, y la certeza no quitará la dureza y acrimonia. Mas esto no cabía en Jesús con respecto á su Madre Santísima.

Pero admitida la traducción de esas palabras en el sentido en que servilmente se han traducido, ni son ciertas, ni la segunda parte liga con la primera. ¿Cómo había de decir Jesucristo á su Madre que nada tenía de comun con ella? Si lo hubiera dicho á San José podía pasar, mas aun así habría dureza. Pero ¡á María! á la que el Concilio de Efeso declaró *Madre de Dios*, ¿cómo había de decirle Jesús que nada tenía de comun con ella?

Que la segunda parte de la respuesta no liga con la primera lo prueban completamente varios escritores, entre los cuales prefiero el testimonio de Augusto Nicolás, no solo por lo reciente, sino por lo bien pensado. «Además de ser la textual, dice (3), concuerda mejor esta

(1) La traducción es la del P. Anselmo Petite, Abad de San Millán, á fines del siglo pasado, segun queda dicho.

(2) *Non quod materna refutet pietatis obsequia, sed quia Patris se ministerio amplius, quam maternis officiis subire cognoscant.*

(3) *La Virgen María y el plan divino*, tomo II, cap. XVII, párrafo 4.º

version última con la segunda parte de la respuesta del Salvador en que expresa el motivo:—«*Todavía no ha llegado mi hora.*» Tal motivo no es absoluto, sino relativo, y por tanto quita á la primera parte de su respuesta el carácter absoluto que tendrían estas palabras:—«¿Qué tengo yo que ver contigo?» y concuerda mejor con estas otras:—«¿Qué nos va en eso á tí y á Mí?» las cuales son relativas á las circunstancias en que ambos se hallaban; porque si entre Jesus y María nada hay de comun, esto debe ser de siempre, y no se comprende entonces á qué viene el decir, que no habia llegado la hora de Él; al paso que se entiende muy bien lo que quiere decir con eso si el sentido es que no habiendo llegado la hora de servirse de su poder para los fines de su misericordia, todavía no era oportuno invocarle con tal objeto.

El éxito lo acredita así y que María lo entendió de este modo, pues no se dió por desairada. Léjos de eso le consta que Jesus ha escuchado benévolamente su ruego, y encarga á los sirvientes que hagan lo que Él les diga. Debe tenerse en cuenta para esto que las bodas no duraban un solo día entre los Israelitas como suele suceder entre nosotros. La novia era conducida con gran aparato por los parientes y amigos, y á veces era el novio el que llegaba de ese modo, como vemos en la parábola de las vírgenes vigilantes. Necesitábase acopiar gran cantidad de provisiones y tener quien corriera con la distribución y preparacion de ellas. Aunque no fuesen opulentos los novios de Caná, no podían excusar tales gastos: los parientes ayudaban á ellos, y se hubiesen creído rebajados en su decoro si la familia hubiese quedado mal.

Para nuestro propósito hay otra observacion que es la mas práctica y por tanto la que sirve de final á este asunto. Niegan los protestantes y sus afines importancia á la Madre del Salvador y á su mediacion para con Dios, alegando que no necesitamos mediador con Dios. Por eso combaten el culto de María y procuran rebajar su importancia. Claro es que podemos acudir á Dios directamente, pero eso no quita para que acudamos á Jesus por conducto de su Madre, como por conducto de Jesus acudimos á su Eterno Padre en el concepto que tenemos de la Santísima Trinidad. El que podamos acudir á un gobernador directamente no quita que podamos acudir á su autoridad por conducto de un amigo suyo y nuestro. Si Jesus en Caná atendió al ruego de su Madre, ¿atenderá menos ahora en el Cielo?



## CAPITULO XXV

PEREGRINACIONES DE MARÍA DURANTE LA PREDICACION DEL EVANGELIO



A fama de Jesus, de su doctrina, saber, virtudes y milagros corrió en breve por Palestina, rebasando los estrechos límites de Galilea. Así lo dice San Lucas, al narrar minuciosamente la mala acogida que le hicieron sus paisanos en Nazareth, hasta el punto de querer asesinarle. «Por todo aquel país (de Galilea) se extendió su fama y enseñaba en sus sinagogas y todos le aplaudían. Fué pues á Nazareth donde se habia criado, y entró en la sinagoga el día de sábado, segun acostumbraba, y se levantó para leer. Habiéndole entregado el libro del Profeta Isaías, así que lo desplegó, halló el pasaje en que está escrito:—«El Espíritu del Señor sobre mí; por eso me consagró ungiéndome al enviarme á predicar á los pobres y curar á los que de corazon están contritos; para anunciar su libertad á los cautivos, dar vista á los ciegos, aliviar á los oprimidos, publicar el año de las gracias del Señor y el día de la retribucion.»

«Luego que hubo plegado el libro lo dió al ministro, tomó asiento y todos los que estaban en la sinagoga fijaron en él sus miradas, y Él empezó á decirles:—Hoy se cumple esta sentencia de la Escritura, que acabais de oír. Y todos le daban testimonio y se admiraban con las palabras de gracia que salían de su boca, y decían:—«Pues qué, ¿no es este el hijo de Josef?» Y Él dijo: Sin duda que vosotros direis:—«Médico cúrate á tí mismo: haz pues aquí esas maravillas que has hecho en Cafarnaum.»—Y añadió: En verdad os digo que ningun profeta es bien recibido en su patria. Y también os digo asimismo: cuando el cielo estuvo tres años y seis meses cerrado sin llover, y hubo gran hambre en toda la tierra, habia en Israel muchas viudas, mas á ninguna de ellas fué enviado Elías sino á una pobre viuda de Sarepta, en tierra de Sidon.

»También habia muchos leprosos en Israel en tiempo de Elías, y ninguno de ellos fué curado sino Naamán, que era de la Siria.

»Al oír esto los de la sinagoga se llenaron todos de ira y, levantándose contra Él, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta la cima del monte sobre que está edificada su ciudad para precipitarle de allí. Mas Él se retiró pasando por entre medio de ellos.»

version última con la segunda parte de la respuesta del Salvador en que expresa el motivo:—«*Todavía no ha llegado mi hora.*» Tal motivo no es absoluto, sino relativo, y por tanto quita á la primera parte de su respuesta el carácter absoluto que tendrían estas palabras:—«¿Qué tengo yo que ver contigo?» y concuerda mejor con estas otras:—«¿Qué nos va en eso á tí y á Mí?» las cuales son relativas á las circunstancias en que ambos se hallaban; porque si entre Jesus y María nada hay de comun, esto debe ser de siempre, y no se comprende entonces á qué viene el decir, que no habia llegado la hora de Él; al paso que se entiende muy bien lo que quiere decir con eso si el sentido es que no habiendo llegado la hora de servirse de su poder para los fines de su misericordia, todavía no era oportuno invocarle con tal objeto.

El éxito lo acredita así y que María lo entendió de este modo, pues no se dió por desairada. Léjos de eso le consta que Jesus ha escuchado benévolamente su ruego, y encarga á los sirvientes que hagan lo que Él les diga. Debe tenerse en cuenta para esto que las bodas no duraban un solo día entre los Israelitas como suele suceder entre nosotros. La novia era conducida con gran aparato por los parientes y amigos, y á veces era el novio el que llegaba de ese modo, como vemos en la parábola de las vírgenes vigilantes. Necesitábase acopiar gran cantidad de provisiones y tener quien corriera con la distribución y preparación de ellas. Aunque no fuesen opulentos los novios de Caná, no podían excusar tales gastos: los parientes ayudaban á ellos, y se hubiesen creído rebajados en su decoro si la familia hubiese quedado mal.

Para nuestro propósito hay otra observación que es la mas práctica y por tanto la que sirve de final á este asunto. Niegan los protestantes y sus afines importancia á la Madre del Salvador y á su mediación para con Dios, alegando que no necesitamos mediador con Dios. Por eso combaten el culto de María y procuran rebajar su importancia. Claro es que podemos acudir á Dios directamente, pero eso no quita para que acudamos á Jesus por conducto de su Madre, como por conducto de Jesus acudimos á su Eterno Padre en el concepto que tenemos de la Santísima Trinidad. El que podamos acudir á un gobernador directamente no quita que podamos acudir á su autoridad por conducto de un amigo suyo y nuestro. Si Jesus en Caná atendió al ruego de su Madre, ¿atenderá menos ahora en el Cielo?



## CAPITULO XXV

PEREGRINACIONES DE MARÍA DURANTE LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO



A fama de Jesus, de su doctrina, saber, virtudes y milagros corrió en breve por Palestina, rebasando los estrechos límites de Galilea. Así lo dice San Lucas, al narrar minuciosamente la mala acogida que le hicieron sus paisanos en Nazareth, hasta el punto de querer asesinarle. «Por todo aquel país (de Galilea) se extendió su fama y enseñaba en sus sinagogas y todos le aplaudían. Fué pues á Nazareth donde se habia criado, y entró en la sinagoga el día de sábado, según acostumbraba, y se levantó para leer. Habiéndole entregado el libro del Profeta Isaías, así que lo desplegó, halló el pasaje en que está escrito:—«El Espíritu del Señor sobre mí; por eso me consagró ungiéndome al enviarme á predicar á los pobres y curar á los que de corazón están contritos; para anunciar su libertad á los cautivos, dar vista á los ciegos, aliviar á los oprimidos, publicar el año de las gracias del Señor y el día de la retribución.»

«Luego que hubo plegado el libro lo dió al ministro, tomó asiento y todos los que estaban en la sinagoga fijaron en él sus miradas, y Él empezó á decirles:—Hoy se cumple esta sentencia de la Escritura, que acabais de oír. Y todos le daban testimonio y se admiraban con las palabras de gracia que salían de su boca, y decían:—«Pues qué, ¿no es este el hijo de Josef?» Y Él dijo: Sin duda que vosotros direis:—«Médico cúrrete á tí mismo: haz pues aquí esas maravillas que has hecho en Cafarnaum.»—Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Y también os digo asimismo: cuando el cielo estuvo tres años y seis meses cerrado sin llover, y hubo gran hambre en toda la tierra, habia en Israel muchas viudas, mas á ninguna de ellas fué enviado Elías sino á una pobre viuda de Sarepta, en tierra de Sidon.

»También habia muchos leprosos en Israel en tiempo de Elías, y ninguno de ellos fué curado sino Naamán, que era de la Siria.

»Al oír esto los de la sinagoga se llenaron todos de ira y, levantándose contra Él, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta la cima del monte sobre que está edificada su ciudad para precipitarle de allí. Mas Él se retiró pasando por entre medio de ellos.»

En la candorosa descripción que hace de Nazareth el religioso franciscano del siglo XVII, varias veces citado, dice lo siguiente: «Cómo una milla de la casa santa é iglesia de la Anunciación está un monte que llaman del precipicio. Este es un monte muy alto en que hay un grandísimo despeñadero.» Añade que á este monte le llevaron los de Nazareth para despeñarlo y que allí quedaron estampadas y señaladas no solo la señal de su cuerpo, sino también las de sus vestiduras y se ven hoy día muy clara y distintamente... Está este monte sobre los campos de Esdreon (1).

«En la mitad del camino desde Nazareth á este monte del precipicio, caminando hácia el Mediodía, hay una Iglesia que llaman *del pasmo de la Virgen*, porque fué aquí donde, habiendo entendido la Virgen lo que los de Nazareth querían hacer con su Hijo Santísimo, salió á buscarlo y aquí supo lo que había pasado y encontró al Señor.»

Por respeto á esta tradición local se consigna este pasaje de la vida de Jesús, apenas relacionado con la de su Madre. Este acontecimiento debió tener lugar poco después de la boda en Caná, pues San Lucas, el gran narrador, que es quien da más pormenores acerca de él, lo relata á continuación del bautismo de Cristo y su regreso á Galilea. Debió también influir en la resolución de María para abandonar su pueblo y su casa, y seguir á Jesús en muchas de sus peregrinaciones; no solamente al subir á Jerusalén, sino también en sus excursiones por Galilea, teatro el más principal de su predicación (2). Otro pasaje muy importante del Evangelio de San Mateo nos lo indica así.

Acababa Jesús un día de predicar contra varios pecados y de un modo muy particular contra la obstinación y la reincidencia, cuando llegó María con algunos de sus parientes, deseando hablar con Él. «Mas hé aquí que, cuando aun estaba hablando al pueblo, su Madre y sus hermanos estaban fuera buscando como hablarle, y le dijo uno:—Mira que tu Madre y tus hermanos están ahí fuera buscándote. Pero Él respondió al que lo decía:—¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos dijo:—¡He aquí mi Madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre en los Cielos, ese es mi hermano y mi madre (3).»

Sabemos quiénes eran los parientes ó primos de Jesús, *hermanos* al decir del país. Los mismos de Nazareth los habían enumerado al oírle predicar en su sinagoga, diciendo:—¿Pues qué, no se llama su Madre María y sus hermanos Santiago, y José, y Simon, y Ju-

(1) Si el monte de donde le querían precipitar es el monte mismo sobre que está fundado el pueblo, cómo se admite que esté una milla más allá? El Evangelio dice: *Et duxerunt illum usque ad superciliam montis, super quem civitas eorum erat edificata*; y al Evangelio hay que atenerse más que á la tradición local.

(2) Los pasajes de San Mateo y San Marcos al hablar de las mujeres y parientes de Jesús, que le asistían en sus peregrinaciones y le siguieron hasta el pabullo, son terminantes. *Erant autem ibi mulieres multae alioque, que secute erant Jesum á Galilea ministrantes. Et.*

San Marcos aunque compendiador lo dice todavía más claro, pues expresa que no solamente habían subido con Él á Jerusalén, sirviéndole en aquellos días, como podía inferirse del texto anterior, sino que le seguían también y le servían cuando andaba predicando por Galilea. La cláusula es terminante. *Et cum esset in Galilea, sequuntur eum et ministrabant. Et.* (San Marcos, capítulo XV, v. 41.) Qué mujeres eran estas y su parentesco lo veremos luego.

(3) San Mateo, cap. XII.

das? Y sus hermanas ¿no están todas con nosotros?» Ahora consta por el mismo San Mateo (cap. IV, v. 21), que Santiago y San Juan eran hijos de Zebedeo. Su madre, María Salomé, los presenta con orgullo al Salvador para que sean sus privados en su Reino celestial (Ibidem, XX, v. 24). En el orgullo de esta presentación está, á mi juicio, la clave de la respuesta misteriosa de Jesús. Conocía este que sus parientes se lisonjaban al verle aplaudido, tenían vanidad y aspiraban á obtener medros temporales. «Entonces se llegó á él la mujer de Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole una gracia. Él le dijo:—¿Qué quieres? Respondió ella:—Dí que estos dos mis hijos se sienten uno á tu diestra y otro á tu izquierda en tu reino (1).» Preciso era abatir este orgullo de sus parientes, mezclado con importunidad, que lastimaba á los discípulos y rebajaba su misión divina. Si Jesucristo se dejaba llevar de las pretensiones de sus parientes para hacer negocio y especular con su doctrina, se hacía un hombre común y vulgar, como cualquier otro. Eso era lo que hacían entonces y hacen ahora todos los ambiciosos y los políticos de baja ralea; predicar austeridad, desprendimiento y pureza, mientras estaban ó están arriba, y hacer todo lo contrario en escalando el poder. Por eso decía David: «Si los míos no llegan á dominarme, entonces viviré sin mancillarme (2).» La proposición contraria es: Si me dejó dominar por los míos, llegaré á quedar rebajado. Si Jesús hubiera accedido á los ruegos de sus parientes para hacerlos sus favoritos ó primeros ministros en un reino, que ellos se figuraban era temporal, como el de Herodes, Antioque, u otro de los de aquel tiempo, Jesucristo quedaba desconceptuado desde luego. El Evangelio hablando de la orgullosa pretensión de Salomé, la mujer del Zebedeo, dice que los otros Apóstoles llevaron muy á mal su exigente orgullo:—«Y oyendo los diez se indignaron contra los dos hermanos (3).» Si Jesucristo no hubiera rechazado aquella exigencia, se hubiera convertido en despegó á su persona, lo que era un motivo de indignación contra sus parientes. Por eso Jesús le responde que entre sus discípulos no hay esa superioridad mundanal: que quien se quisiera elevar sobre los hombros de los otros quedará de criado de aquellos mismos, pues Él mismo, que era Hijo del Eterno Padre, había venido á servir á los hombres sin querer dejarse servir de ellos como podía hacerlo. ¡Leción sublime que mataba las ambiciones personales y el nepotismo! Por eso responde ahora como había respondido á sus Padres en el templo, como había respondido á su Madre en las bodas de Caná, como respondió más adelante al mismo Pilatos el día de su muerte, que él estaba en el mundo para hacer la voluntad de su Padre y no la suya.

(1) San Mateo, cap. XX, v. 20, y San Marcos, cap. X, v. 35.

San Marcos expresa que fueron Santiago y San Juan los que le pidieron esa gracia y no cita á su madre, cosa tanto más notable cuanto que en el capítulo anterior había descrito la transfiguración en el Tabor, á que asistieron los dos hermanos con San Pedro, y en aquel mismo capítulo había predicado la humildad.

(2) *Si mei non fuerint dominati tunc immaculatus ero.* Salmo XVIII, v. 14.

(3) *Et audientes decem indignati sunt.* (San Mateo, XX, v. 24.) *Indignati sumus*, podía decir San Mateo, pues era uno de los diez. *Et audientes decem ceperunt indignari de Jacobo et Joanne*, dice San Marcos, que no nombra á la madre de ellos (capítulo X, v. 41).

¡siempre la misma respuesta, siempre la misma verdad! «El que os senteis á mi derecha ó á mi izquierda no me toca á mí concedérslo, sino que es para aquellos á quienes así lo tiene preparado mi Padre.» Con esta contestación despide á los parientes ambiciosos, que comprendían tan mal el espíritu de humildad y abnegación de la doctrina de Jesucristo, humilde en su nacimiento, en su vida y en su muerte. Sin el espíritu de esta contestación y sin esta doctrina el cristianismo solo tiene la corteza exterior de la verdadera religión, pero no la médula ni los frutos.

Pero esta reprensión tan justa y tan merecida, que Jesús dirige á sus parientes, cuya ambición conoce, cuya altanería lee en sus frentes y en sus corazones, no alcanza, ni puede alcanzar ni dirigirse remotamente á su humilde, humildísima Madre, la personificación de la humildad mas profunda, la que por su humildad sincera atrajo y fijó las miradas del Eterno, la poetisa inspirada que cantó antes que nadie las glorias de la santa humildad, á diferencia de las otras poetisas de su país que habían cantado en estilo épico los triunfos de la omnipotencia y la derrota de los enemigos. No: no podían dirigirse esas palabras á la cantora del *Magnificat*, á la que había dicho treinta y tres años antes, y cuando era una tierna adolescente: *Quia respexit humilitatem ancilla suae!* No se reprende al que no yerra: María no erraba, no era ambiciosa, era impecable. Durante toda su vida buscó la oscuridad de la existencia escondida y oculta á los ojos del mundo y de los hombres. Es una concha que no desprende su perla, sino que ni aun se abre á los rayos del sol, y apretando fuertemente sus bordes se oculta en el seno del mar, sin dejar que penetren hasta su corazón las aguas saladas del orgullo.

Mientras Jesús recorre las riberas del lago y del Jordan, y las aldeas de Galilea, María sigue á Jesús, cuida de Él, se mezcla entre la turba para oír la palabra de su Divino Hijo, por nadie comprendida como por ella. Cuando se aleja ó se oculta en el desierto, recógese silenciosa y modesta á su casita solitaria de Nazareth. Cuando Jesús sube á Jerusalén para celebrar la Pascua, síguelo á la Ciudad Santa, como le había seguido y llevado de niño. Su corazón de madre prevé no como quiera el riesgo, sino la desgracia. Jesús la tiene anunciada á sus discípulos, que ni la han comprendido, ni la quieren creer. Pedro el enérgico, el cariñoso y franco con su Maestro, rechaza el anuncio y casi quiere desmentirle (1). ¿Cómo han de creer los otros en la muerte, y muerte ignominiosa de Jesús, si el mismo Pedro tan creyente no la cree? Pero la Madre de Jesús la cree, y no solamente la cree sino que la comprende. Pedro había visto á Jesús transfigurado en el Tabor, rodeado de gloria visible á los ojos humanos: había oído atónito la voz del Eterno Padre, y con él la habían escuchado y presenciado aquellas maravillas los dos hijos del Zebedeo,

(1) Cuando al anunciar á sus discípulos que sería perseguido por los sacerdotes y muerto, le dice San Pedro, lleno de cariño por él, que no podía ser eso:—( *Abstít à te, Domine: non erit tibi hoc* ) le responde Jesús con cierta dureza:—Vete de ahí, Satanás, no tienes gusto de las cosas de Dios, sino en las de los hombres (San Mateo, cap. XVI, v. 22).



MARÍA PRESENCIANDO LAS PREDICACIONES DE JESUS

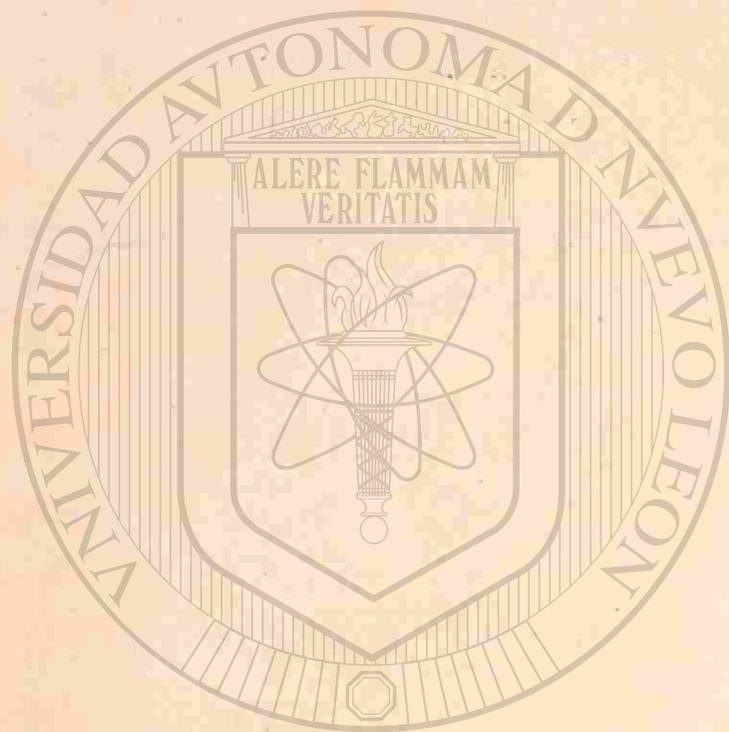
que por momentos breves habían logrado una gloria muy superior á la que su madre codiciaba para ellos.

Pero ¿por qué María no estaba en el Tabor?

—María no era Apóstol: María no había de predicar el Evangelio, María no necesitaba este favor. ¿Sabemos nosotros por ventura cuántas veces vió transfigurado á su Divino Hijo, y cuántos favores recibió, que solamente supieron quien los hacía y la que los recibía? ¿Dejaría de hacer con su Madre lo que ha hecho y hace con esas almas puras, fervientes, virginales, humildísimas, á quienes colma de celestes y sobrenaturales favores? Pero ese era su secreto, su *sacramento*, porque es bueno esconder el sacramento del Rey.

El puesto de María dado su carácter no estaba en el Tabor, sino en el Calvario. En este no podía faltar, porque aquí sufría, porque aquí se humillaba.

Vamos á verla en el Calvario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO XXVI

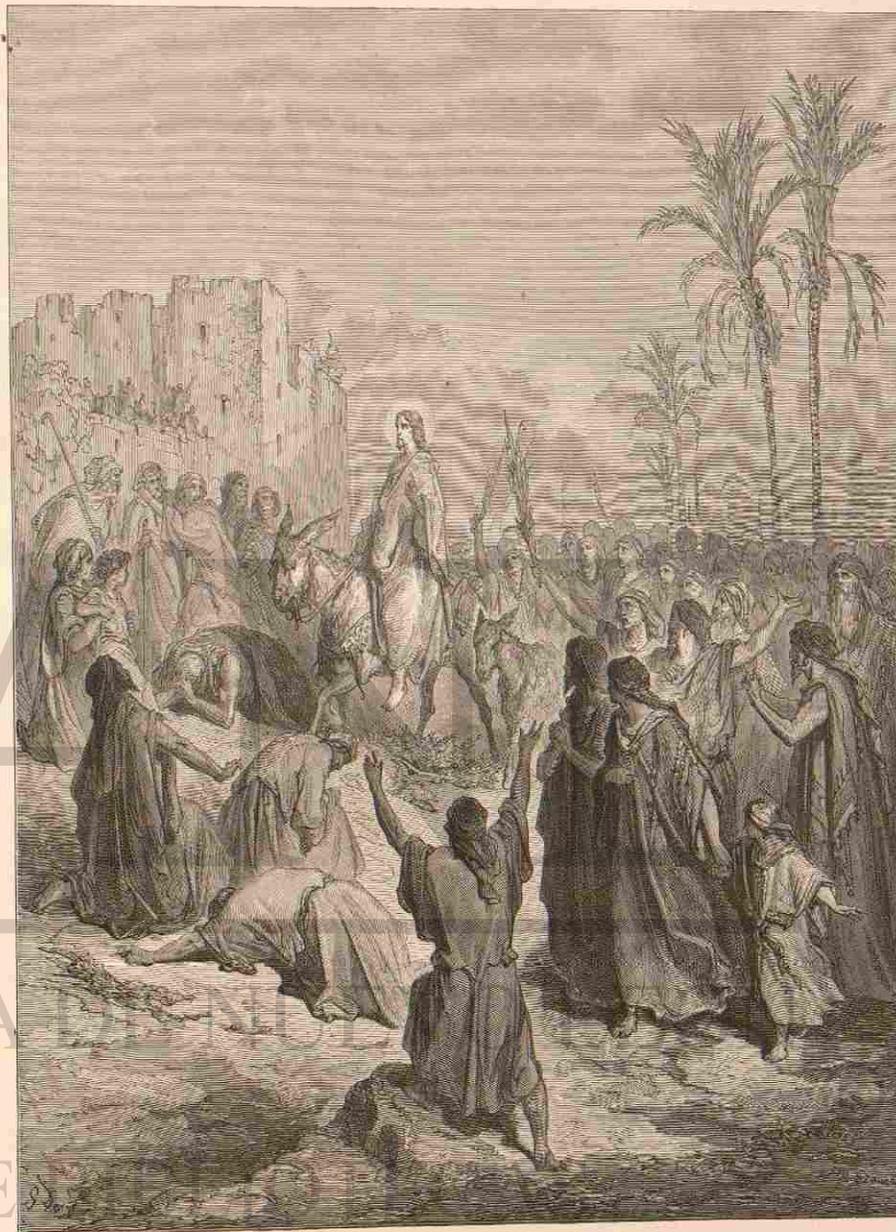
MARIA EN EL CALVARIO

**M**IRAD que vamos á Jerusalem, y allí el hijo de la Virgen (1) será víctima de una traicion para ser crucificado (2). Así habia dicho Jesus á sus discípulos al ir á terminar su mision evangélica, y al emprender su último viaje á Jerusalem, acompañado de sus Apóstoles y discípulos y de las piadosas mujeres, parientas en su mayor parte, que le acompañaban y servían en sus viajes. Probablemente vió Maria la entrada triunfal de su Hijo en Jerusalem, y oyó aquel caluroso *Hosanna*, con que aclamaban las turbas al descendiente de David, que venia bendito en el nombre del Señor, y entraba por sus puertas como Rey pacífico, lleno de mansedumbre.

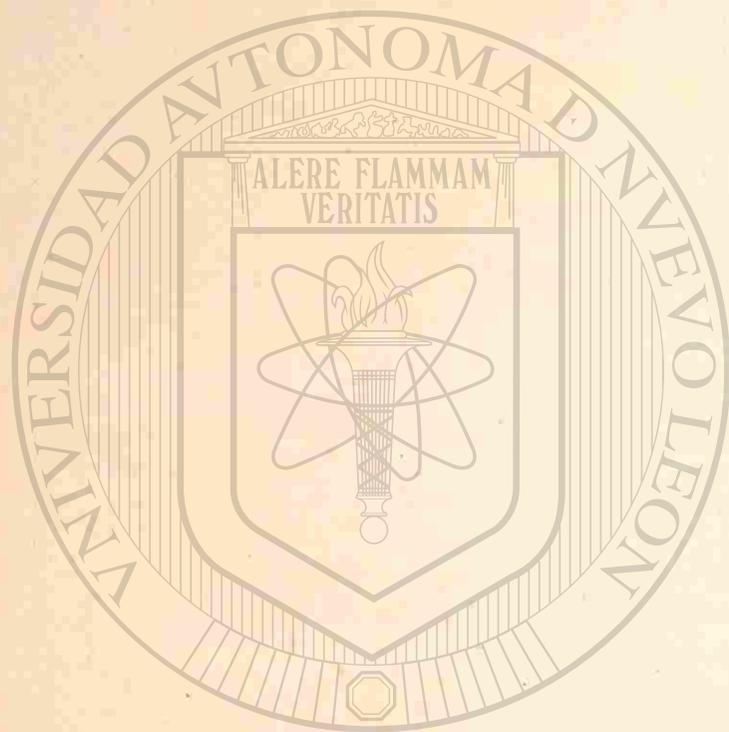
Es muy probable tambien que en la noche terrible de la última cena participase del banquete eucarístico, siquiera no presenciase su institucion (3): segun el Evangelio, solamente asistieron á esta los doce Apóstoles. Pero estando la Santísima Virgen en la misma casa, ¿podía dejar de recibir una muestra de cariño de aquel á quien habia llevado en sus entrañas durante nueve meses? Con los mismos discípulos salió Jesus de la casa hospitalaria para ir á un huertecillo vecino, donde solia hacer oracion á su Eterno Padre, bajo la bóveda del firmamento tachonado de estrellas, que representa la inmensidad Divina en la medida de la creacion. Jesus segun la creencia mas comun no se despidió de su Madre al marchar al sitio donde iba á comenzar su pasion dolorosa. Quiso ahorrarle este dolor, ya que tantos iba á tener. El egoismo busca el modo de aliviar el dolor comunicándolo, la naturaleza misma nos impulsa á este desahogo; pero el que bien quiere prefiere sufrir doble, con tal que no lo sepa ni padezca tanto como un átomo el sujeto amado. Jesus sabia que no habia de morir sin despedirse de su Madre.

Bien pronto llegó á oídos de esta la fatal noticia: quizá fué San Juan, su sobrino y confidente, quien la trajo á casa. Juan sabia ya de antemano la traicion y el nombre del

- (1) Así traducía nuestro venerable Granada las palabras *Filius hominis*, y en verdad que es una traduccion muy expresiva.  
(2) *Eccē ascendimus Jerusalem, et filius hominis tradetur...* (San Mateo, cap. XX, v. 18).  
(3) La Venerable Madre de Agreda supone que en efecto San Juan llevó á la Virgen la Sagrada Eucaristia. Bien necesitaba ser confortada con el sagrado manjar en las terribles angustias que iba á sufrir.



ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEN



traidor. Recostados los Apóstoles en el suelo sobre cojines mientras Jesús les daba sus últimos consejos, la rubia cabeza del joven y candoroso Apóstol descansaba junto al seno de su Primo, y escuchaba sus palabras con anhelo, sin perder una, como quien ha de escribirlas mas adelante. En medio de su plática Jesús queda cortado (1), y saliendo de pronto de aquel estado congojoso, les anuncia á sus discípulos, que uno de ellos le vende y le va á entregar.

Pedro, que estaba junto á Juan, le pregunta á este en voz baja:—¿Por quién lo dice? Juan acerca mas su blonda cabeza al pecho de Jesús y le interroga con cariñoso afán:—Señor, ¿quién es?

En voz baja le responde, sin llevar á mal la pregunta hija del cariño mas que de la curiosidad:—Aquel á quien diere un pedazo de pan mojado en salsa es el que me va á entregar;—y al decir esto alarga á Judas un bocado de pan. Poco despues sale del cenáculo el traidor y Jesús le dice con doloroso acento:—Despacha pronto: lo que has de hacer hazlo luego. Ni el mismo San Juan, que sabia ya quién era el traidor, pudo comprender el sentido misterioso de estas palabras (2). ¿Cómo se había de figurar que la traición estaba tan próxima? Y eso que Jesús les decía:—¡Todos os vais á escandalizar y acobardaros con lo que me va á pasar esta noche!—Pero el cariño es ciego, y á veces parece que ve menos cuanto mas abre los ojos con estupor y extrañeza.

Juan ve la prision de Jesús, el valor de Pedro que se arroja contra ciento sable en mano, sigue de léjos á su Maestro preso, entra en casa del Pontífice valiéndose de las relaciones que allí tenia, espera entre los soldados del cuerpo de guardia el paradero de aquel juicio, con que se trata de encubrir un asesinato jurídico y premeditado; espántase de la debilidad de Pedro, como se había admirado antes de su temerario arrojó, y confundido entre la chusma, escucha aterrado que se declara á Jesús reo de muerte por blasfemo. Poco despues sale su Maestro y pariente entre unos soldados que le maltratan de obra y de palabra, canalla depravada que tenían á sueldo el Pontífice y sus degenerados sacerdotes, y le encierran en una lóbrega y estrecha covacha junto al cuerpo de guardia. Jesús al pasar dirige á Pedro una expresiva mirada de cariñosa reconvencción, y á Juan otra de cariño. ¡Ay cuánto dice aquella lánguida mirada!—Ya lo ves como era cierto... Acuérdate de esto y de lo que va á pasar... Cúmplase la voluntad de mi Padre... Conviene que esto suceda... Veo que tú no me faltas... Cuida de mi pobre Madre...

Y al paso que Pedro huye despavorido y llora en la soledad aquella cobardía pasajera, hija del respeto humano, y providencial castigo de la presuncion confiada, Juan regresa á la casa del cenáculo, solo y cabizbajo, á comunicar á María, á su madre, á sus parientas y demas piadosas mujeres la triste noticia de que Jesús está preso y condenado

(1) *Cum hoc dixisset Jesus turbatus est spiritu, et protestatus est*, etc. (San Juan, cap. XIII, v. 21 y siguientes).

(2) Añade el Apóstol que creyeron los Apóstoles que le mandaba comprar algo para el día de fiesta, ó que diese algunas limosnas del dinero reservado. ¡Hasta tal punto respetó Jesús la fama de aquel malvado hasta el último momento!

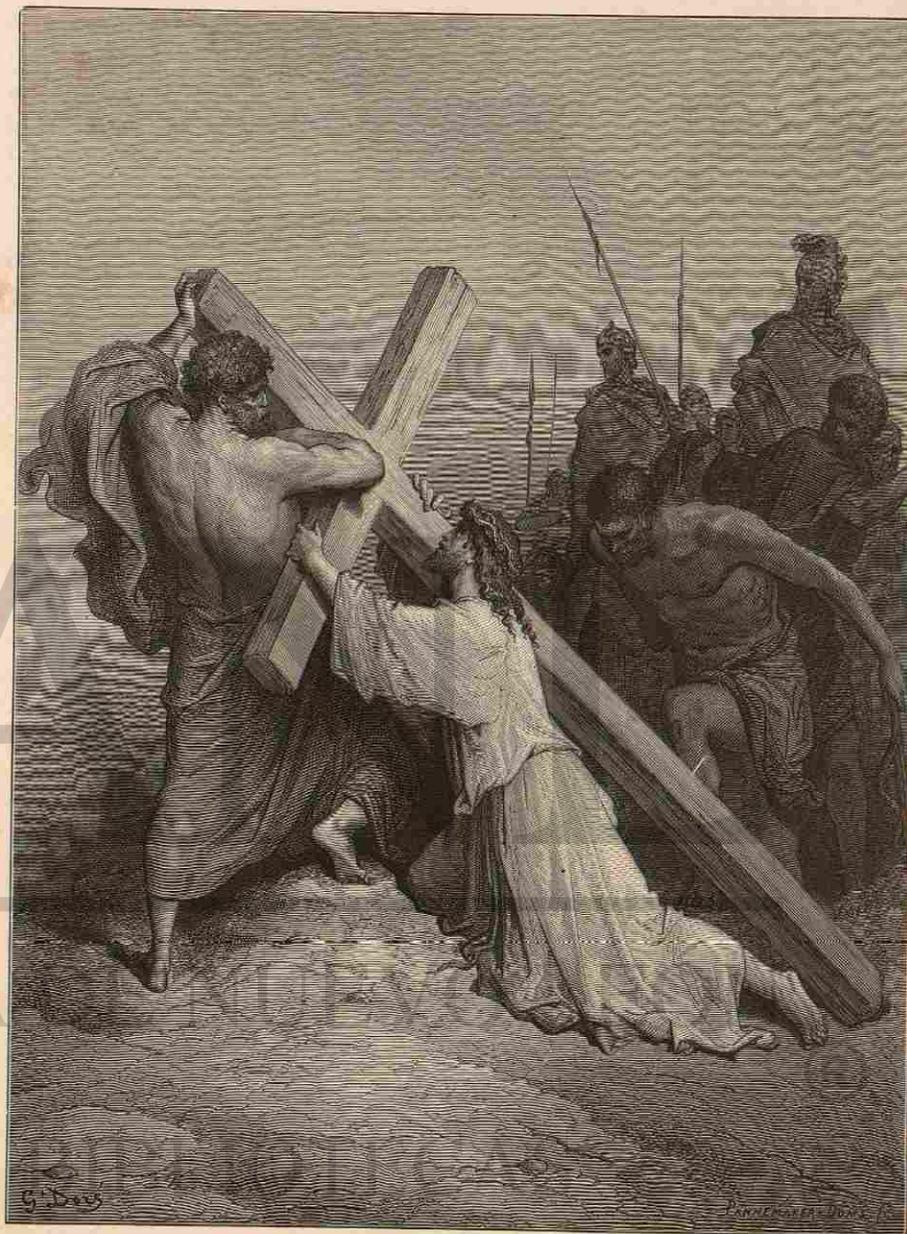
á muerte, no por el conquistador romano, sino por los sacerdotes y sus mismos paisanos.

Ya amanece: en la casa, atestada de gente, como todas las de Jerusalem, apenas hay quien duerma, ni hay lechos para todos. Óyense gritos y tropel de gente que corre por la calle, y se dicen unos á otros: —Por ahí llevan á Jesus el Galileo, el embaucador: á casa del Pretor va preso: en eso tenía que parar.

María sale con Juan y sus parientas y demás santas mujeres. ¡Pobre Madre! Ve á lo lejos el templo y baja la cabeza. No necesitaba verlo para recordar las fatídicas palabras del anciano Simeon: el cuchillo está clavado en su corazón, pero tiene que penetrar aun mas hondo. De casa de Herodes vuelve Jesus á la de Pilatos, vestido con una túnica blanca, traje con que solian vestir á los locos, y de loco visten al que es la Sabiduría Eterna. Por la noche la iniquidad aparentando justicia, por la mañana el escarnio aparentando discrecion, al mediodia la ferocidad aparentando respeto. El Pretor romano conoce la iniquidad con que es acusado aquel que le presentan como reo, y para librarle la vida, satisfaciendo la crueldad de los acusadores, le hace azotar bárbaramente por mano de los sayones y de los soldados de su guardia. La tradicion, y con ella todos los escritores católicos, suponen que María presenció aquel horrible espectáculo, que por atroz que fuese todavía era menos que lo que le restaba por ver. Los azotes descargados sobre las inocentes carnes de Jesus desgarraban el corazón de la inocente madre. Hoy no habria ninguna que soportara tan horrible espectáculo; ¿qué mujer tendria hoy valor para ir á ver ajusticiar á su hijo? Pero las mujeres hebreas no se apocaban en casos tales. Cuando David entregó á los gabaonitas siete hijos de Saul para que los ajusticiaran, en castigo de las tropelías que su padre habia hecho con aquellos, faltando á lo pactado. Resfa, madre de dos de aquellos infelices, se colocó junto á su patíbulo en el cerro que miraba al templo, quizá el mismo sitio del Calvario, y sentada sobre una piedra, vestida de grosera túnica, estaba allí durante largo tiempo guardando los cadáveres de sus hijos, sin permitir que los destrozasen las aves de rapina, ni se acercaran á ellos las fieras durante la noche (1).

Pero ¿cuál seria el dolor de María al ver á su Hijo asomado á la galérfia del pretorio, y hecho rey de burlas el Rey de la gloria! Un manto de vieja púrpura, apolillada y raída, cubre sus ensangrentadas espaldas, una corona de espinas taladra su cabeza y hace correr la sangre por su pálido rostro, trazando surcos rojizos: en las manos tiene una caña por cetro irrisorio y una soga áspera ciñe su garganta en vez de collar de oro. ¡Qué espectáculo para una madre! Y entre tanto el infierno suelto desencadena contra la sagrada víctima toda la furia de su poder tenebroso, y sopla el furor insensato de su rabia en los corazones de la aristocracia y del pueblo, de los fanáticos y de los hipócritas, de los malos y degenerados sacerdotes, de los sabios infatuados con su saber sofístico y capcioso, del

(1) Libro II de los Reyes, cap. XXI, v. 10.



CAIDA DE JESÚS BAJO EL PESO DE LA CRUZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

populacho brutal y embrutecido, y aquellos destilan en los oídos de estas palabras de rabia y de venganza, y estos gritan furiosos:—¡Á él, á él, crucifícale, crucifícale!

Y en efecto el pretor romano firma la sentencia de muerte, y aquel pueblo sanguinario y degenerado aplaude frenético la iniquidad triunfante. Suenan los clarines, forma la cohorte romana ante el pretorio y salen dos bandidos llevando cada uno sobre sus hombros el palo en que ha de ser ajusticiado. En pos de ellos sale Jesús lívido, extenuado de fatiga, sediento por la mucha sangre que ha perdido, y sale también llevando su cruz, cuyo peso le abrumba y le hace caer desfallecido. Al verlo gime la Madre y se desmaya, alzan sus primas y las santas mujeres dolorosos gemidos que llegan al cielo, y las acompañan en su dolor las piadosas doncellas de Jerusalén, no pervertidas por el orgullo farisaico, ni la sofistería de los escribas, ni la hipocresía avara del sacerdocio degenerado que comercia con la religión.

«Y cuando le llevaban echaron mano de un hombre de Cirene, llamado Simon, que venía del campo y le obligaron á llevar la cruz detrás de Jesús. Y le seguía un gran tropel de gente y mujeres que lloraban y se lamentaban de lo que le pasaba. Mas Jesús volviéndose á ellas les dijo:—No lloreis por mí, Hijas de Jerusalén, llorad mas bien por vosotras y por vuestros hijos; porque os van á venir tiempos en que se diga: ¡Dichosas las estériles y dichosos los vientres que no engendraron, y los pechos que no dieron de mamar! Entonces sí que empezarán á decir á los montes: ¡caed encima de nosotros! y gritarán á los collados para que los cubran. Porque si esto se hace con el leño verde, ¿qué será con el seco (1)?»

La tradición supone que con estas piadosas mujeres venía la Santa Madre de Jesús oprimida de dolor y angustiada en llanto; y designa todavía el sitio (2) donde aquella encontró á su Hijo pálido, abatido, desfigurado, amoratado el rostro, y cubierto de sangre coagulada, y no bastando su gran fortaleza, su continua gracia, su resignación profunda, y el ministerio de los ángeles que la confortaban, cayó desmayada, pues al fin, aunque santa y muy santa, *era madre*. ¿Pudo en aquel momento hablar á Jesús (3)? ¿Tuvo la naturaleza fuerzas para articular siquiera dos palabras, ó no pudo hacer mas que lanzar una mirada fija, dolorida, expresiva, de esas miradas que dicen mas que mil palabras?

Cuán bello y bien sentido es el pasaje en que nuestro clásico Granada describe el doloroso encuentro de la Virgen con su Hijo en la triste *via judiciaria* (4). «Camina pues

(1) San Juan, cap. XXIII, v. 27.

(2) El devoto peregrino refiriendo cómo estaba en el siglo XVII el sitio donde la Virgen encontró á su Hijo llevando la Cruz, dice: «Como cien pasos mas adelante (del pretorio) están las ruinas de una iglesia llamada *el pasmo de la Virgen*; y este es el lugar donde la Virgen acompañada de San Juan y las otras devotas mujeres, salió al encuentro á su bendito Hijo.»

Refiere en seguida la demolición de aquella hermosa iglesia por un Bajá llamado Mahomet. El P. Gerami y otros viajeros hablan también de esta iglesia.

(3) Orsini dice á este propósito: «La tradición apoyada en la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo refiere que Jesucristo saludó á su Madre con estas palabras:—*Salve Mater*».

(4) Lo que llamamos el *Via Crucis* ó camino del pretorio al Calvario, que recorrian los reos para ser ajusticiados, luego que los sentenciaba el pretor romano, de donde vino el nombre de *judiciaria*.

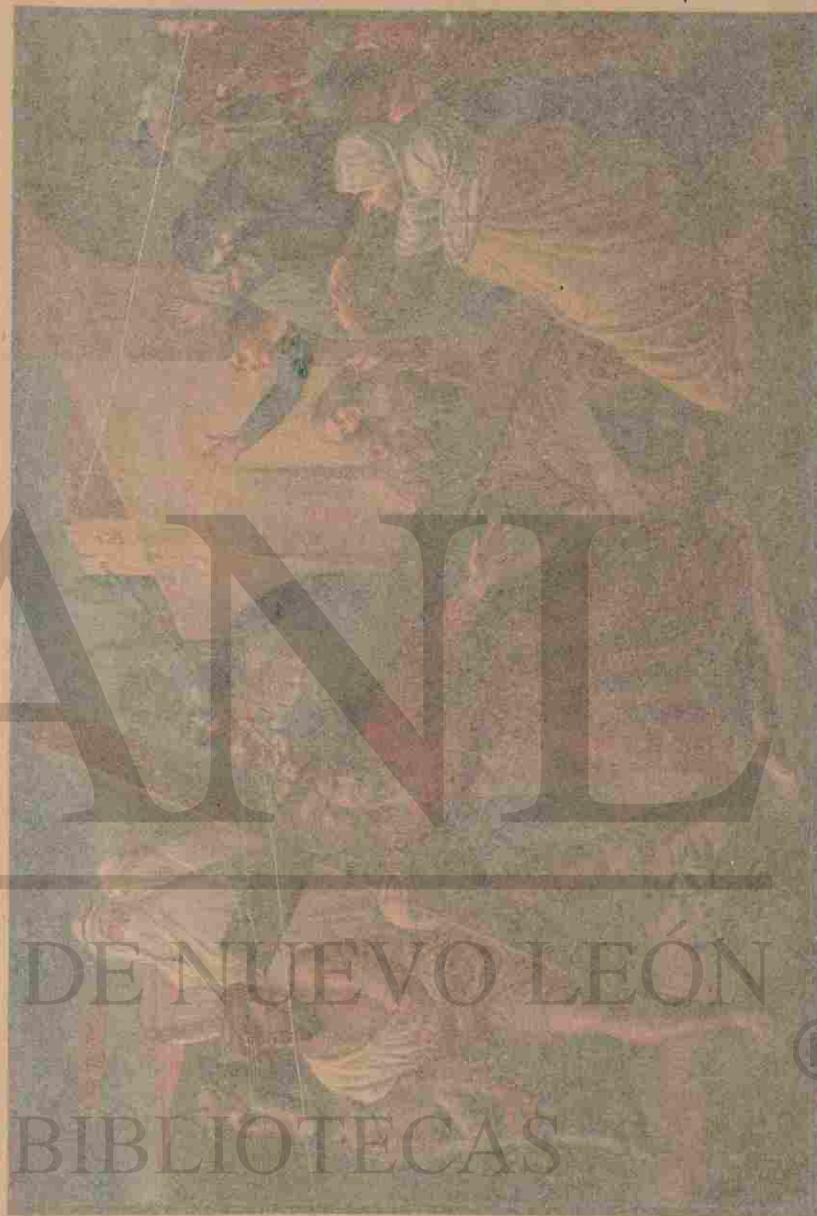
la Virgen en busca del Hijo dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase mas y mas á su amado Hijo y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor, para ver si pudiese ver al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle; por otra rehusaba ver tan lastimera figura. Finalmente llegada ya donde le pudiese ver, miranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo y le decía:—¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y Madre mía? Tu dolor acrecienta el mio y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, Madre mía, vuélvete á tu posada que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer templarse ha el dolor de ambos, y quedará yo para ser sacrificado por el mundo, pues á tí no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete pues, ó paloma mía, al Arca, hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus piés. Allí vacarás á la oracion y contemplacion acostumbrada, y allí levantada sobre tí misma pasarás como pudieres ese dolor.»

«Pues al corazón del Hijo respondería el de la Santa Madre y le diría:—¿Por qué me mandas eso, Hijo mio? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mio y Dios mio, que en presencia tuya todo me es lícito, y no hay otro oratorio sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar; á ninguna parte puedo ir sin tí, y de ninguna pido ni puede recibir consolacion. En tí está todo mi corazón y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuvistes mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres días por morada las tuyas?...»

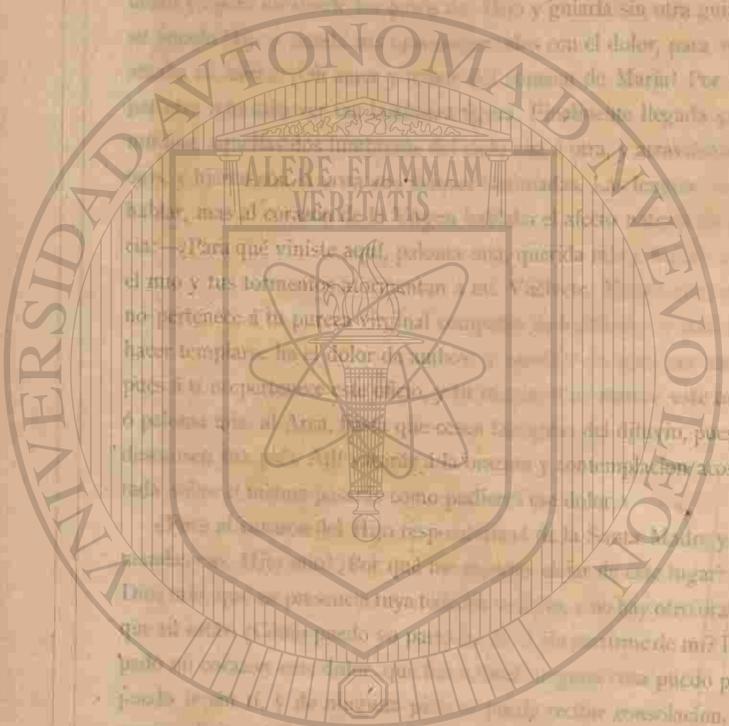
«Tales palabras en su corazón iría diciendo la Virgen, y de esta manera se andaba aquel trabajoso camino hasta llegar al lugar del sacrificio.»

María repuesta de su pasajero desmayo sigue las huellas de su Hijo, no le precede: de buena gana hubiera llevado la Cruz de Jesús y casi envidia al Cirineo Simón: pero los soldados la rechazan. *Es la madre del ajusticiado*: el odio al criminal refluye en la Madre del que va á ser víctima de la *justicia humana*. (Sarcasmo horrible, llamar *justicia* al asesinato jurídico)

Ya han llegado á la cumbre. Unos soldados abren los hoyos y fijan los largos maderos: otros desnudan brutalmente á los reos, y les hacen extender sus brazos sobre el travesaño para clavarlos en él. Una turba brutal y feroz contempla con avidez aquellos



la Virgen en brazos del Hijo... las fuerzas que el dolor le quitaba... que de tanto llorar se le caían las lágrimas... y el clamor de los pregones...



...Para que viniste aquí, pediste una querida... el alma y tus tormentos... no pertenece a tu pureza... hacer tiempo... el dolor de muchos... pues si te ocupas... o pediste que al Arca... pues aquí no hallarás... como padecer... y allí lo van... como padecer... y allí lo van... como padecer... y allí lo van...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

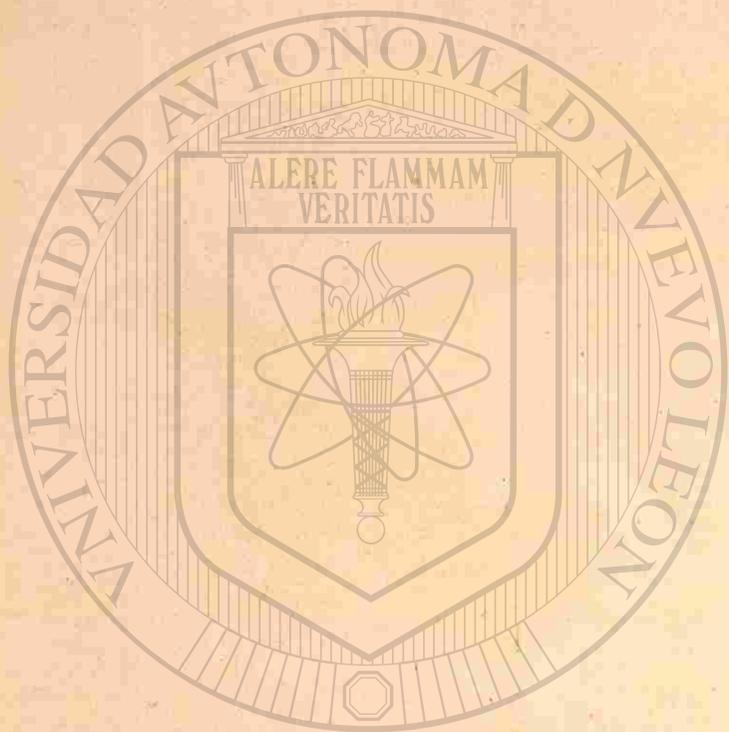
Ya han llegado los soldados... y han los largos made-  
ros otros de madera... sus brazos sobre el tra-  
versero para llevarlo... con avidez aquellos



M. Pignatelli, lit.

ENCUENTRO DE JESÚS Y MARÍA YENDO AL CALVARIO

Lin. Laballe, 1866. 0166. 01



cruels preparativos: testigos innecesarios de aquel acto horrible, holgazanes unos, vengativos otros, abren desmesuradamente sus ojos para verlo mejor, y no perder ningún detalle (1). Quisieran tener aun mas ojos para ver mas y mejor. Los que están detrás se alzan sobre las puntas de los piés y se apoyan sobre los hombros de los delanteros. El desden, el sarcasmo, la ira comprimida, el odio reconcentrado, el orgullo vengativo, la crueldad, la estupidez, la hipocresía se ven retratados sobre los rostros de los que forman el abominable corro, que entonces como ahora se agolpa brutalmente á presenciar las ejecuciones, para ver correr sangre de hombre con cierta especie de afanosa ferocidad é inexplicable deleite. María no vió estos horribles preparativos ni oyó las burlas sangrientas. El apóstol Juan que no la abandonaba, María la rica señora del castillo de Magdalo, la del corazon ferviente, María Cleofás, María Salomé, madre de Juan, antes orgullosa, ahora bien humilde, las piadosas mujeres de Nazareth, de Jerusalem y de otras partes, que plañian á Jesus en la subida al Calvario, se habian retirado á un lado, y se ponian cariñosas delante de María para que no viese, para que oyera menos (2). Jesus clavadas las manos en el travesaño es izado á lo alto del madero y sujetando á este sus piés son clavados como sus manos (3). Denuestos, silbidos, insultos, infame rechifla acoge su elevacion: —«Bájate si puedes... haz ahora milagros... ven, ven á destruir el templo... llama, llama á tu Padre para que venga á librarte.» Hoy acompañan á los reos de muerte la tristeza, la caridad, el respeto debido á la humanidad doliente, pero en la muerte de Jesus no hubo ese lúgubre aparato: la rabia de los que gritaban:—«¡caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» necesitaba saciar su saña cruenta y añadir á la muerte los desahogos de la mas baja venganza. Satisfechos estos instintos feroces abandonan el ajusticiado á su negra suerte: quizá tardará en morir, avanza la tarde y no es cosa de esperar allí. Despéjase el círculo: los curiosos y los vengativos van dejando el monte, y entonces la piadosa comitiva se acerca al madero ya santificado de la Cruz.

«Y estaban cerca de la Cruz de Jesus su Madre y la hermana (prima) de su Madre, María, mujer de Cleofás y María Magdalena. Y habiendo visto Jesus á su Madre, y al discípulo á quien amaba, que estaba tambien allí, dijo á su Madre:—Mujer, ve ahí á tu

(1) Que era mucha la canalla que seguía á Jesus lo expresa San Lucas, *sequeretur multa turba*.

Por lo que sucede ahora en la avidez con que el populacho asiste á las ejecuciones, como á las corridas de toros, y no solamente el populacho sino la aristocracia dengosa, tan estúpida como la canalla, se infiere lo que pasaria entonces. Los hombres tenían entonces las mismas pasiones y los mismos vicios que ahora.

(2) San Mateo dice (cap. XXVII, v. 55): *Erant autem ibi mulieres multae à longe, quae secuta erant Jesum à Galilea*.

Esta narracion pugna con la de San Juan que las pone al pié de la Cruz y no á lo lejos, *juxta Crucem*, si no se distinguiere los dos periodos de la crucifixion, durante la cual estuvieron alejadas, y de la última hora, en que habiéndose marchado la turba, pudieron la Virgen, San Juan, la Magdalena y demás acercarse á la Cruz.

(3) Sobre la crucifixion y sus formas discuten mucho los arqueólogos y algunos de ellos por supuesto, racionalistas, pretenden probar que la narracion del Evangelio no está conforme con las prácticas romanas. Estas eran tan variadas, segun los países, los tiempos y el capricho de los ejecutores, que los mismos criticos varian segun el texto que quieren hacer prevalecer. Niegan otros que en la crucifixion se usaran clavos. ¿Hemos de creerlos mejor que á San Juan, testigo de vista? Santo Tomás Apóstol dice:—No creeré en su resurreccion si no veo en sus manos los agujeros de los clavos (*in manibus ejus fixuram clavorum*.) (capitulo XX, versículo 25.)

hijo. Después dijo al discípulo:—Ve ahí á tu Madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya (1). Así refiere San Juan este lúgubre, tierno y último pasaje, como testigo presencial, como narrador de un asunto suyo personal.

Después de humedecer su boca reseca por la fiebre y la pérdida de mucha sangre (2), á las tres horas de estar crucificado, y á lo que ya declinaba hácia su ocaso el sol eclipsado extrañamente, Jesús pronuncia sus últimas palabras ¡Se acabó! (*Consummatum est*): entonces inclinando su cabeza sobre el pecho lanza un hondo suspiro y entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre. El género humano queda salvado: la promesa consoladora de Dios al primer hombre queda cumplida. María inocente paga la curiosidad indiscreta de la mujer primera ¡y cuán cara!

Mil y mil plumas elocuentes han descrito con patéticas frases, con los mas vivos colores, las angustias de María en el doloroso y horrible trance de la muerte de Jesús, pasaje mas á propósito para sentido que para ser descrito. ¡Tanto y tanto es lo que sobre él á la imaginación se agolpa! Hace mas de mil ochocientos años que las almas puras meditan sobre él y lo contemplan y nunca dejan tan piadosa tarea de la que sacan nuevas y vivas observaciones, que las enfervorizan mas y mas en el amor divino. Á la manera que el pintor pagano cubrió con un velo el rostro del padre que asistía al sacrificio de su hija, no atreviéndose á expresar en su fisonomía el dolor paternal, vale mas renunciar á las palabras que se agolpan á la imaginación sobre este asunto y llamar á las almas á meditar mas bien que á leer, á estudiar las ideas propias mejor que á repasar las ajenas. Pero hay dos frases de dos Santos Padres, que se repiten generalmente por todos los escritores y que no pueden ni deben por tanto quedar omitidas.

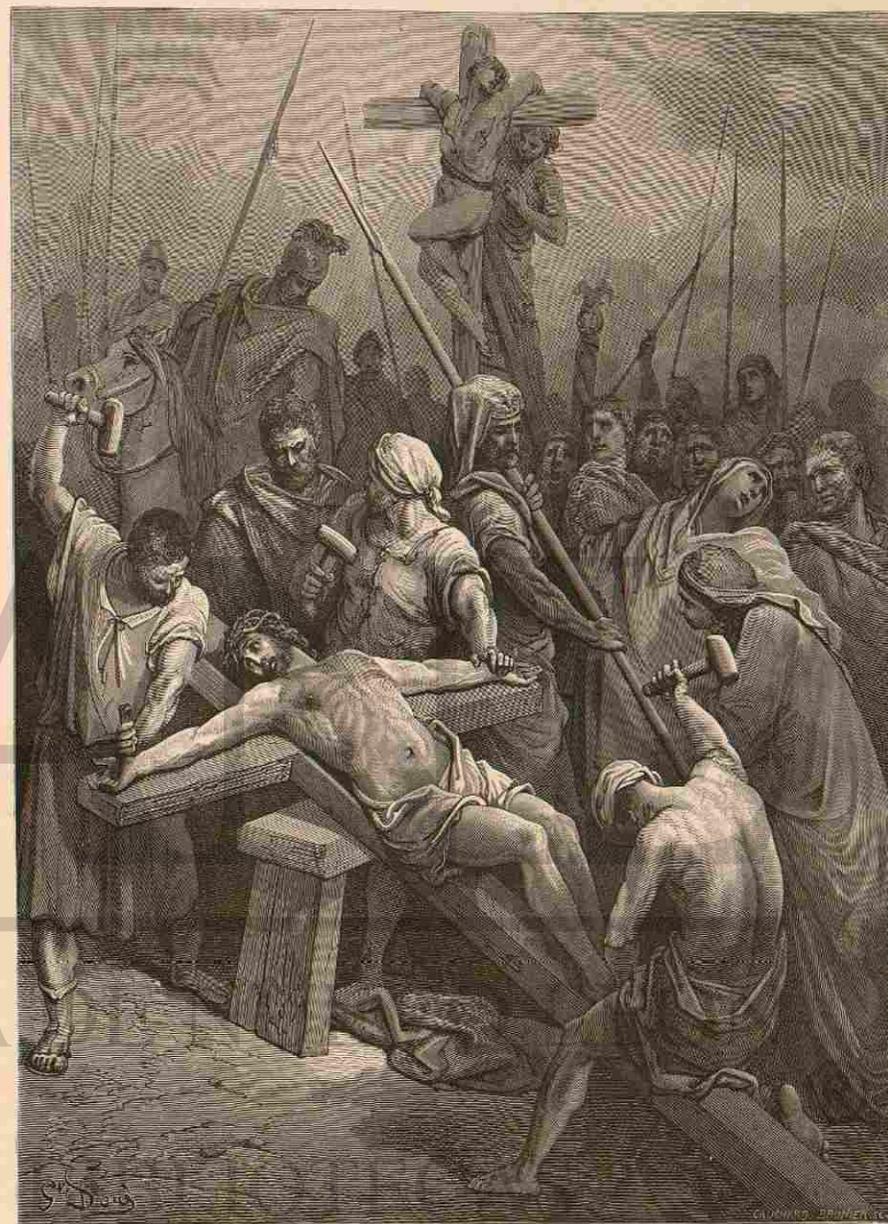
San Basilio dice:—La Virgen María excedió en sufrimiento á todos los Mártires cuanto excede el sol á los demás astros. San Anselmo añade:—Todas las crueldades que se hicieron con los cuerpos de los Mártires son cosa liviana y casi nada en comparación de lo que pasasteis Vos en la pasión de Jesús, ¡oh Virgen María! (3) Y la razón es obvia: en proporción que una persona es inocente, pura y discreta, sus sentimientos son tambien mas finos y mas puros, y penetran por tanto mas en el alma, cuanto esta es mas pura y el sentimiento mas fino, á la manera que el cuchillo agudo penetra mas que el embotado. Los sentimientos y afecciones carnales y mundanas embotan el espíritu; la pureza, la discreción y la inocencia los afinan. ¿Cuáles debían ser por tanto los de aquella Virgen purísima y sin mancilla, ni venial ni original, inocente hasta ser impecable, discre-

(1) San Juan, cap. XIX, v. 25.

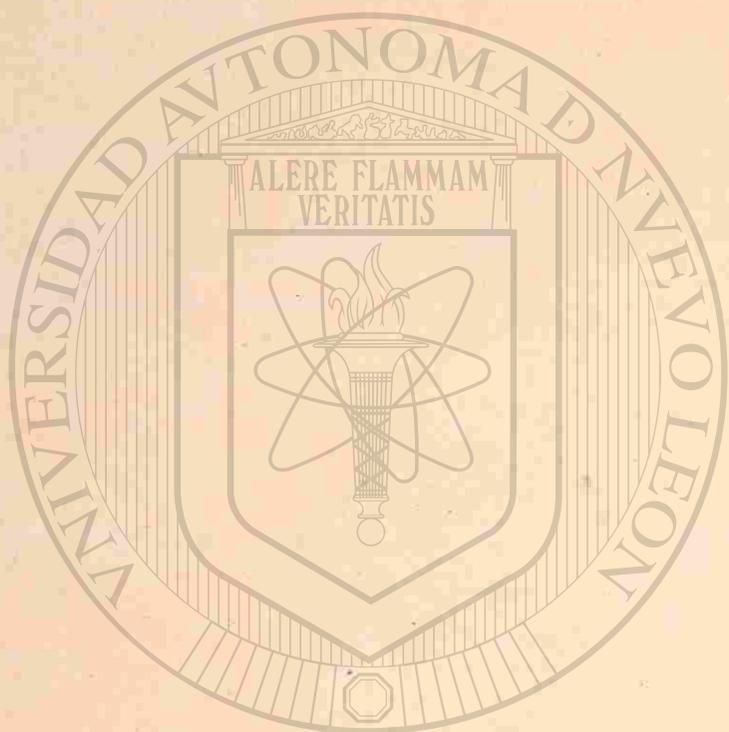
(2) San Vicente Ferrer pone en boca de la Virgen una frase tiernísima al oír á su Hijo decir que tiene sed (*ahia*): ¡Hijo mio, no tengo agua sino de lágrimas! *Fili, non habeo nisi aquam lacrymarum*. Lo cita San Ligorio, ap. Baldi, pág. 456.

(3) *Virgo unicusces Martyres tantum excedit, quantum sol ad reliqua astra*. (San Basilio.)  
*Quidquid crudelitatis infligitur est corporibus Martyrum leve fuit aut potius nihil comparatione tua passionis*, San Anselmo, *De exal. Virg.* cap. V.

Cita Orsini ambos textos. San Ligorio aduce, además de estos, una multitud de otros varios en el discurso IX acerca de los Dolores de María, el cual lleva por epigrafe:—«María fué la Reina de los Mártires.»



LA CRUCIFIXION



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta y sabia sobre todos los Doctores? Y perdía un Hijo que era Dios á la vez, y moría asesinado jurídicamente, blasfemado, escarnecido, y el martirio de Él era el de la Madre, y al gritar el moribundo con voz vibrante (1) ¡Se acabó! (*Consummatum est*) pudo tambien decir ella con lánguido suspiro:—Sí, ¡ya se acabó! ¡tambien para Mí se acabó todo!

La Iglesia tiene una poesia tan tierna como patética para pintar este dolor: su ritmo es sencillo y lánguido, y la música casi monótona con que lo acompaña, parece el arrullo de la nodriza que trata de adormecer al niño enfermo. Y con todo, esta música es la misma de la del terrible ¡*Dies iræ!* Pero ¡qué efecto tan distinto! Cuando el cantor dice con voz hueca y vibrante

*Tuba mirum spargit sonum  
per sepulchra regionum...*

el corazón se oprime; parece que se oye la terrible trompeta, que amedrentaba la poética imaginación de San Jerónimo. Pero cuando el coro con voz doliente y plañidera entona

*Stabat Mater dolorosa  
Fuxta Crucem lacrymosa*

un sentimiento de ternura vaga é indefinible hace que marche uno hácia el Calvario, y venga allí y se coloque detrás del piadoso grupo, como quien llega tarde, y despues de mirar á Jesus ya difunto, dirija en silencio sus miradas hacia aquella Madre allí desfallecida, casi moribunda, víctima de su dolor sombrío. ¿Quién puede entonces contener sus lágrimas al ver á la Madre del Salvador en tanto suplicio? Al ver que tuvo que presenciar la muerte de su Hijo dulcísimo, y su desolación al escuchar su último suspiro

*Alli vió á su dulce Hijo  
Desolado y moribundo  
Cuando su alma rindió (2).*

Pero el espíritu del catolicismo y de la Iglesia es altamente práctico: no quiere vanas teorías, que nada sirven y á nada se aplican. La Fe, mucha Fe, pero con obras y buenas obras, que *obras son amores*. ¿De qué sirven lágrimas gruesas, hondos suspiros que pasan al punto y nada dejan, ni enmienda, ni dolor, ni arrepentimiento, ni humildad, ni reforma? Semejantes son á esas tempestades de verano, en que de pronto asoma una nube ligera, caen unos gruesos gotarrones, que absorbe la tierra al minuto, pasa la nube y luego sobreviene un calor aun mas pesado y sofocante. Por eso en esta secuencia, en vez de continuar entonando lúgubres endechas y frases de dolor, hace que nos volvamos á la Reina de los Mártires diciéndola cariñosamente:—¡Ea, Madre Santa del amor santo y del amor mas puro, del cual sois manantial abundante, dadme que lllore con Vos compartiendo

(1) *Et clamans voce magna Jesus ait...* (San Juan, cap. XXIII, v. 46.)

(2) *Vidi suum dulcem Natum...*

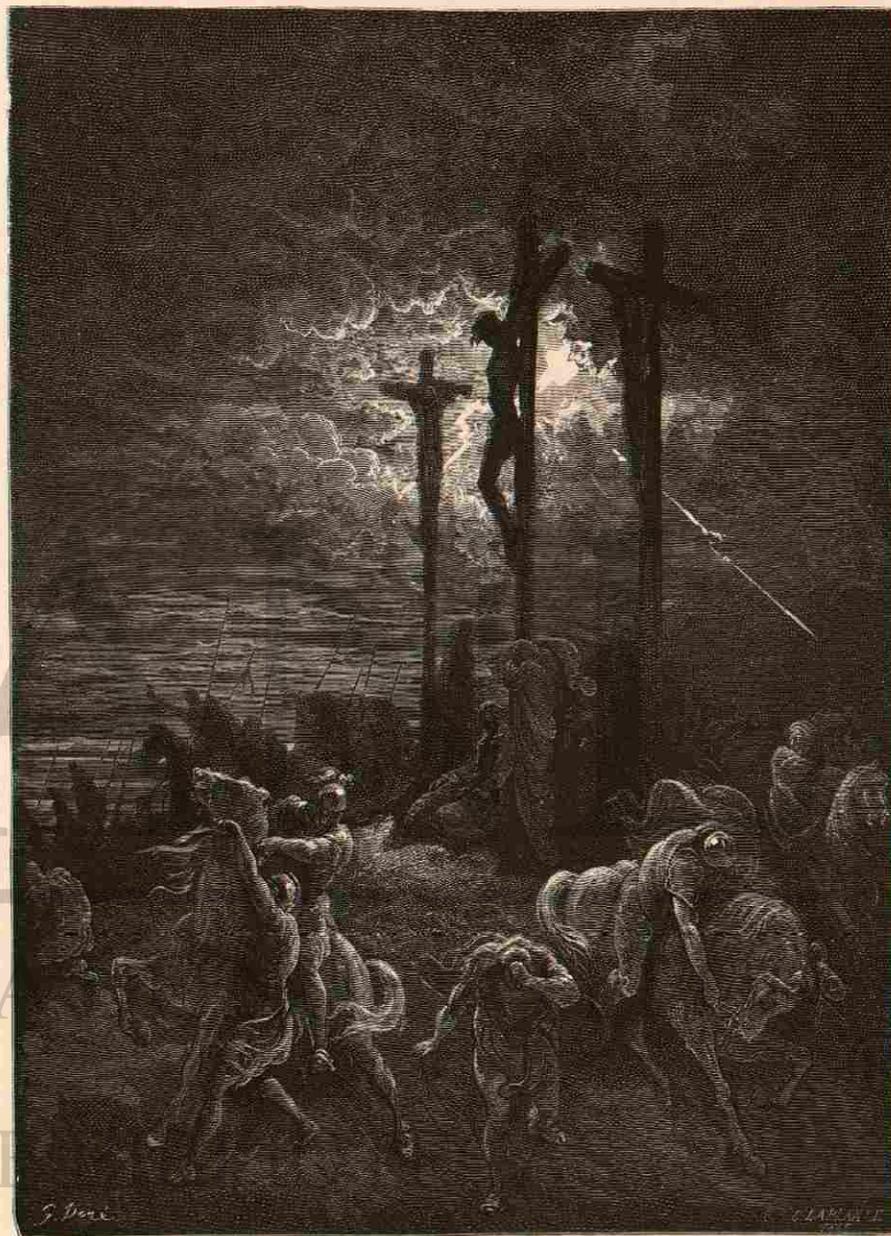
vuestro dolor en toda su fuerza é intensidad; pero haced al mismo tiempo que arda mi corazón en el amor santo de Jesus vuestro Hijo, para complacerle aquí, utilizando los méritos de su Pasión santa y dolorosa muerte, agradándole, complaciéndole siempre y para siempre! Y en pos de esto lanza en nueve estrofas otros nueve conceptos análogos, y concluye con un gemido de dolor volviendo la vista al último y amargo trance por que todos hemos de pasar.—Señor, Vos muristeis y yo también tengo que morir: quiero acostumbrarme ahora á ese triste momento para sentirlo menos y en vuestra muerte contemplar la mía. Sea esta en expiación de mis culpas, que tan caras os costaron. No sean vuestras penas estériles para mí, antes bien llevadme desde el lecho del dolor al paraíso de la gloria, como llevasteis al ladrón que padecía junto á Vos, el cual arrepentido de sus crímenes no blasfemó de vuestro santo nombre.

Quando mi cuerpo muere  
Haz que el alma gloriosa  
Al paraíso gozosa  
Pueda el vuelo remontar (1).

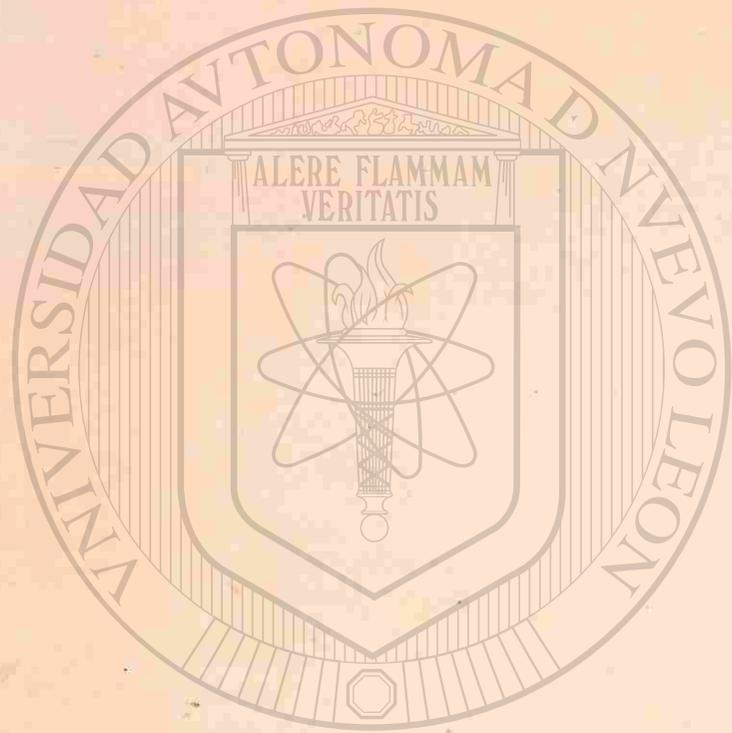
Faltaba á María otro dolor, de esos dolores que llevan consigo algun consuelo, pero en los cuales se duda si mitigan el dolor ó lo exacerban. La madre que ve morir á su hijo querido de una de esas enfermedades en que falta la respiración, oprimida la garganta, como si la mano de la muerte inexorable fuera agarrotando lentamente al niño que se ahoga, que se agita y lanza apenas un silbido angustioso y de agonía, llega á desear la muerte de su hijo, una vez perdida la esperanza. María había podido abrigar alguna de que su Hijo no muriese. Los de Nazareth habían querido asesinarle, y le habían llevado á la cúspide del monte, pero él había pasado por medio de ellos, y el asesinato no se consumó. Otra vez en Jerusalem quisieron apedrearle por blasfemo. Quizá fuese ahora lo mismo, y aunque preso, y azotado, y escarnecido pudiera ser que no estuviese decretado que llegase á sufrir la última ignominia humana, la muerte y muerte en afrentoso patíbulo. Mas esa esperanza se había desvanecido, y al ver los horribles sufrimientos de que era víctima, si no llegó á desear la muerte de su Hijo, porque no podía desearla, por lo menos padeció menos al ver que había espirado. Ya Jesus no sufría: ella sufría por los dos. ¡Triste consuelo!

Los dos bandidos respiraban aun. Lo mas horrible en el suplicio de cruz era el largo tiempo que duraba, pues á veces tardaban los reos en morir dos y tres dias: las aves de rapiña, cerniéndose en pesados giros sobre las cabezas de los reos moribundos, olfateaban su presa, lanzaban chillidos de impaciencia, y redoblando su osadía en proporción de la forzada inercia se arrojaban sobre ellos, picaban sus ojos y se cebaban en sus carnes todavía vivas y palpitantes. Por misericordia se tenia el acelerar su muerte, y así lo hicieron

(1) Quando corpus moritur....



TINIEBLAS QUE SUCEDIERON A LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los sayones con los dos bandidos. Al ver muerto á Jesus no destrozaron su cuerpo. La lanza de un pretoriano abrió el costado de aquel, para asegurarse de su muerte. El corazón de la Madre sufrió á la vez el golpe y el ultraje, ya que el cadáver de su Hijo no sentía ningun dolor (1).

El cadáver se bamboleó en la cruz: en aquel momento se oscureció aun mas el sol asaltado por extraordinario y repentino eclipse, las aves volaron para ocultarse, la tierra se estremeció con extrañas convulsiones, los montes se desgajaron, y algunas montañas se hendieron cual si penetrara en su seno un cuchillo (2). Los curiosos insolentes que aun no se habian retirado del Calvario sintieron pavor, se estremecieron con tardío arrepentimiento, y bajaron del monte convirtiéndose en susto la saña con que lo habian subido. Todos reconocian la divinidad del que acababa de morir, dejándose matar, menos los escribas y fariseos, sus asesinos, representantes de los políticos y los sofistas. El orgullo político y la pedantería científica son difíciles de curar: rara vez reconocen su error. Los fugitivos tropezaron en el camino con un caballero que subia presuroso seguido de unos esclavos cargados de mixturas y aromas para embalsamar. Era Nicodemo, el discípulo oculto. Este en union de otro caballero de Arimatea, llamado Josef, que traia licencia de Pilatos para tomar el cadáver y sepultarlo, descolgó el cuerpo de Jesus á vista de María, la cual lo recibió en sus brazos y lo estrechó contra su seno.

«Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos; ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Abrazase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente contra su pecho, mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.—¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria y paristeis con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados?....

»Hijo, antes de ahora descanso mio, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste para que los judíos te crucificaran? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tan buenas obras? ¿Este es el premio que se da á la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina?....

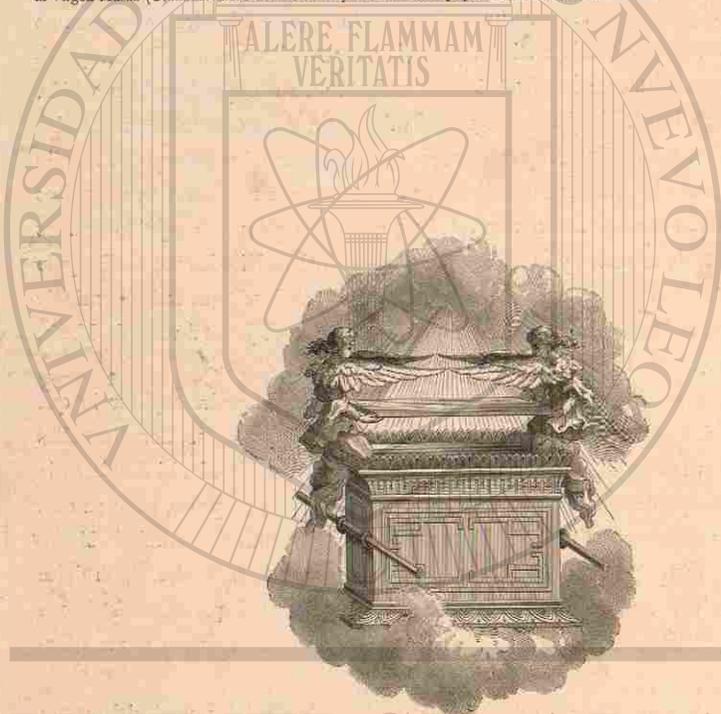
»Oh dulcísimo Hijo, ¿qué haré sin tí? ¡Tú eras mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro y toda mi compañía! Ahora quedo como huérfana sin Padre, viuda sin Esposo,

(1) *Dixit Christus cum Matre sua huius vulneris poenam, ut ipse injuriam acciperet, Mater dolorem.* Lanspergio citado por San Ligorio en el 5.º dolor de María, pág. 439 de la traducción española.

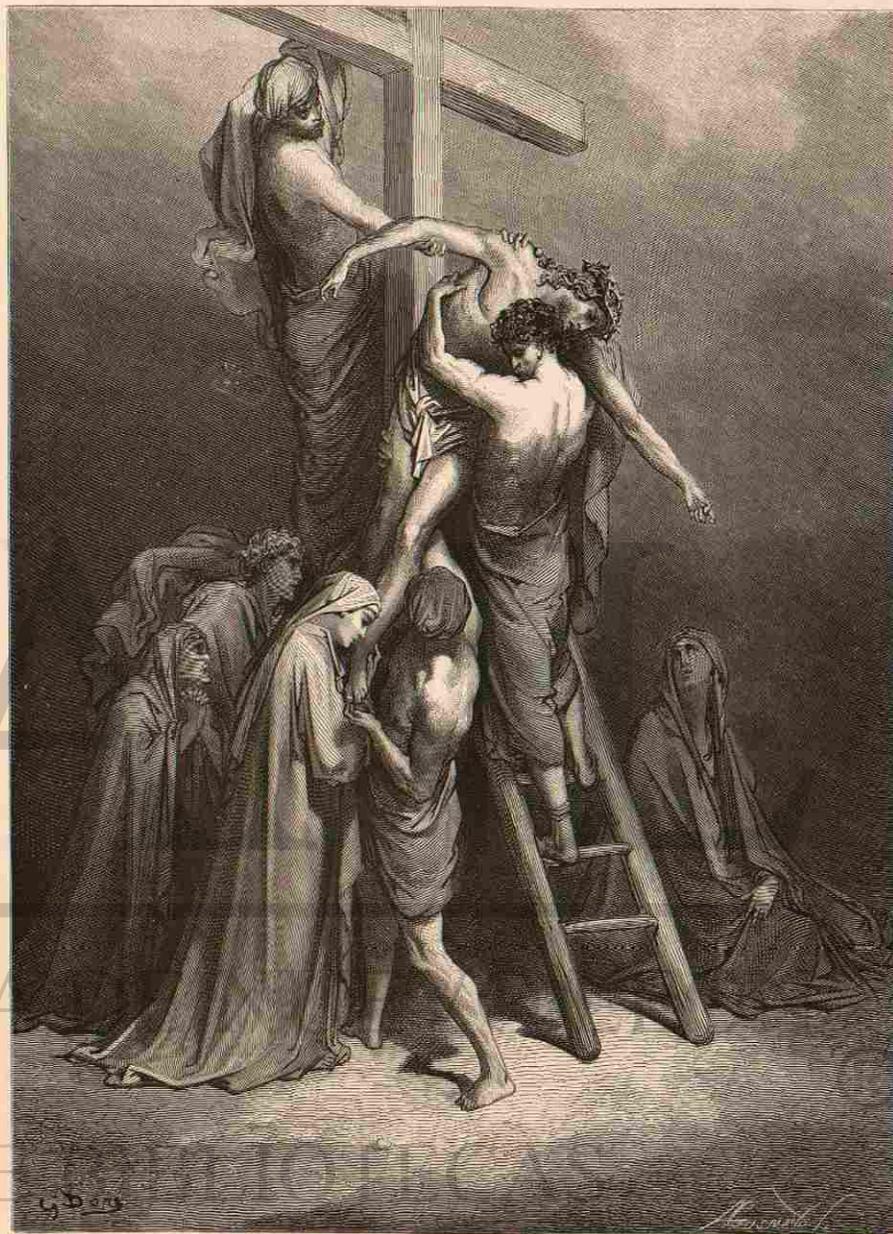
(2) La tradición supone que entonces fué cuando se disgregaron los conos de la montaña de Montserrat. En Gaeta y en otras partes donde se presentan asimismo disgregaciones extraordinarias en algunas montañas, se cree que sean de aquel momento, como asimismo la profunda hendidura que se nota todavia en el Santo Sepulcro, cerca del sitio donde estuvo la Cruz.

y sola sin tal Maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicaciones del Evangelio. Ya no limpiaré mas el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré mas asentado á mi mesa, comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad (1).....»

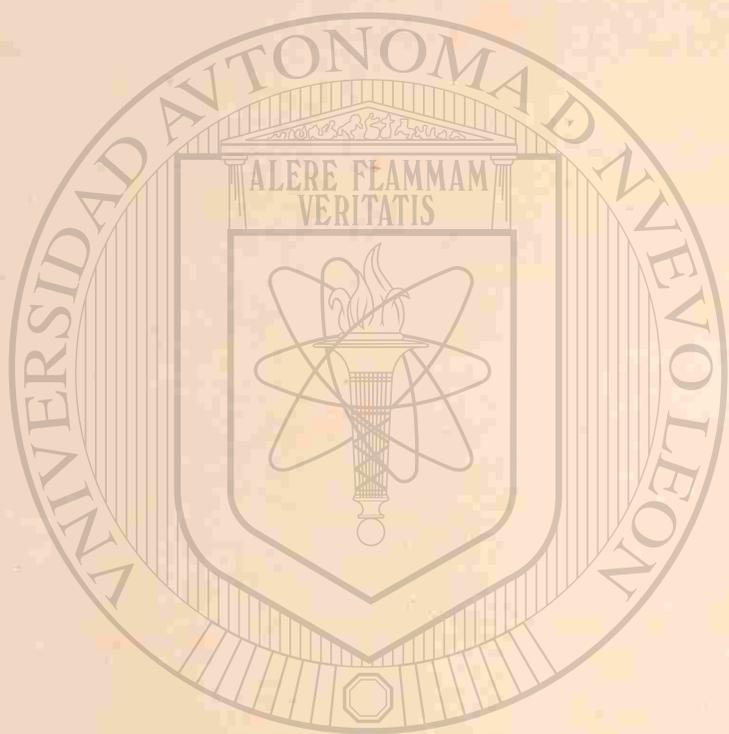
(1) Renunciamos á copiar los restantes hermosos párrafos que nuestro elocuente quanto venerable clásico pone en boca de la Virgen María. (Granada: Libro de la oración y meditación: cap. para el sábado por la mañana.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XXVII

REGRESO DEL CALVARIO: SOLEDAD DE MARÍA.

*Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended  
y mirad si hay dolor como mi dolor.*

**D**e Jeremías son estas palabras con que personifica á Jerusalen arruinada (1), pero la Iglesia las aplica oportunísimamente á la Virgen María, y á su dolor en el Calvario al desprenderse del cadáver de su Hijo, que lleva á enterrar la piadosa comitiva á un sepulcro nuevo abierto en la roca y en un huerto inmediato.

María se deja arrancar de las inmediaciones del sepulcro y baja del Calvario. Entonces parece que es el momento en que su pecho dolorido expresa mas bien con su continente que no con palabras, que apenas podria articular, esas doloridas frases:—«¡Oh vosotros, los que pasáis por este camino y calle de la Amargura, reparad y mirad si hay un dolor que pueda equipararse con el mio!» Y estas palabras doloridas pasan de generacion en generacion, de gente en gente á todos los hombres afligidos, á todas las madres desesperadas por la pérdida de sus hijos, pues ¿qué madre tuvo un hijo mas bello, mas santo, mas digno de ser querido que María? Y ¿qué madre vió morir á su hijo, mas desastrosa, mas inicua, mas inhumanamente? Creo que el mayor dolor que puede haber en el mundo es el de una madre que ve morir de hambre á su hijo único: pero entre este suplicio de la naturaleza, y el otro de ver morir á su hijo único en un patíbulo por una traicion infame y una injusticia horrible, el del hambre es mucho menos. María, pues, al bajar del Calvario dice á todas las madres cristianas, que lloran justamente la pérdida de sus hijos queridos:—¡Vosotras, pobrecitas, que bajáis conmigo de vuestro Calvario dejando enterrados á vuestros hijos, comparaos conmigo y ved si vuestro dolor justo, natural y desmedido, puede igualar al dolor mio!

Pero María no habla: su dolor se reconcentra en su pecho como en un vaso cerrado:

(1) Trenos.—Cap. I, v. 12.  
Tomo I

el dolor grande es sombrío y taciturno: dichoso el que logra que su pesar se evapore en gemidos. Con pasos vacilantes sigue á la comitiva, que respeta ese dolor inmenso. ¿Acaso sabe ella lo que le pasa? ¿Acaso sabe por dónde va ni adónde va? Ya no tiene ni aun el triste placer ni el consuelo [palabras horribles en este caso! de abrazar el cadáver de su Hijo, besar su rostro lívido, limpiar con esmero y con cariño la sangre coagulada en su cara, meter su rostro entre las espigas de su burlesca corona y herirse con ellas, complaciéndose en que maltraten su rostro los abrojos que maltrataron el de su Hijo. Ni aun le es dado estacionarse cerca del cuerpo de su Hijo y guardar su sepulcro como la desdichada Resfa los cadáveres de sus hijos. Consigo lleva el paño blanco con que limpió el rostro ensangrentado de Jesús: lleva también la corona de espigas y los clavos, trofeos de aquella derrota, que es la mayor victoria de Dios, siquiera sea dolorosa para quien recoge esas reliquias.

María no podía menos de conservar esos tristes recuerdos, y así se explica el que se hayan salvado y llegado hasta nosotros, santificados con el contacto del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dignos por tanto del culto de latría que les da la Iglesia. No se concibe que San Juan, la Magdalena, la misma Virgen en el abismo de su dolor, dejasen de recoger aquellos objetos funestos, pero ya adorables, que algún día habían de colocar los Césares sobre sus coronas imperiales. ¡Quién no ha visto el esmero con que las familias honradas recogen y conservan los objetos que pertenecieron á sus difuntos queridos, por lúgubres y dolorosos que sean los recuerdos que evocan! Una madre que ha perdido á su hijo honrado, gallardo y valeroso, víctima de una bala homicida, recoge el mortífero plomo y lo conserva con esmero de paso que lo maldice. Pero María en su resignación admirable y sobrehumana no sabía más que bendecir, ni podía maldecir aquellos objetos cruentos, dignos ya de veneración profunda.

Bajado el Calvario, la comitiva fúnebre entra silenciosa por la puerta Judiciaria y atraviesa la calle de *la Amargura*, sombría entonces con la escasa luz del crepúsculo, que ha reemplazado al eclipse sobrenatural y milagroso. Cruza las calles menos transitadas para llegar al cenáculo. Jerusalén presenta en aquellos momentos un aspecto extrañamente sombrío en medio de la solemnidad de la Pascua. Á la embriaguez, al paroxismo de la rabia y la venganza han sucedido el susto, el pavor y los remordimientos. ¡Triste es aquella Pascua! La venganza satisfecha engendra el recelo, y la alegría esperada no aparece. Corren noticias pavorosas y siniestras entre los grupos de holgazanes y curiosos, amigos de propalar novedades. El velo del templo se ha rasgado; varios profetas han salido de los sepulcros durante el terremoto, y sus cuerpos macilentos, no como espectros sino como realidades palpables, se han aparecido á varios israelitas piadosos, revelándoles misterios terribles, castigos providenciales, la ruina de Jerusalén, la dispersión, el degüello, la esclavitud social, la terminación del culto, y todo en castigo del asesinato del Justo, del Santo, muerto á su vista en aquella tarde, por quien el sol ha vestido luto, al paso que más allá



ENTERRAMIENTO DE JESUS

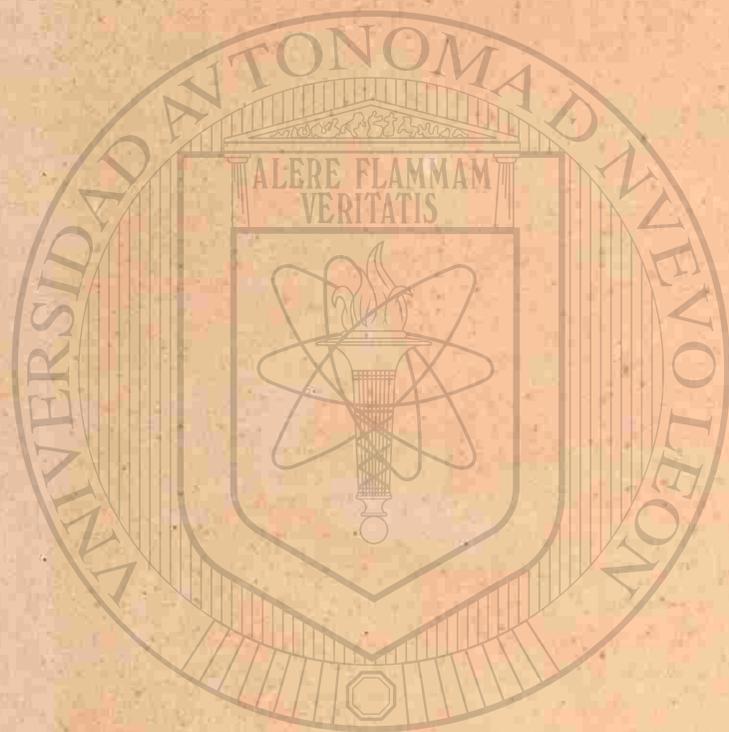
de las regiones solares y en el cielo que no se ve, detrás de lo que llamamos *cielos*, se han hecho grandes regocijos, entrando el Justo en las mansiones de la gloria, rodeado de las almas de los patriarcas y de los santos y hombres de bien, que esperaban su venida desde los tiempos de Abraham. Y estos justos y profetas aparecidos á varios israelitas fieles, cuyas manos, acostumbradas al bien y al trabajo, no se hallan manchadas con la Sangre del Nazareno, rebotaban en júbilo por lo que tocaba á ellos, al paso que su indignacion estallaba en imprecaciones y amenazas por el crimen nefando, por el sacrilego asesinato cometido en aquel día.

Pero estas noticias que corren por Jerusalem, que llegan á oídos de los sacerdotes envidiosos, y del mismo pretor romano, poco caviloso por un asesinato jurídico de mas ó de menos, no llegan á los oídos de la Madre Santa, que acaba de perder á su hijo, y que en su dolor profundo solo busca el retiro, en su modesto aposento la soledad, la oscuridad, y dentro de esta soledad sombría se reconcentra en la soledad de su corazón, soledad aun mas lóbrega y vacía. Los consuelos la desconsuelan: agradece los conatos de mitigar su dolor, pero no los acepta. Aunque los aceptara ¿de qué le servirían?

¡Oh cuánto diera Ella por estar ahora sola enteramente en su pequeña casita de Nazareth, cerrada la puerta, junto al pobre hogar, donde ya ni aun la ceniza tiene calor ni la lámpara luz! Allí recordaría en medio de la oscuridad los favores del cielo, la aparición del Ángel, la vida laboriosa y resignada compartida con el Hijo y el Esposo, los coloquios con los espíritus celestiales, el júbilo santo al ver á Jesus volver del desierto y de sus excursiones evangélicas, mudar sus ropas y renovar su calzado, y escuchar de labios de los discípulos la narración sencilla y entusiasta de sus portentos y milagros. Todo se acabó menos el dolor. Acabó el tormento del Hijo, pero no el de la Madre; y hablando con el que era Dios y Hombre, y lo es aunque muerto su cuerpo, le decía, no con la lengua, sino con el lenguaje del corazón y del alma:—«¡Oh Rey mio! ¡haced ya por bien que sea este el postrero de mis martirios si de ello sois servido, y si no hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad!... Ya se acabaron sus martirios, y el mio viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó, y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura. ¡Oh dichosa sepultura que has sucedido en mi oficio, y la corona que á mí me quitan á tí la dan, pues encerrarás dentro de tí al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían si allí se viesan, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y ánima que yo puedo yo los sepultaré, mas vos también, Señor mio, el cuerpo que yo no puedo sin Vos. ¡Oh muerte! ¿por qué eres tan cruel que me apartas de Aquel en cuya vida estaba la mia? Mas cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras á entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y mas cruel en perdonar á la Madre (1).»

El sol brilla de nuevo sobre Jerusalem: en el corazón de María sigue la noche y sigue

(1) Fray Luis de Granada ya citado.



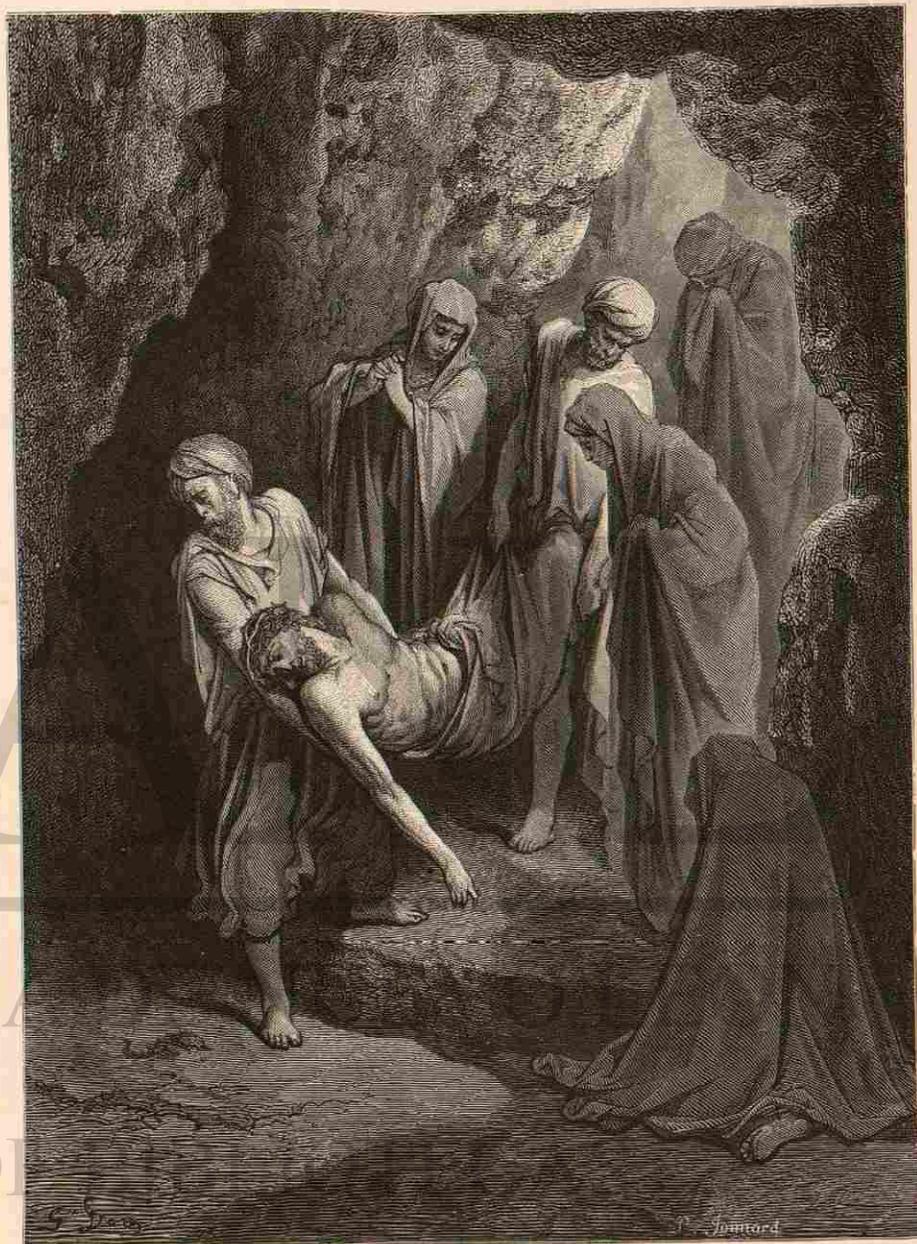
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su aposento. Las trompetas del templo anuncian la solemnidad del sábado. Las preces de María y sus dolorosos suspiros ya no van allá. Esa religión acabó con el Deicidio. Si antes era mortal, ahora ya es muerta y en breve será mortífera. El templo de María está en el Calvario: allí van sus preces desde el rincón de su pobre aposento, allá sus afectos, allá los suspiros. Corred, corred al templo de Salomón, restaurado por Zorobabel, ampliado y decorado por Herodes el Grande, corred á postraros ante Dios los que ayer asesinasteis al Hombre-Dios; sacrificad animales y haced correr la sangre de los toros los que ayer hicisteis correr la sangre del Justo. Los soldados romanos están afilando sus espadas para hacer correr la vuestra en ese mismo recinto, y despues de degollaros al pié de ese altar, caerán sobre vosotros los muros del templo y quedareis sepultados y calcinados bajo sus escombros ardientes.

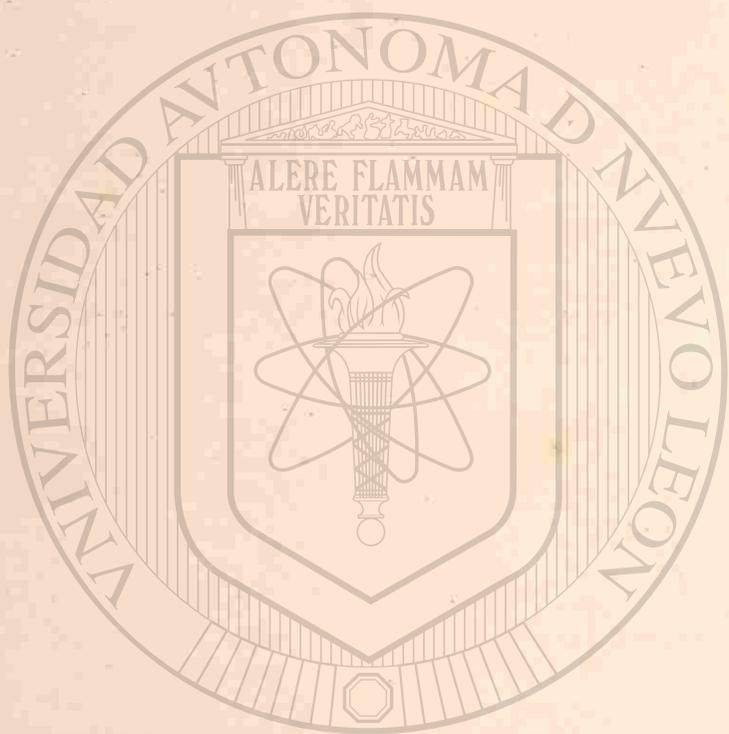
Y un día frente á ese templo, barrido de la superficie de la tierra al soplo de la indignación divina, que disipará sus cenizas mezcladas con las del polvo de vuestros cuerpos, en ese monte frontero, se alzará otro templo, á donde vendrán á postrarse de todos los confines de la tierra los discípulos de ese galileo que habeis crucificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores, que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro (1).

Decidle al Pretor romano que ese Nazareno que habeis muerto hoy entre él y vosotros, es posible que resucite, ó que digan sus discípulos que ha resucitado. Poned allí guardia, no de soldados romanos, que no se prestan para ese servicio, sino de la cohorte de esbirros que os sirve para vuestras maldades. Vuestra conciencia os dice que va á resucitar en breve, y durante el reposo del sábado no reposará vuestra conciencia ni cesarán vuestros remordimientos.

(1) *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* (Isaías, cap. XL, vers. 16.)



CRISTO COLOCADO EN LA TUMBA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XXVIII

DE LA RESURRECCION Á LA ASCENSION DE JESUS AL CIELO

**S**i los escribas y fariseos no desconocían que Jesús había predicho su asesinato y su resurrección (1), tampoco la ignoraban los Apóstoles y sus discípulos (2): tampoco podía olvidar la Virgen tan buena noticia, tan halagüeña esperanza. Entonces, ¿de qué se afligía? entonces, ¿á qué plañir tanto su triste soledad y su agonía y sus ansiedades? Y ello no tiene duda de que su dolor fué grande: lo dice la Iglesia, lo expresan las revelaciones de almas santas á quienes lo narró ella misma, lo aseguran todos los escritores místicos y piadosos, y lo preconizan los oradores sagrados.

Con la misma razón podríamos preguntar, ¿por qué se apuró tanto Jesús en el huerto al principiar su pasión dolorosa? y ello es que llegó hasta el punto de pedir á su Eterno Padre que pasara de Él aquel cáliz, y hasta el extremo de sudar sangre, padecer un deliquio en angustiosa agonía y necesitar el ser confortado por un Ángel. Además la pasión había de durar solamente diez y seis horas, y luego en pos de la muerte la victoria, la bajada triunfal para aterrar los antros del Averno, las aclamaciones de los redimidos, la llegada al cielo con toda la santa falange de los Patriarcas, profetas, santos y justos, desde Adán á San José inclusive. Aquel triunfo que había visto David en éxtasis y pintado con patéticos colores. Jesús Dios y Hombre subiendo del Averno y llegando á los muros diamantinos de la Jerusalén celeste, cuyas puertas de zafiro están todavía cerradas, y donde los Ángeles con flamíferas espadas miran desde las almenas.

¿Qué César romano subió al Capitolio por la Via Sacra con tan poderoso ejército ni tan brillante y esplendorosa comitiva! Allí van muchos Reyes, David, Josafat, Ezequías; allí van Sumos Sacerdotes con un efod mas brillante que el Racional antiguo; allí Moisés, Aaron, Samuel, Zorobabel, los grandes caudillos de los ejércitos del Señor, Josué, Jona-

(1) Los judíos le dicen á Pilatos: *Domine, recordati sumus quod seductor ille dixit adhuc vivens post tres dies resurgam.* (San Mateo, cap. XXVII, v. 63.)

(2) A los apóstoles dice de un modo terminante la traición que le amenazaba, su pasión con todas las circunstancias de irrisión, flagelación y muerte, y por fin su resurrección al tercero día. — *Eccē ascendimus Jerosolyman et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis, et condemnabunt eum morte... et tertia die resurget.* (Id., cap. XX, vers. 18 y 19.)

tás, los Macabeos, y todos ya radiantes de júbilo y de gloria, que á vista de las puertas cerradas gritan á los Ángeles:—«¡Levantad esos rastrillos, Príncipes del cielo, bajad los puentes, que viene aquí el Rey de la Gloria, triunfante del infierno y de todos vuestros enemigos (1).»

¿Ignoraba Jesús este triunfo al angustiarse hasta el punto de que brotara la sangre por los poros de su cuerpo? Ni lo ignoraba ni lo podía olvidar, y ello es que lo padeció y lo sufrió. Y si tal y tanto pasó el Hijo antes de morir, ¿qué extraño es que pasara tal y tanto la Madre despues de muerto este, á pesar de no ignorar la profecía de la Resurrección y no poder olvidarla?

Dios dispone de la memoria de los hombres como de su voluntad sin perjudicar al albedrío. Si la memoria de la muerte estuviera siempre presente al hombre con la viveza con que algunas veces se presenta, ¿quién tendría gusto para nada de la tierra? Mas Dios permite para la propagación del género humano y satisfacción de las necesidades de él, que la memoria de las postrimerías quede por lo comun como embotada y entumecida, pero encargando se medite con frecuencia sobre ellas para despertador saludable del alma y de la conciencia.

El olvido de las palabras de Jesús por parte de los Apóstoles, su incredulidad, su abatimiento en este punto son tan chocantes que apenas se comprenden. No una sino varias veces les había dicho que había de resucitar al tercero día, y con todo ni lo creían ni lo esperaban, y, despues de anunciar la resurrección del Señor, las mujeres todavía no la creen, sino que por el contrario en vez de alegrarse y recordar con júbilo el cumplimiento de lo prometido se echan á temblar. Hay hasta ridiculez en la grosería de los Apóstoles en aquellos momentos, y esta nos demuestra cuán incapaces eran en lo humano, y sin la asistencia especial divina, de hacer lo que despues hicieron.—«Nosotros esperábamos que había de redimir á Israel. Y despues de todo esto estamos hoy en el tercer día despues de su muerte. Y es lo bueno que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han asustado, pues habiendo ido al sepulcro antes de amanecer, y no habiendo hallado su cuerpo, han venido diciendo que han visto unos ángeles, los cuales dicen que está vivo (2).»

¿Estaba con ellos la Virgen María? Yo creo que no (3). Sobre que el Evangelio no lo dice, hay razones muy poderosas para creer lo contrario. No podía la Madre de Jesús

(1) Salmo 23: *Attollite portas, Principes, vestras...*

(2) *Sed et mulieres quedam ex nostris terruerunt nos* (San Lucas, cap. XXIV, v. 22.) Cosa rara! El cumplimiento de la profecía que debiera alegrarlos les causa miedo. Tal era su rudeza y tan escasa su fe.

(3) Orsini supone que la Virgen María fué al Calvario con las tres Marías Magdalena, Salomé y Cleofás, y supone tradición sobre esto. «Segun la tradición María se hallaba entre estas santas mujeres.» Pero la tradición supone todo lo contrario.

El haber en el santo sepulcro una capilla que representa la aparición de Jesús á María ha hecho propalar el rumor de que allí apareció á esta. Pero, sin rebatir esa piadosa credulidad, tampoco es fácil de admitir semejante tradición. Creo mas bien que mientras las santas mujeres corrían presurosas hacia el sepulcro, la Madre del Salvador había gozado ya, ó estaba gozando de la presencia gloriosa de su Hijo resucitado.

adolescer de la incredulidad de los Apóstoles y de las santas mujeres. El dolor de María era distinto del de las santas mujeres, reconocía otras causas. El dolor de ellas era mas humano, por decirlo así. Van á unirse á Jesús porque quieren ver sus restos mortales otra vez, con cariño pero con femenil curiosidad; despedirse de él y dejarle allí para siempre. ¿Puede María dejarse llevar de ese amor humano é imperfecto, con incierta fe, y vacilante esperanza, dadas sus eminentes virtudes, su sólida fe y la grandeza de su alma? Yo creo rebajado su carácter poniendo su amor al lado del amor de la Magdalena y de María Cleofás. El dolor de María es de la clase del que padecen esas almas puras y santas, que, al meditar en la pasión de Jesús y en su dolorosa muerte, agonizan de pena, padecen deliquios y fuertes desmayos, y vierten torrentes de lágrimas, que apenas pueden mitigar su dolor ni las ansias de su corazón dolorido. Preguntad á esas almas puras y benditas por qué lloran si saben que Jesús ha resucitado y que está en los cielos. La respuesta que os den es la respuesta acerca del dolor intenso que padecía la Madre del Salvador, cuando este como buen Hijo vino á visitar á su Madre con su primera aparición, con su primera visita. ¡Amor con amor se paga (1)! No había amor á Jesús, ni lo ha habido, ni lo habrá como el de María. ¿Qué vale el amor de la Magdalena, pecadora arrepentida, con el amor de la Virgen inmaculada y pura, y por añadidura Madre? Y si ese era el amor de la Madre, ¿cuál debía ser el de Jesús, si amor con amor se paga? No puedo ni aun concebir que Jesús dejase de hacer á su Madre la primera visita despues de su resurrección (2), y creo que no habrá madre ni buen hijo que no opinen conmigo.

Sobre todo esto tengo para opinarlo así el testimonio, para mí irrecusable, de Santa Teresa de Jesús, que expresa esta aparición con frases tan sencillas y tan sentidas como ella sola sabia escribirlas, ¡ella tan verídica, ella tan amante, ella tan mujer de bien (3)! Despues de referir los favores celestiales que recibió de Jesús un día en habiendo comulgado, añade:—«Díjome que en resucitando había visto á Nuestra Señora, porque estaba ya en grande necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí entendí estotro mi traspasamiento bien diferente. Mas ¿cuál debía ser el de la Virgen? Que había estado mucho con ella porque había sido menester harto consolarla.»

(1) Así dice un antiguo refrán, el cual, por vulgar que sea, no deja de tener mucha expresión.

(2) Augusto Nicolás, escritor tan respetable, niega la aparición de Jesús á su Santísima Madre. Su capítulo es magnífico (cap. XX) pero no solamente no convence, sino que abate y descorazona. Fundar en la gran fe de María el disfavor de Jesús es fundar en falso: no hay conexión entre esos extremos; y su narración pugna con la tradición. Entre esos ratiocinios inconexos del célebre escritor francés y el dicho de Santa Teresa, que asegura la aparición de Jesús á su Madre, la elección no es dudosa: estoy por Santa Teresa.

Además ¿qué necesidad tenía Augusto Nicolás de dar tanta importancia al argumento negativo, de tan escaso valor en la crítica histórica? El Evangelio no habla de aparición de Jesús á María, luego no se apareció á María. Falsa consecuencia. 1.º Porque sabemos que el Evangelio no lo dice todo; y así lo afirma San Juan en su Evangelio. 2.º La Virgen María era reservadísima en sus cosas. 3.º Las apariciones de Jesús á las mujeres y los apóstoles eran necesarias, y necesario el divulgarlas, pero la aparición á su madre Santísima no hacía falta que se propalase.

(3) El célebre P. Bañez, hablando de ella, decía «que la M. Teresa era mujer de bien.»

La frase enérgica y sencilla de Santa Teresa en esta revelacion es digna de estudio: *en resucitando*, equivale á decir luego que resucitó (1). «Que aun no tornaba en sí...» de modo que su desfallecimiento y desmayo eran tales, que estaba casi privada de sentidos: luego ni su cuerpo ni su alma estaban en disposicion de ir al sepulcro con las santas mujeres, á las que vulgarmente se suele llamar *las tres Marias*. «Que habia estado mucho con ella:» así se comprende en el gran cariño del Hijo á la Madre y de la Madre al Hijo, y añade la razon de que para reponer sus fuerzas físicas y morales profundamente abatidas y desfallecidas «habia sido menester harto consolarla.» Creo que despues de llamar la atencion sobre esta revelacion de Santa Teresa de Jesus, cuyo testimonio es hoy acatadísimo en la Iglesia, cuya veracidad nadie duda (2) como tampoco de la autenticidad de sus escritos y revelaciones, no habrá ningun católico que dude ya de la aparicion de Jesus á su Santa Madre en el cenáculo, y haciéndole su primera aparicion en el retiro de su aposento, y al punto de su Resurreccion.

María permaneció en Jerusalem, con las santas mujeres, segun la opinion mas corriente, aunque los Apóstoles regresaron á Galilea. ¿A qué habia de ir á Nazareth, donde sus compatriotas habian querido tambien asesinar á su hijo? Allí en Betania estaban las santas hermanas Marta y María: la Señora del castillo de Magdalo era rica y tendria á mucho gusto y á mucha honra mantener á la Madre de su Salvador, en los tenues gastos de su parca y austera, mas que modesta vida. Ni sus manos acostumbradas al trabajo estarian ociosas, que la santa meditacion se compadece bien con la santa laboriosidad.

Juan, el discípulo amado de Jesus, el nuevo hijo de María, sustituido por aquel, pescaba á orillas del lago de Tiberiades con San Pedro y otros nueve Apóstoles: él mismo lo refiere (3). La prudencia lo aconsejaba así por entonces hasta que trascurrido mas de un mes se hubiera calmado la rabia de los perseguidores y olvidado algun tanto la memoria del crimen por estos perpetrado. Pero los Apóstoles y los discípulos y las santas mujeres vuelven á congregarse en la casa donde habian celebrado la Pascua con Jesus, y que por tener un gran comedor, ó cenáculo, designaban con este nombre de *cenáculo* retóricamente. De allí los sacó hácia Betania y al monte Olivete (4) testigo de su dolorosa y cruenta agonía cuarenta dias antes. Que María estaba en Jerusalem con los discípulos lo acredita el hecho de hallarla con ellos en el cenáculo algun tiempo despues, cuando el Espíritu

(1) San Ambrosio, Padre del siglo IV, y uno de los cuatro *grandes doctores* de la Iglesia, supone tambien que Jesus, no solamente se apareció á su Madre, sino que fué la primera á quien se apareció.

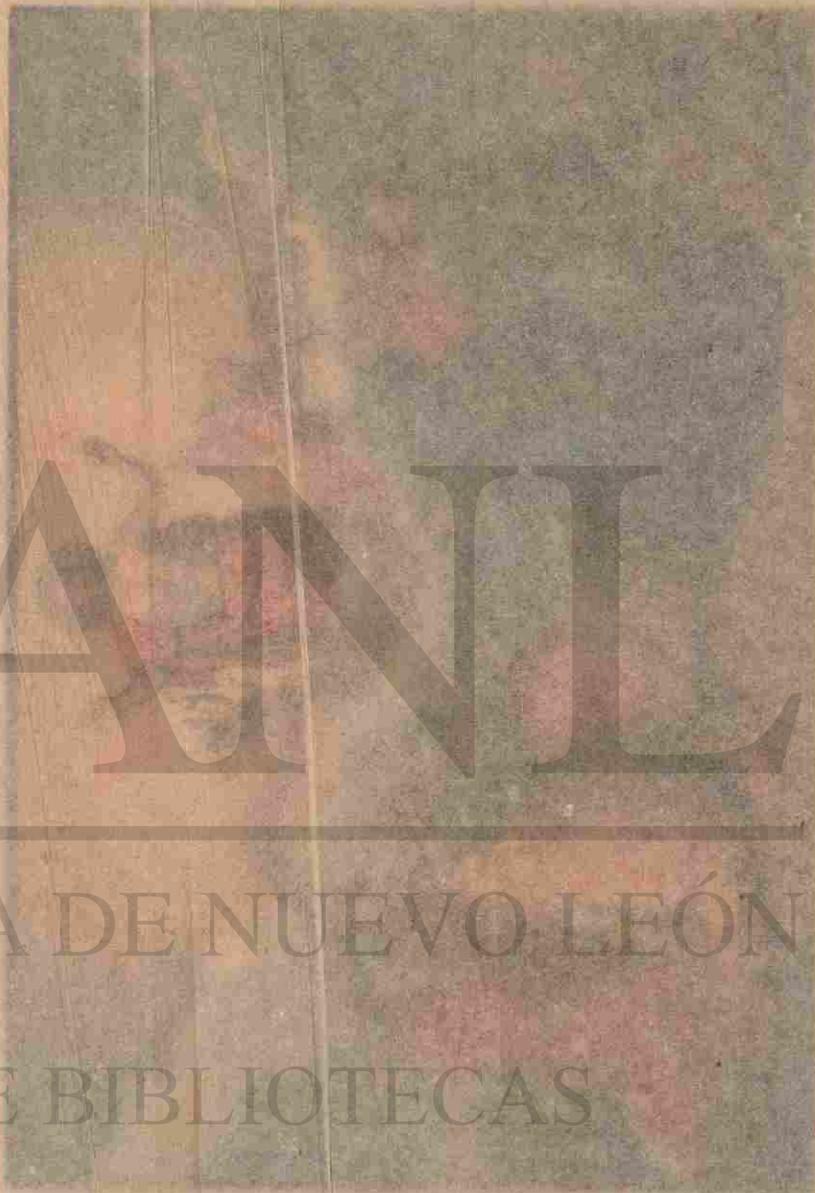
Lo mismo consigna Sedulio en su poema y lo citan los escritores como general opinion entre los cristianos. (*Opsint*, vida de la Virgen, notas al libro 47.)

(2) En la edicion de las obras de Santa Teresa de Jesus por Rivadeneira, t. I, pág. 156, col. 2.<sup>a</sup>, donde se inserta esta revelacion y se dice su procedencia, se imprimió erradamente *hasta por harto*.

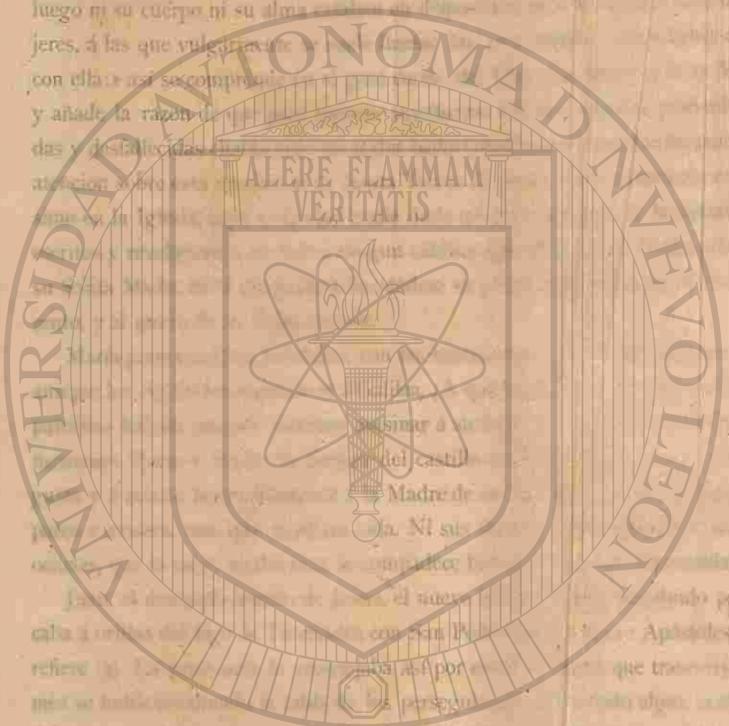
(3) Evangelio de San Juan, cap. XXI, v. 7.

(4) El Evangelio de San Lucas, cap. XXIV y último, v. 50, dice: *Eduxit autem eos foras in Bethaniam.*

En los Hechos de los Apóstoles, cap. I, v. 12, cuenta mas detalladamente la Ascension y el regreso del monte Olivete. — *Tunc reversi sunt Hierosolymam á monte qui dicitur Oliveti.*

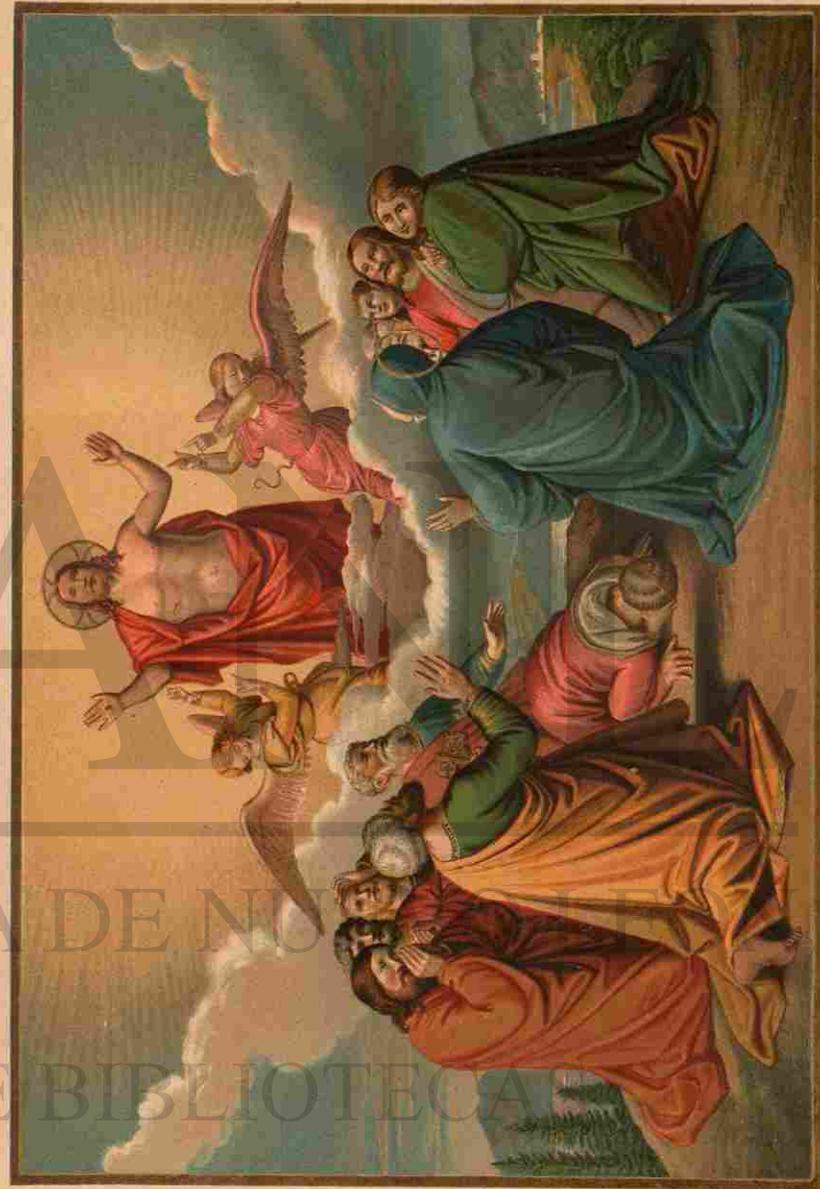


La frase energética y sencilla de Santa Teresa en su *libro de estudio*: *en resucitando*, equivale a decir luego que resucita en sí... y de modo que su desfallecimiento y destruyo... de sentidos; luego ni su cuerpo ni su alma... las santas mujeres, a las que vulgarmente se llama *Madre al Hijo*, y añade la razón de su desdoblamiento abstraido y desdoblamiento de llamar la atención sobre esta... de sus



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

El presente libro es propiedad de la Universidad de León y no puede ser vendido, prestado o cedido a terceros sin el consentimiento expreso de la Dirección General de Bibliotecas. El uso no autorizado de este libro puede acarrear sanciones administrativas y/o penales. La reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento expreso de la Dirección General de Bibliotecas es estrictamente prohibida.



ASCENSION DE JESUS A VISTA DE MARIA Y LOS DISCIPULOS.

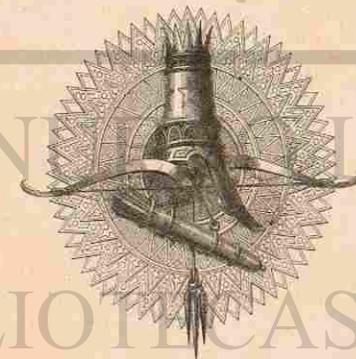
© 1900

Santo vino sobre los Apóstoles. Que asistiera á la Ascension de su Hijo Jesus al cielo desde el monte Olivete no lo dice la sagrada página. Pero ¿puede dudarse? ¿No habia de ser testigo de su Ascension al cielo la que habia sido testigo de su dolorosa y horrible elevacion en la Cruz? Y aun así, este triunfo glorioso de la Humanidad santísima y visible de su Hijo ¿no era para ella un nuevo dolor, pues no volveria á verla en la tierra (1)? Cuando el piadoso vate español, Fray Luis de Leon, pone en boca de los Apóstoles aquellas doloridas frases:

¡Y dejas Pastor Santo  
tu grey en este valle hondo, oscuro...  
de soledad y llanto...!

¿cuánto mas sentidas y tiernas pudiera ponerlas en boca de la Santa Madre del Salvador? ¿Y dejas, Hijo mio querido, á tu pobre, viuda y desamparada Madre en este valle de profunda miseria, donde ya para mí no habrá mas que oscuridad y llanto, pues me falta la luz de tu mirada, que alumbró siempre á mis ojos? ¡Oh, era demasiado grande mi dicha para que pudiese durar! La que antes era bienhadada, la que el Angel llamó llena de gracia y favorecida con la estancia del Señor en ella, ahora se halla triste y afligida, tanto mas afligida y triste cuanto mayor es la pérdida que sufre, pues si lloran y quedan mustios y abatidos los Apóstoles y discípulos criados á los pechos de su santa caridad y santa doctrina, ¿cuánto mas lloraré yo que te crié á mis pechos por destinacion del Altísimo?

(1) Esto es, en la forma corporal y materialmente visible que antes de su muerte.  
Santa Teresa en el pasaje de la revelacion citada dice estas palabras muy notables. — «En algunas cosas que me dijo entendí, que despues que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con nadie.»



## CAPITULO XXIX

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO: MARÍA EN LA IGLESIA, COMO ORÁCULO  
DEL EVANGELIO

**C**on el regreso de los Apóstoles desde el monte Olivete va unida la noticia de su estancia en el cenáculo en union con las santas mujeres, y entre estas indudablemente y como punto de fe la estancia en Jerusalem, en el cenáculo y con los Apóstoles de la Santa Madre de Jesus. Por esta vez no hay que refutar el débil argumento negativo fundado en el silencio de la Escritura Santa.

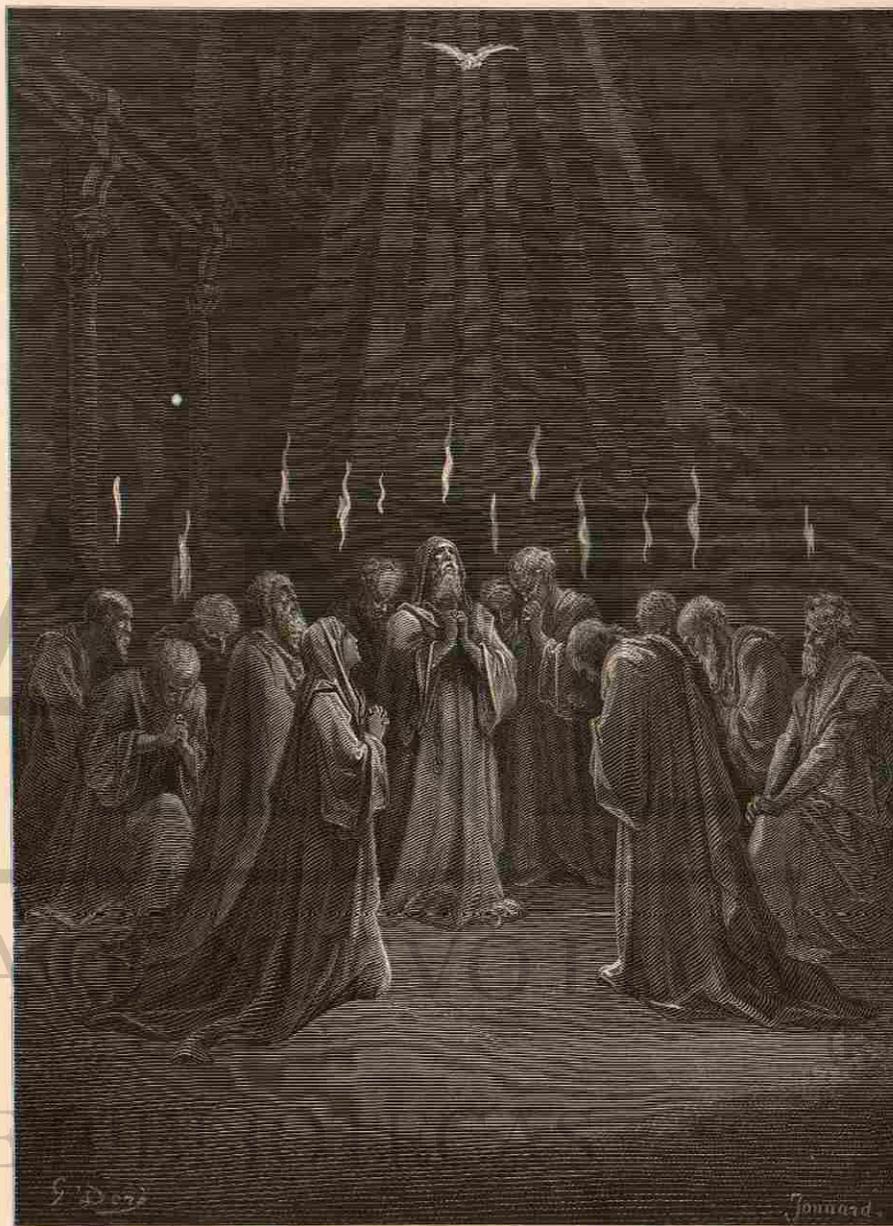
Esta, por el contrario, nos presenta á la Santa Madre de Jesus orando en el cenáculo con los Apóstoles y las santas mujeres. «Volvieron á Jerusalem desde el monte llamado Olivete, que dista de aquella ciudad los mil pasos que se pueden andar el sábado. Y habiendo entrado en el cenáculo subieron al paraje donde solian estar Pedro y Juan, Diego y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo de Alfeo, Simon el celador y Judas de Diego. Todos estos estaban allí perseverantes de consuno en la oracion, juntamente con las santas mujeres, y María la Madre de Jesus y sus parientes (1).»

Así reunidos y en santa oracion esperaban la venida del Paraclyto ó consolador, que les habia ofrecido enviarles, y cumplian el mandamiento de no marcharse de allí, sino esperar la venida del Espíritu Santo que tendria lugar dentro de pocos dias.

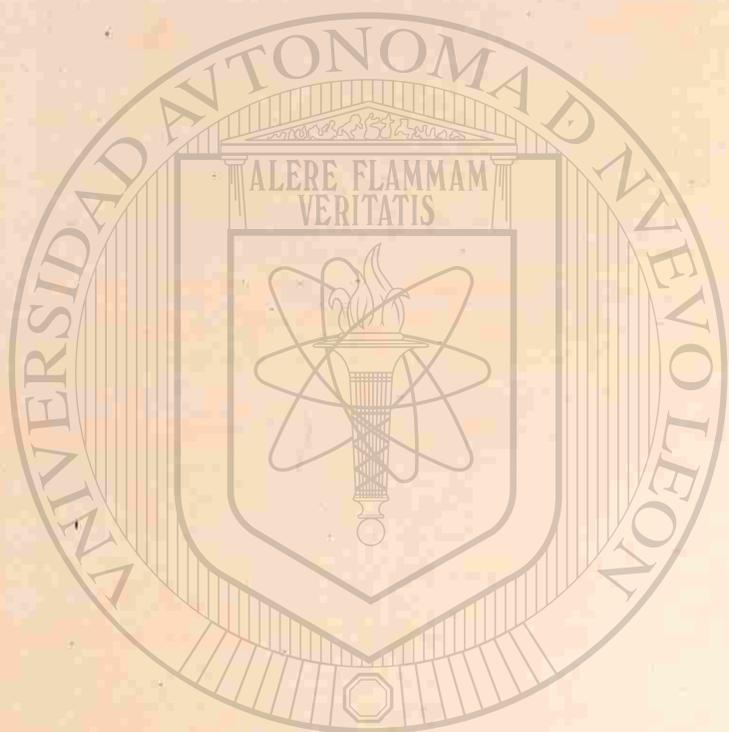
La tradicion representa siempre á la Virgen María, lo mismo en pinturas que en discursos evangélicos, presidiendo á los Apóstoles y demás fieles, colocada en medio de ellos en el momento de venir el Espíritu Santo en forma de fuego y precedido del fragor de un viento huracanado.

Aunque el Evangelio no lo hubiera dicho podíamos muy bien conjeturar que la Virgen María estuviera con los Apóstoles al tiempo de la venida del Espíritu Santo; pero vale mas que conste y que lo sepamos de un modo fijo é indudable. De aquí inferimos tambien su ulterior presencia al lado de los Apóstoles, su asistencia especial en medio de la Iglesia naciente y la asistencia especial de un Apóstol, el predilecto de Jesus, el jóven Juan su

(1) Cap. I de los Hechos de los Apóstoles por San Lucas.



LA PENTECÓSTES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pariente, para el cuidado especial de su Santa Tía, convertida en Madre. La tradición supone a San Juan desempeñando este santo ministerio y dándole diariamente la comunión eucarística, único consuelo de su alma amante y pura. Si las almas santas que diariamente se acercan a la sagrada Mesa no pueden pasar sin el pan de vida, y padecen mortales ansias cuando se les priva de él, ¿qué sucedería a la Santa Madre del Salvador? ¿Ha tenido ninguna de ellas a Jesús el cariño santo, puro y ardiente de María? ¿Ha tenido ninguna de ellas la pureza y las virtudes de la Virgen sin mancilla? Pues ¿cómo podría esta dejar de recibir diariamente el cuerpo y sangre de su Hijo, renovando en sí el suceso más grande de su vida y el acontecimiento más glorioso e importante para el género humano, el de la Encarnación?

Pero después de esas palabras de San Lucas, últimas que la revelación nos dice acerca de María, esta vuelve a quedar sumergida en la profunda oscuridad de su vida, no tanto privada cuanto escondida, oscuridad bendita, que era su anhelo y su delicia; la oscuridad santa en el templo, en Nazareth, en Egipto y en el taller de su esposo; oscuridad santa a que han aspirado y aspiran siempre las almas puras, que como ella viven sumergidas en las luces celestiales de la gracia y el amor divino, y alejadas de los placeres y consuelos de la tierra que les dan hastío.

Pero este ascetismo sublime no es indolente ni egoísta, hace el bien sin sentir que lo hace, y como el nardo, planta pequeña pero de suave y penetrante aroma, deja sentir su fragancia al visitar el Rey de los Reyes el aposento de la Virgen (1).

María en la Iglesia es la Evangelista de los Evangelistas. ¿De dónde sabe San Juan algunos de los altos misterios que en lo relativo a Jesús explica como el primer teólogo de la Iglesia? ¿De dónde sabe San Lucas lo que narra como primer historiador de ella, y sobre todo los tiernos y sublimes pormenores acerca de la Encarnación? María era la única persona que podía decirlos, y que de hecho debió decirlos, sin perjuicio de la reconocida e innegable inspiración del Espíritu Santo.

Cuatro son los Evangelistas que reconoce la Iglesia como tales: San Mateo narra lo que ha visto como testigo presencial, como uno de los Apóstoles escogidos; San Marcos es compendrador de San Mateo, y habla también como testigo presencial de muchas cosas. Pero San Lucas que narra con especialidad todo lo que se refiere a la Virgen Madre, ¿de dónde podía saber lo que había sucedido en el acto de la Encarnación del Verbo, y el diálogo entre María y el Arcángel, si aquella no lo hubiera referido en honor de este? Con razón, pues, llama nuestro gran padre y compatriota San Ildefonso a la Virgen María «la Evangelista de Dios, bajo cuya dirección fué educado el infante Dios (2).»

Y no se diga que la inspiración divina y la superior enseñanza de la revelación directa

(1) *Dom esset Rex in acubitu suo, nardus meus dedit odorem suavitatis.*

La Santa Iglesia aplica a la Santísima Virgen estas palabras de altísima significación mística en su oficio parvo.

(2) San Ildefonso arzobispo de Toledo, en su sermón sobre la Asunción.

del Espíritu Santo excluye los medios humanos, y la tradición humana, aunque sea la de la Virgen. Esto no es cierto; no está en la economía divina, que si obra hacia el fin con energía, lo dispone todo suavemente, y aun al obrar á lo divino no excluye el medio humano. Por boca de Isaías habla á lo cortesano y erudito, por boca de Baruch habla á lo pastor y rudo, y con todo, en uno y otro caso es el Espíritu Santo el que habla, á la manera que el viento que sale por las trompas de un órgano suena agudo ó grave segun el cañon por donde sale, siendo igual el aire en el uno que en el otro. Los mismos Apóstoles, y sobre todo San Pedro y San Juan, testifican siempre lo que han visto. Os anunciamos la palabra de vida que hemos visto por nuestros ojos y tocado con nuestras manos. ¿Qué extraño es si el mismo Jesucristo les habia dicho que habian de ser testigos suyos en lo que habian visto (1). Pero San Lucas no habla como testigo presencial sino de referencia y de escrupulosa investigación humana. Expresa que cuando él escribia habian escrito ya otros muchos, pero con todo, añade: «Me ha parecido tambien á mí escribírtelas por su orden, ó bien, Teófilo, tal como pasaron desde el principio hasta el fin, despues de haberme informado escrupulosamente (2).» ¿Quién le habia contado á San Lucas ni le podia contar el misterioso acontecimiento de la Anunciación? Y los Apóstoles mismos, incluso San Juan, ¿qué sabian acerca de los primeros treinta años de la vida de Jesus? Ellos podian hablar de los tres años últimos de la vida del Salvador, pero nada de aquellos que solo eran conocidos de María, pues San José habia muerto.

Oportunamente dice á este propósito Augusto Nicolás: «Claramente se ve que es la Santísima Virgen María Madre de Jesus á la que el historiador sagrado nos muestra en el cenáculo, en union con los Apóstoles perseverando en la oracion, mencion tanto mas expresiva, cuanto que el que lo dice es San Lucas, el cual quiere expresar de este modo que ese testimonio proviene de María, de la cual nos dice en su Evangelio, hablando de la niñez de Jesus, que conservaba en su corazon todas las cosas relativas á Este. San Anselmo no duda de ello, llegando á decir (3): «Aunque descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, muchos grandes misterios se les revelaron por medio de María.»

»Dios que segun hemos dicho aprovecha para sus altos fines cuanto bueno existe en los medios humanos, que empleaba el testimonio de los Apóstoles despues de haberlo depurado de su nativa rudeza, no hubiera suprimido seguramente el testimonio de la mas santa de las criaturas, la mejor informada y la mas fiel.»

Cita en seguida el testimonio de uno de los mas antiguos expositores, el Abad Ruperto, que llega á decir: «Tu voz, ¡oh María! fué para los Apóstoles la voz del Espíritu

(1) San Juan, cap. XV, vers. 27. En el cap. 1 de su epistola 1.<sup>a</sup> comienza San Juan diciendo lo mismo y en el vers. 3.<sup>o</sup> añade: *Quod vidimus et audicimus annuntiamus vobis.*

(2) Comienza San Lucas su Evangelio diciendo: «Por cuanto muchos han intentado coordinar la narracion de las cosas que entre nosotros han ocurrido, segun la tradicion que nos han dejado (*sicut tradiderunt nobis*) los que fueron desde el principio ministros ó encargados de llevar la palabra.»

(3) Libro de excel. Virg.

Santo, pues que de tu segura religiosa boca escucharon todo lo que era necesario suplir ó atestiguar en confirmación de aquellos sentidos de cada uno que del Espíritu Santo mismo habian aprendido (1).

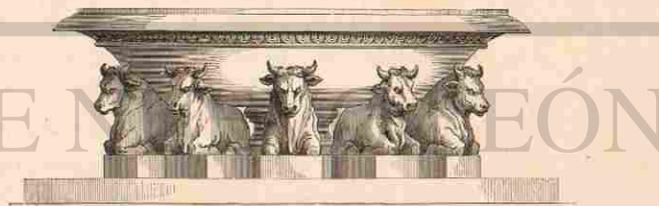
En los veintitres años que María vivió sobre la tierra despues de la muerte de su Hijo alcanzó á ver cumplidas algunas de las profecias, y tambien el principio de las guerras que asolaron á la Palestina y con ellas el castigo providencial de la ciudad y de la gente Deicida y maldita.

La ruina de Jerusalem y el castigo de los Judíos habian sido profetizados por Jesus á los cristianos, y no sin amargas lágrimas, advirtiéndoles que con tiempo huyesen, como lo hicieron. De aquí la necesaria dispersion de los Apóstoles para predicar el Evangelio por varias regiones, siquiera Dios les librara del dolor de ver la ruina de su país y mas adelante los horrores del sitio de Jerusalem. La tradicion oriental supone que María pasó á Éfeso (2). La particular de nuestra Iglesia española añade á esto la despedida especial de Santiago y la venida de Ella á Zaragoza, visitándole á orillas del Ebro durante una noche. Pero esto segundo pertenece á la historia particular de las relaciones de María con nuestra Iglesia y el culto especial de aquella en nuestra patria.

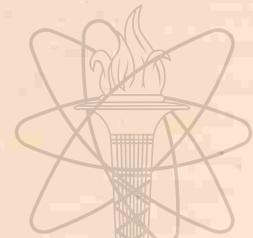
(1) *Rupertus*, libro 1.<sup>o</sup> in Cantic.

(2) Esta tradicion se tiene por muy dudosa y por invencion de los griegos, muy aficionados á contar siempre maravillas de su tierra: ya san Jerónimo hablaba de las fabulillas griegas.

Si la ruina de Jerusalem no ocurrió hasta quince años despues de muerta la Virgen María, no pudo ser este bastante motivo para que aquella saliera de Jerusalem.



## CAPITULO XXX

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
LA ASUNCION AL CIELO

*Assumpta est Maria in caelum, gaudent  
Angeli, laudantes benediciunt Dominum.*  
(La Iglesia en la antífona 1.<sup>a</sup> del rezo de la Asunción.)

LA Sagrada Escritura nada dice acerca de la muerte de la Santísima Virgen. *Tránsito* llamaron nuestros mayores á su fallecimiento con expresiva frase, pues ni su muerte fué como la de los otros hombres, ni acompañada de angustias y agonía, ni de fealdad y terrores (1). La que no había pecado en Adán, no estaba en rigor sujeta á la pena que se le impuso; pero habiéndose sujetado á ella su divino Hijo, era consecuente que también quedara comprendida en esa penalidad su Santa Madre.

Sus deseos de salir de esta vida mortal, de volar á incorporarse con su Hijo para estar con Él, para no separarse nunca, fueron vivísimos. ¿Qué madre tuvo jamás tanta ansia por volver á ver á su hijo? ¿Y qué hijo mereció jamás tanto anhelo de una madre? Aunque la Sagrada Eucaristía templase diariamente tales ansias, aunque los últimos años de su vida fueran un éxtasis casi continuo, viviendo en frecuentísimo contacto con el cielo, estos favores no habían de ser bastantes para satisfacer á su alma enamorada, y para ella parecen hechas aquellas doloridas frases del Rey David su ascendiente (2): «¡Ay de mí cuánto se va prolongando mi destierro!» Y aquellas de San Pablo: «Deseo morir para estar con Cristo (3).» La muerte para las almas puras y santas, confirmadas en la Divina gracia, lejos de ser horrible y temida es placida y deseada. El espíritu se desliga de la materia como el preso de sus ataduras: caen las cataratas de la carne y ve el justo la verdadera

(1) Algunos antiguos Padres llegaron á dudar si la Santísima Virgen murió realmente y se cita á San Epifanio entre ellos, pero la Iglesia no duda acerca de que murió realmente.

San Dionisio afirma que conservaba al tiempo de su muerte singular belleza.

(2) Salmo 120, vers. 5.

(3) *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo (Ad Philipens., v, 23).*

luz. ¡Oh cuán preciosa es la muerte de los Santos á los ojos del Señor (1)! Si la Sagrada Escritura no alcanza á los últimos tiempos de los Apóstoles ni á dejarnos noticias acerca del tránsito de la Virgen, la tradición y la Iglesia Santa nos las han conservado, y no es lícito al católico desairarlas, contenidas como están en el rezo del Oficio Divino, y tomando este de un sermón de San Juan Damasceno (2). «Por una antigua tradición, dice, ha llegado hasta nosotros la noticia de que al tiempo de su glorioso tránsito todos los Santos Apóstoles, que andaban por el mundo trabajando para la salvación de las almas, se reunieron al punto llevados milagrosamente á *Jerusalén*. Estando, pues, allí gozaron de una visión angélica, oyeron un celestial concierto, y de este modo entregó en manos de Dios su ánima santa henchida de soberana gloria. Su cuerpo, que había recibido á Dios de una manera inefable, fué enterrado en un nicho allí en Gethsemaní (3), mezclándose en el entierro los himnos de los Apóstoles con las armonías de celestes coros. Durante tres días se oyeron allí cantos angélicos, que cesaron al cabo del tercero día. Llegando entonces el Apóstol Santo Tomás, único que faltaba, y deseando adorar aquel cuerpo que había tenido á Dios encarnado, abrieron el túmulo, mas ya no encontraron allí el sagrado cuerpo, sino solamente aquellos objetos con que había sido sepultada, los cuales despedían suavísima fragancia: en vista de esto volvieron á cerrar el modesto túmulo. Asombrados en presencia de este misterioso milagro, no pudieron menos de pensar que Aquel, á quien plugo encarnarse en las entrañas de la Virgen María para hacerse hombre y nacer como tal, siendo Dios, el Verbo y Señor de la gloria, y que preservó incólume su virginidad á pesar del parto, quiso también honrar su cuerpo inmaculado en seguida de su muerte, conservándolo sin corrupción alguna y concediéndole el que fuese trasladado al Cielo antes de la general resurrección del linaje humano.»

«Cuando esto aconteció estaban con los Apóstoles el muy santo varón Timoteo, primer Obispo de Éfeso, y Dionisio Areopagita, según atestiguan el mismo, en lo que escribió acerca del bienaventurado Hieroteo, que también se hallaba allí; diciendo:—«Entre los mismos santos prelados inspirados por Dios se convino en celebrar con himnos, como cada cual pudiese, la infinita bondad del poder divino, acerca del sagrado cuerpo de la Virgen, cuando nos reunimos con muchos de nuestros santos hermanos, como ya te acordarás, para ver aquel cuerpo de donde la vida tuvo principio, y que engendró al mismo Dios; estando también allí Santiago, pariente del Señor, y Pedro, suprema autoridad y la más antigua entre los teólogos.»

(1) Salmo 115.

(2) Las lecciones del segundo nocturno del Breviario romano al día 18 de agosto se refieren á dicho Santo Padre al final de su oración 2.<sup>a</sup> ó sermón de *dormitione Deiparæ*.

(3) Si fué enterrada en Gethsemaní, no es aceptable la tradición griega que supone á la Santísima Virgen muerta en Éfeso, ni aun creo que la Santísima Virgen saliera de Jerusalén para ir allí. ¿Qué tenía que hacer en Éfeso, con San Juan y la Magdalena? Citase en apoyo de esa opinión á Modesto Patriarca de Jerusalén al año 920, fecha muy retrasada. Veremos que á Santa Pulqueria dijo otra cosa más cierta su antecesor Juvenal. Que el sepulcro de la Magdalena estuviera ó no en Éfeso, importa poco para nuestra cuestión.

Tal es la tradición de la Iglesia acerca del tránsito y Asunción de la Virgen Santísima á los cielos desde los primeros tiempos del Cristianismo, segun la refiere un padre tan eminente y discreto como el Damasceno, y la acepta la Iglesia, consignándola en su rezo, diga lo que quiera la crítica sobre ello.

En efecto, San Juan Damasceno vivía en el siglo VIII: hay mucha distancia desde mediados del siglo I en que murió la Santísima Virgen hasta mediados del VIII en que se supone murió aquel Santo Padre (754 á 757), y su autoridad, grande para afianzar la tradición que duraba todavía en su tiempo, es harto escasa para afianzar la exactitud histórica. Muchos críticos y muy piadosos no quieren creer que la Santísima Virgen muriese en Jerusalem, sino en Éfeso, habiendo de ser aquella en breve arrasada y abrasada por los romanos, diez años despues de la muerte de la Virgen.

En tan delicadas materias, en que luchan por una parte las tradiciones piadosas y por otra los argumentos de la crítica, manejada, no por impíos sino por católicos, sabios, piadosos y de buen deseo, el mejor sistema es no negar rotundamente ni tampoco creer de ligero. Por ese motivo parece preferible dar aquí un trozo tomado de una obra moderna escrita por un piadoso padre de la Compañía de Jesus, en la Vida de la Emperatriz Santa Pulqueria, especial devota de la Santísima Virgen y propagadora de su culto (1):

«Para mejor inteligencia de este punto, dice, conviene recordar aquí lo que Nicéforo refiere en otro lugar, y es, que deseando la Santa (Pulqueria) obtener el cuerpo de la Madre de Dios (2) para enriquecer con él su iglesia, y pidiendo con instancia esta gracia á Juvenal, Patriarca de Jerusalem, el cual, despues del Concilio se habia quedado en la corte, con motivo de una sedicion, le respondió el Patriarca que el sepulcro de la Virgen estaba efectivamente en Jerusalem, pero que segun una tradición, no menos antigua que verdadera, habiendo los Apóstoles abierto el sepulcro de la Virgen, tres días despues de su muerte, para mostrar el cuerpo á Santo Tomás, que no habia asistido como ellos á la muerte y sepultura de la misma, no hallaron en él otra cosa mas que las fajas y los lienzos sepulcrales, quedando todos persuadidos de que el sagrado cuerpo de la Virgen habia sido llevado al cielo juntamente con el ánima por el especial favor de su divino hijo.— Oyendo esto (añade Nicéforo), ya que no podia obtener otra cosa, pidió que le diesen á lo menos el sepulcro con los lienzos que en él habian quedado, en lo cual le complació Juvenal, enviándole despues de su regreso á Jerusalem todo cuanto descaba.»

«Esta relacion (dice el P. Contucci) tiene tantas dificultades en todos sus pormenores,

(1) Vida de Santa Pulqueria escrita en italiano por el P. Contucci de la Compañía de Jesus, traducida al castellano por el P. Andrés Artola de la misma Compañía, impresa en Madrid en 1863. El capítulo XXIX que cortaba la narracion se puso por apéndice en la edicion española, pág. 216.

(2) Por mas que me digan, nadie me hará creer ese desatino tan ofensivo á Santa Pulqueria como á la santa é inconcusa tradición del misterio de la Asunción, que sujetos piadosos piden á la Santa Sede sea elevado á dogma y punto de Fe. La petición del cuerpo de la Virgen por Santa Pulqueria supone ignorancia de la Asunción por parte de esta ó incredulidad de la Santa. Y ¿quién hará á Santa Pulqueria el agravio de creerla ignorante ó incrédula de la Asunción de la Virgen?

Nicéforo, como buen griego, fué escritor poco discreto y menos seguro, crédulo unas veces y ligero por lo comun.

que, exceptuando la Asunción de la Santísima Virgen, muchos escritores modernos no ven en ella mas que una voz popular, trasformada en punto histórico sin pruebas suficientes, ó una invencion, sea de Juvenal, sea de cualquier otro de devoción poco discreta é infundada. No es este el lugar de examinarla críticamente; pero limitándonos únicamente á lo que pertenece á nuestra Santa, si la Asunción de la Santísima Virgen era, segun dice Juvenal, una tradición antiquísima y por consiguiente notoria, ¿cómo podia ignorarla Pulqueria, mujer no menos docta que piadosa, hasta el punto de pedir con instancia el sagrado cuerpo? ¿Y cómo podia obtener el sepulcro, cuando de los escritores vecinos á aquellos tiempos se colige la incertidumbre que entonces habia, y que aun dura al presente, del lugar donde vivia la Virgen y de la ciudad donde murió, si fué en Jerusalem ó en Éfeso? Pero cualquiera que fuese este sepulcro, que entre los Judíos solia abrirse en la peña viva, ya fuese caja fúnebre, si es que tal uso existia en el pueblo hebreo, ó féretro para trasportar los cadáveres, que por lo mismo no suele encerrarse en la tumba, como aquí debiera suponerse, cualquiera, repito, que fuese este pretendido sepulcro, es lo cierto que la Santa no pudo colocarle en su templo, porque Juvenal volvió á Jerusalem en julio, ó poco antes que Pulqueria pasara á mejor vida, ó mas probablemente en agosto, cuando ya habia muerto, como lo confiesa el mismo Nicéforo, poco concorde consigo mismo, cuando, sin hacer mencion ninguna de la Santa, dice que fueron llevadas á Constantinopla aquellas reliquias en tiempo de Marciano, que sobrevivió á su santa esposa.»

«Si en tal incertidumbre pudiesen dar alguna luz las conjeturas, yo creeria (sigue hablando el P. Contucci) que hay en ello alguna equivocacion originada de lo que sucedió, segun dicen, en tiempo de Leon. Pretenden algunos que habiéndose hallado en poder de una piadosa mujer de Palestina ciertos vestidos, que habia usado la Virgen, fueron colocados por aquel Emperador en la iglesia de Blancherna, con la misma caja en que antes se conservaban. No hay cosa mas fácil que, por haber venido de Jerusalem, creyese el vulgo que fuese aquella la caja sepulcral, y los vestidos los mismos que quedaron en el sepulcro despues de la Asunción de la Santísima Virgen, y tomando los historiadores sucesivos como un hecho positivo lo que no era mas que una voz popular, se llegase á formar una relacion, no menos extravagante por el anacronismo, que por las circunstancias con las cuales quisieron adornarla y hacerla mas admirable.»

Hasta aquí el piadoso Jesuita. Yo no me atreviera á decir tanto; pero celebró que él lo haya dicho.

Los escritores, principalmente agustinianos, que tratan de la fiesta de la Correa que ceñia la Santísima Virgen, suponen que entre los lienzos y demás objetos de su mortaja, que en el sepulcro quedaron, estaba aquel objeto con que ceñia la Santísima Virgen. Algunos añaden que esta correa fué lo único que regaló Juvenal á Santa Pulqueria, y aun citan por testigo de ello al poco seguro Nicéforo. Pero ni aun esto puede pasar fácilmente á los ojos de la crítica, pues Nicéforo no habla de correa, ni aun siquiera de

ceñidor ó cingulo, sino de *fajas* para amortajar (1) (*sepulcrales fascias*), aludiendo á las fajas ó largas tiras de lienzo con que los judíos amortajaban y embalsamaban sus cadáveres casi al estilo de los egipcios, entre los que habian vivido, y como el Evangelio de San Juan nos describe á Lázaro saliendo del sepulcro (2).

A estas dificultades para creer que el sepulcro de la Virgen fué llevado á Constantino-  
pla, se añade que la tradicion de Jerusalem lo supone existente allí. Fray Antonio del Cas-  
tillo, que describió la iglesia de la Virgen tal cual estaba en el siglo XVII, y está todavía  
en el monte Olivete, dice de ella lo siguiente (3): «Entramos en el huerto de Gethsemaní,  
y luego fuimos al sepulcro de la Virgen Santísima. Es una iglesia muy grande y her-  
mosa, de maravillosa fábrica y arquitectura: la mayor parte de esta iglesia está debajo de  
tierra, de modo que de tanta máquina como tiene, no se viene á descubrir por arriba mas  
que fábrica cuadrada por de fuera, y toda ella no parece sino una casa muy pequeña.

»Bájase á esta iglesia por cincuenta escalones muy anchos y espaciosos: son todos de  
jaspe blanco. A poco mas de la mitad de la escalera como se va bajando, á la mano  
izquierda, está el sepulcro de San José, esposo de la Virgen, en una capilla muy pequeña,  
y en la misma capilla está tambien el sepulcro de Simeon el Justo, el que tuvo al Niño  
Jesus en sus brazos, cuando le presentó la Virgen en el templo. A la mano derecha en  
frente de esta capillita hay otra en la cual están los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana,  
padres de la Virgen.

»En bajando á la iglesia, en medio de ella está el sepulcro de la Virgen Santísima.  
Está todo hecho de una piedra y cubierto de mármol fino muy blanco. Aquí decimos misa  
los sacerdotes latinos solamente (4)....

»En saliendo de este santísimo sepulcro, como treinta y tres pasos, se entra en la cueva  
á donde Cristo oró y sudó sangre la noche de su Pasión.»

Difficil es por tanto aceptar las tradiciones griegas acerca de la muerte de la Santísima  
Virgen en Éfeso, ni menos las relativas á la traslacion de su sepulcro á Constantinopla,  
ni en vida de Santa Pulqueria, ni de su esposo el Emperador Marciano.

Puesto que la Iglesia de Jerusalem conserva la tradicion del sitio donde la Virgen fué  
enterrada, y la Iglesia acepta en el rezo del Oficio Divino la narracion de San Juan  
Damasceno, posterior á los tiempos de Santa Pulqueria y del poco seguro Nicéforo, su-  
poniendo el entierro en el huerto de Gethsemaní, parece lo mas seguro y aceptable con-

(1) *Sacri loculi nomen habens.... Divinum loculum et sepulcrales fascias.... ibi reposit.*

Citado por el P. Contucci á la página 179 de la version española.

(2) Evangelio de San Juan, cap. XI, vers. 44.

(3) Prefiero como ya he dicho las sencillas narraciones de este buen fraile español, que estuvo allí hace dos siglos y medio  
y muy de asiento (1626), á las poéticas descripciones de los viajeros franceses, que han recorrido la Palestina á guisa de turistas.  
Mas de doscientas Misas habia dicho el P. Castillo en aquella iglesia, segun refiere el mismo, al describir prolja y candoro-  
samente los riesgos y apuros con que iban entonces allí á decir Misa de madrugada los pobres frailes franciscanos, que han  
sufrido los palos en aquellos parajes, hasta los tiempos presentes, en que, mejoradas las condiciones, ya todos pueden allí ser va-  
lientes.

(4) Hoy, por desgracia, aquel santo lugar se halla en poder de los cismáticos que lo han usurpado á los latinos.



formarse con lo que la Iglesia acepta y la piedad cristiana va transmitiendo en Jerusalem de generacion en generacion.

Para conclusion de la vida de la Santísima Virgen María en la tierra conviene fijar en lo posible, y siguiendo las investigaciones de los críticos piadosos, Baronio, Pagi y otros, las fechas principales de la vida de aquella, por aproximacion, y sin entrar en grandes controversias que aquí fueran impertinentes.

El nacimiento de la Santísima Virgen se supone hácia el año 22 del Imperio de Augusto, calculando que Nuestro Señor Jesucristo nació en el 42 de su Imperio, y que tenía aquella unos 18 años al tiempo de la Encarnacion y nacimiento del Verbo.

Segun este cálculo, y habiendo vivido Nuestro Señor Jesucristo 33 años, tenía Nuestra Señora unos 50 de edad al tiempo de la Pasion y muerte de Aquel. No hay, pues, motivo para pintarla como jóven ó niña en aquel trance.

Habiendo vivido unos 22 ó 23 años despues de la muerte de Jesus, resulta que murió de edad de 72 años cumplidos (1) y hácia el año 55 de la Era vulgar y cómputo comun, cinco años despues de la dispersion de los Apóstoles y quince antes de la ruina de Jerusalem. Su muerte se fija comunmente al día 15 de agosto, en que celebra la Santa Iglesia su tránsito á modo de sueño y su gloriosa Asuncion.

Almas piadosas trabajan hoy día con empeño por que se declare por la Iglesia como punto de fe que la Santísima Virgen fué sublimada al Cielo en carne mortal por su Santísimo Hijo, conforme á la constante tradicion de la Iglesia. Cuán antigua y arraigada sea esta en España lo veremos en el libro siguiente.

Los artistas antiguos figuraron la Asuncion de una manera simbólica muy notable, pues representaban á Jesucristo junto al lecho mortuorio de María, teniendo en las manos una figurita de mujer en actitud de levantarla y dirigirla al Cielo, simbolizando el alma en aquella pequeña figura. Del siglo vi hay relieves con esta representacion.

Pero esta tosca alegoría dejó de usarse así que progresaron las artes, y entonces se substituyó el colocar á la Virgen sobre un grupo de nubes, con las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud extática, y mirando al Cielo, para indicar que se remonta á él, rodeada de Angeles, que acompañan, no ya su alma, sino su cuerpo.

En las catacumbas de Zaragoza se ha creído encontrar otra alegoría de la Asuncion, desde el siglo iv de la Iglesia. En el sepulcro de Santa Engracia se ve una matrona cuya

(1) Esta es la opinion que adopta Augusto Nicolás, apoyándola en la de San Andrés de Creta, oracion 1.<sup>a</sup> y *Dormitione SS. Mariæ*, y refiriéndose á la *Bibliotheca Patrum*, tomo X, pág. 655.

Pero las opiniones y cómputos están muy discordes sobre el asunto. Orsini dice hablando de la incertidumbre acerca de esa fecha: «Eusebio la fija en el año 48 de nuestra Era: segun esto María habria vivido solamente 68 años. Pero Nicéforo, libro 11, cap. XXI, dice formalmente que murió en el año 5.<sup>a</sup> del reinado de Claudio ó sea 45 de la Era vulgar. Entonces, suponiendo que la Santísima Virgen tuviese 16 años cuando el Salvador vino al mundo, habria vivido 61 años; pero Hipólito de Tebas asegura en su *Crónica* que la Santísima Virgen parió de edad de 16 años y murió once años despues de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de comprobar las fechas*, la Virgen murió á la edad de 66 años.»

Por mi parte hallo una razon para darle mas edad. Si la dispersion de los Apóstoles tuvo lugar del año 50 al 51 de la Era vulgar, segun la opinion mas corriente, la Virgen debió morir despues de esa fecha y por tanto de edad de mas de 70 años.

diestra toma otra mano, que sale de entre las nubes, y se ha creído sea la efigie de la Santísima Virgen (1) cuya diestra toma el Eterno Padre para subirla al Cielo.

Por lo que hace á la imagen verdadera del rostro de la Santísima Virgen, preciso es confesar que no existe ninguna que pueda ser considerada como retrato suyo.

Ya desde el siglo v por lo menos se veneraba en Constantinopla una imagen de la Santísima Virgen que se decía pintada por San Lucas. Estaba en la iglesia llamada de los *odegos* (*los guías*), que reparó Santa Pulqueria, la cual puso en ella una efigie que le regaló la Emperatriz Eudoxia y se atribuía al Santo Evangelista (2). Pero hoy día los críticos no admiten ya ni que San Lucas fuera pintor, ni que sean de su mano las muchas y muy varias imágenes que como tales han sido veneradas. Por lo mucho que habló en su Evangelio acerca de la Santísima Virgen, y mas que ningún otro de los Evangelistas, le llamaron los primeros cristianos *el pintor de la Virgen*: de aquí vino el que algunas personas poco instruidas tomaran al pie de la letra este dicho y que luego lo viniera repitiendo el vulgo.

Tres se dice que fueron las principales imágenes de la Virgen pintadas por San Lucas, pero la verdad es que se citan como tales otras muchas. En Roma por de pronto se citan tres:

- 1.ª La de Santa María la Mayor en la capilla de Paulo V.
- 2.ª La del Álamo (*del Populo*) (3) en la via Flaminia.
- 3.ª La de Araceli, que suponen es la que se trajo de Antioquía y regaló á Santa Pulqueria la Emperatriz Eudoxia (4).

Ninguna de ellas se parece á las otras, ni parecen tampoco de la misma mano y de igual estilo, dibujo y colorido.

El Rey Carlos VI de Francia supuso á fines del siglo xiv que había adquirido la efigie de la Virgen pintada por San Lucas y que había sido de Santa Pulqueria, y envió

(1) Así lo defendió el Sr. D. Aureliano Fernandez Goetra en un artículo publicado en la Revista católica titulada *La ciudad de Dios*, año de 1870, alegando razones para probar, que aquel monumento era del siglo iv y que la figura cuya mano toma Dios para subirla al cielo no representa á Santa Egracia sino á la Santísima Virgen. Es punto muy dudoso.

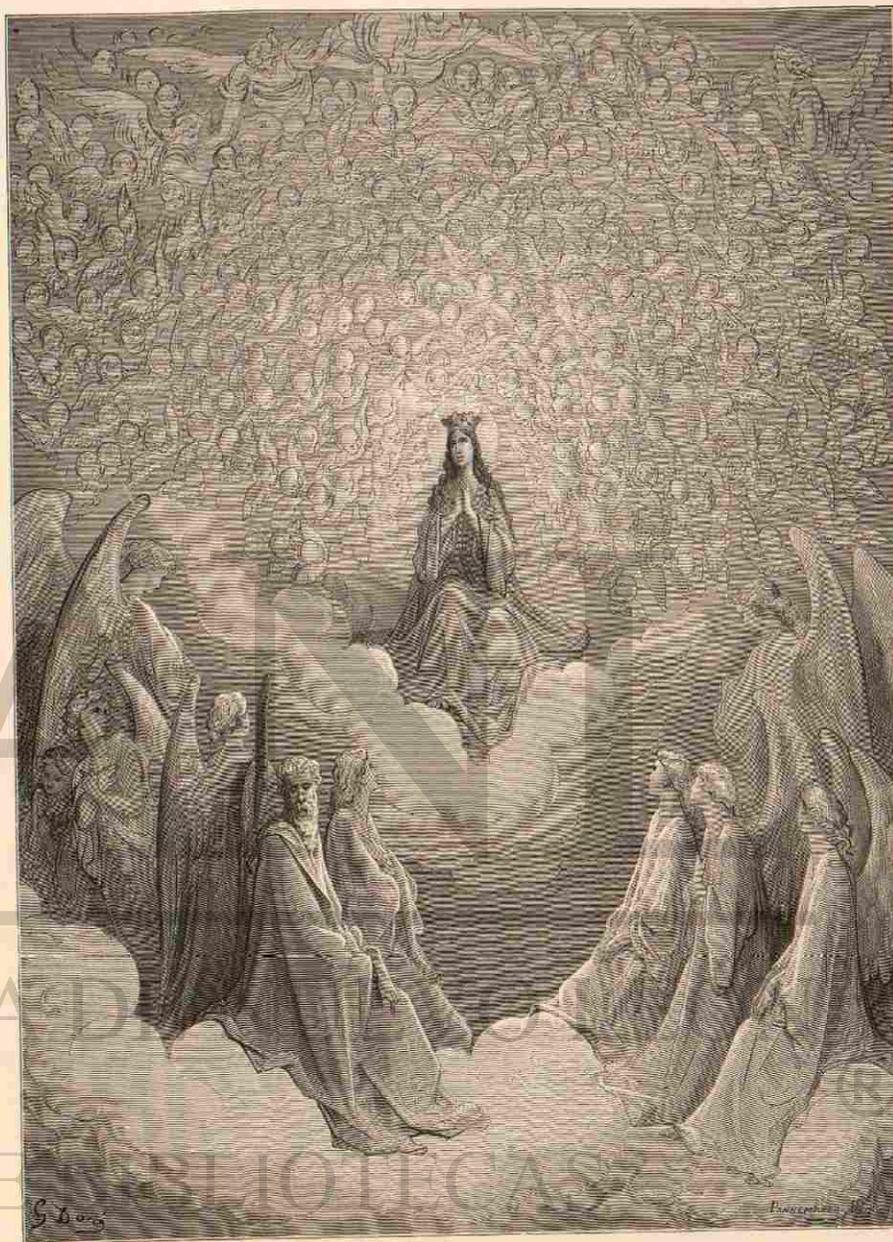
(2) San Jerónimo hablando de San Lucas solo dice que era médico. Si hubiera sido pintor, ¿lo hubiera ignorado San Jerónimo tan erudito y tan versado en las cosas de Palestina donde escribía? Este argumento, aunque negativo, es muy fuerte.

El P. Scio en el prefacio del Evangelio de San Lucas conviene en que San Lucas no fué pintor y esta es hoy día la opinión de la casi totalidad de los críticos piadosos. Además en estas cuestiones no se debe dejar de oír á los artistas piadosos é inteligentes en la historia de las bellas artes, y estos no pueden aceptar como de San Lucas pinturas que revelan procedimientos de épocas posteriores.

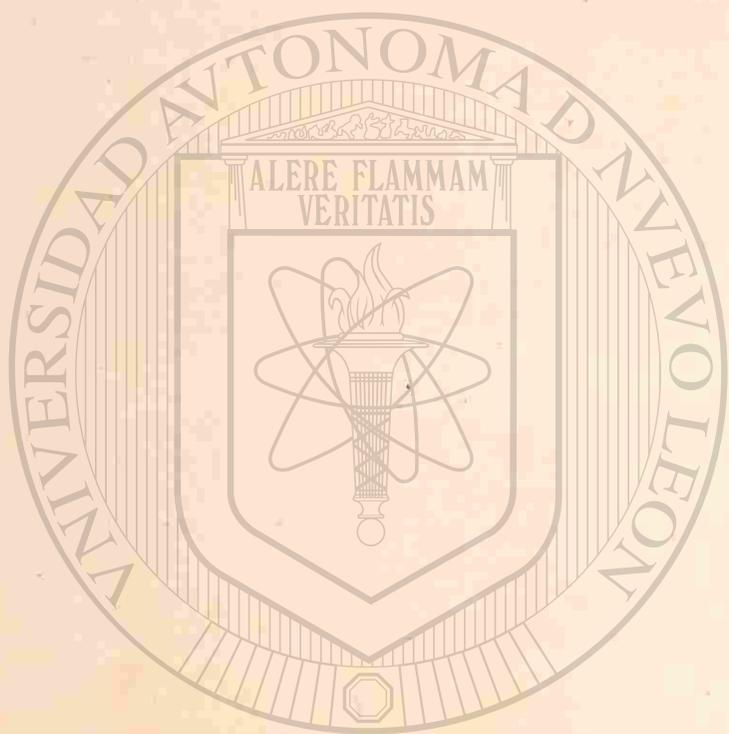
(3) *Populus* en latin significa á veces el álamo, no el pueblo. Traductores ignorantes suelen llamar á esta efigie la Virgen del pueblo. Apareció en un álamo, y de ahí se le dió el nombre. La pintura es bizantina y por el estilo de la de Nuestra Señora del Socorro, objeto hoy día de gran veneracion en la iglesia de los PP. Redentoristas de San Alfonso Ligorio.

En varias iglesias de España he visto altares con la efigie de Nuestra Señora del *Populo*, que mejor se debiera haber dicho *in Populo* ó del Álamo.

(4) El P. Contucci en la Vida de Santa Pulqueria, pág. 179 de la version castellana, consigna la opinion de Ducange *in Constantin. Christ.* pág. 89, libro 4.ª, y dice que aquella iglesia tomó el nombre «por la suma devoción con que toda la ciudad de Constantinopla veneraba la imagen de la Virgen pintada por San Lucas, que en ella se custodiaba...» «Esta es, añade, aquella imagen que Pulqueria recibió de Eudoxia.»



MARIA, REINA DE LOS ANGELES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

copias á varios Reyes, entre ellos á D. Martin de Aragon, y no contento con esto decia su carta, que la efigie tenia algunos cabellos de la Santísima Virgen, puestos sobre su retrato. Mas de esto se tratará en el tomo siguiente.

Como si estas fueran pocas, se citan igualmente como de San Lucas, una en el cerro de la Guardia junto á Bolonia, en un convento de religiosas dominicas dedicado á San Lucas, otra en Santa María la Mayor de Nápoles, otra en la iglesia de la Anunciata de Trápana y otra en un pueblo de Baviera que se dice traída de Creta. Total nueve, y todas distintas (1).

Para aumentar la confusion inventaron los falsarios en España que tambien las de Atocha y la Almudena en Madrid son de San Lucas, haciendo al Santo Evangelista no solo pintor sino tambien escultor, pues que ambas efigies son de escultura.

Aumenta la confusion el examinar las otras varias efigies que se dice haber sido hechas por ministerio angélico, unas en pintura y otras en escultura. De estas tenemos varias en España, pues además de la del Pilar de Zaragoza, hay otra en un convento de religiosas de Murcia y otra en otro convento de religiosas franciscas de Zamora.

De todas estas hablaremos en el siguiente tomo.

Tambien se ha disputado acerca del color, hermosura y disposicion exterior de la Santísima Virgen. Unos han querido suponer que era de una belleza sorprendente, alegando pasajes del libro de los Cantares que no pueden tomarse al pié de la letra y en este sentido, sino en el figurado con que los aplica la Iglesia. Parece indudable que fué bella aun en lo exterior, pero no con sorprendente hermosura, y aun está moderada con una singular modestia y recato de modo que ningun sentimiento desordenado produjera en quien la mirase. La belleza corporal nada significa á los ojos de Dios. Ella, tan sencilla y pura, tan amante del retiro y del recato, ¿para qué necesitaba estar dotada de esos atractivos frívolos y pasajeros de la belleza humana, que las almas santas miran como peligrosos y llegan á odiar algunas veces (2)?

Por igual razon quisieron suponer otros que era de color moreno, tomando al pié de la letra las palabras de los Cantares que le aplica la Iglesia en las antifonas de su rezo. *Nigra sum sed formosa*. Tomadas estas palabras literalmente habria que decir que la

(1) Sobre este punto puede verse á Gretser, cap. XVIII y XIX de su obra *De imaginibus non manufactis*. Benedicto XIV, en su instruccion pastoral 68, habla tambien sobre este asunto.

Carducho en sus *Diálogos de la pintura* (7 fol. 127), y Palomino en su *Museo pictórico* (lib. 2.º, cap. XI), hablan tambien de este asunto.

Acercas de la efigie de Nuestra Señora en Araceeli escribió un libro el obispo y patriarca D. Francisco Jimenez, que se imprimió en Granada de orden del venerable arzobispo D. Francisco de Talavera.

Refiere el P. Gretser que la imagen venerada en Araceeli era la que colocó en Constantinopla Santa Pulqueria, citando á Glicas, el cual dice que el venerable patriarca Germano se llevó esta efigie entre otras que sacó de Constantinopla cuando le destruyó el impio Leon Isáurico.

(2) Prescindiendo de las narraciones de las varias *Santas Barbudas* que se veneran en España y en otros puntos, hay el hecho notable de la Beata Mariana de Jesus, que se desfiguró de intento, para que su belleza no excitase ningun sentimiento impuro. Era de Madrid y vivió en el siglo XVII.

Virgen fué negra, y no morena, pues la palabra *nigra* no se traduce por morena, y para no tener que dar explicaciones difíciles lo mejor es no hacer aplicaciones impertinentes. El que sean negras muchas efigies antiguas de la Virgen tiene una razon bien natural, sencilla y hasta vulgar para todas las personas de regular erudicion. Los colores de que se valian los antiguos y aun se valen algunos pintores modernos para figurar la carne son metálicos, y muy especialmente el minio ó rojo y el blanco de albayalde: estos colores se oxidan y ennegrecen con el tiempo, y las imágenes debieran ser retocadas cuando esto sucede, puesto que el artista al hacerlas no las pintó de ese color negruzco, sino del color natural de la carne (1).

De la vision que tuvo Santa Teresa de Jesus un día de la Asuncion en el convento de Santo Tomás de Avila nos dejó muy curiosas noticias en el libro de su vida (2), y algunas de ellas relativas á su continente exterior. «Era grandísima, dice, la hermosura que ví en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: parecióme Nuestra Señora *muy niña*.»

Pretenden algunos protestantes, que á la Virgen se la debe pintar anciana (3). Esta es una novedad ridícula. Cuando tuvieron lugar los principales acontecimientos de su vida, su desposorio, la Encarnacion del Verbo, la visita á Santa Isabel, el nacimiento del Salvador y la huida á Egipto, niña era y tierna adolescente, que no llegaba á veinte años. Claro está que al representarla al pié de la Cruz no se la debe pintar como niña, pues tenia entonces mas de cincuenta años; pero en todos aquellos otros principales misterios preciso es al pintor cristiano representarla *niña* y de *grandísima hermosura*, cual aquí dice Santa Teresa que la vió, siquiera en aquella vision la gloria sobrenatural y celeste realizase á la belleza corporal y humana que en la tierra tuvo (4).

(1) La supersticion y estupidez del vulgo se han opuesto á estas restauraciones cuando prelados piadosos y sabidos instruidos las han intentado.

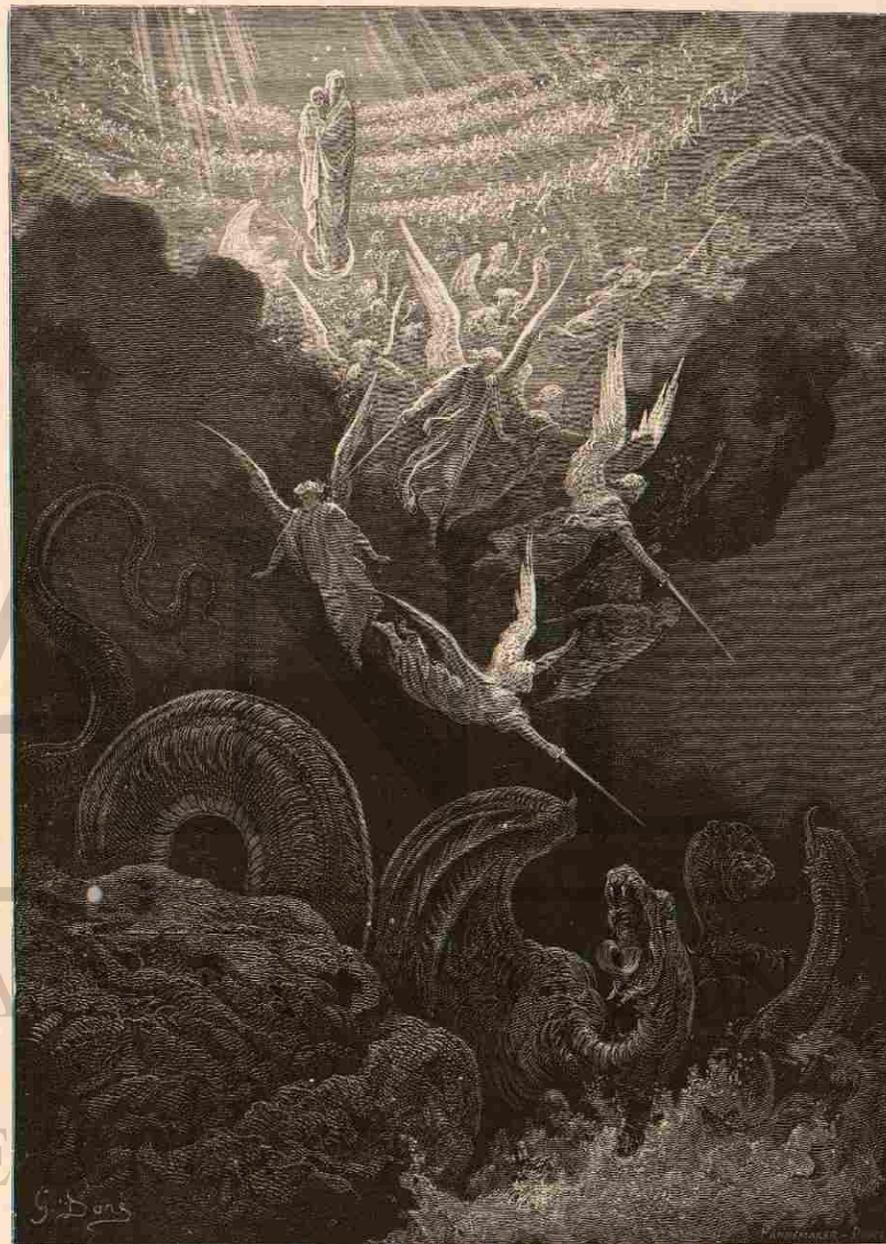
Efigies de estas hay que deberian estar en museos cristianos *especiales* (no mezclados con otros objetos profanos), pero no en los altares, pues inspiran irrision mas bien que devocion, y lo mismo sucede con algunas efigies de Santa Ana y otros santos.

(2) Libro de su vida, cap. XXXIII.

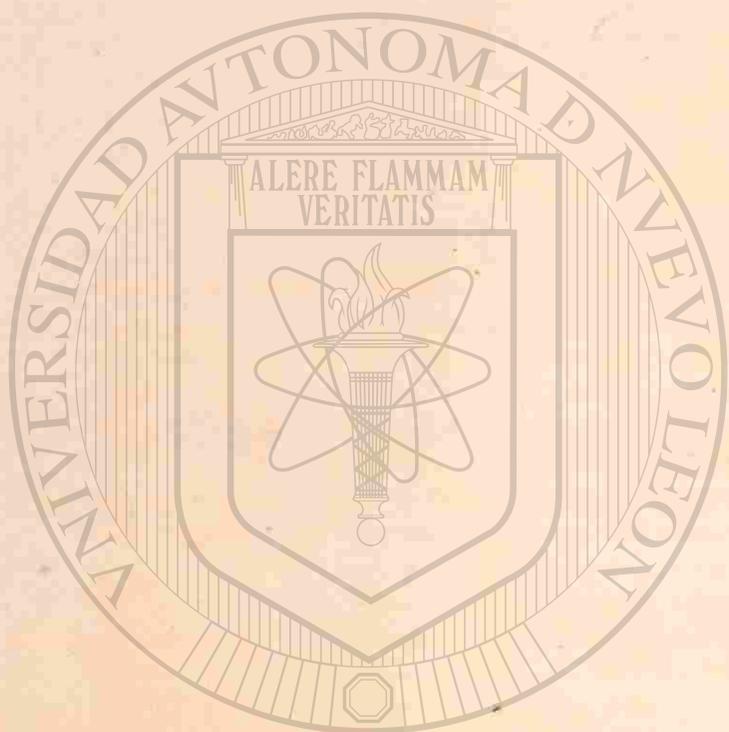
(3) Así lo dice el autor de las cartas publicadas en un folleto intitulado: *La Virgen Maria y los protestantes*, que es uno de los mas estúpidos que han expendido en España.

(4) Contrasta mucho el lenguaje de Santa Teresa con el usado en algunas revelaciones posteriores, donde se habla de la Virgen con una minuciosidad que da mucho que pensar. Santa Teresa no se atreve á describir: es mas, dice que ni sabe ni puede hacerlo. Le sucede lo que á San Pablo.

En otro pasaje de su vida, al fin del cap. XXXIX, dice: «Un día de la Asuncion de la Reina de los Angeles y Señora Nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced que en arrobamiento se me representó su subida al cielo y la alegría y solemnidad con que fué recibida y el lugar á donde está. Decir cómo fué esto yo no sabría.»



LA VÍRGEN CORONADA DE ESTRELLAS (VISION DE SAN JUAN).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XXXI

### CORONACION DE LA VÍRGEN: SU PATROCINIO EN LA IGLESIA: SUS RETRATOS

**T**ENEMOS que figurar las cosas sobrehumanas y celestiales de un modo humano y por lo tanto imperfecto y bajo, respecto de lo que realmente son en sí. Por ese motivo, para representar el alto poder y gloria á que fué sublimada la Santísima Virgen y que disfruta en el cielo, gloria muy superior á la de los Ángeles y Santos y de todas las criaturas, aun las mas encumbradas en el Empíreo, tenemos que llamar á esto la coronacion de la Virgen, figurándola efectivamente como una Reina de la tierra adornada con la real diadema. La Iglesia misma la representa así en las antífonas del rezo que son otras tantas jaculatorias y expansiones de su devocion ferviente y pura. En una de ellas nos dice: «La Virgen María ha sido ensalzada á los reinos celestiales donde está sobre los coros angélicos.» En otra añade que la Virgen María ha sido asunta (1) á un tálamo purísimo, como que es espiritual y etéreo, en el cual está sentado el Rey de los Reyes en un solio tachonado de estrellas.

Pero ¿qué significa todo esto para lo que es en realidad? Coronas, cetros, palmas, tronos, pebeteros, flores, instrumentos de célica melodía pulsados por angélicas manos, rayos de luz cual puede figurarlos la tosca torpeza del pincel humano, resplandores que no dan luz, brillantes que no tienen brillo, ¿qué es todo ello para la realidad de la sublimacion de María en el Empíreo? ¡Oh pobreza de la ejecucion humana! ¡Queremos pintar la luz y hacemos sombras, queremos describir las grandezas del cielo y hacemos figuras de barro!

San Juan que la conoció bien, como sobrino, ahijado y capellan suyo, la describe alegóricamente en el *Apocalipsis*, tal cual suele pintarla por lo comun la Iglesia Santa al figurar su Concepcion bendita. «Una mujer rodeada del sol por vestidura, teniendo la luna bajo sus piés y coronada su cabeza con doce estrellas (2). El dragon que perdió á

(1) El participio *Asunta* se ha usado en buen lenguaje dejando el de *Asumida* para otros casos; así como se dice con distintas aplicaciones *presumido* y *presunta*. La *Asunta* llaman todavía en algunas partes á la efigie de la Virgen que representa la Asuncion.

(2) *Mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim.* (San Juan, *Apocalipsis*, capítulo XII, vers. 1.<sup>o</sup>).

Por eso suele pintársela rodeada de resplandores, con la luna á los piés, oprimiendo con su planta una serpiente, y con un círculo de doce estrellas alrededor de su cabeza.

la mujer primera acecha á esta otra para morder su talon, segun la sentencia divina al prometer al hombre su remedio. Pare ella un varon que ha de regir al mundo con cetro de hierro, símbolo de la justicia eterna. El Hijo de la Virgen es arrebatado hasta el trono de Dios, y entre tanto la mujer misteriosa, la pura por excelencia, y por excelencia humilde, huye á la soledad y se retira por muchos años en su apreciada vida escondida (1).»

David la habia visto á la diestra de su Hijo, con vestido recamado de oro y con bordados de variados colores.

La Iglesia, en la fiesta de la Asuncion, la aplica muchas de las frases epitalámicas de Salomón en el libro de los *Cantares*, aludiendo, no tan solo al tránsito y á la Asuncion, sino tambien á la coronacion de la misma. «¡Qué hermosa eres, amiga mia! ¡qué bella estás! Son tus ojos como de paloma.... Parecen tus labios una cinta de grana y tu cuello á la torre de David ceñida de almenas. Bello es tu conjunto, amiga mia, y no hay en tí mancilla alguna. Ven del Líbano, esposa mia, ven del Líbano para ser coronada, para ser ensalzada cual si estuvieras en lo alto de Amaná y en las cumbres del Sanir y del Hermon (2)!»

La Iglesia Santa le aplica igualmente aquellas aclamaciones de los habitantes de Betulia á la valerosa Judit: «¡Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú el mas honroso ornamento de nuestro pueblo (3)!»

Aquí se prelude ya otro concepto. Despues del Tránsito viene la Asuncion, en pos de la Asuncion la Coronacion de gloria y en la eterna gloria, en pos de esta el patrocinio santo de la Iglesia y la invocacion de la Iglesia acudiendo á su amparo. Y en pos de la Iglesia Santa, ó con ella, por mejor decir, vienen los Santos Padres aclamándola. San Atanasio en el sermón de la Asuncion la supone colocada en la diestra del mismo Dios (4).

Su gloria en el cielo, dice San Basilio, sobrepuja á la de todos los bienaventurados (5).

Nuestro compatriota San Ildefonso, singular devoto y favorito de la Santísima Virgen, añade que esta gloria es incomprendible para los mortales, porque así como lo que ella hizo no tiene comparacion con lo que hacemos nosotros, así tambien son incomprendibles el premio y la gloria que por ende mereció entre todos los Santos (6).

Ampliando San Bernardo este mismo concepto, añade: «Tanto como tuvo de gracia en la tierra, otro tanto le corresponde de gloria singular en los cielos (7).»

(1) *Et peperit filium masculum, qui reclusus erat omnes gentes in virga ferrea: et raptus est Filius ejus ad Deum, et ad thronum ejus. Et mulier fugit ad solitudinem ubi habebat locum paratum à Deo* (San Juan, Apocalipsis, capítulo XII, vers. 5 y 6.)

¡Qué expresivo es ese concepto de la Virgen reconcentrándose en la soledad despues de la Ascension de su Hijo!

(2) *Cantic. Cant. cap. IV.*

(3) *Tu, gloria Jerusalem, tu, letitia Israel, tu, honorificentia populi nostri.* (Judit, 15, vers. 10.)

(4) *Collocatur Maria à dextris Dei* (De Assumpt. B. Virginis).

(5) *Maria universos tantum excidit, quantum sol reliqua astra.* (Nat. de An.)

(6) *Sicut est incomparabile quod gessit, ita et incomprehensibile primum et gloria inter omnes sanctos, quam meruit.* (Sermón 2.º de Assumpt.)

(7) *Quantum enim gratia in terris adepti est, tantum et in caelis obtinet glorie singularis.*

El Señor profeta accecha á esta vida para recordar su talon, segun la sentencia divina al presentarse al hombre su reavido. Para ella un varon que ha de regir al mundo con ceño de hierro, simbolo de la justicia eterna. El Hijo de la Virgen es arrebatado hasta el trono de Dios, y entre tanto la madre, para por excelencia, y por excelencia humilde, huye á la solitud y se retira en su apreciada vida escondida (1)

David la habia visto en la diestra de su Dios, habian estado recamada de oro y con bordados de variados colores.

La Iglesia, en la fiesta de la Asuncion, no tan solo al tránsito y á la Asuncion, sino tambien á la coronacion de la Virgen. «Que hermosa eres, amiga mia! que bella estas! Son tus ojos como de esmeralda... Parecen tus labios una cinta de grana y tu cuello la torre de David cañida de almonas. Bello es tu conjunto, amiga mia, y no hay en tí maravilla alguna. Ven del Libano, esposa mia, ven del Libano para ser coronada, para ser en silaba cual si estuvieras en lo alto de Amaná y en las cumbres del Sanir y del Hermon (2)»

La Iglesia Santa le aplica igualmente aquellas aclamaciones de los habitantes de Betulia á la valerosa Judit. «Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú el mas hermoso ornamento de nuestro pueblo (3)»

Aquí se preludia otro concepto. Despues del Tránsito, viene la Asuncion, en pos de la Asuncion la Coronacion de gloria y en la eterna gloria, en pos de esta el patrocinio santo de la Iglesia y la renovación de la Iglesia acudiendo á su amparo. Y en pos de la Iglesia Santa, ó como ella se llama, vienen los Santos Padres aclamándola. San Atanasio en el sermón que le dedica la propone colocada en la diestra del mismo Dios (4).

Su gloria en el cielo le sobrepuja á la de todos los bienaventurados (5).

Nuestro compatriota San Jerónimo, singular devoto y amante de la Santísima Virgen, añade que esta es la gloria que se merece para los mortales, porque así como lo que ella hizo no tiene comparación con lo que nosotros hacemos nosotros, así tambien son incomparables el premio y la recompensa que se merece entre todos los Santos (6).

Ampliando San Jerónimo este concepto, añade: «Fanta como tuvo de gracia en la tierra, otro tanto tendrá de gloria singular en los cielos (7)»

(1) Spiritu filium inducitur, et in sinu eius se recipit, et in sinu eius se recipit, et in sinu eius se recipit. (Sermón 2.º)  
(2) Quis est iste? Quis est iste? Quis est iste? (Sermón 2.º)  
(3) Tu gloria Jerusalem, tu gloria Sion, tu gloria Jerusalem. (Judit, 13, vers. 16.)  
(4) Sancta Mater, sancta Mater, sancta Mater. (Sermón 2.º)  
(5) Magna virtutum laqueus, virtutum laqueus, virtutum laqueus. (Sermón 2.º)  
(6) Magna est laqueus virtutum, virtutum laqueus, virtutum laqueus. (Sermón 2.º)  
(7) Virtutum laqueus, virtutum laqueus, virtutum laqueus. (Sermón 2.º)



La Tabla. Ome 3

M. Pispachel

CORONACION DE MARIA

Copia de una pintura del siglo XV.

Su colocación sobre los coros angélicos la asegura Santo Tomás, y la funda en que, así como tuvo el mérito de todos y aun mucho mas, así tambien le corresponde el ser colocada sobre todos los órdenes celestiales (1).

Finalmente, San Anselmo dice que Jesucristo subió á los cielos antes que su Madre á fin de prepararle allí trono en su reino y á fin de salirle al encuentro solemnemente con toda la corte celestial, ensalzándola del modo mas sublime, cual cumplia hacerlo con su propia Madre (2).

Fácil fuera añadir otros muchos y no menos expresivos testimonios de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia antiguos y modernos (3). Baste con estos para prueba y para muestra.

La Iglesia Santa desde los primeros tiempos la dirige fervientes preces y la honra con solemne culto. El Concilio de Éfeso la declara Madre de Dios (*Teotocón*) y condena al hereje Nestorio que le negaba este dictado. Reune á la salutación angélica la de su prima Santa Isabel, y añadiendo á los dos saludos inspirados por Dios la decision ecuménica, forma una tan dulce como breve plegaria que repetimos con frecuencia:—«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

En pos de esta antiquísima y breve plegaria viene otra que llamamos la *Salve*, quizá de origen español, en que principiámos saludándola tambien y apellidándola *Reina* y Madre, no solo de Dios sino de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; y mas adelante en otro precioso himno la llama *Estrella del mar*.

Multiplicanse desde el siglo XII en adelante las preces, los rezos, las devociones, los institutos religiosos destinados á servir á Dios y á la Iglesia bajo su advocacion, enseña y patrocinio. La Iglesia la toma por su especial protectora y abogada, estableciendo fiesta especial de este santo patrocinio.

San Pio V, despues de la victoria de Lepanto, hizo añadir en la letanía lauretana el título de Auxiliadora y amparo de los Cristianos. El papa Pio VII en medio de su cautiverio en Savona, y lleno de angustias y grandes tribulaciones, coronó la cénig de la *Virgen de la Misericordia* en aquel pueblo.

Libre ya del cautiverio y reconociendo que á la Santísima Virgen se debía este grande y casi milagroso evento, estableció que se celebrase el día 24 de mayo fiesta especial en honor de la Santísima Virgen bajo la advocacion especial de Amparo de los Cristianos (*Auxilium Christianorum*) (4). La de su Santo Patrocinio se celebra comunmente en el

(1) *Sicut habuit meritum omnium et amplius, ita congruum fuit ut super omnes ponatur ordinis celestis.* (De Libro de Sol. Sand.)

(2) *Prudentiori consilio illam præcedere volebas quatenus in regno tuo ei locum preparares; et sic comitatus tota curia tua festinus ei occurrens, sublimius, sicut decebat, tuam Matrem ad Te exaltaret.* (De excel. Virg. cap. VIII.)

(3) Los seis textos anteriores se han entresacado de los dos discursos acerca de la Asuncion, escritos por San Alfonso de Liguorio en sus *Glorias de María*, en especial el segundo á la pág. 381 y siguientes de la version española. Allí puede el que guste encontrar otros muchos textos de Santos Padres relativos á este asunto.

(4) Narra esto minuciosamente la leccion 6.ª del rezo, sacada, como allí se dice, *ex publicis monumentis*. Es muy curiosa.

mes de octubre (1) y en su rezo la Iglesia sustituye á las palabras *tuam sanctam festivitatem* las de *tuum sanctum patrocinium*. Finalmente Su Santidad el papa Pío IX (que Dios haya) accediendo á los votos unánimes de toda la Iglesia, despues de muchas y fervientes oraciones, larga y madura deliberacion, oyendo los votos y dictámenes casi unánimes de todos los sabios del mundo, y con asistencia de un gran número de cardenales y obispos de todo el orbe católico y de las mas distantes y apartadas regiones, declaró como dogma y punto de fe indudable la Concepcion inmaculada de la Santísima Virgen desde el primer instante de su sér natural, cuya declaracion dogmática tuvo lugar el dia 8 de diciembre del año de 1854. Esta declaracion dogmática dada en el Vaticano y aceptada, no solo sin dificultad, sino con unánime aplauso del catolicismo, dejó ya preludiado el que, allí mismo y 16 años despues se definiera el otro dogma de la Infallibilidad Pontificia, pues, á la verdad, aceptada la Bula *Ineffabilis Deus* (2) como dogma y punto de fe, y por tanto cosa infalible, ¿qué dificultad tenía ya el otro punto consignado en la otra Bula *Pastor aeternus*? Era preciso ser consecuentes, y los que habian acatado y aceptado la declaracion dogmática pontificia de la Concepcion Inmaculada no podian ya en buena lógica, prescindiendo de mas altas consideraciones, dejar de aceptar como dogmática la Infallibilidad Pontificia.

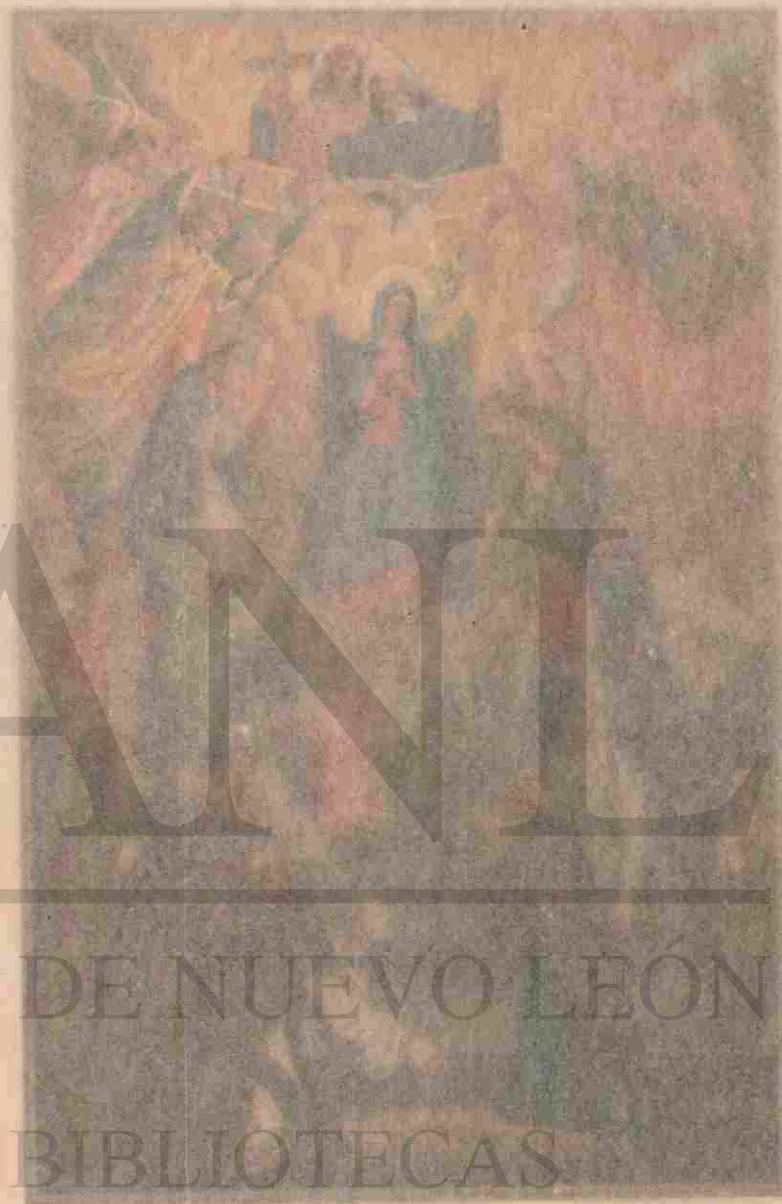
La Divina Providencia ha dispuesto que vieramos este gran triunfo de la Virgen María en la tierra, manifestacion del suyo sobrenatural y celeste en la eterna gloria, y que al compás que crecen las tribulaciones de la Iglesia y del catolicismo, y cunden la impiedad, la inmoralidad, el rebajamiento social y el indiferentismo religioso, se aumenten la devocion á la Virgen María, el esplendor y pureza de su culto y la confianza en su santo amparo y patrocinio. Sirva de algo para tan santos fines y piadoso objeto este humilde escrito de la vida de la Santísima Virgen María en que no cabe ya decir cosas nuevas, sino expresarlas con alguna mayor galanura y novedad, y para terminarla y asociándonos todos al fervor de la Iglesia Santa, de la nacion española que la reconoce por su especial Patrona, de los fieles todos del mundo católico, digamos esa interesante plegaria del Oficio divino:

*¡Bajo tu amparo nos ponemos, oh Santa Madre de Dios: no desoigas nuestras plegarias cuando á ti acudimos en medio de nuestros apuros, antes bien libranos de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita!*

(1) En la Dominica 4.<sup>a</sup> de octubre ó 2.<sup>a</sup> de noviembre.

(2) La leccion 4.<sup>a</sup> en el nuevo rezo de la Inmaculada Concepcion está tomada de la Bula dogmática y principia con sus palabras mismas: *Ineffabilis Deus, cujus vix misericordia et veritas.*

FIN DE LA VIDA DE LA VIRGEN MARÍA



MARIA AMPARO DE LA ESPERANZA

Capa de una pintura del siglo XV

mes de octubre (1) y en su seno la Iglesia santifica a tal patrona con su santísima festi-  
vidad de la Unión Suavia. Proclamada por el papa Pío IX (que  
Dios haya) accediendo a sus votos venidos de todas las Iglesias, después de muchas y  
fervientes oraciones...

...con el número de cardenales y  
...regiones, declaró con  
...la Santísima Virgen desde  
...tuvo lugar el día 8 de di-

...Vaticano y aceptada, no  
...preludiado el que,  
...alibilidad Pontificia,  
...y punto de fe; y por  
...consagrando en la otra Bula

...habían aceptado y aceptado la  
...no se han ya en buena  
...de aceptar como dogmática la

...trunfo de la Virgen  
...la eterna gloria, y que  
...cuidamos, y cunden la impie-

...religioso, se aumenten la  
...culto y la confianza en su santo  
...y piadoso objeto este humilde es-

...en que no cabe ya decir cosas nuevas, sino  
...y para terminarla y asociándonos to-

...la reconoce por su especial  
...ofreciente plegaria del Ofi-

...nuestras plega-

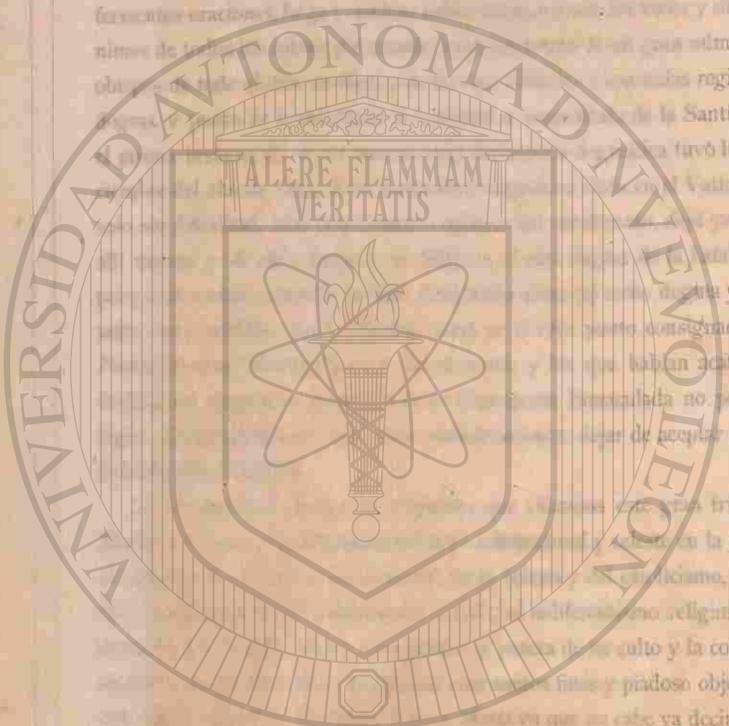
...de todos los

...y plegaria con su

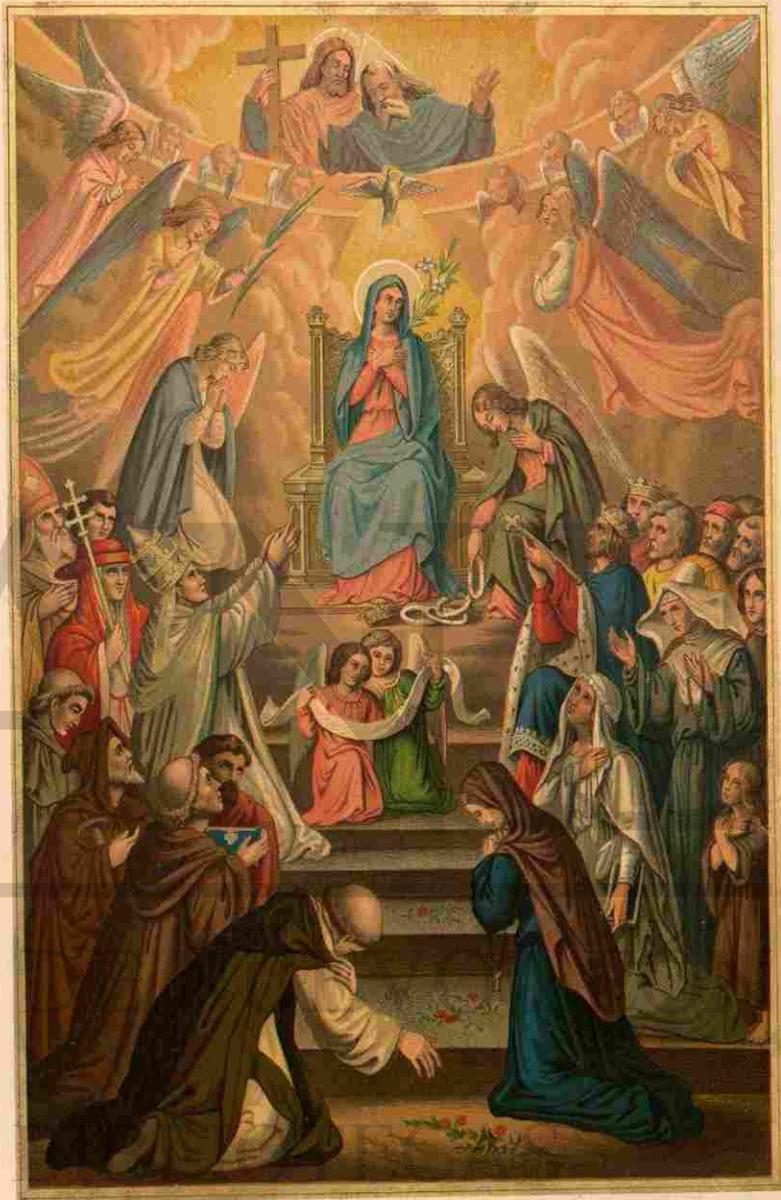
...

...

...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



La Labelle. Olyn. 8

Al. Fogadas. lit.

MARIA, AMPARO DE LA IGLESIA.

Copia de una pintura del siglo XV.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CORONA POÉTICA

A LA

## VIRGEN MARIA

CON MAS DE CIENTO POEMAS DE NUESTROS POETAS MAS ILUSTRES ANTIGUOS Y MODERNOS,

ALUFIAS A LOS HECHOS MAS GLORIOSOS DE SU VIDA

INVOCACIONES DE VARIOS POETAS PARA CANTAR LAS GLORIAS DE MARIA

Santa Virgen escogida,  
De Dios madre muy amada,  
En los cielos ensalzada,  
Del mundo salud é vida.  
Del mundo salud é vida,  
De muerte destruímento,  
De gracia llena é cumplida,  
De cuidados salvamiento;  
De aqueste dolor que siento  
En presion sin merecer,  
Tú me dona estorcer  
Con el tu merecimiento.

Con el tu merecimiento,  
Non catando mi maldad  
Nin mi desmerecimiento,  
Mas la tu propia bondad;  
Yo confieso, en verdad,  
Que só pecador errado,

De tí sea ayudado  
Por la tu virginidad.  
Por la tu virginidad,  
Que non ha comparacion,  
Nin hubiste igualdad  
En obra é intencion;  
Cumplida de bendicion,  
Magüer non só mereciente,  
Venga á tí, Señora, en miente  
De cumplir mi peticion.  
De cumplir mi peticion,  
Como á otros la cumpliste;  
Sácame de tentacion,  
En que só caído triste;  
Pues poder has é hubiste,  
Tú me guarda en tu mano,  
Bien acorres muy de llano  
Al que quieres é quisiste.

Juan Ruiz, arcipreste de Hita.

Señora, estrella luciente,  
Que á todo el mundo guia,  
Guia á este tu sirviente,  
Que su alma en tí fia.

A canela bien oliente,  
Señora, eres comparada,  
De la mirra del Oriente

Has loor muy señalada;  
A tí fas clamor la gente  
En sus cuitas todavía,

Quien por pecador se siente  
Llama á Santa María.

Al cedro en la altura  
Te comparó Salomon.

La Iglesia tu ferrosura  
Al ciprés del monte Sion;  
Palma fresca en verdura,

Fermosa y de gran valía,  
Y oliva la Escritura  
Te llama, Señora mía.

De la mar eres estrella,

Del cielo puerta lumbrosa,  
Después del parto doncella,  
De Dios-Madre, Fija, Sposa.

Tú amansaste la querella  
Que por Eva nos venía,

Y el mal que fizo ella  
Por tí hubo mejoría.

Pero Lopez de Ayala.

Por cierto, musa mía,  
Muy gran razon seria  
Que diésemos de mano  
Al vano trastear del mundo vano.

Mudemos el señuelo  
A las cosas del cielo,

Porque infinito yerra

Quien le pone en las cosas de la tierra.

¡Oh Virgen y Señora,

A quien el cielo adora!

Sed vos de aquí adelante

El blanco y fin de cuanto escriba y cante.

Mas vuestra luz serena

Influya oro en mi vena,

Porque el alto conceto

Se ilustre al rayo de tan alto objeto.

Que es vil la ciencia nuestra,

Y en comparacion vuestra,

No tiene estima alguna

Cuanto hay bajo del cielo de la luna.

Mas ¿qué digo en el suelo?

Si tampoco en el cielo

Hay pura criatura

Que no se humille á vuestra inmensa altura.

Admiradas se humillan

¡Oh Reinal y se arrodillan

A vuestros piés reales

Todas las hierarquías celestiales.

Los ángeles hermosos

Y arcángeles gloriosos,

Con las dominaciones,

Os adoran y dan mil bendiciones.

Tambien los principados

Y tronos encumbrados,

Potestades, virtudes,

Os dan perpetuas loas y saludes.

Los sabios querubines

Y ardientes serafines

A vuestros piés se asientan,

Y en sus cabezas de oro los sustentan.

Los santos patriarcas,

Profetas y monarcas

Y apóstoles sagrados

Se glorían de ser vuestros criados.

Y á proporcion de aquesto,

¡Oh Virgen! todo el resto

De santos y de santas

Pornán la boca adonde vos las plantas.

Sois de beldad abismo,

Pues el Hacedor mismo

De la naturaleza

Se enamoró de vuestra gran belleza.

Y así, vos sois la hermosa,

Y cualquiera otra cosa

Bajo de Dios criada,

De vuestra lumbré queda deslumbrada.

Mas hay un negro abuso,

En todo el mundo intruso

Por trovadores vanos,  
De usurpar vuestros nombres soberanos.  
Dan estos poetillas  
A cuantas mujercillas  
Hermosas les parescen,  
Los nombres que á vos sola pertenescen.

Llámanlas mas que humanas,  
Divinas, soberanas,  
Y deas celestiales,  
Estando llenas de un millon de males.

Dicen á sus cabellos  
Que el sol no luce ante ellos  
(Notad que es lindo chiste),  
Siendo excremento de su cuerpo triste.

Intitulan divinos  
Unos ojos malinos,  
Incidadoras furias  
De carnales antojos y lujurias.

También llaman divina  
Una boca ladina,  
Cuya lengua contino  
Es como tarabilla de molino.

Y llaman esos vanos  
Divinas unas manos,  
Que aunque mas señoriles,  
Sirven al cuerpo en menesteres viles.

No sé cómo no acaban  
De ver que esas que alaban  
Son unos gusanillos  
Que al fin la tierra en sí ha de convertillos.

¡Oh pues, Reina excelente,  
Y cuán injustamente  
La gente pecadora,  
Dejando á vos, de aquellas se enamoral  
Siendo vos sola aquella  
Mas amable y mas bella  
Que todas las del suelo  
Y que todos los ángeles del cielo.

A vos pues sola honremos,  
Y á sola vos amemos,  
Despues de Dios eterno,  
De un amor grande, afectüoso y tierno.

Pues á vos solamente  
Conviene propiamente  
Llamaros mas que humana,  
Divina idea y diosa soberana.

Damian de Vegas.

No sois vos, Vírgen santa y escogida,  
Un Dios que riges el estrellado velo,  
Ni sois tampoco vos el mismo cielo,  
No luna, sol, ó estrella conocida.

Ni sois tampoco vos la misma vida,  
No ángel de ligero y presto vuelo,  
Ni como cosa alguna acá del suelo,  
Por mas bella que sea y mas lucida.

Digo lo que no sois, porque deciros  
Lo que sois, imposible me parece;  
A Dios es reservado tal tesoro.

Solo el que solo pudo producirlos,  
A quien toda esta máquina obedece,  
Podrá decir de vos bocados de oro.

Fray Alvaro de Hinojosa.

Empieza, musa mia. — No sé dónde.

—¿No ves algun principio?— No lo veo.

—Pues mira por el fin.— También se esconde.

—¡Oh soberano bien! ¡Oh rico arreo!

Qué, ¿tanto hay que decir? Habla, responde.

—Excede la materia á tu deseo.

—¡Oh Vírgen soberana, en tanta suma

Permite divagar mi tarda plumal

Fuente manantial, de gracias llena,

Vírgen esclarecida, que habeis dado

Al mundo libertad, que en la cadena

Estaba de Satan por el pecado;

Favor os pido, Virgen muy serena,  
Para poder seguir lo comenzado:  
Aunque es cuento do no se halla cuento  
Tratar de vuestro gran merecimiento.

Juan Lopez de Ubeda.

Á LA PURÍSIMA CONCEPCION DE MARÍA

A todos los espíritus amantes,  
Que en círculo de luz inaccesible  
Forman anfiteatros celestiales,  
Dijo el Padre comun, ya no terrible  
Vibrando rayos vengativos, antes  
Con manso aspecto, grato á los mortales:  
«Ya es tiempo de admitir á los umbrales  
Del reino eterno los del bajo mundo,  
Que su gemido y su miseria vence.  
Y porque la gran obra se comience,  
Muestre la idea del saber profundo  
Su concepto fecundo,  
La preservada esposa; que en saliendo,  
El pacífico cetro de oro extendiendo,  
»Con general aplauso el universo  
Se disponga á su próspera mudanza.  
El Libano sus cumbres aperciba,  
Para el cedro gentil, nueva esperanza,  
Que por mis manos fabricado y terso,  
Arca ha de ser incorruptible y viva.  
En santos resplandores se conciba,  
Aunque de humanos padres; que el rocío  
Al vellocino místico dos veces  
Fiel, que pidió el mas fuerte de los jueces,  
Mas abundante la tercera envió;  
Y otra el caudillo mio  
Vea la zarza ardiendo, y que las llamas  
Guarden fe á la verdura de sus ramas.  
»Que todo ha de ser luz, todo pureza;  
Instante de tiniebla, instante de ira

No le ha de haber en mi divina esposa.  
Para ella el mar sus ímpetus retira,  
El mar comun de la naturaleza  
En forma de muralla prodigiosa.  
Sigue el orden del tiempo; mas reposa  
Desde la eternidad en estos techos,  
Por donde, sin que cosa se le estorbe,  
Discurre por las fábricas del orbe,  
Su trabazon y vínculos estrechos,  
Con que por mí están hechos,  
Considera y entiende; y en sus cumbres  
Asiste, y se corona de sus lumbres.  
»Tal conviene que sea el trono augusto  
Que ha de ocupar el vencedor eterno.  
La púrpura real, de que se viste,  
Armas que han de poner yugo al infierno,  
Encadenando al posesor injusto,  
No participen del origen triste.»  
Dijo; y el serafín puro que asiste  
A la altísima silla mas vecino  
Despide alegre músicos acentos,  
Responden luego voces é instrumentos,  
Suenan todo el palacio cristalino;  
El júbilo divino  
Pasó al limbo, y al fin se parecía  
Que la naturaleza se reía.

Vióse por las regiones altas luego  
Mover las plumas candidas luciente,  
Descendiendo á la tierra, el ángel santo,  
Como tal vez exhalacion ardiente,  
Dejando surcos rápidos de fuego,  
A los ojos humanos pone espanto,  
Y con divino (aunque corpóreo) manto  
Al uno y otro estéril se presenta,  
Progenitores tuyos, Virgen Madre,  
Y el gran decreto del eterno Padre  
(Venerándolos ya por tí) les cuenta.  
Así de culpa exenta

Veniste al mundo, hija de tu Hijo,  
 Del designio de Dios término fijo.  
 Pero ya es bien que de la nube oscura  
 De alabanzas mortales  
 Saques, oh sol divino, tu luz pura,  
 Y á nuestro estilo y versos desiguales  
 (Sombra que se le opuso)  
 Sacro silencio y éxtasis suceda;  
 Que del discurso suspendiendo el uso,  
 Levante el alma á la tercera rueda.

Bartolomé Leonardo de Argensola.

Sois palma excelsa, ¡oh Vírgen! triunfadora  
 Del árbol del error. Sois verde oliva,  
 Que en lo supremo de las aguas mora,  
 Verde á pesar de su diluvio y viva;  
 Sois vid, que el golpe de la hoz ignora,  
 Ciprés, que, exento de la muerte esquiva,  
 Anuncia muerte con funesta guerra  
 Al que esperaba derribarle en tierra.  
 Sois lirio asido á la pungente y dura  
 Rama de espinas, y jamás violado;  
 Rosa, cuya beldad intacta y pura  
 No marchitó la noche y viento helado.  
 ¡Oh sin igual, purísima criatura,  
 Que, preservada del comun pecado,  
 Sois, en desprecio suyo, victoriosa  
 Palma, oliva, ciprés, vid, lirio y rosa!  
 Sois plátano de ramas tan copioso  
 Al fértil riego de perpetua fuente,  
 Que nunca el hielo su verdor frondoso  
 Ha penetrado, ni el agosto ardiente;  
 Mirra escogida, bálsamo oloroso,  
 Cuya interna virtud perpetuamente  
 Os reservó incorrupta y sin ofensa  
 Contra el contagio de la culpa inmensa.  
 Sois el cinamo de fragante y fina  
 Especie, oculto en aspereza tanta,

Que ni guadaña al tronco se avecina,  
 Ni falta un ramo de la fértil planta.  
 ¡Oh en los humanos excepcion divina,  
 Y del Criador imágen sacrosanta!  
 Por mil blasones dignamente os llamo  
 Plátano, mirra, bálsamo, cinamo.  
 Sois torre ebúrnea, altísima y fundada  
 Para asilo feliz del bando amigo,  
 Que su notoria inmunidad sagrada  
 Fué siempre incontestable al enemigo;  
 Ciudad, en cuya cerca levantada  
 No abrió el contrario entrada ni postigo,  
 Escala del Olimpo, inaccesible  
 Al pié atrevido de la bestia horrible.

Puerta, que aun antes que su Autor la abriera  
 Ya estaba al adversario defendida;  
 Fuente, que al áspid y culebra fiera  
 Dios negó de sus ondas la bebida.  
 ¡Oh en soberanas honras la primera,  
 Sin sombra de pecado concebida!  
 Bien sois con semejanza preeminente  
 Torre, ciudad, escala, puerta y fuente.  
 Sois encendido sol, y tan fogoso,  
 Que no permite congelar nublado,  
 Ni el factor de las sombras espantoso  
 Ha visto el globo de su luz turbado;  
 Sois lucero del alba luminoso,  
 Que en los solares rayos inflamado,  
 Huye el eclipse lóbrego funesto,  
 Cercano siempre al sol y nunca opuesto.

Norte, que de las ondas se retira,  
 Sin ver jamás en ellas triste ocaso;  
 Luna, que al sol supremo siempre mira,  
 Ni el mundo estorba de su vista el paso.  
 ¡Oh singularidad que al cielo admira!  
 Rindo á tan pura luz mi ingenio escaso,  
 Pues no se incluye en alabanza alguna  
 Vuestro sol y lucero, norte y luna.

Juan de Jáuregui.

Plantó el Criador para el Adán primero,  
 Un paraíso, estancia, aunque terrena,  
 De recreacion y de belleza inmensa,  
 Tan puro y limpio, que la mancha ajena  
 No pudo consentir, lanzando al fiero  
 Agresor primitivo de la ofensa.  
 Trazada la costosa recompensa  
 Del grave mal por el Autor del mundo,  
 En vos plantar, oh pura Virgen, quiso  
 Segundo paraíso,  
 Y recreacion para el Adán segundo.  
 ¿Quién, pues, dirá que entre sus limpias flores  
 Hallar pudo la culpa alojamiento?  
 Ya fuera conceder al hombre vano  
 Mas pura habitacion que á Dios humano.  
 Huerto florido siempre, y siempre exento,  
 Y defendido sois de los errores,  
 Dando fragancia eterna sus olores,  
 No á Adán, vencido ya de la serpiente,  
 Mas al que oprime su soberbia frente.  
 Labor mas noble, sólida y entera  
 Fué reparar el mundo y renovallo,  
 Estableciendo en él la Iglesia santa,  
 Y mas difícil que lo fué el criallo;  
 Y si en aquella fábrica primera  
 Fué el primer hombre fundamento y planta,  
 Y tuvo original justicia tanta,  
 En esta mejor fábrica segunda  
 Sois, Virgen, vos principio y fundamento;  
 ¿Diremos que el cimientto  
 Fué ya minado de la culpa inmundada?  
 Obra tan rara, y en la esencia trina,  
 Tantos y tantos siglos meditada,  
 Y enriquecida de costoso arreo,  
 ¿He de pensar que de un error tan feo  
 Fué en el primero límen deslustrada?  
 Afirmaré mejor que la divina  
 Mente os previno, como piedra fina,

Para ilustrar en su labor el puesto,  
 Do siempre estriba el edificio enhiesto.  
 Préciase tanto el humanado Verbo  
 De Redentor, que no le satisface  
 Un simple modo de ejercer la hazaña;  
 Y si levanta al mísero, que yace  
 Rendido á manos del error protervo,  
 Tambien con mas ilustre y sabia maña  
 Querrá oponerse á la contraria saña,  
 Preservando tal vez y el saludable  
 Socorro anticipando á la caída,  
 Pues siendo socorrida,  
 Se liberta del golpe inevitable.  
 Redencion perfectísima, empleada,  
 Oh Reina, en vos, cuyo dichoso empleo  
 Os pertenece por honor sublime;  
 Y á quien al sacro serafín redime,  
 Do no pudo la culpa alzar trofeo,  
 La misma accion ejecutar le agrada  
 En vos; que no ha de ser aventajada  
 La muchedumbre angélica, superna,  
 A los honores de su Reina eterna.  
 Si en misteriosa voz la Iglesia os llama  
 De las vírgenes hoy vírgen gloriosa,  
 Ya os concede purísima entereza,  
 No solo en vuestra carne generosa,  
 Mas en el alma, si el renombre y fama  
 Se ajusta á la razon y su firmeza;  
 Que la suprema virginal pureza  
 Tambien al alma atiende; y si la vuestra  
 Fuera despojo de la culpa aleve  
 (Bien que en espacio breve  
 La rescatara la invencible diestra),  
 No fuera vírgen ya. Discurso osado  
 El que tan alta calidad os niega.  
 Yo en alma y cuerpo, como juzgo y puedo,  
 Virginidad santísima os concedo,  
 Nunca ultrajada de la culpa ciega,

Ni oscurecida en sombra de pecado.  
 Sois vírgen pues en el supremo grado,  
 Y el católico fiel en vos respeta  
 La integridad de vírgen mas perfeta.  
 Con alto acuerdo en la fachada y frente  
 Ya se ilustró de espléndido tesoro  
 El sacro antiguo templo venerando;  
 Tarjas, festones y coronas de oro  
 Su puerta ornaron que miraba á oriente,  
 Siempre en los rayos de su luz brillando.  
 ¿Qué adornos pues os negaremos, cuando  
 La Iglesia fiel divino templo os nombra?  
 Vuestra dichosa concepcion sagrada  
 Es la oriental portada,  
 De quien la antigua fué figura y sombra.  
 No debe pues faltarle su riqueza  
 Aventajada y su luciente ornato;  
 Y el que á juzgar en contra se reduce,  
 Y el pórtico feliz mancha y desluce,  
 Es á la luz de la razon ingrato.  
 Remírese en el sol vuestra pureza,  
 El oro limpio ostente su fineza,  
 Cuyo divino resplandor contemplo  
 Siempre ornando la faz del sacro templo.

Juan de Jáuregui.

De tí se espera, soberana Estrella,  
 El claro Sol divino de justicia;  
 Tu concepcion, oh virginal doncella,  
 Quita del mundo la mortal codicia,  
 Considerando que vendrá por ella  
 Á morir del pecado la malicia,  
 Pues *ab eterno* Dios tuvo ordenado  
 Pagar la culpa siendo en tí encarnado.  
 Si con soberbia la mujer primera  
 Tal pecado á su Adam ha persuadido,  
 Que á todos nos causó la muerte fiera,  
 De que vos, Vírgen, libre habeis salido;

Vos con vuestra humildad pura y entera  
 Al celestial Adam habeis movido  
 Á que, encarnando en Vos, despues muriese  
 Tal muerte, que á los muertos vida diese.  
 Con caridad tan alta os levantastes  
 Que á Dios cuanto os ha dado le volvistes;  
 Si vida temporal dél alcanzastes,  
 Á él mesmo temporal vida le distes;  
 Y si con esta vida negociastes  
 La vida perdurable que adquiristes,  
 Con la vida que á Dios habeis vos dado  
 Mayor gloria que vos ha negociado.  
 Con esto ceso, Vírgen escogida,  
 Puerta del cielo y singular entrada,  
 Pues no hay quien os alabe en esta vida  
 Si no es de no poder ser alabada;  
 Porque imágen de punto tan subida,  
 Con tan alto primor de Dios pintada,  
 No hay quien por retratarla no la borre,  
 Si algun favor divino no le corre.

Juan Lopez de Ubeda.

Aquella flor espléndida  
 Verde honor al jardín,  
 Suave lisonja al céfiro,  
 Rubia pompa al abril;  
 Rosa que supo, cándida,  
 En un punto exprimir  
 Puros fragmentos, ámbar  
 Del azar infeliz;  
 Leyes dá al pensil diáfano  
 En solio de zafir,  
 Sobre esmeralda nítida,  
 Majestad de rubí,  
 Y á toda flor en nácares  
 Enciende su matiz,  
 Porque en respeto tímido  
 Le hace el color salir.

De verla, el clavel pálido,  
 Y corrido el jazmin,  
 Aquel, nevada es púrpura,  
 Y este es rojo marfil.  
 Da lo alegre en las márgenes  
 Que admiran al pensil,  
 Y en las fuentes lo músico  
 Da al alba que reír.  
 Sirena es dulce el pájaro,  
 Si no alado violin,  
 Que aquí florece cítara,  
 Y suena flor allí.  
 Culto es á la flor mística,  
 Que, fenix carmesí,  
 Arde en pira aromática  
 Plumas de oro y carmin.

Vicente Sanchez.

Si ociosa no asistió naturaleza  
Admirada á la tuya, Gran Señora,  
Concepcion limpia, donde ciego ignora  
Lo que muda admiró tu gran pureza,  
Díganlo, oh Virgen, la mayor belleza  
Del día cuya luz tu manto dora,  
La que calza nocturna brilladora,  
Los que ciñen carbunclos tu cabeza.

*Pura* la Iglesia ya, *pura* te llama  
La Escuela, y todo pio afecto sabio  
Cultas en tu favor da plumas bellas:  
¿Qué mucho, pues, si aun hoy sellado el labio,  
Si la naturaleza aun hoy te aclama  
*Virgen pura, si el sol, luna y estrellas?*

Luis de Góngora y Argote.

Abre, oh Señor, mi labio: á mí descienda  
Tu espíritu, y encienda  
Mi alma en tu amor. Agradecido suene  
No indigno de tu aliento,  
En himno humilde á tu bondad mi acento;  
Y cruce el mar y el universo llene.

Do quiera anuncie el regocijo puro  
De que el mortal seguro  
Gozó, por fin, tras larga noche umbría;  
Y la feliz aurora  
Recuerde en que tu mano bienhechora  
Amparo de Israel nos dió á María.

¡Oh dulce instante memorable y santo!  
Calmó del orbe el llanto  
Y el hondo afán de su natal la nueva,  
De tu amor infinito  
Diste, al formar su corazón bendito,  
Al linaje de Adán excelsa prueba.

¡Ah! de la noche el estrellado velo,  
El siempre rico suelo,  
El sol brillando en la mitad del día  
Menos el pecho inflaman,  
Menos la fuerza de ese amor proclaman  
Que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por tí, de gracia llena,  
La bárbara cadena  
Un punto no arrastró del enemigo:  
Tú alzaste el brazo airado,  
Y no llegó ni sombra de pecado  
Al blando seno, que iba á darte abrigo.

Te debías á Tí tan alta gloria:  
Por tu insigne victoria,  
Necesaria, Señor, á tu grandeza,  
Pudo, modesta y pia,  
Sola á tus ojos ofrecer María  
No indigna de la tuya su pureza.

El grande privilegio verdadero  
Confiese el orbe entero:  
En ningún corazón la duda habite.  
¿Quién, Padre soberano,  
Contó las maravillas de tu mano?  
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente  
Del Jordán á su fuente?  
¿Al pueblo de Israel no dió camino  
Seco el mar á tu acento?  
¿Y en la piedra de Oreb no halló sediento  
Fresco raudal, y puro, y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,  
No cantan las naciones  
En esa joya de inmortal valía

Inclinada la frente,  
Un prodigio, Señor, mas excelente?.....  
¿No es Madre y Vírgen la feliz María?

¡Ah! que por siempre en soledad se vea,  
Que negado le sea  
El sol, y gima sin hallar consuelo  
El pecho descreído  
Que tu gracia no admire agradecido  
En la Reina hermosísima del Cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el labio  
Te aclama bueno y sabio.  
Al levantar tu mano sacrosanta  
Á esa Doncella pura,  
Tambien, Señor, á singular altura  
Á la mujer de que nació, levanta.

Alejandro Arango y Escandola.—*Méjico, 1876.*

Vírgen hermosa, que en el triste suelo  
Brillante cual la estrella matutina  
Que de la noche el tenebroso velo  
Con sus fúlgidos rayos ilumina,  
Al canto de los ángeles del cielo  
Unen tus hijos su canción divina,  
Que naciste sin culpa irá sonando  
Por do quiera que el sol vaya alumbrando.

Tú eres del arca la gentil paloma  
Que vuela entre las nieblas y la bruma,  
La que sin mancha ante su puerta asoma  
Batiendo alegre la nevada pluma;  
Tú la mística flor de blando aroma,  
La madre Vírgen de la gracia suma  
Que con la oliva de la paz avanza  
Y al hombre muestra el iris de la alianza.

Del delicioso Eden salen proscritos  
Nuestros primeros padres suspirando,  
Y la cadena vil de sus delitos

Por ellos van sus hijos arrastrando:  
Mas duélete sus males infinitos  
Y al Ángel dices con acento blando:  
«Madre seré del Salvador que anhelo,»  
Y á la raza de Adam abres el cielo.

José Sebastian Segura.—*Méjico, 1872.*

Baja venciendo la region del trueno  
El alma de la Vírgen inocente,  
Y vestida de luces blandamente  
Del ángel nubla el resplandor sereno.  
Pasar le impide con letal veneno  
Que entre humo arroja la infernal serpiente;  
Miguel gallardo el arma reluciente  
Blande al instante de coraje lleno.

De la espada á la fúlgida centella  
Huye la astuta, cual de aliento escasa  
Cayó del trono en que el Señor destella.  
El Arcángel de nuevo la traspasa  
Y la tiende á los piés de la Doncella,  
Quien la cabeza le conculca, y pasa.

Del mismo.—*Vertido del italiano.*

Si está del sol vestida y adornada  
La que nació el eterno Sol en ella,  
Si con sus plantas á la luna huella  
Por unas pintas de que está manchada;  
Y si tambien de estrellas coronada  
San Juan vió esta bellísima Doncella,  
Cuál será el cuerpo, cuál el alma della,  
Cosa es de los mortales no alcanzada.

Si los ángeles puros siempre han sido,  
Y por Reina la adoran con profundo  
Acatamiento, ¿quién, en su entereza,  
De los hombres habrá tan atrevido,  
Que ponga mancha, pues confiesa el mundo  
Que no hay bajo de Dios igual pureza?

Damian de Vegas.

¿Qué divino furor me ha levantado  
A tan altivo y no pensado vuelo,  
Que la sangre me cuaja un miedo helado,  
Viéndome entrar por uno y otro cielo?  
Temo como el que por su mal alado  
Al mar dió nombre, no le dé yo al suelo.

¡Águila santa, entre tus alas bellas  
Me defiende del sol y las estrellas!

Fénix de amor, amado evangelista,  
Que en el pecho de Dios el nido hiciste,  
Y siendo su divino coronista,  
El principio sin él nos escribiste;  
Pues del sol claro con su hermosa vista  
Los rayos inmortales ver pudiste,  
Tu bondad en tus plumas me reciba,  
O me dé algunas dellas con que escriba.

Y vosotros, espíritus dichosos,  
Criaturas bellas, bienaventuradas,  
Que en los asientos de la gloria hermosos  
Gozais las siempre alegres alboradas;  
Vosotros, que asistís á los gloriosos  
Rayos de aquellas luces increadas,  
Regid mi pluma en este grave canto,  
Lleno de gloria y admirable espanto.

La plenitud del tiempo va llegando,  
Tiempo de gracia y de misericordia,  
Para el que al ruego de su esposa blando

La manzana comió de la discordia;  
Edad mas que dichosa, tiempo cuando  
Se verán en pacífica concordia

La justicia, que el pecho eterno encierra,  
Y la verdad nacida en nuestra tierra.

Entra en consulta la deidad inmensa  
Del Sempiterno y Todopoderoso;  
Pide el rigor castigo de la ofensa  
Del atrevido y poco temeroso;  
Sale el divino amor en su defensa,  
Y hace su causa como amor piadoso,

Y ante aquel tribunal de gloria eterna  
Así propuso su demanda tierna:

«Eterno Padre, Verbo sempiterno,  
Inmenso Dios de Dios, lumbré de lumbré;  
Yo, amor divino, regalado y tierno,  
Guardando en todo mi inmortal costumbre,  
Siendo el tercero de ese sér eterno  
Que rige el mundo y la estrellada cumbre,  
Para el hombre mortal remedio pido,  
De mi amor mismo y caridad movido.

»Inescrutable Dios, Dios verdadero,  
Muy bien sabeis, Señor, que eternamente,  
Antes que Adán comiese del madero,  
Estaba decretado en vuestra mente  
Que vierta sangre el inmortal cordero,  
Gloria de vuestro pecho omnipotente,  
Que por el hombre humano ha de ofrecerse  
Hacerse hombre y hombre deshacerse.

»De aquel desórden y mortal codicia  
Es menester que el hombre satisfaga;  
Pues la culpa es inmensa y la malicia,  
Es menester que inmenso sea quien paga;  
Pues vos, eterno Dios, pedís justicia,  
De eterno Dios también será la paga,  
Que el Verbo amado de ese tierno pecho  
De rigor pagará Dios, hombre hecho.

»La mísera mortal naturaleza  
Por nadie puede ser bien reparada,  
Sino por quien con inmortal destreza  
La supo hacer y fabricar de nada;

Ya la deidad de vuestra suma alteza  
Ha estado largos siglos injuriada.  
Por el cielo, la tierra y limbo pido  
Que satisfaga el que es el ofendido.

»Morir no puedes, sacra deidad pura,  
Y así, no has de morir, siendo infinita;  
Pagar no puede la mortal criatura,  
Que su sér pobre su caudal limita;

Verbo del Padre, luz de su hermosura;  
La humanidad alegre suposita;  
Como hombre muere, como Dios nos paga,  
Y será de hombre y Dios justa la paga.

»Bello retrato, soberana idea  
Del que gozas el pecho soberano,  
En quien tu eterno Padre se recrea,  
De cuyo amor inescrutable emano:  
El mundo, el cielo, el limbo ya desea  
Verte hecho por el hombre niño humano;  
Pues en tí el orbe trino su bien libra,  
Desciende á ser mortal y al mortal libra.»

El Padre eterno, del amor movido,  
Así responde á la demanda tierna:  
«Divino amor, de amor enternecido,  
De igual poder con mi potencia eterna,  
Omnipotente Verbo, hijo nacido  
En mi mente divina sempiterna,  
Que somos un Dios solo y una esencia  
De ciencia igual é igual omnipotencia:

»Bien sabéis que Luzbel, siendo criado  
Mas que el hermoso sol resplandeciente,  
Por su soberbia ingrata fué arrojado  
Adonde gime y llora eternamente:  
Que el hombre, á nuestra imagen fabricado,  
Y hecho del mundo nuestro presidente,  
Absorto de su pecho en la costilla,  
Hecha mujer, se alegra y maravilla.

»Que perdió por su culpa la inocencia,  
Porque su muerte en la manzana estaba;  
Que sintió de los tiempos la inclemencia,  
De la tierra y el cielo la ira brava:  
Perdió mi gracia por su inobediencia;  
La razon que era reina, se hizo esclava,  
Que al campo fué de espinas y de abrojos,  
Hechos fuentes de lágrimas sus ojos.

»Que en el sudor de su afligida cara  
Hizo fuerza á la no labrada tierra,

Que, aunque por su enemiga se declara,  
Vuelve con colmo lo que en ella encierra;  
Que le dió hijos su consorte cara,  
Naciendo entre ellos la primera guerra,  
Todos sujetos á la culpa fuerte  
Y al yugo inevitable de la muerte.

»Que sus hijos nacieron hijos de ira,  
Por descendientes de su padre aleve,  
A quien mi airado brazo flechas tira  
Y mi justo rigor azotes llueve;  
Que en la oscura prision triste suspira,  
Porque mi hijo pague lo que él debe,  
Satisfaciendo de la culpa fiera,  
De que á los suyos dura la dentera.

»Eran dignos de penas inmortales,  
De males y tormentos excesivos,  
Y de que entre cadenas infernales  
Inmortal muerte padecieran vivos;  
Mas vos favoreceis á los mortales,  
Pidiendo vaya á rescatar cautivos  
Uno de nuestra Trinidad, pagando  
El tesoro que estamos esperando.

»Si vos, divino Amor, sois el tercero  
Entre el hombre mortal y mi sentencia,  
Con vuestro gusto conformarme quiero;  
Poned vos vuestro amor, yo mi potencia;  
Vos, mi engendrado Hijo verdadero,  
Pues sois mi eterna y soberana ciencia,  
Vuestra ciencia poned omnipotente,  
Y reparad la pobre humana gente.

»Que, aunque podamos yo y Amor divino  
Supositar la humanidad caída,  
Es menester, pues que por saber vino  
A verse enferma, flaca y destruida,  
Vuestra infinita ciencia abra camino,  
Y con vuestro saber sea redimida,  
Satisfaciendo de la culpa inmensa,  
Hecho precio infinito de la ofensa.

»Ya, como bien sabeis, vuestro nutricio  
 Josef con justos ruegos y plegarias,  
 Haciendo de sí mismo sacrificio,  
 Con votos y oraciones ordinarias,  
 Nos pide el deseado beneficio,  
 Profetizado por edades varias;  
 También la pobre tierra le vocea,  
 Que renovarse con su luz desea.

»Y los que gozan nuestras maravillas  
 En el glorioso asiento, hermoso y puro,  
 Piden que suban á gozar su sillas  
 Las almas que encarcela el limbo oscuro;  
 Y ellas piden que baje á redimillas  
 El que quebrantará el guardado muro,  
 Dando al infierno aquel bocado amargo,  
 Y á mi justo rigor justo descargo.

»Yo criaré una bellísima criatura,  
 Donde descendas, sacro Verbo amado,  
 A tomar carne de su sangre pura,  
 Para el remedio del mortal bocado;  
 Excederá en mi gracia y hermosura  
 A los continos de mi eterno estado,  
 Hermosa mas que el cielo, sol y luna,  
 Que será Madre y Virgen, fénix una.

»Desciende, gloria de mi eterno pecho,  
 Desciende á las purísimas entrañas,  
 Que á mi divina vista han satisfecho  
 Sus virtudes santísimas y extrañas;  
 Haré esta obra, aqueste heroico hecho,  
 Digno de mis dignísimas hazañas,  
 Uniendo la potencia de mi brazo  
 Al Verbo el ser mortal con fuerte lazos.»

El Hijo omnipotente sempiterno  
 Del sempiterno omnipotente Padre,  
 Encendido de amor piadoso y tierno  
 De ver que al cielo, tierra y limbo cuadre,  
 Quiere humanarse, siendo Dios eterno,  
 En las entrañas de una Virgen madre,

De las culpas del hombre hacerse cargo,  
 Y dellas dar á Dios igual descargo.

El Espíritu Santo se recrea  
 De que se cumple lo que el hombre aguarda,  
 Y al cielo con mayor gloria hermosa,  
 Y hace que en dulce y nuevo amor se arda;  
 Quiere ilustrar la Virgen que desea  
 De un cuerpo hermoso y un alma gallarda;  
 El vientre de la estéril Ana escoge,  
 De donde nazca quien le desenoje.

Quiere criarla de su gracia llena,  
 Y hacerla tal el que es de gloria lleno.  
 Que no pueda hacer Dios madre mas buena,  
 Como no puede el hijo ser mas bueno;  
 Hácela alivio de la antigua pena,  
 Tríaca saludable del veneno,  
 Llena de tanta gracia y hermosura,  
 Que excede á la seráfica criatura.

Todo el empíreo cielo está á la mira,  
 Con músicas alegres esperando  
 Nazca el espejo en quien su autor se mira;  
 Su concepcion dichosa festejando  
 La paz esperan de la antigua ira,  
 Y así, paz á la tierra están cantando,  
 Guardando el vientre de la estéril madre  
 El cielo todo y el anciano padre.

Llena de gracia, y de virtudes llena,  
 Le da el alma santísima su esposo;  
 El sacro omnipotente Padre ordena  
 De darle un cuerpo mas que el cielo hermoso;  
 El Hijo soberano la enajena  
 Del antiguo tributo y feudo odioso,  
 Haciendo que su madre soberana  
 Libre del ágrío esté de la manzana.

Porque, ó pudo ó no pudo el Hijo amado  
 Santificar su nuevo paraíso;  
 El decir que no pudo, es condenado,  
 Que eternamente pudo cuanto quiso;

Si pudo preservarla de pecado  
 Con la potencia de su eterno aviso,  
 El que manda que se honre padre y madre,  
 ¿No había de honrar su inmaculada madre?

Si fué santificado Jeremías  
 Dentro de la prisión del vientre oscuro;  
 Si el padre putativo del Mesías  
 Del pecado nació libre y seguro,

La que excede las bellas jerarquías,  
 Y escurece la luz del sol mas puro,  
 ¿No había de ser de Dios santificada,  
 Y en su concepcion pura preservada?

Es de Dios la escogida venturosa  
 Sin la original mancha concebida,  
 En el alma y el cuerpo toda hermosa,  
 Sin caer, mas altamente redimida;  
 Es la bella mujer maravillosa,  
 Que vió el divino Juan del sol vestida,  
 Que huyendo de la sombra del pecado  
 Al soberbio dragon dejó burlado.

Es la ciudad de Dios, cuyos cimientos  
 Labró su autor sobre los montes santos,  
 Poniéndola por firmes fundamentos  
 Para sus edificios sacrosantos;  
 Ciudad cuyos gloriosos vencimientos  
 Ya celebraron en alegres cantos,  
 Siendo su muro, antemural y guarda  
 El Salvador, que sin dormir la guarda.

Es la ciudad santificada y pura,  
 Cuyo resplandor claro es el cordero,  
 En quien el que la hizo su criatura  
 Hombre nació pasible verdadero;  
 Ciudad á quien alegra la hermosura  
 Del ímpetu del río, que ligero  
 Con su gracia inundó la ciudad bella  
 Enamorado de lo que ve en ella.

Es la hija del Rey, que venturosa  
 Toda su gloria tiene en sí encerrada;

Es la que de oro con la ropa hermosa  
 De variedad asiste rodeada;  
 La que Dios con su mano poderosa  
 En su alegre santísima alborada,  
 Muy de mañana la ayudó gozoso,  
 Librándola del yugo trabajoso.

Es el huerto cerrado, el paraíso,  
 De quien el Dios de amor guardó la puerta,  
 Donde la flor del campo nacer quiso,  
 A la original culpa nunca abierta;  
 La que al amor con su divino aviso  
 Entre sus bellas alas encubierta  
 Guardó de la ave fiera de rapiña,  
 Librando della á la inocente niña.

Es la Ester, que ablandó del Rey el pecho,  
 A quien la ley de su rigor no alcanza,  
 Quedando en su hermosura satisfecho  
 El Asuero, que la hace su privanza;  
 Es el florido y regalado lecho  
 Del Salomon, del padre semejanza,  
 De los sesenta fuertes rodeado,  
 Y de la culpa original guardado.

Fué criada en gracia la primera madre,  
 Y ¿había de ser en culpa concebida  
 La escogida del que es verbo del Padre,  
 De quien ha de tomar humana vida?  
 Aunque el trifauce can soberbio ladre,  
 No podrá asir á la que á Dios asida,  
 Tiene de quebrantarle la cabeza,  
 Quedando mas hermosa su pureza.

Si Eva, que con la sierpe se congracia,  
 Y por su gusto fué burlada della,  
 Siendo la madre de la cruel desgracia,  
 En gracia fué criada hermosa y bella;  
 La que ha de serlo de la misma gracia,  
 ¿En algun tiempo había de estar sin ella,  
 Su cerviz inclinando al cruel verdugo  
 Que la pusiera de la culpa el yugo?

¿Había de mirar Dios su Madre amada  
 Padeciendo la infamia del castigo,  
 Entre cadenas de la culpa atada,  
 Hecha cautiva vil de su enemigo?  
 ¿María había de ser tan desgraciada,  
 Que su Hijo no pudiera ser su amigo,  
 Pues fuera su enemigo declarado  
 Si fuera concebida con pecado?

Si el arca que encerró el maná divino,  
 Las tablas del Decálogo y la vara,  
 Mandó Dios se labrase de oro fino  
 Y de madera incorruptible y rara;  
 Si en cuarenta y dos años de camino,  
 Contra el rigor del tiempo y fuerza avara,  
 Guardó el vestido incorruptible y sano  
 Del sumo Dios la omnipotente mano,  
 El arca virginal, arca dichosa  
 De aquel divino é inmortal tesoro,  
 Del Padre eterno la palabra hermosa,  
 Y gloria eterna del empíreo coro,  
 De quien ha de tomar carne preciosa  
 Para el remedio del antiguo lloro,  
 ¿No había de ser mas pura y mas sincera  
 Que el oro fino y la inmortal madera?

Hay en medio del mundo una alta casa  
 Que confina con tierra mar y cielo:  
 Su gran altura de las nubes pasa,  
 Su gran profundidad del bajo suelo;  
 Su longitud se mide, y se compasa,  
 Desde la cuna del Señor de Delo,  
 Hasta el sepulcro en quien le entierra el día,  
 Lleno de luto y de melancolía.

Vense de acero y bronce fabricadas  
 Sus murallas al cielo descubiertas,  
 Y entre ellas de labor sutil labradas  
 Mil hermosas ventanas y mil puertas;  
 Sus murallas se miran arruinadas;  
 Sus puertas y ventanas siempre abiertas;

Sus ventanas, sus puertas, sus almenas,  
 De ojos, orejas y de lenguas llenas.

El silencio jamás aquí halló entrada,  
 Y si entrar quiere, á muerte se condena;  
 La quietud anda siempre desterrada,  
 Y el sueño, si entra, tiene grave pena;  
 Aquí la nueva, apenas engendrada,  
 Entre el susurro que entre todos suena,  
 Tanto crece, se muda y desconoce,  
 Que el propio padre apenas la conoce.

Aquí la general Fama es señora,  
 Horrendo monstruo, voladora fiera,  
 Tanto de la mentira afirmadora,  
 Cuanto de las mercedes mensajera;  
 Que en cuanto baña Tétis y el sol dora,  
 Hace cual rayo su veloz carrera,  
 Mirando, oyendo, hablando cuanto mira,  
 Mezclando la verdad con la mentira.

De plumas ligerísimas y bellas  
 Adorna de su cuerpo los despojos,  
 Acompañando al gran número dellas  
 La misma cantidad de atentos ojos;  
 Tiene cien bocas, y de todas ellas  
 Jamás se ven cerrar sus labios rojos,  
 Jamás reposa, siempre hablando vuela,  
 Hecha una yeladora centinela.

Huye de las desiertas soledades,  
 Haciendo en las ciudades propios nidos,  
 Y en ellas siembra varias novedades  
 Y los casos apenas sucedidos;  
 Enmascarando siempre las verdades  
 Con cuentos fabulosos y fingidos,  
 Anda provincias, mares, reinos varios,  
 En religion, lenguaje y ley contrarios.

Aquesta, cuyos siempre abiertos ojos  
 Vencen á los que vió la mujer vaca  
 Y á los que coronando sus despojos,  
 La mas serena noche al mundo saca,

Está en la torre que hizo á Dios enojos,  
 En cuya confusion su saña aplaca;  
 Las lenguas aprendió, y de lenguas llena,  
 Á hablar perpetuamente las condena.

Está con las orejas mas crecidas  
 Que las que mereció por su mal gusto  
 El venturoso por su daño, Midas,  
 Á quien el oro fué castigo justo;

Cuanto se hace ve, y sabe de oidas,  
 Desde el flamenco helado al indio adusto,  
 Volviendo con usura lo que ha oido,  
 Que siempre da de mas algo añadido.

Aparte tiene aquesta fiera hermosa  
 Una ciudad de todas escogida,  
 Donde la gente ilustre y valerosa  
 Despues de muerta goza eterna vida;  
 No entra en ella la infamia vergonzosa,  
 Ni la mentira siempre aborrecida;  
 La verdad y el honor guardan las puertas  
 Al tiempo y á la muerte nunca abiertas.

En medio la ciudad fuerte y famosa  
 Hay un templo, hasta el cielo levantado,  
 De arte sutil y de labor preciosa,  
 De piedras finas y oro fabricado,  
 Por el honor y la virtud hermosa,  
 Á la que al tiempo vence dedicado,  
 Cuya muralla por extremo fuerte  
 Le defiende del tiempo y de la muerte.

En medio deste templo se levanta  
 De incorruptible cedro y de djamante  
 Un ara de riqueza y beldad tanta,  
 Que al ambicioso mundo es bien que espante;  
 Está en medio una vírgen sacrosanta  
 De hermoso aspecto y juvenil semblante,  
 Hija mayor de la ligera fama,  
 Que la Inmortalidad el tiempo llama.  
 Á un lado tiene á la Virtud vestida,  
 En vez de jerga basta, de brocado,

Y de su mano virginal asida  
 Con laurel premia su cabello amado;  
 Del otro está gozando nueva vida  
 El Honor con trabajos alcanzado,  
 Murada de oro su cabeza hermosa  
 Con cetro real y púrpura preciosa.

En fuego de las vírgenes vestales  
 Se evaporizan mil sabeos aromas,  
 Y de yerbas y flores orientales  
 Exhalan suave olor preciosas pomas;  
 Y en vasos de clarísimos cristales  
 Alimentan el fuego ricas gomas  
 De suave mirra y bálsamo oloroso,  
 Llenando el templo de su olor precioso.

Por todas las paredes hay colgados  
 De hazañas y vitorias los despojos,  
 Coronas de oro, cetros adorados,  
 Banderas blancas y estandartes rojos,  
 Saltados fosos, muros asaltados,  
 Quebradas piernas, arrancados ojos,  
 Contrahechos brazos y pasados pechos,  
 Deshechas rocas y hombres rocas hechos.

Aquí en sepulcros y urnas levantadas  
 En lucillos, pirámides, colosos,  
 Las cenizas están siempre guardadas  
 De los que merecieron ser famosos;  
 Aquí en bronce, con oro, están grabadas  
 Las virtudes, los hechos valerosos,  
 Armas, esfuerzo, letras, osadía,  
 Religión, castidad y valentía.

Hay de alabastro, jaspe, mármol y oro,  
 De labor suma y de riqueza rara,  
 Por la fama labrado un alto coro,  
 Que cerca de Hipocrene el agua clara,  
 Donde Febo, depuesto el real decoro  
 De la luz pura de su hermosa cara,  
 De su divino plectro al son suave,  
 Canta tan dulcemente como grave.

Á sus lados están sus nueve hermanas  
De laurel coronadas y de flores,  
Y aunque divinas, por extremo humanas,  
Provocan á castísimos amores,  
En sus rostros y voces soberanas  
Céfiro en calma, derramando olores,  
Parando de los cielos la armonía  
De la suya á escuchar la melodía.

Un poco mas abajo están sentados  
Los Orfeos, los Ennios, los Homeros  
Y los que de Helicon alimentados  
En este coro entraron los primeros;  
Los que dichosamente laureados  
Desta casa son hijos verdaderos,  
Los coronistas, los historiadores,  
Los sabios y elegantes escritores.

Coronadas de yedra las cabezas,  
Siempre cantan con voces celestiales  
Las armas, las hazañas, las proezas  
De los que muertos viven inmortales;  
Aquí siempre se escriben las grandezas  
De valerosos pechos y armas reales,  
Letras, fuerzas, valor, virtud, prudencia,  
Piedad, justicia, amor, magnificencia.

Desta academia sabia es presidente  
El que viste la tierra de alegría,  
Sacando de oro la encendida frente,  
Alma del mundo y lámpara del día;  
Es maestro de capilla diligente,  
Que lleva á la sagrada compañía  
El compás, dando tono y señalando  
Lo que á pesar del tiempo están cantando.

Guarda la puerta una inmortal doncella  
Madre de la poesía y de la historia,  
Aunque antigua y anciana, moza y bella  
Á quien llama la fama su memoria;  
No deja entrar sino á los dignos della  
Al museo, que da á los muertos gloria,

Defendiendo la entrada al atrevido  
Que pretende el lugar no merecido.

Á un lado deste coro hay de oro puro  
Y de plata bruñida un sacro erario,  
Que defiende de acero un fuerte muro  
Contra el rigor del tiempo su contrario;  
Donde de metal rico y bronce duro,  
De alabastro escogido y jaspe vario,  
Se guardan las medallas milagrosas  
De los que hicieron cosas hazañosas.

Los nueve de la fama aquí se hallaron  
Con todas las batallas que vencieron,  
Los que á vivir los hombres obligaron  
En las varias repúblicas que hicieron;  
Los que fuertes ciudades fabricaron,  
Los que inventores de las cosas fueron,  
Los héroes fuertes, los legisladores  
Y de sus patrias los libertadores.

Los filósofos sabios, reyes justos,  
Matronas y doncellas valerosas,  
Que á pesar de su carne y de sus gustos  
De sí mismas triunfaron vitoriosas;  
Las que con pechos y ánimos robustos  
Emprendieron hazañas prodigiosas;  
Aquellas que secreto y fe guardaron,  
Las doctas que á los sabios admiraron.

Guarda el Trabajo siempre cuidadoso  
Del sacro erario la cerrada puerta,  
Medio para el que fuerte y animoso  
La del honor pretende hallar abierta;  
Nunca los fuertes miembros da al reposo;  
Como león está siempre en alerta,  
Defendiendo la entrada venturosa  
De gente infame, torpe y perezosa.

Sobre el cimborio deste templo raro  
Hace la fama que los aires rompa  
Su trompa, de los muertos el reparo,  
Pues les da vida con su ilustre trompa;

Aquí contra el olvido y tiempo avaro  
Celebra con debida y régia pompa  
Las hazañas, los hechos portentosos  
De los que muertos viven gloriosos.

Á aquesta casa, con razon famosa,  
Una nueva llegó que el mundo espera  
Que es tan alegre quanto venturosa,  
Y mas que venturosa verdadera,

De que una niña, por extremo hermosa  
Nació, alegrando la estrellada esfera:  
La fama alegre entre sus alas pone  
La nueva, y á llevarla se dispone,  
Cuando rompiendo por el aire claro  
Un jóven de admirable rostro hermoso  
Y de semblante peregrino y raro,  
De hablar suave y de mirar gracioso,  
Manda á la fama que del cierto amparo  
Lleve la nueva al que ha de ser su esposo,  
Que sea en referirla verdadera,  
Y que apresure su veloz carrera.

Rompe gallardo el aire trasparente,  
Sacudiendo por él las bellas plumas,  
Llevando escritas en su roja frente  
Las gracias raras, las virtudes sumas  
Del medio del remedio de la gente,  
Que predijo la gran sabia de Cúmas,  
Mostrando alegre entre sus alas bellas  
Los ojos convertidos en estrellas.

Al tiempo llega, que deshecha en lloro  
Sale de entre las aguas cristalinas  
La aurora, que esparciendo su tesoro  
Aljófar rico vierte y perlas finas;  
Que descogiendo su cabello de oro  
Con sus hebras hermosas y divinas,  
Los astros celestiales oscurece,

Y las ligeras nubes enriquece.  
Á aqueste tiempo pues llega la Fama,  
Y halla al justo Josef entretenido

Entre los brazos de una honesta dama,  
Que le tiene de amor preso y rendido;  
Que es la Oracion que el corazon le inflama,  
Que por divino templo le ha escogido,  
Haciendo de su pecho ara sagrada,  
Adonde ofrece el alma enamorada.

«Sabrás, la Fama dice, ¡oh jóven raro!  
Que tan propicios á los cielos tienes,  
Que de la real estirpe y solar claro  
De donde tan gloriosamente vienes,  
Nació una niña, en cuyo fiel amparo  
Llueven los cielos soberanos bienes,  
Á quien la gracia y la naturaleza  
Adornan de bondad y de belleza.

»Gózase el cielo con la niña hermosa;  
El Padre omnipotente se recrea,  
Y hácela la mas bella y mas graciosa  
Que ve el que el mundo con su luz rodea;  
El dulce Esposo á la escogida Esposa  
Con plenitud de gracias hermosea,  
Y el Verbo, que se ve en la niña bella,  
Reparte su saber divino en ella.

»Las tres carites, gracias sobrehumanas,  
Hijas del Rey del soberano coro,  
Fe y Esperanza y Caridad ufanas  
Llenan su pecho de inmortal tesoro;  
Amor divino, que en las soberanas  
Cumbres dispara sus saetas de oro,  
De amor la adorna y de virtudes tales,  
Que excede á las legiones celestiales.

»Dale de oro de Arabia los cabellos,  
Con que enlace de amor su tierno esposo,  
Pues los rayos del sol delante dellos  
Pierden su luz y resplandor hermoso;  
Dos soles claros son sus ojos bellos,  
De vista grave y de mirar gracioso,  
De quien el que los hizo se enamora;  
Que dan luz bella al que los cielos dora.

»De entre la alegre venturosa cuna  
 Esparce rayos de su rico Oriente,  
 Siendo en belleza cual la Fénix una  
 Y muestra del saber omnipotente;  
 Es del cielo la media blanca luna  
 Su mas que hermosa y soberana frente,  
 Sus cejas arcos de inmortal pureza,  
 Con que prende al amor y la belleza.

»La nariz bella el rostro proporciona,  
 Y las dos rosas por mitad divide,  
 Y cual del cielo la primera zona  
 Este cielo de amor compasa y mide;  
 Con tan grande beldad la perficiona  
 Que hace que su furor la envidia olvide,  
 Que nariz, en quien falta no se halla,  
 Adora humilde, reverencia y calla.

»Por mejillas le da las del aurora,  
 De jazmin blanco y colorada rosa,  
 En quien dichosamente se atesora  
 La castidad humilde y vergonzosa;  
 Al desamor con ellas enamora.  
 Y á la escuadra seráfica gloriosa  
 De ver tanta beldad pasma y suspende,  
 Y en nuevo amor y caridad enciende.

»Reparte entre clarísimos cristales  
 Claveles rojos y purpúrea grana;  
 Sus lábios son finísimos corales  
 De gracia y hermosura sobrehumana;  
 Los dientes blancos, perlas orientales,  
 Que entre rubies con mezcla soberana  
 Hacen una divina hermosa boca,  
 Que al cielo á celestial amor provoca.

»La soberana barba que desciende  
 De gracia y hermosura milagrosa,  
 Un hoyo hermoso por mitad la hiende,  
 Haciendo su hermosura mas hermosa;  
 Con él al casto amor de amor enciende,  
 Y en él hace su estancia venturosa,

Seguro albergue, soberano nido  
 De blanco azahar y de jazmin tejido.

»El cuello cbúrneo, grave, bien sacado,  
 Coluna de la fábrica del cielo,  
 Que á las que al cielo tienen ha pasmado,  
 Pues mejor que ellas ya la tiene el suelo;  
 El pecho puro, cándido y rosado,  
 Adonde el alma entre el nevado velo  
 Hospeda á la humildad, á la pureza,  
 Á la fe, castidad, gracia y belleza.

»Dale unas manos bien proporcionadas,  
 Mas blancas que el armiño, mármol, nieve,  
 De armiño, nieve y mármol envidiadas,  
 Reverenciadas de los coros nueve;  
 Liberales, hermosas, extremadas,  
 Cuya hermosura y gracia al cielo mueve  
 A nuevo amor, á gozo y alegría  
 De aquesta niña sin igual María.»

Dijo el hermoso monstruo, y mas ligera  
 Que el veloz viento, que soberbia pisa,  
 Parte, sembrando en su veloz carrera  
 Gozo en las almas, en los rostros risa;  
 Y de la nueva alegre y verdadera  
 A toda la familia ilustre avisa;  
 Y al justo Esposo con razon eleva  
 Del parto alegre la dichosa nueva.

Oye las nuevas el gallardo jóven,  
 Y con la duda tiempla el alegría,  
 Y antes que dentro el pecho el gozo inoven,  
 Con su deseo y la verdad porfia;  
 Pues si las cree, teme que le roben  
 El aliento que el alma al cuerpo envía;  
 Y así, teme creer lo que desea,  
 Que un grande bien, dudando es bien se crea.

Ya de la alegre nueva satisfecho,  
 Que por Betlem su patria se publica,  
 Gózase el alma, enternecido el pecho;  
 De su verdad en sí se certifica,

Y en dulcísimas lágrimas deshecho,  
Humilde y temeroso á Dios suplica  
Alcance á ver la soberana planta  
Que al cielo admira y á la tierra espanta.

En tanto pues que dulcemente suena  
De la fama veloz la clara trompa,  
Haciendo que su voz pura y serena  
Del gran Eólo por el reino rompa,  
El noble mozo alegremente ordena  
Con mas humilde que soberbia pompa  
De visitar la mas que hermosa niña,  
Paz deseada de la antigua riña.

Y así al deseo, que es quien le vocea,  
En un instante le convierte en obra,  
Porque la gloria de la tierra vea,  
Y por quien Dios la antigua deuda cobra;  
Y mientras mas camina, mas desea  
Ver la niña, que solo verla sobra  
Para gozar del bien mas peregrino  
Despues de Dios, que goza el orbe trino.

Camina pues el venturoso mozo  
Á Nazaret, que el nuevo cielo encierra,  
Dando su gran deseo y alborozo  
Al noble pecho alegre y dulce guerra;  
Y con amor divino y santo gozo  
Adora á quien le anuncia á cielo y tierra.  
Llegó alegre al tesoro sacrosanto,  
Yo al dulce fin de aqueste grave canto.

El Maestro José de Valdivielso.

NATIVIDAD DE LA VÍRGEN

¿Cómo nunca ha hecho lance,  
Virgen, la serpiente en vos?  
—Como tengo alas de Dios,  
No hay demonio que me alcance.  
—Con vuelo tan peregrino,  
Garza seréis digo yo.  
—Solo el sacre me alcanzó

Del sacro Verbo divino.  
—¿Luego Satan erró el lance,  
No haciendo presa en vos?  
—Como tengo alas de Dios,  
No hay demonio que me alcance.  
—Mirad que de rabia vierte  
Rabiosos fuegos y espumas.

—Un cuchillo de mis plumas  
Basta para darle muerte.  
—Volad; que no hará lance  
El infierno contra vos.  
—Como tengo alas de Dios,  
No hay demonio que me alcance.  
—¿Cómo es ignorante y flaca  
Con vos su ciencia bisoña?  
—Porque contra su ponzaña  
He de ser yo la triaca.  
—¿Cómo en todos hizo lance,

Virgen, sin hacerlo en vos?  
—Como tengo alas de Dios,  
No hay demonio que me alcance.  
—La serpiente del infierno  
¿Ya tiembla de vos, María?  
—Es que ha quedado muy fria,  
Aunque vive en fuego eterno.  
—Pues ¿cómo murió en su lance,  
Quedando triunfante vos?  
—Como tengo alas de Dios,  
No hay demonio que me alcance.

Alonso de Bonilla.

*Lleno de rabia y tristeza  
Va al infierno Lucifer,  
Porque diz que una mujer  
Le ha quebrado la cabeza.*

La Virgen se la quebró,  
Pariendo hoy al verdadero  
Y legitimo heredero  
Del reino que él usurpó.

Ya espiró su fortaleza  
Y su tirano poder,  
*Porque diz que una mujer  
Le ha quebrado la cabeza.*

Tristísimos aullidos  
Va dando á su infernal cueva;

Pero ¿qué quereis si lleva  
Los cascos todos rompidos?

Su soberbia y altiveza  
Mirad cuál vino á caer,  
*Pues que diz que una mujer  
Le ha quebrado la cabeza.*

Ved en qué vino á parar  
El orgullo y bizarría  
Del bravonel que algun dia  
Con Dios se quiso igualar,

Pues á la infernal bajeza  
Por siempre vino á caer,  
*Habiéndole una mujer  
Quebrantado la cabeza.*

Dominic de Vega.

Ya la obscura y negra noche,  
Llena de tristeza y miedo,  
Huye por las altas cumbres  
Y por los riscos soberbios;  
Yo, con ser recién nacida,  
Deste mundo la destierro,  
Porque ya en mí reverberan  
Los rayos del sol inmenso;  
Y aunque me mirais tan niña,

Soy mas antigua que el tiempo,  
Mucho mas que las edades  
Y que los cuatro elementos.  
Del principio fui criada,  
Que es el sumo Dios eterno,  
Y el primero lugar tuve  
Despues del sagrado Verbo.  
Infinitos siglos antes  
Que criara el firmamento,

Ya él á mí me había criado  
 En mitad de aquel silencio.  
 Su primogénita dice  
 Que soy el Santo y perfecto;  
 De su propia boca oí  
 Este divino requiebro.  
 Adornóme de virtudes,  
 Ricos tesoros del cielo  
 Y en mí se estarán estables  
 Deste siglo al venidero.  
 Entonces vendré triunfante,  
 Pues al que es sol verdadero  
 Le dí mis pechos y entrañas,  
 Y encendió de amor mi pecho.  
 Servíle con grande amor,  
 Díle el corazón sincero  
 En la santa habitación  
 Del limpio y santo Cordero.  
 Cubiertos tuve sus rayos,  
 Y aunque los tuve cubiertos,  
 Él mostró su inmensidad,  
 Yo mi limpieza y buen celo;  
 Premió tan bien mis servicios,  
 Que en el santo monte excelso,  
 Con él quiere que descanse  
 En el alcázar supremo.  
 Pisé sus piedras preciosas,  
 Y hollé sus dorados suelos,  
 Y á mí sola dieron silla,  
 Como Reina de aquel reino.  
 Recíbeme con aplauso,

Canten hoy, pues naceis vos,  
 Los ángeles, gran Señora,  
*Y ensáyense desde ahora*  
*Para cuando nazca Dios,*  
 Canten hoy, pues á ver vienen  
 Nacida su Reina bella,

Cantándome himnos y versos,  
 Diciendo que por antigua  
 Merezco el lugar primero;  
 Por antigua en la creacion  
 Y en ser de virtud ejemplo,  
 Por la primera en vencer  
 Al demonio torpe y feo,  
 Y porque fuí la primera  
 Que me vestí el ornamento  
 De la limpia castidad,  
 É infinitos me siguieron.  
 Por mi humildad sacrosanta,  
 Que á los mas humildes venzo,  
 Y por aquesta humildad,  
 Fui de Dios custodia y templo;  
 Porque fuí claustro cerrado,  
 Donde Dios tuvo aposento  
 Para que el género humano  
 Saliese del cautiverio.  
 Haced fiesta, mis cofrades,  
 Que el nombre de Antigua quiero;  
 Estimadle y celebradle,  
 Que yo os daré el justo premio.  
 Y al templo antiguo y famoso  
 Que alcanza tal epíteto,  
 Enriquecedle vosotros,  
 Que vaya siempre en aumento.  
 Perseverad hasta el fin  
 En ser mis devotos rectos;  
 Que yo prometo de daros,  
 Por uno que me deis, ciento.

*Francisco de Quevedo Villegas.*

Que el fruto que esperan de ella  
 Es por quien la gracia tienen.  
 Digan Señora de vos  
 Que habeis de ser su Señora,  
*Y ensáyense desde ahora*  
*Para cuando nazca de Dios.*

Pues de aquí á catorce años,  
 Que en hora buena cumplais,  
 Verán el bien que nos dáis  
 Remedio de tantos daños.

Canten y digan por vos  
 Que desde hoy tienen señora  
*Y ensáyense desde ahora*  
*Para cuando nazca Dios.*

*Lope de Vega.*

Nace el alba María,  
 Y el sol tras ella,  
*Desterrando la noche*  
*De nuestras penas.*  
 Nace el alba clara,  
 La noche pisa,  
 Del cielo la risa  
 Su paz declara;  
 El tiempo se para  
 Por solo vella,  
*Desterrando la noche*  
*De nuestras penas.*  
 Para ser Señora  
 Del cielo, levanta

*Hoy ha dado el cielo al suelo*  
*Una dama, y es tan bella,*  
*Que la mas luciente estrella*  
*Parece de obscuro velo*  
*Si es comparada con ella.*

Nace con tal hermosura,  
 Viene tan alta y gloriosa,  
 Que no hay planta ó fina rosa,  
 Que ante ella no quede obscura;  
 Aunque pura y muy hermosa,  
 Da hoy Jesé escogido el vuelo  
 Con la altísima doncella,  
 Y la mas hermosa estrella  
*Parece de obscuro velo*  
*Si es comparada con ella.*

Es aurora tan serena,  
 Tomo I

Esta Niña santa  
 Su luz como aurora;  
 Él canta, ella llora  
 Divinas perlas,  
*Desterrando la noche*  
*De nuestras penas.*  
 Aquella luz pura  
 Del sol procede,  
 Porque cuanto puede  
 Le da hermosura;  
 El alba asegura  
 Que viene cerca,  
*Desterrando la noche*  
*De nuestras penas.*

*Del mismo.*

Del oriente mas subido,  
 Que su esmalte esclarecido  
 Cubrió al oro, de que es vena,  
 Por su valor escogido;  
 Viene en contento del cielo,  
 Y hala hecho Dios tan bella,  
 Que la mas graciosa estrella  
*Parece de obscuro velo*  
*Si es comparada con ella.*  
 Crióla Dios para Madre  
 Del Verbo eterno encarnado;  
 Á ella sola ha preservado  
 Del linaje humano el Padre  
 De aquel primero pecado.  
 Declárala suelo y cielo  
 De las vírgenes mas bella,

Y la mas divina estrella  
*Parece de obscuro velo*  
*Si es comparada con ella.*  
 Cancion, de un dulce vuelo,

Madre gloriosa y pura,  
 A quien se dió por hijo el Verbo eterno,  
 Roca do se asegura  
 Y tiene su gobierno  
 Al cielo, gloria al mundo, espanto á infierno;  
 Madrastra de pecado,  
 Á cuya concepcion perdió su fuerza,  
 Rendido y destrozado;  
 Invencion do se esfuerza  
 Á que jamás el bien el alma tuerza  
 Mas que los cielos alta,  
 Adonde tus divinos piés estriban;  
 Remedio á nuestra falta,  
 Ingenio en quien se avivan  
 Almas para que eternamente vivan.  
 Mar do salió de madre  
 Al mundo el Rey del ciclo, mar y suelo;  
 Regalada del Padre,  
 Imágen del consuelo,  
 Adonde se tornó la tierra cielo.

Envuelta en un suspiro enternecido,  
 Traspasa el alto cielo,  
 Y dile á mi querido  
 Cuál queda el corazón por él herido.

Diego Cortés.

Manjar dulce y sabroso  
 Al que para su gusto es recogido;  
 Real sitio glorioso,  
 Inviolado, escogido,  
 Adonde el Verbo eterno se ha metido.  
 Mas que el ciprés y palma  
 Al soberano cielo levantada,  
 Relicario en cuya alma  
 Y cuerpo le fué dada  
 Al eternal concepto digna entrada.  
 Milagrosa desculpa  
 Al error nuestro en la maldad primera,  
 Remate de la culpa,  
 Inmaculada, entera,  
 Á quien rendida está la sierpe fiera.  
 Menos te alabo y veo  
 Alabarte, que soy insuficiente;  
 Recibe mi deseo,  
 Y alábeta á la gente  
 Aquel que sabe y puede enteramente.

Juan Lopez de Ubeda.

Cada estrofa forma con las iniciales de los versos el acróstico de MARÍA.

*No me admira, Ana, de vos*  
*Que el parir tan tarde os cuadre,*  
*Sino ver que os hagan madre*  
*De la que es Madre de Dios.*  
 De que parís, Ana, al cabo  
 No me admiro, aunque debria,  
 Mas de parir á María,  
 Ya que me admiro, os alabo.  
 ¡Qué gran valor halló en vos  
 En tal tiempo el sumo Padre

Pues quiso fuédes madre  
 De la que es Madre de Dios!  
 Que tengais tal hija el suelo  
 Se admira con regocijo,  
 Y que ella tenga tal hijo  
 Admira á la tierra y cielo.  
 Á ella cuadrastes vos,  
 Para que á Dios ella cuadre,  
 Y para que os llame madre  
 Y la llame madre Dios.

Del mismo.

Decidnos, santa Ana, vos:  
 ¿Quién parió al Hijo sin padre?  
 Quién es madre de la Madre  
 Del Padre de ambos á dos?  
 Decidnos, ¿quién es aquella,  
 Antes santa que nascida,  
 Por dulce madre escogida  
 De quien fué primero que ella?  
 En el parto de los dos  
 La hija parió á su Padre,  
 Vos sois madre de la Madre  
 Del Padre de ambos á dos.  
 Vos parís la Madre vuestra,  
 Pues es quien de vos nació,

En parir á quien parió,  
 Madre de la vida nuestra.  
 La hija que parís vos  
 Parirá el Hijo sin padre;  
 Vos sois madre de la Madre  
 Del Padre de ambos á dos.  
 Hijo del Padre eternal,  
 Y Padre de los del suelo,  
 Hijo sin madre en el cielo,  
 Sin padre en lo temporal.  
 En entrambas partes Dios,  
 Un solo Dios con el Padre,  
 En la tierra abuela y madre,  
 Madre y hijas sois las dos.

Gregorio Silvestre.

## LA ANUNCIACION

Cubridme todos con flores,  
 Y de manzanas tambien,  
 Porque me muero de amores,  
 Hijas de Jerusalem.  
 Por los ciervos corredores,  
 Por las cabras os conjuro  
 No despertéis á mi Esposa;  
 Goce este sueño seguro,  
 Cantalde mientras reposa;  
 Que regalarla procuro.

Estaba María santa  
 Contemplando las grandezas  
 De la que de Dios seria  
 Madre santa y vírgen bella,  
 El libro en la mano hermosa,

Que escribieron los profetas,  
 Cuanto dicen de la Vírgen  
 ¡Oh qué bien que lo contempla!  
*Madre de Dios y vírgen entera,*  
*Madre de Dios, divina doncella.*  
 Bajó del cielo un arcángel,  
 Y haciéndole reverencia,  
 Dios te salve, le decia,  
 María, de gracia llena.  
 Admirada está la Vírgen  
 Cuando al sí de su respuesta  
 Tomó el Verbo carne humana,  
 Y salió el sol de la estrella.  
*Madre de Dios y vírgen entera,*  
*Madre de Dios, divina doncella.*

Lope de Vega.

## SALUTACION ANGÉLICA Y GLOSAS DE ELLE

¡Oh suma de nuestros bienes,  
 Y de todos nuestros males  
 Fin y quito!

Oh Vírgen, que, vírgen, tienes  
 Apretado ya en pañales  
 Á tu Hijo, Dios chiquito!

Oh nuestra torre mas alta,  
Donde la gracia y verdad  
Nunca mengua!  
Pues sabeis cuánto me falta,  
Vos, Señora, me la dad,  
Con que ós alabe mi lengua.

*Ave.*

¡Oh desculpa original,  
Donde la gracia se estrena!  
Dios te salve;  
Pues te hizo toda tal,  
Tan del todo toda buena,  
Que ningun mal no te malve.  
Dios te salve; de dolor  
Nunca cubra el rostro tuyo  
Triste velo;  
El divino resplandor  
Á tí hizo centro suyo  
Para mirar dende el cielo.

*María.*

¡Oh mar amarga, salada,  
Cuya sal salió la carne  
Corrompida,  
Cuya mirra aheleada  
No sufre que se descarne  
La carne convalescida!  
Oh mar, nunca peligrosa  
Sino á quien no se te acerca,  
De cobarde!  
Oh medicina famosa,  
La salud del que te merca  
No puede ser que se tarde!

*Gratia.*

Que tus gracias y donaires  
Sanan la rabia muy fiera  
Del pecado,  
Con aquellos frescos aires  
Que corren por tu ribera

Y reposan en tu vado.  
Lustre de las gracias todas  
Es el sonido jocundo  
De tu voz,  
Que contrajo tales bodas,  
Que te dan lugar segundo  
En el palacio de Dios.

*Plena.*

Donde pariste sin pena,  
Sin dolor y sin presura,  
Mal ni daño;  
Porque fuiste, Virgen, llena,  
Recibiéndolo natura  
Por injuria y por engaño;  
Llena de la inmensidad  
De aquel Dios inmensurable,  
Dios de Dios;  
Llena de sonoridad  
Del Verbo eterno inefable,  
De quien fué san Juan la voz.

*Dominus.*

Aquel Señor que David  
Ser su Señor confesó,  
No de sí;  
Por el cual venció la lid,  
Por el cual solo reinó,  
Por él solo, y no por sí;  
Señor que hace escoria  
Los consejos de las gentes  
Cuando exceden;  
Aquel gran Rey de la gloria,  
Contra quien los mas potentes  
Menos pudieron y pueden.

*Tecum.*

Porque solo amor le doma,  
Con esta dulce porfía  
Llama á tí:  
Vén ya, vén, la mi paloma;

Vén ya, vén, amiga mia;  
Vén ya, vén, hermana, á mí;  
Vén ya, vén, fuente sellada;  
Vén ya, vén, huerta ceñida;  
Vén ya, vén;  
Vén ya, vén, Virgen preñada;  
Vén ya, vén, Virgen parida,  
Reina de Hierusalem.

*Benedicta.*

Siempre bendita del Padre,  
Siempre del divino Amor  
Muy querida;  
Del Hijo para su Madre  
Por la mayor y mejor  
*Ab aeterno* prevenida;  
Todas las generaciones  
Siempre bienaventurada  
Te dirán;  
Que de los divinos dones  
Ni sube ni sobra nada  
Sobre á los que á tí se dan.

*Tu.*

Tú la fuerza y la virtud,  
Tú la virtud y la gracia  
De la ley;  
Tú la vida y la salud,  
Tú la sala do se espacia  
La gran majestad del Rey;  
Tú le tienes, tú le das  
Á quien quierés y te place,  
Sin cohecho,  
Pues ¿qué quierés, Virgen, mas,  
Que quien servicio te hace,  
A Dios piensa que le ha hecho?

*In mulieribus.*

¡Oh gloria de las mujeres!  
Ya por tí el Cerbero triste  
No les ladre;

Tomo I

Porque tú la Virgen eres  
Virgen despues que pariste  
Hombre y Dios, tu Hijo y Padre.  
¡Oh mujer toda perfeta!  
¡Cómo abarcará mi voz  
Tu renombre!  
Que es verdad, aunque secreta,  
Que heciste al hombre Dios,  
Y á Dios heciste hombre.

*Et benedictus.*

Glorificado y bendito,  
Alabado y ensalzado  
Siempre sea  
Nuestro gran Sér infinito,  
De tus manos abarcado,  
Vestido de tu librea.  
El cielo y toda su corte  
Gracias y gloria le dén  
Sin medida  
Á este divino norte,  
En el cual solo se ven  
Las horas de nuestra vida.

*Ventris.*

¡Oh tierra nunca maldita,  
Vientre bienaventurado  
De María!  
Por quien tanto mal se quita,  
Por quien tanto bien se ha dado  
Á quien tanto mal tenía.  
Vos sois vientre consagrado,  
La tierra de promision  
De Israel,  
La que mana de su grado  
Por divina bendicion  
Blanca leche y dulce miel.

*Tui.*

¡Oh Virgen! tuya es la caja  
Donde Dios dobló los velos

De su rima;  
El licor de tu almarraja  
Llenos tiene ya los cielos,  
Y aun rebosa por encima.  
Secretos del vientre tuyo,  
Al serafin que mas sabe  
Mas se encubren;

Que del hizo nido suyo,  
Del corto manto que cabe,  
Á quien mil mundos no cubren,

*Jesus.*

Toda carne y corazon  
El sacro sacre Jesu  
Desdenó;  
Mas tu limpia Concepcion  
Al primero Huco Hu  
Por las pihuelas le asió.  
Con gran gana se abatió,  
Y se asentó sin pereza  
En tu humildad;  
Porque le engolosinó  
El cebo de tu pureza  
Con olor de suavidad.

*Sancta.*

Santa nunca mancillada,  
Porque dende aquella luz  
De eterno día  
Fuiste pieza señalada  
Para ser rico capuz,  
De que Dios se vestiria;  
El cual se vistió de tí  
(Todas las naturas hartas  
De socorros),  
Con aquel tu carmesí,  
Al cual las divinas martas  
Se juntaron por aforros.

*Maria.*

¡Oh mar por do navegó,

Hecho Dios mercadería,  
Y el amor,  
Mercader que le trocó,  
Dejándote, cual solia,  
Por un hombre sin favor!  
¡Oh mar por donde navegan  
Los que quieren ir al cielo!  
Van sin guerra.

¡Oh mar do todos se anegan  
Los que toman por consuelo  
Desembarcar en la tierra!

*Mater.*

¡Oh árbol, delante quien  
La fruta mas sana y buena  
Causa tos!  
No demandes ya mas bien,  
Pues todos á boca llena  
Te llaman Madre de Dios;  
Y aun cantan lo que mereces  
Las estrellas que llamamos  
Matutinas;  
Nuestras tierras enloqueces  
Con las flores de tus ramos,  
Que llevan frutas divinas.

*Dei.*

El que en todo Dios se espacia,  
Y es la inmensidad del Padre  
Su escondrijo,  
Te pide, Virgen de gracia,  
Que te plega ser su Madre,  
Que él desea ser tu Hijo.  
¡Oh princesa soberana!  
¿No basta que tal riqueza  
Se te entregue,  
Sino que con tanta gana  
Aquella divina Alteza  
Te lo mande y te lo ruegue?

*Ora.*

Ruégale, pues te rogó,  
Y es tu Hijo, y tanto privas  
Ya con él;  
Nuestras almas, que formó,  
Queden sanas, queden vivas;  
Despues de juzgadas dél,  
No prosiga la sentencia  
Por el rigor de justicia,  
Mas pregone  
Misericordia y clemencia  
Antes que nuestra malicia  
Su braveza mas encone.

*Pro nobis.*

Por nosotros, que ya estamos  
Ahogados en dulzores  
De pecados;  
Por nosotros imploramos  
No nos dejen tus favores  
Al mejor tiempo olvidados;  
Por nosotros, que no vemos,  
Porque con graves delitos  
Nos cegamos,  
Que las sillas heredemos  
De los ángeles malditos,  
De que no se contentaron.

*Peccatoribus.*

Esclavos de mil pecados  
Nos dejó hechos Adan  
En sus lomos;  
Mas ya, por tí libertados,  
Del Rey á su mesa y pan  
Mantenidos, Virgen, somos;  
Esclavos de nuestras obras,  
En que ya nos reveemos,  
Siempre malas,  
Si tú, Virgen, no nos cobras  
Gracia para que volemos  
So la sombra de tus alas.

*Amen.*

Di, Virgen, amen, amen;  
Y pues tanto nos amaste,  
No nos dejes;  
Porque nuestro sumo bien  
Contigo nos le acercaste,  
Nunca ya te nos alejes.  
¡Oh tregua de nuestra paz!  
Manda luego apaciguar  
Mis temores;  
Vaya yo donde tú estás,  
Do mejor pueda cantar,  
Amen, amen, tus loores.

*Fray Hernando de Talavera. — Primer arzobispo de Granada.*

Que te salve Dios te digo,  
María, por ser quien eres,  
Llena de gracia y abrigo;  
El Señor Dios es contigo;  
Bendita entre las mujeres,

Diónos en la tierra un ave  
La voluntad soberana,  
Que, por su vuelo suave,

Bendito el fruto y primor  
De tu vientre sin dolor,  
Jesucristo, nuestro Dios;  
Tú, Madre, ruega por nos  
Y por todo pecador.

*Juan de la Encina.*

De la rendencion humana  
Tuvo en el pico la llave;  
La bendita ave es aquella

A quien, por su dulce canto,  
Enviado á la doncella,  
Dijo el paraninfo santo,  
Postrado delante della:

*Ave María.*

Es águila que voló  
Hasta el soberano nido,  
Y al sacro Verbo cazó,  
Y abreviado y encogido  
En su vientre le encerró,  
Dichosa Madre de aquel  
Qu'en un ser juntó á los dos;  
Si toda la gracia es él,  
Estando llena de Dios,  
Bien te dijo Gabriel:

*Gratia plena.*

Está cosa muy probada  
Que quedó sacra doncella,  
Tu carne santa, sagrada,  
Dios incorporado en ella,  
Llena de Dios, endiosada.  
¡Oh grandeza milagrosa,  
Bendita Virgen y Madre,  
Que en la carne gloriosa  
Venga del seno del Padre  
A ser una misma cosa!

*Dominus tecum.*

La divina Majestad  
Te hizo su relicario,  
Abismo de su verdad,  
Templo, custodia, sagrario  
De la santa Trinidad;  
Arca donde se atesora  
Del cielo y tierra el consuelo;  
Palacio donde Dios mora,  
Puerta, escalera del cielo:  
¡Tantás grandezas, Señora!

*Benedicta tu.*

Con el fuego de su amor,  
Plata fina y oro fino,  
Hizo electro el gran Señor,  
Dando con su sér divino  
Al humano mas valor;  
Y para que este metal  
Fuese como convenia,  
Tomó Dios el sér mortal

En la bendita María,  
Porque no halló otra tal,

*In mulieribus.*

Esta Virgen escogida,  
A quien Dios por madre quiso,  
Antes santa que nacida,  
Fué el árbol de paraíso,  
Que nos dió el fruto de vida.  
Consuelo tendrá el afrito  
Que á su sombra se allegare,  
Y terná gozo infinito  
Quien de la fruta gustare,  
Porque el árbol es bendito,

*Et benedictus fructus.*

María, para ensalzarte  
Usó Dios un gran primor:  
Que por milagrosa arte  
Lo mayor en lo menor,  
Y el todo encerró en la parte.

¿Qué mas hay que ver en tí,  
Ni en lo mucho que te quiso,  
Que para salvarme á mí  
Hiciese Dios paraíso

Y aposento para sí

*Ventris tui?*

Huerto y cerrado verjel,  
Donde nació el sacro lirio  
Que da vida el olor dél;  
Tu vientre fué el cielo impirio  
Mientras Dios estuvo en él;

De allí salió Dios y hombre,  
Celestial y nazareno,  
Y tomó el dulce renombre,  
De misericordias lleno,  
Nombre sobre todo nombre,  
*Jesus.*

Y esta merced, que sonó  
En la voz de tu virtud,  
Mi ánima engrandeció,  
Y en el Dios de mi salud  
Mi espíritu se alegró.  
Porque te vido humillada  
El Señor de las naciones,  
Te tienen por abogada  
Todas las generaciones,  
Siempre bienaventurada

*Sancta Maria.*

Virgen, que en el cielo alcanzas  
La mas alta laureola  
De las bienaventuranzas,  
en una alabanza sola  
El fin de las alabanzas;  
Si se ponen á alabarte  
Los ángeles y los hombres,  
Y si Dios quiere ensalzarte  
Con títulos y renombres,  
No hay otro como llamarte

*Mater Dei.*

Para tí mas ensalzados  
Loores no puede haber,  
Ni para los desterrados

Mayor gloria que tener  
A los dos por abogados;  
Y pues el que está á la diestra,  
En prueba de mi derecho,  
Las llagas al Padre muestra,  
Muéstrale tú el sacro pecho  
A tu Hijo, Madre nuestra,

*Ora pro nobis.*

Pídele, Virgen sin par,  
Que á nuestros ruegos se humille;  
Que no hay cosa que pensar,  
Que tú no puedas pedille  
Ni que él te pueda negar.  
Por el bien de los mortales  
Has de ser intercesora,  
Y sean tus ruegos tales,  
Que nunca dañen, Señora,  
Los peligros infernales

*Miseris peccatoribus.*

¿Qué hacemos, pecadores?  
Pues tenemos entre tantos  
Tan buenos dos valedores,  
Y propicios á los santos  
Ángeles por guardadores;  
Llenos de fe y de esperanza,  
Alabemos á María,  
Por quien tanto bien se alcanza,  
Y los cielos á porfía  
Le den eterna alabanza.

*Amen.*

Gregorio Silvestre.

Gabriel al suelo la rodilla inclina;  
Sálvete Dios, la dice, Virgen bella;  
Sálvete Dios, aurora matutina;  
Sálvete Dios, resplandeciente estrella;  
Sálvete Dios, Jerusalén divina;

Sálvete Dios, fructífera doncella;  
Sálvete Dios, ciudad fortalecida;  
Sálvete Dios, morada de la vida.  
Sálvete Dios, favor de aprisionados;  
Sálvete Dios, consuelo de afligidos;

Sálvete Dios, ciudad de desterrados;  
Sálvete Dios, ganancia de perdidos;  
Sálvete Dios, amparo de olvidados;

Sálvete Dios, salud de perseguidos;  
Sálvete Dios, de tristes alegría;  
Sálvete Dios, Purísima María.

Fray Antonio Escobar de Mendoza.—Valledolid, 1625.

## LA ENCARNACION DEL VERBO

*¡Oh cuán bien Virgen trocastes  
En este ser que nos distes,*

*Que de humilde alta quedastes,  
Y al alto humilde paristes!*

Bendita humildad la vuestra,  
Que al alto Dios agradó,

Que por ella se humilló

A pagar la culpa nuestra.

Grandes grandezas obrastes

Con la humildad que tuvistes,

*Pues de humilde alta quedastes,*

*Y al alto humilde paristes.*

Mostrástenos cuánto Dios

De la humildad se enamora,

Pues tan humilde, Señora,

Se vino á nacer de vos;

La soberbia derribastes,

La humildad engrandecistes,

*Y de humilde alta quedastes,*

*Y al alto humilde paristes.*

El que es mas alto en el cielo

A vuestra humildad se humilla,

Y os da la mas alta silla

Por mas humilde del suelo;

Con el mismo Dios trocastes

Con la humildad que tuvistes,

*Y de humilde alta quedastes,*

*Y al alto humilde paristes.*

Gregorio Silvestre.

Cantando el Verbo divino

Un alto tan soberano,

Cómo de Dios voz y mano,

A ser contrabajo vino,

Bajando hasta el punto humano;

Que aunque es de sus piés el suelo

El serafín de mas vuelo

Y el mas levantado trono,

Bajó por la tierra el tono

Hoy la música del cielo.

Una vírgen no tocada

Toca con destreza tanta

El arpa de David santa,

Como la tiene abrazada,

Que adonde el infierno espanta,

Dos puntos solos tocó,

El bajo y el alto juntó,

Que, como en una pregunta

Con un sí Dios y hombre junta,

En dos puntos se cifró.

De un *fiat* comienza el Fa,

De su obediencia y su fe,

Vió Dios el Mi, siendo el Re

Rey, y reparó que en La

Vírgen estrella Sol fué.

Peró despues que nació,

Cifrada en dos puntos vió

La tierra por su consuelo,

El armonía del cielo,

Sol y La que le parió.

Lope de Vega.

*Porque Adan pecó*

*Ha Dios encarnado;*

*Dichoso pecado,*

*Que tal mereció.*

Por cosa muy clara

Juzgará quien quiera

Que Dios no naciera

Si Adan no pecara.

Y si porque erró

Tal bien se ha ordenado,

*Dichoso pecado*

*Que tal mereció.*

Bendito sea, amen,

Quien puede y quien sabe

De mal que es tan grave

Sacar tanto bien.

El bien que sacó

Es Dios humanado;

*Dichoso pecado*

*Que tal mereció.*

Cuando el hombre triste

Merciera infierno,

Viene Dios eterno

Y de hombre se viste.

Y al hombre subió

Á divino estado;

*Dichoso pecado*

*Que tal mereció.*

Damian de Vega.

Hoy se cumplen años

Qué nació la Reina,

La reina María,

Del cielo y la tierra,

Y hoy con justa causa

Todos hacen fiestas

Al dichoso día

Que sus años cuentan.

Por su sol el cielo,

El mar por su estrella,

Y por su señora

La tierra contenta.

Cenidos de oliva

Los dos labios entra

Al arca del mundo

El Ave que espera.

*Venga norabuena*

*La paloma bella,*

*Norabuena venga.*

La zarza divina

Que el fuego respeta,

Vellocino blanco

Sembrado de perlas;

La Reina vestida

De tan varias sedas,

Que asiste en su trono

Del Rey á la diestra;

La vara de almendro

Con sus flores bellas,

Que tiene en su fruto

Tan divina almendra,

Que han juntado en una

Su verde cubierta

De humano y divino

Dos naturalezas.

*Venga norabuena, etc.*

La serrana hermosa,

Puesto que es morena,

Color para trigo

De la buena tierra;

Trigo de Belen,

Que tantos profetas

Han llamado casa

Deste pan que esperan;

Tierra Virgen que ara  
Del amor la flecha  
Que es el mismo Dios  
El pan y el que siembra,  
Hoy viene á poner  
A la antigua bestia

La planta de nieve  
Sobre la cabeza.  
*Venga norabuena*  
*La paloma bella*  
*Norabuena venga.*

Lope de Vega.

¿Dónde por tierras extrañas,  
Virgen con tanto fervor?  
—Donde me lleva el Señor  
Que yo llevo en mis entrañas.  
—¿Cómo es posible llevar,  
Virgen, al que os lleva á vos?  
—Como el que me lleva es Dios,  
Que ha querido en mí encarnar.  
—Pues ¿cómo por las montañas  
Lleváis á tan gran Señor?  
—Mas lo lleva el grande amor  
Que lo trajo á mis entrañas.  
—Parece en vos cosa nueva,  
Virgen, ir apresurada.

—Hácelo el ir abrasada  
Del amor del que me lleva.  
—Pues ¿luego á tierras extrañas  
Os lleva solo el amor?  
—No, que todo es del Señor  
Que yo llevo en mis entrañas.  
—Ya sé que os lleva el doncel;  
Mas ¿dónde vais á aportar?  
—Voy con él á visitar  
Á mi parienta Isabel.  
—¡Oh, qué cosas tan extrañas,  
Que al siervo sirva el Señor!  
—Esto y mas hace el amor  
Del que llevo en mis entrañas.

Juan Lopez de Ubeda.

En el punto que se vido  
El gran Dios ya hombre hecho,  
Tan presto le vieras ido  
Á San Juan ya concebido  
Por su camino derecho.

E sirvióse en esta via,  
Como de nave ligera,  
De tí, su madre, María,  
Que lo llevas; mas él guía  
La carrera.

El Señor va con intento  
De se mostrar á San Juan,  
Por le dar conocimiento

De su santo advenimiento,  
Cual los ángeles lo han.  
E no por letras vocales  
Le fué dado ser discreto,  
Mas por luces no mortales  
Vió los gozos eternos  
Del secreto.

Tambien fué por declarar  
Por miraglo de evidencia  
Quel muy estrecho lugar  
De aquel vientre singular  
No amenguaba su potencia.  
Y por esto juntos van

Hijo y Madre, sol y luna,  
Á relumbrar á San Juan,  
Al cual ante seso dan  
Que la cuna.

La deifera Señora  
Camina con pensamiento  
De ser baja servidora  
De la parienta, que mora  
En la montaña de asiento;

Porque el ángel le dijera  
Ser de hijo ya preñada;  
Que por ser vieja é mañera,  
Hasta allí nunca se viera  
Consolada.

Tambien fué por le ayudar,  
Segun de cierto presumo,  
Á dar gracias y alabar  
Por aquel don de notar  
Al Rey de los reyes sumo.

Y por esto el movedor,  
Que es el Verbo no mudable,  
La guiaba con hervor,  
En su vientre hecho flor  
Delectable.

De la disposicion que llevaba Nuestra Señora por aquel santo camino

Con pasos acelerados  
Iba la Virgen preciosa  
Por los valles y collados,  
Mas hermosa en cien mil grados  
Que la luna, sol ni rosa.

La luz eterna mas clara  
La esforzaba por de dentro,  
¡Oh bendito el que hallara,  
Si en tal hora caminara,  
Tal encuentro!

Oh quién fuera pastorcico,  
Que te viera y preguntara:

Tomo I

«¿Dónde vas, tesoro rico,  
Dímelo, yo te suplico,  
Con tan gloriosa cara?  
—¿E por quién habia de ser,  
Respondiéras, tal afan,  
Sino por engrandecer  
La preñez con el nacer  
De San Juan?»

La Virgen

E sí aire acelerado  
Es el paso con que aguijo,  
Hácelo el amor sobrado,  
De mayor tenor y grado,  
Que á San Juan tiene mi Hijo.  
E agora lo favorece,  
Que por él solo camina;  
Y es tanto lo que meresce,  
Que seré yo, si se ofresce,  
Su madrina.

El Autor

Fe, caridad y hermosura  
E humildad compañas son  
De tí, traslado é figura  
De la gloria que mas dura  
Para nuestra salvacion.

En tí llevas resplandor

Por quitar costa de cera,  
Tesorero y contador,  
Y el pan, que es por su sabor  
Vida entera.

No llevaba guarniciones  
De compañia la doncella,  
Mas millares de millones  
De angélicas legiones,  
Que iban en guarda della.

El tardar le era contrario,  
Tibieza la descontenta,  
Hasta que de su sagrario

66

Reciba gozo plenario  
Su parienta.  
En par de Hierusalen  
Se apresura, y no se muestra,  
Porque no le estaba bien  
Que allí la mirase alguien,  
Para la doctrina nuestra.

Mas á mí bien me estuviera  
¡Oh mi Reina! tal encuentro,  
Porque viendo á tí creyera  
Que, pues Dios tal te hiciera,  
Que iba dentro.

*Del sudor de la Señora*

Su rostro delicado  
Alteraciones comienza,  
Del andar apresurado,  
Y de haber en el obrado  
Mil colores la vergüenza.

Y entre color y color,  
Como aljófar, parecia  
Un rocío de sudor,  
Que al sol lleva en el valor  
Demasia.

*Comparacion*

Como los azucarales  
De verdes valles viciosos  
Tienen sus cañaverales,  
De los ardores solares,  
Los nudos todos melosos;  
Bien así la rama tierna  
De Jesé, que es profecía,  
Sudaba, hecha linterna  
De la luz, que es vida eterna  
Por la vía.

Oh, si la vieras cual iba,  
Tú, mi alma, esta princesa  
Por aquel recuesto arriba,

En la cual la vida viva  
Tenia hecha represa;  
Vieras en ella colores  
Diversos en fermosura,  
Y del mucho andar, sudores,  
Mas que bálsamo ni flores  
De frescura.

¡Oh, bendito quien pudiera,  
Ser de tal sudor ungido,  
Que luego le sucediera  
Tal salud, que no muriera  
Condenado ni perdido!  
Cuya lindeza de olores  
Pudo quitar pestilencia.  
¡Oh qué adorables humores,  
Que dieron destos licores  
Influencial

*Nota la causa material de la virtud  
deste virginal sudor*

Porque fué su manadero  
De la crisma virginal  
El bálsamo verdadero,  
Sanador que fué primero  
Del pecado original.

El Hijo de Dios fué este,  
Hecho en ella temporal  
Causador, que el sudor preste  
Defension contra la hueste  
Infernal.

Así que, bien se acompaña  
Esta nuestra intercesora,  
En el merecer tamaña,  
Que si Dios se nos ensaña,  
Del perdon es fiadora.

En ella va muy suave  
El tesoro deste siglo,  
Y el rey Cristo, que es la llave,

Que va dentro como en nave  
Sin peligro.  
Iban tres entendimientos  
Dentro en su cuerpo doncel,  
Todos distintos y exentos,  
Sin haber discordia en él (1).  
Fué del Verbo el principal,  
De su alma fué el segundo,  
Otro el seso oriental  
De la Reina imperial  
Deste mundo.

*Habla el autor con Nuestra Señora*  
Válanme los pensamientos  
Deste tu viaje bueno,  
Con estos alumbramientos  
Que van en los velamentos  
De tus entrañas y seno.  
Yo creo por fe derecha,  
E aun tengo que Dios lo quiso,  
Que en aquella via estrecha  
Ibas toda cuasi hecha  
Paraíso.

*Fray Ambrosio Montesino.—Toledo, 1508.*

*VIAJE Á BELEN*

Caminad, Esposa,  
Virgen singular;  
*Que los gallos cantan,  
Cerca está el lugar.*  
Caminad, Señora,  
Bien de todo bien,  
Que antes de una hora  
Somos en Belen;  
Allá muy bien  
Podréis reposar.

*Que los gallos cantan;  
Cerca está el lugar.*

Yo, Señora, siento  
Que vais fatigada,  
Y paso tormento  
Por veros cansada;  
Presto habrá posada  
Do podreis holgar

*Que los gallos cantan,  
Cerca está el lugar.*  
Señora, en Belen  
Ya presto seremos;  
Que allí habrá bien  
Do nos alberguemos;  
Parientes tenemos  
Con quien descansar.  
*Que los gallos cantan,  
Cerca está el lugar.*

¡Ay, Señora mia,  
Si parida os viese,  
De albricias daría  
Cuanto yo tuviese;  
Este asno que fuese,  
Holgaria dar.

*Que los gallos cantan  
Cerca está el lugar.*

*Francisco de Ocaña.—Alcalá, 1607.*

*MARÍA EN BELEN: EL PARTO DE LA VÍRGEN*

De una Virgen hermosa  
Celos tiene el sol,

*Porque vió en sus brazos  
Otro Sol mayor.*

(1) Falta un verso.

Cuando del oriente  
Salió el sol dorado,  
Y otro Sol helado  
Miró tan ardiente,  
Quitó de la frente  
La corona bella,  
Y á los piés de la Estrella  
Su lumbre adoró,  
*Porque vió en sus brazos  
Otro Sol mayor.*

Pues andáis en las palmas,  
Ángeles santos,  
*Que se duerme mi Niño,*  
*Tened los ramos,*  
Palmas de Belen  
Que mueven, airados,  
Los furiosos vientos  
Que suenan tanto,  
No le hagáis ruido,  
Corred mas paso;  
*Que se duerme mi Niño,*  
*Tened los ramos.*  
El Niño divino,  
Que está cansado

«Hermosa María,  
Dice el sol, vencido,  
De vos, ha nacido  
El Sol que podia  
Dar al mundo el día  
Que ha descado.»  
Esto dijo, humillado,  
Á María el sol,  
*Porque vió en sus brazos  
Otro Sol mayor.*

Lope de Vega.

De llorar en la tierra  
Por su descanso,  
Sosegar quiere un poco  
Del tierno llanto;  
*Que se duerme mi Niño*  
*Tened los ramos.*  
Rigurosos hielos  
Le están cercando;  
Ya veis que no tengo  
Con qué guardarlo;  
Ángeles divinos,  
Que vais volando,  
*Que se duerme mi Niño*  
*Tened los ramos.*

Del mismo.

Nacer el sol de una estrella  
Solo se vió en este día,  
Que nace Dios de María,  
Quedando madre y doncella.  
En la Virgen con tal arte  
Usó Dios de su primor,  
Que lo mas en lo menor,  
Y el todo encerró en la parte;  
Y grandeza como aquella  
Hoy muestra lo que encubria,

Y nace Dios de María,  
Quedando madre y doncella.  
Que el Sol de justicia salga  
Donde le podamos ver,  
Y que sola una mujer  
Á tan gran efecto valga;  
Extrañeza como ella  
Hoy solo ver se podia,  
Que nace Dios de María,  
Quedando madre y doncella.

Solo desta Virgen pura  
Esto se puede esperar,  
Que por humilde alcanzar  
Mereció tan gran ventura.

Llegad con su Hijo á vella,  
Y allí vereis, alma mia,  
Que nace Dios de María,  
Quedando madre y doncella,

Fray Pedro de Pradilla.

La noche estaba del silencio en medio,  
Y las cosas suspensas, aguardando  
De la dichosa hora el punto, cuando  
Reciba el mundo sin igual remedio.  
Puso entre el hombre y Dios la Virgen medio  
Su consentir humilde al Angel dando,  
Y el resplandor del Padre, así encarnando,  
Ya vecino al nacer confirma el medio.

María, de extremado gozo llena  
Y en vehemente ardor toda encendida,  
Pide que salga el sol que la enamora.  
Vistióse de blancura y luz serena,  
Y sobre humanas fuerzas conmovida,  
Virgen y Madre se mostró á la hora.

Luis de Ribera.

Las palmas de la fértil Idumea  
Mas que cedros del Líbano han crecido:  
Ejércitos del cielo han parecido  
En valle, en monte, en risco y en aldea.

La noche mas qu'el día hermosa,  
Y en el aire estas voces se han oido:—  
«Id, pastores, al Niño que ha nacido;  
»Ved al que cielo y tierra señorea.»

Apriesa vienen, y á Bethlem llegados  
Es el portal de ángeles un coro  
De música, de gloria y armonía.  
Adoran por el suelo derribados  
Al sacrosanto y virginal tesoro,  
Al poderoso Infante y á María.

Diego Ramirez Pagan.

Virgen, ¿tal paristes vos  
Entre una mula y un buey?  
¡Qué lindo hombre para Rey!  
¡Qué lindo Rey para Dios!  
En este mundo incapaz,  
Por la original comida,  
Sin Dios no puede haber vida  
Ni sin Rey puede haber paz;  
Mas hoy, Virgen, distes vos  
Deidad, carne, vida y ley;

¡Qué lindo hombre para Rey!  
¡Qué lindo Rey para Dios!  
Aunque en cielo y tierra basta  
Dios con su oculto poder,  
Quiere el hombre conocer  
Un Dios y Rey de su casta;  
Y en un subgeto dais vos  
Hombre y Dios á toda ley;  
¡Qué lindo hombre para Rey!  
¡Qué lindo Rey para Dios!

Aloñso de Bontill.

Un admirable cambio y nunca oído  
Es el que Dios y vos, Virgen, hicistes,  
Que ha sido Dios por vos lo que no ha sido,  
Y vos fuistes por él lo que no fuistes.  
Eterno era antes Dios, y ya nascido;  
Virgen érades vos, y ya paristes;  
Quedando eterno Dios, es criatura;  
Quedando madre vos, sois virgen pura.

Fray Luis de León.

Lucero rutilante de la aurora,  
Sol harto mas hermoso quel sol claro,  
Tesoro do la vida se atesora,  
Escudo fuerte, inexpugnable amparo,  
Santa la mas que allá en el cielo mora,  
Perfectísima dama de amor raro,  
Alábate tu casto y santo celo  
La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.  
Espejo cristalino de doncellas,  
Espejo que de Dios ser mereciste,  
Espejo que escuresce las estrellas,  
Espejo que la luz al mundo diste,  
Espejo que de vida echas centellas,  
Espejo do el divino amor se viste,  
Espejo do miró bien su consuelo  
La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.

Arbol del paraíso el mas precioso,  
Arbol que siempre das fruto de vida,  
Arbol crecido el mas alto y vistoso,  
Arbol do el Verbo eterno hizo manida,  
Arbol ameno siempre verde, umbroso,  
Arbol que eres del hombre la guarida,  
Arbol que á tí se acogen y dan vuelo  
La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.  
Templo de do salió virgíneo ejemplo,  
Templo do la virtud tiene morada,  
Templo en quien perfeccion siempre contemplo,  
Templo de tierra santa, immaculada,  
Templo del relicario, bien del templo,  
Templo y casa de Dios la mas amada,  
Templo eres, que á tus joyas no hallan suelo  
La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.

Del mismo.

*Llora Dios y rie su Madre,  
Y dice con regocijo:  
Mientras mas te miro, Hijo,  
Mas paresces á tu Padre.*

Lloraba el niño y gemia,  
Dentro de un pesebre puesto,  
Por disimular con esto  
Lo que al Padre parescia;

Mas, como es sabia la Madre,  
Conoció la treta y dijo:  
*Mientras mas te miro Hijo,  
Mas paresces á tu Padre.*

Aunque el Niño disimula  
Su gloria y divinidad,

Caido se le ha un clavel  
Hoy á la Aurora del seno;  
¡Qué glorioso que está el heno,  
Porque ha caido sobre él!

Cubierto de humanidad  
Entre un buey y entre una mula,  
No por aquesto la Madre  
Le desconoció, pues dijo:  
*Mientras mas te miro, Hijo,  
Mas paresces á tu Padre.*

«Hijo, bien disimulado  
(Le dice) estas, mas empero  
Por entre el sayal grosero  
Se te ve el fino brocado.»

Desto pues rie la Madre,  
Y dice con regocijo:  
*Mientras mas te miro, Hijo,  
Mas paresces á tu Padre.*

Damián de Vega.

Cuando el silencio tenia  
Todas las cosas del suelo,  
Y coronada de hielo,  
Reinaba la noche fria,

En medio la monarquía  
De tiniebla tan cruel,  
Caído se le ha un clavel.  
De un solo clavel ceñida  
La Virgen, aurora bella,  
Al mundo le dió, y ella  
Quedó cual antes florida.  
A la púrpura caída  
Siempre fué el heno fiel;

Virgen, ¿si querrá conmigo  
Ese Niño? Dalde acá.  
—Toma, llévate ya;  
Que llora por ir contigo.  
—Llevármelo tengo á fe,  
Pues que por mí está llorando.  
—De continuo está aleando  
Por irse con cuantos ve.  
—Luego, si quiere conmigo,  
¿También con otros querrá?

Caído se le ha un clavel.  
El heno, pues que fué dino,  
Á pesar de tantas nieves,  
De ver en sus brazos leves  
Este rosicler divino,  
Para su lecho fué lino,  
Oro para su dosel;  
Caído se le ha un clavel.

Luis de Góngora.

—Sí; mas llévate ya;  
Que llora por ir contigo.  
—Perderse os ha cuando ande,  
Si á tantos gustos atiende,  
—No se perderá; que entiende  
Como una persona grande.  
—Pues dejad vengá conmigo,  
Y en mis brazos callará.  
—Toma, llévate ya;  
Que llora por ir contigo.

Alonso de Bonilla.

## LA PURIFICACION

Hoy al templo una Virgen se presenta  
Con un hijo en los brazos, Virgen madre,  
Que siendo tal, de no terreno padre  
Lo parió, y á sus pechos lo alimenta.

En gozo fué su parto, y sin afrenta  
De culpa; el concebir de humana madre;  
Mas en la luz en que se vió su padre,  
Y en su mente engendrado lo sustenta.

Al mismo Padre se lo ofrece, y dice,  
Con aquella pureza que en su alma  
Vido el Infante cuando estuvo dentro:  
«Tú, gran Padre, lo aceta y lo bendice,  
Porque de tu virtud la excelsa palma  
De su enemigo humille el recio encuentro.»

Luis de Ribera.

Hermosa doncella,  
Delicia de Dios,  
¿A dónde caminas  
Con paso veloz?  
¿Á qué vas al templo  
Del Rey Salomon,  
Y tórtolas llevas  
De pardo color?  
Decid á esta Virgen  
Con santo fervor,  
Al aire soltando  
La plácida voz:

Bendito el instante  
Que Dios te crió:  
Bendita la hora  
Que el mundo te vió.  
¿Por qué va cubriendo  
Tu frente el rubor,  
Si mas pura eres  
Y hermosa que el sol?  
Á tí de la mancha  
De Adán pecador,  
Á tí solo quiso  
Librar el Señor.

Placer inefable  
Al punto que vió  
Tu rostro gracioso  
El cielo gozó.  
La saña divina  
Y antiguo rigor  
En paz y clemencia,  
Por tí se trocó.

Del sagrado nacimiento  
Siendo el cuarenteno día,  
Por el templo del Señor  
Que en Jerusalem había

TOMO I

Y el Dueño del orbe  
Prendado de amor,  
Albergue en tu seno  
Dulcísimo halló,  
Y al mundo le diste  
Sin ay, ni dolor,  
Cual brota de mayo  
La cándida flor,  
Y llevas al pecho  
¡Divino favor!  
Colgada la prenda  
Que vida nos dió.

Pues no, no te obliga  
La ley de rigor,  
Que tú eres la Madre  
Del sumo Hacedor.  
Mas ya lo comprendo,  
Que vas al Señor  
Á dar de virtudes  
Riquísimo don.

Bendita obediencia  
Y humilde oracion,  
Y en uno enlazados  
Pureza y amor.  
—Permite, Señora,  
Que yo vaya en pos,  
Siguiendo tus pasos  
Al templo de Dios:  
Vosotras las hijas  
Que sois de Sion,  
Salid al camino,  
Corred con ardor.

(Del calendario Mariano de 1862.)

Entra la preciosa Virgen,  
Serénísima María;  
Limpia mas que las estrellas,  
Cual el sol resplandecía.

68

En sus brazos virginales  
Su dulce hijo traía;  
Hijo es del Padre eterno,  
Dios y hombre allí venía.

En forma viene de siervo,  
Aunque los cielos regia,  
Para remediar al hombre  
Del daño que padecía:

Y aunque á grande costa suya,  
Abrirle celestial vía,  
Para cumplir con la ley  
Su Madre á Dios le ofrecía,  
Y por él da en sacrificio  
Dos aves que allí traía.

Al templo fué Simcon,  
Un justo que á Dios temía,

En el cual moraba Dios,  
De quien respuesta tenía  
Que al Verbo eterno encarnado  
Con sus ojos le vería.

El cual postrado por tierra,  
Recibió al sacro Mesía  
De los brazos de la Vírgen  
Que en sus manos lo ofrecía.

Tomado pues en sus brazos,  
Todo lleno de alegría,  
Cantó aquel divino canto  
Que la Iglesia refería,  
Y así se cumplió lo escrito  
En forma de profecía:

«El viejo levaba al mozo,  
Y el mozo al viejo regia.»

Diego Cortés.

El justo Simcon al Verbo humano  
Abraza y á la muerte apetecida  
Grato se ofrece, al tiempo que la vida  
Tiene, y el mismo espíritu en su mano.

Y cual canoro cisne, el sabio anciano  
Ya su esperanza y gran edad cumplida  
Alegre de su fin, la agradecida

Voz funeral así levanta ufano:

—«La muerte agora ¡oh claro sol, que abierta

Senda nos muestras á la vida ausente!

Llegue, y en paz el cuerpo desanime;

No precie ya quien ve tu luz presente,

Ver otra luz, ni el que la firme y cierta

Salud alcanza, la mortal estime.»

Juan de Jáuregui.

LA HUIDA Á EGIPTO

¿Dónde vais, Zagala,  
Sola en el monte?  
*Mas quien lleva el sol*

*No teme la noche.*  
¿Dónde vais, María,  
Divina Esposa,

Madre gloriosa  
De quien os cria?  
¿Qué hareis si el día  
Se va al ocaso,  
Y en el monte acaso  
La noche os coge?  
*Mas quien lleva el sol*  
*No teme la noche.*  
El ver las estrellas

Me causa enojos,  
Pero vuestros ojos  
Mas lucen que ellas;  
Ya sale con ellas  
La noche oscura,  
A vuestra hermosa  
La luz se esconde;  
*Mas quien lleva el sol*  
*No teme la noche.*

Lope de Vega.

Caminad á Egipto  
Con el Niño, Madre,  
Que ha mandado Herodes  
Buscarle y matarle;  
Pero, ya que es hombre,  
Dad lugar que pase,  
Para nuestra vida,  
De su muerte el cáliz,  
Pues que ya nos deja  
Su cuerpo y su sangre  
En el pan y en vino  
Que á todos reparte;  
Ya en la cruz le enclavan,  
Y á su eterno Padre  
Su espíritu envía,

Y el cielo nos abre.  
Que de noche le mataron  
*Al caballero,*  
*Á la gala de María,*  
*La flor del cielo.*  
Como el sol que arde  
Tanto se encubria,  
Noche parecía,  
Aunque era la tarde.  
La muerte cobarde  
Mató, aunque muerto,  
*Al caballero,*  
*Á la gala de María,*  
*La flor del cielo.*

Del mismo.

*Soy niña morena,*  
*Y mas hermosa*  
*Que lilio ni rosa*  
*Ni flor de azucena.*  
Del campo soy flor,  
Que á Dios enamora,  
Y vence á la aurora  
Mi sumo claror,  
*De gracia soy llena,*  
*Y soy mas hermosa, etc.*  
De viva agua pura,

El pozo soy yo,  
Y de Jericó  
Planta de frescura.  
*Soy alba serena,*  
*Y soy mas graciosa, etc.*  
Soy planta florida,  
Cual luna soy bella,  
Del mar soy estrella,  
Cual sol escogida.  
*Soy dulce, serena,*  
*Y soy mas hermosa, etc.*

Soy puerta del cielo,  
Ciudad del muy alto,  
Y soy quien esmalto  
Al oro en el suelo.  
*Soy algo morena,  
Mas soy mas hermosa, etc.*  
Soy madre escogida  
Del Verbo excelente,  
Y al mundo soy fuente  
Do mana la vida.

*De bienes soy llena,  
Y soy mas hermosa, etc.*  
Yo tengo entre bellas,  
Por única y sola,  
La gran laureola  
De claras estrellas.  
*Del oro soy vena,  
Y soy mas hermosa  
Que lilio ni rosa  
Ni flor de azucena.*

Diego Cortés.

## LA VIRGEN BUSCANDO AL NIÑO PERDIDO

La Princesa, á quien la tierra  
Reverencia en mil altares,  
Va buscando sola y triste,  
Por una y por otra parte,  
Al Niño perdido, Dios,  
Que se le perdió al bajarse  
De aquellas fiestas del templo  
Tan públicas como graves.  
Y como madre piadosa,  
Vuelve de nuevo á buscarle,  
Preguntando á quien encuentra  
Si de su querido saben.  
«¿Quién ha visto un Niño, dice,  
Perdido desde ayer tarde,  
Con unos cabellos de oro,  
Al mismo sol semejantes,  
Frente blanca y espaciosa,  
Ojos rasgados y graves,  
Rostro modesto y alegre,  
Condición blanda y suave?  
Tiene amorosas palabras,  
Y divinas obras hace;  
Regala en la casa que entra,  
Mas ¡ay della! cuando sale.

Come enteros corazones,  
Que como es el Niño grande,  
Si no se le dan entero,  
No es posible que se harte.  
Donde le quieren se llega,  
Y do le desechan vase,  
Que no quiere ser señor  
De forzadas voluntades.»  
Unos y otros la responden  
Que Niño de señas tales  
No le han visto, y que holgarian  
Que Dios se le deparase.  
Desconsolada la Virgen,  
Al templo de nuevo parte,  
Para ver si por ventura  
Al perdido Niño hallase.  
Entró dentro, y viole estar,  
En medio de los mas graves,  
Preguntando y respondiendo  
Á las dudas mas notables,  
«¿Cómo lo habeis hecho así,  
Ojos míos, en dejarme?»  
Y él la responde, que ha estado  
En negocios de su Padre.

Alonso de Ledesma.

## VIDA Y COSTUMBRES DOMÉSTICAS DE LA VIRGEN

Vistió la humilde Virgen lino y lana,  
Honró en su estado al grande y al pequeño,  
Ira, cólera ó risa, ni por sueño  
Mostró tener, ni turbacion humana.  
De estatura de cuerpo fué mediana,  
Rubio el cabello, el color trigueño,  
Afilada nariz, rostro aguileño,  
Cifrado en él un alma humilde y llana.  
Los ojos verdes de color de oliva,  
La ceja negra, arqueada, hermosa,  
La vista santa, penetrante y viva.  
Lábios y boca de purpúrea rosa,  
Con gracia en las palabras excesiva,  
Representando á Dios en cualquier cosa.

Andrés Rey de Artieda.

## LA SACRA FAMILIA

*Zagal, ¿dónde está mi bien?*  
—*En María, Jesus y José.*  
—*¿Adónde está mi alegría?*  
—*En Jesus, José y María.*  
—*¿Adónde toda la luz?*  
—*En María, José y Jesus.*  
—*¿Qué nuevo prodigio es?*  
—*Igual no se ha visto alguno:*  
*Tres soles parecen uno,*  
*¿Un sol, y parece tres?*  
Es tan grande el resplandor  
De Jesus, José y María,  
Que no vió mas claro día  
En sus finezas amor.  
Este soberano ardor  
Abrasa todo desden.  
*Zagal, ¿dónde está mi bien? etc.*

Crece tanto la intension  
Cuando el amor la acrisola,  
Que de tres una luz sola  
Parece por reflexion.  
No hay helado corazon  
De los que sus rayos ven.  
*Zagal, ¿dónde está mi bien?*  
—*En María, Jesus y José.*  
—*¿Adónde está mi alegría?*  
—*En Jesus, José y María.*  
—*¿Adónde toda la luz?*  
—*En María, José y Jesus.*  
—*¿Qué nuevo prodigio es?*  
—*Igual no se ha visto alguno:*  
*Tres soles parecen uno,*  
*¿Un sol, y parece tres?*

Gomez Tejada de los Reyes.

## MARÍA DURANTE LA PASION DE SU HIJO

Por el rastro de la sangre  
Que Jesucristo dejaba

Va caminando su Madre:  
Quiebra el corazon miralla.

Tomo I

69

Las palabras que decía	Haber sido malhechor,
Son de mujer lastimada.	Y por tal lo sentenciaban
«¡Ay, Hijo, redemptor dulce!	Á que muera en una cruz
¿Dónde está tu linda cara?	Y que la tenga por cama.
¿Dónde está tu perfeccion?	Con sus ojos hechos fuentes
¿Y tu virtud extremada?»	Sollozando lamentaba,
Y cuando mira la sangre	Diciéndole: «¡Ay, Hijo mio,
Por el suelo derramada,	Bien del bien de quien te amaba!»
Acrecienta los suspiros	Y tirándola del manto
Con dolor y ansia extraña.	La gente desatinada,
Dicen que va con prisiones	Está mirando á su Hijo,
Y con sogá á la garganta,	Que el alma se le arrancaba,
Y como ciervo herido	Que casi no le conoce
Que con sed va á buscar agua.	La cara desfigurada.
Va la Virgen-presurosa	Diccle desta manera
Allá al Calvario, do estaba;	Con la voz llorosa y mansa:
Mas no pudo caminar,	«¡Oh Cordero sin mancilla!
Que el llorar la desmayaba.	¡Oh luz, que das vida al alma!
¡Oh, quién pudiera, Señora,	¡Oh sumo Señor inmenso,
Poner su vida y su alma	Oh cordero que quitabas
Para darte algun consuelo,	Los pecados con tu muerte
Aunque de sí la quitara!	Del mundo que tanto amabas!»
Y cuando hubo llegado	Y estando en la cruz clavado,
Oyó las voces que daban	Vió á su Madre fatigada,
Los pregoneros delante.	Y no la pudo hablar
Decían y publicaban	Sino una sola palabra.

Juan Lopez de Ubeda.

Mujer llama á su madre cuando espira,  
 Porque el nombre de madre regalado  
 No la añade un puñal viendo clavado  
 Á su Hijo, y de Dios por quien suspira.  
 Crucificado en sus tormentos mira  
 Á su primo, á quien siempre llamó Amado,  
 Y el nombre de su madre que ha guardado  
 Se le dice con voz que el cielo admira.  
 Eva, siendo mujer, que no había sido  
 Madre, su muerte ocasionó el pecado,  
 Y en el árbol el leño á que está asido.

Y porque la mujer ha restaurado  
 Lo que solo mujer había perdido,  
 Mujer la llama, y madre la ha prestado.

Francisco de Quevedo y Villegas.

Mal herido Jesucristo,  
 Se sale de la batalla;  
 Déjala toda rompida,  
 Rompida y desbaratada.  
 Porque le llevó el amor  
 A morir á una montaña.  
 La sangre que dél corria  
 Todo aquel campo bañaba.  
 Vido á Joan, su amado primo,  
 Cómo su muerte lloraba,  
 Tambien á su Madre vido,  
 Que queria dar el alma;  
 Con las palabras que dice  
 Los corazones traspasa.

Dícele: «Joan, mi querido,  
 Ya es el fin de la batalla:  
 Preso queda el enemigo:  
 La muerte muerta quedaba.  
 Yo saqué cinco heridas,  
 Todas el cuerpo me pasan.  
 Lo que os ruego, primo mio,  
 Lo postrero que os rogaba,  
 Que despues que yo sea muerto  
 Y mi ánima apartada,  
 Tengais por madre á mi Madre,  
 Y de vos sea acompañada;  
 Consoladla de mi parte,  
 Servilda y reverencialda.»

Juan Lopez de Ubeda.

## PARÁFRASIS DEL STABAT MATER

La Madre piadosa estaba  
 Junto á la cruz, y lloraba  
 Mientras el Hijo pendía;  
 Cuya alma triste y llorosa,  
 Traspasada y dolorosa  
 Fiero cuchillo tenia.  
 ¡Oh cuán triste, oh cuán aflita  
 Se vió la Madre bendita,  
 De tantos tormentos llena,  
 Cuando triste contemplaba  
 Y dolorosa miraba  
 Del Hijo amado la pena!  
 Y ¿cuál hombre no llorara  
 Si la madre contemplara  
 De Cristo en tanto dolor?  
 Y ¿quién no se entristeciera,

Piadosa Madre, si os viera  
 Sujeta á tanto rigor?  
 Por los pecados del mundo  
 Vió á Jesus en tan profundo  
 Tormento la dulce Madre,  
 Y muriendo el Hijo amado,  
 Que rindió desamparado  
 El espíritu á su Padre.  
 ¡Oh Madre, fuente de amor,  
 Hazme sentir tu dolor  
 Para que llore contigo!  
 Y que por mi Cristo amado  
 Mi corazon abrasado,  
 Mas viva en él que conmigo;  
 Y porque á amarle me anime,  
 En mi corazon imprime

Las llagas que tuvo en sí;  
Y de tu Hijo, Señora,  
Divide conmigo ahora  
Las que padeció por mí.  
Hazme contigo llorar,  
Y de veras lastimar—  
De sus penas mientras vivo;  
Porque acompañar desee  
En la cruz, donde le veo,  
Tu corazon compasivo.  
Virgen de vírgenes santas,  
Llore yo con ansias tantas,  
Que el llanto dulce me sea;  
Porque su pasión y muerte

María está llorosa  
Junto á la cruz gimiendo  
De donde está pendiendo  
Del mundo el Redentor.  
Y el alma sumergida  
En aflicción sin tasa  
Espada la traspasa  
De bárbaro dolor.  
De su único engendrado  
Al ver la muerte impía,  
¡Oh cuánto no sería  
El duelo maternal!  
¡Cuánto, al mirar yacente  
Al Hijo de tal Padre,  
De la divina Madre  
La pena sin igual!  
¿En dónde se halla el hombre  
Que en tal difícil hora  
La contempla y no llora  
Midiendo su aflicción?  
Quien ver al Hijo puede  
Y á la Madre en tal pena,

Tenga en mí alma de suerte,  
Que siempre sus penas vea.  
Haz que su cruz me enamore,  
Y que en ella viva y more,  
De mi fe y amor indicio;  
Porque me inflame y me encienda,  
Y contigo me defienda  
En el día del juicio.  
Haz que me ampare la muerte  
De Cristo cuando en tan fuerte  
Trance vida y alma estén;  
Porque cuando quede en calma  
El cuerpo, vaya mi alma  
A su eterna gloria. *Amen.*

Lope de Vega.

Si el llanto aun encadena  
No tiene corazon.  
Por redimir las culpas  
De un mundo depravado,  
Vió á Cristo flagelado,  
Hecho de sangre un mar;  
Y allá en el monte infame  
Vióle, en el paso estrecho,  
Doblar la frente al pecho  
Y el ánima exhalar.  
¡Oh dulce madre, ó pura  
Fuente del amor divino,  
Vierte en mi pecho esquivo  
Parte de tu dolor!  
Haz que abrasada el alma,  
Arda en tu fuego blando,  
Y á Cristo solo amando  
Goce en tan puro ardor.  
Las llagas, Santa Madre,  
De aquel, por mi pecado  
En una cruz clavado,  
Hazme pasar de tí.

De tu piadoso llanto  
Haz que contigo llore,  
Mientras la vida more  
Y el sentimiento en mí.  
Junto á la cruz contigo  
Estar ¡oh Madre! quiero,  
Y ser el compañero  
De tu dolor mortal.  
¡Oh de vírgenes Virgen!  
No me niegues el llanto:  
Séme propicia, cuanto  
Ha menester mi mal.  
De Cristo moribundo  
En las carnes divinas,

Á los brazos de María,  
Y á su divino regazo,  
Vienen á quitarle á Cristo  
Los que á la cruz le quitaron.  
Porque en entrambos fué cierto  
Que estuvo crucificado,  
En María con dolores,  
Y en la cruz con fuertes clavos.  
Sus camas fueron las dos,  
Al oriente y al ocaso,  
La una para la muerte,  
Y la otra para el parto.  
Hincáronse de rodillas  
Los venerables ancianos,  
Á la Madre muerta en Cristo,  
Y á Cristo muerto en sus brazos.  
«Dádnos, le dicen, Señora,  
Dádnos el difunto santo,  
Que en la tierra ni en el cielo  
Hay ojos para mirarlo.  
Dádnosle, pues nos le disteis,  
Que queremos enterrarlo,

Tomo I

Los clavos, sangre, espinas,  
Que siempre viendo esté.  
Y pruebe los dolores  
Que el Salvador sentía,  
La débil carne mía  
Que abrase ardiente fe.  
Tú, madre de mi vida,  
En el postrer instante,  
Sosten el alma errante  
Por honda eternidad;  
Y cuando á Dios nos llame  
Del juicio el triste día,  
Defiéndanme, María,  
Mi llanto y tu piedad.

El conde de Chaste.

Para que diga la tierra  
Que tuvo al cielo enterrado,  
Y porque sepan los hombres  
Que estuvo el cielo tan bajo,  
Que ya pueden si ellos quieren  
Alcanzarle con las manos.—  
Tomad, responde María,  
Madre suya y mar de llanto,  
El cuerpo que entre los hombres  
Pasó mayores trabajos.  
Escondedle en el sepulcro,  
Porque le persiguen tantos,  
Que aun allí no está seguro  
De que vuelvan á buscarlo.  
Nueve meses solamente  
Que estuvo en mi vírgen claustro,  
De la envidia de los hombres  
Le pude tener guardado.  
Que el Bautista que le vió  
Lo dijo con sobresaltos,  
Y en voz expresa despues  
Pasados treinta y dos años.

79

Tomad y enterradle, amigos:  
 Las piedras sabrán guardarlo  
 Mejor que el pecho del hombre  
 Que le vendió como ingrato.»  
 Mientras para su mortaja  
 La Virgen está rasgando  
 Las telas del corazón,  
 Velo de su templo casto,  
 Cielo y tierra previnieron  
 El triste entierro enlutado:  
 La tierra los edificios,  
 Y el cielo los aires claros.  
 Todas las hachas del cielo  
 Iban delante alumbrando,  
 Pero el luto de la tierra  
 No dejaba ver sus rayos.  
 Sol y luna sangre visten,  
 Porque el cielo en tanto agravio  
 Mostró sangre en sus dos ojos,  
 Para señal de vengarlo.  
 Levantáronse los muertos  
 De sus sepulcros helados,  
 Que como entierran la vida,  
 La que quisieron tomaron.  
 Las cajas fueron las piedras  
 Unas con otras sonando,

Que era Cristo capitán,  
 Y con cajas lo enterraron.  
 Hízose el velo del templo,  
 No sin causa, dos pedazos,  
 Para que hubiese bandera  
 Que llevasen arrastrando.  
 No vinieron sacerdotes,  
 Aunque estaban consagrados,  
 Que siendo Dios el difunto,  
 No eran menester sufragios.  
 El se llevaba la ofrenda,  
 Pan y vino soberano,  
 La misa y el sacrificio  
 Que él consumió espirando.  
 Iba su Madre detrás,  
 Y un mozo, su primo hermano,  
 Que se le dejó por hijo  
 En su testamento santo.  
 Llegaron con el difunto,  
 Y la ballena del mármol  
 Recibió, para tres días,  
 Aquel Jonás sacrosanto.  
 ¡Alma! la Virgen se vuelve,  
 Á acompañarla volvamos,  
 Pues con ella volveremos  
 Á verle resucitado.

Lope de Vega.

Sola con sola la cruz,  
 Los tiernos ojos en ella,  
 Y en sus virginales manos  
 Clavos y espinas sangrientas;  
 Vuelos dos fuentes sus ojos  
 Que derraman vivas perlas,  
 Llorando muerta su vida  
 Dice así una viva muerta:  
 «¡Ay cruz que en mi soledad,  
 Como amiga verdadera,

Sola, á la sola acompaña;  
 Sola, á la sola consuelas!  
 Dame tus abrazos, cruz,  
 Abraza esta Madre tierna,  
 Que á falta de los de Dios  
 Solos los tuyos suplieran.  
 Quiero abrazarte, cruz mía;  
 Pero, ¿qué sangre es aquesta?  
 Que pues que sin fuego hiere,  
 Sin duda es mi sangre mesma.

¡Ay sangre de mis entrañas,  
 Vertida por tantas puertas,  
 Pues de mis venas salistes,  
 Volved á entrar en mis venas!  
 ¡Ay sangre que vertió Dios!  
 ¡Ay sangre que Dios desea,  
 Pues con esta sangre cobra  
 Dios de Dios todas las deudas!  
 ¡Ay engañosa manzana!  
 ¡Ay mentirosa culebra!  
 ¡Ay enamorado Adán!  
 ¡Ay mal persuadida Eva!  
 Llevó aquel árbol vedado  
 Fruta de culpas y pena,  
 Mas vos, cruz, una granada  
 Coronada y pechiabierta.  
 Como fué fruta de invierno  
 Y cogida en una huerta,  
 Colgáronla por el hombre  
 Que trae la salud enferma.  
 Ya á los dos nos desfrutaron  
 De la dulce fruta nuestra;  
 Pues la llevamos los dos,  
 Yo sin dolor, tú con pena.  
 Cruz, vuelve á crucificarme  
 No hayas miedo que lo sienta,  
 Que mal sentiré sin alma,  
 Pues el sepulcro la encierra.  
 La lanza que le hirió muerto  
 Á mi alma me alancea,  
 Que estaba en su pecho el alma,  
 Que el mío estaba sin ella.  
 Crucificame de pechos  
 Y no de espaldas, cruz bella,  
 Que pues las de Dios guardaste  
 No es justo que te las vuelva.  
 Juntemos brazos y pechos,  
 Que juntos es bien se vean

Brazos y pechos que á Dios  
 En vida y muerte sustentan.  
 Á Dios tuvistes los brazos  
 Atándole de manera  
 Que pudo el ladrón del hombre  
 Llegar á hurtar sus riquezas.  
 Pues á Dios tuviste en peso,  
 Cruz, muy grandes son tus fuerzas,  
 Pues le hiciste dar en sí  
 Cuanto pudo y cuanto era.  
 Contigo me crucifica,  
 Y si por clavos lo dejas  
 Aquí están aquestos tres  
 Que hasta el alma me atraviesan.  
 ¿Cómo siendo arco de paz,  
 Para mí lo eres de guerra?  
 Pues son de mi corazón  
 Aquestos clavos tres flechas.  
 ¡Ay, Hijo! si nunca herrastes  
 ¿Cómo con clavos os hierran?  
 Pues vuestra Madre es la esclava,  
 Hierren á la madre vuestra.  
 ¡Oh ensangrentadas espinas,  
 Que os subís á la cabeza,  
 A que mi rosa encarnada,  
 Como rosa, espinas tengal!  
 ¡Ay espinas de mis ojos,  
 Que á sacar sangre estais hechas!  
 ¡En ellos quiero ponerlos  
 Porque también sangre viertan!  
 ¡Ay dolorosos despojos  
 De la victoria sangrienta,  
 Venid á ser haz de mirra  
 De mi pecho y mi paciencia!  
 Herid el pecho que os ama,  
 Herid la boca que os besa,  
 Estos brazos y estos ojos.»  
 Dijo; y quedóse suspensa.

Con lágrimas acompaña  
Alma, á su Madre y su Reina,  
Que sola al pié de la cruz  
Llora su muerte y su ausencia.  
El templo rompe su velo,  
La luna en sangre se anega,  
Gime el aire, brama el mar,  
Llora el sol, tiembla la tierra.

Sin Esposo, porque estaba  
José de la muerte preso;  
Sin Padre, porque se esconde;  
Sin Hijo, porque está muerto;  
Sin luz, porque llora el sol;  
Sin voz, porque muere el Verbo;  
Sin alma, ausente la suya;  
Sin cuerpo, enterrado el cuerpo;  
Sin tierra, que todo es sangre;  
Sin aire, que todo es fuego;  
Sin fuego, que todo es agua;  
Sin agua, que todo es yelo;  
Con la mayor soledad  
Que humanos pechos se vieron,  
Pechos que hubiesen criado,  
Aunque virginales pechos,  
Á la cruz, de quien pendía  
Un rojo y sangriento lienzo,  
Con que bajó de sus brazos  
Cristo sin alma, y Dios muerto,  
La Sola del Sol difunto  
Dice, con divino esfuerzo,  
Estas quejas lastimosas  
Y estos piadosos requiebros:  
«¡Oh, retrato victorioso,  
Donde el Capitan Eterno,  
Por dar á los hombres vida  
Venció la muerte muriendo!

Alma, tiembla, gime y llora,  
Que hasta las piedras te enseñan,  
Pues quiebran sus corazones,  
Cuando el tuyo se hace piedra.  
Los muertos, á quien dió vida,  
Sienten su pasión acerba,  
Y tú, que se la quitaste,  
Ni la lloras ni la piensas.

El Maestro José de Valdivia

¡Oh, escala de otro Jacob,  
Mas con tres pasos de hierro,  
Tan alta, que por subirla  
Piés y manos puso en ellos!  
¡Oh, caja de mis cuchillos!  
¡Oh, mesa en que estuvo puesto  
Aquel soberano Pan  
Atravesado en el leño!  
Pues solos nos han dejado,  
Yo sin Hijo, y vos sin dueño,  
Consolémonos los dos,  
Pues los dos nos parecemos.  
Hízome Dios cruz divina  
Para nacer de mi pecho,  
Y á vos por mayor favor  
Para morir en el vuestro.  
Pues como á Dios os adoran  
Angeles, hombres y cielos,  
Morir en vos fué lo más,  
Y nacer de mí lo menos.  
Mas merecen vuestros brazos  
Las horas que le tuvieron,  
Que los años que los míos  
Le dieron dulce sustento.  
Madre suya parecéis  
En darle al mundo aunque muerto;  
Pero dáisle mil dolores,  
Y yo le parí sin ellos.

Leona sois en el parto,  
Aunque yo os le dí Cordero,  
Mas pues que blanco os le dí,  
¿Por qué me le dais sangriento?  
Cuando en mi parto no os ví,  
Y vos me veis en el vuestro,  
Aunque pues fué sobre tablas,  
Bien puede pensar maderos.  
Bien me llamaron María  
Por la amargura que tengo,  
O porque vos, nave santa,  
Habeis pasado mi estrecho.  
Pero puesto que soy mar,  
Tanta ventaja os confieso,  
Que desde que fuistes fuente  
En vuestras aguas me anego.  
Fué del Espíritu Santo  
Mi vírgen vientre cubierto,  
Para que estando á su sombra  
Sufriese el Sol tan inmenso.  
Y aquí á la sombra de un árbol  
Vivo de mi Sol tan léjos

Que con ser del cielo gloria  
Amanece en el infierno.  
Huerto me llamó mi esposo,  
Mas no pensé que mi huerto  
Hubiera un árbol tan fuerte  
Que tuviera á Dios en peso.  
Aquel fruto soberano  
Fué de mi vientre primero;  
Nació como trigo en pajas;  
Racimo me le habeis hecho.  
¡Oh, dulce leña de Isaac,  
Llevada en hombros mas tiernos!  
¡Dadme esa estampa de sangre,  
Pues que no me dais el cuerpo!»  
Dijo la Vírgen María,  
Y dándole dulces besos,  
Dió rosas y tomó rosas  
La zarza verde en el fuego.  
Corazon de piedra duro,  
Quedad llorando deshecho,  
Que la muerte de Dios Hombre  
Las piedras parte por medio.

Lope de Vega.

TRÁNSITO DE LA VIRGEN Y SU ASUNCIÓN

Ya la corona y lauro generoso  
Previene el cielo á tu cabeza y mano,  
¡Oh invictísima Vírgen, triunfadora  
Del que triunfó, sagaz, del bando humano!  
Dejar puedes el Líbano frondoso,  
Y penetrar los vientos voladora,  
Que ya rompió su oscuridad la aurora.  
Tiende tus alas al empireo cielo,  
Oh cándida paloma, pues florece  
La tierra, y desaparece  
El bronco horror del ivernizo hielo.  
Los nuevos rayos de su lumbré viva  
El sol esparce, la borrasca cesa  
Del lóbrego diluvio, y nuestras vidas

Escapan de las ondas homicidas.  
 Digna serás que, en pago de la empresa,  
 Con sacro honor el arca te reciba,  
 Pues con el ramo de la verde oliva  
 Vuelves triunfante á do saliste, y llevas  
 De la terrena paz tan ciertas nuevas.  
 ¡Oh tú, do la segur siempre temida  
 No es ya ministra de dolor interno,  
 Ni del vivir contraria aborrecible,  
 Mas medianera de reposo eterno  
 Y causadora de perpetua vida,  
 Dando al cuerpo vigor incorruptible  
 En carne y en espíritu impasible;  
 Que siendo tú, por inefable suerte  
 Hija y esposa de la vida, y madre,  
 Tu esposo, hijo y padre  
 Quiere te ofrezcas á la débil muerte,  
 Y así le imites y seguirle esperes.  
 Será tu muerte ejemplo de la suya;  
 No deuda, no, de aquella culpa inmensa;  
 Que á tu pureza no tocó su ofensa,  
 Ni sus tinieblas á la lumbre tuya.  
 Por culpa no, sino por gracia, mueres,  
 Y el privilegio de tu rey adquieres:  
 Mueres para nacer, cual fénix una,  
 Do el mármol sirve de sepulcro y cuna.  
 Como ilustró á la vil naturaleza  
 Dios, cuando se redujo á muerte humana,  
 Tal quiere que la tuya al hombre honore;  
 No juzguen que tu forma soberana  
 Es angélica forma, ó tu pureza  
 Cause que alguno cual deidad te adore.  
 No es justo que tu sér el mundo ignore,  
 Que es terrena tu forma, aunque divina,  
 Y en ella excedes ¡admirable extremo!  
 Al serafin supremo,  
 Que al nombre tuyo su cabeza inclina;  
 Ni eres deidad, mas un humilde opuesto

Del que lo quiso ser por su arrogancia;  
 Y así, por tu humildad se recupera  
 Lo que él perdió por su arrogancia fiera.  
 Ser criatura mortal fué tu ganancia,  
 Para alcanzar inaccesible puesto.  
 Llegue el tránsito fausto, y no funesto;  
 Será tu muerte la dichosa entrada  
 Y el primer arco á la triunfal jornada.  
 Apenas de tu muerte alegre y tierna  
 Pasarás el umbral, cuando la vida  
 Cobre su cuerpo, con el alma unido,  
 Pues tu corpórea forma está ceñida  
 Con la de Cristo, incorruptible, eterna,  
 Y fué tu carne su mortal vestido.  
 Ya miro al sacro triunfo embebecido  
 El cielo y tierra, y venerarte aunados  
 Los que fueron discordes elementos,  
 El fuego, el mar, los vientos.  
 Luego los astros miro deslumbrados;  
 Cintia á tu bella luna inclina el cuello,  
 Rinde Cilenio al nuevo cetro y alas  
 Sus alas y su cetro, insignia vana.  
 Desprecia Vénus su beldad profana,  
 Que la envilecen tus lucientes galas,  
 Y es solo Dios de amor tu hijo bello.  
 Turba tu frente al sol, que tu cabello  
 Pudo enlazar, por amoroso exceso,  
 Al sol eterno de tus ojos preso.  
 Sus armas postra el invencible Marte  
 (Despojos tuyos), y por tí le aplace  
 Que su nombre aniquilen tus victorias.  
 El rayo del tonante helado yace;  
 Saturno se apresura á consagrarte  
 Del siglo de oro sus antiguas glorias.  
 Ya cesan los blasones y memorias  
 De cuantos al octavo firmamento  
 Se trasladaron cual estrellas fijas.  
 Ya excelsa regocijas

Los altos coros del eterno asiento,  
Y envuelto el regocijo en alto espanto,  
De las felices almas adorada  
Eres, como su reina venerable.  
Ya la volante escuadra innumerable  
Besa tus huellas, á tus piés postrada;  
Y los que en dulce y misterioso canto  
Siempre á su Reina exclaman Santo y Santo,  
Con trémulas gargantas y veloces  
Á tí dirigen sus acordes voces.

«¡Oh palma excelsa (dicen) y triunfante  
Del árbol de la culpa! ¡Oh verde oliva,  
Que encima de las aguas floreciste,  
Verde á pesar de su diluvio, y viva!  
¡Oh vividor ciprés, que al arrogante  
Dragon anuncias dura muerte y triste!  
¡Plátano, que tus hojas extendiste,  
Contra el calor adusto y contra el hielo!  
¡Oh vid, que el golpe de la hoz ignoras!  
¡Oh templo que atesoras  
Únicas aras del Autor del cielo!  
¡Escala oculta á la serpiente impura!  
¡Arca de eterna inmunidad sagrada!  
¡Ciudad ceñida de invencible muro!  
¡Torre invicta al campeón del reino oscuro!  
¡Puerta, al monstruo sagaz siempre cerrada!  
Ocupa y goza la mayor altura,  
Donde pudo arribar mortal criatura  
Y la mejor corona que á tu frente  
Pudo aplicar la diestra omnipotente.»

Juan de Jáuregui.

Á la plaza llega ya	—Es verdad, mas desalicy
Una extranjera graciosa:	Su Majestad la ha excetado.
¿Puédese ver si es hermosa?	—Mucha admiracion pondrá
—Sí puede, que en cuerpo va.	Ver novedad en tal cosa.
—Mirad que en cuerpo no ha entrado	—Pónela el ser tan hermosa,
Sino es el Hijo del Rey.	Y el ver cómo en cuerpo va.

—¿Qué rostros, si vistes vos,	—¿Y á qué, si sabeis, vendrá
Con aquesta dama vienen?	Esta dama tan hermosa?
—Hermosísimos los tienen	—Del Rey dicen que es esposa,
Unos ángeles, por Dios.	Y á coronarse será.

Alonso de Lelesma.

Del año escoge la sazon templada  
Cuando renueva su vejez molesta  
La fénix una del Arabia rica,  
Y léjos de su albergue, en la floresta  
Mas yerma, elige un ramo de empinada  
Palma, y de aromas abundancia aplica  
Al nido que fabrica,  
Donde abrasada espira,  
Y á renacer aspira,  
Del sol ardiendo entre la luz fragante;  
Luego en doradas plumas rozagante  
Vuela cercada en procesion pomposa  
De ejército volante,  
Que la acompaña á su region lumbrosa.  
Cual rara fénix, Vírgen soberana,  
Hoy te contemplo, ausente del eterno  
Celeste albergue tuyo, do pretendes  
Nacer muriendo; ya pasó el invierno  
De la fatiga y aficcion mundana;  
Ya el vuelo en nuestros páramos extiendes,  
Donde el aroma enciendes  
De tus virtudes santas,  
Y ardiendo te levantas  
Sobre tu palma, al sol de Dios atenta,  
Sol que te abrasa y tu vivir aumenta,  
Palma do el humo de un olor inmenso  
Tu bálsamo alimenta,  
Tu nardo y mirra, cinamomo, incienso.  
Ya el sepulcro vital, que á un mismo instante  
Vió tu muerte fecunda, y nacimiento  
Dejas, y á visitar las nubes altas,  
De mil reflejos matizando el viento,

Tus alas tiendes de águila triunfante,  
 Y sobre el monte Líbano te exaltas.  
 Con oro puro esmaltas  
 La rica frente y cuello;  
 El cuerpo insigne y bello  
 Es vario imitador del lirio y rosa;  
 Los ojos vivos de paloma hermosa;  
 Ya con velocidad, que el viento agravia,  
 Te encumbra generosa  
 A ver del cielo tu felice Arabia.  
 Ave perfecta y única, levanta  
 Alegre el vuelo; que tus plantas bellas  
 Ya pisan de la luna la alta frente,  
 Ya envuelves la cabeza en las estrellas,  
 Ya el sol te vistes y su lumbré santa.  
 Volátil pompa, angélica, luciente,  
 Te sigue al sacro oriente,  
 Te alaba en su armonía  
 Con dulce melodía,  
 Y en torno á tu dorado cuerpo y alas  
 Vuela y admira el nuevo lustre y galas,  
 Hasta que á Dios acercas tanto el vuelo,  
 Y tanto á Dios te igualas,  
 Que allá no alcanza serafín del cielo.

Cancion, no ha sido poco lo intentado:  
 Ya de tan alto asunto ni el osado  
 Genio se encargue ni la mano escriba;  
 Que donde el sacro serafín no arriba,  
 De infatigables plumas sustentado,  
 Es vano orgullo que llegar presume  
 El frágil vuelo de una débil pluma.

Juan de Jáuregui.

Mártires y doncellas  
 Con Cristo desposadas,  
 Ejército que, estando muerto, espantas,  
 Once mil hostias bellas  
 Á Dios sacrificadas,

Que el cielo paseais con sacras plantas;  
 Pues hoy, oh ninfas santas,  
 Va vuestra Reina á veros,  
 Pues la imitastes tanto,  
 Rogadle que á mi canto  
 Aliento dé y conceptos verdaderos.  
 Esté yo satisfecho  
 De que lo dicta su Hijo acá en mi pecho.  
 Vos, águila ligera,  
 Que los aires abriendo  
 Con las plumas doradas, vais al cielo,  
 Subís de tal manera,  
 Que, nuestra sombra viendo,  
 Os perdemos de vista los del suelo;  
 Con inflamado celo  
 Vuestro favor invoco,  
 Vírgen en toda cosa,  
 Á Dios y al mundo hermosa;  
 Conceda vuestra gracia oirme un poco.  
 Perdon y grato oido  
 Con ánimo sencillo aguardo y pido.  
 Si dais la vista al ciego  
 Y visitais al reo,  
 Y al pobre lo volveis próspero y rico,  
 Oid el blando ruego  
 De mi justo deseo,  
 Y conceded la gracia que os suplico,  
 Paloma que en el pico,  
 De fe constante y viva  
 Trujistes paz al arca  
 Del viejo patriarca  
 Con el ramillo de la hojosa oliva,  
 Cierta de otra manera  
 Que aquella descuidada ave primera  
 Vírgen, el regocijo  
 Tuvistes de ser madre  
 Del Verbo celestial y sempiterno,  
 Hija de vuestro Hijo,

Madre de vuestro Padre,  
 Término fijo del consejo eterno,  
 Elegida *ab aeterno*;  
 Hoy con divina frente,  
 Coronada de estrellas  
 (Cual nueva luna entre ellas),  
 Y vestida del sol resplandeciente,  
 Por los cielos rasgados  
 Entrais con los ejércitos alados.  
 Hoy subís penetrando,  
 Cual luciente cometa,  
 Que aparta y hiende el aire por do pasa;  
 Y á los cielos llegando,  
 Admirase el planeta  
 Que alumbra el mundo de su cuarta casa;  
 Y no luce ni abrasa.  
 Está turbado y vario,  
 Y los ciclos dorados  
 Quedaron espantados;  
 Que vuestro resplandor extraordinario  
 Al subir admirólos  
 Tanto, que se afirmaron en los polos.  
 Mas luego, conociendo  
 Vuestra figura rara,  
 Cual nube, que con rayo queda abierta,  
 Se fué el cristal rompiendo,  
 Y en la materia clara  
 Quedó patente la sublime puerta.  
 Pareció descubierta  
 Vuestra faz, y al miralla  
 Pacífica, apacible,  
 Aunque fuerte y terrible,  
 Como ejército á punto de batalla,  
 Alta, olorosa como  
 Ciprés, plátano, cedro y cinamomo,  
 Patriarcas, profetas,  
 Las reverentes canas,  
 Coronadas de lauro, os humillaban.

Las vírgenes discretas,  
 Yendo ante vos ufanas,  
 Laurel, olivo y palmas levantaban.  
 Los mártires estaban  
 En gloria renovados,  
 Con las llagas recientes  
 Aunque resplandecientes  
 (Trofeos á mil príncipes ganados),  
 Y las ropas bañadas,  
 Con sangre del Cordero matizadas.  
 Los músicos divinos  
 En su trono se holgaron  
 Con dulcísimos himnos y concentos;  
 Los techos cristalinos  
 En torno resonaron  
 Con la armonía de los instrumentos.  
 Mudas y sin alientos  
 Quedaron de la tierra  
 Las trompas sonoras,  
 Y las artificiosas  
 Misturas que la Italia dentro encierra,  
 Las que se oyeron cuando  
 Los césaes por ella iban triunfando.  
 Allí los escogidos  
 Ante su protectora,  
 Cuya bondad á lo posible excede,  
 Dicen, y son oídos:  
 «Dulcísima Señora,  
 Benigna Diosa (si decir se puede),  
 Tu Hijo nos concede  
 Verte en su compañía,  
 Y aun él se regocija  
 Viendo á su Madre é Hija;  
 Huélgase, prudentísima María,  
 De ver que pisa el cielo  
 La carne que le dió el corpóreo velo.  
 »Vuestro Hijo glorioso  
 Nos dijo predicando,

Un número prudente de doncellas,  
 Que esperando á su esposo  
 Estuvieron velando,  
 Y velaba la fe y la gracia en ellas.  
 Vos sois una de aquellas,  
 Aunque en tálamo y bodas  
 Una antes verdadera,  
 Y con mas clara lámpara que todas,  
 Superior y primera,  
 Con cuya luz y ejemplo  
 Resplandece de Dios la casa y templo.  
 »El mismo Dios os dijo  
 Cuando al solio llegastes:  
 —Paloma, esposa amada y Madre mia.—  
 Vistes glorioso al Hijo  
 Que en la tierra engendrades,  
 Donde el Padre lo engendra cada día.  
 Míraos la compañía  
 Que delante vos viene,  
 Y vos, con gozo, á tantos  
 Ángeles y otros santos,  
 De veros, y de ver al que Dios tiene;  
 Y junto del sentada,  
 Gloria dais en mirar y ser mirada.»

Bartolomé Leonarolo de Argensola.

*El cielo se maravilla,  
 Vírgen, viendo cómo á vos  
 Junto á sí os ha dado Dios  
 La mas eminente silla.  
 Sobre los altos confines  
 Del mas levantado cielo  
 Subistes, Vírgen, del suelo  
 En hombros de serafines.  
 Y mucho se maravilla  
 El cielo de ver que á vos*

*Junto á sí os ha dado Dios  
 La mas eminente silla.  
 ¡Oh Dios, quién supiera ahora  
 Significar la alegría  
 Que todo el cielo tendria  
 Con su nueva emperadora!  
 Ángeles podrán decilla,  
 Vírgen, y lo que con vos  
 Hizo vuestro Hijo y Dios  
 Cuando os dió tan alta silla.*

Damian de Vegas.

*La Madre del immortal  
 Hoy sobre una blanca nube  
 A tomar posesion sube  
 Del imperio celestial.*

Hasta la dichosa hora  
 De la asuncion de María  
 El cielo no conocia

Emperatriz ni señora;

Mas ya sí, y tan principal,  
 Que sobre una blanca nube

A tomar posesion sube  
*Del imperio celestial.*

No hay explicar lengua humana  
 El recibimiento honroso.

Que hoy hizo el eterno Esposo  
 A la Esposa soberana.

Con toda su divinal  
 Corte baja hasta la nube

En que ella triunfante sube  
*Al imperio celestial.*

La ciudad de Dios feliz  
 Luego con pompa solene

A darla obediencia viene  
 A su nueva Emperatriz,

Que ya en trono angelical  
 Trocada la blanca nube,

A tomar posesion sube  
*Del imperio celestial.*

Del mismo.

Angélicas escuadras, que en las salas,  
 Llenas de olor, de gloria, con inmenso  
 Gozo, de que llenais el claro cielo,  
 Andais batiendo las doradas alas,  
 Y al eterno Regente dais encienso,  
 Que olor espira de immortal consuelo,  
 Torced el blando vuelo  
 Y recibid en vuestras bellas plumas  
 Á la que encierra en sí las gracias súmas,  
 Pues que rompiendo la fulgente masa

Del cielo cristalina,  
 Que á la tierra le sirve de cortina,  
 Veis que el un firmamento y otro pasa,  
 Hasta llegar al trono do reside  
 El que del cielo el movimiento mide.

Viendo que unida al cuerpo la alma santa,  
 Vírgen gloriosa, para el Hijo subes,  
 Por ser del alma pura el cuerpo puro,  
 La luna á recibirte se adelanta,  
 Y dejas envidiosas á las nubes;  
 Mercurio y Vénus dan lugar seguro,  
 Llegas al cuarto muro

Que en luminoso carro el sol rodea,  
Y viendo que tu luz la suya afea,  
Deja corona, carro, cetro y vlla;  
Jove, Saturno y Marte,  
Admirados, se apartan á una parte,  
Y el firmamento octavo se te humilla,  
El áqueo cielo con el primer noble,  
Hasta que llegas al empíreo inmoble.

Donde por los lucíferos balcones,  
A quien adornan cercos rutilantes,  
Se asoman á mirar tu triunfo egregio  
Las celestiales ínclitas legiones  
De divinos espíritus triunfantes,  
Que gozan de tan alto privilegio;  
Cuyo santo colegio  
En dulces voces pregonando entona:  
¿Quién es esta que goza tal corona,  
Que, muy mas bella que la aurora bella,  
De desiertos collados

Viene á habitar los cielos estrellados,  
Y el sol y luna con sus plantas huella,  
A cuyas puras y nevadas plantas  
Se postran las escuadras sacrosantas?  
¿Quién es aquesta que, brotando gracia,  
Llena de dones, rica de despojos,  
Va con la luz los cielos serenando,

Y cual cedro oloroso, que se espacia  
En Líbano, tras sí llena los ojos,  
Y el consistorio alegre está alegrando?  
Vais tal poder mostrando,  
Reina divina, que en la corte santa  
Vuestra subida admira, eleva, espanta.  
Pues ¿quién es este, un tiempo preguntaron,  
El que de sangre pura  
Teñida trae la sacra vestidura?  
Cuando subiendo Cristo, se admiraron;  
De suerte que del Hijo y de la Madre  
Se admira el cielo y se contenta el Padre.

El cual con voz á quien respeta el cielo,  
Del pecho inmenso de la inmensa ciencia,  
Estando atento el santo coro alado,  
La respuesta sacó, quitando el velo  
Que ofuscaba á la angélica prudencia,  
Por ser de tal valor lo preguntado:  
«La que veis á mi lado,  
Bordados con estrellas manto y faldas,  
Luna en los piés y sol en las espaldas,  
De mis tesoros es el rico erario,  
Y la sacra canoa  
Tan endiosada desde popa á proa,  
Que fué de mis reliquias relicario,  
Pues á nuestro Unigénito jocundo  
Bajó del cielo y dió á la luz del mundo.

»Esta es la que elegí por dulce esposa  
Antes que en dos quiciales de oro puro  
Desdoblase el celeste inmortal velo,  
Antes que diese olor el lirio y rosa,  
Y antes que con la falda el suelo duro  
Besase el monte y con la cumbre el cielo,  
Aun no tejía el suelo  
De variadas sedas y colores,  
Ni del mar enfrenaban los furoros,  
Y entre la radiante muchedumbre  
De los blancos diamantes,  
De las estrellas rayos rutilantes,  
Del claro sol aun no esparcían su lumbre,  
Cuando estaba elegida esta Doncella  
Por Hija, Madre y por Esposa bella.

»Esta es la palma altiva de quien orno  
La majestad excelsa de mis sienes,  
Que por ser flor humilde es palma altiva;  
Hermosa oliva que es del cielo adorno,  
Que por fruto produce varios bienes,  
Y es bueno el fruto de la buena oliva;  
Esta es la fuente viva  
Cuyos puros y líquidos cristales

Bebieron de mi Hijo los corales,  
 Y es el ciprés, que corrupcion desvia,  
 Huerto fuerte y cerrado  
 En donde el hombre y Dios se han concertado;  
 Feliz hora, buen tiempo, alegre día,  
 En que la causa fué de tal concierto,  
 Tal palma, oliva, fuente, ciprés, huerto.»

Las profundas palabras del inmenso  
 Formador de esta máquina admiraron  
 Los bellos héroes de la Iglesia santa;  
 Con un silencio tácito y suspenso  
 A la reina del cielo contemplaron,  
 Con la gloria que entre ellos se levanta,  
 Pues la una y otra planta  
 Fijó sobre los coros de los ángeles;  
 Deja los principados, los arcángeles,  
 Potestades, virtudes, deja, atrasa,  
 Y las dominaciones  
 Y los tronos, de Dios ricos blasones,  
 Los sabios querubines, y do abrasa.  
 Amor al serafín, y llega al solio  
 Donde Dios pisa el claro capitolio,

Los doce cisnes, que con voz subida,  
 Que oyó la gente de los dos coluros,  
 Nueva ley de Dios nuevo publicaron,  
 Por hallarse á la dulce despedida,  
 En vagas nubes por los aires puros  
 A la alta cumbre de Sion llegaron,  
 Adonde se abuyentaron:  
 El que pisaba de la negra Etiopia  
 De verdes esmeraldas rica copia,  
 Y el que la estéril Libia y rica Acaya,  
 Y el que vido de Roma  
 La frente altiva que soberbios doma,  
 Y el que de Egipto la llanura arraya,  
 Donde el mar Nilo, cuando en él se mete,  
 Siete heridas da con cuernos siete.

No faltó el que á la santa Palestina

Dió nuevo lustre con su sangre roja,  
 Ni el que la Frigia vió al Cancro sujeta,  
 Ni el que en España el santo cuerpo inclina,  
 Ni el que bebe del rio que se arroja  
 Con corriente mansísima y quieta,  
 Ni el que bañó en Taigeta  
 Los labios, ni el que en la India ancha, ignota,  
 De horrendas gentes torpes obras nota;  
 Ni el que del templo de Efeso se admira,  
 Ni el que anduvo do el Istro  
 Al mar hace de sí claro registro;  
 Al fin, de cuantas partes el sol mira  
 Llegaron los apóstoles sagrados  
 De Sion á los fértiles collados.

Alzó el divino monte la corona,  
 De nuévas flores guarnecida y llena,  
 Apartando las hojas de la frente,  
 Y el claro Siloe, á quien no corona,  
 Cual suele, humilde caña ó tierna avena,  
 Mostró el rostro de nácar excelente;  
 Ambar puro y luciente  
 En los vellones de oro le reluce,  
 Y en cuernos de coral la plata luce,  
 Y la sublime barba venerada  
 Despide mil raudales  
 De aljófares, de perlas y cristales,  
 Por entre la corriente sosegada,  
 Que mostraba este día su tesoro  
 De aljófar, perlas, ámbar, plata y oro.

Subió la Virgen, y subió la vista,  
 Tras ella, del colegio esclarecido,  
 Que aumenta el agua al rio con su llanto;  
 Dejaba por donde iba hecha lista  
 De un purpúreo color áureo encendido,  
 De los rayos que daba de sí el manto  
 Puro, cerúleo y santo;  
 Y víanse los cielos estrellados,  
 De racimos de espíritus cuajados,

Midiendo en áureas liras dulce acento;  
 Y las celestes puertas  
 De diamantina chapería cubiertas,  
 Lleno de triunfo el reino del contento,  
 Al fin, coros, la Virgen, suelo, esfera,  
 Cantan, triunfa, se alegra y reverbera.  
 Canción, que tras la aurora vas subiendo  
 A las empiresas salas,  
 Con su luz ilustrándote las alas,  
 No temas del olvido el golfo horrendo,  
 Que pues te argentan rayos de tal luna,  
 De olvido triunfarás, tiempo y fortuna.

Agustín de Tejada.

## CORONACION DE NUESTRA SEÑORA

Sois nueva esfera, oh Virgen, que la mente  
 Descubre eterna y su saber pregona,  
 Con sol y luna, cuya luz blasona  
 De las que habitan el confin de Oriente;  
 Y el Artífice labra omnipotente  
 De estrellas doce espléndida corona,  
 Cual doce signos de luciente zona,  
 Que el cielo os ciñan de la sacra frente.  
 Sois orbe, cuya bella compostura  
 Nunca nocivas apariencias hace,  
 Ni con lo adverso lo feliz alterna;  
 Y al que debajo de sus astros nace  
 En la virtud, le anuncia y asegura  
 Siempre felicidad y gloria eterna.

Juan de Jáuregui.

*Justamente os paga Dios,  
 Virgen y Reina del cielo;  
 Vos le bajastes al suelo,  
 Y él al cielo os sube á vos.*  
 Como el soberano Padre  
 Para su Hijo os bendijo,  
 Quien bajó á ser vuestro Hijo  
 Os sube á honrar como á Madre.

El Santo Espíritu Dios,  
 Como á esposa os abre el cielo,  
 Porque bajastes al suelo  
 Quien os sube al cielo á vos.  
 A Dios y al hombre juntastes  
 Con tan recio y fuerte nudo,  
 Que deshacer no se pudo  
 Lo que vos ansí añudastes.

Hombre hicistes á Dios,  
 Y al hombre Dios en el cielo,  
 Porque bajastes al suelo  
 Al que os sube al cielo á vos.  
 Virgen, vos fuistes el medio  
 Que *ab æterno* Dios tomó,  
 Y el principio que escogió  
 De todo nuestro remedio;  
 Ejecutando pues Dios  
 La traza de su modelo,

Vos le bajastes al suelo,  
 Y él os sube al cielo á vos.  
 Por el sí que humilde distes  
 Por remediar nuestros males,  
 Nos vino á hacer inmortales  
 El Hijo que vos paristes.  
 ¡Oh cuán bien os paga Dios  
 Vuestro puro y santo celo,  
 Pues bajando al mismo suelo  
 Os sube hoy al cielo á vos!

Juan Lopez de Ubeda.

*Virgen pura, hoy quiere Dios  
 Que subais del suelo al cielo,  
 Pues cuando quisistes vos,  
 El bajó del cielo al suelo.*  
 Si en la tierra daros quiso  
 Dios del bien que allá tenía,  
 ¿Qué os dará en el paraíso,  
 Donde todo es alegría?  
 El amor vuestro y de Dios  
 Hoy se encuentran en el vuelo,

Pues por él á Dios vais vos,  
 Y él á vos vino del cielo.  
 El Padre os da la corona,  
 El Hijo su diestra mano,  
 Y la tercera Persona  
 Os da su amor soberano.  
 Alcanzais, Virgen, de Dios  
 Premios, honras y consuelo,  
 Y por él sois cielo vos,  
 Y él por vos hombre en el suelo.

Del mismo.

## PLEGARIAS Á MARÍA

*Tanta gracia en vos se encierra,  
 Virgen pura y singular,  
 Que sois estrella en el mar,  
 Madre de Dios en la tierra.*  
 El eterno Padre esposa  
 Os llama con regocijo,  
 Dulce Madre os llama el Hijo,  
 Y templo el que en vos reposa.  
 Por vos nuestro mal destierra  
 El que en vos quiso encarnar;

*Que sois estrella del mar,  
 Madre de Dios en la tierra.*  
 Las tristezas con placeres  
 Por vuestra humildad obliga  
 Á que el parantifo os diga:  
 «Bendita entre las mujeres.»  
 Vos poneis paz en la guerra,  
 Y para el hombre guiar  
 Sois estrella de la mar,  
 Madre de Dios en la tierra.

Del mismo.

Salve, del mar Estrella,  
 Salve, Madre sagrada

De Dios y siempre virgen,  
 Puerta del cielo santa.

Tomando de Gabriel  
El Ave, Virgen alma,  
Mudando el nombre de Eva,  
Paces divinas trata.  
La vista restituye,  
Las cadenas desata,  
Todos los males quita,  
Todos los bienes causa.  
Muéstrate madre, y llegue  
Por tí nuestra esperanza  
Á quien, por darnos vida,  
Nació de tus entrañas.

Ave, Estrella de la mar,  
Madre de Dios soberana,  
*Ave maris Stella,  
Dei mater alma;*

Ave, siempre virgen pura,  
Feliz puerta de la gloria,  
*Atque semper virgo  
Felix celi porta;*

Ave, oh tú, que concebiste  
Creyendo á Gabriel las voces,  
*Sumens illud, Ave,  
Gabrielis, ore;*

Tú, que para nuestra paz,  
Mudaste á Eva el nombre,  
*Funda nos in pace  
Mutans Evee nomen;*  
Ave, y dando al ciego luz,  
Los lazos al reo disuelve,  
*Solve vincia reis  
Profer lumen caecis;*

Salve, del mar Estrella,  
De Dios hermosa Madre,

Entre todas piadosa,  
Virgen, en nuestras almas,  
Libres de culpa, infunde  
Virtud humilde y casta.  
Vida nos presta pura,  
Camino firme allana;  
Que quien á Jesus llega,  
Eterno gozo alcanza.  
Al Padre, al Hijo, al Santo  
Espíritu alabanzas;  
Una á los tres le demos,  
Y siempre eternas gracias.

Lope de Vega.

Y para que nuestros males  
Con tus bienes se mejoren,  
*Mala nostra pelle  
Bona cuncta posce,*  
Muéstrate ser madre, haciendo  
Por tí nuestro ruego acepte,  
*Monstra te esse matrem,  
Sumat per te preces,*

El que de tu vientre quiso  
Ser el mas bendito fruto,  
*Qui pro nobis natus  
Tullit esse tuus.*

Dése al Padre la alabanza,  
La honra al Hijo Cristo, y luego  
*Sit laus Deo Patri,  
Summo Christo decus,*  
Al Espíritu la gloria,  
Porque sea en este triunfo,  
*Spiritus Sancto  
Tribus honor unus.*

Caldéron de la Barca.

¡Oh Virgen siempre virgen!  
Puerta del cielo, salve.

Tú, la que el *Ave* oiste  
De la boca del ángel,  
En paz nos funda y muda  
El nombre de Eva en *Ave*.  
Da libertad al reo,  
Lumbre al ciego ignorante;  
Procuráanos los bienes,  
Destiérranos los males.  
Madre de Dios te muestra,  
Y acepte por su madre  
Nuestros ruegos, pues somos  
Por quien tomó en tí carne.  
Haznos, singular Virgen,  
Sobre todos afable,  
Mansos y castos, libres  
De nuestras culpas graves.  
Vida pura nos presta,  
Senda segura y fácil,  
Porque alegres veamos  
Á Jesus, nuestro amante.  
Salve, arca de Noé,  
Que entre mil tempestades,  
Preñada de la vida,  
Á la vida salvaste.  
Salve, del pan del cielo  
Bien artillada nave,  
Que, con el viento en popa,  
Puerto en Belen tomaste.  
Salve, nube de nieve,  
De enfiados plumajes,  
En quien puso el sol trino  
El arco de las paces.  
Salve, hermosa paloma,  
Que, sin perderla, hallaste  
La gracia por la oliva,  
Con que hasta Dios volaste.  
Salve, rosal gracioso,  
Que entre hojas virginales,

A Dios, rosa encarnada,  
Al hielo aljofaraste.  
Salve, risa del cielo,  
Pues la desenojaste  
Con el sí poderoso  
De los vivos corales.  
Salve, arca de oro toda,  
Que no abierta encerraste  
La ley, vara y maná,  
Que es Dios, aunque á pan sabe.  
Salve, santa raíz,  
Que, virgen, germinaste  
El árbol de la vida,  
Nunca vedado á nadie.  
Salve, capaz esfera,  
Que lo eterno encerraste,  
Y al que era sin medida  
La medida tomaste.  
Salve, sangre de Dios,  
Pues que tomó su sangre  
Para que, en él unida,  
En él se deificase.  
Salve, de Dios principio,  
Pues al que sin él nace,  
Del Padre en el principio  
De tí le originaste.  
Salve, la mejor virgen,  
Salve, la mejor madre,  
Toda virginidad,  
Toda elemencia, salve.  
Salve, sola del sol,  
Desde el primero instante  
De tu concepcion pura  
Mas pura que mil ángeles.  
Salve, de Dios segunda,  
Con quien el Hijo parte,  
Engendrándole el Dios,  
Tu Dios-hombre engendrándole.

Salve, toda de Dios,  
Pues puedes alabarte  
Que en tu virgíneo gremio  
Dios fué de tí una parte.

Sea alabanza y gloria  
Al Amor, Hijo y Padre,  
Igual honra á los tres,  
Pues son los tres iguales.

José de Valdivieso.

Glosa de la Salve Regina

Alta Reina esclarecida,  
Como los cielos hermosa,  
Sacra Virgen, escogida  
Para ser madre y esposa  
Del que á todos nos dió vida.  
Si al Rey de paz y consuelo,  
Verbo divino del Padre,  
Pudiste bajar del cielo,  
Siendo tú su hija y madre,  
Bien te dicen los del suelo  
*Salve, Regina.*

El unicornio hermoso,  
Que es Dios, á quien humanaste,  
Quedó de mí rigoroso,  
Manso y misericordioso  
Después que tú le humillaste.  
Porque la antigua discordia  
Sola tú aplacar pudiste,  
Y en tan dichosa concordia  
Bien te cuadra, pues pariste  
La misma misericordia,

*Mater misericordie.*

De triste en alegre estado  
Tú nos trocaste la suerte;  
De tí nació disfrazado  
El que dió, muriendo, muerte  
A la muerte y al pecado.  
Benditísima María,  
Consuelo de nuestra pena,  
Pues que vida y alegría  
Al mundo de tí se ordena,

Sola tú, Señora mía,  
*Vita, dulcedo.*  
Si Dios en tí no encarnara,  
La esperanza se perdiera  
De que el hombre se librara;  
Que sin Dios-hombre no hubiera  
Quien al mundo rescatara.  
Así que, en cuanto heciste,  
Nuestro bien solicitaste,  
A Dios de carne vestiste,  
Y con esto aseguraste  
Que eres y serás y fuiste

*Spes nostra.*

Celestial Emperadora,  
Tú dejaste rico el suelo  
De cuanto bien tiene agora,  
Y después, subiendo al cielo,  
Eres nuestra intercesora.  
Sentada estás á la diestra  
Del Hijo á quien engendraste,  
Y pues al hombre se muestra  
Desde allí cuánto le amaste,  
Esperanza y gloria nuestra,

*Salve.*

¿A quién hemos de acudir  
En todas las ocasiones  
Que nos pudieren venir,  
Sino á las intercesiones  
Que tú nos sabes pedir?  
Como del Hijo, sabemos  
De tí, que, aunque mas pidamos,

Virgen, no te cansaremos;  
Y así, cuando nos hallamos  
Sin el bien que pretendemos,  
*Ad te clamamus.*

El que una vez ha caído,  
Mal se podrá levantar,  
No siendo favorecido;  
Porque sin Dios no hay pensar  
Que se cobre Dios perdido.  
Necesitados estamos  
De tu favor si caemos,  
Porque al punto que pecamos,  
Sin la gracia, que perdemos,  
Tan solamente quedamos

*Exules filii Evae.*

Nuestra miseria te mueva,  
Bendita Virgen sagrada,  
A pedirnos gracia nueva;  
Que sin tí los hijos de Eva  
Mal podremos pedir nada.  
Y viendo que no sucede  
Que pidas y no te den,  
Cuando nuestra culpa excede,  
Para recobrar el bien,  
Como á quien todo lo puede,

*Ad te suspiramus.*

A tí, que sagrario fuiste  
De aquella divinidad  
Que de tu carne vestiste,  
Y con tu gran humildad  
La enamoraste y rendiste;  
A tí, por quien nos cobramos,  
Divino y celestial medio,  
Por quien á Dios granjeamos,  
Cuando nos falte remedio,  
Será muy bien que acudamos,

*Gementes et flentes.*

Que un corazón humillado

No despreciareis los dos,  
Tú y el Hijo tan amado,  
Que se humilló, siendo Dios,  
De la humilde enamorado.  
Tu intercesion pueda tanto  
Con el Verbo soberano,  
Que del reino del espanto  
Nos libre, Virgen, tu mano,  
Pues aquí no hay sino llanto,  
*In hac lacrymarum valle.*

Si tu favor nos socorre  
Para lo que nos conviene,  
Nadie habrá que nos ahorre,  
Porque lo que el mundo tiene  
Es moneda que no corre.

Todos estamos de suerte,  
Que no sufre dilacion  
La cura de mal tan fuerte;  
Y pues hay tal ocasion,  
Virgen, de compadecerte,  
*Eja ergo.*

Pide para el daño hecho  
Perdon, y á lo por venir  
Un tan abrasado pecho,  
Y tan dispuesto á servir,  
Que á Dios deje satisfecho.

Pide lo que tú supieres  
Que nos conviene, Señora,  
Y pues que tanto nos quieres,  
No te descuides ahora,  
Pues ha tanto tiempo que eres  
*Advocata nostra.*

Ante la suma grandeza  
Que ha ofendido nuestra culpa,  
Presenta nuestra bajeza,  
Y aquesta flaca disculpa  
De nuestra naturaleza.  
Muestra al Hijo regalado

El pecho en que le criaste,  
Y habiéndosele mostrado,  
Dí, pues tanto le amaste:

«Vuelve y mira, Hijo amado,

*Illos tuos.*

»Pues quieres del pecador  
Que á ti se convierta y viva,

Y estos conocen su error,  
En su amparo los reciba,  
Hijo, tu divino amor.

Y pues con fe verdadera

Humildes vuelven á tí,

Y yo soy su medianera,

Válgales ser esto así,

Que se les muestren siquiera,

*Misericordes oculos.*

Todo este favor tenemos

De tu mano, Virgen santa;

Mas tantas veces caemos,

Que á cada paso traemos

El cuchillo á la garganta.

De suerte que es menester

No dejarnos un momento,

Virgen, de favorecer;

Y si mudares de intento

Por nuestro desmerecer,

*Ad nos converte.*

Que en siendo de tí olvidados,

Quedamos todos perdidos,

De piés y manos atados

Con fuertes lazos tejidos

De nuestros propios pecados.

Y pues por nosotros fuiste

Madre del Hijo que tienes,

De quien tanto recibiste,

No nos niegues de tus bienes,

Señora, pues tanto diste.

*Et Jesum.*

Para que nuestra desgracia

En ventura mude el nombre,

Por tu ruego y su eficacia,

Como nos le diste hombre,

Nos le da agora por gracia.

Echese, Virgen, el resto

En remediar nuestros males,

Y el dulce Hijo dispuesto

Con tus ruegos virginales,

Hará que saquemos desto

*Benedictum fructum.*

Quedaremos prevenidos

Con su gracia, y reformados,

Y desta favorecidos,

Seremos de los llamados,

Y despues los escogidos.

Quien por madre te eligió,

Muy bien lo puede hacer,

Pues que virgen te crió,

Y sin dejarlo de ser,

Con traje nuestro salió

*Ventris tui.*

Nació para ser modelo

Y regla de nuestra vida;

Abrió el camino del cielo,

Y la esperanza perdida

Resucitó, y el consuelo.

Murió porque no muriese

El hombre, que tanto amó,

Y porque así volviese,

Todo cuanto padeció

Quiso, Virgen, que sirviese

*Nobis.*

Dejó su cuerpo en comida

Para que convalciese

Con aquel manjar de vida

El que la gracia tuviese

Por sus ofensas perdida.

Quedónos para memoria

De su sagrada pasion,

Y para alcanzar victoria

De cualquiera tentacion,

Con que merezcamos gloria

*Post hoc exilium.*

Las mercedes recibidas

Son tantas del que pariste,

Que fueran pocas mil vidas,

Cuanto mas una tan triste,

Para serle agradecidas.

Y estando tan obligados,

No osaremos pedir mas;

A tí iremos humillados,

Virgen, y llevarnos has

Al Hijo, y nuestros pecados

*Ostende.*

Y no es posible que, vista

Nuestra gran necesidad,

A tu peticion resista,

Ni que el autor de maldad

Nos venza en esta conquista;

Que para estas ocasiones

Te guardan los que te aman;

Y así, en sus tribulaciones,

Entre otros nombres, te llaman

Todas las generaciones

*O clemens.*

Porque, viendo tu clemencia

Acudir á nuestra falta,

Sabemos de cierta sciencia

Que ella suple lo que falta

Nuestra gran insuficiencia.

Eresnos, Madre piadosa,

Aunque no lo merezcamos,

Siempre misericordiosa,

Y por eso te llamamos

*O pia.*

No hay blason que no te cuadre

Por solo tu merecer;

Tanto, que siendo tu padre

El que te pudo hacer,

Te quiso escoger por madre.

De tí nos vino el consuelo

Y el descanso de la vida,

Por tí se cobró en el suelo

Toda la gracia perdida,

Y tú enriqueces el cielo,

*O dulcis Virgo.*

Tu santo nombre glorioso,

Que á los demonios asombra,

Es tan dulce y tan sabroso,

Que á cualquiera que le nombra

Le da un valor milagroso.

Y el que por sí ya no es parte

A resistir tentaciones,

Lo será con invocarte;

Y así, en las tribulaciones

Nos valemos de llamarte

*María.*

Con tu nombre, Virgen pura,

Se ilustra nuestra memoria,

Y es para nuestra ventura

Salvoconducto de gloria,

Que los puertos asegura.

Por él nos hacen mercedes,

Y con poder soberano

Rompen los lazos y redes

Del enemigo inhumano,

Virgen; y pues tanto puedes,

*Ora pro nobis.*

Dile al mismo que engendraste,

Que es hombre y Dios verdadero:

«Mira á aquellos que criaste,

Por quien, puesto en un madero,

Tanta sangre derramaste;»

Que con esto es imposible,  
Si á vuestro arrepentimiento  
Se da todo lo posible,  
Que llegue á colmo su intento  
El enemigo invisible,

*Sancta Dei genitrix:*

Haz que de sus confianzas  
Sea el fruto confusion,  
Y que de sus asechanzas,  
En lugar de perdicion,  
Nazcan nuestras esperanzas.  
Y pide al que le envió  
Do no ha de verle jamás,

Virgen, pues de tí nació,  
Y cuanto quieras podrás,  
De aquel bien que le quitó

*Ut digni efficiamur.*

Pídele que nos ampare  
Y nos confirme en su fe,  
Y lo que no le agradare,

Salve entre las mujeres la escogida  
Para madre de Dios, honesta y bella,  
Sola entre las doncellas la parida,  
Sola entre las paridas la doncella;  
Salve, aurora del sol que nos da vida,

Sol de la tierra, de la mar estrella;  
Madre de Dios, que Dios, Virgen, paristes,  
Y, siendo siempre virgen, madre fuistes.

Salve, descanso de Jesus cansado;  
Salve, comida de Jesus hambriento;  
Salve, defensa de Jesus buscado;  
Salve, regalo de Jesus contento;  
Salve, consuelo de Jesus penado;  
Salve, bebida de Jesus sediento;  
Salve, vestido de Jesus desnudo,

Pues poder tanto os dió quien tanto pudo.

Francisco de Herrera Maldonado.

Fuerzas de gracia nos dé,  
Con que luego se repare.  
Y con medios como estos,  
Por tu mano granjeados,  
Aunque estamos con él puestos  
Tan mal por nuestros pecados,  
Podremos quedar dispuestos

*Promissionibus Christi.*

Para que en todo se acierte,  
Le pide al que nos dió vida  
Que nuestras vidas concierte;  
Y tú, Virgen escogida,  
Nos ampara en vida y muerte.  
No nos falte tu consuelo  
En la postrimera hora;  
Porque, partiendo del suelo  
Libres de culpa, Señora,  
Te alabemos en el cielo.

*Amen.*

Fray Pedro de Padilla.

Décima vulgar invocando á la Virgen (1)

Bendita sea tu pureza  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tan graciosa belleza,  
A tí, celestial Princesa (2),

Virgen Sagrada María,  
Te ofrezco desde este día  
Alma, vida y corazon:  
Mírame con compasion,  
No me dejes, madre Madre mia.

Otra décima vulgar y muy comun en los devocionarios antiguos

Quisiera, Virgen María,  
Madre mia muy amada,  
Tener el alma abrasada  
En vuestro amor noche y dia.  
¡Oh, dulce Virgen María,  
Madre de mi corazon!

¿Quién tuviera tanto amor  
Que sobrepujara en ardor  
A los serafines todos,  
Amándoos por cuantos modos  
Inventó el mas fino amor?

¡Dios te salve, Virgen pura,  
Reina piadosa del mundo,  
Madre de vida y dulzura,  
Acoge el ruego profundo  
De tus hijos sin ventura!  
¡Hijos que por tí clamamos  
Desterrados hijos de Eva,  
Que á tí ¡oh Madrel! suspiramos  
En este valle de prueba  
Donde sin cesar lloramos.

¡Tus hijos siempre y ahora  
Triste te elevan el alma!...  
¡Oyelos, Madre y Señora,  
Con esa piedad que calma  
Los gemidos del que llora!  
¡Ea, pues, nuestra abogada,  
Vuelve á nos de esos tus ojos  
La dulce y tierna mirada

Que purifica de abrojos  
Nuestra misera jornada!  
¡Y preséntanos, María,  
De este destierro en pasando,  
A ese Varon de agonía  
Que *paz* y *perdon* clamando  
Murió por la raza impía!  
¡Fruto de tu entraña pura  
De la humanidad consuelo!  
¡Si tú, Madre de ternura,  
La dicha pides del suelo,  
Dicha obtendremos segura!  
Y pues tiene prometido  
A los dignos, Madre mia,  
Gozo eterno y bendecido,  
¡Oh dulce! ¡oh clemente! ¡oh pia!  
¡Haz nuestro gozo cumplido!

Pedro F. Carrasosa, Obispo de Avila.

(1) Esta décima se halla al frente de muchos catecismos y obras de devocion, y al pié de ella se suele poner que se ganan 37,600 dias de indulgencia por rezarla.

(2) Se conjetura que el autor de esta décima debía ser andaluz y pronunciaria *Princesa*, para hacerla consonante de *bellera*, así como *compacion* para hacerla de *corazon*.

Venturoso el mortal que amante guía  
De María los pasos al altar;  
Que el nombre de la Vírgen fué María  
Y estrella significa en turbio mar.  
¡Oh, tú que remas con trabajo y arte  
Contra el negro huracan que te persigue;  
Si del revuelto mar quieres salvarte  
Esa estrella contempla y su luz sigue!  
María es nombre junto á Dios propicio;  
Luz que al mundo ilumina, hoguera lenta  
Que enciende la virtud, consume el vicio  
Y más que al cuerpo al ánima calienta.  
Ese nombre de amor, que hasta en reflejos  
Presta á la oscura noche luz brillante,  
Que nunca sea de tu boca léjos,  
Que nunca esté del corazón distante.  
Si te amenaza en la civil pelea,  
Ya envidia, ya rencor, busca ese guía;  
Si atribulada tu constancia ondea,  
Si te rinde el dolor, llama á María.  
María es la salud, la paz amiga;  
María es la esperanza, el bien mas caro;  
En seguirla do quier nunca hay fatiga,  
Ni naufragios jamás bajo su amparo.  
Que el nombre de la Vírgen fué María,  
Que estrella significa en turbio mar:

¡Venturoso el mortal que amante guía  
De María los pasos al altar!

*Juan de la Pencla, Conde de Chato.*

*Version al italiano de la poesia anterior*

Fortunato il mortal che amante avvia  
Suoi passi de la Vergine all'altar;  
Che il nome de la Vergin fu *María*,  
Che significa stella in aspro mar.  
O tu, che remi con travaglio ed arti  
Contro al negro oragan che danni adduce,  
Si vuoi del mar che in furia á salvo trarti,  
Mira essa stella, e segui la sua luce.

María é nome presso á Dio propizio;  
Luce che irragia il mondo, é lene fiamma  
Che scalda la virtu, che strugge il vizio,  
E piu che il corpo l'anima rinfiamma.  
Questo nome d'amor che pur riflesso  
A densa notte da luce smagliante,  
Che ognor si stia su le tue labbra impresso,  
Che mai ne vada dal tuo cor distante.  
Se civico furore unqua ti osteggia,  
Se invidia or odio, Ella tua guida sia;  
Se trebolata tua costanza ondeggia,  
Se ti opprime il dolor, chiama María.  
É María la salute, é pace amica,  
María speranza e ben che alleta il core;  
Il seguirla dovunque non fatica,  
Ne s'incontra naufragio al suo favore.  
Che il nome de la Vergin fu María,  
Che significa *stella* in aspro mar:  
Fortunato il mortal che amante avvia  
Suoi passi de la Vergine all'altar.

*Angelo Costaro, della Compagnia di Geni.*

Sosegado está el mar, selvas y prados;  
La hoja y flor su pompa muestra al cielo;  
La noche ví, rompiendo apriesa el velo,  
Sus cabellos herir negros y alados.

Scintia deja los campos plateados  
De un trasparente y cristalino hielo:  
Resplandecian del señor de Delo  
Los orientales rayos colorados;

Cuando otro sol mas puro de occidente  
Veis donde asoma serenando el día,  
La imágen oriental descolorando;  
Y dijo: Eterna luz sola y ardiente,  
Sufrid en páz la hermosura mia,  
Que mas clara que yo se va mostrando.

*Ramirez Pagan.*

## Los quince misterios del Rosario

Cuando á María el Angel la saluda,  
 Y ella visita á Elisabet, su prima;  
 Cuando pare al que cielo y mundo anima,  
 Y cuando ordena Dios que al templo acuda;  
 Cuando Cristo en el huerto sangre suda,  
 El azote y corona le lastima;  
 Cuando el sagrado leño se echa encima,  
 Y pasa muerte tan acerba y cruda;  
 Cuando con triunfo y gloria resucita,  
 Sube á los cielos, y á su Iglesia santa  
 El Espíritu Santo la visita;  
 Cuando llama á María sacrosanta  
 Y la corona con aplauso, y grita  
 Para siempre sin fin la Iglesia canta.

Rey de Arrieta.

Quien tuviere por señora  
 La Virgen, Reina del cielo,  
 No tenga ningun recelo.

Pues á flacos corazones  
 Con su gracia torna fuertes,  
 Hace vidas de las muertes,  
 Y es llave de las prisiones;  
 Quien de sus intercesiones  
 Alcanzare algun consuelo  
 No tenga ningun recelo.

Siempre vive sin tristura  
 Quien la tiene devocion;

Contigo el cielo se arrea,  
 Virgen y flor de Jesé;  
 Tota pulchra amica mea,  
 Macula non est in te.

Sois como el sol escogida,  
 Y hermosa como la luna,  
 No se halla mujer ninguna

Da muy gran consolacion  
 La vista de su figura;  
 El que servirla procura  
 Con amor en este suelo  
 No tenga ningun recelo.

A quien ella da osadia  
 No teme ningun temor,  
 Y si tiene algun dolor,  
 Se le vuelve en alegría.

¡Señora, Virgen María!  
 Ayuda mi desconsuelo,  
 No tenga ningun recelo.

Juan de la Encina.

De tanta gracia vestida;  
 Y así el mismo Dios cumplida  
 Os llama segunda vez:

Tota pulchra amica mea,  
 Macula non est in te.

De ab initio sois del Padre,  
 Escogida por esposa,

Y siendo virgen gloriosa,  
 Del Verbo eterno sois Madre;  
 Y porque mejor os cuadre,

De continuo os llamaré:  
 Tota pulchra amica mea,  
 Macula non est in te.

Juan Lopez de Ubeda.

## A la efigie de la Virgen

Cuando mirada en el suelo  
 Da su imágen regocijo,  
 ¿Qué bien será y qué consuelo

Mirarla viva en el cielo  
 De la mano de su Hijo?

Damian de Vargas.

Cuando postrado en miserables prisiones  
 El celador pontífice yacía,  
 De la Iglesia primero fundamento,  
 Y con vivos afectos y razones  
 A Dios su lengua y corazón volvía,  
 Siguiendo al remontado pensamiento,  
 Puso tal vez atento  
 La consideracion ¡oh Virgen santa!  
 En los blasones vuestros inefables,  
 Y honrando con elogios venerables  
 Vuestra pureza limpia y sacrosanta,  
 En sus cadenas broncas aherrado,  
 Dijo así con acento regalado:

«¡Oh singular, purísima criatura,  
 De ajena libertad principio santo,  
 De propia esclavitud desden eterno!  
 Pues cuando la prision rompisteis dura,  
 De los humanos convirtiendo el llanto  
 Comun en gozo, y en abril su invierno,  
 Nunca el sumo gobierno  
 Os dejó entrar en ella el pié sagrado;  
 Apercibió la culpa su cadena,  
 Y Dios su gracia, de que fuistes llena;  
 Huyó sin veros el error turbado.  
 No visteis mas que á Dios, por quien se alaba  
 El alma vuestra de su sola esclava.

»No se forjaron para vos los hierros;  
 Antes vos la cadena de tinieblas,  
 Que á tantos religaba, quebrantásteis,

Y en los egipcios miseros destierros  
 La oscura nube de palpables nieblas  
 En descubierta claridad cambiastes.  
 Vos, Reina, encadenastes  
 Al impío alcaide, al carcelero mismo,  
 Que hoy mira, á su pesar, los prisieneros  
 Romper sus grillos y herrajes fieros,  
 Triunfastes de los reinos del abismo;  
 Nunca vencida, siempre triunfadora,  
 Y de la libertad Madre y Autora.  
 »Gozad mil veces del sin par trofeo,  
 Y sublimada con eternos dones,  
 Honrad del cielo la mejor diadema;  
 Que yo, mezquino de mis culpas reo,  
 Ocuparé estos grillos y prisiones  
 En cuanto llega la feliz y extrema  
 Hora que en la suprema  
 Región traslade sin estorbo el alma.»  
 No dijo mas el sacerdote santo,  
 Porque la noche humedecida en tanto  
 Dió á sus discursos apacible calma,  
 Dando sueño á sus ojos, porque el cielo  
 Le enriqueciese de mayor consuelo.  
 Durmiendo estaba el gran apóstol, cuando  
 Siente una voz angélica en su oído,  
 Que así le dice, sin romperle el sueño:  
 «¡Oh Pedro y piedra y padre venerando,  
 De Dios entre millares escogido  
 Para patrono de su Iglesia y dueño!  
 Aunque el sitio pequeño  
 Desta prision habitas, cobra esfuerzo;  
 Romperé tus cadenas y tus grillos  
 Cual mimbres delicados y sencillos;  
 Verás tambien cómo redoblo y tuerzo  
 Los firmes quicios de las altas puertas,  
 Hasta ofrecerlas á tu paso abiertas.  
 »Serás nuevo Sanson, que aprisionado,  
 Sus vínculos inútiles rompía,

Amedrentando al bravo filisteo,  
 Al que ignoraba que su esfuerzo osado  
 En su cabeza oculto residía;  
 Así tu fuerza, con igual trofeo,  
 Miedo será al hebreo,  
 Que te aprisiona y ata porque ignora  
 Que reside tu osada fortaleza  
 Depositada, Pedro, en tu cabeza,  
 Como cabeza á quien la Iglesia honora,  
 Opuesta ya con armas eficaces  
 A los encuentros de enemigas haces.  
 »¿Quién ya permite que el humilde suelo  
 Te oprima y ate en cárcel miserable,  
 Siendo tú mismo aquel por quien se obliga  
 Siempre á ligar y desatar el cielo  
 Cuanto en la tierra, oh Pedro venerable,  
 Por medio tuyo se desata ó liga?  
 ¿O es justo que se diga  
 Que entre cadenas tosecas y ferradas  
 Un pontífice yace sin decoro,  
 En vez de aquellas de purísimo oro,  
 Que al pectoral pendientes y trabadas,  
 Ornaron ya de Aaron su enriquecido  
 E ilustre asaz pontifical vestido?  
 »No lo consiente el cielo, pues ordena  
 Ya lo contrario; aquí verás su efecto;  
 Que si de aquella celestial Princesa  
 Dios retiró la culpa y la cadena,  
 A cuyo lazo el mundo está sujeto,  
 Verdad precisa que tu voz confiesa,  
 ¿Cuánto menor empresa  
 Será romper tus débiles prisiones?  
 Yo en nombre suyo quebrantarlas pienso,  
 Leve señal de su poder inmenso,  
 Bien que aumente valor á tus blasones,  
 Hasta que ya por triunfo preeminente  
 Reines, cual Dios, en una cruz pendiente.  
 »Y porque entiendas el honor que esperas,

Y Dios te comunica y te previene  
 Por el que otorgas á su Madre, sabe  
 Que mil edades largas venideras  
 Celebrarán con término solene  
 Esta prision en que resides grave;  
 Júzgala ya suave,  
 Cual sacra semejanza y misteriosa  
 De aquella cárcel, que sin ver su entrada  
 Fué desde afuera rota y quebrantada  
 Por mano de una vírgen poderosa;  
 ¡Misterio raro que, en tu Iglesia oculto,  
 Aguarda en fin su venerable culto!  
 »Sabe que el sumo Hacedor se agrada  
 De que sus fieles en continúa duda  
 Este misterio ignoren, y que el celo  
 De cada cual y devocion sagrada,  
 Mejor se manifieste en lo que duda,  
 Hasta que el tiempo, obedeciendo al cielo,  
 Rompa el confuso velo  
 Á la verdad, y la descubra clara,  
 Y algun prelado de tu Iglesia pia  
 Resuelva ¡oh tiempo alegrel que María,  
 Por excepcion y preeminencia rara,  
 Fué, siendo madre de la gracia y vida,  
 Sin mancha de pecado concebida.  
 »Mas mientras llega la sazón dichosa,  
 Sabe tambien que, como nobles hijos,  
 Tus sacerdotes, de su celo instados,  
 Imitarán tu devocion piadosa,  
 Y con alegres justos regocijos  
 Se ofrecerán á conservarla aunados.  
 Ya miro en los sagrados  
 Templos remotos de Vandalia noble,  
 Que se congrega numeroso el clero,  
 Y del misterio santo y verdadero  
 Ya jura y vota la certeza inmoble,  
 Ligando alegre el corazón devoto  
 Al nudo fiel del juramento y voto.

»Mas en aquella sujecion ligado,  
 Un libre esfuerzo le será infundido,  
 Con que defienda intacta la pureza  
 Mayor que pudo verse en lo criado.  
 Tú pues, á tanto honor reconocido,  
 Venera siempre con igual firmeza  
 Su original limpieza,  
 Y colma el pecho de feliz consuelo;  
 Deja esa cárcel lóbrega, funesta,  
 Comprobaráse mi verdad propuesta;  
 Desecha diligente el duro suelo,  
 Verás en él troncados en pedazos  
 Tus poderosos vínculos y lazos.»  
 Desta manera dijo, y el costado  
 Del Pontífice toca, y le despierta.  
 Abre sus ojos él, la estancia mira  
 Bañada en luz, y el ángel venerado  
 Cercano al quicio de la férrea puerta.  
 Ya en lo interior del corazón suspira,  
 Y embelesado admira  
 Tantos honores y grandezas juntas;  
 Ve en tierra las cadenas destrozadas,  
 Luego en las puertas mira quebrantadas  
 Las recias verjas y rollizas puntas,  
 Hasta que así se mira libre y suelto,  
 En alto asombro y regocijo envuelto.

Juan de Jáuregui

Virgen bella de Dios madre  
 Honra y lustre del cristiano,  
 En todo tiempo no en vano  
 Invocamos tu favor.  
 Aunque se alce el hondo averno  
 Del dragon al ronco grito  
 Y talar mande el precito  
 Los verjeles del Señor,  
 Dañar no pueden las furias  
 Al pecho limpio que fia

En la fuerza de María  
 Vencedora de Satan.  
 Si la Virgen nos protege  
 No habrá guerra ni mal fiero,  
 Que caballo y caballero  
 Cual plomo al profundo irán.  
 Ella levanta en Solima  
 Como torre la cabeza:  
 Es murada fortaleza  
 En la ciudad de David.

La defienden los escudos	Alejará de sus hijos
De mil valientes guerreros,	Los golpes de la maldad.
Los impíos altaneros	Humíllense las naciones
Huyen ante Ella en la lid.	Y cual de ángeles los coros
Que arinada por Dios su diestra	Canten en versos sonoros
Elena de dones prolijos,	Á la augusta Trinidad.

José Sebastián Segura (*México, 1872.*)

No bien se alza la antigua serpiente  
Contra el reino de Dios y su gente  
Difundiendo el espanto y terror,  
Cuando baja la Virgen del cielo  
Entre el iris de paz y consuelo  
Y á los suyos da auxilio y valor.

Monumentos de eterna memoria  
Nuestros padres pusieron con gloria  
De la Virgen cantando el poder.

Lo publican insignes ejemplos  
Y en los valles y montes y templos  
Desde el alba á la noche doquier.

Permitidnos cantar á María  
Nuevos himnos de pura alegría  
Y de gozo las palmas batir.

Nuestra patria cual otras naciones,  
De Ella aguarda magníficos dones  
Que ella todo lo sabe cumplir.

¡Oh mil veces dichoso aquel día  
En que al solio de Pedro volvía  
Tras un lustro de ausencia y dolor,

El Pontífice Sumo, que grave  
De la Iglesia conduce la nave  
En que duele tranquilo el Señor!

Niños puros, doncellas y ancianos  
Y levitas y pueblos ufanos,  
En amor y piedad competid,

Y los dones con férvido anhelo  
Celebrad de la Reina del cielo,  
Y sus glorias y triunfos decid.

Y tú, Virgen de Vírgenes, bella,  
De Jesus Madre santa, y estrella  
Del que gime en tiniebla mortal,  
Nos dispensa tu gran poderío,  
Y que el Santo Pontífice Pio,  
Nos conduzca á la vida eternal.

El misterio mas grande adoremos:  
Gloria al Padre y al Hijo cantemos  
Y al Espíritu Santo tambien.

Y cual cantan del cielo los coros,  
Alabémosle en versos sonoros  
Por los siglos y siglos. Amen.

Del mismo.

CANTO SÉPTIMO DE LA CRISTIADA DE HOJEDA (1)

El ángel para confortar á María en la Pasion de su Hijo le predice sus futuros destinos y altas glorias

El Arcángel en tanto, conociendo  
Que era ya la sentencia pronunciada  
Y de la Madre el gran dolor temiendo,  
De la Madre en su Amado trasportada,  
Antes que el son confuso y vago estruendo,  
Le llegue de la nueva desgraciada,  
Quiere misterios dulces referirle  
Y al trabajo el remedio prevenirle.

«Oye, le dice, el fin maravilloso  
Que de tu Hijo y mi Señor la muerte

Ha de tener, y el último reposo  
Y honra inmortal de su Pasion advierte:

Que importa para el trance rigoroso  
En que se ha de esmerar tu pecho fuerte

Prevenir el peligro con destreza  
Y á mas punto subir tu fortaleza.

Pasados los cuarenta alegres días  
En que de su presencia regalada  
Gozarán las devotas compañías

(1) El P. maestro Fr. Diego de Hojeda, religioso dominico de Lima, estando de regente de estudios en aquel convento compuso un poema épico titulado la *Cristiada*, que se ha hecho raro. Lo reimprimió en 1841 el marqués de Casajara, D. Manuel Berriozabal, retocando su versificación á veces dura.

De su escuela, á trabajos enseñada,  
Circunvalado de las almas pías  
Que rescató de la infernal morada,  
Llevará sus discípulos al monte  
Que de olivas corona su horizonte.

Porque de allí querrá subir al cielo  
Viéndole claramente sus amigos  
Para darles el último consuelo,  
De su poder haciéndolos testigos,  
Y estando en el dichoso y fértil suelo,  
Confusión de sus ciegos enemigos,  
Les mostrará su ya gloriosa frente  
Bañada en gozo y luz resplandeciente.

¡Qué regalo será verle amoroso  
En ojos dulces y en palabras tiernas  
Aquellas manos extender piadoso  
Con las señales de su amor eternas  
Y el costado enseñarles generoso  
Y en sus patentes llagas las internas  
Del alma noble y corazón suave  
Que del gozo de Dios tiene la llave!

¡Qué consuelo será verle cercado  
De ángeles obedientes y almas bellas,  
Tal pimpollo de flores coronado,  
Y el lucero lo está de las estrellas,  
Y tal viene de luces adornado

El sol y en blandas purpurinas huellas  
El alba pura cuando rosas cria  
Y así el Mayo se cibe de alegría!

Allí estarás también, Madre excelente,  
Pues casta Virgen eres siendo madre,  
Tu vista de su luz tendrás pendiente  
Porque tu gloria con su gloria cuadre:  
Beberás de su vista refulgente  
Donde el ser luce de su eterno Padre,  
Un mar de gozo y de su voz divina  
Amor, gracia y dulzura peregrina.

Luego con su virtud maravillosa

Se irá del suelo despacio levantando,  
Y la esfera del aire luminosa  
De alegres arreboles matizando;  
La escuadra de los ángeles hermosa,  
Festivos himnos le estará cantando,  
Y las armas, trofeo de la gloria,  
Solemnizando su inmortal victoria.

Así caminará muy suavemente  
Dándoles con su diestra soberana  
La bendición mas rica y excelente  
Que vió jamás naturaleza humana;  
Irá llevando de su faz pendiente,  
De aquella faz que gracia y gloria mana,  
De sus hijos la noble compañía  
De admiración pasmados y alegría.

El rubio sol con brillo incomparable  
Acontece mostrarse en Occidente  
Y al rayo de su luz infatigable  
Opónese una nube trasparente,  
Y ella adornarse de beldad notable  
Y el esconderse en ella blandamente  
Y así una nube esconderá en su seno  
Al sol de rayos y de glorias lleno.

Al admirado y suspendido coro  
De la prole de Cristo jubilosa  
Quitará de la vista su tesoro,  
De la vista elevada y amorosa,  
Ella se bordará de plata y oro  
A la luz de este Sol maravillosa,  
Y así pondrán los ojos en la nube  
Del que glorioso al cielo en ella sube.

Músicas, fiestas, regocijos, glorias,  
Compondrán su feliz recibimiento,  
Canciones de sus ínclitas victorias  
Resonarán en todo el firmamento,  
Quedarán esculpidas las memorias  
De su muerte, y su vida y nacimiento,

Y no en materias que tendrán sus fines  
Sino en mentes de eternos serafines.

Y recibido de su Padre Santo  
Con tierno amor en trono esclarecido,  
Y siempre oyendo de la gloria el canto  
Será como merece engrandecido,  
De allí pondrá á los pérfidos espanto  
Del hondo averno bramador temido,  
Y regirá su Iglesia poderoso  
Emperador amado y dulce esposo.

A los justos dará ricos favores,  
Esperanza á los tristes penitentes,  
Perdon á los contritos pecadores,  
Su religion á pueblos diferentes  
Presentará á su Padre los dolores  
De las llagas que en sí tendrá patentes;  
Constante intercesor, dulce abogado  
En defender al hombre ejercitado.

Mas ya cumplidos los felices días  
Por el grande Jehová determinados,  
El hora de sus gratas alegrías  
Llegará á los discipulos amados  
En suave caridad sus almas pías,  
Cual pebetes en aras consagrados  
Cuando encendiendo estén y oraciones  
Exhalando sus fieles corazones.

Vendrá, pues el Espíritu Divino  
Sonando porque así mejor le atiendan  
Y con solemne espanto repentino  
Porque ser gracia liberal entiendan,  
Y en forma de aire abriéndose camino  
Para que ser el hálito comprendan,  
Con que el alma respira y tiene vida  
Dada por Dios y solo á Dios unida.

En figura de fuego deleitable  
Vendrá para encender los corazones,  
Y con ardor y soplo infatigable  
Inspirar mil sagradas aficiones,

Dando con viva fe luz admirable  
Y ciencia de proféticas visiones,  
Y con formas de lenguas diferentes  
Las varias lenguas de las muchas gentes.

Y como al evangélico Profeta (1)  
Un serafin purificó los labios  
Y le infundió con luz como saeta  
En el ánima fiel conceptos sabios,  
Y encubierta virtud le dió secreta  
Despreciadora de honras y de agravios;  
Esto y mas con su fuego luminoso  
Hará el divino espíritu piadoso.

Daráles perspicaz conocimiento  
De la alteza de Dios inaccesible,  
Y sobrenatural entendimiento  
De aquella su hermosura indefinible,  
Escribirá su ley en un momento  
La evangélica Ley, ley apacible,  
Centro y fin de las Santas Escrituras  
Con sábia mano en sus entrañas puras.

¡Oh sacrosanta union! Y tú, Señora,  
Presidirás al noble consistorio,  
Cual prudente y feliz gobernadora  
Y digna de tan ínclito auditorio;  
En tí, donde la gracia se atesora,  
Como en universal propiciatorio,

En vez del que subió glorioso al cielo  
Pondrán los ojos, buscarán consuelo.

Estando así, con impetu potente,  
Un viento soplará maravilloso,  
Que la casa estremezca de repente,  
Y pavor cause blando y amoroso.

Y en lenguas dividido fuego ardiente  
Bajará sobre el cónclave dichoso  
Y en todos ya embebidos en su encanto,  
Le asentará el amor divino y santo.

(1) El profeta Isaías.

Cuando Dios en el monte excelso daba  
 La memoranda ley al pueblo ingrato,  
 Torbellinosa tempestad formaba  
 Su esplendoroso y áulico aparato,  
 La cumbre en fuego vivo se abrasaba  
 Corriendo en torno en fervido arrebato  
 Con hórrido fragor el trueno bronco,  
 Con tremendo bramido el austro ronco.  
 Así cuando la Ley de eterna gracia  
 Se imprima en corazones mas que humanos,  
 Hará con potentísima eficacia  
 El mismo Dios prodigios soberanos,  
 Así para vencer la pertinacia  
 De los que hoy le persiguen inhumanos  
 Como para ilustrar con suma gloria  
 La ley de amor, de Cristo la victoria.  
 Infundiráles un amor tan vivo  
 Que siempre en caridad estén ardiendo  
 En su llama suave y fuego activo  
 Cuanto en la tierra encuentren convirtiendo:  
 De su bien y su mal harán motivo  
 El uno y otro en humo resolviendo,  
 Para encender su amor y amar la gloria  
 De Dios y despreciar la transitoria.  
 Naceráles de aquí gran fortaleza  
 Para vencer del mundo lo mas fuerte,  
 Espantar del infierno la braveza,  
 Hollar la vida y anhelar la muerte:  
 De aquí constante, impávida entereza,  
 De rostro y pecho en alta y baja suerte,  
 Señorío y espíritu invencible  
 Á lo mas grato y á lo mas horrible.  
 De Jesus el imperio poderoso  
 De polo á polo se verá extendido:  
 El reinará en el cielo victorioso  
 Y en Roma su Vicario obedecido  
 Mientras el sol destelle luminoso  
 Y no haya por jamás desaparecido,

Alumbrará su fe las almas puras,  
 Humillará su Cruz las frentes duras.  
 Que ni de muchas gentes vencedoras  
 Las fieras armas, ni de imperios fuertes  
 Las altas majestades triunfadoras  
 De nuevos mundos y de varias suertes,  
 Ni del airado infierno las sonoras  
 Y crudas amenazas de mil muertes,  
 Impedirán la sucesion divina  
 De sus vicarios y vital doctrina.  
 Hé aquí la escuela de tu fruto santo  
 Hecha de Dios ejército valiente,  
 Gloria del cielo, del abismo espanto,  
 De todo el orbe luz resplandeciente.  
 Pues cese aquí, dirás, mi acerbo llanto  
 No mas de mi dolor esté pendiente:  
 ¡Súbame el Padre al trono, donde vea  
 Al Hijo que mi amor gozar desea!  
 ¿Qué bien, qué gozo, qué placer, qué gloria,  
 Tal Madre ha de tener en tal ausencia,  
 Sino la que le diere su memoria  
 O la que le causare su presencia?  
 Ya está ganada la feliz victoria:  
 Ya á Dios el mundo rinde su potencia  
 ¿Para qué vivo yo sin ver mi vida?  
 —Ahora sabráslo, Reina esclarecida.  
 Como en ausencia del mayor planeta  
 Que á los menores da prestada lumbre,  
 La luna clara en medio á noche quieta,  
 Alumbra en vez del sol, y es bien que alumbre,  
 Y cercándola en torno la respeta  
 El noble coro de la eterna cumbre:  
 Así en ausencia de Jesus importa  
 Que al mundo asistas, mas con vida corta (1);  
 »Porque despues que con tu vivo ejemplo  
 Hayas la nueva Iglesia edificado,

(1) En estos dos versos compendia el P. Hojeda todo lo que dice Augusto Nicolás en su preciosa obra: *Maria en la Iglesia*.

Y cual segundo venerable templo  
De Dios te hayan los justos adorado,  
(Que tal, oh Virgen Madre, te contemplo,  
Y el cielo como á tal te ha celebrado)  
Dirás al Hijo de tu amor que al cielo  
Ya anhelas encumbrar tu amante vuelo.

»Él, por henchir aquella ilustre silla  
Que en sus hombros sustentan serafines,  
Y elevar en eterna maravilla  
De tu beldad los sabios querubines;  
Oirá tu petición blanda y sencilla,  
Y desde sus magníficos jardines,  
«Paloma, te dirá, paloma pura,  
»Ven á mi pecho de inmortal dulzura.»

»Y yo, Señora, bajaré contento  
Á darte la gloriosa legacía  
De corona ceñido y ornamento  
Que mi placer anuncie y tu alegría:  
Y, cual sol el diáfano elemento,  
Vestiré de luz nueva el claro día,  
Trayéndote una palma de victoria,  
Señal festiva de perfecta gloria.

»¡Oh cual te bañarás en regocijo  
Y en saludables ondas de consuelo,  
Cuando contemples que tu amado Hijo  
Te quiere ya llevar consigo al cielo!

Un breve espacio te será prolijo,  
Y pesadumbre el habitar el suelo;  
Mas darás cuenta de ello á tus devotos  
Que vendrán á ofrecerte aquí sus votos.

»Y trayendo aromáticos olores,  
Bálsamos puros y pebetes finos,  
Este aposento llenarán de flores,  
Y cercarán de adornos peregrinos.  
Albos cirios con bellos resplandores  
Encenderán los aires cristalinos,  
La casa de la Aurora bien nacida  
Aparejando al Sol de eterna vida.

»Tu lecho santo ceñirán piadosos,  
Pendientes de tus ojos soberanos  
Y atentos á tus labios milagrosos,  
Los nuevos fidelísimos cristianos:  
Suspiros de sus pechos amorosos,  
En actitud de orar juntas las manos,  
Despedirán, y lágrimas dolientes  
De sus pupilas brotarán ardientes.

»Enternecida tú, con faz serena  
Y dulcísima voz de blando pecho  
Consolarás su noble y justa pena  
Desde tu virginal y humilde lecho;  
Estando así de gloria augusta llena  
Y de luz clara el camarín estrecho,  
No siendo los apóstoles llamados  
Se hallarán á tu muerte congregados.  
»Recibirás en verlos alborozo  
Y ellos muy mucho regocijo en verte;  
El alma tuya se henchirá de gozo  
Y de pena sus almas por perderte.  
Los que han hecho en Babel fiero destrozo,  
Y al abismo han postrado y á la muerte,  
Tristes se afligirán de ver la tuya,  
Preciando mas tu vida que la suya.

»¡Cómo allí les dirás dulces razones

Blandas, benignas, cariñosas, tiernas!

¡Cuánto regalarás sus corazones,  
Victorias prometiéndoles eternas!  
Tu aliento maternal, las efusiones

De tus entrañas de piedad maternas

Beberán ellos, de tu voz colgados

Y de tu amable hechizo arrebatados.

»Una música en tanto deleitable,  
Dulce concanto y blanda melodía

Elevará tu rostro venerable

Y mente sacra en célica alegría;

Y ya templado el júbilo admirable

Y suspendido el canto y armonía,

Mostrará con suavísima clemencia  
El Hijo tuyo su inmortal presencia.  
»Cuál, oh placer, tu noble entendimiento

De hermoso resplandor será bañado,  
Á mas que celestial conocimiento  
De la Esencia divina sublimado!  
Y de este inimitable pensamiento

Un tan subido amor será causado,  
Que á la vida mortal su ardor exceda,  
Y no en cuerpo mortal sufrirlo pueda.

»Tu ánima noble acogerá en sus brazos  
El Verbo concebido en tus entrañas,  
Y ella sin cuerpo extenderá sus lazos  
Con otras formas de abrazar extrañas;  
Él tambien le dará dulces abrazos.  
(Oye, que así tu gran dolor engañas.)

Tu cuerpo esconderá la tierra fria,  
Pero vendrá dichoso el tercer día.

»El alba entonces bordará de flores  
El prado y de arboles el oriente;  
Su lengua pulirán los ruisñores;  
Espejarán las aguas su corriente;  
El aire se ornará de resplandores,  
Y el mismo sol de luz mas excelente,  
De suavidad la tierra y de consuelo,  
Y de rico placer y fiesta el cielo.

»En esta, pues, aurora deleitable  
Tu ánima pura al cuerpo generoso  
Será unida por modo inexplicable,  
Y nuevo sér le infundirá glorioso,  
Belleza eximia, agilidad notable,  
Luz que al planeta ofusque luminoso,  
Impasibilidad y sutileza  
Sobre toda mortal naturaleza.

»De la tumba saldrás resucitada,  
Oh Vírgen, y los ángeles atentos  
En música conforme y regalada  
Tañerán los suaves instrumentos;

Y en procesion alegre y concertada  
Rasgarán los mas puros elementos;  
Otros muchos tu fiesta celebrando,  
Tu gloria viendo, tu valor cantando.

»Algunos tomarán cuerpos lucidos  
Y ropas varias de preciosos trajes,  
Y de coronas y beldad ceñidos  
Te servirán de cortesanos pajes:  
Otros en largas huestes divididos  
Con militares nítidos ropajes,  
El viento con clarines asordando,  
Simulacros de guerra irán formando.

»Y otros en carros rápidos, triunfantes,  
Rompiendo el aire con doradas ruedas,  
Irán gallardos, correrán pujantes,  
Oro esparciendo y arrastrando sedas;  
Y otros, al verde mayo semejantes,  
Dulces fuentes, floridas alamedas  
Fingirán del diáfano elemento  
Que sirvan al camino de ornamento.

»Y tú, Señora, como reina clara,  
Para que el cielo alegre mas se ilustre,  
Con blando rostro y con nobleza rara  
Darás á la gran fiesta inmenso lustre:  
Mas porque mucha pompa le faltara  
Faltando á la sazón el Verbo ilustre,  
Cercado bajará de serafines,  
De guiraldas ceñido de jazmines.

»A tu presencia llegará gozoso;  
Sus tiernos brazos á tu lindo cuello  
Echará, de estrecharlo deseoso,  
Y entonces sin dolor bien podrá hacello.  
¡Qué nudo, oh Vírgen Madre, tan gracioso,  
Para él tan dulce, para tí tan bello!  
¡Qué beso tan recíproco y suave!  
El mismo Dios que lo dará lo alabe.

»Así, arrimada la derecha mano  
En aquel hombro que sustenta el cielo,

Y tu pecho á su pecho sobrehumano,  
 Irás con régio, pompeante vuelo;  
 Y subida al alcázar soberano,  
 Do asido á la verdad vive el consuelo,  
 Abriéndose las puertas de la gloria,  
 Le henchirá el resplandor de tu victoria.  
 »Y del trono á los santos descubierto  
 Sonará en dulce y apacible canto:  
 ¿Quién es esta que sube del desierto  
 Con tanta luz y fiesta y gozo tanto,  
 Y viene al delicioso empireo huerto  
 Tiernamente apoyada al Hijo santo,  
 Como el aurora bella y refulgente,  
 Como la luna y como el sol luciente?  
 »Así estarán los ángeles cantando,  
 Y tú las jerarquías excediendo,  
 Irás las mentes sabias elevando,  
 Y las almas gloriosas encendiendo:  
 Tus inauditas gracias admirando,  
 Y luz de tu belleza recibiendo,  
 Arcángeles, querubes, serafines,  
 Alfombra querrán ser de tus chapines.  
 »Serás, en fin, del Padre recibida  
 Como Hija, y del Hijo como Madre,  
 Y del divino Espíritu admitida  
 Cual su Esposa, y cual Hija de tal Padre;  
 Y porque á Hija y Madre tan querida  
 Y á Esposa tal el ornamento cuadre,  
 Hijo, Padre y Esposo en tu cabeza  
 Pondrán corona de imperial grandeza.  
 »Espléndidas estrellas inmortales,  
 Girando en rededor con donosura,  
 Harán corte á tus sienes virginales,  
 Y luz recibirán de tu hermosura;  
 Y por chapines á tus piés reales  
 Tendrás la antorcha de la noche oscura,  
 Y por vestido el sol y gloria inmensa,  
 Y volcanes de amor de llama intensa.

» Junto al sublime Emperador eterno  
 En magnífico solio de eminencia  
 Regirás á tu arbitrio su gobierno,  
 Intercesora de eficaz clemencia,  
 Respetada en la altura, en el infierno  
 Temida por tu fuerte prepotencia,  
 Adorada en el globo de los hombres  
 En templos mil y mil bajo mil nombres.»

Fray Diego de Hojeda.

LOS PADRES DEL LIMBO ESTONANDO Á LA VÍRGEN MARÍA EL «AVE MARIS STELLA» (1)

Un cántico de gracias á la hermosa  
 Que trajo al mundo al Capitan divino,  
 Que, debelada ya la culpa odiosa,  
 Se acerca á embellecer nuestro destino.....  
 No pudo continuar porque le acosa  
 La voz de aquel senado peregrino,  
 Que desatada en cantos seductores  
 Repite de María los loores.  
 Ave, Estrella del mar, graciosa y pura  
 Alma, Madre de Dios, nuestro consuelo,  
 Virgen de inmaculada donosura,  
 Puerta feliz del suspirado cielo.  
 ¡Oh, cuánto alivio la Señora apura  
 Cuando oye aquel cantar! Calma su anhelo  
 De modo que Juan piensa que divisa  
 De su Madre en el labio una sonrisa.  
 Pero de pronto pásmanse los senos  
 De la oscura mansión: el ángel santo  
 Que guardaba la puerta con serenos  
 Ojos, do brilla celestial encanto,  
 La espada esconde: de armonía llenos  
 Percibense ecos de otro canto,  
 Y una luz divinal el limbo pinta  
 Con indecible inusitada tinta.

(1) Damos aquí este precioso fragmento del poema *La Virgen de los Dolores*, que no tuvo cabida en su lugar mas oportuno, puesto que tambien se refiere á las alabanzas de la Virgen. El autor en las notas (pág. 271), disculpa el anacronismo de poner el *Ave Maris Stella* en boca de los Padres del Limbo. Creemos que el autor no necesita de tanta indulgencia.

¿Quién se acerca, quién llega? ¡Cómo crecen  
 Los nítidos fulgores ¡oh María!  
 ¿Qué es lo que ve tu mente? Se estremecen  
 Aquellos justos: póstranse á porfia;  
 Sus ojos cual luceros resplandecen:  
 Mudos yacen de pasmo y de alegría....  
 Míralo, ya ha llegado:— ¡Hosana, hosana!  
 La voz de ángeles mil repite ufana,  
 ¡Hosana! contestara el firmamento,  
 Y el seno de la mar al tiempo mismo:  
 ¡Hosana, hosana! retumbó en el viento,  
 En el cielo, en la tierra, en el abismo.  
 ¡Gloria al que nos redime! en el momento  
 Gritan aquellos padres. Su heroísmo  
 Bendito sea, y su clemencia pía:  
 ¡Gloria al Hijo de Dios y de María!  
 Es como soles mil y nadie puede  
 Ver de hito en hito el brillo que fulgura:  
 Solo á la tierna Madre se concede  
 Que goce en su ilusion tanta ventura.  
 ¡Dulcísima ilusion! Por ella cede  
 El ánsia horrible de la Virgen pura;  
 Y cual nunca el Tabor lo presenciara,  
 Hé aquí que mira al Hijo cara á cara.  
 ¡Entonces sí que bajan á raudales  
 Consuelos y delicias á su alma!  
 ¡Entonces sí que sus agudos males  
 Encuentran dulce imponderable calma!  
 Entonces sí que espíritus celestiales  
 Le quitan de la mano la áurea palma  
 De mártir, y no ve la Magdalena  
 Ni un señal en su frente de honda pena.  
 En éxtasis de amor la Madre santa  
 Oye luego una voz, la voz aquella  
 Que dice:— ¡La luz sea! y se levanta  
 La luz al punto enardecida y bella:  
 La misma voz que al serafín encanta,  
 La misma voz que los infiernos sella:

¡Venid benditos de mi Padre! Al punto  
 Queda el limbo del cielo hecho un trasunto.  
 Patriarcas y Reyes y Profetas  
 Entonan el cantar que oyó Isafás:  
 ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!.... Las Vírgenes discretas  
 Concluyen ¡Santo! en dulces armonías.  
 Los sumos sacerdotes sus navetas  
 Agotan, y entre sacras melodías,  
 Los justos todos y el Señor al frente,  
 Vuelan al almo cielo alegremente.

Joaquín José Cervino

## EL HIMNO DE LOS TRISTES

<i>Coro</i>	Cuanto la vida encierra, Sacara del no ser, Fijando en Ti benéfico Su próspera mirada, Mansion á Dios sagrada De tí se dignó hacer.
<i>Vos</i>	Salve, etc.
<i>Coro</i>	Cuando el cansado espíritu Quiera tender su vuelo, Su postrimer consuelo De tí demandará. Y en fervoroso cántico Dirá con alegría: «Recíbeme, oh María, Libre de penas ya.»
<i>Vos</i>	No desdenas al que llora, No rechazas al que implora La clemencia de tu amor: Que no en balde, oh Virgen, eres Entre todas las mujeres De las madres la mejor.
<i>Coro</i>	
<i>Vos</i>	

Antonio Arnao.

## AL REFUGIO DE LOS PECADORES

Almas que en la lid terrible	Decidla que amiga torne
De este mundo seductor	Sus ojos de compasion
Alzais al cielo los ojos,	À las penas que en mi alma
Guardais puro el corazon;	Fiero enemigo sembró.
Virgenes que en el martirio,	Pues cual iris que en el cielo
Llenas de divino ardor,	Pinta en la tormenta el sol,
Dísteis el postrer aliento	Es á mi afan su sonrisa,
Del Esposo ante la voz;	Su clemencia á mi dolor.
Arcángeles misteriosos	Ya que quiere el dulce Esposo
Que junto al trono de Dios	Que para los hombres hoy
Veis la hermosura sin mancha	Brille en la gloria infinita
De la Madre que Él amó;	Con que pródigo la ornó,
Pues que agradable á los cielos	Recordadle cuando estaba
Fué siempre vuestro clamor,	En esta humana afliccion,
Dirigid hasta María	Junto á la cruz en que el Hijo
Mi amante deprecacion.	Madre nuestra la nombró.
Volad, volad y decidle,	Así en piedad rebosando
Aunque á tanto indigno yo,	Su celestial corazon,
Que es su nombre mi esperanza,	Nos amparará en el seno
Que vivo y muero en su amor.	Que Jesus santificó.

Del mismo.

## PLEGARIA DE LAS HIJAS DE MARÍA

María cuya frente	Preste tu excelso manto
Baña la aurora eterna,	Refugio al pecador.
Cual sol resplandeciente,	María poderosa,
Consuelo del mortal;	Reina del cielo y tierra,
À todo el que te implora	Que huellas victoriosa
Con voz humilde y tierna,	La frente de Luzbel;
Muestra por fin, Señora,	Por Dios que hacerte pudo
La patria celestial.	Vencer en cruda guerra,
María, cuyo seno	Sé del cristiano escudo,
Del Verbo fué morada;	Iman del pecho infiel.
Eden por gracia lleno	Cual siervo de tu nombre
Del mas divino amor:	Lucero de los mares
Pues miras el quebranto	Así se humilla el hombre
Del alma conturbada,	Buscando vida y luz.

Y al fin de polo á polo	Reine doquier tan solo
Del mundo en los altares	La gloria de la Cruz.

Del mismo.

## EVA Y MARÍA

Cuando Jehová, del mundo soberano,  
Sacar los orbes de la nada quiso,  
De su bondad por inefable arcano  
Formó al hombre en celeste paraíso.  
Compañera le dió su santa mano  
Y cuanto á su ventura fué preciso;  
Y Eva y Adan, que juntos se veían,  
En almo Eden con júbilo vivían.

Su dicha viendo, sierpe tentadora  
Turbarla codició, de envidia llena;  
Y á la mujer sedujo, que en mal hora  
Cual Dios queriendo ser, labró su pena.  
Y la que hermosa fué cual limpia aurora,  
Y tuvo el alma noble al duelo ajena,  
Prevaricando, al punto se convierte  
En sierva del dolor y de la muerte.

«En dónde estás, Adan?» clamó indignado  
El Supremo Hacedor á tal delito,  
Y él se escondió sabiendo su pecado,  
Puesta en su faz la mengua del precito.  
Y en la frente de aquel infortunado  
Con signos invisibles quedó escrito:  
«De vil soberbia tu dolor procede;  
Solo excelsa humildad salvarte puede.»

Noche de siglos con pesado vuelo  
Pasaron cien y cien generaciones,  
Y sin descanso el hombre ni consuelo  
Víctima fué de rudas aflicciones.  
Abrojos por doquier brotaba el suelo,  
Siervo se vió de impúdicas pasiones,  
Y en tal tiniebla solo en lontananza,  
Lanzaba un rayo el sol de la esperanza.

Radió, por fin, su luz, ¡Jehová clemente

Quiso cortar tan bárbara pelea  
 Y suscitó una Virgen inocente,  
 En un modesto hogar de Galilea.  
 Nuncióle Dios un Verbo Omnipotente,  
 Y ella repuso: «¡Cual lo quieres, sea!»  
 Y en el seno de aquella *Inmaculada*  
 El Santo Redentor hizo morada.  
 ¡Oh divina mujer! Por tí el profundo  
 Dolor trocóse en goces inmortales:  
 Si Eva perdió con su soberbia el mundo,  
 Borraste tú con la humildad sus males,  
 Calló el rugido del dragon inmundo,  
 Himnos de paz sonaron celestiales,  
 Y do brotaban cardos punzadores,  
 Fué nuevo Eden de inmarcitrables flores.  
 ¿Cómo no amar á Virgen tan piadosa?  
 ¿Cómo no hacerla iman de nuestra vida,  
 Si es dulce Madre que humilló gloriosa  
 Con su pié la serpiente aborrecida?  
 Madre de Cristo, Inmaculada Esposa,  
 Tú eres estrella siempre apetecida:  
 Y al venir á la vida te invocamos,  
 Y al llegar á la muerte en Tí esperamos.  
 ¿Pedís un nombre excelso? La mirada  
 Volved, y escrito lo vereis doquiera,  
 Y os lo dirá la alondra en la enramada,  
 Y el nardo y el clavel en la pradera:  
 Cántalo el hombre en su mortal morada,  
 Cántalo el ángel en la azul esfera:  
 Mi lábio en repetirlo se gloria....  
 ¡Oh dulcísimo nombre de María!

Del mismo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 FIN DEL TOMO PRIMERO

## ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO

### PRIMERA PARTE

	Páginas.
PREFACIO.	1
CAPÍTULO PRIMERO.—El castigo y el consuelo.	1
CAPÍTULO II.—María la profetisa, hermana de Moisés y Aaron, precursora de la madre de Jesús.	5
CAPÍTULO III.—Nobleza de la familia de María: su descendencia de David.	8
CAPÍTULO IV.—El lirio de los valles.—Concepcion inmaculada de María segun la mente de la Sabiduría eterna.—Descripcion profética de la Virgen María por el rey Salomon.	10
CAPÍTULO V.—La señal de Isaías.—Virgen y madre.	12
CAPÍTULO VI.—Profecía de Micheas.—Designacion del sitio donde la Virgen habia de dar á luz á su hijo.	17
CAPÍTULO VII.—La nubecilla de Elías vista desde el Carmelo.	20
CAPÍTULO VIII.—Las Sibilas.—Tradiciones de varios pueblos orientales acerca de una virgen corredentora.	23

### SEGUNDA PARTE

María en la Santa Familia.	27
CAPÍTULO PRIMERO.—Padres de María.	29
CAPÍTULO II.—Concepcion inmaculada de María.	35
CAPÍTULO III.—Nacimiento de la Santísima Virgen: su nombre.	42
CAPÍTULO IV.—Presentacion y estancia de la Santísima Virgen en el templo.	45
Tomo I	84

Quiso cortar tan bárbara pelea  
 Y suscitó una Virgen inocente,  
 En un modesto hogar de Galilea.  
 Nuncióle Dios un Verbo Omnipotente,  
 Y ella repuso: «¡Cual lo quieres, sea!»  
 Y en el seno de aquella *Inmaculada*  
 El Santo Redentor hizo morada.  
 ¡Oh divina mujer! Por tí el profundo  
 Dolor trocóse en goces inmortales:  
 Si Eva perdió con su soberbia el mundo,  
 Borraste tú con la humildad sus males,  
 Calló el rugido del dragon inundo,  
 Himnos de paz sonaron celestiales,  
 Y do brotaban cardos punzadores,  
 Fué nuevo Eden de inmarcitrables flores.  
 ¿Cómo no amar á Virgen tan piadosa?  
 ¿Cómo no hacerla iman de nuestra vida,  
 Si es dulce Madre que humilló gloriosa  
 Con su pié la serpiente aborrecida?  
 Madre de Cristo, Inmaculada Esposa,  
 Tú eres estrella siempre apetecida:  
 Y al venir á la vida te invocamos,  
 Y al llegar á la muerte en Tí esperamos.  
 ¿Pedís un nombre excelso? La mirada  
 Volved, y escrito lo vereis doquiera,  
 Y os lo dirá la alondra en la enramada,  
 Y el nardo y el clavel en la pradera:  
 Cántalo el hombre en su mortal morada,  
 Cántalo el ángel en la azul esfera:  
 Mi lábio en repetirlo se gloria....  
 ¡Oh dulcísimo nombre de María!

Del mismo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 FIN DEL TOMO PRIMERO

## ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO

### PRIMERA PARTE

	Páginas.
PREFACIO.	1
CAPÍTULO PRIMERO.—El castigo y el consuelo.	1
CAPÍTULO II.—María la profetisa, hermana de Moisés y Aaron, precursora de la madre de Jesús.	5
CAPÍTULO III.—Nobleza de la familia de María: su descendencia de David.	8
CAPÍTULO IV.—El lirio de los valles.—Concepcion inmaculada de María segun la mente de la Sabiduría eterna.—Descripcion profética de la Virgen María por el rey Salomon.	10
CAPÍTULO V.—La señal de Isaías.—Virgen y madre.	12
CAPÍTULO VI.—Profecía de Micheas.—Designacion del sitio donde la Virgen habia de dar á luz á su hijo.	17
CAPÍTULO VII.—La nubecilla de Elías vista desde el Carmelo.	20
CAPÍTULO VIII.—Las Sibilas.—Tradiciones de varios pueblos orientales acerca de una virgen corredentora.	23

### SEGUNDA PARTE

María en la Santa Familia.	27
CAPÍTULO PRIMERO.—Padres de María.	29
CAPÍTULO II.—Concepcion inmaculada de María.	35
CAPÍTULO III.—Nacimiento de la Santísima Virgen: su nombre.	42
CAPÍTULO IV.—Presentacion y estancia de la Santísima Virgen en el templo.	45
Tomo I	84

	Páginas.
CAPÍTULO V.—Educación de la Santísima Virgen durante su estancia en el templo.	52
CAPÍTULO VI.—Orfandad de María: su casamiento con San José.	58
CAPÍTULO VII.—Pretendida oscuridad en la vida de la Virgen María: su edad, traje y fisonomía.	67
CAPÍTULO VIII.—La Anunciación.	71
CAPÍTULO IX.—Celos de San José.	80
CAPÍTULO X.—La Visita a Santa Isabel.	85
CAPÍTULO XI.—El cántico de María.	91
CAPÍTULO XII.—Nacimiento del Bautista: regreso a Nazareth.	99
CAPÍTULO XIII.—Viaje a Belén.	101
CAPÍTULO XIV.—El parto de la Virgen: adoración de los ángeles.	106
CAPÍTULO XV.—La adoración de los pastores.	116
CAPÍTULO XVI.—La Circuncisión.	120
CAPÍTULO XVII.—La adoración de los Magos.	123
CAPÍTULO XVIII.—Presentación de Jesús en el templo: triste profecía de Simeon a la Virgen Madre.	129
CAPÍTULO XIX.—La huida a Egipto.	135
CAPÍTULO XX.—Regreso a Nazareth.	142
CAPÍTULO XXI.—La estancia en Nazareth.	146
CAPÍTULO XXII.—El niño perdido.	149
CAPÍTULO XXIII.—María viuda.	157
CAPÍTULO XXIV.—La boda en Caná.	162
CAPÍTULO XXV.—Peregrinaciones de María durante la predicación del evangelio.	167
CAPÍTULO XXVI.—María en el Calvario.	172
CAPÍTULO XXVII.—Regreso del Calvario: soledad de María.	183
CAPÍTULO XXVIII.—De la resurrección a la ascensión de Jesús al cielo.	187
CAPÍTULO XXIX.—La venida del Espíritu Santo: María en la Iglesia, como oráculo del Evangelio.	192
CAPÍTULO XXX.—La Asunción al cielo.	196
CAPÍTULO XXXI.—Coronación de la Virgen: su patrocinio en la Iglesia: sus retratos.	205
CORONA POÉTICA A LA VIRGEN MARÍA.	209

## PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DEL TOMO PRIMERO

	Página
Portada cromo-litografiada (antes de la portada impresa).	2
La visitación.	74
Predicaciones de San Juan Bautista.	98
La primera adoración de Jesús recién nacido.	112
Los reyes magos guiados por una estrella misteriosa.	126
La adoración de los reyes a Jesús.	128
El ángel se aparece en sueños a José y le ordena que huya a Egipto.	131
Degollación de los inocentes.	136
Huida a Egipto.	138
La Sagrada Familia.	146
Jesús entre los doctores.	152
María en las bodas de Caná.	164
María presenciando las predicaciones de Jesús.	170
Entrada de Jesús en Jerusalén.	172
Caida de Jesús bajo el peso de la cruz.	174
Encuentro de Jesús y María yendo al Calvario.	176
Crucifixión.	178
Tinieblas que sucedieron a la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.	180
El descendimiento de la cruz.	182
Enterramiento de Jesús.	184
Cristo colocado en la tumba.	186
Ascension de Jesús a vista de María y los discípulos.	190
La Pentecostes.	192
Asuncion de la Virgen.—(Lámina sin título).	200
María reina de los ángeles.	202
La Virgen coronada de estrellas (vision de San Juan).	204
Coronación de María.	206
María, amparo de la Iglesia.	208

